

# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA  
Departamento de Historia Moderna



## TESIS DOCTORAL

**Servir al rey y vivir en la corte: propiedad, formas de residencia y  
cultura material en el Madrid borbónico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Natalia González Heras**

Directores

María Victoria López-Cordón Cortezo  
Gloria Ángeles Franco Rubio

**Madrid, 2014**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA



SERVIR AL REY Y VIVIR EN LA CORTE:  
Propiedad, formas de residencia y cultura material  
en el Madrid borbónico

TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR:  
NATALIA GONZÁLEZ HERAS

DIRIGIDA POR:  
MARÍA VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO  
GLORIA ÁNGELES FRANCO RUBIO





*A mis padres y mi abuelo*



## AGRADECIMIENTOS

Esta Tesis no hubiera llegado a materializarse sin los constantes magisterio, orientación y consejos de mis Directoras, las Doctoras María Victoria López-Cordón Cortezo y Gloria Franco Rubio. Mi gratitud hacia ellas comienza desde el momento de mi llegada como estudiante de Doctorado al Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense; por las oportunidades que me ofrecieron y la confianza que depositaron en mi para sacar este trabajo adelante y que han reiterado en el día a día mediante palabras y hechos durante estos años. No se trata de un lugar común, los logros de esta Tesis les pertenecen.

Asimismo, es de incuestionable necesidad mi reconocimiento mediante estas líneas al Proyecto de Investigación FFI2008-02276 *El nacimiento de la esfera pública (1680-1833): bases socioprofesionales y pautas culturales en la monarquía española*, dirigido por la Doctora López-Cordón, dentro del cual he disfrutado de un contrato como personal de apoyo y de una beca pre-doctoral para la Formación del Personal Investigador. Mi agradecimiento aquí se extiende a la Doctora Teresa Nava, pilar fundamental dentro del mismo y codirectora del Grupo de Investigación de la Universidad Complutense INSADE XVIII, del que también me honra formar parte.

Igualmente, deseo expresar mi más sincero agradecimiento al Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, en el que he desarrollado mi labor de becaria pre-doctoral FPI entre los años 2009 y 2013 y del que al presente soy Colaboradora honorífica. Nombrar a cada uno de los miembros de aquél de los que he recibido un consejo o alguna palabra o actitud de apoyo me obligaría a extenderme demasiado. Gracias a los que están y a los que se marcharon.

Sin embargo, no puedo obviar al Doctor Fernando Bouza, quien amablemente se encargó de mi tutela y orientación durante mis primeros meses como alumna de Doctorado y que ha permanecido desde entonces atento a mis pasos.

Mi recuerdo me obliga a tener presentes también a quienes fueron mis compañeros becarios; de forma especial a Alba de la Cruz y a Víctor Pampliega, con quienes he

compartido muchos momentos especiales durante este período de formación. Además de a quien fuera secretaria administrativa y buena amiga, Emilia Jiménez Patiño.

Aún cuando mi condición de miembro ha sido “informal”, durante estos años me he sentido una más dentro del Proyecto de Investigación *El hecho cotidiano en la España moderna: lo doméstico, entre lo privado y lo público. Historia comparada entre el interior y la periferia*, dirigido por la Doctora Gloria Franco y coordinado con las Universidades de Barcelona y Granada. Desde estas líneas deseo transmitir mi gratitud a todas sus componentes: Juana Anadón, Antonia Fernández, Ángeles Ortego, Amaya Morera, Leticia Sánchez, Ana García y Carmen Abad. Así como a las investigadoras principales de Barcelona y Granada, las Doctoras María de los Ángeles Pérez Samper e Inmaculada Arias de Saavedra. Sus valiosos consejos y aliento permanente han contribuido enormemente en este trabajo.

Tampoco quiero olvidar al Grupo de Investigación de la Universidad Complutense “Fuentes Literarias para la Historia de las Mujeres”. Vaya mi agradecimiento a su “fundadora” y primera directora, la Doctora Cristina Segura Graíño, por las constantes oportunidades que me ha ofrecido para poder avanzar en mi trayectoria académica. También a las profesoras que forman parte de él, de quienes tanto aprendo.

Considero fundamental en este momento volver la vista hacia la Universidad de Salamanca, donde realicé mis estudios de Licenciatura. Fue durante aquellos años cuando maestros como Ana María Carabias y Jacinto de Vega despertaron mi vocación investigadora en Historia Moderna. Gracias también a ellos.

Mi agradecimiento, asimismo, a los centros que me han acogido durante la realización de mis estancias en el extranjero: University of East Anglia, Royal Holloway. University of London y EHESS, y a los profesores que las supervisaron: Silvia Evagelisti, Sandra Cavallo, Bernard Vincent y Enric Porqueres. Su disponibilidad me permitió disfrutar de conversaciones verdaderamente enriquecedoras a través de las que recibí valiosas orientaciones. Mi recuerdo explícito también a Perrine Mane, que tanto se involucró con mi trabajo.

Al Doctor Jean Pierre Dedieu, por su magisterio en el uso de bases de datos informáticas, que en tan gran medida han enriquecido los resultados obtenidos de esta investigación.

Desde aquí también deseo mostrar mi gratitud a las instituciones que conservan la documentación y los libros que han servido de base en la elaboración de este estudio y a las personas que trabajan en ellas. Al Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional, el Archivo de Villa de Madrid y a aquél que se convirtió en mi segunda casa durante años, el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.

Estas últimas líneas están dedicadas a aquellos quienes sin tener nada que ver con lo académico han sido parte fundamental en el desarrollo de esta Tesis. Gracias a los amigos que pese a mis ausencias siempre se han mantenido ahí.

Mis palabras más afectivas están dedicadas a mis padres, Leonardo González Martín y Delfina Heras García. El trabajo que aquí se presenta tiene sus orígenes en la enorme curiosidad por aprender que he heredado de mi padre y en el incesante apoyo recibido por parte de ambos ante todas y cada una de mis decisiones. Es imposible que os pueda agradecer lo que habéis hecho de mí; contar con vosotros siempre me convierte en una afortunada. Sé que estáis orgullosos de este trabajo; también es vuestro.



ÍNDICE.....	9
ABREVIATURAS.....	13
SUMMARY.....	15
Introduction.....	15
Objectives.....	16
Results and conclusions.....	17
INTRODUCCIÓN.....	21
Objetivos de la tesis e hipótesis de trabajo.....	21
Definición de la muestra: los servidores del Estado.....	26
Estructura del trabajo.....	32
CAPÍTULO 1. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	37
1. El estudio de la vivienda y su significación.....	37
2. Evolución historiográfica.....	43
2.1 Realidad urbana y expresión artística.....	43
2.2 La perspectiva social.....	49
3. Sobre la vivienda de los servidores del Estado.....	57
CAPÍTULO 2. FUENTES Y METODOLOGÍA.....	61
1. Documentación fiscal.....	65
1.1 Planimetría General de Madrid, 1757.....	65
1.2 Matrícula de los vecinos pudientes y distinguidos de Madrid, 1798.....	68
2. Licencias de obras municipales.....	70
3. La documentación notarial.....	73
3.1 Lo apropiado del uso de la documentación notarial.....	77
3.2 Metodología de trabajo con la documentación notarial.....	81
PRIMERA PARTE: EL PERSONAL AL SERVICIO DEL ESTADO EN EL CONTEXTO URBANO MADRILEÑO.....	85
CAPÍTULO 3. LAS TIPOLOGÍAS HABITACIONALES.....	87
1. Casa y cuartos.....	88
2. Las casas principales.....	93
3. El palacio y los palacios.....	98
3.1 El palacio exento: Buenavista.....	101
3.2 El palacio integrado.....	103
4. Una nueva tipología: Las casas del Marqués de Murillo y de don Agustín de Aldecoa.....	105



CAPÍTULO 4. EL RÉGIMEN DE OCUPACIÓN.....	109
1. Estado general sobre la propiedad inmobiliaria en la corte madrileña.....	109
2. Propietarios inmobiliarios y servidores del Estado.....	112
3. El papel de los servidores de la Monarquía en el mercado inmobiliario de la desamortización de 1798.....	120
4. La Regalía de aposento y el alquiler.....	127
 CAPÍTULO 5. ZONAS DE RESIDENCIA EN EL MADRID DE FINAL DE SIGLO.....	 135
1. La organización urbana de Madrid y la distribución de la población.....	135
2. Las residencias de los empleados al servicio del Estado dentro del plano de la capital.....	140
 SEGUNDA PARTE: LOS EDIFICIOS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTERIORES.....	 163
CAPÍTULO 6. VIVIENDAS ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA.....	165
1. La teoría arquitectónica.....	166
2. La regulación de la práctica madrileña: Tratados sobre ordenanzas.....	183
3. El impacto de la Corte sobre la realidad de la villa.....	196
3.1 <i>Del ornato de la corte</i> .....	198
3.2 <i>Para el aumento de la población</i> .....	203
 CAPÍTULO 7. LA ORDENACIÓN ESPACIAL REAL DE LOS INTERIORES....	209
1. Recibimiento y zonas de paso.....	214
2. Salas y alcobas.....	219
3. Dormitorios.....	222
4. Comedor.....	223
5. Cocina y despensa.....	225
6. Piezas para el servicio.....	226
7. Piezas para hijos.....	229
8. La galería o “corredor con vistas al jardín”.....	230
9. Espacios diferenciados: librería, despachos y gabinetes.....	231
10. Oratorios.....	240
11. Infraestructuras.....	246
12. Casas para habitar, casas para trabajar. Espacios bidimensionales: entre lo privado y lo público.....	253
13. La impronta femenina en la reordenación de las viviendas.....	265

TERCERA PARTE: PRÁCTICAS DE VIDA Y CULTURA MATERIAL.....	273
CAPÍTULO 8. LOS CONTENIDOS DE LA VIVIENDA Y SUS USOS.....	275
1. El significado de los objetos y el sentido de su análisis.....	275
2. Formulas de acceso: Transmisiones patrimoniales, compra y alquiler.....	278
3. La función de recibir.....	287
4. Cubrir las necesidades fundamentales.....	322
4.1 Comer.....	323
4.2 Dormir y descansar.....	330
4.3 La higiene y el arreglo personal.....	337
5. Utilidades y tareas domesticas.....	345
5.1 Cocinar y almacenar.....	345
5.2 La limpieza y el cuidado de utensilios y textiles: fregar, lavar, planchar, ordenar.....	352
5.3 Iluminar y calentar.....	361
6. Las prácticas culturales: De la afición al coleccionismo.....	366
6.1 Las bibliotecas.....	366
6.1.1 Los libros como objetos de uso cotidiano.....	368
6.1.2 El mobiliario para los libros.....	375
6.2 La devoción.....	377
CAPÍTULO 9. ESTUDIO DE CASOS.....	391
1. Una casa y tres moradores. El número 1 de la manzana 156, calle de Atocha.....	391
1.1 La residencia de don José de Laisequilla, decano del Real Consejo y Cámara de Indias, 1755.....	391
1.2 Las casas del Marqués del Campo de Villar, mayordomo de semana del Rey, 1776.....	396
1.3 La vivienda de don Vicente González Arnao, abogado de los Reales Consejos, 1803.....	400
2. La composición de la “habitación” de un Gentil-hombre de Cámara de su Majestad. La residencia de los condes de Villamonte en Puerta Cerrada.....	405
CONCLUSIONES.....	413
CONCLUSIONS.....	423
FUENTES MANUSCRITAS.....	431
FUENTES IMPRESAS.....	433
BIBLIOGRAFÍA.....	437
APÉNDICE I: Planos.....	479
APÉNDICE II: Cuadro de datos relativos a los planos.....	537
APÉNDICE III: Cuadro de datos relativos a los individuos presentes en la documentación notarial.....	543



## **ABREVIATURAS**

Archivo Histórico Nacional: AHN

Consejos: CONS

Delegación de Hacienda Madrid Histórico: DEL HAC MAD HIST

Fondos Contemporáneos: FF CC

Archivo Histórico de Protocolos de Madrid: AHPM

Documento Gráfico: DG

Protocolo: Prot.

Archivo de Villa de Madrid: AVM

Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento: ASA

Biblioteca Nacional de España: BNE

Dibujos: DIB

Manuscritos: MSS



## **SUMMARY**

To serve the King and life at Court: property, home manners and material culture in Borbon's Madrid.

## **Introduction**

The objective of this dissertation is to study the social group formed by employees who served Spanish Monarchy from a perspective which shows us how their home life was in the Court in the second half of eighteenth century.

It is part of a bigger project that has involved several French and Spanish researchers for the last three decades. Its origin lay in gaining knowledge of Spanish Monarchy institutions through the analysis of the men who worked for them, using the prosopographical method. The project looks at their education, their familial roots and their interpersonal networks and how all of them were basic to developing their professional careers as State servants.

The approach used in this dissertation interprets the home as a socio-cultural construction that is represented through material features related to the way of life of its inhabitants, their attitudes, their mentalities and the particular economic context in which their consumer needs evolved.

The Crown servants group interior hierarchy – inside which could be found a variety of economic and social ranges - led to knowing different levels of material domestic life among its members and to notice a trend of filtering down of material structures, objects and manners inside the whole population pyramid that they formed.

The capital city of Madrid was chosen as the framework of the inquiry taking into account that it was the seat of most of the royal institutions and in consequence the place where most of the Monarchy's servants had their residences. The choice of the second half of the eighteenth century provides a chronological framework to investigate the introduction of new foreign material models which led to new social and individual practices and manners that were different from those developed during the first half of the century, whose roots where in the sixteen hundreds.

## Objectives

The main objectives of this dissertation are the following:

To understand the Monarchy's servants in the framework of the urban context provided by Madrid. What kinds of buildings they lived in: tenement-type houses, *casas principales* or palaces and to know their occupational manners – if they were owners, tenants or benefited from the royal right “Regalía de Aposento”-.

To find out where their houses were located in the plan of the city of Madrid. If they were concentrated in some quarters and if their location adhered to some kind of organised plan from those in power or just to a personal choice, taking into account in this last case the closeness to family or relatives' houses.

To describe architectural structures of the different types of buildings and to define the rooms they were made up of. To weigh up how closely in reality drawings and plans of homebuilding or refurbishment relate to the theoretical models stipulated by by-laws and were advocated into architectural treatises.

To discover two-dimensional faces of State servants' homes, places at the same time made for living but also for working and to find out what was the role played by their wives in the decisions which were taken in relation to the home construction or refurbishment.

To study and understand the practices carried out by the inhabitants of the house – monarchy servants, their wives, their children and their domestic servants - through the analysis of material culture. The reception of visitors in relation to business, so important in houses made for living but also for working, during a period when private and public/professional lives and spheres were not yet completely defined and as a consequence were not separate at all. To understand how they covered basic necessities: eating, sleeping and rest, hygiene; how housework was done: cooking, storage, cleanliness; and also the way they solved lighting and heating. Finally to analyse cultural practices: setting up libraries, reading, collecting and those which concern devotion and piety.

To demonstrate and weigh up the presence of variables such as comfort, well-being, taste or luxury and values such as intimacy, privacy or civilization as part of the State servants' home living.

## **Results and conclusions**

The house is shown as a dynamic reality in Madrid in the second half of the eighteenth century. A city that had been forced to adapt to being the permanent seat of the Court and also the capital of the monarchy, where the number of the population increased from 130,000 in 1740 to 187,269 as gathered in the census of 1797.

The agents of the Monarchy played an active role in the housing market that was developed in the capital. Their economic capacity resulting from their professions, and the knowledge of the real estate business involving family history allowed them to become property owners, who grew profitable through rent. Members of organisations related to the Royal Treasury highlighted within this process, a fact that is attributed to their training and experience in the fields of business and finance prior and/or parallel performance of one locked into the State apparatus. This facet was strongly enhanced by the confiscation of 1798 and the sale of properties that had previously corresponded to religious institutions.

However, despite their role as houses owners, the occupancy formula that prevailed among the State servants was rent. Rents which were subsidised by the Crown since the mid eighteenth century, when the obligation which fell on the resident-owners of the capital to provide material room to the servants of Monarchy disappeared and it was replaced by a charge on the proceeds of the income from their real estate that served to pay rent for the employees of the King. There was not always a unique individual and his family living in the rented residence. There could also be other professionals cohabiting the building through sublease arrangements. Consequently the coexistence between tenants, subtenants or guests was necessarily very direct, with their affinities and disagreements.



The residences of the employees in State institutions tended not to correspond to the situation of the seats of their job. However, casuistry shows that factors such as fellowship relationships led to concentrate the members of this socio-professional group, at least during an initial period after the arrival to the capital, in areas close to the residence of people who came from the same geographical place. On the contrary, to play a position in the same office did not appear as a factor that conditioned residential neighborhood relations.

There was no separation or concentration of members of this group in certain areas of the capital. Crown servants lived with individuals from all conditions in the same neighbourhoods, blocks and even in the same buildings and flats.

The architectural style of dwelling varied in structure and complexity according to the social status of the resident, who could correspond to a wide variety of categories within the population pyramid formed by the State servants. However, members of the lower levels constantly desired to resemble those at the top. This fact has been proven, with few exceptions, as well as regards to the room architecture, and the composition of its interior.

The general trend is shown clearly through those who, in order to consolidate their social position that endowed them a high position within the gear state apparatus, or the fact of having obtained a title of nobility, decided to inhabit in “casas principales” or to order the construction of a palace, as a reflection of their status.

Concerning the adequacy of the interior spaces, the emulation of strata occupying the top of the pyramid formed by the group remained. The analysis of changes in the home as a result of the passage of time, understood in terms of development, allows us to conclude that there was further development in the home lives of the middle strata of the group. They benefitted from the economic power and social status given by their service to the State to introduce models and forms until then only characteristic of the traditional nobility. The changes within traditional aristocracy were less, on the whole maintaining the same level of habits and customs regarding their living habits that had been developing for decades within the group.

However, in a trend of modernization and monitoring of trends, the “casas principales” passed to replace certain elements of sumptuary character, which until then only had made up their interiors, by fashion painted canvases, whose lower prices also made them accesible to other strata.



## INTRODUCCIÓN

### Objetivos de la tesis e hipótesis de trabajo

El presente trabajo se plantea como objetivo principal obtener una aproximación al grupo social compuesto por el personal que trabajaba al servicio de la Monarquía española.

Se inscribe dentro de una línea de investigación consolidada, si atendemos a los estudios que, desde hace más de tres décadas, comenzaron a analizar las instituciones que formaban el Estado Moderno a partir de las personas que trabajaban para ellas. Un nutrido grupo de historiadores modernistas, españoles y franceses, utilizaron el método prosopográfico y reconstruyeron las trayectorias profesionales de un conjunto social, que hallaba su punto de convergencia en el desempeño de un puesto al servicio del Estado. De este modo, el Grupo de Investigación que durante su andadura inicial recibiera el nombre de PAPE – Personal Administrativo y Político Español- y que con el transcurso de los años ha ido derivando en varios Proyectos de Investigación<sup>1</sup> ha desarrollado una intensa y fructífera labor de estudio dentro de este campo<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Esta Tesis Doctoral se ha realizado en el marco de una beca Pre-doctoral de Formación del Personal Investigador vinculada al Proyecto de Investigación FFI2008-02276/FISO El nacimiento de la esfera pública (1680-1833): Bases socio-profesionales y pautas culturales en la Monarquía española, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> Su producción científica excede en amplitud al espacio del que aquí disponemos. Como muestra, las siguientes aportaciones: ANDÚJAR CASTILLO, F.: *Consejo y consejeros de Guerra en el siglo XVIII*. Granada, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1996; ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, I.: “Los colegiales en la alta administración española (1701-1808)”, CASTELLANO, J. L. (ed.): *Sociedad, administración y poder en la España del Antiguo Régimen: Hacia una nueva historia institucional*. Granada, Universidad de Granada, 1996; DEDIEU, J.-P.: “Un instrumento para la historia social: la base de datos Ozanam”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 2000 (24), pp. 11-31; LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: “La primera Secretaría de Estado: La Institución, los hombres y su entorno (1714-1833)”, *Revista de la Universidad Complutense*, 116 (1979), pp. 15-44; “Secretarios y secretarías en la Edad Moderna: de las manos del príncipe a relojeros de la monarquía”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 15 (1996), pp. 107-131; “Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial”, *Manuscripts*, 18 (2000), pp. 93-111; LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V., CASTELLANO CASTELLANO, J. L., DEDIEU, J. P. (eds.): *La pluma, la mitra y la espada: estudios de Historia institucional en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2002; LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V., FRANCO RUBIO, G. A., NAVA RODRÍGUEZ, M. T.: “Perfiles socioprofesionales de la burocracia española en el siglo XVIII: Las Secretarías de Estado y del Despacho”, ENCISO RECIO, L. M.: *La burguesía española en la Edad Moderna*, vol. 2, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996; MOLAS RIBALTA, P.: *Los magistrados de la Ilustración*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001; OZANAM, D.: *Los capitanes y comandantes generales de provincias en la España del siglo XVIII*, Córdoba, 2006; OZANAM, O. y ABBAD, F.: *Les intendants espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 1992; *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle: introduction et repertoire biographique (1700-1808)*, Madrid, Casa de Velázquez-Burdeos, Maison des Pays

Desde estas páginas pretendemos adentrarnos en una faceta de dichos sujetos que se desvinculaba de la estrictamente profesional<sup>3</sup>. Se trata de aquélla que tenía que ver con sus modos de residencia. Nos proponemos conocer las casas y las formas de vida dentro de ellas de los hombres que desempeñaron un puesto en el complejo aparato de la Monarquía y de sus familias.

Esta Tesis pretende acceder al conocimiento de las estructuras y los elementos materiales que componían las viviendas de ese grupo formado por el personal que trabajaba al servicio del Estado. Para, a partir de ellos, obtener una imagen de los individuos que las habitaron, de sus prácticas y actitudes de vida dentro de dicho marco, las cuales entendemos representativas de un contexto socio-cultural que nos interesa descifrar. Determinar a qué causas respondía, cuáles eran los factores que incidían en él. Es decir, se parte de la hipótesis de comprender la vivienda como un elemento vivo, una construcción socio-cultural, moldeada por quienes la habitaban y, por lo tanto, reflejo de dichas personas<sup>4</sup>.

Elección deliberada atendiendo a que la mayor parte de los puestos relacionados con las instituciones centrales de la Monarquía tenían su sede física en Madrid, serán las residencias en la capital de los que trabajaban en ellas las que se convertirán en motivo esencial de este análisis, encuadrado cronológicamente durante la segunda mitad del siglo dieciocho. No obstante, en algún caso, también prestaremos atención a quienes, residentes en la corte, ejercían determinado cargo dentro del Ejército, así como a aquellos que desempeñaban su función en el aparato de gobierno municipal.

---

Ibériques, 1998; PÉREZ SAMPER, M. A.: “La Audiencia de Cataluña en la Edad Moderna”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, nº 13-14 (1995), pp. 51-71; VINCENT, B. y DEDIEU, J.-P. (coord.): *L’Espagne, l’Etat, les Lumières: mélanges en l’honneur de didier Ozanam*. Madrid, Casa de Velázquez-Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 2004.

<sup>3</sup> Janine FAYARD desarrolló un excelente trabajo, hoy de referencia, en el que trascendía el ámbito estrictamente profesional de los individuos que formaron parte del Consejo de Castilla –atendiendo a aspectos de carácter familiar, a la vida material y a las mentalidades- durante los reinados de Felipe IV, Carlos II y Felipe V: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*. Madrid, Siglo XXI, 1982

<sup>4</sup> Bajo dicha concepción enmarcaba su trabajo *La vivienda como espacio social* Jacques PEZEU MASSABAU. México, Fondo de Cultura Económica, 1992. También, FRANCO RUBIO, G. A.: “La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social”, *Chronica Nova*, 35 (2009), Universidad de Granada, pp. 63-103

Al interés de otro estudio respondería el análisis de las viviendas que muchos de los residentes en la capital por motivo del desempeño de su profesión poseían en sus territorios geográficos de origen. Fueron numerosos los autores coetáneos a aquel período que dejaron referencia relativa a la falta de interés por parte de muchos de los nobles que ostentaron los más altos cargos dentro del engranaje de la Monarquía por las viviendas que poseían en los lugares donde enraizaba su linaje. Así, el militar británico William Dalrymple mencionaba en el libro que publicó como resultado del viaje que realizó por España y Portugal en 1774: “Todos esos hermosos castillos de la nobleza se caen en ruinas en todas las provincias de España, mientras sus propietarios van a llevar las cadenas en la capital y a aumentar el fasto de la corte y la autoridad del príncipe”<sup>5</sup>.

Se trataba de una realidad distinta de la que se podía contemplar en Inglaterra. Allí la casa de campo o *country house*, ubicada en los territorios propiedad de la familia aristocrática, era entendida como uno de los principales símbolos de su privilegiada y preeminente condición social<sup>6</sup>. Sin embargo, para el caso español, reconocidos especialistas en el estudio de la Historia de la Arquitectura han corroborado la falta de interés de la que adolecían tanto la nobleza como la alta burguesía por sus solares familiares<sup>7</sup>.

No obstante, no fueron todos quienes redujeron sus tierras y casas patrimoniales a meras propiedades por las que obtener rentas. Algunos, las tuvieron presentes y las añoraron en la distancia. Otros, ya fuera de forma voluntaria u obligatoria, volvieron a ellas después de cumplir con sus cargos profesionales en Madrid. En el caso de don José Moñino Redondo, más conocido por su título de conde de Floridablanca, este último hacía mención a su “terruño” del partido de Alquerías, Murcia<sup>8</sup>. Allí poseía unas casas principales vinculadas al mayorazgo que heredó de su padre y en cuya reforma invirtió

---

<sup>5</sup> DALRYMPLE, W.: “Viaje a España y Portugal” en GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal. III. Siglo XVIII*. Madrid, 1962, p. 680.

<sup>6</sup> Sobre este fenómeno GIROUARD, M.: *Life in the English Country House. A social and architectural History*. London, Yale University Press, 1978

<sup>7</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P.: “La Alameda de Osuna: una villa suburbana”. *Estudios Pro-Arte*, núm. 2 (1975), Barcelona, p. 7

<sup>8</sup> “La regia mano de Carlos III de Borbón piensa otorgar mercedes para recompensar a su embajador, que ha logrado tan extraordinaria victoria. Y José Moñino piensa en su tierra murciana, recuerda su posesión, su terruño del partido de Alquerías, que se llama Florida-Blanca, y quiere unirle a su fama, y sólo pide por merced que se le otorgue un título de aquel nombre. El buen monarca accede y José Moñino se convierte en Conde de Floridablanca por voluntad real y por propios merecimientos”. Cita tomada de ALCÁZAR MOLINA, C.: *Los hombres del Despotismo Ilustrado en España: El Conde de Floridablanca*. Edición Facsimilar. Prólogo Juan Hernández Franco, Murcia, Editum, 2008, p. 132

parte de los ingresos que obtuvo como resultado de varias transacciones durante su etapa profesional madrileña<sup>9</sup>. Aquél fue también su refugio tras el destierro que sufrió de la corte en 1792, como resultado de las intrigas cortesanas generadas por el convulso período político que caracterizó la última etapa del siglo dieciocho y los primeros años del diecinueve.

Muchos puntos en común se hallan en la experiencia de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Quien debido a su caída en desgracia dentro del gobierno de Carlos IV en 1790, se vio protagonista de un retiro obligado a su Asturias natal. Destinado “a desempeñar la comisión del Real Servicio que le está encargada en aquel Principado, o sea, el estudio sobre las minas de carbón de piedra...”<sup>10</sup> se instaló en su casa familiar en Gijón<sup>11</sup>. Ésta se convirtió en un espacio donde el ilustrado mantuvo su hábito de reunir a familiares, amigos y conocidos, consolidándola, tal y como lo hizo con sus anteriores residencias sevillana y madrileñas, en un marco de sociabilidad<sup>12</sup>.

Dentro de un peldaño socio-profesional inferior a los anteriores se hallaba don Domingo Martínez, en 1780 oficial de la Tesorería Mayor de Su Majestad y cajero principal de ella y de la Tesorería de las Serenísimas Señoras Princesa de Asturias y la Infanta doña María Josefa. No obstante, coincidía con ellos en su predilección por la que denominaba su “patria”, la villa de Ajamil –obispado de Calahorra-. Aquélla quedó reflejada en la reedificación que realizó de la casa que perteneció a sus padres, la

---

<sup>9</sup> AHN. Consejos, Legajo 2513, fol. 76 r.: “Pues el conde no tiene más edificios magníficos que las casas principales vinculadas que posee por muerte de su padre, el cual las mejoró y reedificó con parte del valor de las casas y almacenes del estanco de aguardiente de Madrid que le pertenecían de por mitad en la calle de Valverde y las vendió a la Real Hacienda la cual dio por ellas de trescientos a cuatrocientos mil reales, esto consta en la escribanía de la Superintendencia general de la misma Real Hacienda que entonces ejercía don Bernardo del Burgo y parte de aquel precio sirvió también para ayuda a los gastos del Conde en su viaje y Ministerio de Roma, para el que su padre le auxilió”. Ver asimismo, HERNÁNDEZ FRANCO, J.: *La gestión política y el pensamiento reformista del Conde de Floridablanca*. Murcia, Editum, 2008, p. 32. Sobre la vinculación de sus posesiones de la Zarza de los Vaqueros en la provincia de Murcia ver CRUZ VALENCIANO, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución Liberal española*, Madrid, Alianza, 2000, p. 109, remite al AHPM. Prot. 21104/389

<sup>10</sup> JOVELLANOS, G. M.: *Obras completas*, tomo II, edición de José Miguel CASO GONZÁLEZ, Oviedo, Centro de Estudios del siglo XVIII, Ayuntamiento de Gijón, 1986, p. 416

<sup>11</sup> GONZÁLEZ SANTOS, J.: *La casa natal de Gaspar Melchor de Jovellanos en Gijón. Apuntes histórico-artísticos*, Gijón, Museo-Casa natal de Jovellanos, 1996; 2ª edición, corregida y actualizada, Gijón, Trea, 2006, LORENZO ÁLVAREZ, E. de: “Jovellanos: el gabinete de un ilustrado”, *La luz de Jovellanos. Catálogo de la exposición conmemorativa del bicentenario de la muerte de Gaspar Melchor de Jovellanos (1811-2011)*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2011, pp. 113-149

<sup>12</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “Las casas madrileñas de Jovellanos. Reflejo de una época”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.) *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*. Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 231-242

compra de un pajar e incluso la de una vaca y una novilla<sup>13</sup>. Aspectos todos representativos de su vinculación a aquel lugar, a los que se debe sumar la fundación que realizó en 1799 de una escuela de primeras letras para niños<sup>14</sup>.

Pero, de vuelta a los objetivos que desde estas páginas nos proponemos, lo que aquí nos interesa es comprender la vivienda urbana madrileña de aquellos hombres y sus usos en toda su complejidad. El significado de la ubicación de la casa en una u otra zona dentro de la trama urbana; el régimen de ocupación del espacio habitacional en un marco de mercado inmobiliario específico; la estructura de los edificios, su adaptación y grado de contribución en la configuración del urbanismo de la capital; la compartimentación de los interiores de habitación; la composición material de dichas estancias y su significado en diferentes niveles: uso práctico, social y cultural de los elementos que se hallaban en cada una de ellas. Pretendemos medir la presencia y el peso de variables como la comodidad, el bienestar o el gusto, entendidas como construcciones culturales, reflejo de una evolución en las necesidades físicas y en la mentalidad de los individuos.

La decisión de enmarcar el estudio en la segunda mitad del siglo dieciocho se debe a la consideración de que Madrid se hallaba inmerso para entonces dentro de una dinámica de cambios que afectaban directamente a los terrenos que centran nuestra atención y que los convertían, por lo tanto, en motivos susceptibles de análisis histórico. Partiendo desde dicha hipótesis se pretenden reconocer mudanzas en las prácticas habitacionales del grupo social seleccionado, en sus modos de vida en casa, con respecto a una primera mitad del siglo de desarrollo continuista, en la línea de patrones consolidados durante el diecisiete. Si hallaremos el avance que proponemos como hipótesis, frente a la continuidad o la permanencia mencionadas, habrá de ser comprobado en este trabajo.

---

<sup>13</sup> AHPM. Prot. 17644/ 383 v.-384 r.

<sup>14</sup> MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España*



### **Definición de la muestra: los servidores del Estado**

La muestra de individuos sobre la que se realiza la investigación se compone de un conjunto de personas que, tomando en cuenta fundamentalmente su ocupación profesional, hemos calificado como servidores del Estado.

La finalidad ha sido que el término aglutinara a todos los que aparecen recogidos en la muestra, buscando una manera de designarlos que representara lo que, pese a la disparidad y distancia que a priori puedan reflejar los distintos casos, todos ellos tenían en común: la función profesional que cumplían dentro del complejo engranaje de la Monarquía española durante la segunda mitad del siglo dieciocho. No obstante, según avance el trabajo, se podrá comprobar que todas estas personas poseían otros rasgos o facetas en común más allá de realizar algún tipo de servicio al Estado, remunerado económicamente por él. Pese a una casuística que presenta una realidad compuesta por personas de diferente estatus jurídico –privilegiados y no privilegiados–, miembros de una pirámide socio-económica y profesional jerarquizada, donde se hallaban representadas instituciones de diferente tipo, etc., bien podríamos adelantar que habrían de coincidir en sus expectativas respecto a la forma de vida dentro de casa, en las que influían directamente diversos factores como el patrimonio, pero también los ingresos, sus conexiones con el Estado o la naturaleza de sus gastos<sup>15</sup>.

Se ha preferido no recurrir al uso del concepto funcionario, debido a ser considerado anacrónico para el contexto cronológico y geográfico dentro del que nos encontramos. Aquél no aparece en el *Diccionario de la Real Academia Española* hasta su edición del año 1869, donde se dice del empleado público<sup>16</sup>. Si lo comparamos con el caso francés, Roland Mousnier consideraba la adecuación de este concepto para las personas que se dedicaban a las tareas de la función pública ya a finales de la década de 1750, aunque reconoce que su consolidación no tuvo lugar hasta después de la Revolución<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> ESPINOSA ROMERO, J., GONZÁLEZ PAÑERO, J. A., JURADO SÁNCHEZ, J. y NIETO SÁNCHEZ, J. A.: “Consolidación y límites de la ciudad en el siglo XVIII”, MADRAZO, S. y PINTO, V. (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad: siglos IX-XIX*. Madrid, Fundación Caja Madrid, 1995, pp. 194-209

<sup>16</sup> *Diccionario de la Real Academia Española* (1869), p. 373,2

<sup>17</sup> MOUSNIER, R.: “La Fonction publique en France du début du seizième siècle à la fin du dix-huitième siècle”, *Revue Historique*, CCLXI (1979), pp. 321-335

No pocos trabajos de investigación se articulan en torno a categorías de carácter social. Dentro de éstas los servidores del Estado no son reconocidos como grupo con identidad propia y sus componentes se introducen en los apartados correspondientes a la nobleza y la burguesía<sup>18</sup>. Sin embargo, las características particulares del contexto de la capital habrán de dotar a este grupo profesional de entidad suficiente –ya en términos cuantitativos como cualitativos- como para considerarse adecuada la creación de una categoría propia en la que insertarlos, atendiendo a los motivos que acabamos de señalar. En contraposición a la tradicional división social establecida, la cual diluiría los aspectos comunes que se han podido constatar para nuestros actores, concediendo primacía a otro tipo de vínculos que los asociaran a unos estamentos sociales generales donde se perdiera su especificidad.

La condición de Madrid como capital de la Monarquía y sede de la mayor parte de las instituciones de poder desde que en 1561 Felipe II decidiera establecerse de forma permanente en la villa castellana y dicha ubicación fuera consolidada con el traslado ya en tiempos de Felipe III de la corte definitivamente desde Valladolid a Madrid, llevaron a unos niveles de concentración de personal burocrático por delante del afincado en cualquier otra población española. De ahí la idoneidad para desarrollar en ella un estudio relativo a este grupo, que de intentar llevarse a cabo en otra población resultaría de mayor dificultad, por la menor presencia de individuos pertenecientes a dicho colectivo, en aquellos casos vinculados frecuentemente a las instituciones de carácter municipal o provincial<sup>19</sup>.

Dentro de este conjunto, donde ya se ha señalado que se podían diferenciar distintas categorías de carácter socio-estamental y/o económico, así como miembros de los grupos privilegiados y no privilegiados de la sociedad, se inserta una muestra que se extiende desde la nobleza con Grandeza de España, que desempeñaban los más altos cargos palatinos dentro de la Casa Real, en los Consejos o en el Ejército. Pasando por la hidalguía procedente de las oligarquías provinciales; la nobleza de toga; aquélla que había obtenido su título como pago a sus servicios administrativos o castrenses; o la que

---

<sup>18</sup> AGUADO DE LOS REYES, J.: *Riqueza y sociedad en la Sevilla del siglo XVII*. Sevilla, Focus, 1994

<sup>19</sup> ARANDA PÉREZ, F. J.: *Poder municipal y oligarquías urbanas en Toledo en el siglo XVII*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992; *Poder y poderes en la ciudad de Toledo: gobierno, sociedad y oligarquías urbanas en la Edad Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999

lo había hecho a través de la compra<sup>20</sup>. Asimismo, se incluyen banqueros<sup>21</sup>, asentistas y comerciantes, componentes de una heterogénea burguesía<sup>22</sup>, quienes compatibilizaban dichas actividades de las esferas comercial y financiera con un empleo al servicio del Rey. Hasta alcanzar al amplio e igualmente variado colectivo de oficiales en diversas instituciones.

En estas páginas se sucederán los casos de las casas ducales o marquesados con grandeza de España de Alba, Santisteban, Frías o Bélgida, entre otros. A la vez que también hallaremos las condiciones residenciales de individuos subordinados a los primeros, ocupando un empleo dentro de dichas casas nobiliarias, y que al mismo tiempo se encontraban insertos directamente o a través de lazos familiares en el aparato al servicio del Estado.

Tomemos el caso de don Juan José Polo y Varea, abogado de los Reales Consejos en 1780 y que alcanzara en 1796 los cargos de Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte y de Oidor de la Real Chancillería de Valladolid –ambos por honores-. Éste contrajo matrimonio en la primera fecha con doña Cecilia Carreau, de origen francés. Hija de don Francisco Carreau y de doña Catalina Dreus, quien a su vez ejercía un puesto como dama de la excelentísima duquesa de Uceda, con destino a las servidumbres de su hija, la duquesa de Arión, de la que era aya.

A completar el amplio y complejo colectivo socio-profesional al que nos venimos refiriendo, contribuirá además el análisis de ciertos grupos familiares vinculados a la vez con la administración y el comercio, como el de las hermanas Amarita –María Josefa y Brígida-, hijas de don Francisco Amarita, comerciante joyero de la calle

---

<sup>20</sup> Sobre el estamento nobiliario DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad en el siglo XVIII*. Madrid, CSIC, Instituto Balnes de Sociología, 1955; *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid, Istmo, 1973; *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, Ariel, 1976; *La sociedad española en el siglo XVII*, vol. 1: *El estamento nobiliario*. Granada, CSIC: Universidad de Granada, 1992; SORIA MESA, E.: *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*. Madrid, Marcial Pons, 2007; ANDÚJAR, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (coord.): *El poder del dinero: Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2011; FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746): entre el mérito y la venalidad*. Almería, Universidad de Almería, 2012

<sup>21</sup> Relativo al grupo dedicado a las finanzas para finales del siglo XVII, SANZ AYÁN, C.: *Los banqueros de Carlos II*. Valladolid, Secretariado de publicaciones, 1989

<sup>22</sup> ENCISO RECIO, L. M. (coord.): *La burguesía española en la Edad Moderna*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996; ARANDA PÉREZ, F. J. (coord.): *Burgueses o ciudadanos en la España Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 2003

Mayor, participantes de aquel negocio y casadas con don Domingo Martínez y don Ignacio López Corona, respectivamente, oficiales de la Tesorería Mayor. Pudiendo observar los vínculos que se establecían entre la alta burguesía comercial y el personal que trabajaba dentro del complejo aparato del Estado.

Pasando, asimismo, por juristas de formación cuyas trayectorias profesionales siguieron el *cursus honorum* habitual, escalando desde un puesto como abogado de los Reales Consejos a Consejero del Consejo privado del Rey José I, como fuera el caso de don Vicente González Arnao.

Se observa así la amplia tipología de empleos al servicio del estado que, reflejando la realidad existente en el período, van a quedar recogidos dentro de este trabajo. Donde hemos estimado la necesidad y el valor de presentar al colectivo en su conjunto, marcando las diferencias de estatus presentes dentro de la jerarquía profesional establecida.

Este tipo de casos se muestran ilustrativos a su vez de unas relaciones inter-estamentales que nos habrán de permitir descifrar y comprender ciertos canales de circulación de modelos culturales, en general, y de los que se circunscriben al marco de la vivienda, en lo que a esta investigación se refiere. De modo que, una persona al servicio de una casa nobiliaria y, a su vez, inserta dentro del círculo de los servidores de la Monarquía iba a tener la posibilidad de impregnarse de las formas desarrolladas por el estrato superior y aplicarlas en su propia realidad social. Lo mismo que los empleados en el aparato estatal, enlazados con estrechos vínculos a los sectores burgueses –ya fueren artesanales, comerciales- iban a constituir las vías de transmisión de dichos modelos entre uno y los otros colectivos profesionales. Permitiéndonos al mismo tiempo establecer un principio que consideramos básico para entender al grupo socio-profesional cuyas condiciones de vida en casa analizaremos. Se trata de su equiparación socio-económica a los miembros de otros sectores profesionales.

No obstante, la remuneración económica obtenida por su actividad profesional, así como su capacidad para diversificar y aumentar sus rentas a través de la inversión en determinados sectores como el inmobiliario o el financiero, y el prestigio social que otorgaba el desempeño de determinados cargos, fueron las claves en la determinación

de sus condiciones materiales de vida. Pudiendo observarse la evolución de ciertos individuos, que ubicados hasta entonces dentro de los estratos sociales medios, desarrollaron un ascenso y la correspondiente equiparación con aquellos que ocupaban los escalones superiores de la pirámide poblacional madrileña. Un fenómeno ya retratado para otros grupos socio-profesionales en diferentes zonas geográficas de España –obsérvense los casos de las burguesías de mercaderes y comerciantes<sup>23</sup> para Sevilla y Cádiz<sup>24</sup>, Santander<sup>25</sup>, Bilbao<sup>26</sup>, Vitoria<sup>27</sup>, Madrid<sup>28</sup> o Valencia<sup>29</sup>- que demuestra la capacidad de minar las barreras estamentales a finales del Antiguo Régimen con los medios que otorgaba el desempeño de una profesión.

Al grupo que durante estas páginas habrá de centrar nuestra atención, su ocupación les debió permitir disfrutar de unos ingresos económicos -para algunos de los casos- con los que acceder a unos niveles materiales en la composición de sus residencias que, si no los define al menos como un colectivo particular, sí los integra dentro de unos incipientes grupos medios-altos burgueses o elite social urbana. Desde esta perspectiva se pretende percibir la porosidad de una sociedad en la que el salario y el reconocimiento aportados por el desempeño de una profesión permitían escalar en una pirámide poblacional que hasta esa etapa se había mantenido impermeable entre sus estratos sociales. Intentaremos observar los grados de equiparación relativos a los niveles de composición domésticos entre los actores en ascenso y aquellos tradicionalmente consolidados en el vértice de la sociedad cortesana.

En vista de las consideraciones que acabamos de comentar, trataremos de centrarnos en el análisis de la vivienda de un colectivo social que presenta unos rasgos y

---

<sup>23</sup> MOLAS RIBALTA, P.: *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Cátedra, 1985

<sup>24</sup> GARCÍA BAQUERO, A.: *Libro y cultura burguesa en Cádiz. La biblioteca de Sebastián Martínez*. Cádiz, Ayuntamiento, 1988; *Comercio y burguesía mercantil en el Cádiz de la Carrera de Indias*. Cádiz, Diputación Provincial, 1991; (coord.): *La burguesía de negocios en la Andalucía de la Ilustración*. Cádiz, Diputación Provincial, 1991; HEREDIA HERRERA, A.: *Sevilla y los hombres del comercio (1700-1800)*. Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1989; DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Orto y ocase de Sevilla*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991

<sup>25</sup> MARURI VILLANUEVA, R.: *La burguesía mercantil santanderina, 1700-1850: Cambio social y cambio de mentalidad*. Santander, Universidad de Cantabria, 1990

<sup>26</sup> BASURTO LARRAÑAGA, R.: *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1983

<sup>27</sup> ANGULO MORALES, A.: *Del éxito en los negocios al fracaso del consulado: La formación de la burguesía mercantil de Vitoria (1670-1840)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2000

<sup>28</sup> OTAZU, A. de: *Los Rothschild y sus socios en España (1820-1850)*. Madrid, O. Hs., 1987

<sup>29</sup> FRANCH BENAVENT, R.: *Crecimiento comercial y enriquecimiento burgués en la Valencia del siglo XVIII*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986

caracteres que lo individualizan y lo hacen singular y determinado; un conjunto de individuos que residían en una población concreta y durante un período cronológico delimitado, debe apartarnos de presentar realidades que, como se ha hecho en algunos estudios de los llevados a cabo hasta el presente, tomaban para describir la casa modelos constatados para otros territorios –entiéndase Francia, Italia o Inglaterra- durante otras épocas y los extrapolaba como parte de la realidad hispánica. A ello contribuyó el papel pionero de historiografías como la francesa, en el terreno de la Historia de la vida privada, o la anglosajona, en lo referente al consumo y la cultura material, con sus investigaciones acerca de estos contextos espaciales y cronológicos. Dichos estudios sirvieron de base para interpretar el caso español, sin atender a sus especificidades propias.

Pese a ello, no debemos dejar en absoluto al margen la influencia que tuvieron las tendencias y modelos extranjeros en la casuística que aquí nos concentra. El poder económico para adquirirlos fue fundamental, pero también el acceso que a su conocimiento tuvieron no pocos de los personajes que poblarán las siguientes páginas. Se aproximaron a ellos a través de sus contactos de forma más o menos directa con los distintos territorios europeos en los que cumplieron con determinadas labores profesionales durante períodos de mayor o menor duración. Allí asentaron sus residencias, se mezclaron con lo autóctono y se impregnaron de ello; portando consigo a su regreso a España formas y modelos, usos y costumbres. Los diplomáticos fueron algunos de los principales agentes<sup>30</sup>: tómense casos como el de don Pedro Pablo Abarca Bolea, conde de Aranda, y su etapa de embajador de España en Francia, entre junio de 1773 y septiembre de 1787<sup>31</sup>. O el de don Pedro Alcántara de Toledo, XII duque del Infantado, quien en misiones como la de embajador extraordinario de España en la corte de Francia -1777<sup>32</sup>-, se convirtió junto a su esposa la Princesa de Salm Salm, doña María Ana, en un habitual dentro de los círculos de sociabilidad más selectos de la

---

<sup>30</sup> LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: “De enviados del Rey a representantes de la nación: los diplomáticos españoles en la Guerra de la Independencia (1808-1814)”, BERBESÍ de SALAZAR, L. y VÁQUEZ, B. (ed.): *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica. Siglos XVI-XX*. Maracaibo (Venezuela), Universidad del Zulia, 2010, pp. 41-64

<sup>31</sup> FICHOZ: 000003

<sup>32</sup> FICHOZ: 017366

capital parisina; donde adquirieron gustos que trasladaron a Madrid, materializados en la construcción de su palacio en las Vistillas<sup>33</sup>.

De forma que, asimismo nos interesa conocer si el conjunto humano sobre el que nos fijamos, se imbuyó de esa abstracción que constituye la *civilización*<sup>34</sup>. Concepto que trataremos de definir mediante el análisis y comprensión de los usos, costumbres y prácticas individuales y colectivos dentro de las viviendas, en las relaciones de convivencia a las que daba lugar la vida en comunidad, evolucionados todos ellos con respecto a los modos precedentes, los cuales aún seguían encarnando los miembros de los grupos sociales inferiores dentro de la pirámide poblacional. No obstante, el valor de la civilización no estuvo exento de crítica, desde la perspectiva más tradicional era comprendido como un principio de origen foráneo, extranjero, destructor de los valores propios, a la vez que corruptor de la moral<sup>35</sup>. En estas páginas trataremos de pulsar hasta qué grado se extendió en la escala social formada por el conjunto de los servidores de la Monarquía –atendiendo a la posible aparición y desarrollo de nuevas estructuras materiales en la arquitectura de las viviendas y de los elementos y objetos que las componían- y mediante qué canales.

### **Estructura del trabajo**

El trabajo pretende responder a las cuestiones propuestas a partir de la siguiente estructura, la cual se ha considerado la más adecuada y que atiende a un planteamiento que va desde el exterior al interior de la casa de estos empleados al servicio del Estado.

Se comienza presentando un “Estado de la cuestión” en torno al estudio de la vivienda, repasando los trabajos que han sido llevados a cabo desde las diferentes perspectivas, que la han analizado como realidad urbana, expresión artística y reflejo del devenir social. Finalmente, nos centramos en aquellos que se interesaron por el conocimiento de algún aspecto relativo a las viviendas de los miembros del grupo socio-

---

<sup>33</sup> AVM. ASA. 1-53-65, 1-53-66, 1-53-67, 1-53-68. MARTÍNEZ MEDINA, A.: “El palacio del duque del Infantado en las Vistillas, su definitiva configuración en el siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVIII (1990), pp. 85-100; *Palacios madrileños del siglo XVIII*. Madrid, La Librería, 1997

<sup>34</sup> ELIAS, N.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989; MARAVALL, J. A.: “La palabra civilización y su sentido en el siglo XVIII”, *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVIII*. Madrid, Mondadori, 1991, pp. 213-232

<sup>35</sup> ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.: “La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, vol. 56, nº 1 (2001), Madrid, CSIC, pp. 147-162

profesional que tratamos<sup>36</sup>. Dentro del capítulo segundo se lleva a cabo la exposición de las tipologías documentales sobre las que se construye este trabajo, así como de la metodología utilizada en el tratamiento de cada una de ellas.

A continuación, se desarrolla la primera parte del análisis, dedicada a comprender al conjunto de los servidores de la Monarquía dentro del contexto urbano madrileño. El capítulo tercero estudia las distintas tipologías habitacionales que sirvieron de morada a dichos actores y en el cuarto se presta atención a las fórmulas de ocupación habitacional, es decir, a la faceta de los precitados individuos como propietarios, arrendatarios de viviendas y/o usufructuarios de la Regalía de Aposento<sup>37</sup>.

En el capítulo quinto se pasan a conocer la organización urbana de Madrid y la distribución de la población en las distintas zonas dentro del plano de la capital. Dedicándose el segundo apartado a observar dónde residían los miembros del grupo estudiado. En qué demarcaciones territoriales predominaban las residencias de los servidores –si es que lo hacían en algunos cuarteles o barrios por delante de otros- y a qué respondía dicha situación.

En la segunda parte de esta Tesis, atenderemos al estudio de los edificios y de la organización de sus interiores. En el capítulo sexto nos interesamos por conocer cuáles eran las estructuras de los inmuebles en los que tenían establecida su residencia los servidores del Estado y su grado de proximidad respecto a las propuestas que emanaban desde la teorías arquitectónica y legislativa. En el capítulo séptimo se abordará la distribución real de los interiores de las casas, intentando definir cada una de las estancias de las que se componían; para finalmente destacar la bidimensionalidad de aquellas residencias, concebidas al mismo tiempo como espacios de habitación y de trabajo, y atender al papel que ejercieron las mujeres en la reordenación de las precitadas viviendas.

---

<sup>36</sup> El estado de la cuestión relativo al tema de la propiedad se prefirió insertarlo dentro del capítulo correspondiente. Vid.: Capítulo 4., punto 1. Estado general sobre la propiedad inmobiliaria en la corte madrileña.

<sup>37</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “La Planimetría General de Madrid: una fuente para el estudio del paisaje residencial en la Corte española del Madrid del siglo XVIII”, en REY, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. II. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 191-201



El tercer y último bloque comprende la parte relativa a la cultura material. Las definiciones de los usos y de las prácticas llevados a cabo dentro de la vivienda se completarán mediante el conocimiento, que consideramos fundamental, de los objetos que componían dichos interiores. Así, en el capítulo octavo se tratará sobre los contenidos de la vivienda y su utilización. Deseamos entender qué elementos materiales daban lugar al desarrollo de las diferentes actividades que tenían la casa como marco espacial bajo el que llevarse a cabo: la función de recibir, cómo cubrir las necesidades fundamentales de alimentación, descanso e higiene, las utilidades y tareas domésticas – cocinar, almacenar, la limpieza, la iluminación y la calefacción- y, en último lugar, las prácticas culturales dentro de las que se hallaban las relacionadas con el libro y con la devoción. Entender cuál era el uso práctico de los objetos, pero, también trascender al terreno de lo simbólico, e interesarnos por las representaciones y los valores social y cultural a los que nos remiten aquellos elementos materiales.

En el capítulo noveno se presentan cuatro estudios de casos. Los tres primeros giran en torno a una casa en tres momentos diferentes de ocupación, por sus correspondientes moradores, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, y el cuarto nos habrá de introducir en la residencia de un Gentil-hombre de Cámara de su Majestad.

El trabajo concluye presentando las conclusiones que en torno al tema de estudio se han alcanzado y mostrando ciertas líneas abiertas para poder continuar investigando en un futuro.

Se completa con la correspondiente relación de fuentes utilizadas, bibliografía, así como de tres apéndices. El primero, formado por el aparato documental de carácter gráfico al que se remite constantemente a lo largo del texto. El segundo, en el que se aportan datos relativos a cada uno de los planos de casas presentados –signatura, fecha, propietario, ocupación profesional de éste y número de viviendas que se representaban en planta-. El tercer y último apéndice consiste en un cuadro en el que se recoge a todos los individuos cuyos interiores residenciales han sido analizados a partir de la documentación notarial, y al cual se remite al lector a lo largo de la tercera parte de esta Tesis para conocer exactamente la condición de cada uno de ellos. Se presenta la fecha de la escritura, el nombre del varón titular y su condición socio-profesional, el nombre

de su esposa, además de los nombres de los padres de ambos, con los correspondientes datos a sus condiciones socio-profesionales –siempre que fueren conocidas- y, finalmente, el tipo de escritura de la que procede la información y la cuantía del capital en ella escriturado.



## CAPÍTULO 1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

### 1. El estudio de la vivienda y su significación

El estudio que se presenta parte de la hipótesis, ya planteada, de comprender la vivienda como marco material dentro del que se desarrollaban buena parte de las prácticas de vida asociadas al discurrir de la trayectoria vital de los individuos. Por lo tanto, la realidad de la casa se muestra como un reflejo, primeramente, de las necesidades, pero también, en un nivel superior, de los gustos y aficiones de sus habitantes. Aquéllas son las que la fueron reformulando –a la vez, material y simbólicamente- a lo largo de la Historia; permitiendo al historiador hallar en la vivienda una construcción socio-cultural, reflejo de una faceta particular de sus moradores y, como consecuencia, susceptible de convertirse en objeto de estudio histórico.

Hace ya varias décadas que la historiografía reparó e incidió en la necesidad de análisis sobre este terreno. En torno a los años cincuenta, la Escuela francesa *Annales* desviaba su mirada desde los temas que hasta aquel momento se habían considerado motivos de análisis histórico, hacia un nuevo y variado conjunto de objetos y sujetos susceptibles de estudio. Tomando como base los pilares establecidos por Lucien Febvre y Marc Bloch, y firmemente consolidados por Fernand Braudel y Ernest Labrousse, se pasaba de una Historia de grandes acontecimientos, esencialmente de carácter político, protagonizada por figuras destacadas por su rango, a una nueva Historia. En esta última, los sujetos de estudio se diversificaron y comenzaron a tenerse en cuenta colectivos hasta entonces marginados: minorías sociales –étnicas, religiosas-, la mitad de la población que hasta aquel momento había sido relegada por parte de la historiografía – las mujeres<sup>38</sup>-, así como a los diferentes grupos de edad –la infancia<sup>39</sup>-.

Tales motivos de estudio vigorizaron la Historia social, la cual necesitó sustentarse sobre una metodología que dotara de validez sus conclusiones. Aquélla fue hallada en el uso del número, y el peso de lo cuantitativo y la estadística adquirieron tal despliegue, que impulsó a su vez el análisis en terrenos donde la cifra se convertía en indispensable: las historias económica y la demográfica, fundamentalmente.

---

<sup>38</sup> DUBY, G. y PERROT, M.: *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid, Taurus, 1992

<sup>39</sup> ARIÈS, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus, 1987

Para ello fue necesario, asimismo, una renovación dentro del terreno de las fuentes. Como respuesta a tal necesidad, se reconoció el valor de las documentaciones fiscal, notarial, parroquial, y/o los censos, tipos documentales susceptibles de ser sometidos a un tratamiento que se beneficiaba de su carácter serial. En ellos aparecían representados amplios colectivos sociales, aunque el investigador habría siempre de aproximarse a este tipo de fuentes desde un punto de vista crítico. Nunca se podía aspirar al conocimiento del conjunto de la sociedad a partir de unas u otras, puesto que todas ellas poseían, debido a su función práctica original, determinadas limitaciones en las que incidiremos en el apartado destinado al análisis de las fuentes.

Asimismo, los nuevos temas de estudio llevaron a un replanteamiento correspondiente al tiempo histórico. Se comenzó a diferenciar entre la larga duración de las estructuras, dentro de las que se enmarcaban los procesos susceptibles de ser historiados, y la corta duración relativa a los acontecimientos<sup>40</sup>.

El Modernismo español supo evolucionar acorde a dichas coordenadas y Departamentos como el de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela, a cuya cabeza se encontraba el Doctor Antonio Eiras Roel, dieron a luz una serie de trabajos convertidos hoy en obras de referencia<sup>41</sup>.

El avance de la década de los setenta permitió percibir el giro que se estaba fraguando desde la corriente social hacia la Historia cultural. La Historiografía Modernista española se mantuvo fiel a las directrices que marcaba, una vez más, la vecina historiografía francesa. La nueva generación de annalistas impulsaba innovadoras tendencias que se materializaron en publicaciones de reconocido prestigio internacional como la *Historia de la vida privada*, dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby y a cuya elaboración contribuyeron modernistas como Roger Chartier, director del tercer volumen de la mencionada colección: *Del Renacimiento a la Ilustración*<sup>42</sup>. Se trataba de introducirse en el terreno de las representaciones, aquéllas que regían las

---

<sup>40</sup> Para profundizar en la evolución historiográfica de *Annales*: AGUIRRE ROJAS, C. A.: *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy y mañana*. Barcelona, Editorial Montesinos, 1999

<sup>41</sup> *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas. III Historia Moderna*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1975

<sup>42</sup> ARIÈS, P. y DUBY, G.: *Historia de la vida privada. Tomo 3: Del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid, Taurus, 1989

actitudes con respecto a la vida y sus fases. Religiosidad y devoción, alfabetización y lectura, civilización, etc. Según escribió Orest Ranum en su correspondiente capítulo,

“los historiadores de nuestro tiempo se han esforzado en explorar minuciosamente lo social, pero, en el estudio de los espacios privados –espacio del universo de la imaginación de cada persona, espacio de las relaciones entre dos interioridades, que constituyen las intimidades de los tiempos modernos- apenas han sobrepasado el estadio de la biografía edificante. En la Historia del yo y de lo íntimo, todo o casi todo está por hacer”<sup>43</sup>.

En el momento actual la Academia ha vuelto a sugerir la necesidad de un retorno desde lo cultural a lo social. Desde los enfoques que han venido concentrando su atención exclusivamente en el significado, la percepción y la comprensión de los modos y las prácticas, a tener presentes categorías como la vida material y el grupo social. Se trata de estimular una fórmula integradora de las contribuciones metodológicas de ambos enfoques, enriquecida por los aportes procedentes de las Ciencias Sociales. La perspectiva de análisis interdisciplinar adquiere así un peso fundamental en las nuevas formas de construir la Historia. Una excelente síntesis de esta propuesta se halla en el libro de Geoff Eley, *A crooked line: From Cultural History to the History of Society* (2005) y un enriquecedor debate en torno a este trabajo por parte de otros tres historiadores y la respuesta a sus puntos de vista por parte del propio Eley en *The Historical American Review*, volumen 113, número 2 (2008)<sup>44</sup>.

Dentro de esta última tendencia se inserta la Historia de la vida cotidiana y la cultura material, en cuyo marco epistemológico se encuadra el presente estudio.

Los orígenes de esta perspectiva vienen siendo establecidos por parte de los especialistas en textos de carácter costumbrista<sup>45</sup>.

---

<sup>43</sup> ARIÈS, P. y DUBY, G.: *Ibidem*. p. 211.

<sup>44</sup> La traducción al castellano del libro de Geoff Eley: *Una línea torcida*, Valencia, PUV, 2008 y del debate que impulsó, en la revista *Historia Social: De la Historia Cultural a la Historia Social*, nº 69 (2011), pp. 93-142

<sup>45</sup> Para el caso madrileño CORRAL, J. del.: *El Madrid de los Austrias*. Madrid, El Avapiés, 1983; *El Madrid de los Borbones*. Madrid, El Avapiés, 1985; *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVII*. Madrid, La Librería, 1999; *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, La Librería, 2000; *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Madrid, La Librería, 2002

El momento de consolidación de la Historia de la vida cotidiana dentro del mundo académico, propiamente dicho, se produce tras la aparición de dos trabajos hoy claves y ya clásicos en las historiografías francesa y anglosajona, respectivamente: *Civilización material, economía y capitalismo (s. XV-XVIII)* en el que Fernand Braudel dedicaba un libro a *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*<sup>46</sup> y *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*<sup>47</sup>, de Norman J. G. Pounds. En ambos convergen vida cotidiana y cultura material. No sería posible llegar a resultados sobre una sin tener en cuenta a la otra. Se trata de una Historia de la vida cotidiana que se ocupa del modo en que hombres y mujeres resolvían materialmente sus necesidades básicas de habitación, vestido y alimentación, fundamentalmente; teniendo en cuenta la imposibilidad de trazar una línea definida de separación entre la satisfacción de las necesidades corporales y el desarrollo de conceptos intelectuales e incluso espirituales<sup>48</sup>.

En lo que al estudio de la Historia de la vida cotidiana y la cultura material en la España Moderna se refiere<sup>49</sup>, se aportaron unos interesantes primeros resultados que vinieron de la mano de historiadores españoles y franceses como Fernando Díaz Plaja<sup>50</sup>, Bartolomé Bennassar<sup>51</sup>, Marcelin Defourneaux<sup>52</sup>, José Alcalá-Zamora<sup>53</sup> o José María Imízcoz Beunza<sup>54</sup> y que se reflejaron en exposiciones que contribuyeron con la publicación de sus catálogos<sup>55</sup>. Pegerto Saavedra<sup>56</sup>, Gloria Franco Rubio<sup>57</sup>, M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper<sup>58</sup> y Hortensio Sobrado<sup>59</sup>. Saavedra y Sobrado, en su obra en común<sup>60</sup>,

---

<sup>46</sup> BRAUDEL, F.: *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles. I Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*, Paris, Armand Colin, 1979. Traducción al castellano: *Civilización material, economía y capitalismo. I Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, Alianza, 1984

<sup>47</sup> POUNDS, N. J. G.: *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*. Barcelona, Crítica, 1992

<sup>48</sup> POUNDS, N. J. G.: *Ibidem.*, p. 13.

<sup>49</sup> FRANCO RUBIO, G.A.: "La historia de la vida cotidiana en la historiografía modernista española. Algunas reflexiones", en FRANCO RUBIO, G.A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 17-65.

<sup>50</sup> DÍAZ PLAJA, F.: *La vida española en el siglo XVIII*. Barcelona, Alberto Martín, 1946

<sup>51</sup> BENNASSAR, B.: *Valladolid en el siglo de Oro: Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Valladolid, Ayuntamiento, 1983; *Los españoles. Actitudes y Mentalidad*. Barcelona, Argos, 1976

<sup>52</sup> DEFOURNEAUX, M.: *La vida cotidiana en la España del siglo de Oro*. Barcelona, Argos Vergara, 1983

<sup>53</sup> ALCALÁ-ZAMORA, J.: (dir.): *La vida cotidiana en la España de Velázquez*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989

<sup>54</sup> IMÍZCOZ BEUNZA, J. M.: (dir.), *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y Contemporánea*. San Sebastián, Txertoa, 1995

<sup>55</sup> *Vida cotidiana en tiempos de Goya*. Madrid, Lunwerg, 1996

<sup>56</sup> SAAVEDRA, P.: *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*. Barcelona, Crítica, 1994

<sup>57</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: *La vida cotidiana en tiempos de Carlos III*. Madrid, Libertarias, 2001

<sup>58</sup> PÉREZ SAMPER, M. A. (coord.): *La vida cotidiana a través dels segles*. Barcelona, Pòrtic, 2002

plantearon cómo un texto dedicado a la explicación de la trayectoria evolutiva de la cultura, y en general de la vida cotidiana en la España del siglo dieciocho, tenía que ser, ante todo, una historia sociocultural y no una simple “historia de la Ilustración española” concebida como “historia de las ideas”. Queriendo destacar, de un lado, los efectos que tuvo la corriente ilustrada en el universo cultural y en las pautas de conducta de los diversos grupos sociales, y de otro, las continuidades que se registran en muchos de los ámbitos materiales y mentales del acontecer histórico<sup>61</sup>. Según dichos autores, el problema central que habría de abordar una historia sociocultural del setecientos era el de medir los cambios materiales y mentales que se fueron produciendo y que alcanzaron una difusión y una intensidad desiguales según se tratase de poblaciones urbanas o rurales, o de unos y otros grupos sociales<sup>62</sup>.

El reciente desarrollo que dicha rama ha experimentado dentro del Modernismo español<sup>63</sup> ha llevado a buena parte de sus especialistas a definirla e intentar hallar sus claves y dotarla de unas bases teóricas y metodológicas. Actualmente, consagrados historiadores e historiadoras modernistas se hallan trabajando activamente en este terreno. Los planteamientos propuestos en los últimos años por María de los Ángeles Pérez Samper<sup>64</sup>, Gloria A. Franco Rubio<sup>65</sup>, Inmaculada Arias de Saavedra<sup>66</sup>, Máximo García Fernández<sup>67</sup> y Manuel Peña Díaz<sup>68</sup> otorgan al que han definido como un enfoque

---

<sup>59</sup> SOBRADO, H.: *Las tierras de Lugo en la Edad Moderna: economía campesina, familia y herencia, 1550-1860*. A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2001

<sup>60</sup> SAAVEDRA, P y SOBRADO, H.: *El siglo de las luces: cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2004

<sup>61</sup> SAAVEDRA, P y SOBRADO, H.: *Ibidem*. p. 363.

<sup>62</sup> SAAVEDRA, P y SOBRADO, H.: *Ibidem*. p. 370.

<sup>63</sup> NÚÑEZ ROLDÁN, F.: *La vida cotidiana en la Sevilla del Siglo de Oro*. Madrid, Sílex, 2004; (coord.) *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007; GARCÍA-HURTADO, M. R.(ed.): *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*. Madrid, Sílex, 2009

<sup>64</sup> PÉREZ SAMPER, M. A. (coord.): *La vida cotidiana... op. cit; Mesas y cocinas en la España del siglo XVIII*. Gijón, Trea, 2011; y FRANCO RUBIO, G. A.: *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), Alicante, Universidad de Alicante

<sup>65</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: *La vida cotidiana... op. cit.*; (coord.) *Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la España Moderna. Cuadernos de Historia Moderna. Anejo VIII*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2009; “Mujeres y vida cotidiana. Reflexiones conceptuales y metodológicas desde la perspectiva feminista”, VAL VALDIVIESO, M. I. del, ROSA CUBO, C. de la, DUEÑAS CEPEDA, M. J., SANTO TOMÁS PÉREZ M. (coord.): *Protagonistas del pasado. Las mujeres desde la Prehistoria al siglo XX*. Valladolid, Castilla Ediciones, 2009, pp. 175-202; (ed.): *La vida de cada día. Op. cit.*

<sup>66</sup> ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, I.: *Dossier: La vida cotidiana en la España Moderna. Chronica Nova*, 35 (2009), Granada, Universidad de Granada; (ed.): *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*. Granada, Universidad de Granada, 2013

<sup>67</sup> GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y DOS GUIMARAES SA, I. (dir.): *Portas adentro: comer, vestir e habitar na Península Ibérica (ss. XVI-XIX)*. Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2010;



desde el que observar la Historia, de una identidad en esa esfera que se nutre de las Historias Social y Cultural, en el sentido más amplio de ambas. Se trata de una línea de investigación en la que se toman en cuenta presupuestos procedentes de la Historia de la familia, de las mujeres, de la cultura material.

No obstante, no ha permanecido al margen de los aportes procedentes de las Ciencias Sociales. En disciplinas como la Sociología, la Filosofía o la Antropología el interés por el estudio de “lo cotidiano” había obligado ya a buscarle una definición. Las propuestas de autores como Henri Lefebvre<sup>69</sup>, Michel de Certeau<sup>70</sup>, Pierre Bordieu<sup>71</sup>, Norbert Elias<sup>72</sup> o Agnes Heller<sup>73</sup> han servido de base sobre la que sustentar en el terreno de la Historia, la perspectiva de análisis en torno a la que giran estas líneas<sup>74</sup>.

Lo cotidiano ha sido definido por la repetición, la alienación, pero también por la ruptura de la reiteración<sup>75</sup>. En la vida cotidiana tienen cabida lo sensual, lo intelectual, lo espiritual, pero también lo físico. Lo público, lo social, pero también lo privado, lo individual y lo íntimo<sup>76</sup>. Debido a su presencia constante se convierte en un punto ineludible de reflexión histórica.

Una vez delineados los ejes fundamentales que han venido poniendo en valor el estudio de “nuevos” objetos historiográficos, entre los cuales tiene cabida la vivienda, expresamos nuestra pretensión por adherirnos a aquél que propone un carácter

---

GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013

<sup>68</sup> PEÑA DÍAZ, M.: “La vida cotidiana en la época Moderna: Disciplinas y rechazos”, *Historia Social*, nº 66 (2010), pp. 41-56; (ed.), *La vida cotidiana en el Mundo Hispánico (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, Abada, 2012

<sup>69</sup> LEFEBVRE, H.: *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid, Alianza, 1972

<sup>70</sup> CERTEAU, M. de: *La invención de lo cotidiano*. México D. F., Universidad Iberoamericana, 1999

<sup>71</sup> BOURDIEU, P.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997

<sup>72</sup> ELIAS, N.: *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982; *El proceso de la civilización*. *Op. cit.*; “Sur le concept de vie quotidienne”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, nº 99 (1995)

<sup>73</sup> HELLER, A.: *Historia y vida cotidiana: Aportación a la sociología socialista*. Barcelona, Grijalbo, 1972; *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península, 1977

<sup>74</sup> Ver FRANCO RUBIO, G. A.: “La Historia de la vida cotidiana en la historiografía modernista española. Algunas reflexiones”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día... Op. cit.*

<sup>75</sup> PEÑA DÍAZ, M.: “La vida cotidiana en la época Moderna... Op. cit.

<sup>76</sup> CHARTIER, R.: “Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna”, NÚÑEZ ROLDÁN, F. (coord.), *Ocio y vida cotidiana... Op. cit.*, pp. 13-26; PÉREZ SAMPER, M. A. y FRANCO RUBIO, G. A.: “Mirar la Historia con otros ojos”, *Revista de Historia... Op. cit.*, pp. 11-15

aglutinador de la experiencia socio-cultural. Entendemos que se trata del enfoque más idóneo desde el que desarrollar el análisis propuesto.

## **2. Evolución historiográfica**

La vivienda como marco espacial en el que se llevaron a cabo una serie de prácticas, propias con un mayor o menor grado de exclusividad, de un colectivo social – según se intentará conocer a lo largo de esta investigación- en un período cronológico y un contexto espacial concretos, constituye una compleja realidad.

Su estudio, con intentos de obtener unos resultados de carácter global, apoyados en la interdisciplinariedad o, por el contrario, circunscritos a los límites de la disciplina o corriente historiográfica desde la que se ha efectuado, ha dado como resultado una amplia bibliografía.

### **2.1. Realidad urbana y expresión artística**

Tradicionalmente, el estudio de la vivienda se había asociado al conocimiento de la estructura de su edificación, de las partes que la componían. Se trataba de un análisis de carácter técnico y estilístico apoyado en los principios formales de la Arquitectura y, por lo tanto, llevado a cabo por expertos en Historia del Arte y de la Arquitectura. Los edificios que centraron este tipo de trabajos se caracterizaban, fundamentalmente, por su valor estético. Se trataba esencialmente de construcciones de carácter palaciego asociadas a la realeza o a los estamentos privilegiados de la sociedad, que sobresalían con respecto al resto de edificaciones. Sin embargo, se dejó a un lado el análisis de la vivienda de los grupos medios y populares, debido a su carencia de valor artístico.

Para el caso madrileño destacaremos la obra al completo de la historiadora del arte Virginia Tovar<sup>77</sup>. Pese a la divergencia entre su enfoque, esencialmente basado en lo relativo a la estructura del edificio, y nuestro interés por las condiciones socio-culturales que implicaba la habitación, las referencias documentales sobre las que se apoyó, abrieron un importante camino para la investigación en el campo de estudio sobre la

---

<sup>77</sup> TOVAR MARTÍN, V.: *Arquitectura madrileña del siglo XVII*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1983

casa. Asimismo, merecen ser destacados los trabajos de Pedro Navascués Palacio acerca de los palacios madrileños en el siglo XVIII<sup>78</sup>.

África Martínez Medina dedicó su Tesis Doctoral al estudio de la casa nobiliaria española en los siglos XVII y XVIII<sup>79</sup>. La mayor parte del trabajo se circunscribe geográficamente a la capital y ha de reconocerse su valor en la localización de las fuentes, donde destaca un elevado número de expedientes de licencias de obras conservados en el Archivo de Villa de Madrid. Sin embargo, dicha documentación, debido a sus características, que se analizarán en el correspondiente apartado sobre fuentes, no facilita en la mayor parte de los casos el conocimiento de la distribución de los interiores de las viviendas. El interés por tal compartimentación y la dificultad de hallar referencias relativas a ella en la documentación madrileña, indujeron a la autora a extrapolar modelos europeos, fundamentalmente franceses, dando lugar así a cierta distorsión en los resultados.

En un tono de carácter divulgativo entendemos su libro *Palacios madrileños del siglo XVIII*<sup>80</sup>, y siguiendo una línea similar se halla *Palacios de Madrid* de Ramón Guerra de la Vega<sup>81</sup>.

Son tan numerosos los estudios existentes relativos a casas señoriales y palacios en las diferentes regiones, que cualquier intento de citarlos nunca llegaría a ser exhaustivo. En una línea de interés por hallar una serie de connotaciones de carácter social a través del análisis formal de los edificios, se insertan obras clásicas de carácter general como la *Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII* de Vicente Lampérez y Romea<sup>82</sup>. En ella dedicaba un apartado a la que denominara arquitectura urbana y señorial.

---

<sup>78</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P.: *Palacios madrileños del siglo XVIII*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1978; “Casas palacio de la familia Osuna”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981; “Casa palacio de la Alameda de Osuna”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981; “Estudio crítico”, BAILS, B.: *De la arquitectura civil*. Murcia, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1983.

<sup>79</sup> MARTÍNEZ MEDINA, A.: *La casa nobiliaria española de los siglos XVII y XVIII: Historia, función, estructura y ornamentación*. Tesis inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1993. También *Espacios privados de la mujer en el siglo XVIII*. Madrid, Horas y horas, 1995

<sup>80</sup> MARTÍNEZ MEDINA, A.: *Palacios madrileños... Op. cit.*

<sup>81</sup> GUERRA DE LA VEGA, R.: *Palacios de Madrid*. Madrid, R. Guerra, 1999

<sup>82</sup> LAMPÉREZ Y ROMEA, V.: *Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII*. Madrid, 1922. Edición consultada: Madrid, Ediciones Giner, 1993

Actualmente, se están llevando a cabo análisis de ámbitos geográficos más o menos extensos, entre los que caben ser citados los trabajos de Juan Díaz Álvarez para Asturias<sup>83</sup>, Miguel Ángel Aramburu-Zabala Higuera y María Eugenia Escudero Sánchez para Cantabria<sup>84</sup>, Jesús Ángel Gil Massa para Bergara (País Vasco)<sup>85</sup>, María del Pilar Andueza Unanua para Navarra<sup>86</sup>, Carmen Gómez Urdáñez y Carmen Abad Zardoya para Aragón<sup>87</sup>, Jean Passini para Toledo<sup>88</sup>, o José Manuel Suárez Garmendia<sup>89</sup> y Francisco Ollero Lobato para Sevilla<sup>90</sup>, entre otros.

Asimismo, los especialistas en Arte también han buscado analizar la vivienda en el marco del contexto urbano dentro del que se hallaba ubicada. Respecto al caso madrileño, caben ser destacados los trabajos realizados por Antonio Bonet Correa<sup>91</sup>,

---

<sup>83</sup> DÍAZ ÁLVAREZ, J.: “La residencia del grupo nobiliario asturiano en el siglo XVII: Arquitectura, interiores, decoración”, NUÑEZ ROLDÁN, F. (coord.): *Ocio y vida... Op. cit.*, pp. 199-209; “La residencia nobiliaria asturiana a través de Jovellanos”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.) *Jovellanos... Op. cit.* pp. 799-813

<sup>84</sup> ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A.: *Casonas, casas torres y palacios en Cantabria*, Santander, Fundación Marcelino Botín, 2001; ESCUDERO SÁNCHEZ, M. E.: *Arquitectura y urbanismo de las Cuatro Villas de la Costa en la Edad Moderna*. Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, 2005 y “La elite santanderina en la Edad Moderna: La vivienda como símbolo del prestigio social”, *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, nº 7 (2005), pp. 91-109

<sup>85</sup> GIL MASSA, J. A.: *Urbanismo y arquitectura civil en Bergara. Siglos XIII-XVIII*. Tesis Doctoral, Universidad del País Vasco. Bergara, Bergarako Udala, 2001; “Identidad de grupos y arquitectura doméstica. Notas para la arquitectura doméstica en Bergara en los siglos XVI y XVII”, *Zaniak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, nº 23 (2003), pp. 289-308; “Vivienda y prestigio social: los indianos y sus moradas en la Bergara barroca”, *Ondare: Cuadernos de artes plásticas y monumentales*, nº 19 (2000), pp. 359-370 y “Casas burguesas del siglo XVII en Bergara”, *Ondare: Cuadernos de artes plásticas y monumentales*, nº 19 (2000), pp. 371-380

<sup>86</sup> ANDUEZA UNANUA, M. P.: *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII: familias, urbanismo y ciudad*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004; “La arquitectura señorial de Navarra y el espacio doméstico durante el Antiguo Régimen”, *Cuadernos de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro*, nº 4 (2009), pp. 219-263

<sup>87</sup> GÓMEZ URDÁÑEZ, C.: *Zaragoza y su arquitectura civil en la Edad Moderna*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997; *Los palacios aragoneses*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 1999; ABAD ZARDOYA, C.: *La casa y los objetos. Espacio doméstico y cultura material en la Zaragoza de la primera mitad del siglo XVIII*. Zaragoza, Publicaciones del Gobierno de Aragón, 2005.

<sup>88</sup> PASSINI, J.: *Casas y casas principales urbanas: el espacio doméstico en Toledo a fines de la Edad Media*. Cuenca, Publicaciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2004

<sup>89</sup> SUÁREZ GARMENDIA, J. M.: *Arquitectura y urbanismo en la Sevilla del siglo XVIII*. Sevilla, Diputación, 1986

<sup>90</sup> OLLERO LOBATO, F.: “Arquitectura doméstica sevillana durante la segunda mitad del siglo XVIII”, *Atrio*, 10-11 (2005), pp. 113-123

<sup>91</sup> BONET CORREA, A.: *Morfología y ciudad: Urbanismo y arquitectura durante el Antiguo Régimen en España*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978; (dir.): *Bibliografía de Arquitectura, Ingeniería y Urbanismo en España (1498-1880)*. Madrid, Turner, 1980; “Las ciudades españolas del Renacimiento al Barroco”, MALUQUER DE MOTES, J.: *Vivienda y urbanismo en España*. Barcelona, Banco Hipotecario de España, 1982

Carlos Sambricio<sup>92</sup>, Pedro Navascués<sup>93</sup>, Beatriz Blasco Esquivias<sup>94</sup> y María de los Santos García Felguera<sup>95</sup>. A ellos debe ser añadido el catálogo de la exposición celebrada en conmemoración del Bicentenario de Carlos III, titulado *Carlos III: Alcalde de Madrid*<sup>96</sup>, donde aparecen varios capítulos en torno al tema, como el de Luis Cervera Vera respecto a la normativa para las mejoras urbanas<sup>97</sup> o el de José María Ezquiaga Domínguez<sup>98</sup>.

Pese a ciertos intentos por penetrar en el interior de las casas, su atención se centraba fundamentalmente en aquellos aspectos de la estructura de los inmuebles que afectaban directamente a la trama urbana de la villa. Concentrándose en lo relativo a tipologías de fachadas, infraestructuras urbanas, etc.; es decir, en los elementos de la vivienda que incidían en el urbanismo como configuradores del mismo. Desde esta perspectiva podríamos enlazar con las aportaciones relativas a la vivienda procedentes desde la Geografía Humana. El estudio llevado a cabo por Dolores Brandis sobre *El paisaje residencial de Madrid*<sup>99</sup>, entre otros de sus trabajos, es una buena muestra de ello.

---

<sup>92</sup> SAMBRICIO, C.: “José de Hermosilla y el ideal historicista en la arquitectura de la ilustración”, *Goya: Revista de arte*, 159 (1980), pp. 140-151; “El urbanismo de la Ilustración, 1750-1814”, MALUQUER DE MOTES, J.: *Vivienda y urbanismo... Op. cit.*; *La arquitectura española de la Ilustración*. Madrid, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España/Instituto de Estudios de la Administración Local, 1986; *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1991; *La Historia urbana*. Madrid, Marcial Pons, 1996

<sup>93</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas de la villa de Madrid y policía de ella*, Edición Facsímil. Introducción por Pedro Navascués Palacio. Valencia, Albatros, 1979, pp. 9-36

<sup>94</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Aproximación a algunos aspectos urbanísticos de las Ordenanzas para Madrid de Teodoro Ardemans”, *Ciudad y territorio*, 68 (1986), pp. 99-118; *Teodoro Ardemans y su entorno en el cambio de siglo (1661-1726). Aspectos de la arquitectura y el urbanismo madrileños de Felipe II a Carlos III*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991; *Arquitectura y urbanismo en las Ordenanzas de Teodoro Ardemans para Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1992; *¡Agua va!: La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998

<sup>95</sup> GARCÍA FELGUERA, M. S.: “La Real Orden de Carlos III sobre edificar en yermos y levantar casas bajas y la construcción en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 15 (1978), pp. 241-253; *El Madrid de Carlos III y Carlos IV: la ciudad y sus transformaciones*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1980; “El incendio de la Plaza Mayor de Madrid en 1790 y los sistemas de construcción en la ciudad”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 19 (1982), pp. 485-499; “La vivienda madrileña en los años de la Ilustración”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 25 (1988), pp. 299-310

<sup>96</sup> *Carlos III: Alcalde de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988

<sup>97</sup> CERVERA VERA, L.: “Normas para las mejoras urbanas en el Madrid de Carlos III y algunas disposiciones precedentes”, *Carlos III: Alcalde... Op. cit.* pp. 235-264

<sup>98</sup> EZQUIAGA DOMÍNGUEZ, J. M.: “La ciudad deseada: Las Ordenanzas urbanas en el Madrid de Carlos III”, *Carlos III: Alcalde... Op. cit.* pp. 281-316

<sup>99</sup> BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1983; “El proceso de conformación de la planta parcelaria del Madrid del siglo XVIII”, *CT: Catastro*, 24 (1995), pp. 64-76

Retomando la labor llevada a cabo por historiadores del arte y de la arquitectura, fundamentalmente, la culminación de interconectar ambas ramas con los aspectos de la Historia socio-cultural, en una línea magistralmente trazada ya en la década de los años ochenta por el arquitecto anglosajón Witold Rybczynski en su libro *Home: A short history of an idea*<sup>100</sup>, vio la luz en forma de libro con el título *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*<sup>101</sup>. Bajo la coordinación de la historiadora del arte Beatriz Blasco Esquivias destacan por su valor para el estudio del período Moderno el capítulo a cargo de la propia Beatriz Blasco y “La dimensión social de la casa” de Alicia Cámara Muñoz<sup>102</sup>. Los trabajos llevados a cabo por Fernando Marías, de gran valor a nivel teórico y conceptual, han permitido asimismo, trascender la esfera de lo descriptivo y penetrar en el significado simbólico de la arquitectura<sup>103</sup>.

Pero, la casa representa una realidad compuesta a la vez por su estructura arquitectónica y su contenido. De este modo, siguiendo a autores clásicos a nivel internacional como Mario Praz<sup>104</sup> o Peter Thornton<sup>105</sup>, se comenzaron a estudiar los objetos que componían sus interiores. Son numerosos los diccionarios relativos al mueble: Vial, Marcel y Girodie para los siglos XVII y XVIII, Salverte<sup>106</sup> para el siglo XVIII o Ledoux-Lebard<sup>107</sup> para el siglo XIX. Se trata fundamentalmente de diccionarios biográficos y estilísticos que tienen como punto de partida al artesano de la madera. El trabajo de Nicole de Reyniès<sup>108</sup> se aproxima al diccionario de Havard<sup>109</sup>; en ellos la clasificación se hace desde el objeto y no desde la persona que lo fabrica, teniendo en cuenta la naturaleza y las funciones del mueble. Para el caso del mobiliario en España,

---

<sup>100</sup> RYBCZYNSKI, W.: *La casa: historia de una idea*. Madrid, Nerea, 1986

<sup>101</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B. (coord.): *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. Madrid, Ediciones El Viso, 2006

<sup>102</sup> CÁMARA MUÑOZ, A.: “La dimensión social de la casa”, BLASCO ESQUIVIAS, B. (coord.): *Ibidem*, vol. 1, pp. 125-199

<sup>103</sup> MARÍAS, F.: *El siglo XVI: Gótico y Renacimiento*. Madrid, Sílex, 1992

<sup>104</sup> PRAZ, M.: *Historia ilustrada de la decoración: Los interiores desde Pompeya al siglo XX*. Barcelona, Noguer, 1965

<sup>105</sup> THORNTON, P.: *Authentic Decor. The Domestic Interior. 1620-1920*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1984

<sup>106</sup> SALVERTE, F.: *Les ébénistes du XVIIIe siècle: leurs oeuvres et leurs marques: ouvrage contenant un millier de notices*. Paris, Librairie Nationale d'Art et d'Histoire, 1923

<sup>107</sup> LEDOUX-LEBARD, D.: *Les ébénistes du XIX siècle: 1795-1889: Leurs ouvres et leurs marques*. Paris, Les éditions de l'amateur, 1984

<sup>108</sup> REYNIÈS, N.: *Le mobilier domestique: Vocabulaire typologique*. Paris, Imprimerie nationale, 1987

<sup>109</sup> HAVARD, H.: *Histoire et philosophie des styles: architecture, ameublement, décoration*. Paris, Librairie Générale d'Architecture et des Arts Industriels, 1891

destaca debido a ser la única obra existente de este carácter el *Diccionario* de Sofía Rodríguez Bernis<sup>110</sup>.

No obstante, no bastaba con el análisis estético y formal de las piezas, sino que era necesario averiguar el uso para el que estaban destinadas dentro de la vivienda. Incluso, dar un paso más, y buscar cuáles eran sus connotaciones simbólicas, representativas del sistema cultural en el que desarrollaba su día a día su propietario. Dentro de la historiografía del arte española cabe ser destacada la figura de Luis Feduchi<sup>111</sup>, la obra de María Paz Aguiló Alonso<sup>112</sup>, así como los excelentes trabajos llevados a cabo por Jesusa Vega, en los que a través de los anuncios publicados en la prensa periódica madrileña de mediados del siglo XVIII, se introdujo en los canales de venta de los objetos artísticos que iban a componer los interiores de las casas y descifró el significado de “nuevos” espacios como el gabinete<sup>113</sup>. Asimismo, se convierte en referencia ineludible la obra al completo de Mónica Piera Miquel, centrada geográficamente, de forma fundamental, en el contexto catalán<sup>114</sup> y los innovadores presupuestos que analizan los objetos para definir prácticas de uso dentro de los espacios domésticos, propuestos por Carmen Abad Zardoya<sup>115</sup> o Amaya Morera Villuendas<sup>116</sup>.

---

<sup>110</sup> RODRÍGUEZ BERNIS, S.: *Diccionario de mobiliario*. Madrid, Ministerio de Cultura, 2006

<sup>111</sup> FEDUCHI, L. M.: *Historia del mueble*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1946; *Interiores*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1951; *El mueble*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1965; *El mueble español*. Barcelona, Ediciones Polígrafa, 1969

<sup>112</sup> AGUILÓ ALONSO, M. P.: *El mueble clásico español*. Madrid, Cátedra, 1987; *El mueble en España durante los siglos XVI y XVII*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990; *El mueble en España, siglos XVI-XVII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Antiquaria, 1993; (coord.): *El mueble: testimonio de una sociedad cambiante, Revista de Dialectología y Tradiciones populares*, vol. 66, 1 (2011)

<sup>113</sup> VEGA, J.: “Contextos cotidianos para el arte. Cuadros y objetos de arte para el adorno doméstico madrileño a mediados del siglo XVIII”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LV/1 (2000), pp. 5-43; “Transformación del espacio doméstico en el Madrid del siglo XVIII: del oratorio y el estrado al gabinete”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LX/2 (2005), pp. 191-226

<sup>114</sup> PIERA MIQUEL, M. y MESTRES, A.: *El mueble en Cataluña. El espacio doméstico del gótico al modernismo*, Manresa, Angle Editorial, 1999; PIERA MIQUEL, M.: “La cómoda y el tocador, muebles de prestigio en la sociedad catalana del siglo XVIII”, *Pedralbes*, 25 (2005), 259-282; (coord.), *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*, Barcelona, Associació per a l'estudi del moble, 2008; “*Quan s'és jove per fer bonic i quan s'és gran per no fer fàstic*. Tocadores y lavamanos en la vivienda catalana de la época moderna”, FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Cosas de la vida... Op. cit.*, pp. 93-117; y MARSAL, J. (ed.): *El culto al objeto: de la vida cotidiana a la colección*, Barcelona, DHB-MADB, 2010; PIERA, M.: “Los muebles con secreto: Esconder, exhibir, aprender”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 30 (2012), pp. 164-175

<sup>115</sup> ABAD ZARDOYA, C.: “La vivienda aragonesa de los siglos XVII y XVIII. Manifestaciones del lujo en la decoración de interiores”, *Artigrama* 19 (2004), p. 409-426; “*Por el bien y beneficios que de su mano hemos recibido*: estudio documental de una donación de bienes muebles hecha por Tomás de Borja a su sobrino el duque de Lerma en 1608”, *Artigrama*, 24 (2009), pp. 341-371; “Arquitectos en los

## 2.2. La perspectiva social

Desde la disciplina histórica, propiamente dicha, la vivienda ha encontrado dentro de la historiografía internacional diferentes enfoques de análisis.

Los objetos que componían los interiores domésticos fueron abordados por la historiografía anglosajona de los años ochenta y principios de los noventa como realidad cuantificable representativa de las tendencias de consumo. Los trabajos de raíz económica de Mckendrick, Brewer, Plumb, Weatherill y Shammass, entre otros<sup>117</sup>, generaron toda una corriente de análisis sobre los objetos, convirtiendo la casa – fundamentalmente desde la perspectiva de su contenido- en elemento de estudio, tal que centro de producción y consumo. A día de hoy algunos de los autores que contribuyeron en dicha corriente, continúan profundizando en tales aspectos, téngase presente el caso de Jan de Vries<sup>118</sup>. Otros, que mantienen como trasfondo de sus tesis la perspectiva económica y el proceso de industrialización, logran llegar a partir de los paradigmas que plantean al análisis de lo inmaterial, y se cuestionan en torno a variables abstractas como el placer o el lujo, tómese el caso de la autora Maxine Berg<sup>119</sup>.

Esta línea fue derivando desde finales de los años noventa en trabajos donde los enfoques de la Historia del consumo y la cultura material se combinaban para obtener espléndidos resultados. Se podrían sentar sus bases sobre los fundamentos establecidos, ya en la década de los ochenta, por la Antropología en libros como el coordinado por Arjun Appadurai, titulado *The social life of things: Commodities in cultural perspective*<sup>120</sup>, *The world of goods: Towards an anthropology of consumption* de Mary

---

fogones: del *theatrum machinarum* a los proyectos ilustrados para una cocina económica”, *Artigrama*, 26 (2011), pp. 649-667

<sup>116</sup> MORERA VILLUENDAS, A.: *El escaparate, un mueble para una dinastía: Ostentación y devoción en el Madrid de los siglos modernos*. Tesis Doctoral inédita, Universidad Nacional Española a Distancia, Madrid, 2010

<sup>117</sup> MCKENDRICK, N., BREWER, J. y PLUMB, J. H.: *The birth of a consumer society: The commercialization of Eighteenth-century England*. London, Hutchinson, 1983; WEATHERILL, L.: *Consumer behaviour and material culture in Britain 1660-1760*. London & New York, Methuen, 1988; SHAMMAS, C.: *The pre-industrial consumer in England and America*. Oxford, Clarendon Press, 1990; BREWER, J. y PORTER, R. (eds.): *Consumption and the world of goods*. London, Routledge, 1993

<sup>118</sup> VRIES, J. de: *The industrious Revolution: Consumer demand and the household economy, 1650 to the present*. Cambridge, Cambridge University Press, 2008. Traducción al español: *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*. Barcelona, Crítica, 2009

<sup>119</sup> BERG, M.: *Luxury and pleasure in eighteenth century Britain*. Oxford, Oxford University Press, 2005

<sup>120</sup> APPADURAI, A. (ed.): *The social life of thing: Commodities in cultural perspective*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986



Douglas y Baron Isherwood o en la interesante línea del trabajo de Daniel Miller *Home possessions: Material culture behind closed doors*<sup>121</sup>. Para la historiografía modernista despunta dentro de esta corriente la obra de Amanda Vickery, quien de un modo magistral ha logrado introducir además en sus trabajos la categoría del género<sup>122</sup>. Asimismo, afines a la misma tendencia desarrollan sus investigaciones enfocadas en Italia Evelyne Welch<sup>123</sup> o Lisa Jardin<sup>124</sup>, en colaboración con otros autores.

Actualmente, la aproximación cualitativa y al significado simbólico del objeto, apartando la metodología cuantitativa tan presente en los trabajos relativos al consumo, cobran día a día un mayor espacio dentro del ámbito académico anglosajón. Uno de los libros más representativos de esta última tendencia ha sido titulado *Everyday objects. Medieval and Early Modern Material Culture and its meanings*<sup>125</sup>.

Por su parte, los estudios italianos en los que la casa se convirtió en tema central partían de la cultura material como medio a través del que profundizar en aspectos relativos de la Historia social, y de un modo específico dentro de ésta, en la Historia de la familia y el grupo doméstico. En ello centra Raffaella Sarti su libro *Vita di casa. Abitare, mangiare, vestire nell'Europa moderna*<sup>126</sup>. Por otra parte, los estudios a partir de los que se analiza la casa han sufrido una evolución similar a los de corriente anglosajona, donde el peso de lo cuantitativo ha ido paulatinamente cediendo espacio a lo cualitativo. Renata Ago sustentaba sus conclusiones acerca de los espacios y los objetos en *Il gusto delle cose. Una storia degli oggetti nella Roma del Seicento* sobre tablas que

<sup>121</sup> MILLER, D.: *Home possessions: Material culture behind closed doors*. Oxford, Berg, 2001

<sup>122</sup> VICKERY, A.: *The gentleman's daughter: Women's lives in Georgian England*. New Haven and London, Conn and Yale University Press, 1998; "His and hers: Gender, consumption and household accounting in Eighteenth-century England", *The art of survival: Essays in honor of Olwen Hufton. Past and Present*, 1 (2006) pp. 12-38; *Behind closed doors. At home in Georgian England*. London, Yale University Press, 2009 y con STYLES, J (ed.): *Gender, taste and material culture in Britain and North America, 1700-1830*. New Haven, Yale Center for British Art, 2006

<sup>123</sup> WELCH, E.: *Shopping in the Renaissance: Consumer cultures in Italy 1400-1600*. New Haven, Yale University Press, 2005; O'MALLEY, M., WELCH, E. (eds.): *The material Renaissance: Costs and consumption in Italy, 1400-1650*. Manchester, Manchester University Press, 2010

<sup>124</sup> JARDINE, L.: *Worldly goods: A new History of the Renaissance*. London, Macmillan, 1996

<sup>125</sup> HAMLING, T. y RICHARDSON, C.: *Everyday objects. Medieval and Early Modern Material Culture and its meanings*. Farnham, Ashgate, 2010

<sup>126</sup> SARTI, R.: *Vida en familia: casa, comida y vestido en la Europa Moderna*. Barcelona, Crítica, 2002. Ver también "Las condiciones materiales de la vida familiar", KERTZER, D. I. y BARBAGLI, M. (comp.), *Historia de la familia europea*. Vol. I: *La vida familiar a principios de la era moderna (1500-1789)*. Barcelona, Paidós, 2002, p. 41-72

cuantificaban su presencia dentro de la casa, entendida como unidad de consumo<sup>127</sup>. No obstante, el interés principal radicaba en conocer la utilización de tales objetos y, a partir de ahí, delimitar los parámetros culturales dentro de los que se insertaban sus propietarios.

Entre las historiografías italiana y anglosajona, siendo capaces de aunar en sus trabajos los aportes de ambas con magníficos resultados, se encuentran inmersos un número de modernistas nada desdeñable: Sandra Cavallo<sup>128</sup>, Silvia Evangelisti<sup>129</sup>, Luca Molà, Marta Ajmar o Flora Dennis<sup>130</sup>. La Historia de la Cultura Material les ha permitido el análisis simbólico de los elementos que componían los interiores domésticos. *At home in Renaissance Italy*<sup>131</sup>, compila un nutrido conjunto de trabajos en los que se presta atención desde un enfoque interdisciplinar a las viviendas ocupadas por los diferentes estratos que formaban la sociedad y las prácticas llevadas a cabo en ellas. Una puesta al día sobre el tema, añadiendo nuevamente la categoría del género fue llevada a cabo por Silvia Evangelisti en el artículo “Cultura material y relaciones de género en la historiografía italiana de la Edad Moderna”<sup>132</sup>.

En Francia se sigue tomando como trabajo de referencia, ya clásico, para la Historia del consumo, entre otras esferas, también dentro de la casa, *Histoire des choses banales. Naissance de la société de consommation, XVIIIe-XIXe siècle*<sup>133</sup> de Daniel Roche. Sin embargo, en los últimos años la Historia Contemporánea ha vuelto a poner de actualidad dicha tendencia, donde sobresale la obra de Marie-Emmanuelle Chessel<sup>134</sup> o los recientes trabajos de Manuel Charpy<sup>135</sup> en los que, consumo y cultura material

---

<sup>127</sup> AGO, R.: *Il gusto delle cose. Una storia degli oggetti nella Roma del Seicento*. Roma, Donzelli editore, 2006

<sup>128</sup> CAVALLLO, S. y CHABOT, I (ed.): *Oggetti. Genesis*. V/1 (2006)

<sup>129</sup> CAVALLLO, S. y EVANGELISTI, S.: *Domestic institutional interiors in Early Modern Europe*. Farnham, Ashgate, 2009

<sup>130</sup> AJMAR-WOLLHEIM, M., DENNIS, F y MATCHETTE, A. (eds.): *Approaching the Italian Renaissance interior: sources, methodologies, debates. Special issue of Renaissance studies*, vol. 20, issue 5, November (2006)

<sup>131</sup> AJMAR-WOLLHEIM, M. y DENNIS, F.: *At home in Renaissance Italy*. London, V&A Publications, 2006

<sup>132</sup> EVANGELISTI, S.: “Cultura material y relaciones de género en la historiografía italiana de la Edad Moderna”, PÉREZ-FUENTES, P. (ed.), *Subjetividad, cultura material y género: Diálogos con la historiografía italiana*. Barcelona, Icaria, 2010

<sup>133</sup> ROCHE, D.: *Histoire des choses banales. Naissance de la société de consommation, XVIIIe-XIXe siècle*. Paris, Fayard, 1997

<sup>134</sup> CHESSEL, M.-E.: *Histoire de la consommation*. Paris, La Découverte, 2012

<sup>135</sup> CHARPY, M.: *Le théâtre des objets. Espaces privés, culture matérielle et identité bourgeoise. Paris, 1830-1914*. Tesis Doctoral, Université François Rabelais de Tours, 2010

aparecen interconectados. Este último, sin perder de vista los conceptos consumidor o industrialización, consigue unos resultados explicativos de carácter socio-cultural. Analizando el objeto en su contexto espacial y prestando atención a las prácticas relativas a su uso. Para el período que aquí tratamos, pese a su título en inglés, el libro colectivo coordinado por Blondée, Briot, Coquery y Van Aert, *Retailers and consumer changes in Early Modern Europe. England, France, Italy and the Low Countries*<sup>136</sup> representa una de las últimas contribuciones atribuibles a la historiografía europea, bajo coordinación francesa.

Pero, la Historia de la cultura material relativa a la vivienda en sí misma debe ser reivindicada por su peso en la historiografía del país vecino. Nos remitimos de nuevo al interés que se prestó a la casa en el que hemos considerado como uno de los trabajos pioneros desde la historiografía modernista, *Civilización material, economía y capitalismo* de Fernand Braudel. A él remitía, finalmente, el medievalista y arqueólogo Jean Marie Pessez después de intentar encontrar una definición para “cultura material”<sup>137</sup>: “ce sont les hommes et les choses, les choses et les hommes”.

Siguiendo esta tendencia y abarcando cronológicamente los siglos de transición entre los períodos medieval y moderno, destacan los trabajos sobre los niveles de consumo y composición de la casa, combinados con otros aspectos relativos a la vida cotidiana, para diversas regiones francesas de Françoise Piponnier, Danièle Alexandre-Bidon<sup>138</sup>, Marguerite Gonon<sup>139</sup> o Paul-Louis Malaussena<sup>140</sup>. La formación arqueológica de algunos de estos investigadores, no impidió que para sustentar sus investigaciones, además de basarse sobre la evidencia que aportan los restos materiales, tuvieran presente el valor de la documentación escrita. Los trabajos de Piponnier destacan por el

---

<sup>136</sup> BLONDEÉ, B., BRIOT, E., COQUERY, N., VAN AERT, L.: *Retailers and consumer changes in Early Modern Europe. England, France, Italy and the Low Countries*. Tours, Presses Universitaires François-Rabelais, 2005

<sup>137</sup> PESSEZ, J.-M.: *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Âge*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1998, pp. 11-46

<sup>138</sup> PIPONNIER, F., POISSON J.-M. y BIDON, D.-A.: *Cadre de vie et manières d'habiter (XIIIe-XVIe siècle)*. Caen, CRAHM, 2006

<sup>139</sup> GONON, M.: *La vie quotidienne en Lyonnais d'après les testaments XIV-XVIe siècles*. Paris, Les Belles Lettres, 1968

<sup>140</sup> MALAUSSENA, P.-L.: *La vie en Provence orientale aux XIVe et XVe siècles*. Paris, R. Pichon et R. Duran-Auzias, 1969

uso sobresaliente que hace de los inventarios de bienes<sup>141</sup>. Una fuente de peso indiscutible utilizada por muchos otros historiadores para conocer los elementos que componían la vivienda y cuyo análisis sistemático ha dado lugar a estudios en los que se ha profundizado en las condiciones de vida domésticas de diferentes contextos, rurales o urbanos. El caso de París se refleja en el libro de Annick Pardailhé-Galabrun, quien a partir de un método de análisis serial y cuantitativo de tres mil inventarios post-mortem, logró culminar uno de los estudios de referencia para el conocimiento de la vivienda<sup>142</sup>. En el caso de Micheline Baulant, el uso de la misma fuente le permitió aproximarse a la vivienda rural en Meaux<sup>143</sup>.

Caben, asimismo, destacarse los trabajos de Michel Figeac, en los que a partir de la cultura material trasciende a aspectos relativos a las formas y prácticas de vida en los espacios de habitación<sup>144</sup>. En una misma línea, se presenta el trabajo relativo a la vida cotidiana de los magistrados del Parlamento de Burdeos de Caroline Le Mao<sup>145</sup>. Y, finalmente, acabaremos haciendo referencia al libro de Michel Perrot *Historia de las alcobas*<sup>146</sup>. La Historia de social de la vivienda y de la vida privada de los individuos hallan en este trabajo una de sus representaciones más actuales.

Han sido diversos los caminos recorridos en la historiografía española que han alcanzado como destino de un modo más o menos voluntario la casa. Podemos acercarnos a ella a partir de los numerosos estudios que se plantearon como objetivo conocer las pautas de consumo y sus niveles. Estos trabajos, siguiendo una metodología cuantitativa, se esforzaron por contabilizar todo tipo de bienes en circulación. En una

---

<sup>141</sup> PIPONNIER, F.: “La consommation des draps de laine dans quelques milieux français à la fin du Moyen Age”, *Produzione, commercio e consumo dei panni di lana*. Florencia, Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini”, 1976, pp. 423-434; “Linge de maison et linge de corps au Moyen Age d’après les inventaires bourguignons”, *Ethnologie française* t. 16, nº 3, juillet-sept. (1986), pp. 239-248; “Usages et diffusion de la soie en France à la fin du Moyen Age”, *La seta in Europa secoli XIII-XX*. Serie 2. Atti delle Settimane di studi, 24. Florence, (1993), pp. 785-800; “La diffusion des tentures à la fin du Moyen Âge. L’exemple de la Bourgogne”, *Mélanges de l’école française de Rome*, tomo 111-(1999-1), pp. 419-442

<sup>142</sup> PARDAILHÉ-GALABRUN, A.: *La naissance de l’intime: 3000 foyers parisiens XVIIe-XVIIIe siècles*. Paris, Presses Universitaires de France, 1988

<sup>143</sup> BAULANT, M.: *Meaux et ses campagnes. Vivre et survivre dans le monde rural sous l’Ancien Régime*. Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2006

<sup>144</sup> FIGEAC, M.: *Châteaux et vie quotidienne de la noblesse. De la Renaissance à la douceur des Lumières*. Paris, Armand Colin, 2006; (dir.) *L’ancienne France au quotidien. Vie et choses de la vie sous l’Ancien Régime*. Paris, Armand Colin, 2007

<sup>145</sup> LE MAO, C.: *Les fortunes de Thémis. Vie des magistrats du Parlement de Bordeaux au Grand Siècle*. Bordeaux, FHSO, 2006

<sup>146</sup> PERROT, M.: *Historia de las alcobas*. Madrid, Siruela, 2012

economía de Antiguo Régimen como la que enmarca el período cronológico que analizamos, buena parte de los elementos que se consumían estaban destinados a cubrir la demanda doméstica. De ahí que, a partir del conocimiento de los productos consumidos, hallemos una imagen del contenido que componía la vivienda. En esta línea consideramos fundamentales los trabajos llevados a cabo por Bartolomé Yun<sup>147</sup>, Máximo García Fernández<sup>148</sup>, Jaume Torras o Manuel Espadas Burgos<sup>149</sup>. En ellos se vio privilegiado el conocimiento respecto al consumo textil.

Actualmente, se trata de un enfoque que se mantiene en plena vigencia. Próximos respecto a los trabajos tradicionales que se acaban de mencionar, en lo relativo al uso de la documentación notarial como fuente principal y su estudio serial desde un punto de vista cuantitativo, se hallan *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España Moderna*, coordinado por Daniel Muñoz Navarro<sup>150</sup> o el número monográfico de la revista *Estudis*, titulado *Consumo y sociedad en la España Moderna*<sup>151</sup>. No obstante, la Historia de la vida cotidiana y la cultura material ha influido directamente en la producción de algunos autores cuyos inicios se vieron vinculados directamente al enfoque mencionado. Caben ser destacadas las figuras de Máximo García Fernández y Juan Manuel Bartolomé Bartolomé<sup>152</sup>. La colaboración entre el Grupo de Investigación dirigido por el primero y el equipo portugués *Portas adentro* dio como resultado la publicación *Portas adentro: comer, vestir e habitar na*

<sup>147</sup> YUN CASALILLA B. y TORRAS, J. (dirs.): *Consumo, condiciones de vida y comercialización: Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999; y LLOPIS, E. (coord.): *El consumo en la España pre-industrial*. *Revista de Historia Económica*, 21, nº extraordinario 4 (2003)

<sup>148</sup> GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: “La cultura material doméstica en la castilla del Antiguo Régimen”, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y SOBALER SECO, M. A. (coord.): *Estudios en homenaje al profesor Teófanos Egido*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004, vol. 2, pp. 249-270, “Cultura material y religiosidad popular en el seno familiar castellano del siglo XVIII”, *Cuadernos Dieciochescos*, nº 5 (2004), pp. 97-121; y YUN CASALILLA, B.: “Pautas de consumo, estilos de vida y cambio político en las ciudades castellanas a finales del Antiguo Régimen”, FORTEA PÉREZ, J. I. (ed.): *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la corona de Castilla (s. XVII-XVIII)*. Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 245-282; y DÁVILA CORONA, R. M.: “El consumo de productos textiles en Valladolid, 1750-1850”, *Investigaciones históricas*, nº 21 (2001), pp. 133-180

<sup>149</sup> ESPADAS BURGOS, MANUEL: *Niveles materiales de vida en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, Ayuntamiento: Instituto de Estudios Madrileños, 1979

<sup>150</sup> MUÑOZ NAVARRO, D.: *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España Moderna*. Valencia, Universitat de València, 2011

<sup>151</sup> *Consumo y sociedad en la España Moderna, Estudis. Revista de Historia Moderna*. nº 36 (2010), Valencia, Universitat de València

<sup>152</sup> BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M.: “Espacios públicos y privados de sociabilidad e intimidad en la ciudad de León en el siglo XVIII”, *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), Alicante, Universidad de Alicante, pp. 195-209; “Patrimonios, condiciones de vida y consumo. La burguesía administrativa y las profesiones liberales en la ciudad de León. 1700-1850”, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material... Op. cit.*, pp. 73-90

*Península Ibérica* (ss. XVI-XIX)<sup>153</sup>. Una misma línea se ha seguido en la reciente publicación *Cultura material y vida cotidiana moderna: Escenarios*, donde el tema de la vivienda es tratado por diferentes autores; entre ellos Isabel dos Guimaraes Sà<sup>154</sup>, Francisco Sanz de la Higuera<sup>155</sup> y quien al presente redacta estas líneas<sup>156</sup>.

Afirmamos, así, que la Historia de la vida cotidiana y la cultura material está sirviendo como marco fundamental en la historiografía modernista española para insertar los trabajos relativos a la casa. Representa una tendencia cuyos inicios deben relacionarse con los estudios llevados a cabo de forma pionera por diversos miembros del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela, al que ya hiciéramos mención por su capacidad para introducir en el panorama modernista español las últimas tendencias europeas desde finales de los años setenta. *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, de Pegerto Saavedra<sup>157</sup> o *El siglo de las luces: cultura y vida cotidiana*, del mismo autor en colaboración con Hortensio Sobrado<sup>158</sup>, ofrecen buenos ejemplos respecto a las formas de vida en casa. Asimismo, dentro de los libros *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y Contemporánea* y *Casa, familia y sociedad: País Vasco, España y América, siglos XV-XIX* dirigidos por José María Imizcoz, destacan los trabajos de Paloma Manzanos Arreal<sup>159</sup>.

Por su parte, es fundamental la labor entorno al conocimiento de la vivienda en el Antiguo Régimen llevada a cabo por Gloria A. Franco Rubio. Sus trabajos han pasado desde un primer estadio en el que primaba la descripción de los interiores domésticos a partir de la cultura material<sup>160</sup> a una profunda, a la vez que precisa, conceptualización y

---

<sup>153</sup> GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y DOS GUIMARAES SÀ, I. (dir.): *Portas adentro... Op. cit.*

<sup>154</sup> DOS GUIMARAES SÀ, I.: "Habitar: Del espacio a los objetos", GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material... Op. cit.*, pp. 113-130

<sup>155</sup> SANZ DE LA HIGUERA, F.: "Aproximación a la mesa de los burgaleses. Cuberterías y platos en el setecientos", GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material... Op. cit.*, pp. 183-198

<sup>156</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: "Vivienda e interiores domésticos en el Madrid ilustrado", GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material... Op. cit.*, pp. 151-166

<sup>157</sup> SAAVEDRA, P.: *La vida cotidiana en la Galicia... Op. cit.*; "La vida en los pazos gallegos: entre la civilidad y la rudeza", *Chronica Nova*, 35 (2009), Universidad de Granada, pp. 163-191

<sup>158</sup> SAAVEDRA, P. y SOBRADO, H.: *El siglo de las luces... Op. cit.*

<sup>159</sup> MANZANOS ARREAL, P.: "La casa y la vida material en el hogar: diferencias sociales y niveles de vida en las ciudades vascas del Antiguo Régimen (Vitoria, siglo XVIII)", IMIZCOZ BEUNZA, J. M. (coord.): *Casa, familia y sociedad: País Vasco, España y América, siglos XV-XIX*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2004, pp. 397-428

<sup>160</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: *La vida cotidiana... Op. cit.*; "Sobre la cultura material a l'Espanya del segle XVIII", PÉREZ SAMPER, M. A. (coord.): *La vida cotidiana... Op. cit.*, p. 311-332

formulación teórica sobre el espacio doméstico<sup>161</sup>. Asimismo, deben ser anotados varios trabajos de los que forman parte del libro que coordinó, *La vida de cada día. Rituales costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*<sup>162</sup>.

Por su parte, María Victoria López-Cordón realizó una revisión acerca del palacio desde el enfoque de la Historia social en su “Casas para administrar, casas para deslumbrar: la pedagogía del palacio en la España del siglo XVIII”<sup>163</sup>. En aquellas páginas lograba analizar aspectos relativos al urbanismo, la teoría arquitectónica y la planificación de los interiores domésticos desde una óptica en la que desentrañaba magistralmente su significación social y cultural.

También dentro del marco de la Historia social y teniendo muy presentes los presupuestos emanados desde la Historia de la familia está llevando a cabo sus trabajos Carmen Hernández López. Las viviendas en las poblaciones rurales manchegas, entendidas como espacios de habitación y trabajo del grupo familiar, se convierten en motivo central de estudio en sus trabajos *Calles y casas en el campo de Montiel: Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII* y *La casa en La Mancha Oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*<sup>164</sup>.

Otros acercamientos llevados a cabo a la Historia de la vivienda desde una perspectiva que se interesa por las prácticas desarrolladas en su interior a partir del uso de los espacios y los objetos que los componían son para la provincia de Burgos, los de

---

<sup>161</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “La vivienda en la España ilustrada: habitabilidad, domesticidad y sociabilidad”, REY CASTELAO, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano... Op. cit.*, pp. 125-136; “La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social”, *Chronica Nova*, 35 (2009), Universidad de Granada, pp. 63-103; “El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen. Notas para su estudio”, *Intimidación y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), Alicante, Universidad de Alicante, pp. 17-32

<sup>162</sup> ABAD ZARDOYA, C.: “Donde el arte debe sujetarse a la necesidad. Intendencia doméstica, sociabilidad y apartamentos masculinos en los entresuelos del siglo XVIII”; GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: “Estancias y mobiliario doméstico multifuncional: alcobas y camas”; MÉNDEZ VÁZQUEZ, J.: “Modelo de casa y economía familiar rural. Un tratado novator que mira a Europa”; ORTEGO AGUSTÍN, M. A.: “La lectura en el ámbito doméstico: placer personal y afición cotidiana. La biblioteca femenina de la Marquesa de Astorga”, recogidos en FRANCO RUBIO, G.A.: *La vida de cada día... Op. cit.*

<sup>163</sup> LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: “Casas para administrar, casas para deslumbrar: la pedagogía del palacio en la España del siglo XVIII”, REY CASTELAO, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano... Op. cit.*, pp. 17-54

<sup>164</sup> HERNÁNDEZ LÓPEZ, C.: *Calles y casas en el campo de Montiel: Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, 2007; *La casa en La Mancha Oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*. Madrid, Sílex, 2013

María Teresa Martínez de Sas<sup>165</sup> y Francisco Sanz de la Higuera; para la provincia de Granada los de Margarita Birriel Salcedo<sup>166</sup> o para el caso de la capital aragonesa los de Juan Postigo Vidal<sup>167</sup>, entre otras aproximaciones de carácter regional o local que forman parte de la elaboración de Tesis Doctorales en curso.

### 3. Sobre la vivienda de los servidores del Estado

Unos pocos intentos han sido los llevados a cabo en esta línea, pese a que en ellos lo que ha primado haya sido la medición de los patrimonios y el valor económico que dentro del conjunto alcanzaban los elementos relativos a la vivienda, por delante del estudio de las formas de uso y/o las prácticas a las que daban lugar por parte de quienes habitaban dichas casas.

Cabe destacarse el libro de Janine Fayard *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*<sup>168</sup>. En él la historiadora francesa se centraba en el análisis de los profesionales que desempeñaron su labor dentro de dicha institución durante los reinados de Felipe IV, Carlos II y Felipe V, dedicando varios capítulos a los modos en los que resolvían sus necesidades materiales de habitación, vestido, etc., pero también atendiendo a aspectos relacionados con lo que se ha venido encuadrando bajo el marco genérico de las mentalidades –religiosidad y actitudes ante la muerte–.

Ana Guerrero Mayllo<sup>169</sup> dirigía su mirada hacia otro grupo, en este caso de carácter local, los regidores de Madrid para la segunda mitad del siglo XVI y dentro del mismo ámbito, en *A la sombra de la Corona: poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*, Mauro Hernández amplió su estudio cronológicamente a los siglos XVII y

---

<sup>165</sup> MARTÍNEZ DE SAS, M. T.: “Sin poder aparentar. Viviendas populares en la sierra burgalesa según las topografías médicas de 1884 y 1905”, *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012) pp. 87-100

<sup>166</sup> BIRRIEL SALCEDO, M.: “El mueble en la provincia de Granada. Pinos del Valle en el siglo XVIII”, ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, I. (ed.): *Vida cotidiana... Op cit.*

<sup>167</sup> POSTIGO VIDAL, J.: “El espacio doméstico en Zaragoza en el siglo XVII: versatilidad y especialización”, *Historia Social*, 73 (2012), pp. 21-40; “El estudio como espacio para la intimidad, la intelectualidad y la masculinidad en Zaragoza durante la Edad Moderna”, SERRANO, E. (coord.): *De la Tierra al Cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, CSIC, pp. 1067-1082

<sup>168</sup> FAYARD, J.: *Los miembros... Op. cit.*

<sup>169</sup> GUERRERO MAYLLO, A.: *Oligarquía y gobierno municipal en la Corte de la monarquía hispánica: el concejo de Madrid entre 1560 y 1606*, Tesis Doctoral, UNED, Madrid, 1991 y *Familia y vida cotidiana de una élite de poder: los regidores madrileños en tiempos de Felipe II*. Madrid, Siglo XXI, 1993



XVIII<sup>170</sup>. Los precitados trabajos tienen en común su interés por ofrecer una serie de resultados en clave social, definitorios de los grupos mencionados, los cuales han permitido singularizarlos como conjuntos diferenciados a partir de su faceta profesional.

Como miembros destacados de la muestra analizada por Jesús Cruz, que denominó como *Los notables de Madrid*, el autor se aproximaba a funcionarios y a políticos, una vez más, desde la perspectiva que cuantificaba sus patrimonios, adentrándose temporalmente hasta mediados del siglo XIX<sup>171</sup>. En su artículo “La construcción de una nueva identidad liberal en el Madrid del XIX: El papel de la cultura material del hogar”<sup>172</sup>, los aspectos relativos a la cultura material que formaba parte del ámbito de la vivienda le sirvió para pulsar en qué medida dicha cultura contribuyó en el modelado de las identidades políticas de los actores seleccionados.

María Victoria López-Cordón trascendía los datos cuantitativos y porcentuales relativos al patrimonio y las listas de objetos que tienden a sucederse en los trabajos anteriores en su aportación “Vida privada, asuntos públicos”<sup>173</sup>. En su propuesta de análisis la casa del burócrata constituía un espacio de convivencia entre lo público y lo privado, abriendo así una nueva vía de estudio. En el mismo aspecto, introduciéndose ya de lleno en el terreno de la que ha denominado “sociabilidad doméstica”, ha incidido Gloria Franco<sup>174</sup> y quien al presente redacta estas líneas<sup>175</sup>.

---

<sup>170</sup> HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M.: *A la sombra de la Corona: poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*. Madrid, Siglo XXI, 1995

<sup>171</sup> CRUZ VALENCIANO, J.: *Los notables de Madrid... Op. cit.*

<sup>172</sup> CRUZ VALENCIANO, J.: “La construcción de una nueva identidad liberal en el Madrid del XIX: El papel de la cultura material del hogar”, *Revista de Historia Económica. N° extraordinario: Patrones de consumo y cambio social*, XXI (2003), pp. 181-206

<sup>173</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: “Vida privada, asuntos públicos”, SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004 pp. 447-476

<sup>174</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “Formas de sociabilidad y estrategias de poder en la España del siglo XVIII”, MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, 2000, pp. 389-416; “Los actores de la sociabilidad ilustrada en España: proyectos y realizaciones”, BERBESÍ de SALAZAR, L. (coord.): *Poder y mentalidades en España e Iberoamérica (siglos XVI-XX): implicaciones y actores*. Maracaibo (Venezuela), Universidad del Zulia, 2001, pp. 157-186; “Tradición y modernidad: La construcción de nuevos modelos culturales en la España del siglo XVIII”, SERRANO, E. (coord.): *Felipe V... Op. cit.*, pp. 659-708; “Militares ilustrados y prácticas de sociabilidad”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 22 (2004), pp. 369-402; “El ejercicio del poder en la España del siglo XVIII: Entre las prácticas culturales y las prácticas políticas”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, n° 35, 1 (2005), pp. 51-78; “Espacios de sociabilidad, espacios de poder: algunas reflexiones sobre la articulación de redes sociales en la España del siglo XVIII”, MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica: siglos XVI-XX*. Madrid, 2005, pp. 59-110.

<sup>175</sup> GONZALEZ HERAS, N.: “Las casas madrileñas de Jovellanos...” *Op. cit.* y “La casa del alto funcionario: un marco para la nueva sociabilidad dieciochesca”, FRANCO RUBIO, G. A. (coord.):

Las formas de vida en casa de este colectivo, también han despertado la atención de investigadores en otros contextos geográficos. En Francia, François Bluche dedicó una monografía a los magistrados del Parlamento de París, cronológicamente enmarcada en el siglo XVIII<sup>176</sup>, y más recientemente, Caroline Le Mao publicó la que fuera su tesis doctoral sobre la vida de los magistrados del Parlamento de Burdeos en el siglo XVII<sup>177</sup>. En ellas se sigue incidiendo con fuerza en lo relativo a los niveles de fortuna y patrimoniales. Por su parte, Natacha Coquery se ha encargado de analizar la dicotomía público privado y la redefinición de ambos conceptos durante el setecientos, a partir de la evolución de las residencias y los espacios de trabajo de los altos funcionarios franceses en París<sup>178</sup>.

Finalmente, para el caso de la América portuguesa, conviene destacar el trabajo de Laura de Mello e Souza “A vida privada dos governadores na América Portuguesa no século XVIII”<sup>179</sup>, cuyos planteamientos adquieren ya un enfoque mucho más próximo a los intereses de la Nueva Historia Cultural. De este modo, abandona el análisis de los niveles de vida material que tenían la finalidad de obtener unos resultados relativos, no tanto a condiciones de vida, cualitativamente hablando, como a marcos económicos y de riqueza. Y se centra en lo correspondiente a las formas de vida cotidiana de dichos actores. Se puede percibir aquí la influencia recibida por parte de la potente corriente analítica que en torno a la Historia de la vida cotidiana se viene desarrollando durante las últimas décadas en América Latina, dentro de la que son de obligada mención los trabajos llevados a cabo en México por Pilar Gonzalbo Aizpuru<sup>180</sup> en la línea de lo que en los últimos años viene denominándose como la Historia cultural de lo cotidiano.

---

*Vínculos y sociabilidades: Reflexiones desde el Bicentenario de las Guerras de Independencia en España e Iberoamérica*. Madrid, CERSA, 2012, pp. 251-262

<sup>176</sup> BLUCHE, F.: *Les magistrats du Parlement de Paris au XVIIIe siècle (1715-1771)*. Paris, Les Belles Lettres, 1960

<sup>177</sup> LE MAO, C.: *Les fortunes de Thémis...Op. cit.*

<sup>178</sup> COQUERY, N.: *L'espace du pouvoir. De la demeure privée à l'édifice public. Paris 1700-1790*. Paris, Seli Arslan, 2000

<sup>179</sup> MELLO E SOUZA, L. de: “A vida privada dos governadores na América Portuguesa no século XVIII”, MONTEIRO, N. G. (org.), MATTOSO, J. (dir.): *Historia da vida privada em Portugal. A Idade Moderna*. Lisboa, Circulo de Lectores, 2011

<sup>180</sup> GONZALBO AIZPURU, P.: *Introducción a la Historia de la vida cotidiana*. México, Colegio de México, 2006; *Vivir en Nueva España: Orden y desorden en la vida cotidiana*. México, Colegio de México, 2009



## **CAPÍTULO 2. FUENTES Y METODOLOGÍA**

En el presente trabajo se ha pretendido un conocimiento de las formas de vida en casa de los empleados al servicio del Estado en el Madrid de la segunda mitad del siglo XVIII.

La necesidad de acotar social, cronológica, así como territorialmente cualquier tipo de investigación donde los elementos humanos, del tiempo y del espacio constituyen factores fundamentales, nos lleva a centrarnos en un grupo socio-profesional –los servidores de la Monarquía-, durante un período concreto –la segunda mitad del siglo XVIII-, en una ciudad determinada –Madrid-. No obstante, deseamos que las ramificaciones que desde este análisis se desprendan sirvan para dar lugar a futuros estudios, que bien pudieren centrarse en otros colectivos componentes de la pirámide socio-poblacional, dentro de otros marcos geográficos y/o cronológicos, permitiendo obtener interesantes perspectivas de análisis comparativo.

Estos empleados y sus viviendas, como sujetos y objetos de estudio, respectivamente, en la capital del Estado durante un período cronológico que abarca medio siglo, significaban en su totalidad un volumen de datos, cuantitativamente hablando, inabarcable para un único investigador que tenía que llevar a cabo su investigación en el cuadro proporcionado por una beca de cuatro años de duración. Por lo tanto, se decidió seleccionar una serie de muestras, así como atender a casos particulares, con entidad por sí mismos, para reflejar la realidad en la que pretendíamos adentrarnos. Por ello, puede considerarse que los resultados que desde estas páginas se presentarán son ilustrativos de las condiciones de vida en casa del conjunto socio-profesional que centra nuestra atención.

Tras esta presentación, la alusión al método prosopográfico es obligatoria. Éste permite trazar la biografía colectiva de un grupo social a partir del análisis de las características particulares de cada uno de los individuos que lo componían,

estableciendo cuáles eran las que los distintos miembros compartían y por lo tanto se podían considerar propias y definitorias del conjunto<sup>181</sup>.

Su fórmula de aplicación en el marco de los estudios de historia social ha ido evolucionando desde un sistema de procesamiento estadístico de unos datos estanco, obtenidos a raíz del preestablecimiento previo al análisis de la documentación de la información que se iba a recoger, de forma que factores fundamentales en la definición del grupo pudieran quedar fuera, a una metodología donde el dato es concebido formando parte de un sistema que condiciona directamente a aquél y que hay que tener siempre presente para arrojar unas conclusiones en las que se recojan todas las variables que conforman la definición del grupo<sup>182</sup>.

Nuestro estudio no responde únicamente al tradicional objetivo de dicha metodología de trazar una biografía colectiva, relativa al ámbito de la vivienda para el grupo de los servidores del Estado. Pese a nuestro interés por alumbrar aquellos patrones comunes para el conjunto, éste se trasciende en el análisis de las particularidades específicas de cada uno de los casos. Se dejan así infinidad de puertas abiertas, tantas como casos estudiados, que poder retomar individualmente en futuras investigaciones de carácter biográfico, en las que el motivo central de estudio fuere el individuo, aún sin perder de vista su contexto social<sup>183</sup>.

Elegir las fuentes primarias más adecuadas para conseguir nuestro propósito nos dirigió a tres tipologías documentales de origen y carácter, a su vez, muy diferentes entre ellas. Por un lado, la documentación de tipo fiscal dentro de la que se enmarcan la Planimetría General de Madrid -1749-1774- y la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de Madrid para 1798. En segundo lugar, las solicitudes de licencias de obras en la capital desde el año 1740 hasta 1803 y, finalmente, la documentación notarial que se produjo a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, habiéndose

---

<sup>181</sup> STONE, L.: "Prosopography", GILBERT, F., GRAUBARD, S. R. y HOBBSBAWM, E. J. (eds.): *Historical Studies Today*. New York, W.W. Norton, 1972, pp. 107-140; *El pasado y el presente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981

<sup>182</sup> DEDIEU, J.-P.: "Un instrumento para la historia social..." Op. cit.

<sup>183</sup> Vid. La tarea que se está llevando a cabo desde la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía. BURDIEL, I. y PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Biografías, 2000

tomado de forma sistemática cuatro muestras correspondientes a los años 1780, 1788, 1795 y 1803.

Pese a que las posibilidades de explotación que se han hallado a los tres tipos documentales referidos a lo largo de la investigación son amplias, bien podríamos afirmar que la información aportada por cada uno de ellos se adapta específicamente a ese conocimiento de la casa y las condiciones de vida en ella de sus habitantes que se pretende llevar a cabo. Es decir, un análisis desde el exterior hacia el interior de los lugares de habitación. Hemos utilizado la documentación fiscal, fundamentalmente, para conocer la distribución del colectivo socio-profesional de nuestro interés dentro del paisaje residencial de la capital; la inserción de sus domicilios en la villa de Madrid. Las licencias de obras, para adentrarnos en la configuración espacial de los interiores de las viviendas y los protocolos notariales para descubrir el contenido que componía los diferentes espacios de habitación. No obsta, como ya se adelantaba, que en determinadas ocasiones tipos específicos de escrituras notariales, como las de compra-venta de viviendas, nos hayan servido para adentrarnos en terrenos como el de la propiedad, o que sean planos procedentes de variadas tipologías escriturarias los que nos aproximen a la compartimentación interior de la casa. Tampoco, que ciertos planos procedentes de licencias de obras hayan contribuido a darle forma a otros apartados que no tengan directamente que ver con la estructura del inmueble y/o la distribución interior de las piezas en las residencias.

La información obtenida, procedente de cada uno de los tipos de fuentes, ha sido cruzada con aquélla que nos ofrecía el resto de documentación tratada, así como con otra documentación de carácter primario, que nos ha servido de auxiliar, y bibliografía.

Los datos relativos a la ubicación específica de la residencia de nuestros actores aportados por la Guía de forasteros en Madrid, la Guía de litigantes y pretendientes o la Lista de los abogados del Ilustre Colegio de Madrid de los años correspondientes a los seleccionados para este estudio, han permitido completar el conocimiento respecto a los domicilios de dichos empleados al servicio del Estado. Debemos entender estas publicaciones periódicas como información práctica de carácter público. Este tipo, de la que bien podríamos calificar de literatura práctica, no fue exclusivo de España, sino que dicho género fue característico de distintos Estados europeos. Su existencia debe ser

relacionada con la movilidad geográfica por el continente europeo que practicaban viajeros con intereses y finalidades diferentes de carácter profesional, educativo y/o cultural –enmarcadas estas últimas dentro del fenómeno conocido como “el Grand Tour”.

Que entre la información que presentaban se hallara la de la estructura institucional del Estado o de determinado organismo, aludiendo a las diferentes personas que ocupaban los distintos puestos dentro de ellos, persiste en dicha línea de facilitar unos datos que tendrían que estar al alcance del conjunto social. El hecho de indicar el lugar de residencia de dichas figuras institucionales dotaba a sus domicilios de un carácter público. El lugar de vivienda del empleado al servicio del Estado tenía que ser conocido, puesto que podía ser necesario acudir a él para recurrir a los servicios públicos que debido a su profesión debían ofrecer aquellos individuos. Este modelo se reproducía asimismo en el París del siglo dieciocho con la aparición del lugar de residencia de los altos cargos del Estado en el *Almanach Royal*<sup>184</sup>.

Una de las principales dificultades con la que nos hallamos una vez definido el tema de trabajo, sobrevino cuando tuvimos que encontrar representado dentro de los diferentes conjuntos documentales a ese personal que desempeñaba una ocupación al servicio del Estado. Nos estamos refiriendo a un grupo que dentro del total poblacional madrileño, que aumentó desde los 130.000 habitantes en 1740 a los 187.000 en 1797, constituía para 1757 unas cifras de 3.000 empleados en la administración central y municipal y otros 3000 dependientes de la Casa Real. Los censos de 1787 y 1797 arrojaron un número de 5.575 y 6.372 empleados con sueldo real, respectivamente<sup>185</sup>.

Su localización atendió, fundamentalmente, a que el documento expresara la profesión desempeñada o el cargo ocupado por el individuo que era el titular. No obstante, cuando algunos de los documentos en los que no se especificaba el cargo de la persona, ofrecieron ciertos indicios relativos a la posible pertenencia de los actores en ellos recogidos como potenciales miembros del grupo de nuestro interés, los nombres de

---

<sup>184</sup> COQUERY, N.: *L'espace du pouvoir... Op. cit.*; CHABAUD, G.: “Les guides de Paris du XVIII<sup>e</sup> siècle au début du XIX<sup>e</sup> siècle. Remarques sur une construction historique”, CHABAUD, G., COHEN, E., COQUERY, N., PENEZ, J., *Les guides imprimés du XVI<sup>e</sup> au XX<sup>e</sup> siècle. Villes, paysages, voyages*. Belin, Paris, 2000, pp. 71-80

<sup>185</sup> Cifras procedentes de ESPINOSA ROMERO, J., GONZÁLEZ PAÑERO, J. A., JURADO SÁNCHEZ, J. y NIETO SÁNCHEZ, J. A.: “Consolidación y límites de la ciudad...” *Op. cit.*, p. 198

estos individuos intentaron ser localizados en la base de datos Fichoz<sup>186</sup>. En ella están recogidas las biografías de miles de individuos que desempeñaron un cargo al servicio de la Monarquía durante el período moderno. En unas ocasiones nos reafirmamos en nuestra sospecha, en otras, nos quedamos con la duda y tuvimos que pasar al siguiente documento.

A continuación, se pasa a realizar un análisis específico de cada una de las fuentes sobre las que se ha trabajado, así como a desarrollar una explicación respecto a las metodologías de análisis desde las cuales han sido abordadas.

## **1. Documentación fiscal**

La documentación fiscal de carácter municipal ha sido la que en este trabajo nos ha permitido acceder al conocimiento global del contexto espacial sobre el que nos hallamos trabajando, es decir, la villa y corte madrileña; así como a la distribución dentro de ella del conjunto poblacional que centra nuestra atención. La Planimetría General de Madrid y la Matrícula de vecinos pudientes y distinguidos también de Madrid han sido utilizadas como dos fuentes complementarias.

### **1. 1 Planimetría General de Madrid, 1757**

La realización de este catastro urbano se enmarca dentro de los planes generales de racionalización de la Real Hacienda llevados a cabo por el ministro don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, durante el reinado de Fernando VI. El complejo y desigual sistema tributario en el que había derivado el pago en metálico por el que los propietarios de inmuebles en Madrid sustituían en muchos casos su obligación de dotar de aposento material al personal que trabajaba al servicio de la Monarquía<sup>187</sup>, fue sometido a una profunda revisión. Ésta implicaba un exhaustivo reconocimiento de la villa que permitiera conocer su estructura en términos inmuebles, atendiendo a quiénes eran los propietarios de los mismos. El objetivo consistía en que cada propietario contribuyera a las reales arcas de forma proporcional al valor de lo que le rentaran sus propiedades. El proceso de reconocimiento llevado a cabo para alcanzar el precitado fin

---

<sup>186</sup> DEDIEU, J.-P.: “Un instrumento para la historia social...” Op. cit.

<sup>187</sup> Sobre la Regalía de Aposento vid. el capítulo 4 de esta Tesis: “El régimen de ocupación”, apartado 4: “La Regalía de aposento y el alquiler”



fue el que generó el corpus documental que representa la Planimetría General de Madrid<sup>188</sup>.

La planta de la villa fue dividida en 557 manzanas. Dentro de cada manzana, acotada por las calles que la circundaban, se delimitaba el área de la casa o casas que la componían. La documentación de carácter gráfico quedó recogida en 6 libros de planos, mientras, aquélla en la que siguiendo el orden numérico de las manzanas se ofrecían los datos correspondientes a cada una de sus casas –asimismo numeradas correlativamente– dio lugar a los libros de asientos. La información que se aportaba para cada una de las casas era la identidad de su propietario –persona física o institución–, los sitios que componían el área de la actual casa y quiénes eran sus propietarios en las visitas anteriores llevadas a cabo por la Regalía de Aposento -1610, 1618-1619 y 1625-1632–; si la casa se hallaba exenta de la carga por algún tipo de privilegio y de manos de qué propietario había sido privilegiada; el número de pies de fachada de la casa y la calle hacia la que aquélla miraba, así como el número total de pies de la planta; la renta del inmueble expresada en reales –real si se hallaba alquilada o estimada si no lo estaba– y la carga o contribución que correspondía a su propietario en maravedíes, establecida proporcionalmente respecto a la renta.

La recogida de toda esta información y su procesamiento no fueron sencillos en el período preestadístico en el que se llevó a cabo. El proceso se desarrolló entre 1749<sup>189</sup> y 1774 y generó un amplio volumen documental que sirvió para construir la Planimetría General. Se trata de los Cuadernos de visita y los de alquileres. En los Cuadernos de visita, en primer lugar, se notifica el número de la manzana que se trata haciendo una relación de las calles que la circundan. Se sigue con la circunscripción parroquial a la que pertenece la manzana visitada.

A continuación, comienza una exhaustiva descripción de cada una de las viviendas que conforman la manzana, apareciendo los datos que podríamos definir de encabezamiento en el margen, donde se ofrecen el número que dentro de la manzana se ha otorgado a la vivienda, el nombre de su propietario o administrador, el total de pies

---

<sup>188</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “La Planimetría General de Madrid...” Op. cit.

<sup>189</sup> *Real Instrucción de Fernando VI determinando la realización de una visita general de las casas de Madrid para la nueva administración de la Regalía de Aposento*. 1749, octubre, 22, San Lorenzo de El Escorial.

que componen su planta y la cantidad anual que renta en reales. Seguidamente se inicia el texto que va a describir tal vivienda, en el que se repite el nombre del propietario, o en su defecto del administrador del inmueble. Asimismo, se ubica espacialmente la vivienda, hacia qué calle o calles tiene sus fachadas y cuáles son sus lindes; informándonos de qué casas se trata mediante el nombre de sus propietarios o administradores. Con el resto de datos obtenemos una interesante descripción física del edificio, refiriéndose al número de cuartos en altura que lo componen y el carácter de su fábrica –antigua o nueva–, además de si la construcción sigue el estilo de Corte o el de Arrabal. En último lugar, los Cuadernos de Visita describen minuciosamente el perímetro de la planta de la vivienda detallando cuáles son sus medidas.

Una vez desarrollado este análisis de todas las casas que componen la manzana se realiza un resumen final con datos significativos. Éste recoge el total de pies de que se forma la manzana, el número total de casas que hay en ella, asimismo, cuantifican los diferentes negocios que con frecuencia se encuentran en los cuartos bajos de las casas y las fuentes particulares con agua de pie.

Finalmente, aparecen un conjunto de datos, donde casa por casa, se nos repiten los nombres del propietario y administrador –si procede–, la calle hacia la que la casa tiene su fachada y su renta anual. Las novedades aportadas son la información acerca del número de sitios que en el año de la Visita General componían la vivienda, así como la referencia a la situación anterior de dichos sitios. Es decir, a quién pertenecía la vivienda que lo ocupaba en visitas anteriores y si gozaba de algún privilegio por el que no contribuir con el respectivo tributo a la Regalía de Aposento, con qué viviendas lindaba –reconociendo éstas, igualmente, a través del nombre de sus propietarios–, y sus medidas. Concluye con la carga que se establece habrá de contribuir el propietario de la vivienda. En último lugar encontramos, al igual que en el apartado anterior, un resumen general; en este caso, de los datos que se consideran más significativos relativos a las rentas y las cargas de las viviendas que conforman la manzana.

Si pasamos a considerar los Libros de Alquileres, la información recogida en ellos variará según el escribano que la redacte, se pueden encontrar algunos con una recopilación de datos muy exhaustiva; mientras que otros se limitan a repetir la información que se nos da en los de Visita.

De nuevo se vuelve a localizar la manzana limitándola entre las distintas calles, asimismo, como se sigue el orden anteriormente explicado para los cuadernos de Visita de numerar casa por casa y ofrecer la información relativa a cada una de ellas. Ésta, como se acaba de comentar, es variable. Algunos de los Cuadernos de Alquileres que mayor número de datos aportan dan, una vez más, el nombre de la calle hacia donde la vivienda tiene su fachada y puerta principal; el nombre del propietario –en algunos casos también su profesión si se trata de una persona física–, así como el del administrador del inmueble (si lo tuviere), y cuál es su domicilio habitual.

Por otra parte, se describe el edificio refiriéndose a los cuartos en altura que lo componen; y en caso de existir, su orientación exterior o interior. La referencia a cada cuarto se sigue del nombre del individuo que lo ocupa y la renta –en reales– que ha de pagar por él anualmente.

La información que nos ofrece la Planimetría General de Madrid permite un análisis del caserío madrileño en varias vertientes. Desde la perspectiva de la propiedad, es decir, se puede observar quiénes eran los propietarios de los inmuebles; no obstante, conocer a quiénes habitaban en ellos se limita a los datos, en pocas ocasiones recogidos sistemáticamente y en los que nunca se indica la profesión del inquilino, que aportan los cuadernos de alquileres. Asimismo, es fundamental para conocer la distribución de la planta de la capital y la ocupación del espacio, facilitándonos la localización dentro del plano de la villa de cada una de las viviendas que lo componían. A lo que cabe añadir la imagen que también nos ofrece de la ciudad desde la perspectiva vertical, mediante las descripciones relativas a la estructura de las casas en varias plantas.

## **1. 2. Matrícula de los vecinos pudientes y distinguidos de Madrid, 1798**

Nuestro interés por saber cómo se vivía y, por lo tanto, los lugares de residencia del conjunto poblacional que centra nuestra atención, nos llevó a dirigirnos hacia otro tipo de fuente en la que se aportara tal dato. Así, la Matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de Madrid, para 1798, se presentaba como idónea<sup>190</sup>. En el marco de una coyuntura de crisis económica, donde las guerras, primero contra Francia y después

---

<sup>190</sup> Desde esta nota deseo mostrar mi más sincero agradecimiento al Profesor Francisco Andújar Castillo, que fue quien me facilitara la referencia de esta fuente.

contra Inglaterra, llevaban obligando durante más de una década a grandes gastos, muy superiores a los que la Real Hacienda podía hacer frente, se recurrió a la solicitud del tradicional donativo por parte de particulares<sup>191</sup>. Se trataba de un medio de recaudación que se presentaba como voluntario en su pago para los contribuyentes. No obstante, fueron diferentes los medios y discursos que enmascaraban un carácter coactivo, con la finalidad de obtener ingresos del conjunto de la población. La voluntariedad era discutible bajo una monarquía de Antiguo Régimen en la que se daba por supuesta una lealtad obligatoria a responder a cualquier petición que emanaba desde el monarca. Para el caso de la capital, al igual que se propuso en otros territorios, como Extremadura<sup>192</sup>, se llevó a cabo un reconocimiento de aquellos vecinos considerados “pudientes y distinguidos”, cuya posición económica les permitiera contribuir a la demanda del monarca con mejores medios que al resto de la población. Sin entrar a valorar la adecuación de realizar un listado de estas características para obtener un donativo que se planteó como “voluntario”, esta matrícula asienta su valor como fuente para nuestro trabajo por dirigirnos directamente a un sector donde inmediatamente se comenzaron a distinguir nombres, profesiones y cargos correspondientes a los actores que centran esta investigación. La sistematización en el modo de recoger la información por parte de quienes fueron los encargados de hacerlo, ha ayudado enormemente en su procesamiento. Siguiendo un modelo jerarquizado se tomaron los datos por cuartel, dentro de éste por cada uno de sus barrios, en ellos se aporta el número de la manzana o el nombre de la calle, en el mejor de los casos aparecen ambos, el número de la casa y dentro de ésta el cuarto acompañado por el nombre de quien lo habitaba y en no pocas ocasiones su profesión. Se ofrece así una completa imagen del paisaje residencial madrileño de las elites a finales del siglo XVIII. No obstante, la Matrícula, como todas las fuentes, presentaba una serie de deficiencias. La principal que se debe tener en cuenta, debido a su carácter fiscal, es la ocultación. “Son todos los que están, pero no

---

<sup>191</sup> ARTOLA, M.: *La Hacienda del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1982, pp. 343 y ss.; MELÓN JIMÉNEZ, M. A., RODRÍGUEZ CANCHO, M., RODRÍGUEZ GRAJERA, A. y BLANCO CARRASCO, J. P.: “El Donativo de 1798”, *Estudis*, 30 (2004), pp. 203-231. Sobre su repercusión en la América española: SILVA PRADA, N.: “Contribución de la población indígena novohispana al erario real. El donativo gracioso y voluntario o rigurosa pensión de 1781 y su impacto en recaudaciones posteriores”, *Signos Históricos*, I. 1 (1999), pp. 28-58. Recurso electrónico consultado 28-11-2013 [<http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/signos/cont/1/art/art3.pdf>]

<sup>192</sup> MELÓN JIMÉNEZ, M. A., RODRÍGUEZ CANCHO, M., RODRÍGUEZ GRAJERA, A. y BLANCO CARRASCO, J. P.: “El Donativo...” Op. cit, p. 225

están todos los que son”. El hecho de que su finalidad fuera registrar potenciales contribuyentes, debió hacer que quienes pudieran evitar ser registrados, lo evitaran.

Asimismo, las limitaciones administrativas del aparato Estatal a finales del siglo XVIII, condicionaron directamente el resultado de esta matrícula. Según los barrios y el oficial encargado de recopilar la información, personas con ocupaciones profesionales similares, fueron incluidas o no dentro del registro. El alcalde del barrio de la plazuela del Gato en el cuartel de Afligidos eximía a: “los empleados por s. m. en tribunales, milicia, gremios, menestrales, dependientes de casas de títulos y otras particulares y tratantes de casa abierta y sólo si algunos que aunque se hallan con ella no están sujetos a gremios”; el del barrio de San Marcos, del mismo cuartel: “exceptuando los grandes de España títulos de Castilla, señores de los Consejos, oficialidad y empleados en oficinas de su Magestad”<sup>193</sup>. Se mantenía presente la consideración de que los pertenecientes a algún tipo de organismo de carácter institucional, profesional, cultural depositarían su donativo vía aquél, en lugar de hacerlo a título de persona individual.

Pese al carácter fragmentario con respecto al total de la población empleada al servicio del Estado en Madrid que puedan plantear los datos procedentes de la Matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de 1798, la posibilidad de conjugar dicha información con la que nos aporta la Planimetría General de Madrid, fundamentalmente el material gráfico de los libros de planos, ha permitido una reconstrucción aproximativa y su representación cartográfica de las distintas zonas de habitación de aquel sector poblacional dentro de la capital.

## **2. Licencias de obras municipales**

Se ha trabajado sobre un conjunto de expedientes de licencias de obras en Madrid desde el año 1740 hasta 1803. Del total de 1.910 expedientes consultados para estos 63 años, 113 se han podido certificar que correspondían a individuos susceptibles de ser integrados dentro de nuestra muestra.

Los expedientes de licencia de obra conservados en la sección Secretaría del Ayuntamiento del Archivo de Villa de Madrid se componen, salvo alguna excepción, de

---

<sup>193</sup> AHN. CONS. Leg. 12979 s.f.

un documento en el que un particular –persona física o institución- solicitaba permiso al Ayuntamiento para la realización de una obra sobre un solar o edificio de su propiedad. Dicho trámite era preceptivo en Madrid desde el año 1565. Debemos entenderlo en relación a la evolución de la villa en sede permanente del Monarca y sus instituciones y por lo tanto, capital de la Monarquía y la consecutiva necesidad de regular lo concerniente a las actividades arquitectónicas que influyeran en su urbanismo; como analizaremos en un apartado posterior.

Tal petición solía acompañarse del proyecto de la obra que se pretendía llevar a cabo, es decir, el dibujo del alzado y/o la planta del inmueble, firmado éste por el arquitecto encargado de la construcción.

Desde el Ayuntamiento se disponía el reconocimiento del sitio y el edificio por parte de un maestro de obras y alarife de la villa, quien a su vez procedía a “tirar las cuerdas”, es decir, a la medición del sitio –si se trataba de un solar yermo- o del área del inmueble –cuando ya existía una construcción-, todo ello en relación a la vía pública. Si de tal reconocimiento no aparecía objeción alguna, el comisario del cuartel en el que se iba a realizar la obra autorizaba para que el Ayuntamiento concediera la correspondiente licencia para su ejecución. El predominio de la aparición de diseños de alzados, frente al número de plantas que formaban parte de dichos proyectos, se relaciona directamente con el interés que el Ayuntamiento tenía por aquella parte del inmueble que afectaba directamente a la calle. Es decir, por las partes de las viviendas que determinaban las condiciones urbanísticas de la villa y corte. De ahí que la concesión de la licencia se hallara siempre condicionada a que el arquitecto ejecutor de la obra “observara en ella ornato y policía”. Atendiendo igualmente a lo relativo a las infraestructuras a las que en su apartado correspondiente denominaremos urbanas.

Sin embargo, debido a nuestra necesidad de introducirnos en el conocimiento de la distribución espacial de los interiores de las viviendas a partir de esta fuente, se ha mostrado especial interés por los documentos compuestos por un dibujo de la planta, correspondiente al proyecto de construcción o reforma de una vivienda propiedad de dichos actores. Nos encontramos de este modo con dos obstáculos. En primer lugar, la aparición de este tipo de dibujos de plantas, a la hora de solicitar la licencia al Ayuntamiento para realizar una obra en un inmueble, era relativamente poco frecuente.

Por el contrario, como se acaba de expresar, lo que predominaban eran los dibujos de alzados de fachadas que, pese a que pueden llegar a ser indicativos de otros aspectos de interés como la distribución en altura de los inmuebles<sup>194</sup>; un factor que llegó a cobrar verdadera importancia en una capital donde el suelo sobre el que construir era escaso y había que aumentar el número de viviendas con las que dotar de habitación a la población a partir de la elevación de los edificios, no atendían a nuestra necesidad de conocer las estancias que componían los interiores de las viviendas y su organización.

En segundo lugar, nos hallábamos con el vacío informativo que presentaban muchas de las solicitudes de licencia respecto a quién iba a habitar el inmueble. En pocas ocasiones se especificaba si la casa motivo de petición de licencia de obra era la residencia de su propietario. Sin embargo, la tendencia extraída del análisis sistemático de este tipo de documentación nos ha orientado a pensar que si se trataba de una persona de posición social representativa y el inmueble que motivaba la licencia era o iba a convertirse en su domicilio, dicho dato aparecía explícito en el documento:

“El marqués de Guerra, vizconde de Artega, del Consejo de su majestad en el Real de Hacienda, ministro en su Real Junta del Tabaco y mayordomo del Rey. Dice que necesita para accesorias de sus casas propias donde vive levantar de cimientos una que asimismo es propia suya sita en la calle que llaman de Capuchinas o San Bernardino y hace esquina entrando en la que llaman de Amanuel o Jardín de Testa [...]”

Cuando el dato era desconocido, hemos cruzado la información que se aportaba en las licencias de obra con aquélla que se ofrecía en las Guías de Forasteros, las de Litigantes y pretendientes, la Lista de los abogados del Ilustre Colegio de Madrid y la matrícula de las personas pudientes y distinguidas para el año 1798. Si tal consulta no aportaba fruto, el análisis del plano del inmueble y las características por él arrojadas respecto a su composición –mayor o menor número de piezas, aparición de una estancia denominada despacho, etc.- nos habrán permitido proponer la posibilidad de que se tratara de la residencia del individuo propietario en cuestión. Como ejemplo, el caso de unas casas en la calle del Gobernador esquina a la de los Fúcares, propiedad de don

---

<sup>194</sup> Desde ese enfoque trató este tipo de documentación África MARTÍNEZ MEDINA en su Tesis Doctoral: *La casa nobiliaria española... Op. cit.*

Antonio Martínez Salazar, escribano de la segunda escribanía de Cámara del Consejo de Castilla en 1757. Compuesta por once piezas, entre las que existían un despacho y un gabinete, dotada de infraestructuras para el abastecimiento de agua y su propio vertedero de residuos, así como de un jardín. Bien podía constituir la habitación de una persona del rango de don Antonio Martínez Salazar.

En el caso de que el plano con el que contamos no perteneciera al inmueble en el que habitaba el servidor solicitante de la licencia de obra; al menos podemos relacionar el predominio de determinadas estructuras interiores domésticas en casas cuyo propietario era un miembro de aquel grupo. Estructuras representativas de los modelos que quienes trabajaban al servicio del Estado elegían para dotar inmuebles de su propiedad, representativos a su vez de los espacios que se consideraban necesarios en una vivienda en el período cronológico que enmarca este estudio, aunque estrechamente condicionados por las pautas marcadas desde el sistema de mercado inmobiliario. Éste, entonces como ahora, buscaba obtener la máxima renta económica ofreciendo no siempre viviendas que cumplieran con las condiciones, materialmente hablando, que se hubieran requerido en el caso de que quien fuera a vivir allí se tratara del propietario.

### **3. La documentación notarial**

No cabría dar comienzo a este apartado sin mencionar el valor del que ha sido dotada la documentación notarial como fuente para la Historia Moderna, en general, y dentro de ésta, de forma específica, para analizar aspectos de la que viene siendo denominada “cultura material”.

La presentación de sus posibilidades por parte del historiador francés Ernest Labrousse tuvo lugar a mediados del siglo XX –año 1955- en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Roma<sup>195</sup>. El uso de los protocolos notariales permitió a la historiografía francesa introducirse en ámbitos de la Historia, hasta entonces, poco o nada transitados<sup>196</sup>. El carácter serial de dicha documentación dio lugar a su tratamiento sistemático utilizando como herramienta unos rudimentarios equipos informáticos que colaboraban en el entonces frecuente procesamiento de los

---

<sup>195</sup> LABROUSSE, E.: “Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIII et XIX siècles (1700-1850)”, *X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*. Roma, 1955

<sup>196</sup> GOUBERT, P.: *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. París, S.E.V.P.E.N., 1960



datos mediante fichas manuales. Así, se alcanzaron una serie de conclusiones, a partir de la cuantificación de datos repetitivos, que aportaron importantes resultados en los terrenos de la Historia Económica, fundamentalmente, aunque también en el campo de las mentalidades y dentro de éste en el de la religiosidad y la Historia del libro. La consolidación del uso de las fuentes notariales en Historia Moderna, vino de mano de figuras como Lebrun, Goubert, Jacquart o Mousnier encargados de presentar los frutos de su labor en el Congreso celebrado en Estrasburgo en 1978<sup>197</sup>.

La historiografía modernista española se empapó pronto de aquella tendencia donde el documento notarial se dejaba de considerar de forma complementaria -hasta entonces se había prestado especial atención a la escritura con mayúsculas, que aportaba datos relativos a una biografía-, y pasaba a valorarse como fuente principal en la elaboración de ambiciosas investigaciones. El Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela, a cuya cabeza se encontraba el Profesor don Antonio Eiras Roel, mostró ya su interés por los protocolos notariales como fuente en varios trabajos presentados al I Coloquio de Metodología Histórica Aplicada en el año 1973. La participación en el mismo de algunos de los historiadores franceses anteriormente mencionados, así como de entonces jóvenes y hoy consagrados modernistas españoles, permitió comprobar que ambas historiografías caminaban por senderos parejos. El impulso del que se dotó a la documentación notarial como fuente y a las nuevas metodologías en torno a su análisis, así como la ampliación en la temática de las investigaciones halló su reflejo en las publicaciones *Las fuentes y los métodos* y *La Historia Social de Galicia en sus fuentes de protocolos* y culminó en la celebración del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada: La documentación notarial y la Historia<sup>198</sup>, dirigido asimismo por el Profesor Eiras Roel, en el año 1982.

Desde ese momento, los protocolos notariales han servido como base para la realización de trabajos de diferentes tipos insertos en campos muy diversificados del panorama modernista español. Se han transitado las historias Económica, Social, de las

---

<sup>197</sup> *Les actes notariés. Source de l'histoire sociale, XVIe-XIXe siècles*. Actes du Colloque de Strasbourg (1978). Istra, Estrasburgo, 1979

<sup>198</sup> EIRAS ROEL, A.: *Actas II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada. La documentación notarial y la Historia*. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1984

Mentalidades o de las Mujeres<sup>199</sup>. Actualmente, su vigencia permanece y están siendo utilizados para sustentar, entre otros estudios, el conocimiento del devenir cotidiano de los individuos y de la manera en que estos cubrieron sus necesidades materiales. Su uso es irremplazable a la hora de introducirnos en los interiores de sus viviendas y descubrir su composición. Para ello se ha optado por la selección de tres tipos de escrituras fundamentales en su contenido, aquéllas que recogen relaciones de bienes: Los inventarios de bienes post-mortem, las cartas de pago y recibo de dote y las cuentas de capital.

Los inventarios de bienes post-mortem tenían por objeto el reparto entre los herederos de los bienes libres que quedaban tras el fallecimiento de un individuo. Debemos tener siempre presente que su realización era indicativa de una situación anómala. Aunque la casuística puede llegar a ser infinita, suelen encontrarse con frecuencia cuando existían herederos menores de edad.

Las tradicionalmente conocidas como cartas de dote constituían un documento de carácter notarial en el que el esposo, en el papel de otorgante, exponía ante un escribano público, para que éste diera fe, los bienes que eran propios de su esposa, por haber sido aportados por ella a la nueva unidad familiar que se estaba formando a través del matrimonio y que en caso de disolución de éste debían restituirse a la mujer, sus herederos o su familia<sup>200</sup>. Aquélla constituía con frecuencia un adelanto de las legítimas paterna y materna que, según el Derecho castellano, le correspondían a cualquier hija legítima<sup>201</sup>. Su escrituración aseguraba que dichos bienes volvieran a formar parte del

---

<sup>199</sup> ORTEGO AGUSTÍN, M. A.: *Familia y matrimonio en la España del siglo XVIII: ordenamiento jurídico y situación real de las mujeres a través de la documentación notarial*. Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997

<sup>200</sup> Sobre patrimonios familiares y la transmisión de la propiedad a través del matrimonio CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*. Barcelona, Anthropos, 1992; *Espacios sociales, universos familiares. La familia en la historiografía española*. Murcia, Universidad de Murcia, 2007

<sup>201</sup> “Las Leyes de Toro (1505) regulaban el sistema vigente en la España interior (...) permitiendo que las herencias se dividiesen en cinco partes, cuatro de las cuales debían forzosamente transmitirse a los descendientes; de esos cuatro quintos, el testador tenía que repartir dos tercios en proporciones iguales entre todos sus hijos o nietos, pudiendo mejorar con el tercio restante a los sucesores que libremente determinara. Una quinta parte, no computada como legítima, quedaba a su libre disposición, pudiendo acumularse al tercio de mejora” Cito BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M. y GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: “Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses. Herencias tangibles y transmisiones inmateriales en la Castilla interior”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 33 (2011) p. 32; quienes a su vez remiten a GACTO FERNÁNDEZ, E.: “El grupo familiar en la Edad Moderna en los territorios del Mediterráneo hispánico: una visión jurídica”, CHACÓN JIMÉNEZ, F y CASEY, J. (eds.): *La familia en la España*

patrimonio familiar del que procedían, en el caso de la desaparición de la esposa. Asimismo, evitaba que surgieran problemas en el momento del fallecimiento de los progenitores y el correspondiente reparto de su herencia entre los herederos. A la hija que había sido dotada con anterioridad, se le descontaban de su hijuela las cantidades que ya le habían sido entregadas vía dote. Según la ley 29 de Toro:

“Cuando algún hijo o hija viniere a heredar o partir los bienes de su padre o de su madre o de sus ascendientes, sean obligados ellos y sus herederos a traer a colación y partición la dote y donación propter nupcias y las otras donaciones que hubiere recibido de aquel cuyos bienes vienen a heredar”<sup>202</sup>.

Las escrituras de dote son, para el caso de Madrid durante el período cronológico estudiado, cuantitativamente, mayoritarias frente al resto de documentos en los que se inventarían bienes.

Les siguen las cuentas de capital. Éstas pueden ser definidas en paralelo a las cartas de dote. En ellas quedaban recogidos los bienes con los que el esposo accedía al matrimonio. La finalidad era, una vez más, que ante una posible disolución de aquél – por uno u otro motivo- estos bienes se reconocieran como propios del marido y al margen de los de carácter ganancial. En este caso era la esposa o, en su defecto, alguno de sus progenitores, quienes otorgaban la escritura ante el notario a favor del futuro esposo. Los bienes que las componían podían tener distintas procedencias. La herencia familiar era una de ellas; pero también para el caso de los varones, cabía la posibilidad de que se tratara del patrimonio adquirido por el contrayente, fruto del salario obtenido por el desempeño de su profesión o de otro tipo de rentas de las que fuera titular.

Finalmente, en una posición minoritaria respecto a su presencia en el archivo, se hallan los inventarios de bienes, con frecuencia de carácter post-mortem, aunque también realizados por otros motivos de diversa índole. Esta tendencia se repite entre los distintos grupos sociales sobre los que encontramos testimonio en los protocolos notariales, no siendo exclusiva del colectivo aquí analizado.

---

*mediterránea. Siglos XV-XIX*. Barcelona, Centre d'Estudis d'Historia Moderna “Pierre Vilar”, 1987, pp. 36-64 (pp. 52-53).

<sup>202</sup> Ley V, Título III del libro X de la *Novísima Recopilación*. Cito siguiendo a ORTEGO AGUSTÍN, A.: “Familia y matrimonio en la España del siglo XVIII: La regulación económica”. Capítulo III de su Tesis Doctoral: *Familia y matrimonio...Op. cit.*

Jesús Cruz atribuye la escasez de inventarios de bienes para el período sobre el que trabajamos a la ley que obligaba a realizar las particiones sólo por vía judicial. Este hecho implicaba encarecer el coste de dicha gestión, de ahí que muchas de las familias en las que el reparto de bienes no tenía un fácil acuerdo, lo resolvieran de forma particular, sin la intervención de la autoridad pública y, por lo tanto, sin dejar registro en los archivos notariales<sup>203</sup>. No obstante, diferimos en la reflexión de este autor, cuando afirma que a partir de 1791, año en el que desapareció la obligación de partir los bienes por vía judicial, creció enormemente el número de este tipo de escrituras. La investigación llevada a cabo dentro del grupo de los servidores de la Monarquía, en la que se ha alcanzado la fecha de 1803, el inventario del bienes post-mortem continúa representando un escaso 7,82 por ciento -9 documentos-. Frente al alto 69,56 por ciento constatado para la carta de pago y recibo de dote -80 documentos- y el 17,39 por ciento para la cuenta de capital de bienes -20 documentos-. Aún cuando, es cierto que de un total de 9 inventarios de bienes post-mortem registrados, 8 se realizaron a partir de 1795 y sólo 1 con fecha anterior a 1791 –en 1780 se escrituró el correspondiente a los bienes de doña María Josefa de Amarita, esposa del oficial de la Tesorería Mayor don Domingo Martínez-<sup>204</sup>.

### **3.1 Lo apropiado del uso de la documentación notarial**

Los protocolos notariales constituyen una fuente adecuada para estudiar al grupo social que componía el personal empleado al servicio del Estado. En general, la documentación relativa a estos individuos es de fácil identificación dentro del conjunto documental. Con frecuencia la profesión de aquel que ocupaba un puesto en alguno de los peldaños de la pirámide de los servidores de la Monarquía aparecía detallada junto a su nombre al inicio del escrito. Si ponemos en relación el hecho de la aparición de la profesión –ya fuera de alguno de los contrayentes o de sus progenitores, con la finalidad de establecer categorías sociales según la ocupación profesional- con los niveles de capital que componían las escrituras, tomaremos como muestra las 168 cartas de dote correspondientes a todos los grupos sociales registradas para el año 1780 ante 82

---

<sup>203</sup> Por Real Cédula de 4 de noviembre de 1791 se concedía permiso a los testadores para que “luego que estos fallezcan, sin necesidad de intervenir la justicia real, puedan los albaceas, tutores o testamentarios, formular los aprecio, cuentas y particiones de sus bienes”. AHPM. Prot. 21885/113. En CRUZ VALENCIANO, J.: *Los notables de Madrid... Op. cit.*, pp. 53-54

<sup>204</sup> AHPM. Prot. 17.644. El Anexo 3 de esta Tesis recoge todos los datos correspondientes a las escrituras notariales analizadas y a sus titulares.

escribanos en Madrid, observamos que en aquellos documentos en los que la cuantía del capital es inferior a los 5.000 reales de vellón, la profesión sólo se especifica en un 18.6 % de los casos. Sin embargo, la ocupación del individuo aparecía reflejada en la escritura en un alto 83.3% de los casos donde la cuantía de la escritura de dote superaba los 50.000 reales de vellón.

Cuantía de dote (reales de vellón)	Casos	Especifican profesión	%
< 5.000	59	11	18,6
5-10.000	38	8	21,05
10-25.000	41	19	46,34
25-50.000	12	6	50
> 50.000	18	15	83,3

Tabla 1. Aparición de la profesión del individuo en relación a la cuantía de la dote.

Fuente: Elaboración propia

Se trata de un tipo de documentación dentro del que difícilmente se halla reflejo de los colectivos inferiores de la sociedad. Quienes no poseían bienes que les obligaran a llevar a cabo alguna transacción con ellos, por lo general, no dejaron testimonios notariales.

Sin embargo, los niveles económicos de aquellos individuos que integramos por su ocupación profesional en la categoría de servidores de la Monarquía les llevaron a necesitar los servicios del escribano ante determinadas circunstancias a lo largo de su vida.

Como hemos apuntado, hemos seleccionado para formar parte de la muestra toda aquella escritura en la que alguno de los individuos que aparecen mencionados ocupaba una profesión al servicio del Estado.

La documentación con la que se ha trabajado ha sido utilizada en no pocas ocasiones para conocer los niveles de fortuna y patrimonio de sus titulares. Sus resultados nunca han dejado de carecer de cierta parcialidad, debido a que el contenido que aparece en ella no es todo lo que poseían. Tomemos el caso de las familias en las

que existían una serie de bienes vinculados, como podían ser los mayorazgos. Esa parte del patrimonio nunca iba a aparecer dentro de las escrituras en las que nos hemos fijado. En éstas sólo tenían cabida los bienes libres, susceptibles de ser repartidos dentro de un proceso de transmisión patrimonial; pero, no los que por ley le correspondían al heredero del mayorazgo. En estos casos se plantea la necesidad de acudir a fuentes complementarias para poder completar los datos que aportan las escrituras notariales. Si nos centramos en el marquesado de Perales del Río, éste incluía a mediados de siglo el señorío homónimo, dehesas en Extremadura, una cabaña de 300.000 ovejas, el cargo de regidor de Madrid y el palacio madrileño de la calle de la Magdalena. En total, 5.674.000 reales, el 99 por ciento de su patrimonio, ya que los bienes no vinculados, susceptibles de ser recogidos en la documentación sobre la que venimos trabajando, apenas ascendían a 65.094 reales de vellón<sup>205</sup>. Difícilmente, se puede llevar a cabo un estudio relativo a la riqueza y al patrimonio de una familia como la anterior, limitándose a la información aportada por la documentación notarial.

Sin embargo, hemos considerado que se trata de una fuente idónea a través de la que percibir aspectos cualitativos. Es decir, indicativa de forma explícita a la hora de ver qué formaba los conjuntos de bienes con los que, con el margen adecuado de cautela, nos aventuramos a decir que componían sus viviendas. Sirve adecuadamente para percibir cómo amueblaban los interiores de sus residencias en atención a sus necesidades de descanso, de alimentación, de higiene, térmicas, cómo los decoraban, la presencia de la religiosidad y los aspectos devocionales dentro de la casa, del libro, etc.

El análisis de la documentación notarial nos ha de permitir observar dos momentos concretos en la vida de estos actores. Es muy importante tener presente que las cartas de pago y recibo de dote, junto a las cuentas de capital son indicativas de las condiciones materiales de vida en casa de unos recién casados. Mientras, los inventarios de bienes post-mortem tienden a reflejar el conjunto de bienes que una familia había ido formando a lo largo de décadas. Apartando a un lado las excepciones, en las que profundizaremos a continuación, los recién casados tendían a caracterizarse por su juventud; causa directa de su escasa trayectoria vital y profesional, que iba a condicionar directamente sus niveles materiales. Lo que ambos podían aportar solía ser

---

<sup>205</sup> ESPINOSA ROMERO, J., GONZÁLEZ PAÑERO, J. A., JURADO SÁNCHEZ, J. y NIETO SÁNCHEZ, J. A.: “Consolidación y límites de la ciudad...” Op. cit., p. 195

poco, más aún en el caso de la mujer, que legalmente, salvo contadas excepciones, no era titular de bienes propios.

Inmediatamente, su contenido nos induce a plantearnos que difícilmente una casa podía componerse con lo aportado por la novia en calidad de dote. Apenas nos ha sorprendido que los bienes más abundantes en estas escrituras fueran los textiles. Dejando a un lado la ropa para su propio vestido y los adornos y complementos varios que poblaban en su mayor parte las dotes de las novias; la ropa de hogar, de la que formaban parte sábanas, colchas, toallas, juegos de manteles y servilletas, era el elemento de mayor peso numérico en estas escrituras. Estos ajuares estaban compuestos para cubrir las necesidades del nuevo matrimonio y su *familia* en el sentido más extenso de la palabra. Era común entre los grupos con cierto poder económico, disfrutar de personal para el servicio doméstico residiendo en muchas ocasiones bajo su mismo techo. La esposa, según queda reflejado a través del contenido de su carta de dote en esos conjuntos textiles de inferior calidad y precio, iba a ser la encargada de proveer la vivienda de todo lo necesario para que criadas y criados desarrollaran su vida cotidiana dentro de ella.

Las cuentas de capital, sin dejar de tener presente su carácter de relación de bienes de un hombre joven al que, previsiblemente, dentro del conjunto social que aquí tratamos, le faltara aún por ascender profesionalmente y mejorar así su posición socio-económica, se diversifican en su contenido respecto a las dotes.

No obstante, la variedad en la composición tanto de las cartas de dote como de las cuentas de capital se atestigua en las escrituras otorgadas con motivo de segundas y siguientes nupcias. Ello se debe a que marido y mujer aportaban al matrimonio parte de los bienes que ya habían compuesto el hogar anterior.

Pero, este tipo de documentación cuenta, como todas, con sus particulares deficiencias. Quienes no contrajeron matrimonio y no realizaron escrituras de dote y/o capital, así como de quienes no se ejecutó un inventario de bienes post-mortem, quedan fuera de la muestra. Asimismo, cuando las fuentes han permitido identificar y distinguir a los protagonistas de estas páginas del resto de miembros de la sociedad madrileña facilitándonos su profesión en el momento de la redacción de los documentos, aquellos

han sido considerados dentro de la muestra. No obstante, debemos tener presente que han quedado fuera de ella otras personas que, por no aparecer especificada su ocupación profesional, sí hubieran sido susceptibles de ser estudiadas. A ello hay que añadir que este tipo de documentación refleja con precisión a la población estable, ignorando, sin embargo, a aquélla flotante o menos estable, muy presente en la capital, a nivel general, y más concretamente en el terreno socio-profesional del que aquí nos ocupamos.

Por otra parte, la amplitud numérica de escribanos en Madrid otorgando escrituras públicas para cada año y su prácticamente inexistente grado de catalogación no ha permitido la realización de un estudio centrado en los miembros de una institución u órgano de poder específico. Se presentaba una tarea en extremo difícil para un único investigador localizar un número ilustrativo de casos acerca de la realidad doméstica de los miembros que componían una determinada institución en un período concreto. Más aún si se hubiera optado por observar, siguiendo un modelo diacrónico, la evolución sufrida en las formas de habitación de los empleados de un único organismo a lo largo de un período.

### **3.2 Metodología de trabajo con la documentación notarial**

Como ya ha quedado señalado anteriormente, las altas cifras de población afincada en la capital, llevaron a seleccionar varias muestras sobre las que trabajar. Se estableció un límite cronológico que consideramos nos permitía acceder al conocimiento de la composición material de los interiores de las viviendas para la segunda mitad del siglo XVIII. El primer año del que se extrajo información fue 1780, fecha que habría de dejar reflejo de las dinámicas de las décadas anteriores a partir de inventarios de bienes post-mortem, en los que estaban recogidos los elementos que habían compuesto la casa del difunto a lo largo de su vida durante la segunda mitad del setecientos. Nuestra intención se vio parcialmente frustrada ante la escasa aparición de inventarios de bienes post-mortem. Las cartas de pago y recibo de dote y las cuentas de capital que aparecían con mayor frecuencia que el tipo anterior, iban, por el contrario, a ofrecernos un enfoque, podríamos decir, de futuro. Dado que en ellas se recogían los elementos que compondrían el nuevo hogar constituido por el recién formado matrimonio. No obstante, los contrayentes de segundas o posteriores nupcias llevaban consigo buena parte de los enseres que habían compuesto su vivienda anterior. Y las décadas anteriores también quedaban reflejadas en ciertos enseres que, formando parte



de las hijuelas paternas y maternas, aparecían calificados como viejos o antiguos. Para el año 1780 se rastrearon 80 escribanos. Dado el volumen de información obtenido, se consideró la idoneidad de realizar cuatro catas, en las cuales mediaran diez años entre cada una de ellas. De este modo, la última cata nos introducía en el siglo XIX en una fecha cuyos datos inmediatamente reparamos podrían aparecer distorsionados debido a tratarse del período bélico que afectó a la Península Ibérica entre 1808 y 1812, la Guerra de la Independencia. Nos dispusimos a comprobar hasta qué punto podía afectarnos en nuestra labor de hallar las escrituras de nuestro interés y tras la consulta de 15 escribanos y la localización de una sola carta de dote otorgada por un abogado de los Reales Consejos, tomamos la decisión de modificar las fechas que habrían de servirnos de base para la cata. Tomamos, así, los años de 1788, 1795 y 1803. Rastreando 40 escribanos para 1788, de nuevo 80 para 1795 y otros 40 para 1803. La revisión de un total de 240 protocolos notariales, compuesto cada uno de ellos por todas las escrituras otorgadas por un escribano a lo largo de un año, nos ha permitido obtener 115 documentos susceptibles a nuestro análisis –9 inventarios de bienes post-mortem, 80 cartas de pago y recibo de dote, 20 cuentas de capital y 6 de otros tipos (recibos de legítimas, testamentos)-. Para los inventarios de bienes post-mortem, se seleccionaron todos aquellos en los que el titular o su cónyuge era un empleado al servicio del Estado. En el caso de las cartas de pago y recibo de dote, se han tenido en cuenta las otorgadas por un miembro del grupo que centra nuestro interés, así como aquéllas en las que el padre de la futura esposa perteneciera al mismo colectivo. Asimismo, para las cuentas de capital, se han tomado en consideración las que tenían como titular a un servidor del Estado o a un hijo de uno de estos –habitualmente de un padre servidor se desprendía un hijo servidor-. Para ambos casos, se han desestimado las escrituras que representaban una cuantía económica inferior a los 10.000 reales de vellón. Este criterio selectivo de carácter económico, sumado a su condición profesional y al uso del “don” acompañando a su nombre eran indicativos de la pertenencia de la persona a la elite social de la capital madrileña.

Se debe tener en cuenta que, en buena parte de los casos, no fueron sólo sus salarios los que encumbraron económicamente a los miembros de este grupo y les permitieron reunir ciertos niveles de capital que, a su vez, se traducían en elementos materiales componentes de su vivienda. A ello también contribuyeron otro tipo de actividades económicas de carácter financiero o inmobiliario, entre otras. Puesto que,

debemos tener presente que los salarios de un oficial de contaduría o tesorería, atendiendo a la institución en la que desempeñaba su cargo y su rango dentro de la jerarquía de la oficialía podía en algunos casos no alcanzar los 5.000 reales de vellón anuales. Al igual que les ocurría a los abogados de los Reales Consejos.



**PRIMERA PARTE: EL PERSONAL AL SERVICIO DEL ESTADO EN EL  
CONTEXTO URBANO MADRILEÑO**



### CAPÍTULO 3. LAS TIPOLOGÍAS HABITACIONALES

En este capítulo nos disponemos a llevar a cabo una definición de los diferentes tipos de residencias que habremos de encontrar habitadas por los servidores de la Monarquía.

Nos proponemos como objetivo clarificar el significado de conceptos, cuya aparición se sucedió en las diversas fuentes consultadas a lo largo de la investigación y que asimismo se va a suceder a lo largo de las páginas de este trabajo. Nos centraremos en la *casa*, el *cuarto*, las *casas principales* y el *palacio*. Pese a la aparente carencia de dificultad que entrañan dichos nombres, para entender qué realidades habitacionales representaban cada una de estas voces, debemos penetrar en aquellos matices que las caracterizaban, definitorios en sí mismos del tipo de individuo que iba a ocupar el espacio al que daban nombre. La residencia en uno u otro era indicativa del rango que dentro de la escala socio-profesional ocupaba su morador. Los teóricos de la arquitectura abogaban porque el espacio de habitación de cada individuo fuera acorde a su condición social. No obstante, planteamos ya aquí una de las cuestiones a las que pretendemos hallar respuesta en el curso de esta investigación ¿La casa era el resultado de su estatus económico y/o relevancia socio-profesional? O, por el contrario, ¿representaba la vivienda del empleado al servicio de la Monarquía española un elemento de representación, en el que entendemos invertía –según la teoría de los capitales de Pierre Bourdieu- capital económico, con el objetivo de obtener capitales social y/o simbólico? Es decir, ¿habitaba cierto tipo de residencia que le requería una inversión económica en algunos casos superior a la que podía enfrentarse, con la finalidad de conseguir una promoción profesional – a partir de mercedes reales - y el reconocimiento social?. Entraríamos así en el complejo terreno de estudio de las apariencias<sup>206</sup> dentro de una sociedad en la que, como hiciera mención el sociólogo Norbert Elias, cada actitud del individuo tenía valor de representación. Es decir, servía para representarle de cara al conjunto de la sociedad de la que era miembro, se trataba de un instrumento indispensable de autoafirmación: “Quand un duc se propose de faire

---

<sup>206</sup> ROCHE, D.: *La culture des apparences. Une histoire du vêtement XVIIe-XVIIIe siècle*. Paris, Fayard, 1989

construire une maison, celle-ci doit bien être la maison d'un duc et non celle d'un comte"<sup>207</sup>.

## 1. Casa y cuartos

Comenzaremos por el concepto de *casa*, por tratarse del más genérico de los cuatro y que, como podremos observar, tenía capacidad para definir a prácticamente todos los espacios de habitación de uno u otro tipo.

La *casa* como concepto genérico era definida por el *Diccionario de Autoridades* como: "Edificio hecho para habitar en él, y estar defendidos de las inclemencias del tiempo, que consta de paredes, techos y tejados, y tiene sus divisiones, salas y apartamentos para la comodidad de los moradores".

En primer lugar, hallamos cómo esta definición remite a la función más básica del edificio, la de cubrir la necesidad perentoria de habitación propia de todos los seres humanos. Se trataba de dotar al individuo de un espacio en el que protegerse de los efectos del clima: frío, calor, precipitación, sol, viento, etc. No existe aquí diferencia alguna con respecto a la morada primitiva, aquellas cuevas o chozos que desde el origen de los tiempos sirvieron a los seres humanos para resguardarse. A continuación, la segunda parte de la definición nos introduce en un terreno que sobrepasa el nivel más básico, para penetrar en un campo que se compone de connotaciones donde la casa adquiere unos matices acordes a la evolución sufrida por esta realidad material a lo largo de los siglos. Aparece así el concepto de "comodidad" sobre el que tanto se ha teorizado por quienes desde distintas perspectivas han abordado el estudio de la casa.

Según la definición del *Diccionario de Autoridades*, la comodidad se lograba a partir de una compartimentación adecuada del interior de las casas. Es decir, la organización de los espacios iba a contribuir directamente en la creación de unos sentimientos en sus moradores relativos a la conveniencia, el regalo y el descanso. No obstante, habían de conjugarse además otros elementos que contribuyeran a tal comodidad y que no aparecen reflejados en la definición. Iluminación, calefacción, amueblamiento, eran elementos indispensables en la creación de un lugar que generara

---

<sup>207</sup> ELIAS, N.: *La société de cour*. Paris, Flammarion, 1985, p. 43. Traducción al castellano: *La sociedad... Op. cit.*

en el individuo aquel sentimiento y, por lo tanto, realidad intangible, imposible de ser medida, que Beatriz Blasco tildaba incluso de indefinible, pero que explicaba a través de su equiparación con inmaterialidades tales como la armonía, el sosiego o el bienestar<sup>208</sup>.

Así, todas las moradas sobre las que se trata en este trabajo son casas y como tales pueden aparecer mencionadas en la documentación, que en algunos casos no especifica la tipología concreta a la que se refiere. Ya a comienzos del siglo XVII, Sebastián de Covarrubias expresaba en su *Thesoro de la lengua castellana* que el término casa se empleaba para “la morada y habitación fabricada con firmeza y sumptuosidad. Las casas del señor fulano, o las del duque o conde etc. y porque las tales son en los propios solares de donde traen origen, vinieron a llamarse los mismos linajes, casas”<sup>209</sup>.

Como muestra, para casi dos siglo después, el caso del palacio que la marquesa de Sonora se disponía a construir en el año 1797 sobre otro palacio precedente -el del marqués de Grimaldo-, aparecía mencionado de forma genérica como “casa”: “Don Manuel González, mayordomo de la excelentísima señora marquesa de Sonora, expone la pertenece a su excelencia la *casa* de la calle Ancha de San Bernardo señalada con el número 1, manzana 500, con vuelta a las calles de la Manzana y de los Reyes, cuya *casa* va a reedificar de nuevo con arreglo al diseño que presentó firmado por el arquitecto don Evaristo del Castillo”<sup>210</sup>.

El erudito don Rafael Floranes, en su disertación en torno al concepto casa-palacio, llevada a cabo a raíz de la denominación de la nueva edificación de los duques de Liria como tal, mostraba su preferencia por el uso de la palabra “casa”: “Con que tenemos que en el día el nombre casa, que antiguamente en la lengua latina se restringía a significar una casa humilde y ruda, o más bien una choza de campo informe y tosca ha ascendido en estimación y levantándose a significar aún la casa más grande más

---

<sup>208</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Introducción”, *La casa... Op. cit.* p. 12

<sup>209</sup> COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611, fol. 141 r. Citado por LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: “Casas para administrar, casas para deslumbrar...” *Op. cit.*, p. 24

<sup>210</sup> AVM. ASA. 1-55-4



elegante y más magnífica. Y así decimos en casa del Duque de Liria, en casa del Duque de Alba, etc.”<sup>211</sup>.

Al movernos dentro de unos márgenes económicos que nos dirigen directamente a las elites de la sociedad, somos capaces de percibir el deseo de sus moradores – alcanzado en mayor o menor medida- por disfrutar en su vida en casa de los amplios beneficios que venimos asociando a esa abstracción de difícil definición pero comúnmente intuita de la comodidad.

Sin embargo, las casas en Madrid variaban desde las de carácter palaciego que se acababan de mencionar, a aquéllas compuestas por cuartos, que se hallaban lejos de contribuir materialmente al alcance de la comodidad por parte de sus moradores. Nos introducimos de este modo en la polisemia que caracterizó al concepto de casa en la capital. A ello se debe añadir que, cuando en la documentación aparece mencionada una casa, también se puede estar haciendo referencia a un edificio que no servía de morada individual e independiente de una familia, sino que se compartimentaba interiormente en varias viviendas ocupadas cada una de ellas por sus propios moradores. Estos últimos son los denominados cuartos, que se repartían dentro de las diferentes alturas del inmueble. De ahí que en una misma casa –entendida esta vez como edificio- pudiera haber cuartos que materialmente cumplieran con las condiciones requeridas para ostentar, el rango de casa, según la definición del *Diccionario de Autoridades*, y otros que, pese a dotarse de paredes y techo, elementos básicos que otorgaban a un espacio del grado de habitación, permanecían en el resto de su composición material alejados de ser capaces de ofrecer a quienes los habitaban las bonanzas de la comodidad –con una compartimentación y acomodo apropiado de sus piezas interiores- y, por lo tanto, de convertirse plenamente en “casa” según la definición académica.

Un cuarto pasaba a considerarse como tal una vez que se componía de las dos piezas que la investigación nos ha llevado a afirmar eran necesarias para dar lugar a una célula de habitación básica: la sala y la alcoba. La autonomía de la unidad que formaban, se completaba en el mejor de los casos de una cocina. Las fuentes constatan dicha realidad. Por un lado, en los dibujos de plantas que representan la distribución

---

<sup>211</sup> BNE. Mss. 18445, fol. 1 v.

interior de casas de vecindad populares se repite constantemente este esquema<sup>212</sup>. Por otro, los anuncios de alquiler de sala y alcoba se sucedían en la prensa periódica madrileña de la época, indicando que ambas estancias eran las indispensables para que cualquier “caballero respetable” hallara cubierta su necesidad de habitación:

“La persona de distinción y establecida en esta Corte que quisiere estar en compañía de un matrimonio de satisfacción: se le dará de habitación una buena sala principal, con su alcoba correspondiente en buen parage. Darán razón en la Peluquería de la calle de Atocha frente del Exm. Sr. Conde de Salvatierra”<sup>213</sup>

Como se acaba de mencionar, aquellas –sala y alcoba– podían aparecer formando un cuarto; o bien podía tratarse de dos aposentos, dentro de una vivienda de mayores dimensiones, que se arrendaban, y con más frecuencia aún, dentro del predominante régimen de ocupación que constituía el alquiler en Madrid, se subarrendaban, a un hombre soltero y profesional que había trasladado su residencia desde provincias a la capital para desempeñar dicha profesión. Hallamos bajo esta fórmula la cohabitación y convivencia de individuos sin vínculo alguno, más allá que aquél que suponía el negocio del alquiler, en una misma morada.

Otra modalidad, relativa a la convivencia se plantea desde el análisis de la existencia en un mismo edificio de los que se ha decidido diferenciar como cuartos-habitación y cuartos-casa, debido a una composición estructural, materialmente hablando, que dotara o no a quienes habitaban en ellos del acomodo precitado.

La saturada trama urbana madrileña del siglo XVIII condicionó al uso de reducidos solares para emprender las obras de casas de nueva construcción o la remodelación de inmuebles preexistentes sujetos en su origen a similares condiciones. Ha sido reiteradamente puesta de manifiesto la carencia de suelo edificable que se dio en la villa desde que se convirtió en sede de la corte, en una primera etapa durante el reinado de Felipe II –desde el año 1561– y de forma permanente iniciado ya el siglo XVII, en tiempos de Felipe III, en 1606. La cerca se amplió para dar cabida a la demanda de alojamiento de un creciente número de población que llegaba a Madrid para cubrir laboralmente las necesidades generadas por la corte y la capitalidad. El

---

<sup>212</sup> AVM. ASA. 1-45-54, 1-45-119, 1-45-140, 1-84-146

<sup>213</sup> *Diario de Madrid*, 18 de julio de 1788

último ensanche de su perímetro fue llevado a cabo bajo el monarca Felipe IV. Desde entonces Madrid se halló constreñida a aquellos muros, que no la permitían crecer en superficie, dando lugar a la edificación y remodelación de inmuebles sobre solares estrechos e irregulares, que fueron el resultado de la falta de terreno con respecto a la demanda habitacional generada por la población.

La irregularidad de las edificaciones era consecuencia directa de dicho condicionante –la escasez de terreno- que llevaba en muchos casos a que, para el buen aprovechamiento de la superficie del inmueble se construyeran en una misma planta un cuarto de mayor amplitud y complejidad en su distribución interior, y otro u otros de inferiores cualidades. Este hecho significa revisar el tradicional planteamiento en el que se consideraba que el valor de los cuartos descendía atendiendo únicamente a un esquema vertical de dirección ascendente. Es decir, que un cuarto principal era más caro que un segundo y éste que un tercero. A ello hay que añadirle asimismo la perspectiva horizontal, pudiendo hallarse en una misma planta dos o más cuartos, materialmente hablando, de estructuras y características distintas. El cuarto de mayor nivel cualitativo y por ende de valor económico superior, tendía a hallar ubicados sus vanos en la fachada del inmueble y tener vistas desde sus piezas principales –la sala, el gabinete- a la calle, mientras, el cuarto de cualidades inferiores, solía ser interior, con ventanas que daban a un patio o ni siquiera contaba con ellas. Este tipo de estructuras materiales son indicativas a su vez de la convivencia de vecinos de condiciones socio-económicas diferentes, no sólo en las distintas alturas del edificio, sino también en una misma planta<sup>214</sup>. No obstante, no se debe perder de vista que el contacto entre ellos no debería en todas las ocasiones de ser directo, si tenemos en cuenta la existencia de escaleras diferenciadas dando acceso a los cuartos en algunos de los inmuebles.

Los aspectos a los que venimos refiriéndonos se pueden percibir en el proyecto de obra, fechado en el año 1782, para un inmueble propiedad del Hospital General de la ciudad de Vitoria<sup>215</sup>, destinado a producir rentas mediante el alquiler de sus cuartos. Situado en la calle de la Montera, manzana 342, número 14, se iba a componer de un cuarto bajo con tienda, dos principales, dos segundos, dos terceros y buhardillas vivideras. Todos compartirían acceso desde la calle por un mismo zaguán. Sin embargo,

---

<sup>214</sup> AVM. ASA. 1-84-92, 1-54-3

<sup>215</sup> AVM. ASA. 1-49-114

mientras a unos se llegaría a través de “la escalera principal para uso de los cuartos exteriores”, para acceder a los otros había que alcanzar una escalera que se decía “para uso de los cuartos interiores”, cuya embocadura compartía patio con la entrada a la cuadra y al pajar –tengamos en cuenta las molestias que podían llegar a desprenderse de estos espacios-. Los cuartos de la escalera principal se hallaban compuestos por recibimiento, sala con dos balcones a la fachada del edificio, alcoba principal, dos dormitorios, estudio, pieza de comer, cocina y despensa. Por su parte, los cuartos de “la otra escalera” eran de dimensiones inferiores a aquellos de la principal y se distribuían en alcoba, dos dormitorios, cocina, despensa y una sala que se especificaba “propia de un cuarto interior”, a la que se daban luces a través de una ventana que se abría a un corredor con ventanales hacia el patio.

## **2. Las casas principales**

Las casas principales constituyeron para un período determinado un tipo de vivienda específico de la nobleza. Su presencia se documenta a lo largo de la etapa moderna y, pese a que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a ser sustituidas como opción residencial por parte de la más alta aristocracia por los palacios, dicha tipología se mantuvo al menos hasta el momento en el que este estudio marca su fin, comienzos del siglo XIX.

El concepto de casas principales es aquél con el que encontramos registradas en la mayor parte de la documentación las viviendas de los nobles. El término suele aparecer en plural, puesto que hace mención a su composición por varios edificios: la casa principal, donde habitaban los señores, y las accesorias, que servían de residencia a los miembros del servicio, de caballerizas, cocheras, almacenes... Pese a que en su composición original representaban una realidad continuista con los modelos barrocos del siglo precedente, muchas de estas casas sufrieron reformas estructurales y obras de remodelación durante el siglo XVIII. La finalidad era adaptarlas a los nuevos modelos y usos del período. No obstante, su ubicación dentro de la retícula urbana de la capital y la falta de terreno, dificultaron las readaptaciones de las mismas a los patrones arquitectónicos ilustrados y a las necesidades de uso emergentes.

Asociamos a esta tipología la residencia madrileña del gobernador y capitán general de Cataluña, don Francisco Pío de Saboya Moura y Corte Real, Príncipe Pío,

situada en la calle de Hortaleza, en el año 1723. La del X duque del Infantado, don Juan de Dios de Silva, quien ejerció de Gentil-Hombre de Cámara, con fachadas a la costanilla de San Andrés, la calle de los Dos Mancebos y la calle de la Redondilla; ésta había cumplido con la función de residencia de la familia en la corte desde que la VI duquesa del Infantado decidiera establecerse en ella un siglo antes. Las del marqués de Guerra, consejero del Real Consejo de Hacienda, ministro en la Real Junta del Tabaco y Mayordomo del Rey, en 1742, con accesorias en proceso de construcción en la calle de las Capuchinas, actual San Bernardino, esquina con Amaniel<sup>216</sup>. En la misma fecha, las de doña Agustina María Portocarrero, marquesa de Castrillo y condesa de Belmonte, que casara con don Manuel Joaquín Canas Trelles – quien ocupara el cargo de alguacil mayor de la Inquisición de Valladolid, entre otros cargos, como Gentil-Hombre de la Real Cámara o teniente ayo de diversos infantes <sup>217</sup>- en la calle de la Sartén<sup>218</sup>. Asimismo, tenemos constancia para el año 1742 de las casas principales del duque de Santisteban, presidente del Real Consejo de las Órdenes y Caballerizo Mayor del Rey, ubicadas en la plazuela de la parroquia de San Pedro<sup>219</sup>. También la del consejero de Hacienda y corregidor de Madrid, don Antonio de Heredia Bazán, marqués de Rafal, para comienzos de la década de los años 50. Aquéllas en las que residió en la calle Príncipe hasta su fallecimiento en 1754 el marqués de Portago, don José Gómez de Terán, ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor y consejero del Consejo Real de Hacienda. Las de los marqueses de Perales, don Ventura Pinedo, de amplia trayectoria en diferentes instituciones, donde ocupó cargos como el de consejero de Hacienda y de Indias, y doña Antonia Velasco<sup>220</sup>; situadas en las inmediaciones de la calle de la Magdalena y en proceso de ampliación en 1758<sup>221</sup>.

Las casas principales debían cubrir la necesidad de sus moradores de un espacio de recepción y representación, dada su condición socio-profesional. De ahí la importancia concedida a las grandes salas, las alcobas de aparato. Asimismo, se hallaban tanto zonas diferenciadas sexualmente, para el señor y la señora, como espacios de carácter personal para uso específico de algunos de los miembros de la familia. Pero también daban cabida a piezas que denominamos de necesidad, como la

---

<sup>216</sup> AVM. ASA. 1-84-15 y 1-84-20

<sup>217</sup> FICHOZ: 017061

<sup>218</sup> AVM. ASA. 1-84-23

<sup>219</sup> AVM. ASA. 1-84-29

<sup>220</sup> FICHOZ: 005424

<sup>221</sup> AVM. ASA. 1-45-131

cocina y las dependencias relacionadas directamente con ella, los aposentos destinados a los miembros del servicio. Así como a otro tipo de servidumbres y oficinas. Lo que caracterizaba dicha tipología era que las distintas piezas –según su categoría y uso- se hallaban repartidas en diferentes inmuebles, todos ellos agrupados próximos entre sí, llegando a configurar manzanas completas propiedad de alguno de estos altos dignatarios.

Socialmente, se observa cómo entre los propietarios y residentes en casas principales se hallaban miembros de la nobleza más tradicional, pero también nuevos títulos, en un importante número de casos, que ocupaban un cargo dentro del aparato administrativo de la Real Hacienda. Percibimos así una necesidad de equipararse materialmente en lo relativo a la casa entre aquellos “advenedizos” encumbrados social y profesionalmente debido a sus servicios, fundamentalmente económicos, a la Corona<sup>222</sup> y las familias pertenecientes a la más alta y rancia aristocracia española. Quienes habían ejercido como asentistas del Estado –a través de los asientos de la Tesorería General de Cruzada, en el caso del marquesado de Perales- y/o prestado su servicio al frente de alguna renta –como la del Tabaco, en el caso del marqués de Portago-, necesitaban reafirmarse materialmente para alcanzar una equivalencia social con respecto a la nobleza consagrada.

El modelo de las casas principales no llega a verse sustituido por el palaciego y a desaparecer. Aún a lo largo del último cuarto del siglo XVIII hallamos referencias a ampliaciones y reformas de estos conjuntos residenciales. Como muestra, el caso de don Francisco de la Mata Linares, caballero de la orden de Alcántara, miembro del Consejo y Cámara de su majestad y regidor de Madrid, quien compró una casa en la calle de San Jacinto “a espaldas de la que le pertenece y habita en la calle de Jacometrezo” con la finalidad de reconstruirla para accesorias de la principal<sup>223</sup>. También el de don Tomás de Anda y Salazar, caballero de la Orden de Carlos III y entonces, en 1782, todavía oficial tercero primero de la Secretaría de Estado y del Despacho Universal de Indias, pese a que en el momento de su fallecimiento en 1790 hubiera llegado a ocupar la

---

<sup>222</sup> Sobre las trayectorias vitales de algunos de ellos: FELICES de la FUENTE, M. M.: *Condes, Marqueses y Duques. Biografías de nobles titulados durante el reinado de Felipe V*. Madrid, Doce Calles, 2013

<sup>223</sup> AVM. ASA. 1-48-73

oficialía mayor primera de la Secretaría de Gracia y Justicia de Indias<sup>224</sup>. Éste solicitaba licencia al Ayuntamiento para construir un cuarto segundo en unas casas principales de su propiedad en la calle del Olmo –número 28 de la manzana 38-, así como para poder demoler y construir de nueva planta otra casa que le pertenecía, situada en la misma calle –número 12 de la manzana 37<sup>225</sup>-. Asimismo, el de don Nicolás de Mollinedo y la Cuadra, marqués de los Llamos, del Consejo de su majestad y secretario de la Cámara de Gracia, Justicia y Estado de Castilla. Quien como dueño de unas casas principales situadas en la calle de Jacometrezo, la plazuela de Santo Domingo y la calle de Silva, número 23 de la manzana 443, solicitaba en 1784 licencia municipal para reedificarla de nueva planta<sup>226</sup>.

Tal vez, la novedad recaiga en que estas residencias perdieran el estrecho lazo que hasta entonces pudo vincularlas casi exclusivamente con el estamento nobiliario y había servido para definir las como la vivienda de la nobleza por antonomasia y pasaran a servir también como moradas de familias situadas en los peldaños más altos de la pirámide social, en algunos casos sin un título nobiliario que los refrendara o de muy reciente creación, como el del marqués de los Llamos, creado directamente para su titular en 1762<sup>227</sup>. De este modo se puede observar una transmisión de dirección descendente dentro de la sociedad de los modelos relativos a la residencia. Hecho que nos permite reafirmarnos en la idea de que lo que fue propio de la nobleza, teniendo siempre presente su condición jurídica de colectivo, aunque heterogéneo en su composición interna, privilegiado, hasta mediados del siglo, fue siendo tomado por el “escalafón” inmediatamente inferior –jurídicamente no privilegiado- en las décadas de la segunda mitad del setecientos.

No obstante, algunas de las familias de la más alta nobleza, cuyos titulares ocuparon altos puestos diplomáticos y los más altos empleos en la Casa Real, tardaron todavía unos años en sucumbir a los nuevos modelos palaciegos y realizaron reformas en sus casas principales hasta bien avanzado el siglo XVIII. En 1786, don Tomás Foradada, mayordomo de la casa del duque de Villahermosa, expresaba la determinación de su amo, don Juan Pablo Aragón Azlor, ex embajador de España en

---

<sup>224</sup> FICHOZ 000056

<sup>225</sup> AVM. ASA. 1-49-75

<sup>226</sup> AVM. ASA. 1-50-17

<sup>227</sup> FICHOZ: 000529

Saboya y Gentil-Hombre de Cámara del Rey<sup>228</sup>, de “para dar más ensanche a las casas de su habitación de la Carrera de San Jerónimo esquina al Prado” llevar a cabo una reforma de sus accesorias en la calle del Turco<sup>229</sup>. Se hubo de esperar hasta comienzos del nuevo siglo para que se materializara el edificio del nuevo palacio de Villahermosa, ocupando los mismos terrenos. También, el caso de las casas principales propiedad de los duques de Alba, ubicadas en la calle y plazuela que llevaban por nombre su mismo título. Aquéllas, pese a no encontrarse ya habitadas por sus propietarios, doña María Teresa Silva Álvarez de Toledo y su consorte, don José María Álvarez de Toledo –Gran Canciller del Consejo de Indias y Gentil-Hombre de Cámara del Príncipe de Asturias<sup>230</sup>– quienes se hallaban inmersos en la construcción de su nuevo palacio de Buenavista, fueron motivo de una reforma ante la inminente ocupación por parte de su inquilina, la condesa de Montijo, en el año 1792. “A la parte del poniente, confinante con la plazuela, se habían de hacer cocheras y caballerizas, elevando su altura hasta igualar la fábrica antigua que hace cuarto principal a la esquina y destinar lo alto para pajar o habitaciones de criados”<sup>231</sup>.

Resulta interesante el caso que presentan los titulares del ducado de Berwick y Liria. Mientras el III duque, don Jacobo Fitz James, de trayectoria castrense y Gentil-Hombre de Cámara del Rey, pasara a la Historia como impulsor de la construcción del palacio de Liria en los altos de Leganitos, modelo de tipo palacial por excelencia, donde se materializaron cada uno de los elementos que caracterizaban a esta nueva tipología habitacional sobre la que se trata en el siguiente apartado. Una vez consumado dicho proyecto –hacia finales de la década de los años 80–, sus sucesores prefirieron continuar habitando en unas casas principales en la plazuela del Ángel y la calle del Gato. El 15 de septiembre de 1797, don Fernando Ventaja, mayordomo del duque de Liria, solicitaba licencia de obra al Ayuntamiento para hacer de nueva planta la fachada de la calle del Gato, accesoria de la casa número 12, manzana 214 de la plazuela del Ángel, para uso de cochera y habitaciones de criados<sup>232</sup>. Se ha constatado que ésta fue la residencia del duque titular, al menos durante su infancia. La redención de un censo

---

<sup>228</sup> FICHOZ: 000313

<sup>229</sup> AVM. ASA. 1-50-28

<sup>230</sup> FICHOZ: 018868

<sup>231</sup> AVM. ASA. 1-52-60

<sup>232</sup> AVM. ASA. 1-54-106



sobre aquella casa en 1804 informaba de que se encontraba habitada por el “excelentísimo señor duque”<sup>233</sup>.

También se mantuvo residiendo en unas casas principales el marqués de Cogolludo –Gentil-Hombre de la Real Cámara-, hijo primogénito y sucesor del ducado de Medinaceli, quien en 1788 ocupaba un inmueble, propiedad de su padre, en la calle de Atocha con accesorias en la calle de la Magdalena<sup>234</sup>.

### 3. El palacio y los palacios

La decisión de relegar la definición de *palacio* al último lugar no ha sido en absoluto arbitraria. El concepto de *palacio* como residencia de un miembro ajeno a la realeza no aparece en la realidad urbanística madrileña hasta avanzado el siglo dieciocho, aproximadamente a partir de mediados de éste. Para el siglo XVI, según M. Paz Aguiló, la palabra palacio se refería a una sala común y de carácter público dentro de una casa particular y “tener palacio a alguien” se dotaba del significado de recibir en casa<sup>235</sup>.

En el *Thesoro* de Covarrubias palacio aparece definido como la casa del emperador o del rey, siguiendo así la acepción romana que lo situaba en el monte Palatino; pero también, remitía a la ley 29 de las Partidas, a partir de donde observamos que se mantenía para el siglo XVII el significado del siglo anterior. Se denominaba así a cualquier lugar “do el Rey se ajunta paulatinamente para fablar con los omes. Esto es de tres maneras, o para librar los pleitos, o para comer, o para fablar engasajado, que quiere tanto decir como lugar Palatino... Palatino vale lo mismo que público”. A continuación, nos remite al significado apuntado por Aguiló Alonso: “de ahí vino que en las casas particulares llamen palacio una sala que es común y pública, y en ella no hay cama ni otra cosa que embarace”<sup>236</sup>.

---

<sup>233</sup> Documento transcrito parcialmente por DAVIS, Ch.: *Los aposentos del corral de la Cruz, 1581-1823. Estudio y documentos*. Woodbridge, Tamesis, 2004, p. 278

<sup>234</sup> AVM. ASA. 1-55-60

<sup>235</sup> AGUILÓ ALONSO, M. P.: “Palacio y hogar. El mueble”, JOVER ZAMORA, J. M. (dir.), GARCÍA DE LA CONCHA, V. (coord.): *Historia de España Menéndez Pidal. La cultura del Renacimiento (1480-1580)*, t. XXI. Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 132, pp. 127-152

<sup>236</sup> COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la lengua...* Op. cit. Ver LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: “Casas para administrar, casas para deslumbrar...Op. cit.”, p. 24

Se trataba de una vivienda de carácter urbano que comenzó a proyectarse destinada para la habitación por parte de los miembros de la más alta nobleza. Bien podría insertarse en el modelo parisino del *hôtel*, concepto cuyo uso se prefirió al de *palais*, por marcar la diferencia entre la morada del rey y la de los altos cargos de su Estado que habitaban aquellos<sup>237</sup>. Su denominación dio lugar a cierto debate, tal y como queda reflejado en la carta anteriormente citada, donde el erudito don Rafael Floranes exponía al secretario del duque de Liria sus reparos ante el uso de la voz de casa-palacio para llamar a las casas de los grandes de España. Dicha carta, fechada en 1783, entendemos, se generó a raíz de la construcción del nuevo palacio de los Berwick en los altos de Leganitos. A través de ella, su autor expresaba la conveniencia de que aquello que por tradición había sido propio de la realeza, en este caso habitar un tipo de residencias denominadas palacios, no debía hacerse extensible al resto de la sociedad: “Mas yo no veo que esté en uso llamar palacios, ni casas palacios a las casas que estos grandes tienen en la corte, lo que acaso sucederá porque hallándose en ella el palacio real, no se tendría por decente que las de particulares, aunque Grandes, emulasen tal nombre”<sup>238</sup>. Justificaba su argumento basándose en las definiciones que de “palacio” habían sido dadas históricamente en distintos textos como *Las Partidas*, el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias o la *Política para corregidores* de Castillo de Bovadilla. Sin embargo, con el objetivo de mostrar una perspectiva completa respecto al tema, aludía, asimismo, a ciertos autores que habían considerado la validez del uso palacio para calificar otras casas que no pertenecieran a la realeza. Citaba aquí, a Avendaño, consejero de los duques del Infantado y a don Juan García de Saavedra.

Tal vez, estos textos nos permitan hallar la clave de por qué el uso del concepto palacio no se generalizó para denominar las residencias de la nobleza hasta avanzado el siglo XVIII. Es lógico si tenemos en cuenta la existencia de unos pasajes de tanto peso como los mencionados y de tan amplia difusión durante los siglos XVI y XVII que insistían en lo inadecuado de aquella utilización del término. No obstante, las referencias a voces de autoridad que se suceden a lo largo de la carta de Floranes a favor y en contra del uso de la voz palacio a lo largo de la Historia nos remiten a una realidad variable según la región geográfica y el período cronológico. A lo que hay que añadir la

---

<sup>237</sup> En torno a la definición de *hôtel*: GADY, A.: *Les hôtels particuliers de Paris. Du Moyen Âge à la Belle Époque*. Paris, Parigramme, 2008, pp. 8-14; CHALINE, O. (Dir.): *Les hôtels particuliers de Rouen*. Rouen, Société des Amis des monuments rouennais, 2002, p. 16

<sup>238</sup> BNE. Mss. 18445, fol. 1 v.

distancia existente entre la aparición de la palabra en la documentación escrita y su difusión oral.

Fue precisamente desde París, desde donde se importaron dichos modelos residenciales a través de algunos de los miembros de la más alta nobleza española que pasaron ciertas temporadas en la capital francesa desempeñando distintos cargos al servicio del Estado. Puestos diplomáticos que les sirvieron para sumergirse en una cultura de la que se fueron empapando y que decidieron importar a su vuelta a la capital madrileña.

El palacio constituyó un tipo de construcción que se adaptó a la trama urbana de la capital siguiendo un doble planteamiento. Por un lado, se hallaba el palacio exento, es decir, enmarcado por una plaza delantera y un jardín posterior. Su construcción exigía la existencia de terreno suficiente como para desarrollar un conjunto constructivo de tales características. Éste fue el motivo por el que la mayor parte de los palacios madrileños del setecientos fueron construidos en emplazamientos a las afueras de la tradicional retícula urbana de Madrid. Pero, en dicha elección también debió influir el coste del suelo, más barato en aquellas manzanas situadas en los límites de la población, frente al precio superior otorgado a los sitios que según dejara constancia Teodoro Ardemans en su Tratado estuvieran “en lo mejor y más principal del comercio”<sup>239</sup>. Entendemos que el bajo coste del pie de sitio en la calle Ancha de San Bernardo, a la baja según se alejaba desde la plazuela de Santo Domingo en dirección a la puerta de Fuencarral, fue la causa de la elección de esta zona por parte de algunas de las familias más preeminentes de la corte para construir sus nuevos palacios. Lo mismo que ocurrió en torno al paseo del Prado, donde se ejecutaron algunos de los proyectos palaciales más ambiciosos del siglo dieciocho. El palacio de Buenavista, proyectado por el arquitecto Pedro Arnal, para convertirse en residencia de los Duques de Alba; o el de Villahermosa, para los duques don Juan Pablo Aragón Azlor y su esposa doña María Manuela Pignatelli Gonzaga.

---

<sup>239</sup> ARDEMANS, T.: *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, aparejador de obras reales y de las que se practican en las ciudades de Toledo y Sevilla, con algunas advertencias a los alarifes y particulares y otros capítulos añadidos a la perfecta inteligencia de la materia que todo se cifra en el gobierno político de las fábricas*. Madrid, Francisco del Hierro, 1719, fol. 264

Esta zona, próxima al Buen Retiro, y su prolongación por Recoletos había constituido hasta entonces un espacio suburbano en el que ya existían varias construcciones destinadas al recreo. Su ubicación fuera del perímetro propiamente urbano había permitido el contacto y disfrute directo de la naturaleza y ya desde finales del siglo XVI se tiene constancia de la construcción de *huertas* por parte de la nobleza<sup>240</sup>. Martínez Medina cita un conjunto de casas situadas entre la calle Fuencarral y Recoletos entre las que se hallaban la de la duquesa de Terranova, junto al Portillo de las Maravillas; las del duque de Frías, en la manzana 325; las del duque de Abrantes, junto al Hospicio; o las de la marquesa de Astorga en la calle del Almirante en la manzana 278<sup>241</sup>.

### 3.1 El palacio exento: Buenavista

Un estudio realizado por Trevor Dadson nos ofrece los antecedentes de Buenavista, cuando todavía aparecía mencionado en la documentación como *quinta*<sup>242</sup>. Ésta era definida por el *Diccionario de Autoridades* como: “Casería o sitio de recreo en el campo, donde se retiran sus dueños a divertirse algún tiempo del año. Llámase así porque los que las cuidan, labran, cultivan o arriendan, solían contribuir con la quinta parte de los frutos a sus dueños”<sup>243</sup>. La casa principal sobre la que después se proyectó el palacio de Buenavista había sido habitada en las últimas décadas por don Zenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, y a continuación por la reina viuda Isabel de Farnesio. Fue a su muerte cuando el XII duque de Alba, don Fernando de Silva Álvarez de Toledo –de extensa trayectoria castrense–, adquirió dicho edificio y comenzó un proceso de compra de las propiedades colindantes<sup>244</sup>. La finalidad era la demolición de

---

<sup>240</sup> VIDAURRE JOFRE, J.: *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*. Vol II: *El plano de Teixeira: lugares, nombres y sociedad*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid y Caja Madrid, 2000; LASSO DE LA VEGA ZAMORA, M.: *Quintas de recreo. Las casas de campo de la aristocracia alrededor de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2006; LOPEZOSA APARICIO, C.: *El paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Fundación de Apoyo a lo Hispánico, 2006

<sup>241</sup> MARTÍNEZ MEDINA, A.: “Problemas que plantea el asentamiento nobiliario en la Corte. Ocupación, distribución y parcelación del suelo”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 34 (1994), p. 344

<sup>242</sup> DADSON, T.: “Un palacio para un conde: la compra y rehabilitación del palacio de Buenavista por Diego de Silva y Mendoza, Conde de Salinas”, *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 33 (2008), Universidad Complutense de Madrid, pp. 61-87

<sup>243</sup> *Diccionario de Autoridades*, Real Academia Española, 1737, p. 471

<sup>244</sup> Se ha tenido acceso a una escritura de venta de vivienda en la que don Fernando de Silva Álvarez de Toledo, duque de Alba, compraba a finales del año 1769 una casa *sita en la calle del Barquillo, esquina a la de la Emperatriz y que sube a la de Buenavista* vendida por don Luis Curiel, Conde de San Rafael. AHPM. Prot. 18694/405

los inmuebles y el aprovechamiento de sus solares en la construcción del nuevo edificio palacial. Se debe tener en cuenta que su idea podía partir del conocimiento que de aquella tipología residencial hubiera disfrutado durante su estancia como embajador extraordinario en Francia entre finales del año 1745 y el verano de 1746<sup>245</sup>. Martínez Frieria relacionó las diversas compras de inmuebles, que fueron realizando de forma sucesiva el duque don Fernando y su heredera, la duquesa doña María del Pilar Teresa Cayetana, en los terrenos colindantes a la vivienda principal original, cada una de ellas con una finalidad, unas para su derrumbe y otras para su aprovechamiento como accesorias, incluso, destinadas a servirles de residencia durante los años que permanecieran las obras de construcción del nuevo palacio<sup>246</sup>. Así pues, el matrimonio formado por la duquesa de Alba y su esposo, don José María Álvarez de Toledo, Marqués de Villafranca y Duque de Medina Sidonia habitó, una vez se ordenó el derrumbe de la antigua casa principal y mientras se desarrollaban las obras del nuevo palacio, la vivienda número 3 de la manzana 307, la cual había servido de morada al embajador de Portugal<sup>247</sup>.

La construcción del nuevo palacio de Buenavista se encomendó al arquitecto Pedro Arnal, estableciéndose como finalidad la realización de una obra que materializara los nuevos modelos y patrones necesarios para cubrir aquellas necesidades que se iban poco a poco estableciendo como indispensables en el vivir cotidiano doméstico de una familia de la nobleza de la de los Alba. Debía consistir en un palacio de una magnificencia tal, que reflejara la grandeza de aquel linaje. Adaptado a la función cortesana que desempeñaban sus propietarios, don José María, Gentil-Hombre de Cámara al servicio del Príncipe de Asturias, y doña María del Pilar, una de las figuras femeninas de mayor relevancia a nivel público –junto a la duquesa de Montijo y la condesa-duquesa de Benavente- en la corte de finales del siglo XVIII. Sus salones estaban destinados a dar cabida a encuentros y fiestas a los que iban a asistir los

---

<sup>245</sup> FICHOZ: 004073

<sup>246</sup> Siguiendo el texto de MARTÍNEZ FRIERIA, J.: *Historia del palacio de Buenavista. Hoy día Ministerio del Ejército*. Madrid, 194?. Anotamos los datos correspondientes a las escrituras de compra-venta de viviendas contiguas a la principal de Buenavista: 19 de octubre de 1769 ante Diego Trigueros, 26 de octubre de 1769 ante Félix Rodríguez, 13 de noviembre de 1769 ante Manuel Gómez Guerrero, 20 de diciembre de 1769 ante Juan Francisco González, 20 de diciembre de 1769 ante Matías Culebra y Acero, 13 de enero de 1770 ante Bruno Saenz de Arellano; y ya en tiempos de su nieta y heredera 1 de enero de 1793 ante don Miguel Tomás París y 24 de octubre de 1795 ante don José Fernández de Uceda. Todas ellas en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.

<sup>247</sup> *Ibidem*. p. 282.

miembros de la elite –nobiliaria, administrativa, cultural- de la capital. No obstante, a su vez, tenía que estar adaptado para cubrir la necesidad de espacios privados en los que sus moradores pudieran deleitarse de los placeres de la intimidad y la comodidad, en pleno proceso de definición y construcción durante la época.

Su fachada principal miraba hacia la calle de la Emperatriz y estaba precedida de una entrada monumental en forma de plaza, mediante la cual mostrar a todo aquél que pasaba por delante el nivel de sus moradores. Mientras, el resto del palacio se encontraba rodeado por un jardín, que dotaba a la construcción de ese entorno natural tan apreciado en la época<sup>248</sup>.

Para concluir con Buenavista y su significado, es pertinente traer al texto la afirmación atribuida al arquitecto Martín Rodríguez, en un certificado que expidió acerca del estado de las obras del palacio poco antes de la muerte de la duquesa de Alba en 1802: “... con destino para habitación de Señores de la clase de Grandes”<sup>249</sup>. Se ceñía de este modo a los postulados establecidos en los tratados de arquitectura sobre que la vivienda había de tener un grado de esplendor conforme a su fin y sin desdecir el carácter que se debía a los que la habrían de habitar<sup>250</sup>.

### **3.2 El palacio integrado**

Otras construcciones de carácter palaciego aprovecharon el espacio anteriormente ocupado por el conjunto de inmuebles que configuraban unas casas principales o, simplemente, por varias casas hasta aquel momento independientes entre sí, para insertarse de la forma más coherente posible dentro de la trama urbana original madrileña. Este motivo, es decir, un plano abierto a pocas posibilidades de modificación en su configuración, condicionó a las nuevas edificaciones a tener que prescindir de determinados elementos como las plazas delanteras o los grandes jardines de los que disfrutaron los modelos palaciegos a los que nos hemos referido en el apartado anterior. No obstante, en el resto de su estructura arquitectónica no carecían de ninguno de los otros elementos propios de dicha tipología –patios, escalinatas, galerías, salones

---

<sup>248</sup> PORTELA SANDOVAL, F. J.: *El palacio de Buenavista. Cuartel General del Ejército*. Madrid, Tabapress, 1996

<sup>249</sup> MARTÍNEZ FRIERA, J.: *Historia del palacio de Buenavista ... Op. cit.* p. 330.

<sup>250</sup> RIEGER, Ch.: *Elementos de toda la arquitectura civil con las más singulares observaciones de los modernos*. Traducción P. Miguel Benavente, Madrid, 1763, p. 48.

monumentales, etc.- definitorios de la condición privilegiada que, quienes los encargaron para instalar en ellos su residencia, pretendían mostrar al resto de la sociedad.

A este modelo se ajustaba el palacio que Ventura Rodríguez diseñó en 1752 a petición del Marqués de la Regalía, don José Álvarez de Abreu, para llevarse a cabo sobre los terrenos que hasta 1745 habían ocupado unas casas que este último adquirió a la Duquesa de Alba y algún otro edificio colindante<sup>251</sup>. Ubicado en la manzana 500, con fachada al pie de una de las principales vías que encabezaban la expansión urbana de Madrid, la calle Ancha de San Bernardo, y enmarcado por las calles de la Manzana y de los Reyes, debía insertarse entre inmuebles de variada categoría.

Pese a que su construcción no llegó a materializarse, tenemos constancia de su estructura integradora en un edificio de varias plantas, de las diversas zonas con las que había de contar la vivienda nobiliaria. Y es que la principal característica que hay que destacar del palacio integrado era su carácter aglutinador, con respecto a las casas principales. Un único edificio que daba cabida a espacios que tradicionalmente se hallaban repartidos en inmuebles diferentes. Aunaba la habitación de señores, criados, las piezas de servicio, cocheras, caballerizas, almacenes, todo lo más armoniosa, estilísticamente hablando, y cómodamente distribuido en una sola construcción.

En 1761 don Bernardo de Grimaldo, II Marqués de Grimaldo, adquirió las casas que aún ocupaban la manzana 500 y comenzaron las obras del nuevo edificio de manos del arquitecto don José Serrano. El planteamiento original del palacio integrador se mantuvo, dando lugar a la erección de la obra cuyos planos presentamos<sup>252</sup>. Éste fue la residencia del teniente general y Gentil-hombre de Cámara de su majestad hasta que el 17 de agosto de 1789, a consecuencia de un incendio, quedara reducido a cenizas. Tras el desgraciado acontecimiento se llevó a cabo una reforma del edificio, que finalmente fue vendido y adquirido en 1797 por la Marquesa de Sonora, viuda del fallecido secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, don José de Gálvez<sup>253</sup>. El

---

<sup>251</sup> Vid. TOVAR MARTÍN, V.: “Diseños para un palacio madrileño del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXI (1984), pp. 53-67; *El palacio del Ministerio de Justicia y sus obras de arte*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1986, p. 51

<sup>252</sup> AVM. ASA. 1-45-37

<sup>253</sup> FICHOZ: 000286

edificio fue sometido entonces a una profunda remodelación, de cuya solicitud de licencia al Ayuntamiento para llevarse a cabo tenemos constancia con fecha de 1 de julio de 1797<sup>254</sup>. El arquitecto Evaristo del Castillo desarrolló un proyecto en la línea de las actuaciones precedentes<sup>255</sup> en el que supo integrar magistralmente todos aquellos espacios necesarios para poder vivir en la forma que el estilo noble requería y de necesario cumplimiento por parte del conjunto de “cortezanos” de reciente titulación, que promovieron las construcciones a las que se ha venido haciendo referencia, para conseguir su reconocimiento como tales.

#### **4. Una nueva tipología: Las casas del marqués de Murillo y de don Agustín de Aldecoa**

La magnificencia del último tipo de construcción estudiado podía llegar a contrastar con algunas de las que se proyectaron en la línea de los hoteles parisinos, ubicados sobre una planta baja, a pie de calle, destinada a la actividad comercial. Se trata de un modelo constatado asimismo para las viviendas de la nueva nobleza de carácter administrativo encargada de regir los territorios americanos. El caso de Santa Fé de Bogotá ha sido estudiado por Pilar López Bejarano<sup>256</sup>.

En la capital madrileña fue representativa de este modelo la construcción para la que don Pedro de Astrearena, futuro marqués de Murillo, solicitara licencia de obra el 4 de febrero de 1746<sup>257</sup>. Ubicada en la Red de San Luis y con fachada a las calles de Fuencarral y Hortaleza, la planta baja que presentaba se componía de un total de 10 casas-tienda, que compartían piso con el zaguán de entrada a la vivienda principal, además de con dos cocheras, dos guadarneses y el cuarto del cochero para el servicio de la misma. La residencia de este caballero del Orden de Calatrava y contador del Príncipe se encontraba ubicada en la planta superior. De este modo, sin hacer ningún tipo de ostentación pública, don Pedro de Astrearena habitaba en una casa de amplias dimensiones, en una zona principal de la capital, sobre un bajo comercial. Este hecho es verdaderamente ilustrativo de su condición, un asentista del Estado, del círculo de los Goyeneche, cuyos cargos oficiales fueron resultado de su actividad financiera y que

---

<sup>254</sup> AVM. ASA. 1-55-4

<sup>255</sup> TOVAR MARTÍN, V.: *El palacio del Ministerio de Justicia... Op. cit.*, p. 82

<sup>256</sup> “El espacio privado como gesto: alcobas, estrados, oratorios y cocinas en Santa Fe de Bogotá”, conferencia pronunciada en el marco del Simposio La Casa en la Edad Moderna. Celebrado en Granada, 26-28 de marzo de 2014

<sup>257</sup> AVM. ASA: 1-84-79



bebía de la influencia de la vecina Francia. Hasta el punto de construirse su residencia siguiendo el modelo genuinamente francés de hôtel<sup>258</sup>.

Tal vez, representativo de la distancia existente entre la mentalidad de este tipo de servidor del Estado y los que pudieron encarnar los anteriormente mencionados marqueses de la Regalía, Grimaldo y marquesa de Sonora, quienes mostraron a través del proyecto y construcción de su vivienda al modo palacial su necesidad de equiparar su nueva nobleza a la de la aristocracia tradicional.

Asimismo, para el año 1748 contamos con los planos del proyecto de obra de las que el documento menciona como “casas principales” del señor don Agustín de Aldecoa<sup>259</sup>. El que desde 1746 fuera tesorero de los reales alimentos del Príncipe de Asturias y a partir de 1752, tesorero de la Reina, se hallaba en proceso de remodelación de sus casas principales en con fachadas a las calles de Alcalá y de la Greda. La tipología que se pretendía conseguir tras la reforma de estas denominadas, entendemos que por su origen, casas principales, poco tiene que ver con el modelo que bajo este título hemos definido en un apartado anterior. En este caso el gran inmueble principal iba a ser reestructurado dando lugar a un edificio en el que tuvieran cabida las viviendas de varias personas o grupos familiares.

Se proyectaba la construcción de dos cuartos en la planta baja, otros dos en la principal y la posibilidad de dos segundos en su fachada hacia la calle de Alcalá y otros dos bajos y dos principales orientados hacia la calle de la Greda. Un total de 10 viviendas de las cuales don Ignacio sólo iba a ocupar un cuarto bajo, destinado a la ubicación de las piezas dedicadas a sus “oficinas” -despacho y caja- y un principal de los que miraban hacia la calle de Alcalá, destinado a su habitación.

Ambos tipos son reflejo de una forma de vida en la que la convivencia en el mismo inmueble entre su propietario y vecinos de una condición diferente a la suya iba a ser entendida como modo de rentabilizar económicamente las propiedades inmobiliarias por parte de ciertos ilustres empleados en el aparato de la Monarquía. Una mentalidad en la que podríamos observar indicios relativos al segundo lugar que para

---

<sup>258</sup> *Ibídem*

<sup>259</sup> AHPM. DG. 40

algunos de los individuos pertenecientes al grupo estudiado ocupaban el hecho de distinguirse socialmente y su distanciamiento respecto a otros grupos sociales, en relación al valor que concedían a obtener una rentabilidad práctica, al valor del enriquecimiento económico, en definitiva, al valor del dinero.



## CAPÍTULO 4. EL RÉGIMEN DE OCUPACIÓN

“... tales providencias se deberían tomar para abaratar los arrendamientos, cuya escandalosa subida, a pesar de los tiranos privilegios del inquilinato, que tanto ofenden los derechos de la propiedad, hace un efecto sensible en la industria y tráfico interior de la Corte. La habitación es en el día uno de los artículos más dispendiosos de todo vecino”.<sup>260</sup>

*Gaspar Melchor de Jovellanos*

### 1. Estado general sobre la propiedad inmobiliaria en la corte madrileña.

La propiedad inmobiliaria en los siglos Modernos ha centrado trabajos de carácter local que han permitido una aproximación al tema para distintas ciudades. Han sido llevados a cabo, fundamentalmente, desde una perspectiva que se concentraba en las cifras, con el fin de obtener series de datos de carácter cuantitativo, con las que poder completar los análisis relativos a la influencia de la propiedad inmobiliaria y sus rentas en las bases económicas de los distintos grupos sociales durante el Antiguo Régimen<sup>261</sup>.

La propiedad inmueble en Madrid ha sido atendida por parte de no pocos autores, aunque caben ser tratados con cautela los datos que proporcionan algunas de las fuentes que han sido utilizadas para la elaboración de distintos trabajos. Caro López, en su

---

<sup>260</sup> JOVELLANOS, G. M.: *Obras del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos*, edición Venceslao de Linares y Pacheco. Tomo V. Barcelona, Imprenta de don Francisco Oliva, 1840, p. 175

<sup>261</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A: *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, Istmo, 1973. Para el caso de Valencia: AZAGRA ROS, J.: *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*. Madrid, Síntesis, 1993; Bilbao: GONZÁLEZ PORTILLA, M.: “Primera aproximación al estudio de las rentas, ingresos y alquileres en Bilbao en el siglo XVIII”, *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada...Op. cit.*; CATALÁN MARTÍNEZ, E: “La propiedad urbana en Bilbao durante el siglo XVIII”, *Actas del Congreso Bilbao 700. 1300-2000*. Vol. 1. Bidebarrieta. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao XII*, Bilbao, 2003, pp. 441-462 y “El problema de la vivienda en Bilbao” en REY, O. y LÓPEZ, R. J.: *El mundo urbano ... Op. cit.*, pp. 83-100; Sevilla: COLLANTES DE TERÁN, A.: “Propiedad y mercado inmobiliario en la Edad Media: Sevilla, siglos XIII-XVI”, *Hispania*, t. XLVIII, nº 169, (1988), pp. 492-527; CARMONA GARCÍA, J. I: “Valor, rentabilidad y formas de cesión de la propiedad inmobiliaria en la Sevilla de finales del siglo XVI”, *Archivo Hispalense*, t. LXVII, nº 205 (1984), pp. 3-38 y “Caserío y arrendamientos urbanos en la Sevilla del siglo XVII”, *Archivo Hispalense*, t. LXIX, nº 210 (1986), pp. 3-28; PÉREZ ESCOLANO, V.: “Observaciones sobre las condiciones de propiedad y ocupación en la vivienda urbana sevillana en la segunda mitad del siglo XVI”, *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1978, pp. 263-276. Valladolid: BENASSAR, B.: *Valladolid ... Op. cit.* y GUTIÉRREZ ALONSO, A.: *Estudio de la decadencia de Castilla. La ciudad de Valladolid en el siglo XVII*. Valladolid, Universidad, 1987. Para Palencia: MARCOS MARTÍN, A.: “Propiedad y propietarios en Palencia durante la Época Moderna”, *Investigaciones Históricas*, nº 3 (1982), pp. 74-141, Cuenca: TROITIÑO, M. A.: “Propiedad urbana y estructura espacial de una ciudad preindustrial: Cuenca a mediados del siglo XVIII”, *II Simposio de Urbanismo e Historia urbana en el mundo hispánico*, vol. 2, Madrid, 1982

estudio de referencia “Casas y alquileres en el antiguo Madrid”<sup>262</sup>, mencionaba las cifras arrojadas por un manuscrito de la Biblioteca Nacional, titulado *Noticias de Madrid*. Éste era resultado de la necesidad de conocer la propiedad inmueble en la capital para dar respuesta a un decreto de enero de 1705, que imponía establecer un recargo fiscal del 5 por 100 sobre todos los alquileres de la Corte<sup>263</sup>. Los datos que aporta dicho documento se presentan a todas miras poco fiables. En él se afirma la existencia en Madrid de 23.000 casas, número alejado de las entre 7.000 y 8.000 que para el siglo XVIII han sido constatadas por estudios posteriores dotados de carácter fidedigno. De esas 23.000 casas, 17.000 se atribuían como propiedades de la Iglesia. Expresado en porcentaje, aquella poseía un alto 74 por 100 de los bienes raíces urbanos. No obstante, pese a la inexactitud de estas cifras, cabe ser apuntado aquí, aunque no se trate del estamento social que centra nuestra investigación, que la Iglesia experimentó un fuerte impulso como propietaria de inmuebles en Madrid entre mediados de los siglos XVII y XVIII. Pasó de poseer el 3,6 por 100 de la propiedad en 1658 al 33-35 por 100 hacia 1750<sup>264</sup>.

Avanzado el siglo XX, el uso de la informática como instrumento para procesar series de cifras ha contribuido en el valor de las conclusiones relativas al tema. La propiedad en el Madrid de Velázquez, como el propio autor titula uno de sus trabajos<sup>265</sup>, ha sido estudiada por Fernando Negredo del Cerro. Su elección de la parroquia como circunscripción territorial de análisis y el establecimiento de un conjunto de categorías de carácter profesional para identificar al tipo de propietario presentan, a partir del análisis de diferentes tipos de fuentes –documentación generada en relación a la regalía de aposento, escrituras notariales referentes a negocios inmobiliarios-, una capital donde la Iglesia aún no había alcanzado el estatus que como propietaria le hemos atribuido desde mediados del siglo XVII en adelante. La estructura de la propiedad según la titularidad de las casas quedaba de la siguiente forma: un 0,66 por ciento

---

<sup>262</sup> CARO LÓPEZ, C: “Casas y alquileres en el antiguo Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XX (1983), pp. 97-153

<sup>263</sup> *Noticias de Madrid*. BNE. Mss. 18447, f. 269; citado por CARO LÓPEZ, C: “Casas y alquileres... Op. cit.”, p. 115

<sup>264</sup> Vid. FRANCO RUBIO, G. A.: “El estamento eclesiástico en Madrid durante el Antiguo Régimen”, ALVAR EZQUERRA, A. (coord.): *Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX)*. Madrid, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991, p. 80; Jesús CRUZ se reitera en estos datos “Propiedad urbana y sociedad en Madrid, 1749-1774”, *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, año 8, nº 2 (1990), pp. 239-269

<sup>265</sup> NEGREDO DEL CERRO, F: “El Madrid de Velázquez: Mercado y propiedad inmobiliaria entre 1623 y 1650”, *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia*, 2 (1999), pp. 15-56

correspondiente a la nobleza, un 3,24 perteneciente al clero y el 96,1 por ciento como propias del que calificaba pueblo llano. Cifras que evolucionaron a lo largo de la primera mitad del seiscientos a un 6 por ciento en manos de la nobleza, un 4 por ciento en las del clero y un 90 por ciento para el tercer estado. Justifica que los mayores grupos de propietarios de inmuebles urbanos fueron los de artesanos y comerciantes y el destacado puesto ocupado ya para mediados del Seiscientos por el tipo profesional que el autor denomina burócrata, es decir, el personal empleado al servicio del Estado.

Para el período cronológico que centra este estudio, la concentración de la propiedad inmobiliaria puede rastrearse a través de los datos que aporta la Planimetría General de Madrid. A partir de ella se puede obtener una perspectiva general respecto a en manos de quiénes se concentraba la propiedad inmobiliaria en la capital para mediados del siglo XVIII. Siguiendo las cifras que se han obtenido a partir de las investigaciones sobre dicha fuente llevadas a cabo por Molina Campuzano<sup>266</sup> y Caro López<sup>267</sup>, el 35 por 100 de los inmuebles destinados a viviendas en Madrid pertenecían a la Iglesia<sup>268</sup>, el 11 por 100 se encontraban en manos de la nobleza y un escaso 2 por 100 formaba parte del patrimonio de otro tipo de instituciones civiles, fundamentalmente de carácter caritativo –hospitales, hospicio-. Caben ser citados, asimismo, los datos arrojados por el ambicioso trabajo que se materializó con el título *Madrid, atlas histórico de la ciudad*, dirigido por Virgilio Pinto Crespo y Santos Madrazo Madrazo<sup>269</sup>. En él Marín Perellón atribuía más de la quinta parte de la propiedad del suelo a la nobleza. De cuya distribución, en un gran número de pequeñas edificaciones, podrían haber obtenido importantes rentas inmobiliarias. No obstante, el autor afirma que la nobleza no solía utilizar generalmente sus inmuebles y parcelas para la extracción de rentas, sino que sus posesiones estaban destinadas a ser ocupadas por los miembros de su familia y sus servidores. Respecto al clero, en sus manos se encontraba otra quinta parte del suelo, donde poseía un gran número de pequeñas parcelas construidas de alta rentabilidad. La otra escasa quinta parte estaba repartida muy desigualmente entre los miembros de la burocracia real y estatal, los grupos

---

<sup>266</sup> MOLINA CAMPUZANO, M: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1960

<sup>267</sup> CARO LÓPEZ, C: “Casas y alquileres...” Op. cit.

<sup>268</sup> FRANCO RUBIO, G.A.: “El estamento eclesiástico en Madrid ...” Op. cit., p. 80

<sup>269</sup> MARÍN PERELLÓN, F. J.: “Propiedad y precio del suelo en el Antiguo Régimen”, PINTO CRESPO, V. y MADRAZO MADRAZO, S. (dirs.): *Madrid, atlas histórico ... Op. cit.*, vol. 1, pp. 112-117

puddientes del comercio, las finanzas, las profesiones liberales y algunos miembros de los grupos populares. Ofrece el dato de que en dicho espacio –en aquella quinta parte del suelo- se concentraban 3.864 casas que producían una rentabilidad de 8.252.285 reales anuales. Se llega de este modo a la conclusión del que el autor califica como dominio de las clases privilegiadas sobre el espacio urbano; dando lugar a un alto 81,22 por ciento de suelo urbano amortizado y/o vinculado. Y a una posesión por parte de aquellos del 48,87 por ciento del total de las edificaciones de Madrid, la cuales generaban unas rentas de 10 millones de reales anuales.

La distribución de estas propiedades respondía al siguiente esquema: Las propiedades de la nobleza se concentraban en los límites de la denominada ciudad medieval, es decir, en torno al perímetro del antiguo alcázar de los Austrias, reconvertido en el nuevo palacio real. El clero era propietario de grandes manzanas situadas en la antigua zona del arrabal bajomedieval, para mediados del siglo XVIII, núcleo central de la villa y corte, así como de varias parcelas situadas en los límites marcados por la cerca. Finalmente, las propiedades de particulares estaban repartidas por toda la retícula urbana, hallándose cierta concentración en las proximidades de la plaza Mayor, en los cuarteles de Lavapiés y San Francisco, al Sur de la villa, y en los de Maravillas y Barquillo, en el Norte.

## **2. Propietarios inmobiliarios y servidores del Estado**

Es necesario reconocer la laboriosidad de los trabajos precitados y el valor de los resultados que ofrecen, no obstante, las personas quedan diluidas en ellos, en la mayor parte de las ocasiones, en la impersonalidad de unas cifras que tipifican a unas categorías sociales caracterizadas por su denominación de un modo general, en el que no se especifican su particularidades. Cuando se habla de nobleza, de burocracia, es difícil reconocer qué figuras individuales engrosaron aquellos porcentajes de propietarios que, durante el período estudiado, somos capaces de reconocer cómo aglutinaban en su persona, a poco que se indague en su biografía, facetas correspondientes a varias de las categorías de carácter social establecidas tradicionalmente para este tipo de estudios.

Desde estas páginas, lo que se propone es presentar una serie de casos que sirvan para personalizar las cifras, dotándolas de la complejidad que adquieren cuando

representan a un conjunto socio-profesional del grado de “ambigüedad” del aquí estudiado.

Ya para entonces despuntaba el incipiente papel como propietarios de fincas urbanas que ocupaban ciertos colectivos dedicados a actividades profesionales al servicio del Estado y que en compensación habían obtenido un título nobiliario. Puede resultar ilustrativo el caso del marqués de Santiago y su familia<sup>270</sup>.

Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos nació en Madrid en 1648 y jugó un relevante papel como asentista de la Corona y arrendador de rentas. En 1704 aparecía registrado ya como ministro de la Contaduría Mayor de Cuentas y consejero del Consejo de Hacienda y en 1706 se le otorgaba el título de marqués de Santiago en compensación al papel que ejerció como proveedor del Ejército de campaña en 1706<sup>271</sup>.

Se trataba de una nueva nobleza, cuya trayectoria en el terreno de los negocios les ayudó a saber encontrar en el mercado inmobiliario de la capital un medio a través del que obtener rentas, y que fue capaz de transmitir aquel productivo patrimonio a sus descendientes. Tal vez, hallemos en este hecho la evolución sufrida por las cifras de nobleza propietaria entre el siglo XVII y el siguiente. Quienes en los trabajos llevados a cabo por Negrodo del Cerro formaban aún parte de ese alto porcentaje de propietarios que representaba el sector que denominó como popular, compuesto, entre otros miembros, por comerciantes y hombres de negocios; habían pasado a convertirse a lo largo del seiscientos y comienzos del setecientos en miembros de la nobleza a través de diferentes vías<sup>272</sup>. De ahí, se podría deducir, en parte, que aumentaran las cifras de nobleza propietaria de inmuebles madrileños. Una nobleza que siguiendo los patrones de la aristocracia más tradicional, debió recurrir no en pocas ocasiones a vincular legalmente sus propiedades, contribuyendo en el aumento a lo largo del siglo XVIII de los bienes inmuebles amortizados. Pero, que en otros casos supo mantenerlos libres, con la finalidad de disfrutar de los beneficios, manteniendo su afinada perspectiva de hombres de negocios, que reportaba el mercado de compra venta inmobiliaria.

---

<sup>270</sup> SANZ AYÁN, C.: “Negoce, culture et sens de l’opportunité dans la construction d’un linage. Le premier marquis de Santiago pendant la Guerre de Succession”, DUBET, A., LUIS, J. Ph.: *Les financiers et la construction de l’État (France, Espagne, XVIIe-XIXe siècle)*. Clermont-Ferrand, Presses Universitaires de Rennes, 2011, pp. 105-124

<sup>271</sup> FICHOZ: 016798

<sup>272</sup> ANDÚJAR CASTILLO, F. y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (eds.): *El poder del dinero... Op. cit.*



Si continuamos avanzando en la biografía familiar del marqués de Santiago, en el año 1754 se fechó el inventario de bienes post-mortem de su nieto, don Miguel de Sesma<sup>273</sup>, -alguacil mayor del Consejo de Castilla- hijo de don Juan de Sesma y doña María Nicolasa Rodríguez de los Ríos, hija a su vez del marqués de Santiago. Este nieto del asentista venido a noble era propietario de varias casas en Madrid. Algunas formaban parte de los bienes que había heredado por el fallecimiento de su madre, doña María Nicolasa, y otras habían sido adquiridas por él, conocedor de la rentabilidad del negocio del alquiler de viviendas:

“(...) unas casas principales que están en esta dicha villa en la calle de la Salud, llamada comúnmente la Alta del Carmen, que hacen esquina y vuelven a la de la Abada, parrochia de San Martín, las quales fueron adjudicadas a la señora Marquesa doña María Nicolasa su madre, quien por su última disposición hizo manda y legado particular de ellas al citado señor don Miguel su hijo y en la partición que se hizo de los bienes de dicha señora se le adjudicaron las nominadas casas como a uno de sus hijos en ciento y setenta y seis mil ochocientos quarenta y quatro reales y veinte y nueve maravedís de vellón...”

“(...) Las referidas casas se componen de ocho habitaciones y por sus alquileres pagan y están debiendo sus inquilinos las cantidades que son a saber (...)”

Inmuebles situados en las calles de la Salud, de la Abada, del Prado, de las Postas -frente a San Felipe el Real-, entre sus ilustres inquilinos se hallaban, entre otros, el que fuera cirujano de la Familia Real y de los Reales Ejércitos, don Juan Andrés de Bereterrechea, que ocupaba uno de los cuartos principales de las casas de la calle de la Salud, por mil quinientos reales de vellón de renta. Otro cuarto principal en la misma casa era el que habitaba don Francisco Fernández Munilla, alcalde de Casa y Corte, por un precio de dos mil doscientos reales al año<sup>274</sup>.

Don Miguel residía en un cuarto bajo de una de sus casas en la calle del Prado, donde compartía vecindad con el que fuera oficial segundo en la contaduría principal de

---

<sup>273</sup> AHPM. Prot. 15941/1

<sup>274</sup> AHPM. Prot. 15942/33 y ss.

la renta general de Salinas del reino, don Manuel Irurrita Querazu<sup>275</sup>, ocupante del cuarto principal de la misma casa.

El caso del marqués de Santiago nos sirve como antecedente para profundizar en el papel jugado por parte del personal relacionado con la Real Hacienda en el mercado inmobiliario madrileño. Una parte nada desdeñable de quienes componían las filas de esta institución procedían directamente del mundo de los negocios. No se trataba de una burocracia formada en las universidades, como lo fue la que ocupó puestos en otras instituciones. Sino que respondían a una cualificación práctica adquirida desempeñando profesiones donde el manejo de grandes capitales y su asistencia financiera a la Monarquía en sus continuas necesidades, les habían permitido ser insertados dentro del sistema encargado de gestionar las finanzas del Estado. Por dicho espíritu de negociantes se veían imbuidos, aún ocupando sus puestos dentro del aparato de la administración estatal y habiendo incluso trascendido socialmente la, hasta entonces, férrea barrera que separaba cada uno de los estamentos sociales que componían la pirámide poblacional, obteniendo un título nobiliario en premio a sus servicios. Su arraigado conocimiento de las prácticas económicas les sirvió para valorar el negocio inmobiliario como una fuente de cuantiosas rentas.

Otro caso que viene a atestiguar dicha realidad es el del marqués de Portago. Don José Gómez de Terán, a cuyas casas principales en la calle Príncipe ya se haya hecho mención, vio premiados sus servicios a la Corona, de carácter económico y financiero al frente de la Renta del Tabaco –de la que fue contador, tesorero y finalmente director, entre 1717 y 1741-, obteniendo numerosos nombramientos y mercedes, entre ellos los honores de ministro de la Contaduría Mayor de Cuentas, más tarde, plaza supernumeraria del mismo cargo; ascendió a tesorero de la Tesorería General y finalmente fue nombrado consejero del Consejo de Hacienda de capa y espada. Asimismo, en 1744 recibió el título de Castilla de marqués de Portago<sup>276</sup>, que serviría, una vez, más para aunar en una figura relacionada con las finanzas servicio a la administración y nobleza.

---

<sup>275</sup> FICHOZ: 021580

<sup>276</sup> FICHOZ: 011025; FELICES de la FUENTE, M. M.: *Condes, Marqueses y Duques... Op. cit.*, p. 181

El inventario de bienes que se llevó a cabo tras su fallecimiento en noviembre de 1754<sup>277</sup> dejó constancia de su faceta como propietario inmobiliario. Además de las casas principales que habitaba en la calle Príncipe con accesorias, poseía otras en la calle de Toledo, frente del Conde de Humanes que, tras la reedificación que de ellas realizó, ascendían a 182.676 reales de vellón; otras en la calle de Rodas, valoradas en 23.168 reales de vellón; otras más en la calle de San Lorenzo, en 34.466 reales de vellón; las de la calle de la Sal, en 24.731 reales de vellón. Pero también una tienda “sin lo alto”, es decir, sin los cuartos superiores, en la calle de la Chamberga –que iba de Platería a San Miguel- valorada en 4.118 reales con 22 maravedíes; una casa-bodega en la calle de San Bartolomé, por valor de 59.327 reales con 17 maravedíes y otra casa en la calle del Soldado, que ascendía a 21.798 reales de vellón<sup>278</sup>. Comprendemos, pese a que no queda especificado en la escritura, que por cada una de ellas debía obtener unas rentas que contribuyeran muy positivamente en su acomodada posición.

Pero, no fueron los empleados relacionados con la Real Hacienda los únicos que apreciaron las posibilidades del mercado inmobiliario, otros altos funcionarios, miembros de otros cuerpos, también participaron de aquel negocio. Obsérvese el inventario de bienes post-mortem de don José de Laisequilla<sup>279</sup>. Allí quedaba reflejado cómo el núcleo familiar que formó a través de su matrimonio con doña María Ana Pérez Dardón se convertía en propietario de varias casas que esta última había aportado vía dote paterna. No obstante, el propio don José, decano del Consejo y Cámara de Indias, supo percibir las posibilidades de este tipo de negocio y adquirió una casa en la calle de Hortaleza.

Del conjunto de inmuebles aprovechó convenientemente los beneficios que le podían aportar. Los comercios en los bajos de las casas de la calle Atocha estuvieron alquilados a un maestro de hacer coches, al barbero José Molina, al comerciante de aceite y vinagre Amaro Piñeiro y al zapatero Diego Bungalés. Asimismo, se hallaban alquilados varios cuartos en la casa de la calle de las Urosas; al menos seis cuartos y una tienda carpintería en una casa en la calle de Hortaleza y hasta siete cuartos y una tienda de paños de una casa de la Plaza Mayor.

---

<sup>277</sup> AHPM. Prot. 16741/191 r. y ss.

<sup>278</sup> *Ibídem*

<sup>279</sup> AHPM. Prot. 18523

En este punto es necesario mencionar también una tipología familiar de aquéllas que se formaron a través de la unión de un servidor de la Monarquía y un miembro de la elite burguesa, relacionada con los mundos del comercio, el artesanado, los negocios, etc. Fueron las hijas de reputadas familias, miembros de aquel colectivo, quienes aportaron como bienes de su propiedad a un matrimonio con uno de aquellos servidores en las instituciones del Estado, inmuebles que rentabilizaron a partir del alquiler. Como muestra, el caso de doña Juliana Díaz Manrique, que contrajo matrimonio con el regidor de Madrid don Fernando Gómez Lozano, hijo a su vez de don Bartolomé Gómez Lozano, tesorero que fue de su majestad. Ella, hija única del matrimonio formado por el arquitecto, maestro de obras y asentista don Francisco Bruno Díaz y doña Ramona Manrique, vio aumentada su dote tras el fallecimiento de su padre a través de una escritura notarial fechada el 13 de febrero de 1803. En ella, entre otras deudas “en favor”, como los 32.000 reales de vellón que tenía puestos don Francisco Bruno como asentista en la “real obra de las galerías de palacio”; además de los 10.000 reales de vellón que tenía puestos en la “real obra del convento de San Francisco”, también como asentista de ésta, se hallaban los alquileres de todas las casas que pasaron en aquel momento a formar parte de los bienes propios de doña Juliana. Se trataba de varios inmuebles situados en la plazuela de Herradores –número 11, manzana 414- con accesorias a la calle de los Tintes, unas casas en la calle del Rubio –número 41, manzana 472- con accesorias a la calle del Tesoro y otras en la misma calle con el número 4 de la manzana 471, así como unas casas en la calle de la Manzana –número 23, manzana 499-<sup>280</sup>.

En el siguiente caso, fue un hijo de otro arquitecto, cuya excelente posición de proximidad al monarca le debió permitir colocar al primero en la oficina de reales servidumbres de la Tesorería Mayor, el que se convirtió en distinguido propietario inmobiliario en la corte madrileña a finales del siglo XVIII, tras el fallecimiento de su progenitor. Don Manuel López Corona, arquitecto real y asentista de diversas obras como los cuarteles de Guardias de Corps de Aranjuez y Madrid<sup>281</sup> dejaba al fallecer a su hijo, don Ignacio López Corona –quien fue ocupando las diversas oficialías dentro del escalafón del cuerpo precitado- varias casas en la capital. Los inmuebles de las calles de

---

<sup>280</sup> AHPM. Prot. 20151/439 y ss. y Prot. 21982/25 r.- 89 r.

<sup>281</sup> FICHOZ: 026507

San Pedro y Jesús y María pasaron íntegramente a don Ignacio, mientras, los de la calle de Esparteros y las dos casas unidas en las calles del Fúcar y Jesús y María le correspondieron sólo en su mitad, la otra parte pertenecía a su hermana, doña Rita López Corona<sup>282</sup>.

Se nos presenta a través de estos últimos inmuebles un modelo ilustrativo de las variadas formas que podía adquirir el disfrute de una propiedad. Ésta no siempre correspondía a una única figura física o institucional, sino que podía tratarse de una copropiedad. A partir de ahí la casuística es infinita. El inmueble que, como en el caso anterior, pasaba por herencia a convertirse en patrimonio de varios herederos; o aquél que, dividido en tantas partes como propietarios tuviere, formaba parte, a la vez, del patrimonio de una o varias instituciones y/o una o varias personas físicas que repartían la renta de sus alquileres de modo proporcional al porcentaje que a cada propietario le correspondía...

Asimismo, las últimas referencias son indicativas de la proximidad, perfectamente perceptible ya para este período, existente entre una alta burguesía asentista vinculada al negocio inmobiliario y los empleados en puestos relevantes dentro de la administración de la Monarquía. Profesionales manuales en el campo de la arquitectura, como hemos visto anteriormente, a la vez que hombres de negocios, que en el salto de una generación, legaron como herencia a unos hijos, insertos ya profesionalmente dentro del aparato administrativo, aquella otra fuente de ingresos que suponía la propiedad inmobiliaria y su rentabilización a través del alquiler.

Pero, también dentro del marco de la administración municipal se localizan importantes actuaciones. Al precitado caso del regidor don Fernando Gómez Lozano, se suma el del también capitular del Ayuntamiento de Madrid, don Francisco Martínez de Hoz. En este último, la intencionalidad que subyacía tras la compra de un inmueble en la plaza de la Cebada y el contrato de construcción que realizó con el arquitecto Alfonso Gómez quedaba explícita:

“Dijo que habiendo comprado unas casas viejas consistentes en la Plazuela que llaman de la Cebada con esquina y vuelta a la calle de Maldonadas en el distrito de la parroquial de

---

<sup>282</sup> AHPM. Prot. 17647/315-321

San Justo y Pastor y San Millán, su anejo y teniendo derribada y echada abajo su antigua fábrica, trato de hacerlas y construirlas de nueva al estilo del día, ajustar ésta alzadamente por un tanto, y entregada y concluida perfectamente, llave en mano para su uso y arrendamiento”<sup>283</sup>.

Don Alfonso Gómez actuaba en calidad de asentista, con quien don Francisco Martínez de Hoz ajustó el coste de la obra en 1.100.000 reales, en forma alguna aumentables, aún cuando el desarrollo de la construcción implicara llevar a cabo modificaciones con respecto a los planos originales del proyecto, que habían sido realizados por el arquitecto del Real Sitio del Buen Retiro, don Manuel Machuca Vargas. Se cerraba de este modo un contrato que evidenciaba los intereses económicos existentes por cada una de las partes. Un maestro de obras que se ganaba la vida mediante el desempeño de su profesión; y un capitular del Ayuntamiento que se mostraba inmerso en otro tipo de negocios que discurrían en paralelo a su empleo público.

Pese al predominante régimen de ocupación que constituía el alquiler, y al que nos referiremos en un próximo apartado, no todos los propietarios optaron por aquél en detrimento de residir en un inmueble de su propiedad. Si volvemos la vista hacia los escalones superiores de la pirámide poblacional, observamos a una alta nobleza que habitaba casas principales y palacios de su propiedad; si descendemos en nuestra muestra, hallamos a empleados que poseían casas compuestas por varios cuartos, de los que se reservaban uno de ellos para su habitación y el resto se destinaban al alquiler.

Como ya se hiciera mención, el nieto del primer marqués de Santiago, don Miguel de Sesma, residía en 1754, en compañía de su hermano el presbítero don Francisco de Sesma, en un cuarto bajo de unas casas de su propiedad en la calle del Prado. Aquéllas se encontraban habitadas, a su vez, por otros tres vecinos, ocupantes de los cuartos principal, segundo y tercero que las componían<sup>284</sup>.

Puede resultar igualmente ilustrativo el caso de don Antonio Marcelino de Armesto. A partir de la escritura de partición de los bienes de este oficial mayor de la

---

<sup>283</sup> AHPM. Prot. 19034/275 r.-287 v.

<sup>284</sup> AHPM. Prot. 15942/42 v.-46

Contaduría General de Valores, que se efectuó con motivo de su fallecimiento en diciembre de 1795, podemos observar que habitaba en un cuarto bajo ubicado en unas casas de su propiedad. Situadas en la calle de Silva, número 11 de la manzana 446, fueron tasadas en 260.750 reales. En ellas, además del matrimonio compuesto por don Antonio Marcelino y su esposa, doña María Celestina de Segovia, acompañados del matrimonio formado por su hijo don Manuel Domingo de Armesto y doña Juana Tovar, que ocupaban el precitado cuarto bajo, vivían al menos otros seis inquilinos –solos o acompañados de sus respectivas familias-<sup>285</sup>.

La imagen que se nos ofrece a través de este tipo de modelos habitacionales era la de convivencia en un mismo inmueble por parte del propietario y sus inquilinos. En algunas ocasiones, la estructura de la casa propiciaba un contacto estrecho entre las diferentes familias; por el contrario, en otras, como ya se viera en un apartado anterior, la existencia de más de una escalera, las que daban acceso a los cuartos interiores –cualitativamente inferiores- y las que lo hacían a los exteriores –de carácter superior-, facilitaban cierta separación entre los moradores de diferente condición socio-económica.

### **3. El papel de los servidores de la Monarquía en el mercado inmobiliario de la desamortización de 1798**

Los datos referentes a la propiedad inmobiliaria con los que contamos para el siglo XVIII pierden su valor para los últimos años del setecientos y comienzos del ochocientos. Fue entonces cuando bienes inmuebles y raíces –fincas urbanas y tierras-, propiedades según las definiera Francisco Tomás y Valiente “paraeclesiásticas”, o de determinadas instituciones eclesiásticas extinguidas, fueron sometidas a un proceso de desamortización<sup>286</sup>. El alto predominio de inmuebles en Madrid vinculados a la Iglesia en un sin fin de fórmulas: a través de la fundación de patronatos, memorias, capellanías, obras pías, etc., o a instituciones de carácter caritativo, llevó a tomar la decisión de la necesidad de su puesta a la venta.

Las escrituras notariales relativas a este fenómeno se expresaban como sigue:

---

<sup>285</sup> AHPM. Prot. 19519/824 r. y ss.

<sup>286</sup> TOMÁS y VALIENTE, F: “El proceso de desamortización de la tierra en España”, *Agricultura y sociedad*, 7 (1978), pp. 11-33

“ (...) Don Manuel de Torres y Cónsul, del Consejo de s.m. oidor honorario de la Real Chancillería de Granada, teniente corregidor más antiguo de esta villa de Madrid y su jurisdicción (...) en cumplimiento del Real Decreto de diez y nueve de septiembre del año pasado de mil setecientos noventa y ocho, Cédula del Consejo de veinte y cinco del mismo y otras posteriores Reales Órdenes, para que se enajenen todos los bienes raíces pertenecientes a hospitales, casas de misericordia, de reclusión y de expósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, poniéndose los productos de estas ventas en la Real Caja de Amortización bajo el interés anual de tres por ciento a favor de las mismas fundaciones”<sup>287</sup>.

De las escrituras relativas a transacciones de compra-venta de inmuebles urbanos recogidas dentro de la muestra de documentación notarial sobre la que nos hallamos trabajando para 1803, las ventas judiciales en el marco del proceso desamortizador representan el 46,42 %, con respecto al 53,57 % que constituyen las ventas ordinarias. Dentro del total de inmuebles desamortizados que fueron adquiridos, el 23 % pasaron a manos de algún individuo de los que hemos considerado como servidores del Estado.

Llevar a cabo dicha acción requirió la colaboración por parte de las distintas instituciones propietarias de bienes susceptibles de desamortizar. De modo que, “(...) pasando oficios” se solicitaba “al ilustrísimo señor obispo gobernador de este arzobispado y señor visitador eclesiástico de esta villa para que diesen noticia de dichas fincas y mandando hacer saber a los tesoreros, mayordomos y apoderados de cofradías, hermandades y otras congregaciones presentasen relación de las que las pertenecían”<sup>288</sup>. No obstante, tal y como recogiera Richard Herr, los informadores españoles de Napoleón, al describir la desamortización, escribieron que los prelados, lejos de responder a la invitación del Rey, se oponían a menudo a la venta de los bienes de obras pías. Ya que, aunque estos bienes fueron bienes legos, pretendieron ponerlos bajo su jurisdicción para asegurar el usufructo perpetuo a sus poseedores<sup>289</sup>. De lo que se deduce una colaboración menos fluida de lo que el Estado hubiera deseado.

---

<sup>287</sup> AHPM. Prot. 21685/ 33 r.-33 v.

<sup>288</sup> AHPM. Prot. 21685/ 127 v.

<sup>289</sup> Cita tomada de HERR, R.: “Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: Crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV”, *Moneda y crédito*, 118 (1971), p. 89. (pp. 37-100)



El principal objetivo que se pretendió con la desamortización llevada a cabo a partir de 1798, durante el reinado de Carlos IV y tradicionalmente atribuida al ministro Godoy, dejando a un lado la figura del Secretario de Hacienda, Miguel Cayetano Soler, su principal impulsor, fue fundamentalmente contribuir con los beneficios obtenidos a superar las dificultades económicas por las que atravesaba el Estado. Se trataba de una medida necesaria a la que habían llevado los gastos que se produjeron como causa de los conflictos exteriores en los que se encontraba envuelta la Monarquía. En primer lugar, la guerra contra Francia y a partir de 1796 el conflicto con Inglaterra<sup>290</sup>.

Aquella medida fue acompañada de otras, como la del donativo, a la que ya se hizo referencia al aludir a la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de Madrid para el año 1798.

Dicha desamortización contribuyó asimismo a la dinamización de la productividad de unos bienes hasta entonces en manos muertas. Entre los sectores sociales que se beneficiaron de aquélla destacan aquellos que hemos denominado burgueses. Comerciantes, grupos de profesionales liberales y empleados de los estratos medios al servicio del Estado aprovecharon sus capacidades económica y financiera para adquirir bienes rústicos y urbanos que entonces salían al mercado. Existía la posibilidad de efectuar los pagos mediante vales reales –es decir, en papel moneda, emitido por primera vez durante la Guerra de la Independencia de Estados Unidos-. Se trataba de obligaciones del Estado, en definitiva, títulos de deuda pública, que circulaban como papel moneda para pagar deudas particulares e impuestos del Estado. No obstante, las ventas de bienes desamortizados dieron preferencia a las ofertas en metálico.

El objetivo que se hallaba detrás de dichas adquisiciones por parte del mencionado sector difería en poco del ya constatado para los círculos que trabajaban al servicio del estado hacia finales del siglo XVII y durante la primera mitad del XVIII, convertidos en importantes propietarios de inmuebles en Madrid. Se trataba de utilizar tales bienes como medios a través de los que obtener rentas. Sin embargo, para esta cronología más

---

<sup>290</sup> Ver HERR, R.: *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1988 (1ª edición en inglés, Princeton University Press, 1960), pp. 314-333; “Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen ...” Op. cit., pp. 37-100; “El significado de la desamortización en España”, *Moneda y crédito*, 131 (1974), pp. 55-94

avanzada, se hallaba ya en este proceso, de forma sucinta y muy general, la definición del caldo de cultivo socio-económico sobre el que iba a sentar sus bases la “Revolución Liberal”. Es decir, por un lado, un Estado necesitado de financiación, que ponía en venta una parte importante del patrimonio sobre el que las instituciones civiles y religiosas asentaban su poder con respecto al resto del conjunto social. Y por el otro, ciertos sectores de la población con medios económicos que invertir en el acceso a la propiedad, la cual iba a revertirles en una doble vía: poder y riqueza. Ambos sirvieron, entre otros procesos, para minar el sistema establecido y se convirtieron en los cimientos sobre los que apoyar uno nuevo.

Muchos fueron los que aprovecharon los recursos que disfrutaban desde su posición como parte del aparato del Estado para formar parte –con mayor o menor grado de conciencia- de este proceso. Una actividad en la superficie de carácter económico, que entrañaba un trasfondo mucho más complejo.

En esta línea se inserta el caso de Francisco Pérez Alcobendas. Este dependiente del Real Consejo de Hacienda, residente en Madrid, adquirió por escritura pública de venta judicial, fechada el 29 de marzo de 1803, la casa número 9 de la calle Cabestreros, situada en la manzana 66. Pertenecía a varias memorias que se hallaban a cargo del cura y beneficiados de la iglesia parroquial de San Pedro y se componía de la siguiente estructura:

“ (...) dicha casa tiene de fachada principal veinte y cinco pies y entrando en ella por la mano derecha su línea medianería es de setenta y cinco pies y volviendo a ella por la izquierda es igual a la anterior con los que se encuentran la del testero opuesto que cierra el sitio con veinte y cinco pies, cuyas líneas forman una figura cuadrilátera que medida contiene en sí mil ochocientos setenta y cinco pies cuadrados superficiales con lo de sus medianerías en cuya superficie se halla un alzado con planta baja y principal distribuidas en seis habitaciones. Sus fábricas de que se compone son cimientos de pedernal, dos traviesas y medianerías hasta el primer piso de machos de ladrillo y cajones de tierra y todo lo demás de los tabiques maderos y divisorios tramados de varios gruesos de maderas tabicado y forjado de cascote y yeso, suelos a bovedilla, cielo raso, armaduras entabladas y tejadas, solado de baldosa en varias piezas, puertas y ventanas de varias clases con sus herrajes, una reja y balcón de la fachada fábrica de ladrillo, cajones de tierra,

aleros de ordinarios con su canalón de hojas de lata, dos escaleras de un tiro cada una, y griegas, pozo de limpieza y de aguas dulces, vestido su mitad, brocal de éste, canales del portal, solado de él, jambas, dintel, batiente y losas de su acera todo de piedra berroqueña, fogones, campanas de chimenea, basares, dos pares de puertas vidrieras con sus vidrios, empedrados, vaciados de los cimientos (...)”<sup>291</sup>.

El conjunto fue tasado en 45.475 reales de vellón, de los que se debían rebajar las cargas que sobre sí tuviere. Se especifica que “en seguida, en el diez y ocho, se dio la posesión de la casa al referido Francisco Pérez Alcobendas, requiriendo a los inquilinos le contribuyesen con los alquileres desde el veinte y uno de febrero”<sup>292</sup>. Esta última anotación no deja lugar a duda con respecto a cuál fue el destino de un inmueble cuyas dos alturas, baja y principal, se especificaba ya que se encontraban distribuidas en seis habitaciones –entendamos en esta ocasión el uso del concepto “habitación” como cuarto, es decir, como unidad básica de residencia-.

Asimismo, sirve para ilustrarnos el caso de don José Ignacio Joven de Salas. Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, con residencia en un cuarto segundo de la casa número 22, en la calle de los Remedios, esquina a la de Barrionuevo, del barrio de la Trinidad correspondiente al cuartel de Avapiés, manzana 158<sup>293</sup>. A través de escritura de venta judicial fechada en 14 septiembre de 1803, adquirió una casa situada en la calle de Cañizares, número 10, manzana 156, por doscientos setenta y cinco mil reales, pagando “los treinta mil en metálico y lo restante en vales reales”<sup>294</sup>. Ésta pertenecía a las memorias que había fundado don Agustín Martínez Romero de Mendoza y se describía de la siguiente manera:

“ (...) dicha casa tiene de fachada principal sesenta y siete pies de línea, la medianería de la derecha ciento y quince y la de la izquierda ciento y once y cierra el sitio de su testero con otra línea de sesenta y ocho pies y medio formando dichas líneas y ángulos una figura cuadrilátera que medida geoméricamente comprende

---

<sup>291</sup> AHPM. Prot. 21709/ 90 v.-91 v. (1ª foliación)

<sup>292</sup> AHPM. Prot. 21709/ 93 v. (1ª foliación)

<sup>293</sup> En la matrícula de Madrid para el año 1798 aparece como José Salas. La coincidencia de su domicilio para este momento (AHN. Cons., Leg. 12979 s/f) con la de José Ignacio Joven, registrada en la *Guía de litigantes y pretendientes* para el año 1803, pp. 102-103 y en la *Lista de los abogados del ilustre Colegio de Madrid* para 1803, p. 15 nos confirman su identidad.

<sup>294</sup> AHPM. Prot. 21709/ 353 v. (1ª foliación)

de área plana siete mil seiscientos ochenta y cuatro pies superficiales con los que les corresponden a sus medianería. La cual se halla distribuida en dos habitaciones de la planta baja y otras dos en el cuarto principal con desvanes y cuevas su material construcción se compone de vaciado de tierra en zanjas, pozos y cuevas, mampostería en cimientos, fábrica de ladrillo en la fachada y cueva, tapias de tierra en varias traviesas y medianerías y el resto tabicadas y entramadas de maderas de varios gruesos, tabiques sencillos y tabicones, suelos a bovedillas, solados de baldosas y rasillas, armaduras pobladas de tabla y teja, aleros y canelones, fierro en rejas y balcones, puertas y ventanas con los herrajes correspondientes, algunas vidrieras de la casa, hogares y chimeneas, obras de limpieza, pozo de aguas claras con brocal de piedra, sumideros en los patios, escalera principal y otras interiores, empedrado de los patios, solados del cuarto bajo, losas en la acera, cantería de la portada y algunas columnas en el patio a todo lo cual y demás de que se compone dicha casa la dio de valor doscientos cuarenta y tres mil ciento veinte y cuatro reales de vellón de los que se debían rebajar las cargas que sobre sí tuviese, previniendo que el inquilino del cuarto bajo de la derecha manifestó que todas las vidrieras, mamparas, celosías y alacenas eran suyas, como también el picaporte de la puerta principal. El que habita el cuarto principal de la derecha dijo pertenecerle tres puertas vidrieras de los tres balcones del patio grande, otra de cristales en la alcoba, otra en la cocina, las mamparas y cadena de hierro del fogón y el inquilino del cuarto principal de la izquierda expresó que había hecho el tabique del gabinete y sus vidrieras y otras en el patio quien disfrutaba de otras piezas de la casa medianera con entrada por dicha medianería y que a todo esto no dio valor en dicha tasación (...)”<sup>295</sup>

La descripción del inmueble es en sí misma indicativa de que se trataba de una casa compuesta por cuatro cuartos alquilados y las condiciones que implicaba el alquiler de cada uno de ellos. Aparecían, por lo tanto, elementos que, pese a formar parte de lo que podemos comprender como estructura básica del edificio, y que por ello se añadía su valor en el momento de la tasa del mismo, en este caso pertenecían a los inquilinos que lo habitaban y no debían ser contabilizados.

La propiedad se hacía efectiva mediante un acto de marcado carácter ritual que consistía en la presencia “corporal” del nuevo propietario en su inmueble:

---

<sup>295</sup> AHPM. Prot. 21709/ 351 v.-352 v. (1ª foliación)

“... el referido alguacil por ante mi el escribano le dio la posesión real y corporal de la enunciada casa con rendimiento de sus frutos, rentas y alquileres desde este día en adelante sin perjuicio de tercero de mejor derecho y en señal de posesión el nominado alguacil tomó de la mano al enunciado don José y le introdujo por la puerta principal de dicha casa la que abrió y cerró, se paseó por todas sus habitaciones e hizo otros varios actos de verdadera posesión que tomó quieta y pacíficamente sin contradicción de persona alguna ...”<sup>296</sup>

A este procedimiento ritualizado había de añadirsele, como ya se planteó para el caso anterior, el aspecto más práctico, y fundamental en la finalidad con la que dichos individuos adquirirían este tipo de inmuebles, es decir, informar a los inquilinos que residían en ellos sobre quién era el nuevo propietario al que a partir de ese momento debían pagar sus alquileres:

“Acto continuo el referido Manuel Díaz, alguacil, por ante mi el escribano del número requirió a don Lorenzo Usoz, inquilino de un cuarto principal de la casa contenida en este expediente en su persona quien inteligenciado respondió pagaba dos mil reales de vellón en cada un año por el citado cuarto y en el interín subsiste en él los satisfará puntualmente a don José Ignacio Joven de Salas y desde este día según se le prevenía en este acto sin la menor demora

“(...) requirió a don Domingo de la Vara, presbítero inquilino de un cuarto principal de la casa aquí contenida en su persona y enterado dijo pagaba al año por el citado cuarto dos mil ciento y sesenta reales de vellón y en el interín subsiste en él los satisfará puntualmente a don José Ignacio Joven de Salas desde este día”

“(...) requirió a don Manuel González, inquilino de un cuarto bajo en su persona y enterado dijo que don José Llorente Samaniego su tío pagaba por él cuatro reales de vellón en cada un día y los pagará el don Manuel en el interín subsiste en el mismo a don José Ignacio Joven de Salas”

---

<sup>296</sup> AHPM. Prot. 21709/ 414 r.-414 v. (1ª foliación)

“(…) requirió a don Antonio Salvador Carmona, inquilino de otro cuarto bajo de la propia casa en su persona quien en este acto enterado de todo hizo entrega al don José Ignacio Joven de Salas de las llaves de él, quien las recibió”<sup>297</sup>.

Los tres primeros inquilinos parecieron mostrarse de acuerdo en mantener la situación de la que hasta aquel momento habían gozado. El paso de la casa a manos de un nuevo propietario no parecía alterar en nada sus condiciones de alquiler. Sin embargo, el inquilino de uno de los cuartos bajos, don Antonio Salvador Carmona, decidió abandonar su cuarto, sin que la documentación nos permita saber más allá que entregó las llaves de la vivienda que ocupaba al abogado Joven de Salas.

No obstante, no sólo se adquirieron inmuebles para rentabilizar su compra mediante el alquiler. También se usó la compra para proceder a una posterior venta del edificio obteniendo unos beneficios económicos a partir del precio de su segunda venta. Así don José María de la Dehesa, Gentil-Hombre de la Real Casa de Su Majestad, compró la casa número 9 de la manzana 450, ubicada en la calle del Rosario, inmediata a la plazuela de San Ildefonso, dentro del proceso de desamortización de bienes inmuebles iniciado en 1798. La escritura nos indica que su precio ascendió a 69.184 reales y 33 maravedíes, de los que aún debían de rebajarse las cargas a las que la vivienda estaba sujeta. Poco tiempo después, aquélla fue vendida por don José María de la Dehesa a don Vicente Conde Fernández, miembro del estado de caballeros hijosdalgo de Madrid y oficial de la Real Renta de la Lotería. El precio por el que se llevó a cabo la transacción, 72.020 reales y 11 maravedíes, de los que en esta ocasión sí se habían reducido las cargas impuestas sobre dicha casa, y fueron los que recibió como resultado de su venta el señor de la Dehesa, superaba en algunos miles de reales el precio que este último había pagado en origen por ella<sup>298</sup>.

#### **4. La Regalía de aposento y el alquiler**

El régimen de ocupación habitacional que por lo general predominó en Madrid entre los diferentes grupos sociales, desde que adquirió los estatus de capital de la Monarquía y sede de la corte, fue el del alquiler. Población de muy distinta categoría se

---

<sup>297</sup> Ibídem. Fol. 414 v.- 416 r. (1ª foliación)

<sup>298</sup> AHPM. Prot. 21756/385 r.-394 r.

trasladó a la que hasta entonces había sido una villa castellana más, en respuesta a la oferta profesional que se desprendía del asentamiento del monarca y sus instituciones.

En primer lugar, se hubo de acomodar a todo el personal que trabajaba al servicio de la Corona. Para ello se recurrió a la tradicional fórmula de su instalación en las residencias particulares de los vecinos de Madrid. Aquella se asentaba sobre el modelo por el cual, en períodos de guerra, los súbditos tenían la obligación de alojar a los miembros del Ejército a su paso por las poblaciones.

A mediados del siglo XVI, las viviendas destinadas a cubrir la necesidad de alojamiento de los servidores de la Corona debían reunir unas condiciones básicas en su estructura. Tenían que, materialmente hablando, permitir la convivencia bajo un mismo techo de los residentes originales y del huésped. Para ello, era necesario que la vivienda pudiera dividirse en dos zonas diferenciadas, destinadas cada una de ellas a los mencionados ocupantes.

Las viviendas cuya estructura no permitía dicha separación fueron las denominadas casas construidas “a la malicia”. Este concepto ha generado extensos debates y tradicionalmente se habían considerado casas “a la malicia” las que estaban dotadas únicamente de planta baja. Sin embargo, ha sido puesto de manifiesto por diferentes estudios que también se consideraron casas “a la malicia” viviendas compuestas por dos o más alturas. Su deficiencia se hallaba en la imposibilidad de dividir la casa en dos partes independientes en las que pudieran residir de forma simultánea, pero separada, los residentes originales y el huésped<sup>299</sup>.

Cuando no era posible dotar al personal de aposento material en las residencias de los vecinos de Madrid, fue necesario recurrir al alquiler de cuartos. Llegado este caso, la Real Hacienda tomó la decisión de que el gasto económico que suponía el pago de dichos alquileres recayera sobre los propietarios cuyos inmuebles no reunían las condiciones necesarias para ofrecer aposento material. Estas cargas económicas son las que se conocen como “composiciones de aposento”.

---

<sup>299</sup> CORRAL, J. del.: *Las composiciones de aposento y las casas a la malicia*. Madrid, CSIC. Instituto de Estudios Madrileños, 1982

No obstante, que se tratara de un modo de recaudación económica en beneficio del Estado, llevó a que dicha obligación de pago se extendiera también a los propietarios de terrenos sin construir –solares, huertas, corrales, jardines-, de almacenes, cocheras, caballerizas y de casas en construcción. También tuvieron que contribuir las casas que gozaban de exención de aposento material “por años o por vidas”. Es decir, cuyos propietarios habían quedado exentos de aposentar debido a alguna merced real o por la compra de tal beneficio por un determinado número de años o por el tiempo que viviera el actual propietario y los sucesores que se hubieran establecido. Asimismo, se encontraban obligados al pago de esta contribución los propietarios de casas que tenían derecho a beneficiarse de aposento material y ocupaban un inmueble de su propiedad y los propietarios que abonaban en metálico al huésped la cantidad económica correspondiente al aposento material que no podían ofrecerle<sup>300</sup>. La composición de aposento adquiría, así, avalada por la variada tipología contributiva que se le asociaba, el grado de impuesto de carácter urbano cuyo objetivo era gravar la propiedad inmueble.

Una interesante recopilación respecto a la legislación sobre la Regalía de Aposento y su puesta en práctica desde sus orígenes hasta el primer tercio del siglo dieciocho fue la llevada a cabo por José Bermúdez en su libro *Regalía del aposentamiento de Corte: Su origen y progreso. Leyes, Ordenanzas y Reales Decretos para su cobranza y distribución*<sup>301</sup>.

Según las disposiciones con fecha de 22 de octubre de 1749, la Regalía de Aposento desaparecía en la forma que había existido hasta entonces<sup>302</sup>. Desaparecían de este modo las casas que ofrecían aposento material a los empleados de la Monarquía y quedaba establecida la obligatoria contribución para dotar a este colectivo de una residencia en régimen de alquiler. Aquella contribución buscó en este momento adquirir un carácter uniforme que acabara con la diversidad tipológica que hasta entonces había caracterizado el pago relativo a la composición de aposento. Los antiguos tributos sobre el aposento pasaban a gravar los alquileres. Iba a consistir en el

---

<sup>300</sup> *Ibíd.*; VV. AA.: *Licencias de exención de Aposento en el Madrid de los Austrias (1600-1625)*. Madrid, CSIC. Instituto de Estudios Madrileños, 1982

<sup>301</sup> BERMÚDEZ, J.: *Regalía del Aposentamiento de Corte: Su origen y progreso. Leyes, Ordenanzas y Reales Decretos para su cobranza y distribución*. Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1738

<sup>302</sup> Ver MARÍN PERELLÓN, F. J.: “Planimetría General de Madrid y Visita General de casas, 1750-1751”, *Catastro*, Julio (2000), pp. 87-114



pago de una tercera parte del producto obtenido como renta por el alquiler de la vivienda. Si el inmueble no producía renta alguna, ésta se estimaba en proporción a las características de la casa. Para poder organizar, racionalizar y sistematizar el cobro de este tributo fue necesario llevar a cabo un reconocimiento en profundidad de todos los inmuebles de Madrid, sus propietarios y sus inquilinos. El resultado obtenido fue el catastro urbano, cuyo valor como fuente histórica ya ha sido puesto de relieve: la Planimetría General de Madrid.

Llegados a este punto nos hallamos con algunas claves fundamentales para poder explicar el por qué del predominio del régimen de ocupación de alquiler, por delante de la habitación en inmuebles de su propiedad -más allá de por la concentración de la propiedad inmobiliaria en un número relativamente reducido de manos- del conjunto socio-profesional que formaban los servidores del Estado. Se comprende de este modo que, pese a la abundancia de casos de individuos miembros de aquel grupo, en los que poseían propiedades inmuebles adecuadas para servirles de morada, prefirieran disfrutar del derecho a habitación de alquiler sufragada por la Monarquía que su empleo les posibilitaba. Y, en consecuencia, destinar al alquiler las casas de su propiedad, las cuales iban a, según reflejamos en un apartado anterior, granjearles el cobro de cuantiosas rentas.

Por su parte, el Estado proporcionó a sus servidores diferentes tipos de alojamientos según la categoría profesional de aquellos –teniendo en cuenta el cuerpo al que pertenecieran y la jerarquía dentro de aquél-, o las necesidades específicas coyunturales. Por un lado, contaba con una serie de inmuebles propios que aparecen denominados en la Planimetría como propiedad de la “regalía del Real Hospedaje”. Por otro, en momentos específicos, alquilaba viviendas a propietarios de inmuebles, que bien podían ejercer a su vez un empleo o cargo dentro del organigrama estatal. Este procedimiento se llevó a cabo no sólo en Madrid, sino en los diferentes lugares donde la corte tenía que asentarse por un período más o menos largo de tiempo. Tenemos constancia documental de varias deudas a favor de particulares, saldadas o pendientes de serlo, por parte de la Monarquía relativas a la ocupación de viviendas en los reales sitios de Aranjuez, El Escorial y la Granja. En 1795, don Juan de la Cruz Adanero, tesorero del Monte Pío para viudas de alcaldes mayores y corregidores del reino, otorgaba carta de pago en favor de su futura esposa, doña Inés María de Mateo. La hija

de don Bartolomé Mateo y García, quien fuera oficial de contralor general de la Real Casa, Capilla y Cámara de su majestad, aportaba a su matrimonio una casa principal, sita en la calle de la Almívar, número 16, en el Real Sitio de Aranjuez: “cuya casa tiene cuatro balcones a la calle principal y está tasada por don Antonio Martín Magán, profesor de arquitectura y maestro medidor público en dicho sitio ... en la cantidad de sesenta mil doscientos doce reales y veinte ocho maravedís de vellón”<sup>303</sup>. Entre el caudal que a su vez formaba parte de la dote se hallaban 5.500 reales de vellón pendientes de ser cobrados al aposentador de su majestad “por los alquileres del cuarto principal de dicha casa que hoy, cuenta del Rey, está alquilado para su Real Familia en la presente jornada”<sup>304</sup>.

Asimismo, don Vicente González Arnao, entonces todavía abogado del Ilustre Colegio de Madrid, tenía en el momento de su matrimonio en 1803 dos créditos pendientes en contra de la Real Hacienda por los alquileres de dos años de una casa en El Escorial y de un año por otra casa en la Granja; ambos ascendían a 13.500 reales<sup>305</sup>. Y don Pedro Monfort y Viergol, abogado de los Reales Consejos y contador general de Propios, Sisas y Rentas de Madrid, contaba en su capital de bienes con un crédito de 7.500 reales de 12.000 que le debían pagar los aposentadores de su majestad por el alquiler de una parte de una casa en Aranjuez durante los años 1800, 1801 y 1802<sup>306</sup>.

Asimismo, cuando el Estado se servía de otras instituciones que ejercían de intermediarias en la realización de determinadas actividades; tomemos el caso de las Rentas Reales y la recaudación de los derechos de Alcabalas, Cientos y Millones que se hallaban a cargo de los Cinco Gremios Mayores, aquéllas facilitaban los inmuebles correspondientes, dando a la vez cabida a las oficinas públicas y a las habitaciones de los principales empleados. En concreto, los registros de las Cinco Puertas Reales destinados a tales usos ocupaban las casas señaladas con los números 1, 2 y 3 de la manzana 506, en las calles Ancha de San Bernardo con vuelta a la de San Juan la Nueva y San Ermenegildo. La solicitud de licencia de obra presentada al Ayuntamiento por los Diputados Directores de los Cinco Gremios Mayores en abril de 1791 buscaba dotarlas

---

<sup>303</sup> AHPM. Prot. 19655/29 r.-29 v. (4ª foliación)

<sup>304</sup> *Ibidem.*, fol. 30 r.

<sup>305</sup> AHPM. Prot. 21596/ s/f

<sup>306</sup> *Ibidem*

mediante una reforma del “debido repartimiento y comodidad” del que hasta entonces carecían<sup>307</sup>.

Los interiores de algunas de aquellas residencias debieron, asimismo, ser amueblados y compuestos a cargo del presupuesto real. Entre los créditos a favor de la testamentaría de don Roberto Fourdinier, quien falleciera dedicado al negocio del alquiler de muebles, apareció una entrada que anotaba tres créditos en contra de la Real Hacienda. Ascendían a 35.707 reales procedentes del alquiler de efectos de su almacén “para la servidumbre de los cuartos de los arquitectos e ingenieros de palacio”<sup>308</sup>.

Existían diferentes tipologías habitacionales destinadas a servir como moradas en régimen de alquiler al amplio espectro de individuos que desempeñaban un puesto en el engranaje del aparato de la Monarquía. Se extendían desde los subarrendamientos dentro de un cuarto donde se compartía habitación y convivía con otra familia, al alquiler de un cuarto y en el peldaño superior de la pirámide socio-profesional que centra nuestro análisis, el alquiler de unas casas principales. Bajo este régimen ocupaba en 1737 el duque de Sesa, don Francisco Fernández de Córdoba, quien fuera caballerizo mayor de la reina Isabel de Farnesio, las casas principales de las Vistillas, propiedad de los duques del Infantado<sup>309</sup>. Así como la condesa de Montijo, que residía en las casas principales del duque de Alba, situadas en la plazuela del mismo nombre.

La misma dinámica se seguía en los Reales Sitios, donde la nobleza alquilaba casas a propietarios de diferente condición, algunos de ellos empleados al servicio del Estado. La finalidad era dotarse de un alojamiento próximo a la Familia Real durante sus períodos de estancia en aquellos lugares; para mantenerse en aquella proximidad que la pertenencia a la corte requería. La condesa de Benavente se encontraba debiendo 3.200 reales por resto de los alquileres de una casa en el Real Sitio de Aranjuez, que estuvo a su cargo en el año de 1790<sup>310</sup>. Aquella pertenecía a doña Trinidad Pérez González, viuda de don Manuel Serrano y Rojo, quien fuera arquitecto mayor de su Majestad, ayudante de su real furriera y director de los reales caminos y las reales obras del sitio de Aranjuez. Por la información que aporta la escritura, la composición de sus

---

<sup>307</sup> AVM. ASA. 1-52-2

<sup>308</sup> AHPM. Prot. 21878/367 r.- 367 v.

<sup>309</sup> AHPM. Prot. 14916/529

<sup>310</sup> AHPM. Prot. 20331/167 r.

interiores estaba proporcionada, asimismo, por parte del propietario. La residencia estaba alquilada con sus muebles y enseres, lo que reducía el grado de intervención por parte del morador a la hora de adaptar aquel espacio a sus gustos y necesidades.

Los tipos de contratos de alquiler podían variar y la aparición de unas u otras cláusulas iban a regular el trato entre propietario e inquilino. En la escritura de arrendamiento de una casa en la Carrera de San Jerónimo fechada el 14 de noviembre de 1803, propiedad del teniente coronel del regimiento provincial de Toledo, don Luis Vicente Melo de Portugal, marqués de Vellisca, quedaba establecido el alquiler de ésta a doña María de los Dolores Chaves y Contreras, condesa viuda de Superunda y marquesa de Bermudo por un período de diez años. El precio anual del alquiler eran 30.000 reales de vellón que tenían que pagarse en efectivo. Durante aquellos diez años ninguna de las dos partes podía pretender subida o bajada de dicha cuantía y una vez cumplidos los diez años existía la posibilidad de continuarse el contrato por el mismo precio. La primera cláusula establecía que la casa debía entregarse a su inquilina “al corriente de puertas, ventanas, vidrieras, cerraduras, llaves y demás necesario para su decente habitación y seguridad como son blanqueos y demás obras acostumbradas a estilo de corte”. Asimismo, las obras de necesidad y seguridad del edificio tenían que ser costeadas por el marqués de Vellisca o su apoderado. Al igual que recayeron sobre el duque de Alba las de sus casas principales en la plazuela que llevaba su nombre, hallándose aquéllas alquiladas a la condesa de Montijo<sup>311</sup>.

La cuarta cláusula de esta escritura nos habrá de servir para introducirnos en un tema que consideramos de especial interés y al que ya apuntáramos en otro apartado anterior, los subarrendamientos:

“Que la señora condesa ha de poder subarrendar las habitaciones que le sobren no siendo para oficinas públicas que perjudiquen al edificio y quedando de su cuenta no sólo el pago de los treinta mil reales anuales de este arriendo, suyo es también el que al cumplimiento de los diez años la dejen libre los tales subarrendatarios”<sup>312</sup>.

---

<sup>311</sup> AVM. ASA. 1-52-60

<sup>312</sup> AHPM. Prot. 22254/1079 r.

La estructura de aquella casa de la manzana 265, con fachadas a la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, compuesta por cuartos bajo, entresuelo y principal, con sus cocheras y demás agregados, gozaba de una amplitud y compartimentación las cuales permitían el subarrendamiento de alguna de sus partes para el alojamiento de un segundo individuo o familia. Este aspecto quedaba contemplado y regulado en el documento notarial que formalizaba el arrendamiento.

Dicha fórmula debió alcanzar una amplia difusión en una ciudad como Madrid y específicamente dentro del grupo profesional al que atendemos desde estas páginas. El varón profesional que se desplazaba desde provincias a la capital para desempeñar un puesto de trabajo dentro del complejo engranaje de la administración del Estado. Era aquél, que llegaba a la capital a una edad temprana, sin haber contraído aún matrimonio, quien necesitaba de unas piezas en las que habitar. Tal y como ya se haya hecho mención, una sala y una alcoba iban a servir para cubrir tal necesidad de habitación. Aquéllas no componían siempre un cuarto individualizado, sino que, según aparece reflejado en las fuentes, se trataba de unas piezas propias de una vivienda de mayores dimensiones. Los anuncios que se sucedían en la prensa periódica representan uno de los mejores testimonios sobre ello.

La figura del huésped residiendo en un cuarto habitado por otra familia era en extremo habitual: “En la calle de San Isidro, frente a la fábrica de cristales, número 27 cuarto principal se alquila una sala y alcoba decentemente puestas, para uno o dos huéspedes”<sup>313</sup>.

Una vez más, las variantes adquiridas por dicho modelo discurrían entre piezas amuebladas, piezas sin amueblar, con o sin servicio doméstico, etc.

Esta forma de habitar generaba la necesaria aparición de relaciones de convivencia entre los diferentes moradores que ocupaban el mismo cuarto o casa, entre quienes no existía un vínculo más allá del correspondiente al negocio del alquiler en una misma morada.

---

<sup>313</sup> *Diario de Madrid*. 10 de abril de 1788

## **CAPÍTULO 5. ZONAS DE RESIDENCIA EN EL MADRID DE FINAL DE SIGLO**

Hasta aquí hemos venido hablando de la distribución de la propiedad inmueble, de los regímenes de ocupación habitacional dentro de los que residieron los miembros del conjunto poblacional de nuestro interés, pero, lo que ahora nos interesa conocer es cuáles fueron sus zonas de residencia, si éstas se correspondían con las zonas donde se concentraban sus propiedades inmuebles, o, por el contrario, se distribuían atendiendo a cumplir con otros objetivos relacionados con la apariencia y/o la representación social. Si a la hora de establecer su morada se consideró la vecindad de otros actores a los que les unían orígenes familiares y/o geográficos, o se tuvo en cuenta el hecho de pertenecer a un mismo grupo profesional. A ello se intenta responder en el presente capítulo.

### **1. La organización urbana de Madrid y la distribución de la población**

El Madrid que nos ocupa sufrió un crecimiento poblacional que le llevó a pasar de los 130.000 habitantes en 1740 a los 187.269 recogidos en el censo de 1797<sup>314</sup>. La cuestión que desde estas líneas nos proponemos responder es cuál era la distribución residencial de esta población. Es decir, si existía determinada concentración por grupos socio-profesionales en zonas específicas de la villa o, por el contrario, y atendiendo a los presupuestos tradicionales, los distintos estratos de la pirámide poblacional convivían en un Madrid donde las casas de la nobleza o la más alta burocracia lindaban con otras de vecindad, en las que se hacinaban los miembros de la familia de un humilde artesano.

Tomando como referencia la distribución civil que se mantuvo entre 1768 y hasta 1802, Madrid se encontraba dividido en ocho cuarteles que se subdividían en ocho barrios, respectivamente cada uno de ellos, dando lugar a un total de sesenta y cuatro barrios<sup>315</sup>:

---

<sup>314</sup> Datos procedentes de REYES LEOZ, J. L. de los: “Evolución de la población 1561-1857”, PINTO CRESPO, V y MADRAZO MADRAZO, S. (Dirs.): *Madrid, atlas histórico...* Op. cit., p. 141. Vid. CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1987

<sup>315</sup> Para conocer las demarcaciones parroquiales de Madrid a finales del siglo XVIII y durante el primer tercio del siglo XIX, reflejo de la ampliación del número de parroquias requerido para dar servicio espiritual al ampliado número de población vid. FRANCO RUBIO, G. A.: “La organización eclesiástica

CUARTEL	BARRIOS
Plaza	San Justo Santo Tomás Santa Cruz Descalzas Reales Los Ángeles Santiago San Ginés Panadería
Palacio	Puerta de Segovia Sacramento San Nicolás Santa María San Juan Caños del Peral Encarnación Doña María de Aragón
Afligidos	Leganitos Rosario Plazuela del Gato San Marcos Afligidos Niñas de Monterrey Montserrat Cuartel de Guardias de Corps
Maravillas	Carmen Calzado Plazuela de Moriana Buena Dicha San Plácido San Basilio San Ildefonso Buenavista Hospicio
Barquillo	San Luis Niñas de Leganés Capuchinos de la Paciencia San Pascual San Antón Mercedarias Descalza Salesas Guardias Españolas
San Sebastián	La Cruz Buen Suceso Monjas de Pinto Trinitarias Amor de Dios Baronesas Jesús Nazareno Plazuela de San Juan
Lavapiés	San Isidro Nuevo Trinidad San Cayetano La Comadre Ave María Colegio de la Paz

del Madrid de la Ilustración”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXIII (1986), pp. 271-288;  
“El estamento eclesiástico...” Op. cit., pp. 69-71

	Santa Isabel Hospital General
San Francisco	San Andrés Latina Vistillas San Francisco Humilladero Puerta de Toledo Mira el Río Huerta del Bayo

Tabla 2: Relación de los cuarteles y barrios de Madrid entre 1768 y 1802  
Fuente: Elaboración propia

Los datos que aporta la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos residentes en la capital para el año 1798, mantenía la distribución en los ocho cuarteles a los que acabamos de referirnos. Sin embargo, el cuartel de San Sebastián se denominaba como cuartel de San Jerónimo y el cuartel de Plaza Mayor contaba con siete barrios, sin presentarse referencia alguna respecto al barrio de la Panadería.

Los cuarteles que se han venido asociando al establecimiento residencial de la elite social madrileña se correspondían con Palacio y Afligidos, al Oeste y Noroeste de la ciudad, respectivamente, y con Barquillo y la mitad Norte de San Sebastián, ubicados al Noreste y Este de Madrid.



Mapa 1: Cuarteles de Madrid 1768-1802.

Fuente: Elaboración propia



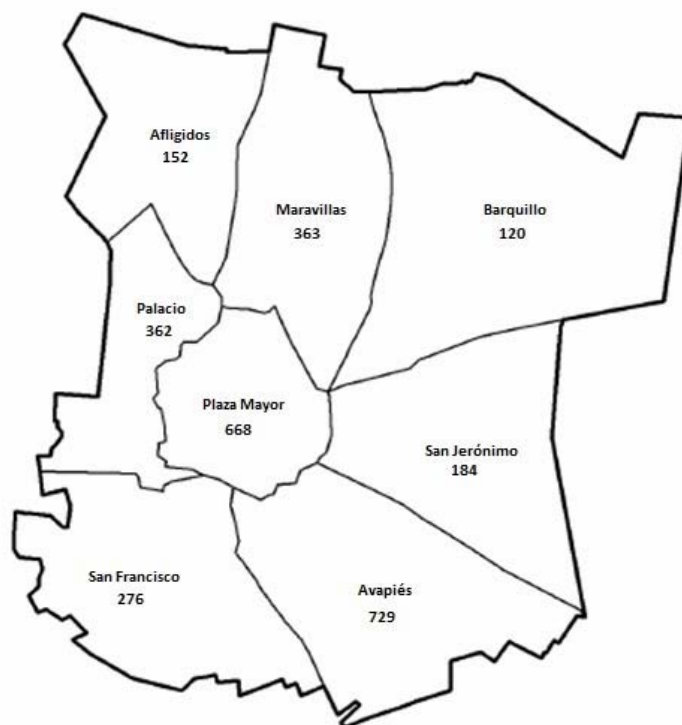
Dichas demarcaciones se ubicaban en las proximidades de los dos importantes focos de atracción que, ya desde el siglo anterior, habían constituido el antiguo Alcázar de los Austria, ahora nuevo Palacio Real, y el Buen Retiro. Existían dos motivos que podemos relacionar de forma directa con la elección por parte de las elites, fundamentalmente de la más alta nobleza, de aquellas zonas de la capital. El primero de ellos se relacionaba con su interés por establecer sus viviendas en las inmediaciones de las residencias reales. El segundo, ya mencionado cuando en un capítulo anterior llevamos a cabo la definición de la tipología de la casa-palacio, porque las precitadas zonas, próximas a los márgenes de la ciudad, ofrecían terrenos espaciosos, alejados del abigarrado, constructivamente hablando, núcleo central de la villa, donde desarrollar la construcción de los nuevos edificios palaciegos. A lo que había que sumar el incentivo que suponía que el precio del pie de la superficie fuera inferior al coste que tenía en el centro de la ciudad.

No obstante, si para conocer la distribución de la población dentro de la villa atendemos a los datos que fueron registrados dentro de la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos para el año 1798, algunos fueron los alcaldes de barrio - encargados de recopilar dicha información para las demarcaciones territoriales que encabezaban- que repararon en que en sus barrios sólo existía algún vecino pudiente, que no distinguido, como para el barrio de San Juan, en el cuartel de San Jerónimo -el que hasta ahora venimos denominando de San Sebastián-; o que marcó una clara diferencia entre quiénes eran distinguidos y quiénes pudientes, como el alcalde del barrio de las Vistillas, en el cuartel de San Francisco. Debemos tener en cuenta las definiciones de ambos conceptos según el *Diccionario de la Real Academia*, por pudiente se comprendía a una persona poderosa, rica, hacendada. Por su parte, distinguido era aquél que se distinguía, es decir, que poseía una condición que le diferenciaba, que le separaba de los otros. Personas de las que se hacía particular estimación “con preferencia a otras”.

Si nos fijamos en los cuarteles que contaban con un mayor número de vecinos pudientes y distinguidos, el cuartel del Avapiés encabezaba la lista con 759 vecinos, seguido por el de la Plaza Mayor -687 vecinos-, y con cierta distancia por Maravillas y Palacio -363 y 362 vecinos pudientes y distinguidos, respectivamente-. Se matizan de

este modo las afirmaciones más tradicionales relativas a la distribución residencial de la población en Madrid durante este período. Aún sin perder de vista que el número de 152 vecinos de carácter pudiente y distinguido recogidos para el cuartel de Afligidos debió verse muy menguado si se tiene en cuenta que en dicha demarcación no se cuantificaron los “títulos de Castilla”, así como “ni los empleados por su majestad en tribunales, oficinas, milicia, gremios, menestrales, dependientes de casas de títulos y otras particulares”. No obstante, hay que ser cauto al repasar aquellas listas en las que, pese a la advertencia que se hacía de dejar fuera a los miembros de los precitados grupos, como sucedía también en el caso del barrio de Santiago, perteneciente al cuartel de la Plaza Mayor, de los 76 vecinos computados, 21 ocupaban un puesto al servicio de la Monarquía.

Tampoco se deben dejar de lado los niveles de ocultación que, como ya se mencionara en el apartado correspondiente a las fuentes, tuvieron que existir entre los datos que ofrece una matrícula destinada a identificar a aquellos individuos sobre los que había de recaer el donativo solicitado por la Corona para atender a sus necesidades económicas más urgentes.



Mapa 2: Distribución de los vecinos pudientes y distinguidos por cuarteles, 1798

Fuente: Elaboración propia

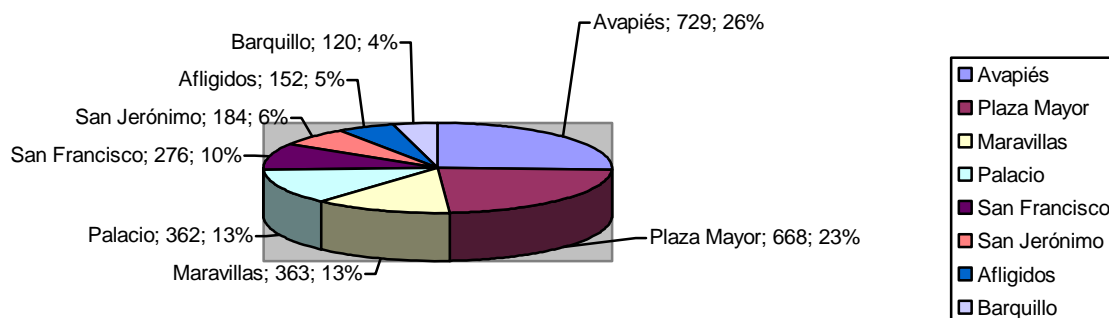


Gráfico 1: Distribución en porcentajes de los vecinos pudientes y distinguidos por cuarteles, 1798

Fuente: Elaboración propia

## 2. Las residencias de los empleados al servicio del Estado dentro del plano de la capital

Su condición profesional marcó de un modo directo, como ya pudiéramos observar en un apartado anterior, las fórmulas de ocupación habitacional de los servidores del Estado.

Beneficiarios de un alojamiento facilitado por la Monarquía, en una medida que hasta el presente no nos ha sido posible calibrar y cuyos criterios de asignación se encuentran aún por determinar, aunque no quepa la menor duda de que se adaptaba fielmente a la estructura organizativa jerarquizada que primaba en la organización de cualquier cuerpo social durante este período cronológico, sus espacios de habitación se extendieron desde dentro del propio edificio de Palacio hasta los distintos barrios de la villa.

El tema de los espacios habilitados dentro de la Real morada como viviendas de empleados no ha sido analizado para el caso español<sup>316</sup>. No obstante, tenemos algunas

<sup>316</sup> Respecto al caso francés ver NEWTON, W. R.: *La petite cour. Services et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIIIe siècle*. Paris, Fayard, 2006

noticias al respecto. Cuando Sacchetti presentó su planeamiento del nuevo Palacio Real debió tener en cuenta que aquél contara con capacidad como para dar cabida a los Monarcas y a la Familia Real, oficinas –consideramos correctamente definidas por José Luis Sancho, burocráticas y domésticas-, además de a los cortesanos y a los criados. El Palacio quedaba compuesto así por dos sótanos en los que se iban a destinar los oficios de Casa y Boca, además de las secretarías. Cuartos bajo y principal, de verano e invierno, respectivamente, para las “personas reales”; el segundo piso para “las camaristas y criados mayores”; y los entresuelos diseñados sobre los pisos bajo, principal y segundo, para los criados menores<sup>317</sup>.

El acceso a las plantas concebidas funcionalmente para habitaciones de empleados se realizaba a través de las escaleras de Damas y de Cáceres, que partían de los patios de igual nombre con orientación Noreste y Noroeste, respectivamente, dentro de la planta general del edificio. Existían a su vez otras escaleras “más pequeñas” que unían dichas plantas entre sí, además de algunas que permitían un acceso reservado al cuarto principal con el fin de atender con eficacia las necesidades de la Familia Real.

La distribución de estos pisos se organizaba sobre un pasillo central, hallándose orientados los cuartos unos hacia el exterior y otros al patio. Siguiendo de nuevo a José Luis Sancho, “a cada ventana corresponde una amplia sala rectangular, susceptible de ser dividida con tabiques para formar una casa pequeña. Las viviendas de los personajes de mayor importancia ocupaban varias de estas salas”<sup>318</sup>.

El testimonio que más fielmente nos permite aproximarnos a aquellas residencias en el devenir cotidiano de sus habitantes tiene carácter de ficción literaria y refleja dicha realidad para el reinado de Isabel II -1833-1868-. El autor Benito Pérez Galdós realizaba en su novela *La de Bringas* una exhaustiva descripción de dichos espacios, permitiendo al lector deambular por aquella “ciudad”:

---

<sup>317</sup> SANCHO GASPAR, J. L.: *La arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo histórico de los palacios, jardines y patronatos reales del Patrimonio Nacional*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1995, pp. 81. Agradezco a Pilar Benito, conservadora de Patrimonio Nacional, las referencias y esclarecedoras indicaciones que me ha ofrecido respecto a este tema.

<sup>318</sup> *Ibidem*, pp. 87-88

“Ciento veinticuatro escalones tenía que subir don Francisco por la escalera de Damas para llegar desde el patio al piso segundo de Palacio, piso que constituye con el tercero una verdadera ciudad, asentada sobre los espléndidos techos de la regia morada. Esta ciudad, donde alternan pacíficamente aristocracia, clase media y pueblo, es una real república que los monarcas se han puesto por corona, y engarzadas en su inmenso circuito, guarda muestras diversas de toda clase de personas.

... Echamos a andar por aquel pasillo de baldosines rojos, al cual yo llamaría calle o callejón por su magnitud, por estar alumbrado en algunas partes con mecheros de gas y por los ángulos y vueltas que hace. De trecho en trecho encontrábamos espacios, que no dudo en llamar plazoletas, inundados de luz solar, la cual entraba por grandes huecos abiertos al patio...

En todas partes hallábamos puertas de cuarterones, unas recién pintadas, descoloridas y apolilladas otras, numeradas todas... Con tal signo algunas viviendas acusaban arreglo y limpieza, otras desorden o escasez, y los trozos de estera o alfombra que asomaban por debajo de las puertas también nos decían algo de la especial aposentación de cada interior...

... Era una hermosa y amplia vivienda de pocos, pero tan grandes aposentos, que la capacidad suplía al número de ellos... Por las ventanas que caían al Campo del Moro entraban torrentes de luz y alegría. No tenía despacho la casa; pero Bringas se había arreglado uno muy bonito en el hueco de la ventana del gabinete principal, separándolo de la pieza con un cortinón de fieltro... En la ventana del gabinete de la izquierda se había instalado Paquito con todo el fárrago de su biblioteca, papelotes... Estos dos gabinetes eran anchos y de bóveda, y en la pared del fondo tenían, como la sala, sendas alcobas de capacidad catedralesca, sin estuco, blanqueadas, cubiertos los pisos de estera de cordoncillo. Las tres alcobas recibían luz de la puerta y de claraboyas con reja de alambre que se abrían al gran corredor-calle de la ciudad palatina... En la alcoba del gabinete de la derecha se instaló el lecho matrimonial; la de la sala, que era mayor y más clara, servía a Rosalía de guardarropa, y de cuarto de labor; la del gabinete de la izquierda se convirtió en comedor por su proximidad a la cocina. En dos piezas interiores dormían los hijos...”<sup>319</sup>

Obtenemos a través de estos fragmentos una imagen nítida de la realidad residencial a la que nos venimos refiriendo. Sin embargo, la distribución de los espacios

---

<sup>319</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La de Bringas*. Madrid, Cátedra, 1991, pp. 65-74

interiores de los cuartos debió ser muy variable a lo largo de los años, tal y como igualmente se especificaba en la narración:

“Viendo por fuera la correcta mole del Alcázar, no se comprenden las irregularidades de aquel pueblo fabricado en sus pisos altos. Es que durante un siglo no se ha hecho allí más que modificar a troche y moche la distribución primitiva, tapiando por aquí, abriendo por allá, condenando escaleras, ensanchando unas habitaciones a costa de otras, convirtiendo la calle en vivienda y la vivienda en calle, agujereando las paredes y cerrando huecos”<sup>320</sup>.

El primer colectivo de empleados que asociamos directamente a este tipo de residencia es aquél que pudiéramos denominar como los miembros del servicio de la Real Casa. Criados y criadas de distinto rango y ramo cuyos oficios estaban destinados a atender directamente las necesidades de la Familia Real dentro de palacio.

Respecto a otro tipo de personal, empleado en las diferentes instituciones que componían dicho Estado encabezado por la figura del Rey, los lugares de desempeño de sus funciones profesionales fueron variando según las distintas oficinas se fueron trasladando desde su ubicación original en el antiguo Alcázar a otros inmuebles de sus inmediaciones. Este hecho debió contribuir a que su alojamiento dentro de Palacio dejara de considerarse “prioritario”.

La publicación *Paseo por Madrid o Guía del forastero en la Corte* ofrece información respecto a la localización de algunas de aquellas oficinas ya para el año 1815. Las Secretarías de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina, Hacienda e Indias se mantenían en Palacio. Estado, “en entrando por la puerta principal al principio de la galería de la izquierda”; Gracia y Justicia, “en las habitaciones cuya puerta da enfrente de la galería izquierda entrando por la puerta principal de Palacio”; Guerra, “en medio de la galería izquierda entrando por la puerta principal”; Marina, “entrando por la puerta principal al fin de la galería izquierda y a la izquierda”; Hacienda, “en palacio a la derecha, en la plazuela antes de entrar en la puerta principal” e Indias, “al fin de la galería de la derecha entrando por la puerta principal de palacio”.

---

<sup>320</sup> *Ibidem.*, pp. 67-68

Los Consejos, por su parte, variaban en su ubicación. Mientras el de Estado conservaba su “residencia en el Real Palacio”, el Real y Supremo de Castilla se encontraba en la Casa de los Consejos –plazuela de los Consejos-, donde se hallaban igualmente sus secretarías. Asimismo la Real Cámara, el Consejo de Indias, el de Órdenes y Hacienda. Sin embargo, el de Guerra “existe igualmente que sus secretarías en la casa número primero de la Plaza de Villa” y el de Inquisición “tiene su edificio en la calle de Torija”.

Las oficinas de la Real Hacienda estaban todas en la Casa de los Consejos y las de Rentas Reales en la casa de la Aduana, en la calle de Alcalá, al igual que las oficinas de la Real Lotería, en las que desempeñaban su empleo alguno de los actores de la muestra que sustenta este trabajo como don José Mercurio<sup>321</sup>, don Francisco Cordech<sup>322</sup>, o don Juan Antonio Balcones<sup>323</sup>.

Las residencias de los diferentes empleados en las precitadas instituciones no se correspondían con la ubicación de estas últimas. Así, tomando algunos casos que nos permitan ilustrar esta tendencia, don Fernando Nestares Grijalva, marqués de la Hinojosa y San Leonardo, quien desarrollara parte de su carrera dentro de la Secretaría del Despacho de Gracia y Justicia, donde ascendió desde oficial sexto en el año 1750 a oficial mayor primero en 1780, según la Guía de Litigantes y Pretendientes para el año 1803, momento en el que ocupaba el cargo de consejero en el Consejo de Castilla, habitaba en la calle de la Inquisición. Es decir, entrando por la calle de Preciados en la plazuela de Santo Domingo, la cuarta boca calle a la derecha<sup>324</sup>. A escasa distancia de la Casa de los Consejos, pero no en ella.

El titular del Marquesado de la Regalía en 1803, don Manuel Álvarez de Abreu, continuaba habitando la vivienda en la calle de la Puebla que su antepasado, don Antonio José Álvarez de Abreu, I marqués de la Regalía, adquiriera cuando ostentaba el cargo de consejero del Consejo de Indias en 1755 y tras desistir en la construcción del palacio proyectado por el arquitecto don Ventura Rodríguez en la calle Ancha de San

---

<sup>321</sup> AHPM. Prot. 20214/572r.-575v.

<sup>322</sup> AHPM. Prot. 20792/67r.-78 v. (3ª foliación)

<sup>323</sup> AHPM. Prot. 21805/ 297r.-306 v.

<sup>324</sup> FICHOZ: 000570, *Guía de litigantes y pretendientes* (1803), p. IX

Bernardo, del que ya tratáramos en un capítulo anterior<sup>325</sup>. Una vez más, fuera de la Casa de los Consejos.

Son sólo dos nombres propios cuya condición de no residentes en edificios institucionales propiamente dichos se puede generalizar para los diferentes altos cargos de las Secretarías de Estado y los Consejos. Las relaciones de titulares de los diferentes puestos que aparecían anualmente en las *Guías de forasteros en Madrid* daban fe de su residencia en inmuebles de carácter particular, repartidos, sin que existieran factores determinantes, dentro de los diferentes barrios que componían el territorio de la villa.

No obstante, la casuística demuestra que aspectos como las relaciones de paisanaje llevaron a concentrar a los miembros de este conjunto socio-profesional, al igual que ocurriera dentro de otros -como el grupo de los criados estudiado por Carmen Sarasúa<sup>326</sup>, o los expulsados por Real Cédula de 25 de marzo de 1804 por no tener domicilio ni oficio, sobre quienes trataba Ceferino Caro en su artículo relativo a tensiones sociales en Madrid a principios del siglo XIX<sup>327</sup> - al menos durante un primer período tras su llegada a la capital, en zonas de residencia próximas a las de sus paisanos.

El recién nombrado alcalde de Casa y Corte, de 34 años de edad, don Gaspar Melchor de Jovellanos, trasladó su domicilio desde Sevilla a la capital. Según Ceán Bermúdez: “Llegó a Madrid el 13 de octubre de 1778 y fue a apearse a una casita que le tenían prevenida sus primos los marqueses de Casatremañes en la plazuela del Gato, cerca de la que ellos habitaban en la calle Ancha de San Bernardo”<sup>328</sup>. Francisco Antonio Tineo, II marqués de Casatremañes y consejero entonces en el Supremo de Guerra<sup>329</sup>, debió buscar para su pariente un alojamiento próximo al suyo, sirviendo dicha cercanía para introducirle en su círculo social. Por otra parte, y como ya se

---

<sup>325</sup> FICHOZ: 005775, *Guía de litigantes y pretendientes* (1803), p. XI

<sup>326</sup> SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1994

<sup>327</sup> CARO LÓPEZ, C.: “Tensiones sociales en Madrid a principios del siglo XIX”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLVII (2007), pp. 211-269. Se debe ser cauto al tomar como verdadera la información recogida respecto a aquel grupo de personas expulsadas, quienes con la voluntad de evitar su expulsión debieron ofrecer datos no del todo ciertos relativos a su ocupación profesional y a su lugar de residencia, aspectos claves necesarios para poder permanecer en la capital.

<sup>328</sup> CEÁN BERMÚDEZ, J. A.: *Memorias para la vida del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos y noticias analíticas de sus obras*. Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1814, p. 25

<sup>329</sup> FICHOZ: 005139



advirtió, la calle Ancha de San Bernardo y sus alrededores constituían una zona de expansión urbana, relativamente próxima al Palacio Real, en la que los servidores del Estado establecían sus domicilios, con la finalidad de acortar distancias con el centro de poder que representaba la residencia del Monarca<sup>330</sup>.

Por el contrario, desempeñar un puesto en la misma oficina no aparecía como factor que condicionara relaciones de vecindad residencial. Es decir, desde las instancias de poder no se contemplaba destinar determinados inmuebles o zonas de la ciudad para los empleados en las dependencias de una institución concreta. De esta forma quedaba plasmado en la *Guía de litigantes y pretendientes*, donde observamos un rango de empleados inferiores a los consejeros, que aparecían en la *Guía de forasteros de Madrid*, aunque se seguía una misma dinámica. Quienes desempeñaban su labor profesional en oficinas subalternas, tomemos el caso de la Contaduría General de Propios y Arbitrios del Reino, subalterna del Real y Supremo Consejo de Su Majestad y la cual se indicaba que se hallaba en la plazuela de Santa María, número 2, ni residían en el inmueble que acogía a aquélla, ni en vecindad con sus compañeros de trabajo. Don Bartolomé de la Dehesa, contador general de Propios y Arbitrios del Reino vivía en la calle de Segovia, frente de San Pedro, número 1, y don Juan García de la Cruz, oficial mayor, encima del Estanquillo del Rastro<sup>331</sup>. Éste es sólo uno de los casos que se repiten desde el enfoque de análisis que permite la sociología institucional en relación a las zonas de habitación de estos empleados al servicio del Estado dentro de la trama urbana de la capital madrileña.

La exorbitante exigencia de cubrir la necesidad de habitación al conjunto de población que se encontraba empleado al servicio del Estado, de la que quedó reflejo a través de la normativa explícita en Reales Órdenes como la de dar preferencia en las casas de habitación a todos los que llegaran a Madrid destinados a empleos del Real Servicio de su majestad<sup>332</sup>, no debió permitir una estricta regulación que destinase para dicho fin inmuebles determinados, y la demanda se tuvo que abastecer sin responder al extremo control estatal. La pertenencia de las viviendas disponibles para el alquiler a propietarios particulares o a instituciones hubo de servir, asimismo, para no posponer

---

<sup>330</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “Las casas madrileñas de Jovellanos...” Op. cit.

<sup>331</sup> *Guía de litigantes y pretendientes* (1803), f. 22

<sup>332</sup> AHN. Cons. Lib. 1382/871, citado por CARO LÓPEZ, C.: “Tensiones sociales en Madrid...” Op. cit., pp. 256

los intereses de aquellos –en relación a la obtención de rentas- frente a los intereses del Estado respecto a dotar de alojamiento a sus empleados.

Desde los datos aportados por la Matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de Madrid hemos intentado hallar determinadas tendencias de asentamiento en los distintos cuarteles y sus correspondientes barrios. Los resultados arrojan las siguientes dinámicas, que condicionadas al carácter parcial e incompleto de la fuente, no se pueden considerar como absolutas.

CUARTEL	BARRIO	Nº VECINOS PUDIENTES Y DISTINGUIDOS	Nº SERVIDORES DE LA MONARQUÍA	% SERVIDORES DE LA MONARQUÍA
AVAPIÉS	SAN ISIDRO EL REAL	151	50	33,11 %
AVAPIÉS	TRINIDAD	90	28	31,11 %
AVAPIÉS	SAN CAYETANO	226	116	51,32 %
AVAPIÉS	LA COMADRE	78	18	23,07 %
AVAPIÉS	AVE MARÍA	105	17	16,19 %
AVAPIÉS	COLEGIO DE LA PAZ	32	2	6,25 %
AVAPIÉS	SANTA ISABEL	18	2	11,11 %
AVAPIÉS	HOSPITAL GENERAL	29	1	3,44 %
TOTAL		729	234	32,09 %
PLAZA MAYOR	SAN JUSTO	116	5	4,31%
PLAZA MAYOR	SANTO TOMÁS	101	9	8,91%
PLAZA MAYOR	SANTA CRUZ	134	30	22,38%
PLAZA MAYOR	DESCALZAS REALES	74	6	8,10%
PLAZA MAYOR	LOS ÁNGELES	109	73	66,97%
PLAZA MAYOR	SANTIAGO	76	21	27,63%
PLAZA MAYOR	SAN GINÉS	58	3	5,17%
TOTAL		668	147	22%
MARAVILLAS	CARMEN CALZADO	89	22	24,71%
MARAVILLAS	PLAZUELA MORIANA	11	-	-
MARAVILLAS	BUENADICHA	10	-	-

MARAVILLAS	SAN PLÁCIDO	65	8	12,3%
MARAVILLAS	SAN BASILIO	60	16	26,66%
MARAVILLAS	SAN ILDEFONSO	97	15	15,46%
MARAVILLAS	BUENAVISTA	6	1	16,66%
MARAVILLAS	HOSPICIO	25	1	4%
TOTAL		363	63	17,35%
PALACIO	CALLE SEGOVIA	38	11	28,94%
PALACIO	SACRAMENTO	117	32	27,35%
PALACIO	SAN NICOLÁS	44	20	45,45%
PALACIO	SANTA MARÍA	11	-	-
PALACIO	SAN JUAN	41	21	51,21%
PALACIO	CAÑOS DEL PERAL	32	10	31,25%
PALACIO	ENCARNACIÓN	69	16	23,18%
PALACIO	DÑA MARÍA DE ARAGON	10	-	-
TOTAL		362	110	30,38%
SAN FRANCISCO	SAN ANDRÉS	16	11	68,75%
SAN FRANCISCO	LA LATINA	40	16	40%
SAN FRANCISCO	VISTILLAS	7	4	57,14%
SAN FRANCISCO	SAN FRANCISCO	19	6	31,57%
SAN FRANCISCO	HUMILLADERO	16	8	50%
SAN FRANCISCO	PUERTA DE TOLEDO	113	20	17,69%
SAN FRANCISCO	MIRA EL RÍO	21	2	9,52%
SAN FRANCISCO	HUERTA DEL BAYO	44	6	13,63%
TOTAL		276	73	26,44%
SAN JERÓNIMO	LA CRUZ	57	15	26,31%
SAN JERÓNIMO	BUEN SUCESO	60	32	53,33%
SAN JERÓNIMO	MONJAS DE PINTO	36	20	55,55%
SAN JERÓNIMO	TRINITARIAS	15	3	20%
SAN JERÓNIMO	AMOR DE DIOS	8	3	37,5%
SAN JERÓNIMO	BARONESAS	1	-	-
SAN	JESÚS	7	1	14,28%

JERÓNIMO	NAZARENO			
SAN JERÓNIMO	SAN JUAN	0	0	
TOTAL		184	74	40,21%
AFLIGIDOS	LEGANITOS	21	-	-
AFLIGIDOS	ROSARIO	25	-	-
AFLIGIDOS	PLAZUELA DEL GATO	45	-	-
AFLIGIDOS	SAN MARCOS	13	-	-
AFLIGIDOS	AFLIGIDOS	6	-	-
AFLIGIDOS	NIÑAS DE MONTERREY	9	-	-
AFLIGIDOS	MONTSERRAT	31	-	-
AFLIGIDOS	CUARTEL GUARDIAS DE CORPS	2	-	-
TOTAL		152	-	-
BARQUILLO	SAN LUIS	66	7	10,6%
BARQUILLO	NIÑAS DE LEGANÉS	8	-	-
BARQUILLO	CAPUCHINOS DE LA PACIENCIA	10	-	-
BARQUILLO	SAN PASCUAL	6	-	-
BARQUILLO	SAN ANTÓN	16	1	6,25%
BARQUILLO	MERCEDARIAS DESCALZAS	1	-	-
BARQUILLO	SALESAS	7	-	-
BARQUILLO	GUARDIAS ESPAÑOLAS	6	1	16,66%
TOTAL		120	9	7,5%
		2854	710	24,87%

Tabla 3: Distribución de vecinos pudientes y distinguidos y de servidores de la Monarquía por barrios

Fuente: Elaboración propia

El cuartel de El Avapiés, pese a haber sido considerado en los estudios clásicos como una zona de carácter popular, formado por algunos de los denominados como los barrios bajos de Madrid, concentraba el mayor número de población “pudiente y distinguida” de la capital -729 vecinos-, de los cuales un 32,09 % ocupaban un puesto al servicio de la Monarquía. El barrio de San Cayetano que “da principio en la calle de Juanelo, esquina a la del Mesón de paredes, y sigue mano izquierda a entrar con ambas aceras en las de San Dámaso, y de Embaxadores, hasta la esquina de la de San Pedro; de aquí vuelve con la acera izquierda, por las de Cabestreros, y del Mesón de Paredes,

hasta la esquina en que empezó”<sup>333</sup> concentraba el número más alto de población pudiente y distinguida -226 individuos-, de los cuales 116, el 51,32 %, desempeñaban un puesto en el organigrama del Estado. El de menor número de vecinos de las precitadas condiciones era el barrio de Santa Isabel, con sólo 18, precedido del barrio del Hospital General, con 29. Era en éste en el que la proporción de vecinos que desempeñaban una profesión al servicio de la Monarquía era más baja, sólo un 3,44%.

Sin embargo, si atendemos a las proporciones, el cuartel que contaba entre sus vecinos con un mayor número de empleados al servicio del Estado con respecto al número total de los identificados como pudientes y distinguidos era San Jerónimo. De las 184 personas pudientes y distinguidas contabilizadas que residían en aquella demarcación que “daba principio en la Puerta del Sol, esquina de la calle de la Montera, y sigue mano izquierda a entrar en la de Alcalá, sigue esta calle con ambas aceras hasta su Puerta, y desde ésta por el campo se dirige a la de Atocha, y comprende todas las calles que intermedian, y van a desembocar en las de Atocha, de las Carretas y Plazuela del Ángel”<sup>334</sup>, 74 ocupaban un puesto profesional dentro del engranaje de la Monarquía, es decir, el 40,21%. A engrosar dicha cifra contribuían los barrios de las Monjas de Pinto -55,55% de sus vecinos eran empleados al servicio del Estado-, Buen Suceso - 53,33%- y Amor de Dios -37,5%-.

El cuartel que seguía a San Jerónimo según la proporción de vecinos al servicio del poder con respecto al conjunto de residentes pudientes y distinguidos era el precitado de El Avapiés con el 32,09%, seguido muy de cerca por el cuartel de Palacio - 30,38%-, San Francisco -26,44%-, Plaza Mayor, 22%, Maravillas -17,35%- y Barquillo -7,5%-. No obstante, no se debe perder de vista que los porcentajes totales esconden tras de sí los barrios en los que no se consideraron a las personas con cuya contribución económica al donativo solicitado se contaba sirviendo de mediadoras para registrarlas las instituciones para las cuales trabajaban. Así, los empleados en tribunales, oficinas y miembros de la real servidumbre no se contabilizaron para los barrios de las Baronesas –cuartel de San Jerónimo-, Santa María y la Encarnación –cuartel de Palacio-, Vistillas –cuartel de San Francisco-, Santiago –cuartel de la Plaza Mayor-, San Luis, Niñas de

---

<sup>333</sup> MARTÍNEZ DE LA TORRE, F. y ASENSIO, J.: *Plano de la villa y corte de Madrid, en sesenta y quatro láminas...* Madrid, Imprenta de don Joseph Doblado, 1800, fol. 36

<sup>334</sup> *Ibidem.*, fol. 29

Leganés, Mercedarias Descalzas, Salesas y San Pascual –cuartel de Barquillo- y en ninguno de los ocho barrios del cuartel de Afligidos, viéndose en este último caso fuertemente contaminada la muestra, por tratarse de una de las zonas que los estudios han considerado como principales de expansión habitacional por parte del personal al servicio de la Monarquía.

A continuación se presentan los datos que nos permiten conocer la distribución de los individuos pudientes y distinguidos en cada uno de los barrios que componían los ocho cuarteles de Madrid, así como la presencia que existía en cada barrio de vecinos servidores de la Monarquía.

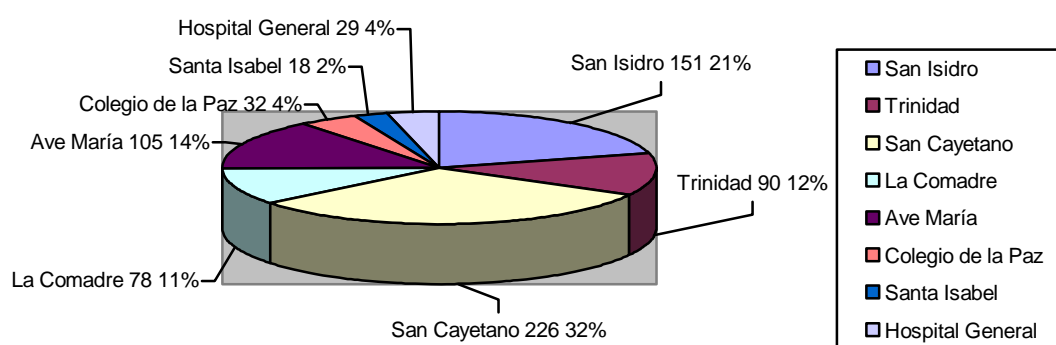


Gráfico 2: Cuartel de Avapiés. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

La mayor concentración de vecinos pudientes y distinguidos se encontraba en el barrio de San Cayetano –un 28.25 % del total de los residentes en el cuartel-, seguido del barrio de San Isidro –un 18.88 %-. Ambos barrios concentraban a más de la mitad del total de individuos pudientes y distinguidos -53%-. El 47% restante se hallaba repartido entre los barrios del Ave María -13.13%-, seguido de Trinidad -11.25%-, La Comadre -9.75%- y con los porcentajes más bajos de concentración de vecinos pudientes y distinguidos se encontraban con un 4 % los barrios del Colegio de la Paz y del Hospital General y finalmente, con sólo un 2 % Santa Isabel.

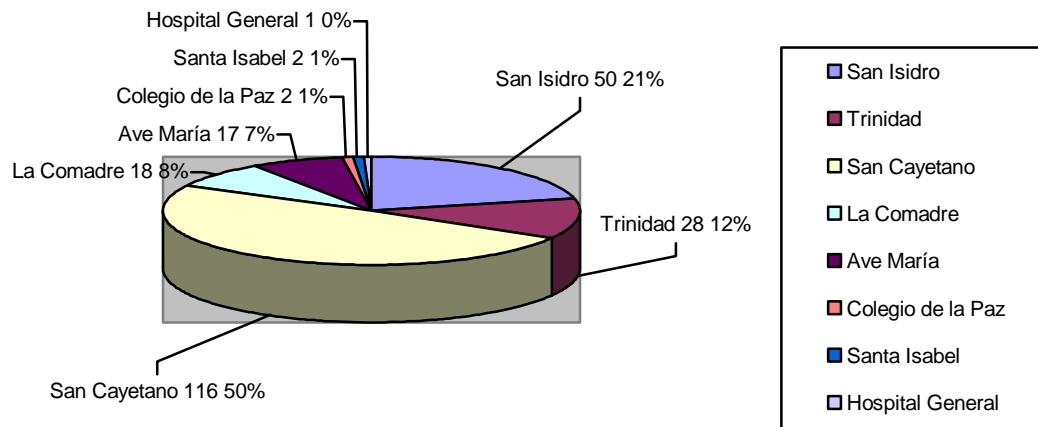


Gráfico 3: Cuartel de Avapiés. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Si dentro de los vecinos pudientes y distinguidos atendemos a la concentración de individuos residentes al servicio de la Monarquía en cada uno de los barrios, el 50 % se hallaba con domicilio en San Cayetano, seguido por el 21 % de concentración que se daba en San Isidro y el 12 % en Trinidad. La presencia de servidores de la Corona en el resto de barrios se reducía al 8 % en el barrio de La Comadre, el 7 % en Ave María y un escaso 1 % en los barrios del Colegio de la Paz y Santa Isabel. Tan sólo uno de los vecinos pudientes y distinguidos de los 29 que residían en el barrio del Hospital General desempeñaba un puesto en el aparato estatal.

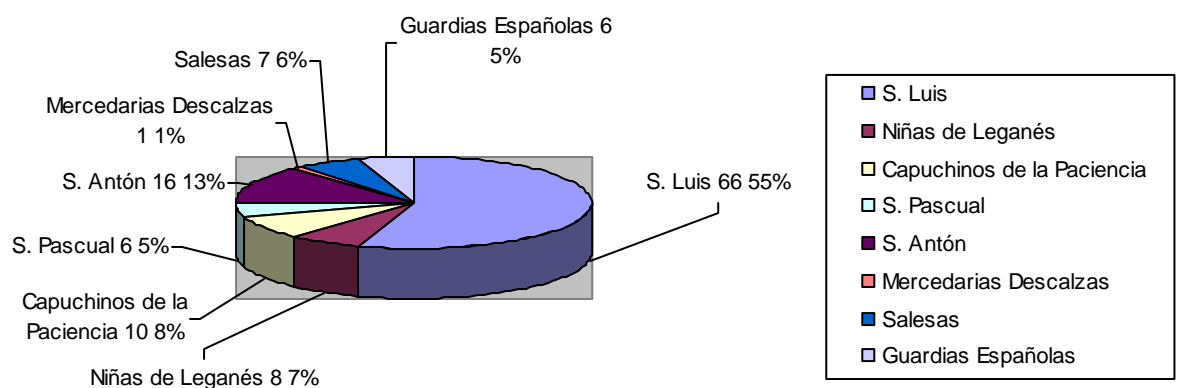


Gráfico 4: Cuartel de Barquillo. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

En el cuartel de Barquillo, el 55 % de sus vecinos pudientes y distinguidos residían en el barrio de San Luis. El 45 % restante se repartían con una presencia poco significativa, exceptuando al 13 % que tenían su domicilio en el barrio de San Antón, entre los barrios de Capuchinos de la Paciencia -8 %-, Niñas de Leganés – 7 %-, Salesas -6 %-, Guardias Españolas y San Pascual -5 % de presencia de vecinos pudientes y distinguidos en cada uno de ellos- y un único vecino que representaba el 1 % en el barrio de las Mercedarias Descalzas.

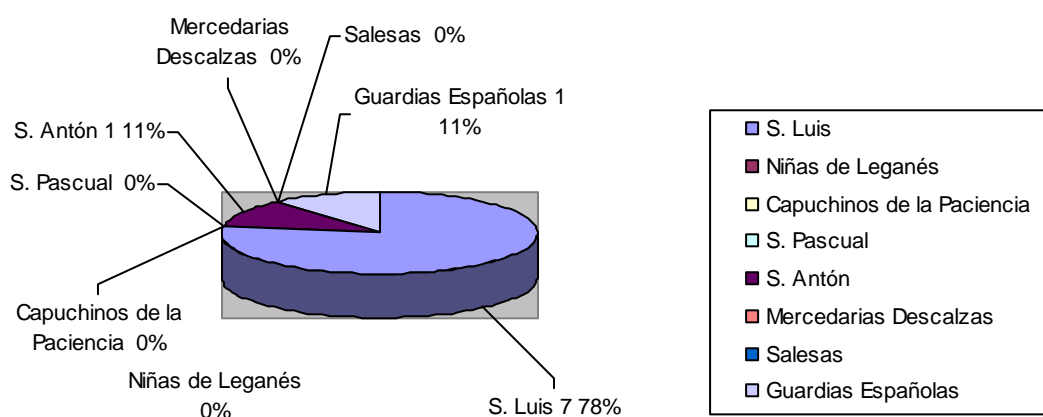


Gráfico 5: Cuartel de Barquillo. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

No consideramos con validez los datos parciales que nos ofrece la Matrícula como para estimar la concentración de residencia de vecinos empleados al servicio del Estado en los diferentes barrios del cuartel de Barquillo. Donde no se tuvieron en cuenta dentro del recuento los individuos empleados en los tribunales, oficinas de su majestad, ministros de los Consejos, personas de guerra, así como los títulos.

Sin embargo, atendiendo a la amplia concentración de vecinos pudientes y distinguidos en el barrio de San Luis, con respecto a los otros siete restantes, se podría aventurar que en este se podría hallar asimismo una presencia importante de servidores de la Monarquía.



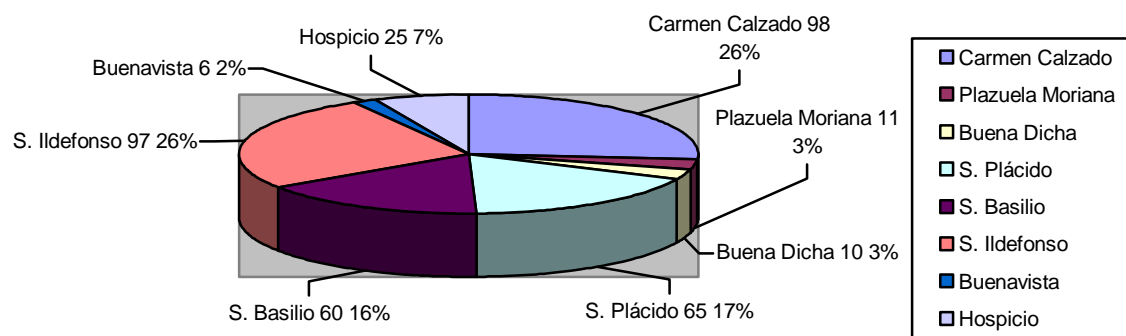


Gráfico 6: Cuartel de Maravillas. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Dentro del cuartel de Maravillas dos barrios se repartían la mayor concentración de vecinos pudientes y distinguidos, San Ildefonso -26 %- y el Carmen Calzado -otro 26 %-, sumando ambos un total del 52 % de los vecinos pudientes y distinguidos del cuartel. Estaban seguidos en presencia de individuos considerados de estas condiciones por los barrios de San Plácido -17 %- y San Basilio -16 %- . El resto se repartían en escasos porcentajes entre los barrios del Hospicio -7 %-, la Plazuela Moriana y la Buena Dicha -3 % en cada uno de ellos- y un único 2 % en el barrio de Buenavista, considerado por el alcalde encargado de realizar el recuento como “el más infeliz y miserable”.

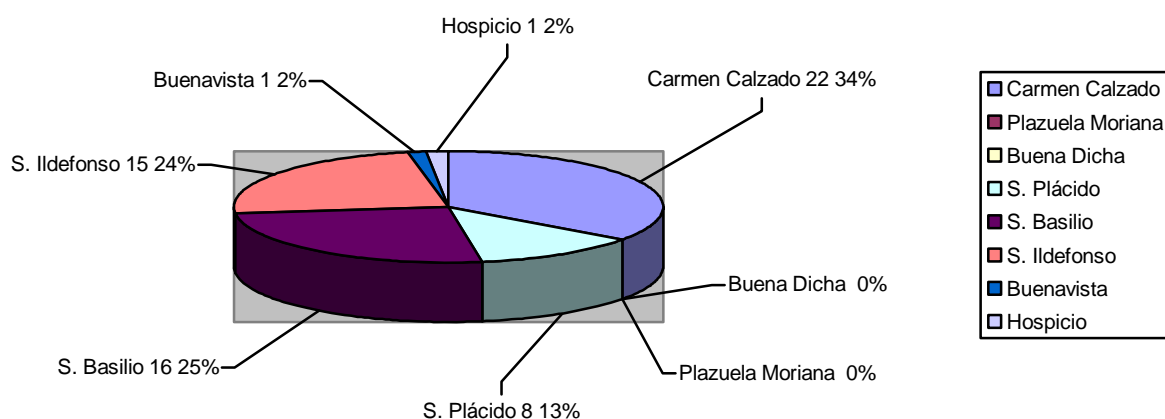


Gráfico 7: Cuartel de Maravillas. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

En lo referente a la concentración de personal al servicio de la Monarquía dentro del cuartel de Maravillas, se repartía principalmente entre los barrios del Carmen Calzado – 34 %-, seguido del 25 % que tenía su residencia en el barrio de San Basilio, y del 24 % que habitaba en San Ildefonso. A mayor distancia en relación a sus cifras de vecinos servidores del Estado se encontraba el barrio de San Plácido -13 %- y únicamente con un vecino de dicha condición en cada uno contaban los barrios de Buenavista y el Hospicio. No se registró ningún individuo de estas características para los barrios de Buena Dicha y Plazuela Moriana.

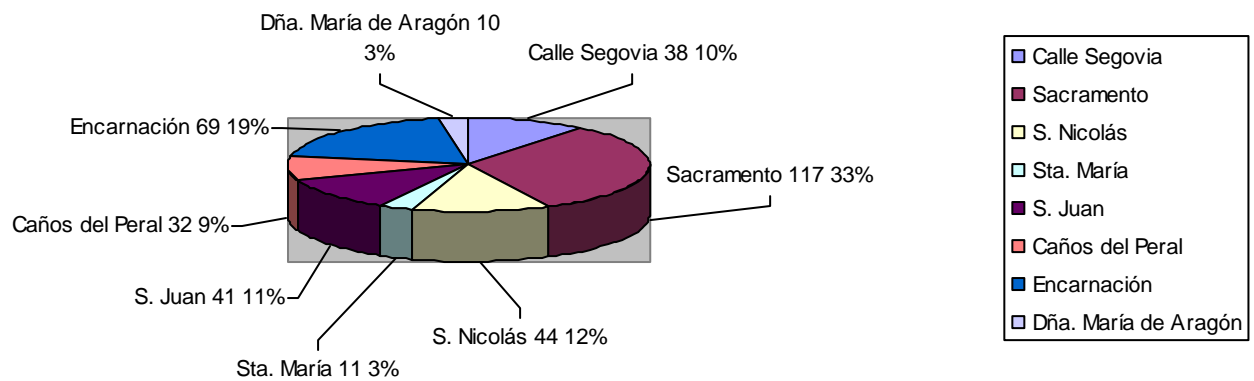


Gráfico 8: Cuartel de Palacio. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

El cuartel de Palacio, cuarto en cifras totales con mayor número de vecinos pudientes y distinguidos y tercero en población al servicio de la Monarquía, distribuía a los primeros de la siguiente manera dentro de sus barrios. El predominio lo tenían en el barrio del Sacramento -33 %-, seguido con cierta distancia por el 19 % que residían en Encarnación, el 12 % en San Nicolás, el 11 % en San Juan, el 10 % en la Calle de Segovia y el 9 % en Caños del Peral. Los niveles más bajos de concentración de individuos pudientes y distinguidos se hallaba en Santa María y en Doña María de Aragón -un 3 % en cada uno de ellos-.

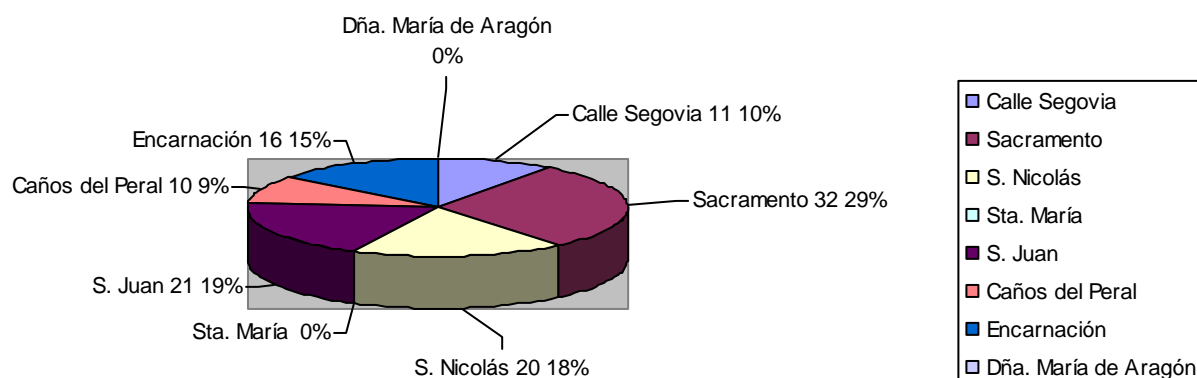


Gráfico 9: Cuartel de Palacio. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

En lo que respectaba a la distribución de los vecinos con un empleo al servicio del Estado dentro del cuartel de Palacio, arroja unos datos del 29 % de domiciliados en el barrio del Sacramento. Rozando el 20 % se estima la presencia en el barrio de San Juan, seguido del 18 % en el barrio de San Nicolás y del 15 % en el barrio de la Encarnación. Las cifras de este último debieron ser bastante más altas, teniendo en cuenta que en el recuento se omitieron los títulos de Castilla, así como los criados y dependientes de la Nueva Real Regalada. En el barrio de la calle de Segovia se registraron los domicilios de un 10 % de los individuos de dicha condición y el 9 % en Caños del Peral. Ningún servidor se contabilizó en el barrio de doña María de Aragón ni tampoco en el de Santa María, aunque en este último la fuente no ofrece datos sobre “los señores de títulos y los que por sus empleos tienen jefes inmediatos que los hayan noticiado en la Real Disposición”; por lo que consideramos que sí debieron existir residencias de servidores en este último barrio situado en un punto neurálgico tan próximo al Real Palacio o al edificio de los Consejos.

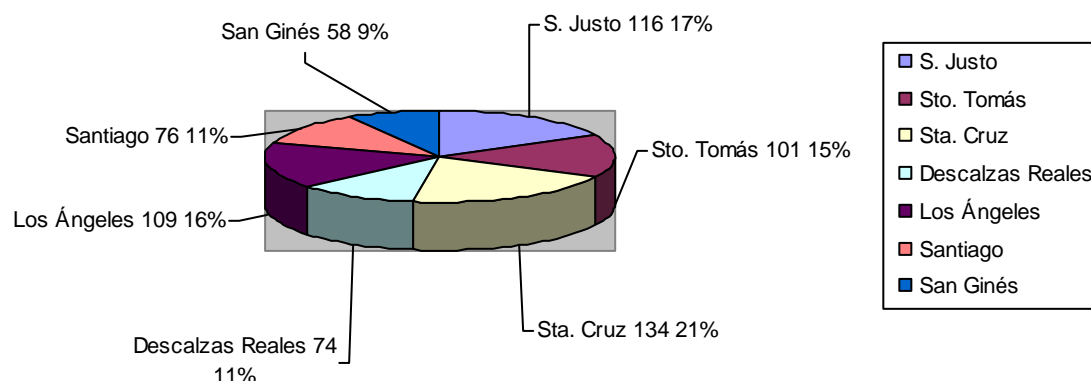


Gráfico 10: Cuartel de la Plaza Mayor. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

El cuartel de la Plaza Mayor era el segundo en cifras totales en concentración de vecinos pudientes y distinguidos -668-, así como en presencia de residencias de servidores de la Monarquía -147-. Los primeros se repartían de forma bastante igualada entre los siete barrios de los que nos deja reflejo la documentación –el barrio de la Panadería no fue registrado-. El porcentaje más alto de presencia de pudientes y distinguidos -21 %- se ha constatado en el barrio de Santa Cruz y el más bajo -9 %- en San Ginés. Entre ellos se encontraban el 17 % de San Justo, el 16 % de los Ángeles, el 15 % de Santo Tomás y los 11 % de Descalzas Reales y Santiago.

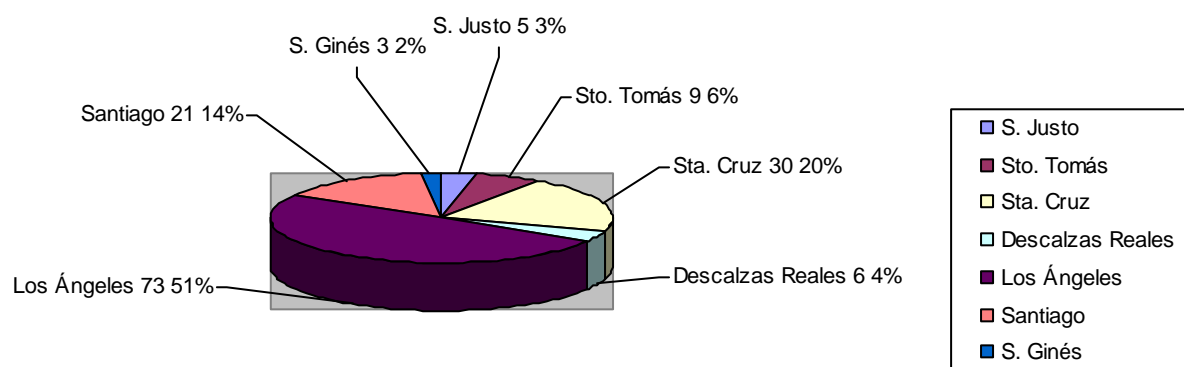


Gráfico 11: Cuartel de la Plaza Mayor. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Pese a la regularidad en la presencia de vecinos pudientes y distinguidos en los siete barrios de los que tenemos constancia para el cuartel de la Plaza Mayor, aquellos que ocupaban un puesto o cargo al servicio del Estado predominaban en el barrio de los Ángeles -de los 109 vecinos registrados como pudientes y distinguidos en dicho barrio, 73 tenían la condición de servidores de la Monarquía- lo que representaba el 51 % del total de los mismos en todo el cuartel. Seguido del 20 % en el barrio de Santa Cruz, del 14 % en el de Santiago, teniendo en cuenta que se anotaba que no estaban incluidos “los dependientes de Casa Real y oficinas”, y por los bajos porcentajes del 6, 4, 3 y 2 % de los barrios de Santo Tomás –donde se percibe un clarísimo predominio de mercaderes-, Descalzas Reales, San Justo y San Ginés, respectivamente.

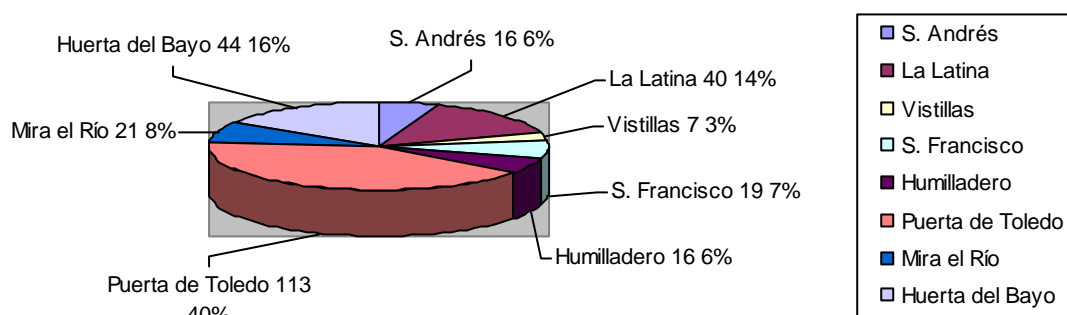


Gráfico 12: Cuartel de San Francisco. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

La mayor concentración de vecinos pudientes y distinguidos del cuartel de San Francisco tenía lugar en el barrio de Puerta de Toledo -40 %- . Lejos de este porcentaje se encontraban el 16 % de los contabilizados en los barrios de Huerta del Bayo o el 14 % de La Latina. No alcanzaban el 10 % los individuos de dicha condición que residían en el barrio de Mira el Río, un 7 % representaban los vecinos pudientes y distinguidos en San Francisco, un 12 % se encontraban domiciliados entre los barrios del Humilladero y San Andrés – 6 % respectivamente- y sólo un 3 % habitaban en Las Vistillas.

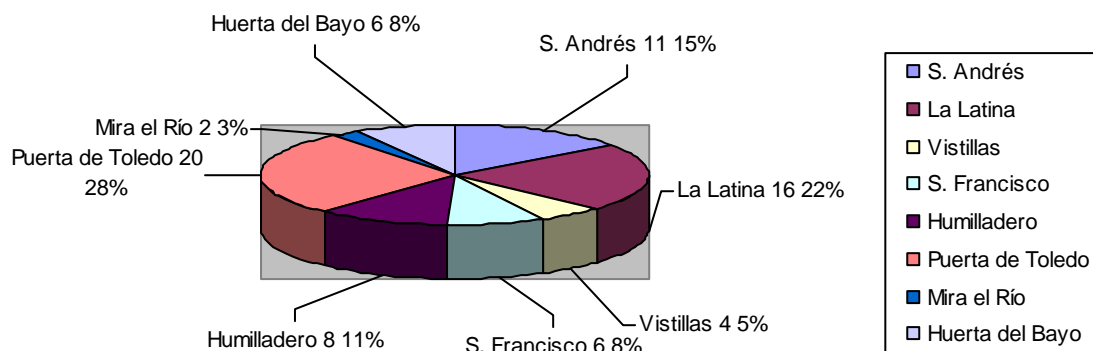


Gráfico 13: Cuartel de San Francisco. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Los servidores de la Monarquía que residían en el cuartel de San Francisco lo hacían fundamentalmente en los barrios de Puerta de Toledo -28 %- y La Latina -22 %-. Los demás se repartían en porcentajes que iban del 15 % de los individuos de dicha grupo registrados en el barrio de San Andrés, seguido del 11 % de los residentes en del Humilladero, los 8 % de Huerta del Bayo y San Francisco, el 5 % de las Vistillas, cifra que se vería aumentad si se hubieran contabilizado los títulos de Castilla y a los dependientes de oficinas y de la Real Servidumbre, y finalmente, el 3 % del barrio de Mira el Río.

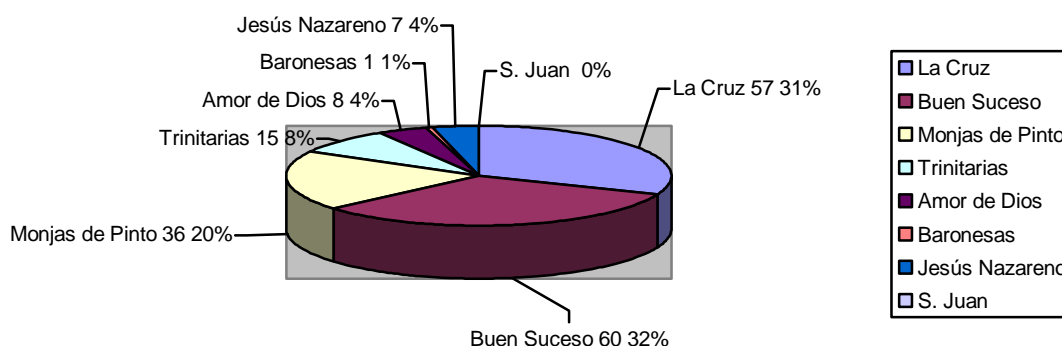


Gráfico 14: Cuartel de San Jerónimo. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Dentro del cuartel de San Jerónimo, los barrios del Buen Suceso y de La Cruz presentaban las mayores concentraciones de vecinos pudientes y distinguidos un 32 y un 31 %, respectivamente. Se encontraban seguidos del barrio de las Monjas de Pinto en el que tenían domicilio un 20 % de los individuos de dicha condición en el cuartel y bastante lejos se encontraba la presencia de este tipo de población en los barrios de Trinitarias -8 %- , Amor de Dios -4 %- , Jesús Nazareno -4 %- y Baronesas -1 %- , aunque en este último el alcalde encargado de llevar a cabo el registro apuntaba que “no he hallado (vecinos pudientes y distinguidos) por razón de estar los más en oficinas reales”. Finalmente, no se contabilizó individuo de tales categorías para el barrio de San Juan.

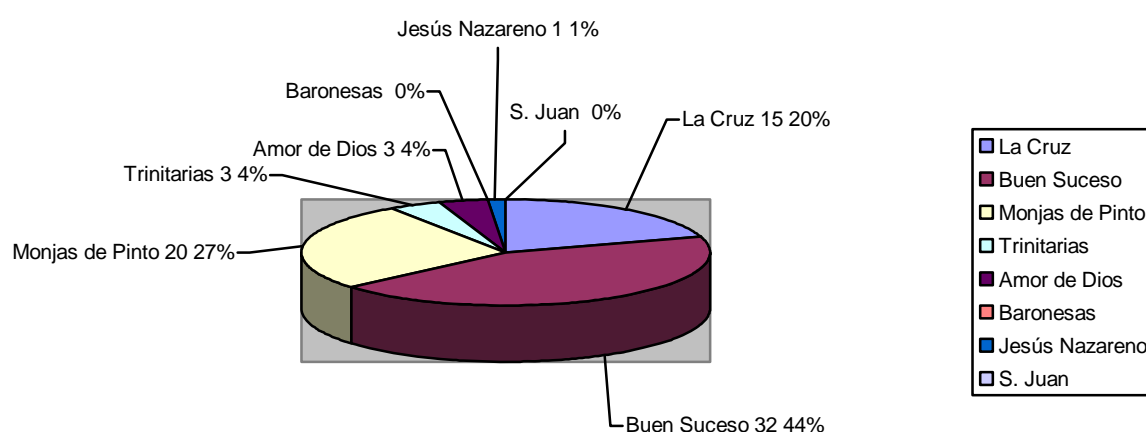


Gráfico 15: Cuartel de San Jerónimo. Número de vecinos servidores de la Monarquía por barrios  
Fuente: Elaboración propia

En lo que se refiere a la presencia de servidores de la Monarquía dentro de dicho cuartel, el 44 % residían en el barrio del Buen Suceso, descendiendo al 27 % los que tenían su domicilio en Monjas de Pinto y al 20 % en el barrio de la Cruz. El resto de porcentajes son representativos de la escasa concentración de vecinos de tal condición en los barrios de Amor de Dios -4 %-, Trinitarias -4 %- y Jesús Nazareno –un único vecino que representaba el 1 % del total de los empleados al servicio del Estado

afincados en el cuartel de San Jerónimo-. Ninguno debió habitar en el barrio de San Juan y para el de Baronesas ya se aclaró que se carecía de los datos relativos a todos aquellos que ejercían su cargo en “oficinas reales”.

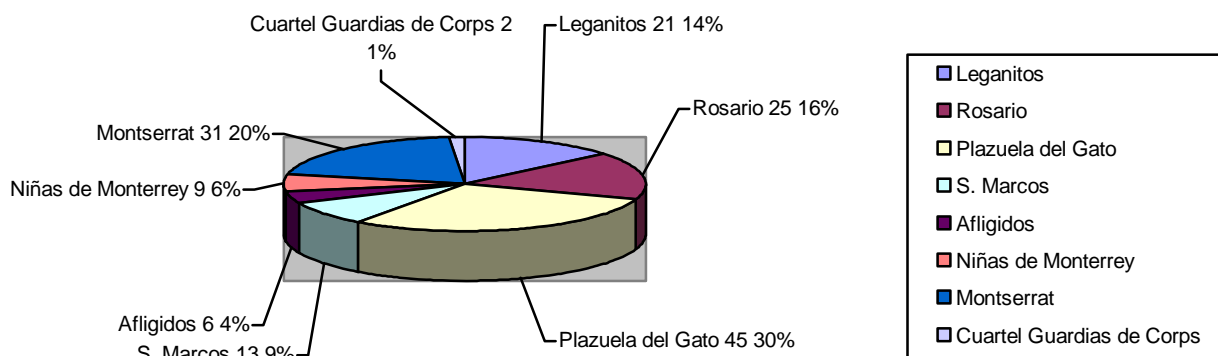


Gráfico 16: Cuartel de Afligidos. Número de vecinos pudientes y distinguidos por barrios  
Fuente: Elaboración propia

Hemos dejado para presentar en último lugar los datos que se han procesado para los barrios que componían el cuartel de Afligidos, que como ya se ha aclarado, únicamente nos ofrecen cifras correspondientes a vecinos pudientes y distinguidos, sin incluir dentro de ellos a quienes pudieran ocupar un puesto al servicio de la Monarquía. Por lo tanto, y teniendo presente el polo de concentración residencial de servidores del Estado que dicha zona constituyó para el siglo XVIII, tal y como han venido demostrando datos procedentes de otras fuentes –solicitud de licencias de obras, fundamentalmente- tenidos en cuenta en este estudio, cabe pensar que, siguiéndose la tónica permanente para los barrios del resto de cuarteles que formaban la villa de Madrid, en aquellos donde existía una mayor concentración de vecinos pudientes y distinguidos, también había un mayor número, con respecto al resto, de miembros del grupo que centra este trabajo.

De forma que, el barrio de la Plazuela del Gato, constituía la demarcación de mayor concentración -30 % de vecinos pudientes y distinguidos-, seguido del barrio de



Montserrat -20%-, Rosario -16%- y Leganitos -14%-. El resto se movían entre los niveles del 9% de pudientes y distinguidos en el barrio de San Marcos y el 1% -formado por dos únicos vecinos- de Guardias de Corps.

## **SEGUNDA PARTE: LOS EDIFICIOS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTERIORES**



## CAPÍTULO 6. VIVIENDAS ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

La estructura material de la vivienda se erige en reflejo de la condición de sus moradores, a la vez que responde a las demandas de una sociedad específica, en un período cronológico concreto y en un espacio geográfico determinado.

Los estudios clásicos llevados a cabo desde la perspectiva histórica se han servido en no pocos casos de las referencias a las piezas que aparecían en la documentación notarial, para llevar a cabo una reconstrucción de los interiores de las casas. Sin embargo, la omisión de estancias en la redacción de la documentación notarial madrileña ha dificultado ampliamente el conocimiento de la distribución espacial interior de las viviendas de nuestro interés<sup>335</sup>. Si las listas de objetos y elementos recogidos en los inventarios de bienes o en las cuentas de capital hubieran sido tomadas relacionándolas directamente con la estancia de la casa en la que dichos elementos se localizaban, nos hubiera permitido una comprensión completa de los espacios a partir de los objetos que aparecían situados en ellos. Nos hubiera orientado enormemente a la hora de descifrar el uso que se le daba a cada una de las estancias y las prácticas llevadas a cabo dentro de ellas, atendiendo al mobiliario y elementos que contenían<sup>336</sup>.

Dada esta carencia se hubo de optar por otro tipo de fuente desde la que poder extraer cuál era la configuración espacial interior de la casa. Se consideró el valor de los planos de plantas de diferentes orígenes, eso sí, siempre teniendo en cuenta que se tratara de un proyecto de obra real, expresamente creado para ser llevado a la práctica. Estos deben ser absolutamente distinguidos de los planos que aparecen recogidos en los tratados de arquitectura; que aquí nos servirán para poder observar las propuestas que emanaban desde el plano teórico, así como para explicar el significado de los conceptos que se utilizaban para denominar las estancias. Sin embargo, estos últimos se limitan a modelos ideales, alejados en la mayor parte de los casos de las construcciones reales

---

<sup>335</sup> Atendiendo a la tipología establecida por Hortensio SOBRADO CORREA en “Los inventarios post-mortem como fuente privilegiada para el estudio de la historia de la cultura material de la Edad Moderna”, *Hispania: Revista española de Historia*, vol. 63, nº 215 (2003), pp. 825-862

<sup>336</sup> Dicha metodología fue magistralmente utilizada para el caso francés por Françoise PIPONNIER: “Dénominations et fonctions des espaces dans l’habitation dijonnaise (XIVe-XVe siècle), BIDON, D.-A., PIPONNIER, F., POISSON, J.-M. (dir.): *Cadre de vie et manières d’habiter (XIIe-XVIe siècle)*, CRAHM-Caen, 2006, pp. 109-116

que las características propias de la retícula urbana madrileña y de las necesidades sociales, demográficas, culturales, etc., permitían y requerían alzar.

### **1. La teoría arquitectónica**

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, centro de formación de los principales arquitectos que desarrollaron su labor en la capital durante la segunda mitad del siglo XVIII, se convirtió, desde sus orígenes en 1744 y tras su definitiva fundación el 12 de abril de 1752, en institución difusora de las ideas que en el terreno artístico, en general, y en la Arquitectura, de forma particular, se estaban materializando fundamentalmente en Italia y en Francia. De territorios italianos procedían buena parte de los arquitectos y maestros de obras que participaron en la construcción del nuevo palacio real, tras el incendio la Nochebuena de 1734 del viejo alcázar de los Austrias, y a la sombra de este contexto humano de artistas –arquitectos como Giovanni Battista Sacchetti, Giacomo Pavia o Santiago Bonavia- y bajo el amparo y protección de la Corona, sentó sus bases la creación de la nueva Academia. No sólo los estatutos de las Academias de Francia e Italia sirvieron como modelos para los de la nueva institución madrileña; asimismo, se siguieron sus líneas maestras, intelectualmente hablando, en cuanto a la teoría y la práctica artística.

Los planteamientos que emanaban desde la amplia teoría arquitectónica se sustentaban sobre los principios del clasicismo. Los tratados de arquitectura repetían lugares comunes que en poco habían variado desde los primeros siglos de nuestra era. Las enseñanzas de Vitruvio<sup>337</sup>, Leon Battista Alberti, Sebastiano Serlio, Andrea Palladio y Scamozzi se mantenían presentes en los clásicos tratados que servían de “manuales” sobre los que formar a los arquitectos en las academias europeas.

En el informe redactado por los académicos Ventura Rodríguez, Juan Pascual de Mena y Andrés de la Calleja en 1773 recomendaban el estudio de las reglas de la Antigüedad en el curso de Arquitectura de la precitada institución:

---

<sup>337</sup> Ver VITRUVIO, M.: *De Architectura*. Edición José Ortiz y Sanz (1787) y prólogo Delfín Rodríguez Ruiz. Madrid, Akal, 1987; SAMBRICIO RIVERA DE ECHEGARAY, C.: *La Arquitectura española... Op. cit.*; BÉRCHEZ GÓMEZ, J.: “La difusión de Vitruvio en el marco del Neoclasicismo español”, PERRAULT, C.: *Compendio de los diez Libros de Arquitectura de Vitruvio*, traducción de J. de Castañeda (1761). Murcia, 1981, pp. IX-XCIV y RODRÍGUEZ RUIZ, D.: *José Ortiz y Sanz. Teoría y crítica de la Arquitectura*. Madrid, 1992

“Ninguno podía jamás tomar conocimiento de la arquitectura, no estudiando sobre las reglas y preceptos que observaron los Antiguos y que de sus edificios han sacado a beneficio público Vignola, Palladio, Serlio, Scamozzi y Leone Battista Alberti y autores modernos, y sobre las que Vitruvio (único autor antiguo que conocemos) nos han quedado, valiéndose del comento de Daniel Barbaro para su más clara inteligencia”<sup>338</sup>

A su vez, se adquirieron libros en París y en Roma que fueron enviados a Madrid para formar parte de la biblioteca de la Academia, que alcanzaba en 1793 los 1.045 volúmenes<sup>339</sup>. Entre ellos se hallaban todos los tratados clásicos de arquitectura italianos y franceses. Asimismo, durante las estancias realizadas en Roma por los pensionados de San Fernando se les indicaban los tratados que debían estudiar, donde a los arquitectos mencionados se añadían los nombres de Juan Arfe de Villafañe y Juan Caramuel<sup>340</sup>. A la formación bibliográfica se debían sumar las relaciones que durante dichos períodos se establecieron con los arquitectos naturales de aquellos territorios y sirvieron para consolidar el peso de los modelos italianos.

La Academia se consolidó, así, durante la segunda mitad del siglo XVIII, como difusora de los principios que iban a regir la arquitectura en España y particularmente, en la capital madrileña. En ella se podían adquirir libros que reflejaban las tendencias que se seguían desde la institución y en las cuales se formaba a sus miembros. Responden al caso, entre otros, los libros del *Compendio* de Vitruvio<sup>341</sup>.

Los tratados “redactados” por arquitectos e ingenieros civiles, cuyas figuras estuvieron estrechamente ligadas a la Real Academia, y que se publicaron en castellano no gozaron en absoluto de originalidad y constituían traducciones con ciertas modificaciones y añadidos o puestas al día de libros que se nutrían de la tradición clásica. El precitado *Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio*, escrito en francés por Claude Perrault y traducido al castellano por José Castañeda (1761); en 1764 Diego de Villanueva tradujo e ilustró el tratado de Vignola; José Ortiz y Sanz

---

<sup>338</sup> Citado por BEDAT, C.: *La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1744-1808*. Madrid, FUE, 1989, p. 236

<sup>339</sup> BÉDAT, C.: “La biblioteca de la Real Academia de San Fernando en 1793”, *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 25 (1967), pp. 5-52 y 26 (1968), pp. 31-86

<sup>340</sup> CARAMUEL, J.: *Arquitectura civil recta y oblicua*, Madrid, 1678

<sup>341</sup> PERRAULT, C.: *Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio escrito en francés por Claudio Perraul... traducido en castellano por José Castañeda*. Madrid, 1761

tradujo *Los diez libros de Arquitectura de M. Vitruvio Polion* (1787) y *Los cuatro libros de Arquitectura de Andrea Palladio* (1797).

Similar camino se siguió con libros escritos en francés. Algunos se quedaron en proyectos, como el de Ignacio de Hermosilla y su traducción del *Cours de Mathématiques* de Chrétien Wolf. Los tratados del arquitecto Jacques-François Blondel (1618-1686)<sup>342</sup>, *De la distribution des maisons de plaisance et de la decoration des edifices en general*, *Architecture française ou recueils des plans, elevations, coupes et profils*, *Cours d'Architecture*, sirvieron de modelos para varios trabajos de sello español que se publicaron a lo largo del siglo XVIII. Y los *Elementos de toda la Arquitectura Civil* del padre Christiano Rieger, fueron traducidos por el padre Miguel de Benavente en 1763<sup>343</sup>. No obstante, Claude Bédât observaba que la soberanía artística en la Academia madrileña no la tenía París, sino que los académicos buscaban sus modelos en Roma.

Asimismo, la obra de reconocidas figuras españolas en la materia también formó parte de las lecturas de los discípulos de la Real Academia. Fueron constatadas por el mismo autor las ventas realizadas en la propia sede de la institución de los libros de matemáticas de Benito Bails, quien fuera a su vez profesor de dicha materia en la “casa” y de sólida formación en las corrientes francesas, gracias a su etapa de residencia en el territorio vecino<sup>344</sup>. La figura de este matemático-arquitecto es fundamental en lo que respecta a la teoría en torno a la distribución interior de la vivienda. Su tomo IX de *Elementos de Matemáticas, Parte I, que trata de la Arquitectura civil*<sup>345</sup> carece, no obstante, de originalidad en sus contenidos –aspecto magistralmente analizado por

---

<sup>342</sup> BLONDEL, J.-F.: *De la distribution des maisons de plaisance et de la decoration des edifices en general*. Paris, Rue Douphine Charles Antoine Jombert, 1737; *Architecture française ou recueils des plans, elevations, coupes et profils*. Paris, 1752; BLONDEL, J.-F. y PATTE, P.: *Cours d'Architecture ou Traité de la décoration, distribution et construction des bâtiments*. Paris, 1771-1777, 9 vols.

<sup>343</sup> RIEGER, Ch.: *Elementos...Op. cit.*

<sup>344</sup> BAILS, B.: *Principios de matemáticas de la Real Academia de San Fernando*, 3 vols., Madrid, 1776 y *Elementos de matemáticas*, 11 vols., Madrid, 1779-1790. Referencia procedente de BÉDAT, C.: *La Real Academia Op. cit.*, p. 131-132. Sobre su formación y cultura libresca ARIAS DE SAAVEDRA, I.: “Libros extranjeros en la biblioteca del matemático Benito Bails (1731-1797)”, VILLAR GARCÍA, M. B. y PEZZI CRISTÓBAL, P. (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, vol. 2, Málaga, 2003, pp. 125-137

<sup>345</sup> BAILS, B.: *Elementos de matemáticas. T. IX, Parte I, que trata de la Arquitectura Civil*. Madrid, Ibarra, 1783

Pedro Navascués en su estudio crítico a la edición *De la Architectura civil*<sup>346</sup>-, tratándose de una suma de preceptos emanados desde las tratadísticas francesa e italiana. Sin embargo, no debe en absoluto restársele su valor como compendio mediante el que establecer los principios de una materia básica dentro de la arquitectura y a la que la teoría más clásica, preocupada por lo relativo a los aspectos estéticos, no había llegado a prestar la atención necesaria.

Uno de los primeros arquitectos que se plantearon en España la necesidad de atender a la práctica arquitectónica de carácter doméstico fue en el siglo XVII el arquitecto Fray Lorenzo de San Nicolás. Su discurso en el tratado *Arte y uso de Architectura*, compuesto por dos libros, publicado el primero en 1639 y el segundo en 1665<sup>347</sup>, sin abandonar los presupuestos clásicos, presentaba soluciones en respuesta a las necesidades reales de construcción que reclamaba la villa de Madrid. Así, contemplaba la necesidad de construir sótanos, atendiendo a cubrir unas necesidades por parte de los habitantes generadas por una climatología específica: “Si hubieren de llevar sótanos, como acontece para la habitación del verano, que en muchas partes se usan, como en la villa de Madrid...”<sup>348</sup>.

No obstante, hubo de esperarse al siglo XVIII para hallar las primeras referencias de pluma española relativas al tema de la distribución de los espacios interiores de las casas. Así en 1738 el tratado *Escuela de arquitectura civil en que se contienen los órdenes de Arquitectura, la distribución de los planos de templos y casas y el conocimiento de los materiales*, de Anastasio Genaro Brizguz y Bru.

Sin embargo, una teoría arquitectónica propiamente española, en general, y relativa a la distribución de los planos, particularmente; es decir, que se centrara en la realidad española y que no reprodujera los modelos italianos, franceses e incluso ingleses, fue prácticamente inexistente para el siglo XVIII. Tal vez, de ahí que

---

<sup>346</sup> BAILS, B.: *De la Architectura Civil*. Vol. I. Edición a cargo de Pedro Navascués Palacios. Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1983, pp. 81-ss.

<sup>347</sup> Vid. DÍAZ MORENO, F.: *Fray Lorenzo de San Nicolás: Arte y uso de Architectura. Edición anotada*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid, 2003; Fray Lorenzo de san Nicolás (1539-1679). Precisiones en torno a su biografía y obra escrita”, *Anales de Historia del Arte*, 14 (2004), pp. 157-179

<sup>348</sup> SAN NICOLÁS, L. Fray: *Arte y uso de Architectura*. Madrid, 1639/1665. Edición consultada Madrid, Manuel Román, 1736. Su reimpresión en el siglo XVIII constata su plena vigencia para aquel período. Fol. 57



percibamos una falta de proximidad tan amplia entre los presupuestos teóricos y las construcciones llevadas a cabo. Éstas debían servir para cubrir unas necesidades específicas respecto al medio geográfico en el que se erigía la construcción. En este caso, un Madrid fundamentalmente condicionado a la escasez de suelo y con unas condiciones climáticas determinadas. A la vez que atender a unas necesidades que podríamos calificar de culturales, propias de sus moradores, un colectivo elitista dentro del contexto de la sociedad española de finales del siglo XVIII.

Sin embargo, algunas viviendas palaciegas –siempre las menos y propiedad de la más alta aristocracia– ostentaron la dignidad de aunar la teoría francesa, adaptada a la realidad existente. Dichas familias, entre las que sobresale el caso de los IX duques de Osuna –en las figuras de sus titulares don Pedro Téllez Girón, quien ocupara diferentes puestos dentro del *cursus honorum* castrense, el cargo de Gentil-hombre de Cámara de su majestad, plazas en los Consejos de Guerra y Estado, además de varios empleos diplomáticos<sup>349</sup>, y su esposa doña María Josefa Pimentel Téllez Giron, la que haya pasado a la posteridad conocida como condesa-duquesa de Benavente, y cuya trayectoria, pese a las limitaciones a las que se hallaba condicionado su sexo, no envidia en absoluto a la de su cónyuge<sup>350</sup>– se beneficiaron del trabajo de arquitectos que trajeron directamente desde Francia para la construcción de su villa suburbana El Capricho.

Nosotros aquí, dejaremos a un lado aquellos aspectos relativos a la decoración y el embellecimiento de las construcciones que se materializan dentro de los tratados de arquitectura en largos capítulos en torno a modelos estilísticos. Así como todo lo referente a los materiales y las técnicas de construcción. Por el contrario, nos interesan las propuestas respecto a la compartimentación y distribución de las piezas; con el objetivo de conocer los distintos espacios que la preceptiva establecía como las partes de la vivienda, siempre según la condición social de su morador.

Es cierto, que desde la Academia siempre se había prestado un interés muy especial a las grandes obras arquitectónicas. Edificios de carácter civil que servían de morada a los monarcas y en algunos casos, a imitación de los anteriores, a la nobleza.

---

<sup>349</sup> FICHOZ: 003228

<sup>350</sup> FICHOZ: 024318. Ver YEBES, C. Condesa de: *La Condesa-Duquesa de Benavente: Una vida en unas cartas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1955

Sin embargo, por lo general, tendían a dejarse a un lado las construcciones de viviendas populares, cuya regulación en el marco de la ciudad, observaremos cómo se establecía en otro tipo de literatura de un carácter más práctico, los tratados para ordenanzas municipales<sup>351</sup>.

La Arquitectura se presenta en la tratadística como Arte, propiamente dicho, y así, en el momento de pretender un acercamiento a la realidad constructiva, estos libros deben ser siempre considerados con cautela. No obstante, su conocimiento nos ha de permitir observar la distancia existente entre las estructuras habitacionales reales y las propuestas emanadas desde el plano teórico. Podemos afirmar que la proximidad entre la teoría y la práctica iba disminuyendo según se descendía en la pirámide socio-profesional que constituía el grupo de los servidores del Estado.

En la mayoría, su carácter de tratados de arquitectura generales, justificaba su preocupación no sólo por las construcciones civiles –dentro de las que se sitúan las viviendas de nuestro interés–, sino también las religiosas, las militares, etc. No obstante, consideraban que existían unos principios básicos que se debían mantener presentes en el momento de proyectar y comenzar cualquier tipo de edificación. Se trataba de la solidez de la estructura; su comodidad, entendida ésta en el tradicional significado del acomodo o adaptación de la construcción y sus partes a la función para la que habían sido concebidas, y finalmente, la belleza, resultado de múltiples factores que iban desde el decoro, a la simetría o la euritmia.

La conjunción de estos principios había permitido, en el caso de las viviendas, que es el que aquí nos interesa, una evolución desde la morada primitiva, cuyo objetivo principal era generar un espacio de cobijo para el hombre frente a las inclemencias del clima, a una casa con la que atender a las amplias necesidades que la sociedad había ido desarrollando a lo largo de los siglos<sup>352</sup>. Así, se concedía una parte nada desdeñable a atender a la orientación que había de darse a la vivienda y las piezas que la componían. De aquella manera se obtendría lo mejor de las luces y los vientos, que contribuirían en

---

<sup>351</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Arquitectura y urbanismo...* Op. cit.; GONZÁLEZ HERAS, N.: “Algunos apuntes sobre estructuras materiales domésticas en la capital madrileña para el siglo XVIII”, ARIAS DE SAAVEDRA, I. (ed.), *Vida cotidiana en la España...* Op. cit., pp. 187-206

<sup>352</sup> FRANCO RUBIO, G.: “La vivienda en la España ilustrada...” Op. cit; “La vivienda en el Antiguo Régimen...” Op. cit.

la creación de unos espacios de habitación salubres, según promulgaban los principios higiénicos del momento.

Nos centraremos aquí en el concepto de comodidad como aquél que iba a influir en el tema que nos preocupa dentro de este apartado, la distribución interior de las viviendas. El precepto de que el espacio se acomodara o fuera adaptado a la funcionalidad para la que había sido concebido el edificio implicaba, en primer lugar, que la materialización de la vivienda, con la proporción de sus partes, se ajustaran al rango social de su morador. En definitiva, una residencia adecuada a las necesidades propias de cada individuo, entendido éste como miembro de una sociedad estratificada.

Este aspecto fundamental quedaba ya pautado por los representantes de la arquitectura “funcional” renacentista. Leon Battista Alberti se ocupaba de la distribución de la casa en el capítulo XVII de su libro V, “Sobre las obras de uso restringido”, en *De re aedificatoria*<sup>353</sup>. Por su parte, Andrea Palladio escribía, apoyándose en presupuestos del autor anterior:

“a cada miembro le sea dado lugar adecuado, sitio conveniente, no menor que la dignidad requerida ni mayor que el uso perseguido, y cuando cada uno de ellos sea colocado en lugar apropiado, esto es, cuando los atrios, las salas, las habitaciones, las bodegas y graneros sean emplazados en lugares convenientes...”<sup>354</sup>

El arquitecto francés Jacques-François Blondel<sup>355</sup> sustentó sobre este principio su divulgada teoría de la distribución tripartita de la residencia nobiliaria. Los apartamentos que la componían debían dotarse de una estructura adaptada al uso para el que, según la condición social de su morador, aquellos estaban destinados: Apartamentos de parada, de sociedad y de comodidad, cuya ajustada organización

---

<sup>353</sup> ALBERTI, L. B.: *De re aedificatoria*. Publicado en Florencia en latín el año 1485. Madrid, Akal, 1991

<sup>354</sup> PALLADIO, A.: *Los cuatro libros de arquitectura*, edición de J. Rivera. Madrid, Akal, 1988, Libro I, cap. I, p. 51. Citado por Beatriz Blasco Esquivias en su ponencia “Vivir y convivir: Familia y espacio doméstico en la Edad Moderna”, dentro del Simposio “La casa en la Edad Moderna”, celebrado en Granada entre el 26 y el 28 de marzo de 2014. Desde estas líneas deseo agradecerle a la autora las sugerentes ideas y referencias que me ha transmitido durante nuestras conversaciones.

<sup>355</sup> BLONDEL, J.-F.: *De la distribution des maisons...* Op. Cit.; *Architecture française...* Op. cit; *Cours d'Architecture...* Op. cit.

dentro del todo que formaba la vivienda iba a dar lugar a otro principio básico de la arquitectura doméstica, la conveniencia<sup>356</sup>.

Tales principios fueron aprehendidos por la teoría que se venía desarrollando en España desde el siglo XVII. Ya Fray Lorenzo de San Nicolás abogaba en el primer libro de su tratado *Arte y uso de Arquitectura*, publicado en su primera edición en el año 1639 y el cual fue reeditado a lo largo de toda la centuria del Seiscientos, así como durante el siglo XVIII, por dicha adaptación: “Qualquier palacio o casa es formada de salas y aposentos, y dello se hace habitaciones para los Príncipes, siendo cada pieza según para el fin que se hace; porque diferente ha de ser la pieza del recibimiento, que la sala del estrado, y diferente la que sirve para el señor, o la que sirve para el siervo”<sup>357</sup>.

Sobre ello decía Benito Bails: “(...) sería muy del caso que cada uno se hiciera justicia a sí mismo, de modo que no viésemos hombres que no tienen más circunstancia que ser ricos, empeñados en igualar, y aún exceder en la magnificencia exterior e interior de su casa a los primeros y más principales del reino”<sup>358</sup>. De forma similar lo expresaba el italiano Francisco Antonio Valzania en sus *Instituciones de Arquitectura*: “La habitación de un caballero de no tantas circunstancias como sería un título, no requiere tanto aparato, pues en lugar del apartamiento de respeto le basta tener alguna pieza antes de llegar a las de habitación”<sup>359</sup>.

Dichos textos y planos describían plantas idealizadas donde se diferenciaban tres grupos de piezas definidas una vez más por su funcionalidad. Los denominados “apartamientos” destinados a la recepción -de decencia o de respeto, según el autor- aquéllas de comodidad, concebidas para el retiro del morador, y finalmente, las de necesidad.

---

<sup>356</sup> Sobre el tema MARTÍNEZ MEDINA, A.: “La distribución a través de la teoría: Difusión y aceptación de los nuevos esquemas distributivos”, *Espacio, tiempo y forma, Serie VII, Historia del Arte*, 7 (1994), pp. 247-264

<sup>357</sup> SAN NICOLÁS, L. Fray: *Arte y uso...* *Op. cit.*, f. 51

<sup>358</sup> BAILS, B.: *Elementos de matemáticas. T. IX ... Op. Cit.* fol. 33

<sup>359</sup> VALZANIA, F. A.: *Instituciones de Arquitectura*. Madrid, Imprenta de Sancha, 1792, fol. 74.

La casa de un señor de condición social reconocida debía constar necesariamente de una zona completa, si se trataba de una alta personalidad, o al menos de algunas piezas, dispuestas para recibir invitados o de cumplimiento. En ellas todo estaba hecho para ser mostrado y reflejar de cara hacia el visitante el grado de distinción de su propietario. Su estructura se componía de varias piezas, ubicadas en la considerada zona noble de la casa, es decir, el piso principal, a las que se tenía acceso a través de una escalera principal que conectaba la planta baja con dicho piso. Anterasalas, salas y alcobas de aparato se alineaban sobre el plano en enfilade, dotándose en cierto modo de un valor escenográfico al que contribuían sus portadas y la mencionada escalera. Se trataba de estancias de amplitud, acomodadas como se establecía desde la tratadística a la función de recepción para la que habían sido concebidas. Ricamente amuebladas y decoradas y dotadas de los vanos necesarios como para hallarse bien iluminadas.

Dentro del conjunto de piezas que componían el apartamiento de comodidad, la principal y en torno a la que se distribuían el resto, era la cámara. Ésta se entendía como una estancia apartada y “en lo más profundo” de la vivienda, cuyo destino principal era servir de dormitorio del señor de la casa. Con frecuencia se hallaba precedida de una antecámara, hecha para “recibir las visitas ordinarias o para algún género de entretenimiento”, desde donde se le daba paso, y asociada a ella se encontraban recámara o guardarropa, gabinete, algún cuarto para el criado o la criada que atendiera en esta zona de retiro al señor o la señora de la casa, así como durante el descanso nocturno, y letrina y/o retrete.

Según la definición académica de recámara que ofrecía el *Diccionario de Autoridades* en 1737, se trataba de “el aposento o cuarto después de la cámara, destinado para guardar los vestidos”. El *Diccionario de la Real Academia*, en sus ediciones de 1780, 1783 y 1791 la definían: “El aposento, o cuarto después de la cámara, destinado para guardar los vestidos o algunas piedras preciosas”. Mientras, en el *Diccionario de Terreros* (1788), se mantenía su definición como “aposento después de la cámara”, pero desaparecía su especificidad para guardar los vestidos o piedras preciosas. Esta diferencia, aparentemente de matiz, entre las tres definiciones podría hallarse indicándonos el valor plurifuncional del que se hubiera ido dotando dicho espacio a lo largo del siglo. Primero específicamente para vestidos, después también para piedras preciosas y, finalmente, sin la necesidad de especificar qué era lo que en

ella se podía encontrar. Lo que se traduce en una contradicción con respecto a las tradicionalmente consolidadas afirmaciones que han basado la evolución en la distribución de los interiores de las viviendas durante el siglo XVIII en una fuerte especialización funcional de sus estancias.

Respecto al gabinete, la teoría arquitectónica indicaba lo adecuado de su ubicación en un ángulo del plano, disfrutando siempre que fuera posible de un vano hacia el jardín. Éste le iba a aportar iluminación natural sin necesidad de prescindir del silencio y la calma que tan difícilmente se conseguían en las piezas cuyas ventanas miraban hacia la calle. En el *Diccionario de Autoridades* era presentado como una pieza o aposento, propia de “palacios o casas de los principales señores, en lo más interior de ellos, destinado a su recogimiento o a tratar negocios particulares y discurrir sobre ellos”<sup>360</sup>; asimismo, se trataba también de “la pieza que suelen tener las señoras para peinarse y componerse: cuyas paredes suelen estar adornadas de espejos, pinturas y figuras pequeñas y otras semejantes bujerías que la hacen vistosa y divertida”<sup>361</sup>.

Su destino al uso por ambos sexos, así como su multifuncionalidad se reflejaban igualmente en el *Discurso sobre la comodidad de las casas que procede de su distribución exterior e interior* redactado por don José María de Aguirre, marqués de Montehermoso, y que aparece dentro del *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País de 1766*. Debía formar parte de las piezas que componían la que se denominaba como habitación de retiro. Es decir, aquella:

“que se consagra a la vida del amo y ama de casa, y en ella no se admitirá nada que pueda motivarles sugestión o ceremonia [...] Esta habitación debe a lo menos componerse de una antesala, de una pieza de compañía, de un cuarto de dormir y gabinetes, así para vestirse y peinarse, como para estudiar, escribir y guardar los papeles de la casa que deben estar más a mano”<sup>362</sup>.

Un retiro en el que desarrollar prácticas relativas al arreglo personal, pero también al culto de lo intelectual.

---

<sup>360</sup> *Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1734

<sup>361</sup> *Ibidem*

<sup>362</sup> AGUIRRE, J. M. de (Marqués de Montehermoso): “Discurso sobre la comodidad de las casas que procede de su distribución exterior e interior”, *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País de 1766*. Vitoria, Tomás de Robles, 1768

La letrina constituía no tanto una pieza propiamente dicha, como una infraestructura con una comunicación subterránea a través de la que poder echar las inmundicias y excrementos. Dependiendo del tratado, la letrina del apartamento de comodidad puede aparecer sustituida por un retrete; definido este último por el *Diccionario de la Real Academia* en todas sus ediciones para el siglo XVIII como “cuarto pequeño en la casa, o habitación, destinado para retirarse”; mientras en el *Diccionario de Terreros y Pando* aparecía como el “lugar o cuarto separado para hacer las necesidades comunes”. Una pieza de pequeño tamaño a la que retirarse, ya contara o no con la infraestructura higiénica sanitaria de la letrina, para realizar las necesidades escatológicas.

Arquitectónicamente, la construcción de la letrina se recomendaba aprovechando el hueco que dejaba la escalera.

Esta tipología de apartamento respondía en su conjunto a una determinación sexual, expresada de forma explícita en las definiciones dadas para el gabinete. Las grandes casas contaban con el apartamento de comodidad masculino y con el femenino, destinados al señor y la señora de la casa respectivamente -aunque también con algún otro conjunto de piezas destinado para los hijos o a los posibles invitados-. Dicha diferenciación sexual venía sustentada sobre los tradicionales planteamientos que emanaban desde la teoría moral católica, por la que los dos sexos debían mantener sus propios espacios separados entre ellos. El objetivo explícito detrás de este tipo de estructuras, reconocibles en palacios de la monarquía -donde se distinguían las casas del rey y de la reina, no sólo en el sentido organizativo de la institución, sino en la distinción de espacios dentro de palacio- y en las casas de la aristocracia tradicional, era la separación física entre los sexos. Se evitaban así las naturales relaciones entre mujeres y hombres, consideradas por los moralistas como semillas de pecado. Unas estructuras que analizadas en perspectiva perderían el grado absoluto de modelos novedosos que se desarrollaron ampliamente en el siglo XVIII, buscando aportar a cada uno de los sexos “habitaciones propias”, utilizando el título del ensayo de Virginia

Woolf<sup>363</sup>, para disfrutar de la intimidad y la individualidad. Y donde hallamos la permanencia de la tradición moral más conservadora, baluarte del sistema patriarcal.

Apartamentos de comodidad y de respeto iban a disfrutar para el uso en común de piezas como el oratorio, la librería o la galería. Francisco Antonio Valzania lo expresaba de la siguiente manera en lo que tenía que ver con las habitaciones de Grandes y Títulos: “ [...] son necesarias algunas [piezas] de uso común a todos los apartamentos, como son Oratorio, librería, galería, etc.”<sup>364</sup>. Espacios que adquirirían ya un carácter que se alejaba del propio que se atribuía a las piezas de comodidad y que estaban concebidos para abrirse a un visitante al que exhibir su contenido. Elementos preciosos relacionados con la religiosidad y la devoción de la familia, en el caso del oratorio, y colecciones de diferentes tipos –libros, pinturas- fundamental y respectivamente en la librería y la galería.

Respecto a la librería, en el *Discurso* de la Sociedad Económica Bascongada<sup>365</sup>, se decía que la librería ideal debía hallarse orientada hacia el Norte, con el objetivo de beneficiarse de las propiedades de sus vientos, que no permitían que se criaran polillas que deterioraran el papel. No obstante, matizaba, siguiendo, una vez más, a Vitruvio, la conveniencia, asimismo, de que miraran hacia Levante, debido a las prácticas para las que estaban destinadas: “porque su uso pide la luz de la mañana”. La materialización dentro de la casa de ambos presupuestos requería dos piezas diferentes, una para el depósito de los libros y archivo de los documentos, orientada hacia el Norte, y la destinada al estudio, que mirara “al Oriente”.

Las galerías debían orientarse mirando hacia la parte donde la vista fuera más agradable; un jardín, siempre que existiera esa posibilidad, al que poder asomarse a través de los correspondientes ventanales, y de cuyo sosiego poder disfrutar. Y desde donde penetrara la luz adecuada, que contribuyera en el disfrute visual de las obras de arte expuestas en dichos espacios.

---

<sup>363</sup> WOOLF, V.: *Un cuarto propio*. Traducción de M. Milagros Rivera Garretas Madrid, Horas y horas, 2003

<sup>364</sup> VALZANIA F. A.: *Instituciones...* Op. cit., p. 74

<sup>365</sup> AGUIRRE, J. M. de (Marqués de Montehermoso): “Discurso sobre la comodidad...” Op. cit.



Finalmente, la vivienda necesitaba contar con una serie de servicios que atendieran a las necesidades de almacenaje, cocheras, establos o caballerizas, así como a una de las principales, la manipulación y preparación de los alimentos. Para su ubicación se recomendaban alas apartadas de la zona principal, con el fin de evitar los molestos ruidos y olores procedentes de aquéllas. Se insistía aquí, una vez más, en la idoneidad de una orientación adecuada. Cocinas que miraran hacia el Norte, para proteger los alimentos de las altas temperaturas; caballerizas hacia el Sur, con el objetivo de beneficiarlas de la falta de humedad y cocheras a Poniente, evitando que el sol dañara las carrocerías. Por otra parte, se debía tener asimismo en cuenta, que las cocinas tuvieran la posibilidad de verter directamente hacia la calle –para deshacerse de aguas y desperdicios generados de los usos llevados a cabo en ellas-, ubicándolas siempre en un extremo del plano, y que las caballerizas tuvieran acceso directo desde la calle, para no tener que pasar con mulas y caballos por zaguanes y patios, susceptibles de los males producidos por el estiércol. En poco se alejaban los planteamientos propuestos relativos a las cocinas, de los que presentara Bartolomeo Scappi<sup>366</sup> en el siglo XVI -1570- para la configuración del espacio culinario ideal respecto al ámbito palaciego, así como de las estructuras definidas por Francisco Martínez Montañó<sup>367</sup> a comienzos del siglo XVII -1611-. Según este último, en referencia tomada de Carmen Abad Zardoya: “la cocina ideal no debiera estar debajo de ninguna otra estancia, sino retirada de las zonas de habitación, bajo un cobertizo de madera. Cuando no fuese posible, convendría dotar a sus dependencias de un techo abovedado y una serie de vanos practicados en lo alto de las paredes, que debieran enjalgarse periódicamente”<sup>368</sup>

Pese a su dificultad de enmarcarlas dentro de alguno de los tres grupos de aposentos definidos, la tratadística reservó cierto espacio para teorizar acerca de las dependencias relacionadas con las actividades profesionales y los negocios. Se reflejaba así la estrecha convivencia existente aún en aquel período entre habitar y trabajar. Las viviendas de determinados profesionales debían contar con algunos espacios para

---

<sup>366</sup> SCAPPI, B.: *Opera*. Traducción al español, Gijón, Trea, 2004

<sup>367</sup> MARTÍNEZ MONTIÑO, F.: *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería*. Primera edición de 1611. Barcelona, Imprenta de María Ángela Martí viuda, 1763

<sup>368</sup> Vid. ABAD ZARDOYA, C.: “Herramientas curiosas para cosas particulares y extraordinarias. Tecnología, espacios y utillaje en la cocina histórica española”, MOYANO, I. y SIMÓN PALMER, C. (coords.): *La cocina en su tinta. Libros e imágenes en la Biblioteca Nacional de España*. Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2010, p. 95

desarrollar aquellas actividades que implicaban la reunión y el despacho con socios, clientes, la visita de pacientes, el archivo de documentos relacionados con el trabajo, la custodia de dinero. La ubicación de estos despachos, estudios, y en el caso de los comerciantes y artesanos, tiendas, obradores y talleres se planteaba independiente de las estancias que componían la habitación propiamente dicha, a ser posible en un piso distinto, la planta baja. De forma que, se mostraba aquí la intencionalidad de mantener espacialmente por separado estas dos actividades, para, según expresaba Valzania que la vivienda principal quedara “sin sujeción” y las piezas destinadas al trabajo “con más sosiego y libertad”<sup>369</sup>.

Las piezas de tránsito fueron elementos que se comprendieron, asimismo, esenciales dentro de la distribución interior de la vivienda. Entradas, escaleras, patios y corredores iban a cumplir con la función de facilitar el desplazamiento dentro de la casa, tomándose muy en cuenta que su disposición contribuyera a evitar tener que cruzar o atravesar las estancias de habitación o estar propiamente dichas. Los corredores eran indispensables para comunicar, a la vez que para mantener aisladas las diferentes zonas de la casa. Su desarrollo permitió dotar a la vivienda de una distribución compleja, donde se privilegiaba la separación de los diferentes aposentos que componían su planta, en beneficio de valores en fase, aún entonces, de definición como la privacidad y la intimidad. No se trataba de entorpecer la circulación entre estancias, sino de facilitarla, manteniendo un pertinente aislamiento entre las piezas que favoreciera la práctica de las actividades llevadas a cabo en el interior de cada una de ellas por parte de los distintos moradores.

Un papel sustancial era, igualmente, el que se atribuía a las escaleras secundarias. De medidas inferiores a la principal, cubrían el paso desde las piezas de servicios de la planta baja a las de habitación de los moradores en la planta principal. Estaban concebidas para el uso, fundamentalmente, de los miembros del servicio; que podían mediante ellas acceder de un modo más rápido –por tratarse de un trayecto más corto que el recorrido que exigía transitar por la escalera principal y los correspondientes aposentos de recibo que la sucedían- a atender la llamada y necesidades de sus amos. A lo que se debe añadir el evitar la innecesaria interrupción por parte de criados y criadas

---

<sup>369</sup> VALZANIA F. A.: *Instituciones... Op. cit.*, fol. 75

de las actividades que se estuvieran desarrollando en estancias donde no habían sido requeridos.

Observamos cómo los planteamientos emanados desde estos tratados, aún incluso los que no reducían su contenido a viviendas principales, sino que prestaban también atención a las propias de grupos socio-económicos inferiores, dejaban a un lado la tipología constructiva preeminente en Madrid, las casas de pisos donde cada cuarto estaba ocupado por un individuo o familia. Sus teorías abogaban por la vivienda, llamémosla, “unifamiliar”. Es decir, la que, ya constara de una sola planta o de varias alturas, según las posibilidades espaciales ofrecidas por el terreno la hubieran permitido erigir y distribuir, estaba dirigida a la habitación de un único individuo o familia. De ahí que las descripciones relativas a la distribución de los interiores permitieran la distribución en varios planos, situando piezas como la cocina, la despensa, la repostería y el “comedero” o comedor en la planta baja y reservaran la principal para las que formaban parte de la habitación del morador. Una fórmula mediante la que separar los espacios que contribuían a cubrir la necesidad de alimentarse, de los que formaban parte ciertos elementos como el agua o el fuego, que se entendía conveniente mantener apartados de las piezas de estar, por las incomodidades o peligros que podían generar.

No obstante, al comedor, como pieza atribuida de diferentes connotaciones con respecto a las anteriormente mencionadas, se le dotaba de cierta proximidad con la cocina para facilitar el traslado de los alimentos recién preparados y que llegaran a la mesa en las más óptimas condiciones, fundamentalmente de temperatura. La proximidad que se plantea entre cocina y comedor, situados ambos en un plano diferente al principal de la vivienda, es indicativa de que podía tratarse de una vivienda diseñada para personas cuya condición social les permitiera sentarse a comer a tan escasa distancia de un lugar como la cocina. Hecho que poco tenía que ver con las pautas de comportamiento asociadas a los miembros de la aristocracia; cuyos comedores se insertaban formando parte de las piezas que componían la zona más noble de la casa, la de respeto. Lo que les permitía permanecer apartados con una distancia suficiente de unos espacios los cuales eran únicamente atendidos y frecuentados por los miembros del servicio.

El tránsito desde una cocina situada en la planta baja a un comedor en la principal se realizaba a través de alguna de aquellas escaleras secundarias a las que ya se hiciera referencia anteriormente. Las cuales iban a agilizar la conexión, con respecto al recorrido que implicaba desplazarse por las zonas “principales”.

No obstante, adaptándose así a las condiciones que pudiera imponer el clima, se recomendaba que en las regiones donde en verano se llegaban a alcanzar temperaturas muy elevadas, en la planta baja de la vivienda se reservara, siempre y cuando se contara con terreno para ello, alguna pieza que los señores pudieran habitar durante dichos meses. Así, se mencionaban los aposentos de la planta baja, el comedor, o las alcobas, que se beneficiaban del frescor del cual se disfrutaba dentro del edificio a ras de suelo, con respecto a las habitaciones en altura. También podían distribuirse en ella algún aposento destinado para la habitación de los criados, la que sistemáticamente tendía a emplazarse en una segunda planta, que si no constituida en buhardilla, solía estar dotada de una altura de techo inferior a la de las plantas baja y principal.

En definitiva, unos presupuestos presentes y consolidados en el plano de lo teórico a finales del siglo XVIII que poco tenían de novedosos respecto a la teoría relativa a la arquitectura doméstica clásica que de forma exhaustiva propusiera Andrea Palladio respecto a la distribución de las piezas en el siglo XVI. Reproducimos aquí un amplio fragmento de este autor, donde ya Beatriz Blasco estableciera las claves respecto a la forma de distribuir y acomodar la vivienda moderna:

“A fin de que las casas sean cómodas para el uso de la familia... se deberá tener mucho cuidado no sólo en las partes principales, como son las logias, salas, patios, estancias magníficas y amplias escaleras, luminosas y fáciles de subir, sino que también las partes más pequeñas y feas sean lugares apropiados para servicio de las mayores y más dignas.

... en los edificios algunas partes deben ser respetables y nobles y otras menos elegantes, pero sin las cuales las susodichas no podrían quedar despejadas, y perderían así parte de su dignidad y belleza... nosotros al edificar colocaremos las partes principales y respetables en lugares manifiestos y las menos hermosas en los lugares más ocultos que sea posible a nuestra vista; porque en ellas se pondrán todas las fealdades de la casa y todas aquellas cosas que pudieran molestar y en parte menoscabar las partes más bellas. Por lo cual alabo que en la parte más baja del edificio, que yo hago un poco subterránea,

estén dispuestas las bodegas, las leñeras, las despensas, las cocinas, los tinelos, los lugares de planchado o colada, los hornos y demás sitios semejantes que son necesarios para el uso cotidiano. De lo que se sacan dos ventajas: una es que la parte de arriba quede toda libre y la otra, no menos importante, que dicho orden de arriba quede sano para habitar, estando su pavimento lejos de la humedad de la tierra; además de que, al elevarse, tiene más bella gracia al ser visto y al mirar afuera. Después, en el resto del edificio, se tendrá en cuenta que haya habitaciones grandes, medianas y pequeñas, y todas una junto a la otra, para que se puedan utilizar conjuntamente. Las pequeñas se dividirán por la mitad para camerines donde se dispongan los estudios o bibliotecas, los arneses de cabalgar y demás elementos que necesitamos cada día y no es bueno estén en los dormitorios, comedores o recibidores. Pertenece también a la comodidad que las habitaciones de verano sean amplias y espaciosas, y orientadas al Septentrión; y las de invierno al Mediodía o Poniente, y que sean más bien pequeñas, puesto que en el verano nosotros buscamos sombra y viento, y en invierno sol, y las habitaciones pequeñas se calientan más fácilmente que las grandes. Pero aquéllas de las que nos queramos servir en primavera u otoño estarán orientadas hacia levante y tendrán vistas a jardines y vergeles. A esta misma parte darán también los estudios o bibliotecas, porque se usan más que nada por la mañana. Las habitaciones grandes con las medianas, y éstas con las pequeñas, deben estar de tal manera distribuidas que una parte de la construcción corresponda a la otra y así todo el cuerpo del edificio tenga cierta conveniencia de miembros que lo haga bello y agradable. Pero como en la ciudad casi siempre los muros de los vecinos, o las calles y plazas públicas, asignan ciertos límites, más allá de los cuales el arquitecto no puede extenderse, es necesario adecuarse según la situación de los sitios...”<sup>370</sup>.

Sin embargo, ya era consciente el prestigioso tratadista del condicionamiento que suponía el urbanismo de las ciudades. Tal y como observaremos en el apartado destinado a la materialización real de las viviendas en Madrid, este tipo de estructuras se hallaban limitadas a construcciones que iban a servir de habitación a las familias de las elites aristocráticas y nobiliarias. Para el resto de los casos, todas las dependencias, si como veremos, realmente se llevaron a cabo distribuciones tan exhaustivas, se hallaban enmarcadas en la superficie aportada por un cuarto de mayor o menor amplitud, enmarcado a su vez en un edificio que lo estaba por su parte entre los que componían su manzana.

---

<sup>370</sup> PALLADIO, A.: *Los cuatro libros... Op. cit.*, Libro II, cap. II, “De la distribución de las habitaciones y otros lugares”, p. 149-150. Citado por Beatriz Blasco Esquivias en su ponencia “Vivir y convivir: Familia y espacio doméstico en la Edad Moderna”, dentro del Simposio “La casa en la Edad Moderna”, celebrado en Granada entre el 26 y el 28 de marzo de 2014

## 2. La regulación de la práctica madrileña: Tratados sobre ordenanzas

Entender la vivienda en toda su complejidad requiere, además de prestar atención a las estructuras que conformaban los interiores domésticos, atender a la interrelación que se establecía entre dichos inmuebles y el contexto urbano en el que la casa se insertaba y del que formaba parte, observando cómo ambas materialidades se influían mutuamente.

Para ello resulta fundamental el análisis de las ordenanzas municipales. En el caso de Madrid no se contó con unas Ordenanzas legalmente aprobadas durante todo el período moderno. Así, los libros de Juan de Torija y Teodoro Ardemans deben ser siempre comprendidos como tratados. Sin embargo, al no existir un texto sancionado, aquellos gozaron de una amplísima difusión en el terreno práctico, sirviendo de corpus sobre el que apoyarse los profesionales de la arquitectura en la ejecución de las obras, así como de pautas que seguir a la hora de solucionar litigios en el terreno de la construcción y el urbanismo por parte de las justicias.

Históricamente, las disposiciones en torno al municipio madrileño habían prestado una escasa atención a lo relativo a la construcción de edificios. En el *Fuero de Madrid*, otorgado por el rey Alfonso VIII en 1202; la *Recopilación de Ordenanzas de la villa de Madrid y su término* (1500) y una vez instalada la Corte en Madrid, en el *Pregón general para la buena gobernación desta Corte* (1585), los temas arquitectónicos eran pasados por alto. Se hubo de esperar hasta 1591, cuando la recién creada Junta de Policía y Ornato Público diera a conocer el *Bando de Policía*. Aquí, por primera vez, se hacía referencia a la construcción de la ciudad. Se contemplaba el crecimiento de la villa, a la vez que se exigía un control sobre los nuevos edificios. A partir de entonces, aparecieron algunos autos relacionados con la edificación<sup>371</sup>.

Sin embargo, no fue hasta mediados del siglo XVII cuando Juan de Torija publicara su *Tratado breve sobre las ordenanzas de la villa de Madrid y Policía de ella*.

---

<sup>371</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas...* Op. cit. Edición Facsímil a cargo de Pedro Navascués Palacios, pp. 15-23.

Una aproximación a cómo se trata el tema de la arquitectura urbana en las ordenanzas de otras ciudades españolas en LEÓN TELLO, F. J. y SANZ SANZ, M. V.: *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994, pp. 64-71

La primera edición está fechada en 1661, pero se reimprimió hasta cuatro veces más en los años 1664, 1728, 1754 y 1760. A esta publicación vino a sumarse en 1719 el trabajo de Teodoro Ardemans *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, aparejador de las Obras Reales y de las que se practican en las ciudades de Toledo y Sevilla*. También éste tuvo una amplia difusión y uso práctico, constatados a través de su reimpresión hasta en doce ocasiones a lo largo de los siglos XVIII y XIX, hasta que, finalmente, en el año 1847 se dieran las *Nuevas Ordenanzas de Madrid*.

Primero a través del texto de Torija y, después, con ciertas modificaciones, añadidos y matices intencionados en el compendio de Ardemans, pasaron a circular en formato impreso apuntes que durante décadas se habían difundido de forma manuscrita<sup>372</sup> entre los profesionales de la arquitectura, y que habían servido para sentar las bases en la construcción del Madrid moderno. No obstante, según concluye de su amplia investigación Beatriz Blasco, el Ayuntamiento se mostró reticente a la hora de sancionar legalmente propuestas procedentes de la iniciativa privada y debió incentivar mediante sus propios cauces la redacción de unas Ordenanzas que nunca llegaron a ver la luz.

Los tratados de Torija y Ardemans tenían un carácter eminentemente práctico, como instrucciones para arquitectos y alarifes en el desempeño de su labor, que los dotaban de un valor funcional el cual los alejaba, las más de las veces, del grado literario adquirido por los tratados sobre arquitectura mencionados en el apartado anterior. Sus presupuestos atendían a las necesidades reales generadas en la realización de una obra con respecto a la problemática urbana. No obstante, su compilación impresa por parte de Juan de Torija y por Teodoro Ardemans, con una clara intencionalidad de convertir sus respectivos escritos en normativa legal, llevó al segundo a incidir ya en el título de su publicación, en la influencia que sobre aquel trabajo tenían las regulaciones municipales de las ciudades de Toledo y Sevilla. A la vez que les llevó a dotarles de un aire literario, por el que ambos autores fueron capaces de transmitir su formación académica basada en textos clásicos. Según Pedro Navascués, ya cuando don Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, se lamentaba de lo “ayunos” que estaban los arquitectos

---

<sup>372</sup> BOUZA ÁLVAREZ, F.: “Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 18 (1997), pp. 31-50; *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid, Marcial Pons, 2001

españoles de conocimientos teóricos y lo poco dados que eran tanto a escribir como a leer sobre estos temas, señalaba algunas excepciones. Entre ellas se encontraba Juan de Torija<sup>373</sup>.

Asimismo, los inventarios de bienes que se realizaron con motivo del fallecimiento y reparto de la herencia de Teodoro Ardemans, en 1726 y 1733, respectivamente, han permitido analizar su biblioteca privada, pudiéndose corroborar que, entre un amplio número de obras relativas a Arquitectura, Matemáticas y Geometría, principalmente, se encontraban los textos de autores como Vitruvio, Serlio, Palladio o Leon Baptista Alberti; a cuya autoridad en la materia hacía alusión en los tratados que centran nuestro interés<sup>374</sup>:

“(…) Así lo confesó el príncipe de esta arte M. Vitrubio (que escribió el justamente celebrado *Tratado de Arquitectura* casi dieciocho siglos ha, en los tiempos de Julio César) en el libro I. cap. I. al fin, después de haber puesto las Ciencias, virtudes y partes que forman un verdadero arquitecto concluye, debe estar adornado y ejercitado en todas las erudiciones”<sup>375</sup>.

Sin embargo, la materialización de aquellos preceptos que emanaban desde las voces de autoridad que constituyeron los clásicos precitados, quedaba, tal y como se vio en el apartado anterior, muy alejada de la realidad que permitía el urbanismo madrileño. Los aspectos correspondientes a la iluminación y la ventilación de las viviendas a través de determinadas orientaciones en las construcciones y sus vanos eran inviables en parcelas de reducido tamaño, insertas dentro del abigarrado urbanismo de la capital. Es precisamente aquí -en la aparición de ciertas directrices de mero carácter teórico y tan alejadas de las posibilidades reales de Madrid, dentro de un tipo de literatura eminentemente práctica- donde algunos expertos en la materia han considerado observar, la intencionalidad por parte de sus autores de mostrar su formación y conocimientos adquiridos no sólo a pie de obra, sino a través de un aprendizaje teórico y academicista.

---

<sup>373</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas...* Op. cit. Edición Facsímil a cargo de Pedro Navascués Palacios, p. 9.

<sup>374</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Una biblioteca “modélica”. La formación libresca de Teodoro Ardemans (I)”, *Ars Longa*, 5 (1994), p. 74

<sup>375</sup> ARDEMANS, T.: *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas...* Op. cit., fol. 2



Era imposible que un cuarto de los que predominaban cuantitativamente en el paisaje residencial de la corte madrileña durante la segunda mitad del siglo XVIII pudiera beneficiarse con las propiedades de iluminación y salubridad que la orientación hacia cada uno de los puntos cardinales habían de dotar a las diferentes piezas o aposentos que debían componer una vivienda.

“El edificio ha de estar plantado en terreno dominante, donde el sol y el aire se experimenten, eligiendo la principal fachada al Mediodía; y también los lugares de ministerio, como son cocinas, baños, amasaderos, tahonas, lavaderos y otros semejantes. Al Oriente es muy del caso estén los aposentos de estudios, librerías, galerías y aposentos de deleite. Al Norte todo género de despensas, graneros, retretes y lugares que necesitan de constante luz y sano aire”. “Que toda casa que estuviere en población en calle muy angosta, que por su altura no la bañe el sol, ni la combata el aire, no es sana para habitarla”<sup>376</sup>.

Si fuera por el párrafo anterior, podríamos incluso llegar a considerar que Teodoro Ardemans olvidara por un momento cuál era la población sobre la que estaba tratando. Una prueba fidedigna de la traslación a su texto de ideas y planteamientos generales tomados directamente de otros autores y libros. A la vez, que se hacían presentes aquellas ideas que reflejaban toda una corriente de estudio acerca de las incidencias del clima en las enfermedades<sup>377</sup> y la difusión de diferentes teorías sobre las influencias del aire en el ser humano<sup>378</sup>.

La orientación dada a los edificios era fundamental para conseguir estancias más o menos luminosas, que se adaptaran funcionalmente a los usos prácticos que se iban a hacer de ellas. El sol se valoraba principalmente por su cualidad como regulador térmico, fuente de calor, a la vez que de iluminación, en espacios que en muchas ocasiones carecían de otros elementos artificiales que realizaran aquellas funciones – entendiéndose, chimeneas, estufas, lámparas, etc.-.

---

<sup>376</sup> ARDEMANS, T.: *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas...* Op. cit., fol. 73-75.

<sup>377</sup> En ciudades como Barcelona, siguiendo las directrices de la Societé Royale de Médecine francesa, se llevaron a cabo estudios sistemáticos de sobre la influencia del clima en las enfermedades. Ver GIMÉNEZ LÓPEZ, E.: “La Academia Médico-Práctica de Barcelona y los problemas de salubridad de una gran urbe”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 29 (2011), pp. 61-101

<sup>378</sup> ARBUTHNOR, J.: *An essay concerning the effects of Air in human bodies*, London, J. Tonson 1733

Pero, no sólo habría de tenerse en cuenta lo relativo a “las luces”, asimismo, debían evaluarse los vientos a los que la casa quedaba expuesta. La ventilación estaba considerada una medida higiénica fundamental, de imprescindible práctica en espacios de convivencia donde se reunían personas, se concentraban los vapores producidos por los diversos procedimientos de preparación de los alimentos, se debían conservar estos últimos... Muchas viviendas contaban con lugares específicos, no propiamente habilitados para la habitación –cuevas y sótanos-, que estaban destinados con frecuencia al almacenaje de, entre otros elementos, alimentos. Con el objetivo de su conservación en las mejores condiciones de calidad, era indispensable que dichas cuevas y sótanos se hallaran dotados de unos niveles de iluminación y ventilación adecuados. Para ello, los tratados sobre ordenanzas urbanas contemplaban: “Puede cualquiera hacer lumbreras para que reciban luz sus cuevas o sótanos, y que el aire por estos rompimientos vaporice”<sup>379</sup>.

Por su parte, los tratados para ordenanzas supieron prestarle también la debida atención a las infraestructuras propias del saneamiento de los edificios residenciales que afectaban directamente a la calle. Al fin y al cabo, se trataba de regular sobre todo aquello que condicionaba directamente el paisaje urbano. Así, se prestó atención a la evacuación de residuos. La tradicional costumbre de arrojar todo tipo de desperdicios e inmundicias desde las ventanas hacia calles, patios o callejones -específicamente creados algunos de ellos- entre edificios para depositar estos desechos a la voz de *agua va*<sup>380</sup>, generaba una serie de problemas que afectaban a la salud pública, a la vez que a la buena convivencia entre vecinos y a la imagen que se ofrecía de la ciudad a los visitantes que llegaban hasta ella.

La acumulación de basura que se producía en las calles generaba, dentro de su proceso de descomposición, un ambiente infecto que contribuía en la aparición de insectos y otro tipo de animales –como las ratas transmisoras de enfermedades- que se desarrollan en estos ambientes, donde el predominio de la suciedad era la causa de la propagación de plagas. Pero, también un aire contaminado por los desagradables olores,

---

<sup>379</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas de la villa de Madrid y Policía de ella*. Madrid, Pablo de Val, 1661, fol. 103

<sup>380</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: *¡Agua va!... Op. cit.*

que en absoluto se correspondía con la calidad pura exigida en los tratados médicos para el bienestar de las poblaciones.

Las soluciones técnicas que se planteaban eran las construcciones de *conductales*<sup>381</sup> y canales a través de los que conducir y verter aguas e inmundicias a las calles. Éstas eran aplicables a las casas que tenían vanos en las fachadas exteriores de los edificios, sin embargo, en los casos que vaciar hacia la vía pública fuera imposible – por tratarse de cuartos interiores-, se debía instalar un sumidero en medio del patio o del corral de la casa destinado al depósito de tales vertidos. Siempre que una obra de estas características se llevara a cabo, tenía que guardarse la distancia preceptiva de doce pies entre la misma y los pozos para el abastecimiento de agua vecinos. Y en el caso de que tal distancia no existiera, el sumidero tendría que reforzar su estructura dotándose de una solidez e impermeabilidad suficiente como para prevenir los riesgos que se desencadenaban por las filtraciones de aguas corrompidas en pozos de aguas dulces, que se utilizaban para beber, cocinar, lavar o regar las casas.

El mismo cuidado se había de guardar en la construcción de las secretas o letrinas, separándolas y aislándolas adecuadamente de los pozos de agua, además de atender a que se situaran en lugares reservados “de forma que el cierzo”, se decía “no lleve los vapores a la habitación”<sup>382</sup>.

La preocupación por el saneamiento urbano llevó a que a mediados de siglo - 1751-1752- se enviara a París y a Bruselas una comitiva de especialistas, encabezada por el arquitecto Jaime Bort, que pudiera observar y analizar los sistemas utilizados en las ciudades europeas y ser capaz de proponer un proyecto factible en su realización para Madrid. De los 136 folios que sobre el tema Bort presentó al ministro Ensenada, ha trabajado Beatriz Blasco<sup>383</sup>. El modelo se basaba en el uso de pozos negros que había de excavar en el subsuelo de los edificios con el fin de que allí pudieran almacenarse

---

<sup>381</sup> La cursiva es mía

<sup>382</sup> De las secretas o letrinas “esté reservada de la parte donde se situaren, de forma que el cierzo no lleve los vapores a la habitación y se haya de apartar de cualesquiera medianerías (...). Si por la parte que arrimare a las medianerías hubiere algún pozo, anteriormente fabricado allí, desde lo más profundo de la necesaria, se ha de hacer una pared de tres pies de grueso de cal y canto, de forma que no se puedan trasminar las hediondeses o vapores en los pozos de los vecinos. Y en caso que el sitio esté superior y salga a río o a arroyo se hayan de hacer sus minas anchas, para que por ellas se expelan las inmundicias y vapores”, TORIJA, J.: *Tratado breve... Op. Cit.*, fol. 45-47

<sup>383</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: *¡Agua val... Op. cit.*

temporalmente los residuos de carácter fecal. Se explicaba cómo dichos restos se iban a expulsar de la vivienda a través de unas “bocas de vertido” específicamente dispuestas para ello en los descansillos de las escaleras vecinales de las casas, que conectaban con la fosa séptica mediante una canalización. Los pozos deberían ser limpiados con una frecuencia periódica y los residuos trasladados desde ellos a espacios específicamente creados para su destino fuera de la ciudad. El diseño gráfico de esta infraestructura es enormemente ilustrativo de su funcionalidad<sup>384</sup>; sin embargo, una vez más, parece que los proyectos de reforma se quedaban, en eso, meros proyectos de difícil implantación debido a los costes económicos que suponía su materialización y la falta de interés por parte de una población que hubiera sido la encargada de correr con los gastos de forma particular en los inmuebles de su propiedad. Se percibe, así, un cierto modo de desatención por parte de unas autoridades que mostraban interés por los aspectos relativos al saneamiento y la higiene urbana, e invertían en que pudieran plantearse proyectos que los permitieran. No obstante, llegado el momento de la aplicación material de los mismos, no debieron utilizar los medios legales a su alcance para lograr implantarlos.

Un apartado especial fue el que se reservó para atender al tema de la construcción de hogares y chimeneas dentro de las viviendas. El modelo edificatorio de Madrid en casas de varios pisos dio lugar a convertir el riesgo de incendios en un mal comunitario, que podía afectar no sólo a la residencia donde se generara el fuego en cuestión, sino al resto del mismo inmueble y a sus colindantes. Las chimeneas eran más seguras cuando se labraban contra pared maestra, aunque, por el contrario, lo usual era que estuvieran colocadas contra cerramientos tramados de madera. Esta tipología debió favorecer incendios como el que se llegó a temer a comienzos de la década de los años 70, cuando la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando tenía su sede en el cuarto principal de la Real Casa de la Panadería: “aún construyéndose la nueva obra sin madera... quedaba el riesgo de que el cuarto principal de la Panadería padezca un incendio, porque a él arriman por uno y otro lado casas de madera”<sup>385</sup>. Temor sobradamente fundado cuando se observa el incendio que tuvo lugar en la Plaza Mayor de Madrid

---

<sup>384</sup> Publicado por BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Tradición y reforma en el Madrid de Fernando VI: la policía urbana y el progreso de la ciudad”, BONET CORREA, A. y BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Un reinado bajo el signo de la paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2002, p. 69

<sup>385</sup> Citado por BÉDAT, C.: *La Real Academia... Op. cit.*, p. 116

algunos años más tarde, a finales del siglo XVIII, y que generó un nuevo texto, en esta ocasión bajo la autoría del Maestro Mayor de obras de Madrid, Juan de Villanueva, en el año 1791, para regular en lo relativo a la construcción de casas en la capital y más concretamente para evitar estos sucesos. A través de unas páginas que intentaron cumplir con los requisitos legales para ser sancionadas y adquirir el carácter de ordenanzas, de las que aún carecía la capital<sup>386</sup>; se criticaba el predominante uso de madera en la construcción de edificios, así para sus paredes como para las techumbres. A la vez que aludía a la peligrosidad que entrañaban unos edificios que cada vez se proyectaban de mayor altura, donde el fuego se propagaba a gran velocidad sin hallar obstáculo alguno. Para evitar la propagación de fuegos, Villanueva proponía la creación de cortafuegos, es decir, la construcción de inmuebles dejando entre ellos distancia conveniente que dificultara en caso de incendio la difusión a través de las paredes medianeras.

El de la altura era un aspecto que afectaba asimismo a lo que el arquitecto Mayor denominaba la solidez del inmueble. Arremetía contra la existencia de edificios de hasta ocho plantas en zonas principales de la villa, como la calle Mayor, y establecía una altura máxima de tres pisos, incluyéndose en ellos posibles entresuelos y buhardillas; y siempre igual o superior a dos –cuartos principal y segundo-. Este modelo se modificaba para las casas que se fueran a edificar en los caminos de entrada o salidas de la corte, que sólo debían constar de cuartos bajo y principal. Todas éstas debían dejar además alguna “corraliza”, pero sin que ninguna tapia de esta última diera hacia la calle, quedando la vía compuesta únicamente por las fachadas de las casas y con espacio suficiente para la posible construcción futura de alguna plaza principal o iglesia.

Se establecían así una serie de medidas que habrían de cumplirse en la reconstrucción del lienzo de la Plaza Mayor que se incendió la madrugada del 17 de agosto de 1790, desde el arco de la calle de Toledo, siguiendo hasta la Puerta de Guadalajara y la cava de San Miguel<sup>387</sup>. Aquéllas fueron repetidas con frecuencia en los informes redactados por su autor, Juan de Villanueva, en las solicitudes de licencias de obras. Así, ante la propuesta de demolición y reedificación de una casa en la calle Mayor, con fachada también a la de Milaneses –número 1 de la manzana 417- en el año

---

<sup>386</sup> AHN. CONS. Leg. 3584, exp. 1

<sup>387</sup> AHPM. DG. 65

1795, se ratificaba en lo inadecuado de construir un piso cuarto, a la vez que instaba a construir abandonando los modelos tradicionales o antiguos, considerados defectuosos, y hacerlo con el objetivo de conseguir “el debido arreglo de una Corte”. Respecto a la construcción de entresuelos, apostaba por su adecuación para cubrir la necesidad de habitación que se generaba de los bajos compuestos por tiendas; dejando las habitaciones de los cuartos principales “desahogadas y cómodas para uso de las gentes pudientes”<sup>388</sup>.

Las escaleras de aquellos edificios constituyeron, igualmente, un punto de necesaria regulación. Como elemento comunitario, hecho para el servicio de los distintos vecinos de la casa, que tenían que transitarlas para acceder a sus cuartos, cada uno de ellos debía ceder parte del terreno de su vivienda, proporcional al tamaño de ésta, para la construcción de una escalera con la amplitud suficiente. Su anchura facilitaría el desalojo del edificio en caso de incendio, así como el tránsito de vecinos y muebles en el uso diario. Éste era sólo uno de los múltiples elementos cuyo uso y mantenimiento dentro de una casa de vecindad afectaban al conjunto de vecinos, obligándolos a establecer unas relaciones de convivencia, a las que ya se hiciera mención, que requerían de su regulación por parte de las autoridades pertinentes para reducir los posibles conflictos que se generaban en el devenir de la rutina cotidiana.

Así, el patio era un espacio sin techar, foco de ventilación e iluminación para los cuartos cuyas ventanas miraban hacia él, y en muchos casos destino de los vertidos de inmundicias que se generaban en las viviendas, tal y como hemos apuntado anteriormente. Por otra parte, cuando la casa contaba con fuente o pozo de agua para el abastecimiento de las viviendas que la componían, estos estaban ubicados en el patio; induciendo al contacto entre los vecinos que se acercaban hasta allí para proveerse de agua. Las fuentes constituían un elemento revalorizador del inmueble, a cuya existencia comenzó a otorgársele una enorme importancia en el siglo XVIII y que quedó patente en la información recopilada en los *Cuadernos de visita* que sirvieron para la redacción de la *Planimetría General de Madrid*:

---

<sup>388</sup> AVM. ASA. 1-54-38

“Manzana 289.

Parroquia de San Ginés.

Casa 14: Pertenece a la señora doña María Tomasa de Iriberry y es su tutor el señor marqués de Balbuena, su hermano. Ocupa dicho señor marqués el cuarto principal.

Tiene su fachada a la calle de Alcalá, hace esquina a la de los Peligros con la que linda por mano izquierda, por la derecha con el convento de monjas calatravas y por el testero con casa de herederos de doña Teresa Escobedo. Su fábrica moderna distribuida en cuarto bajo, principal y segundo a estilo de Corte. *Tiene fuente con agua de pie*<sup>389</sup>.

Casa 15: Pertenece a los herederos de doña Teresa Escobedo. Viven en ella en el cuarto bajo y es uno de ellos el señor don Joaquín de Escobedo, presbítero.

Tiene su fachada a la calle de los Peligros. Linda por mano derecha con casa de doña María Tomasa Iriberry, por la izquierda con casa del convento de monjas calatravas de esta Corte y por esta mano y testero con dicho convento. Su fábrica moderna distribuida en cuarto bajo y principal a estilo de Corte. *Tiene fuente con agua de pie*<sup>390</sup>.

El abastecimiento de agua a la vivienda desde dentro del propio inmueble, sin la necesidad de desplazarse a buscarla a fuentes y pozos públicos situados en las calles y plazas de la villa, suponía un enorme avance dentro del desarrollo de las condiciones de vida de los individuos, íntimamente ligado a los planteamientos procedentes desde el racionalismo ilustrado.

En el caso del portal, representaba un fenómeno espacial asentado entre lo privado y lo público en términos de uso y disfrute, aunque su propiedad pudiera atribuirse de forma clara a un propietario privado:

“el dueño de abajo puede alquilar todo el ancho que coge de su portal, con tal, que ha de dejar paso para que salga y entre el de arriba, no teniendo otra parte más que el sitio de abajo, porque si la hubiere, será obligado el vecino a mandarse por ella y no le pare perjuicio al de abajo”<sup>391</sup>.

Según aparece planteado en la obra de Juan de Torija, el propietario o inquilino del bajo tendrían que reservar una parte de dicho espacio para que los vecinos de los

---

<sup>389</sup> La cursiva es mía.

<sup>390</sup> AHN., FF. CC., Del. Hac. Hist., Leg. 27-1, exp. 9

<sup>391</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve... Op. Cit.*, fol. 63

cuartos superiores tuvieran acceso a sus viviendas. El tránsito continuo por parte de todos los que accedían y abandonaban el inmueble convertía al portal en lugar de depósito de basuras e inmundicias. En palabras del viajero británico William Dalrymple a su paso por Madrid en 1774, “(...) y esa habitación común a varias familias, sabe que la entrada está siempre sucia y desagradable; los accesos a esas casas son ordinariamente el receptáculo de toda clase de basuras”<sup>392</sup>.

Asimismo, es irremediable no reparar en los estragos que dicho tránsito debía causar en el desarrollo de cualquier tipo de actividad que estuviera siendo llevada a cabo por el vecino del cuarto bajo –con frecuencia de carácter comercial, ya que las plantas bajas de los edificios madrileños solían estar ocupadas por negocios de diversa índole– provocando la consecutiva desavenencia entre las partes implicadas. No obstante, siempre que se pudiera evitar tal circulación, por la existencia de otro lugar de paso, habría de usarse este último.

Pese a que situaciones de este tipo puedan llevarnos a considerar que ciertos valores, como la intimidad o la privacidad, se encontraban aún en estadios de escaso desarrollo, estos eran tenidos en cuenta en otros apartados de los tratados, donde podía apreciarse que el valor de lo íntimo comenzaba a ganar terreno en el ámbito de lo doméstico; es decir, que la intimidad empezaba a considerarse una necesidad que mujeres y hombres tendrían que encontrar cubierta dentro de sus viviendas.

La normativa establecía una serie de reglas concernientes a los modos de construcción de ventanas y balcones, los tamaños de los mismos, las distancias que habían de guardar con respecto a las construcciones vecinas... No se debe obviar que los vanos mencionados constituían la vía o canal fundamental a través del cual los moradores de la vivienda alcanzaban a ver más allá de las paredes que componían la estructura física de la casa, a la vez que, servían para que quienes pasaban por la calle pudieran percibir la composición de los interiores domésticos. Cumplían, por lo tanto, la función de medios de exhibición sobre los que se hacía necesario legislar para salvaguardar la privacidad de los moradores. Las siguientes medidas de actuación se vinculan directamente a lo planteado:

---

<sup>392</sup> DALRYMPLE, W.: “Viaje a España...” Op. cit., p. 663



“Si alguno labrare cerca de otro vecino, no puede abrir ventana que pase de cuatro pies de ancho; y esto se entiende en patio o corral, apartándose desde la medianería seis pies; y porque algunos quieren poner balcón o corredor, de que nace mayor registro, se debe poner un antepecho de hierro o barrotes clavos, al cerco de la ventana; y en caso de ser balcón voladizo o corredor, en tal caso se ha de apartar diez pies de la medianería. Y pareciendo que registra, aunque apartado, ha de subir a su costa la pared o cerramiento de dicha medianería, nueve pies en alto, hasta que no sean registrados los vecinos”<sup>393</sup>.

“Ábrense de ordinario las ventanillas o gateras hacia los patios, jardines, corrales o tejados, por querer gozar de las luces, no pudiendo hacerlo en daño del vecino, y caso que se abran, pueda en cada pieza dos ventanillas de tercia y cuarta, arrimadas a las carreras de los suelos, con sus redes de alambre muy fuerte, de modo que ni registren, ni ocasionen a que por ellas se echen bascosidades, ni se haga perjuicio a las viviendas, de que resultan pesares entre los vecinos. Débese atender antes que se lleguen a abrir, que el alarife vea si por otra parte sin registro puedan gozar de luz, abriendo buardas”<sup>394</sup>.

Asimismo, debido al importante número de monasterios existentes en Madrid, había de regularse el modo de construir junto a ellos, preservando el privilegio de estas comunidades religiosas y la “intimidad” de las actividades llevadas a cabo por quienes bajo la regla de la clausura vivían en aquellos espacios que aunaban las condiciones de institucionales y domésticos, a un mismo tiempo<sup>395</sup>. Desde la normativa se establecía que cualquier tipo de ventana de edificio que diera hacia un monasterio estuviera condenada, entiéndase, cerrada o ciega, con la finalidad de que sus habitantes no fueran “registrados”<sup>396</sup>.

Además de la ordenación de estructuras que propiciasen la convivencia en armonía entre vecinos, estaba el interés de que la armonía también se apreciara entre la vivienda y la vía pública, adaptando del mejor modo posible los elementos que formaban parte de la casa al entramado urbano. Se trataba de fusionar al máximo su coexistencia. El ceñirse, por ejemplo, a lo pautado por Torija en el capítulo XXX de su tratado, sobre la construcción y remodelación de fachadas, era fundamental para

---

<sup>393</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve... Op. Cit.*, fols. 76-77

<sup>394</sup> *Ibidem*, fols. 79-80

<sup>395</sup> Sobre el tema CAVALLO, S. y EVANGELISTI, S.: *Domestic institutional...Op. cit.*

<sup>396</sup> TORIJA, J.: *Tratado breve... Op. Cit.*, fol. 81

mantener esa armonía. Las fachadas de los edificios constituían las caras de los mismos y eran unas de las primeras imágenes que percibía quien llegaba a la villa. De ahí, que fuera de suma importancia el preocuparse por su estado, para que se mantuvieran dentro de los niveles de decencia que una capital requería.

Siguiendo en esa línea, se establecía que ningún vecino tuviera poyo en la puerta de su casa que sobresaliera en exceso de la fachada: “Ningún vecino puede tener poyo a la puerta de su casa, ni grada que salga de la tirantez de la fachada, más de cuatro dedos, ni recatón, ni postes o pilares delante de su puerta, ni empedrado, que levante más de aquello que acostumbran los cuarteros o empedradores por orden de la Villa”<sup>397</sup>. Y, asimismo, se criticaba que cuando se realizaba una construcción de carácter doméstico suntuosa, no se tuviera en cuenta cumplir con que la misma se erigiera respetando y adaptándose al contexto/marco urbano del que iba a formar parte: “Nacen conocidamente estos daños de los artífices, que al tiempo y cuando han de obrar algún edificio suntuoso, embarazados de lo grande, no previenen los daños de la República y yerros tan considerables de dichos edificios”<sup>398</sup>.

También se ponía cuidado en la forma en que tendrían que abrirse las puertas de las cocheras para no entorpecer el paso por la calle; siempre que fuera posible hacia dentro, y cuando no lo fuera “que doblen dichas puertas a los lados de la fachada, no embaraçando el paso, ni entrada a los vecinos medianeros”<sup>399</sup>. Dichas pautas se mantenían presentes aún en los informes que llegado el caso se emitían por parte del Ayuntamiento. Así, cuando en mayo de 1800 don José Eustaquio Moreno, del Consejo y Cámara de su majestad, solicitaba licencia para construir dos cocheras con cuarto principal y segundo en un solar que había comprado en la calle de los Pozos –número 7 de la manzana 466-, expresaba la necesidad de que pudieran abrirse hacia la calle las puertas de las cocheras. Desde el Ayuntamiento se le concedía permiso para ello “procurando que sus hojas se puedan doblar o arrimar a las paredes de la misma cochera y no a las de los vecinos, sin embarazar la calle cuando estén abiertas”, y remitían a lo

---

<sup>397</sup> *Ibidem*, fol. 138-139

<sup>398</sup> *Ibidem*, fols. 139-140

<sup>399</sup> *Ibidem*, fol. 137.

prevenido en la “ordenanza de Madrid escrita en el año 1664 por Juan de Torija y en la declaración que sobre ella hizo en el de 1719 don Teodoro Ardemans”<sup>400</sup>.

Con la misma finalidad, de no obstaculizar a los viandantes, ni la circulación de coches y caballos, quedaban establecidas las proporciones que habían de guardar aquellos balcones y rejas que sobresalieran de las fachadas y a los que anteriormente se ha hecho referencia.

### **3. El impacto de la Corte sobre la realidad de la villa**

“Es menester ir ennobleciendo este pueblo (...), porque cierto es cosa extraña con todo lo que se fabrica en él y gastan dineros en edificios, quán poco luce y se echa de ver, y todo esto a costa de no haber fabricado con orden ni en lugares que acompañen unos con otros, sino tan desbaratado todo que no hay donde tomarle tino; y convendría mucho (...) que las ruines casas, o chozas por mejor decir, que hay dentro de lo principal de la villa que o los dueños las reedificasen o se las tomasen por lo que valen”<sup>401</sup>.

“el peligro que tiene (para el ornato y decoro de Madrid) labrar cada uno por sólo su gusto y parecer (...) y de aquí viene que unas casas quedan bajas y otras altas, unas afuera y otras adentro, que causa gran deformidad y es contra policía y buen gobierno”<sup>402</sup>.

“la necesidad ineludible que la Corte tenía de un maestro mayor que supervisara el curso de las obras acometidas en Madrid, así templos como edificios civiles, y no sólo los dependientes de la Corona sino todos los que se fabricaran en el perímetro de la Villa, pues, al ser sede y residencia permanente del rey y sus ministros, competía a su primer arquitecto vigilar todas las construcciones, como asunto ligado al ornato y decoro de la Corte”<sup>403</sup>.

---

<sup>400</sup> AVM. ASA. 1-56-19

<sup>401</sup> Quejas elevadas por Juan de Herrera a Felipe II en 1582, citado por BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Tradición y reforma...” Op. cit., pp. 72, quien remite a ÍÑIGUEZ ALMECH, F.: “Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento*, XIX, 59-69 (1950), pp. 3-108

<sup>402</sup> Francisco de Mora, citado por BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Tradición y reforma...” Op. cit., pp. 72

<sup>403</sup> Parte del memorial elevado al monarca por Teodoro Ardemans en 1687. Reproducido por BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Sobre el debate entre arquitectos profesionales y arquitectos artistas en el barroco madrileño. Las posturas de Herrera, Olmo, Donoso y Ardemans”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 4 (1991), p. 175.

“Para nada se necesita más la Junta de Policía, sus estatutos y reglas que para la dirección de las fábricas de casas. En otras Cortes ninguno labra un palacio ni una casa sin conformarse con las ideas de la Junta, y atenta ésta a la hermosura y utilidad de la población le prescribe las medidas, y figura con que ha de fabricar; en Madrid cada uno labra a su genio y a su gusto, sin la menor atención a la hermosura del pueblo y sin que la Justicia pueda irle a la mano por falta de ordenanzas que establezcan el modo (...). De aquí nace la poca uniformidad en los edificios, la desigualdad en los altos y la fealdad disonante de sus muchos huecos; y no tiene duda que si las muchas casas que se han labrado en Madrid en estos últimos treinta años hubieran observado en sitio y orden alguna armonía empezara a ser una de las mejores poblaciones de la Europa”<sup>404</sup>.

Como se acaba de tratar, observamos que la construcción en Madrid se encontraba fuertemente regulada. Su condición de capital obligaba a mantener una estética que refrendara su estatus y que, aún a finales del siglo XVIII, sirviera de escenario para los distintos actos que exigía la presencia de la Corte.

Desde la instalación de la Corte en 1561 se había procurado dotar a la villa de la imagen que correspondía a tal condición. Así, a los preceptos a los que acabamos de hacer mención en el apartado anterior, se deben sumar otras iniciativas que llevaban asociadas un doble objetivo. Por una parte, contribuir en la creación de viviendas con capacidad para aposentar a los empleados de la Monarquía y al conjunto de población destinado a cubrir las necesidades generadas por todos los anteriores, y por otra, dotar físicamente a Madrid de un caserío propio de una villa con el rango de capital. Para ello se llevaron a cabo desde el principio medidas como la estipulada mediante la Real Cédula de 26 de marzo de 1565. Ésta conllevaba la exención temporal de la ya analizada Regalía de Aposento, para aquellos vecinos que comunicasen al Ayuntamiento su intención de reformar o construir de nueva planta su vivienda. Tal notificación tenía que registrarse en los libros del Archivo, junto a la distribución que se procedería de los interiores de la misma. Procurándose así la construcción de residencias cuya compartimentación en varios cuartos permitiera la habitación de más de una familia. Según afirmara Molina Campuzano, dicho documento especificaba que

---

<sup>404</sup> UZTÁRIZ, Marqués de: *Discurso sobre el gobierno de Madrid, la importancia de su ejecución y las ventajas que pueden producirse con utilidad del Real Servicio y del bien público*. Manuscrito fechado a 26 de noviembre de 1746, fol. 20-27; citado por BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Tradición y reforma...” Op. cit. p. 72

la casa nueva tenía que constar de tres piezas en la planta baja, además del zaguán, y de otras tres en la alta con su corredor<sup>405</sup>.

### 3.1 *Del ornato de la Corte*

El que ya para mediados del siglo XVIII aparecía consolidado como “estilo de corte”, en contraposición al “estilo de arrabal”, se detallaba en las características de cada una de las casas que fueron registradas en los *Cuadernos de Visita* de la *Planimetría General de Madrid*. Dos modelos diferentes que servían para distinguir una tipología propia de la urbe cortesana que escondía tras su razón de ser intereses estéticos, pero a la vez prácticos, en lo relativo a cubrir las necesidades de habitación de una población única. La que en su momento fuera la capital de un imperio y que en la actualidad ostentaba el más alto rango dentro de la Monarquía borbónica española.

¿Qué era el estilo de corte? ¿cuáles sus características particulares? Es difícil de definir. El caserío madrileño se caracterizó, en general, por su falta de uniformidad. De ello daban aún testimonio algunos autores costumbristas del siglo XIX. Para Mesonero Romanos, Madrid constituía “el agrupamiento más discordante de casas altas y bajas, estensas y diminutas y ridículas fachadas del peor gusto posible”,<sup>406</sup>.

Los encargados de velar por el buen hacer edilicio durante la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, los maestros mayores de obras municipales que debían autorizar con su visto bueno los proyectos constructivos que se presentaban al Ayuntamiento – Sachetti, Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva-, se esforzaron por que las construcciones se adaptaran a estructuras que contribuyeran en la estética y el adorno de la capital. Recuperemos aquí la propuesta planteada por Juan de Villanueva en aquel intento que realizó de Ordenanzas Municipales en 1791, donde abogaba por los edificios de tres alturas en las que consideraba zonas principales de la capital como la calle Mayor, diferenciados de aquellos que poblarían los arrabales “en las entradas y salidas de los caminos de Madrid”, cuya altura se reducía a las dos plantas.

---

<sup>405</sup> Referencia citada por BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Arquitectura y urbanismo... Op. cit.*, p. 48. Ver MOLINA CAMPUZANO, M.: *Planos de Madrid... Op. cit.*

<sup>406</sup> MESONERO ROMANOS, R.: *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Madrid, Dossat, 1990, p. LV

No es cuestión de volver sobre las demandas que se desprendían de los tratados y textos para ordenanzas analizados en el apartado anterior y que hemos enmarcado dentro del plano de la teoría. Lo que nos interesa son las realidades presentes en las solicitudes de licencias de obras por parte de los vecinos de la capital, donde, con frecuencia, reiteraban su intención de contribuir con la construcción o reforma propuesta al embellecimiento y ornato del paisaje madrileño.

De esta forma, en junio de 1766, don José Brun de Urbina, contador de nombramiento de la Mayor de Cuentas de su Majestad, solicitaba poder poner palenque para la ejecución de una obra en una casa de su propiedad en la calle de Fuencarral, a la que iba a incorporar “un pedazo de sitio”. Aquello implicaba igualar desde el cimiento la fachada para, según expresaba “la mejor vista y adorno”<sup>407</sup>.

También los duques de Medinaceli, quienes con fecha de 31 de mayo de 1783, obtuvieron licencia para reedificar la casa propiedad de la duquesa en la calle de Alcalá, esquina a la calle del Turco –número 1 de la manzana 273-. Aquellos, atendiendo a las que su apoderado, don Francisco Pozuelo, se refería como “insinuaciones hechas por el señor corregidor de esta villa”, aceptaron alzar un cuarto segundo en la citada casa “para la mayor hermosura, vista y armonía de dicha calle de Alcalá y sitio que dicha casa ocupa”<sup>408</sup>.

Asimismo, los Cinco Gremios Mayores de Madrid mostraban en 1791 su interés por reformar aquellas casas números 1, 2 y 3 de la manzana 506, a las que ya hiciéramos mención, destinadas para el uso de oficinas públicas y habitaciones de los principales empleados encargados de las Rentas Reales y la recaudación de los derechos de Alcabalas, Cientos y Millones. Su ubicación en la calle Ancha de San Bernardo añadía al interés por repartirlas y acomodarlas convenientemente, dotar a la calle de la imagen que la correspondía “mediante ser aquélla una de las principales entradas a la corte, que debe irse arreglando y estableciendo como corresponde”<sup>409</sup>.

---

<sup>407</sup> AVM. ASA. 1-44-70

<sup>408</sup> AVM. ASA. 1-49-125

<sup>409</sup> AVM. ASA. 1-52-2

Don José Tejada Ruiz, oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda de Indias, exponía en 1800 a través de solicitud de licencia de obras, que le pertenecía la casa número 11 de la manzana 5, sita en la calle de Santa Isabel y con vuelta a la de San Eugenio. La reforma iba a consistir en elevar una segunda habitación en la fachada que miraba a San Eugenio, que carecía en parte de ella<sup>410</sup>. En 1802 continuaba con la reforma del conjunto de casas que componían sus principales en la misma manzana –la número 5-. Exponía que “deseando darle la decoración tan recomendada para la mejor visualidad” deseaba proceder a la reforma de las casas números 8, 9 y 10 de la misma calle de Santa Isabel con vuelta a la calle de San Eugenio<sup>411</sup>.

No descartamos en absoluto que dicha intencionalidad se limitara, en buena parte de los casos, a cierto grado de retoricismo mediante el cual influir en una valoración positiva por parte de las autoridades pertinentes del proyecto propuesto. Si tenemos en cuenta la inexistencia de una normativa fija que sirviera de regla estricta a la que ceñirse, adornar la petición de licencia con la voluntad de aproximarse al máximo a lo que se consideraba “lo correcto”, influiría, tal vez, en el grado de corrección con el que fuera percibida y valorada por el responsable de autorizar la obra.

Como ocurriera durante el reinado de los Austria<sup>412</sup>, durante todo el siglo XVIII las calles de la capital seguían convirtiéndose en escenarios del teatro que constituía la Corte. Los monarcas de la nueva dinastía mantuvieron el gusto por representar su poder en el marco que ofrecían calles, plazas y fachadas de edificios. Entradas reales y desplazamientos de los reyes y su cortejo en la villa, la celebración de nacimientos de príncipes e infantes, bodas, proclamaciones, funerales y exequias exigían un Madrid engalanado a la altura de las circunstancias. La decoración de las residencias de la nobleza se encargaba a arquitectos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, como ocurriera con la ornamentación que se dispuso en la casa del marqués de Astorga, con motivo de las fiestas de proclamación de Carlos IV en 1789; o las arquitecturas efímeras, que por el mismo acontecimiento, fueron encargadas construir

---

<sup>410</sup> AVM. ASA. 1-56-35

<sup>411</sup> AVM. ASA. 1-56-65

<sup>412</sup> RÍO BARREDO, M. J. del: *Madrid, urbs regia: la capital de la Monarquía Católica*. Madrid, Marcial Pons, 2000

por los duques de Alba a Juan de Villanueva en el jardín hacia la calle de Alcalá de su palacio de Buenavista. Esta última fue descrita por Pedro Navascués:

“Representa una fachada de tres ejes, siendo el central que coincide con el balcón del jardín sobre la calle el más importante. Allí aparece una curiosa superposición de órdenes y el antepecho del jardín se convierte en tribuna de honor, bajo cubierto, y presidida por el antiguo balcón desde el que se verían los desfiles militares y demás festejos organizados con motivo de aquel regio suceso”<sup>413</sup>.

Asimismo, dicha coronación motivó las obras realizadas por los duques de Osuna en sus casas de Leganitos, las cuales llegaron a exceder el coste del millón y medio de reales y en las cuales se vio estrechamente involucrado el arquitecto Mateo Güill<sup>414</sup>. Se llevó a cabo una organización interior de los salones y su decoración, así como de las zonas naturales que rodeaban al edificio y que daban lugar a un intento de integración de estos terrenos, hasta entonces situados en zona suburbana, dentro de la trama propiamente urbana. Poco o nada se dejaba a la libre disposición, sino que todo respondía a un programa artístico orquestado bajo las directrices de la correspondiente institución encargada de la materia.

Se había de ser extremadamente cuidadoso a la hora de actuar sobre el urbanismo de determinadas zonas, de forma que sus edificios fueran construidos y sus calles regularizadas “a la posible rectitud, ensanche y hermosura propias de una corte como la de España”, según expresaba el procurador personero de Madrid en 1779<sup>415</sup>. Éste se quejaba de la “disonancia, mal aspecto y desdoro que en una corte como la de Madrid, asiento del mayor monarca, ocasiona la deformidad que advierte el público en las calles más principales de ella”. Su preocupación se hallaba fundada por las condiciones en que se encontraba la calle Mayor, entre otras de la villa, objeto continuo de crítica por parte de los expertos encargados de tales menesteres. Aludía al tramo desde la iglesia de las monjas Franciscas o de Constantinopla, hasta la callejuela que hacía esquina e iba a la parroquia de San Nicolás, el cual, por su situación de proximidad a palacio, era muy frecuentado por su majestad, el resto de la familia real y los miembros de los

---

<sup>413</sup> NAVASCUÉS PALACIO, P.: “Casas y jardines nobles...” Op. cit., p. 119

<sup>414</sup> Ver NAVASCUÉS PALACIO, P.: “Casas-palacio de la familia Osuna”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981

<sup>415</sup> AVM. ASA. 1-47-109



Tribunales. Algunas de sus irregularidades tenían que ver con una fachada compuesta sólo por cocheras y “cortas habitaciones para pobres menestrales”, cuando, bajo su criterio debía estar “adornado de casas principales”. Para llevar a buen fin la remodelación de una zona tan principal, el Estado se comprometía a abonar con capital del fondo de causa pública “el valor que tuvieren los sitios que se les tome” en la remodelación del inmueble y ceder libremente, es decir, sin coste alguno, el terreno que, asimismo, cada propietario tuviera que incorporar procedente de la vía pública, en “recompensa de los gastos que tendrán que sufrir en la obra que deberán ejecutar en la igualación”.

Así, en junio de 1802, don Miguel Pío Vicente, oficial de la Tesorería Mayor de Su Majestad, poseía una casa en la calle Mayor “señalada con el número 1 de la manzana 388”. Ésta constaba de una parte que se hallaba en estado de ruina y que había sido mandada demoler por el corregidor don Juan de Morales. Durante su proceso de reconstrucción, las obras fueron suspendidas temporalmente, atendiendo al informe del teniente de arquitecto mayor, don Antonio Aguado. Aquél exponía que dichas fachadas se estaban levantado “contra todas las reglas de buena y sólida construcción”. Se observa aquí el interés por la materialización de edificios bien contruidos, evitando la realización de obras que pudieran acarrear inseguridad para los propios vecinos, así como para quienes circulaban por la calle. Pese a ello, se descubre el mayor peso que se concedía a la buena estética de la villa, cuando tal suspensión de obras se alzó, alegando que “las fachadas de la expresada casa están ejecutadas con toda la solidez y firmeza que previenen las reglas del arte y conformes en todo con lo que puede exigir la seguridad pública en la construcción de edificios”. A que se produjera este visto bueno debió contribuir en gran medida la premura que había para concluir la obra “por la inmediación a las funciones reales que se están disponiendo por el feliz casamiento del Príncipe Nuestro Señor, estando la casa colocada en la carrera por donde han de pasar Sus Majestades al santuario de Nuestra Señora de Atocha, que causaría mal aspecto contra lo prevenido en los bandos fijados para que se adornen las fachadas con el decoro posible”<sup>416</sup>.

---

<sup>416</sup> AVM. ASA: 1-57-40

Por su parte, la plaza de la Cebada, era considerada “la de mejor situación, extensión y proporción” si por determinada circunstancia había de sustituirse la Plaza Mayor para llevar a cabo algún tipo de festividad real; “por poderse considerar más bien por una segunda plaza de reserva que como una común plazuela”. De este modo se informaba la petición de licencia de obra solicitada en 1795 por don Francisco Martínez de la Hoz, capitular del Ayuntamiento de Madrid, para construir de nueva planta una casa que poseía en dicha “plazuela”, esquina a la calle de las Maldonadas –número 1 de la manzana 86<sup>417</sup>–.

### ***3.2 Para el aumento de la población***

La necesidad de dotar de habitación a una población que no había parado de crecer durante los dos últimos siglos llevó a las autoridades a tomar medidas legales. Respecto a lo que pudiera afectar al conjunto socio-profesional de nuestro interés, se dio una legislación específica para regular el asentamiento en la corte de los pretendientes a los diferentes oficios y sus familias. Se incidía en la obligación de no trasladarse a Madrid, si no se contaba ya con un puesto que desempeñar o reducir la estancia a un número pautado de días y se legisló sobre las penas que habrían de recaer sobre quienes permanecieran en la capital sin un oficio ni una residencia concreta<sup>418</sup>. De este modo, se trataba de prevenir la presencia en la villa de personas ociosas y vagos que, utilizando como pretexto hallarse a la espera de un puesto profesional, se instalaran en ella generando problemas de orden público, así como contribuir con su presencia a la dificultad de abastecer debidamente –en este caso de espacios de habitación- a quienes les correspondían por encontrarse desempeñando un oficio, que repercutía en el beneficio de la sociedad y del Estado.

Por otra parte, la Real Pragmática de 14 de octubre de 1788 trataba sobre la reedificación de casas en solares y yermos de la villa y la extensión de las casas bajas y pequeñas, para facilitar el aumento de habitaciones de las que se consideraba que tanto se carecía en la corte. Hallamos en esta medida, fundamentalmente, con motivo de los beneficios que de su cumplimiento obtendrían los propietarios, es decir, la exención del servicio de Casa de Aposento por cincuenta años para quienes edificaran de nuevo en

---

<sup>417</sup> AVM. ASA. 1-54-14

<sup>418</sup> *Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Libro III, título XXII. Madrid, 1805, pp. 188-198

los mencionados solares y por un período proporcional al aumento de la vivienda llevado a cabo en la obra para quienes reformaren<sup>419</sup>, el principal impulso en la remodelación edilicia de la capital a finales del siglo XVIII. Las solicitudes de licencias de obras al Ayuntamiento para aumentar la altura, en su mayoría, de casas que constaban sólo de cuarto principal y de construcción en terrenos eriales se multiplicaron para la década de los noventa. Dentro de este proceso aparece involucrado un número importante de empleados al servicio del Estado en su faceta de propietarios inmobiliarios y recaudadores de rentas a partir del alquiler de los cuartos que componían dichas casas de vecindad.

El del tesorero general de su majestad, don Francisco Montes, sirve para ilustrarnos. A través de su apoderado, don Antonio Martínez, solicitaba en junio de 1795 demoler y construir de nueva planta una casa de su propiedad en la calle de la Magdalena Alta –número 6 de la manzana 470- por hallarse de “antigua construcción y reducida a varias habitaciones bajas”<sup>420</sup>.

Igualmente, en la primavera de 1796, don Juan Ignacio Guell, caballero de la Real Orden de Carlos III, del Consejo de su majestad, su ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor, como dueño de un sitio erial en la calle Amaniel –número 9 de la manzana 517- hacía presente que para cumplir con el auto que mandaba se construyeran y poblaran los sitios eriales para el mayor aumento de la población, tenía que reedificar en el precitado solar una casa según el modelo que presentaba, firmado por el arquitecto y académico don Pablo Morales Ramírez de Arellano<sup>421</sup>. Exactamente la misma intención exponía para reedificar una casa baja en la calle de Fuencarral –número 5 de la manzana 302-<sup>422</sup>.

En mayo de 1797 la iniciativa procedía del conde del Carpio, regidor perpetuo de Valladolid y de la villa de Madrid, caballero del hábito de Calatrava y miembro del Consejo Real de Órdenes<sup>423</sup>. Éste se disponía a “reedificar una casa en un sitio erial”. La

---

<sup>419</sup> *Ibidem*, título XIX, ley VII, p. 154

<sup>420</sup> AVM. ASA. 1-54-32

<sup>421</sup> AVM. ASA. 1-54-63

<sup>422</sup> AVM. ASA. 1-54-85

<sup>423</sup> Sobre la figura de la condesa del Carpio, la ilustrada vasca doña Rita de Barrenechea, ver URZAINQUI MIQUELEIZ, I.: “*Catalin*” de Rita de Barrenechea y otras voces de mujeres en el siglo XVIII. Vitoria, Ararteko, 2006

propiedad era la señalada con el número 5 de la manzana 19, situada en la calle de San Cosme y San Damián, y, al igual que en el caso anterior, la reedificación se llevaría a cabo bajo la dirección del arquitecto don Pablo Morales Ramírez de Arellano<sup>424</sup>; dato del que podemos sospechar la existencia de determinados arquitectos trabajando en esta tipología específica de obras para el colectivo socio-profesional del que se trata. El mismo arquitecto sería el encargado de delinear y firmar los planos de los proyectos de reedificación de don Francisco Antonio de Bringas, comisario ordenador de los Reales Ejércitos, en sus propiedades de las calles de Cuchilleros –número 20 de la manzana 169-, Santa Ana la vieja y Malpica –números 2 y 3 de la manzana 444- y la Cava de San Miguel –números 12 y 13 de la manzana 169-<sup>425</sup>.

Por su parte, el ya mencionado don José Eustaquio Moreno, del Consejo y Cámara de su majestad, exponía en enero de 1800 la necesidad de aumentar la altura de la casa de su propiedad que habitaba en la calle Ancha de San Bernardo –número 3 de la manzana 495-. Según expresaba en la solicitud de licencia de obra, aquella “ocasionaba a dicha manzana alguna deformidad por estar más baja que las casas que tiene a sus lados, número 2 y 4, y que todas las demás de ella”. Una vez llevada a cabo la obra, se daría además “una hermosura a la calle” de la que, sin ejecutar dicha reforma, carecía<sup>426</sup>.

Para el año siguiente, 1801, don José María de Villodas, del Consejo de su majestad y fiscal de la Rota, solicitaba licencia para derribar la fachada de una casa que había comprado en la calle de las Tres Cruces con vuelta a la de la Salud –número 5 de la manzana 353-, levantando asimismo un cuarto segundo hacia esta última calle<sup>427</sup>.

Cada uno de los casos expuestos nos sirve para, una vez más, establecer un estrecho vínculo entre este personal empleado al servicio del Estado y el mercado inmobiliario durante, en esta ocasión, la última década del siglo XVIII y los primeros años del XIX, hasta donde nuestra investigación alcanza. Estos actores, ubicados profesionalmente en distintas instituciones y con grados diversos dentro del escalafón, aunque en este proceso observemos una palpable ausencia de los miembros de la

---

<sup>424</sup> AVM. ASA. 1-54-104

<sup>425</sup> AVM. ASA. 1-56-37, 1-56-62 y 1-56-75

<sup>426</sup> AVM. ASA. 1-56-25

<sup>427</sup> AVM. ASA. 1-56-31

nobleza –salvo contadas excepciones-, supieron aprovechar, al igual que lo hicieron con el proceso desamortizador de 1798, las ventajosas posibilidades que el Estado les ofrecía para llevar a cabo la construcción de inmuebles de nueva planta o la reforma y ampliación de otros ya existentes. Dentro del conjunto de expedientes trabajados, la mayor parte correspondía a la reedificación de casas de vecindad destinadas al alquiler de sus cuartos, con la consecutiva obtención de rentas por parte de sus propietarios. Lo que demuestra que la intencionalidad de embellecimiento de la capital y el aumento de habitaciones por parte de las autoridades desembocó en la práctica en una reactivación del mercado inmobiliario de manos de unos incipientes grupos socio-profesionales vinculados con el gobierno, en su sentido más amplio, en vías de ascenso y consolidación económica.

Por su parte, don Gaspar Melchor de Jovellanos dirigía una carta al conde de Floridablanca en la que, tomando como objeto central la existencia de las posadas secretas, acababa afirmando necesidad de éstas debido a la escasez de habitaciones de la que adolecía la capital. Aquellos cuartos compartidos por varios huéspedes, que representaban dichas posadas secretas, materializaban, una vez más, un modelo de convivencia entre diferentes individuos, de los que venimos presentando a lo largo de este trabajo. En palabras del ilustrado: “... una posada secreta, que no es otra cosa que la reunión de dos, tres o más personas para habitar y pagar de consuno un cuarto y una asistencia”<sup>428</sup>. Si tales posadas secretas desaparecieran, aumentaría aún más la demanda de cuartos, con el consecutivo aumento de los alquileres de aquellos, que según Jovellanos ya alcanzaban unos niveles muy elevados. No obstante, si se deseaba acabar con la existencia de dichas posadas, era necesario que el Estado se hiciera cargo de la ampliación del número de habitaciones, que cubrieran la demanda de cuartos por parte de la población. Para ello proponía la compra por parte del monarca de las tierras que iban desde la puerta de los Pozos a la de Recoletos, ampliando en esta línea la superficie de la villa. Se tendría que construir una nueva muralla o cerca que incorporara estos nuevos terrenos. Su composición con calles, plazas, plazuelas en las que instalar tiendas, talleres y oficinas generaría el marco fundamental donde construir nuevos edificios de viviendas sobre unos terrenos que la Monarquía vendería a “cómodos precios”. En el caso de la escasez de compradores, los terrenos podrían ser dados

---

<sup>428</sup> JOVELLANOS, G. M.: *Obras del excelentísimo... Op. cit.*, Edición Venceslao de Linares y Pacheco. Tomo V, p. 171

incluso de forma gratuita. El ilustrado consideraba que, aún así, el beneficio obtenido por parte del Estado, es decir, favoreciendo el aumento de la población, sería mayor que el gasto realizado en la compra del suelo. Otra posibilidad para animar a la compra y edificación por parte de los vecinos en esta nueva zona consistiría en librarles por un determinado número de años de la carga de casa y aposento.

Don Gaspar Melchor opinaba que extendido el territorio de Madrid y aumentado el número de habitaciones, bajaría el precio de las casas “en razón de su abundancia o de su menor escasez”.



## CAPÍTULO 7. LA ORDENACIÓN ESPACIAL REAL DE LOS INTERIORES

“Nada nos confiere tan alto honor como la invención del arte de distribuir los aposentos. Antes de nosotros, sólo se consideraba el exterior y magnificencia; los interiores eran totalmente incómodos. Había salones de techos altísimos y espaciosas salas de recepción que se extendían de uno a otro extremo del edificio sin separación alguna. Las casas servían más como elemento de publicidad de sus dueños que para la comodidad particular. La agradable distribución que hoy admiramos en los nuevos hoteles, el ingenioso planeo de los cuartos, las escaleras situadas de manera conveniente, tanto para ocultar una intriga, como para evitar visitantes inoportunos, todos estos artilugios, que aligeran el trabajo de los sirvientes y convierten nuestras casas en moradas deliciosas, son invenciones de la época actual”<sup>429</sup>.

Una vez conocidos los planteamientos relativos a la distribución de los interiores de viviendas que emanaban desde la teoría, pasaremos al análisis de la compartimentación real en estancias a la que se hallaban sometidos los que denominaremos a partir de ahora espacios individuales de habitación en la capital. Para ello se ha considerado fundamental el valor de la documentación gráfica, donde se han podido hallar dibujos de plantas de edificios que presentaban proyectos de construcciones en vías de ejecución.

El estudio de más de medio centenar de documentos generados a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII –aunque también exista algún caso anterior- y conservados entre la documentación de los archivos de Villa de Madrid e Histórico de Protocolos de Madrid nos ha permitido trabajar sobre los conjuntos de estancias que componían 162 viviendas diferentes<sup>430</sup>.

---

<sup>429</sup> Pierre Patte, arquitecto de Luis XV; citado por GARCÍA FELGUERA, M. S.: “La vivienda madrileña...” Op. cit., p. 303

<sup>430</sup> Remitimos al lector a los Apéndices I y II, que recogen el aparato documental de carácter gráfico y los datos relativos a cada uno de los planos de casas presentados –signatura, fecha, propietario, ocupación profesional de éste y número de viviendas que se representaban en planta-, respectivamente



En primer lugar se ha decidido comprobar cuál era la presencia, es decir, la tendencia de aparición de las distintas piezas en cada una de las viviendas. Los datos tratados mediante un método cuantitativo arrojan las siguientes cifras:

ESTANCIA	PRESENCIA	%
Sala	113	69,75
Cocina	111	68,51
Alcoba	102	62,96
Recibimiento	53	32,71
Dormitorio	31	19,13
Despensa	28	17,28
Comedor	19	11,72
Despacho	12	7,40
Gabinete	9	5,55
Retrete	9	5,55

Tabla 4: Presencia de estancias (Madrid, segunda mitad siglo XVIII)

Fuente: Elaboración propia

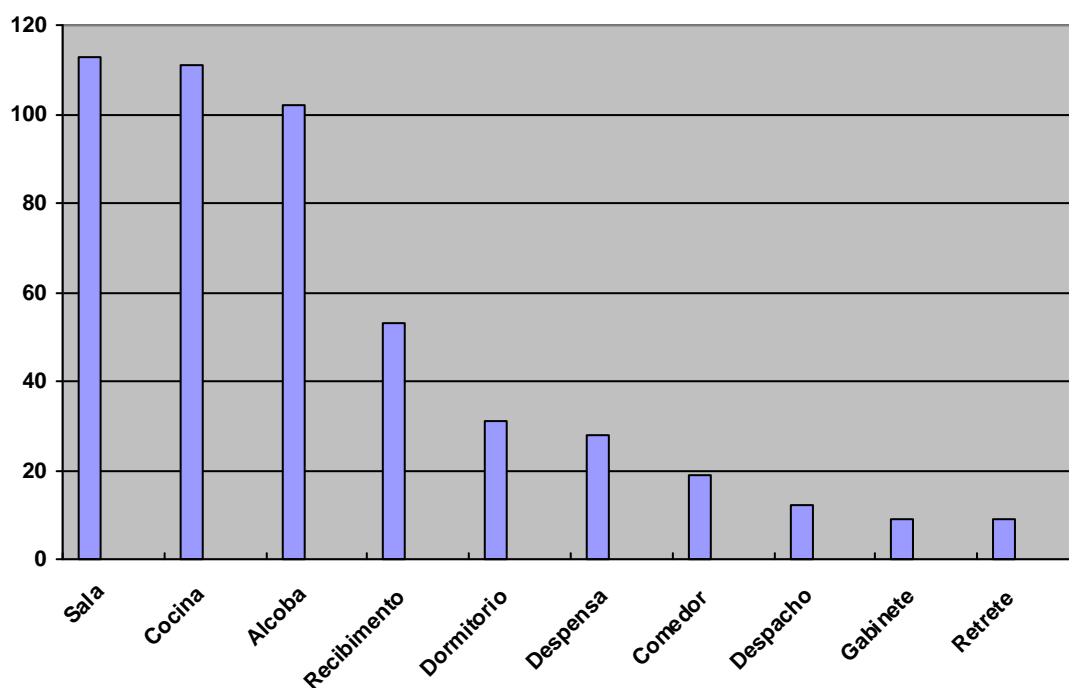


Gráfico 17: Presencia de estancias (Madrid, segunda mitad siglo XVIII)

Fuente: Elaboración propia

El uso de la cuantificación nos permite una aproximación a la tendencia general, no obstante, los matices se pierden dentro de las cifras y es necesario puntualizar dichas faltas mediante las posibilidades que nos ofrece el análisis cualitativo. Es decir, aquellas conclusiones que son el resultado de la suma de múltiples factores que interactuaban a la vez y que dieron lugar a la construcción de la compleja realidad que representa el fenómeno de la habitación.

La sala es con su aparición en 113 de los espacios habitacionales diferenciados analizados la pieza que se puede considerar como básica dentro de la vivienda. Si atendemos a las diferentes estructuras que podían llegar a denominarse como casa, según las definiciones terminológicas que se llevaron a cabo al inicio de este trabajo, las habitadas por los miembros de los estratos populares se componían fundamentalmente de sala y alcoba. Por lo tanto, la sala iba a estar presente desde en los núcleos habitacionales de carácter más básico, a en los más complejos, representados por las viviendas de las elites sociales.

El hecho de que la pieza que siga tan de cerca según su presencia en los planos a la sala, sea la cocina -111 han sido contabilizadas-, constituye una de las realidades distorsionadas a las que nos aproxima la cuantificación. Esto se debe a que en el momento de contar cuántas estancias existían de cada tipo, en el caso de que la fuente no especificara una leyenda donde aparecieran los términos que las definían, las cocinas siempre se han podido cuantificar debido a la aparición del símbolo del hogar como marca en los planos. Por el contrario, en esos casos se han dejado de contabilizar el resto de las estancias, por no poderse saber de forma fidedigna sin el soporte de una leyenda –aunque el continuo trabajo con los planos sobre la distribución de interiores de viviendas nos hubieran permitido conjeturar cuál podía ser la sala según la estructura- de qué aposentos se trataba. Pese a la presencia de cocinas en un alto 68,51 % de los casos analizados, se debe tener en cuenta que su aparición bien podría ocupar un tercer puesto, por detrás de las alcobas –difícilmente localizables y cuantificables sin que la leyenda nos indicara su existencia- si atendemos al predominio todavía presente durante este período de la estructura básica de sala-alcoba como unidad fundamental de habitación entre muchos de los miembros de los grupos populares y reflejada en los planos pertenecientes a amplios edificios de vecindad, los cuales se estructuraban como grandes colmenas. Obsérvense planos como los de los inmuebles propiedad de don

Andrés Veloy, en la calle de la Fe –en el barrio de Lavapiés- para el año 1751<sup>431</sup>, el de don Pedro López, situado en la plaza del Alamillo, barrio de la Morería, para 1757<sup>432</sup>, el de don Francisco Fernández Villabrille, capellán mayor de la Capilla del Obispo, para el año 1759<sup>433</sup> o el de la casa propiedad del Cabildo de Señores Cura y Beneficiados de la iglesia parroquial de Santa María de la Almudena, situada en la calle Santa Brígida, para el año 1762<sup>434</sup>.

La inexistencia de cocina con su correspondiente hogar se suplía mediante la utilización de hornillos portátiles que podían ser situados y utilizados en la preparación de los alimentos en cualquier pieza de la casa. Asimismo, ciertas investigaciones han apoyado la explicación respecto a la falta de cocina en los espacios destinados a la habitación en el frecuente hábito de comer fuera de casa –aún entre los miembros de los colectivos más desfavorecidos dentro de la sociedad del período analizado- o de adquirir productos ya elaborados, listos para ser directamente consumidos –en algunos casos, previo calentamiento en el precitado hornillo-<sup>435</sup>. La documentación deja testimonio sobre dicha práctica en el caso de doña Marta María Rusca. En el momento del fallecimiento el 31 de marzo de 1803, de la que fuera viuda de don Domingo Brilly, quien ocupó el puesto de estuquista de su majestad, quedaba constancia de que en septiembre de 1802 se habían pagado 48 reales a la fonda de Malta y en enero de 1803 112 reales, por varios platos que se habían llevado a casa de doña Marta “en día que tuvo convidados”. El cuarto principal alquilado que habitaba en los números 1 y 9 de la calle de Leganitos esquina a la de Sancibrián debió ser destino frecuente del servicio de reparto de comida que tenía la conocida fonda. Así, cuando la viuda de don Domingo Brilly falleció, todavía se debía al establecimiento el montante de: “Dos costillas, 6 reales de vellón; un pedazo de ternera, 8 reales de vellón; una cocha, 12 reales de vellón; un pichón, 8 reales de vellón; otro pedazo de ternera, 8 reales de vellón y una menestra de cardo con salchichas, 6 reales de vellón”<sup>436</sup>.

---

<sup>431</sup> AVM. ASA. 1-84-146

<sup>432</sup> AVM. ASA. 1-45-140

<sup>433</sup> AVM. ASA. 1-45-119

<sup>434</sup> AVM. ASA. 1-45-54

<sup>435</sup> BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Los espacios de la necesidad: alimentación, higiene y descanso nocturno”, BLASCO ESQUIVIAS, B.: *La casa... Op. cit.*, pp. 17-124

<sup>436</sup> AHPM. Prot. 21757/ 204 r.-265 r.

Se comprende que el discurrir de las décadas y, tal vez, su destino a unos moradores de un carácter social ligeramente más elevado que el de los miembros de los grupos populares a los que anteriormente se hacía mención, aunque también podríamos valorar una evolución en las necesidades básicas relacionadas con la habitación de los espacios domésticos, fueron los factores que debieron influir en el desarrollo de la compartimentación de los interiores de viviendas de carácter básico. El número de estancias que las componían aumentaron a cuatro, sumándose a la sala, la alcoba y la cocina, el recibimiento. Las cifras nos sirven una vez más a modo indicativo, cuando con una presencia de un 32,71 % -menos de la mitad del alto 69% en que se contabilizaron las salas- el recibimiento es la cuarta pieza documentada según su aparición dentro de las viviendas madrileñas. El proyecto de obra para la vivienda propiedad de don Ángel de Aragón, en el número 7 de la manzana 68, calle Mesón de Paredes, es reflejo de la estructura que acabamos de definir en una cronología que distaba casi medio siglo de los casos anteriormente mencionados; dicho plano databa de diciembre de 1794<sup>437</sup>.

Los reducidos niveles de aparición que percibimos para el resto de estancias dentro de las viviendas madrileñas discurren entre el 19,13% de los casos en los que había dormitorios y los escasos 5, 55% de presencia que compartían gabinetes y retretes. Se traduce en reflejo de que la multiplicación de piezas especializadas funcionalmente dentro de la compartimentación de los interiores se veía limitada a las estructuras habitacionales habitadas por los miembros de las elites de la sociedad.

La pieza para comer, el despacho, el gabinete y el retrete, a los que se pueden unir estancias que denominaremos de carácter residual como la pieza para los hijos o para miembros del servicio de diferente condición –criada, cochero, ama de cría-, tienen en común su carácter elitista.

La indefinición de muchas de las piezas en que fueron compartimentados los interiores de las viviendas en los albores de mediados de siglo XVIII, es decir, que aparecieran en los planos como “pieza detrás de”, “pieza interior”, “otra pieza”, sin utilizar para su denominación un concepto específico, son prueba de la polivalencia, de

---

<sup>437</sup> AVM. ASA. 1-54-3

la versatilidad, y la todavía escasa especialización de dichos espacios. Las actividades realizadas en ellos iban a variar según las necesidades de sus ocupantes y el momento de la jornada. Hecho que permitía una comprensión diferente por parte de los distintos miembros de la familia respecto al mismo espacio, el cual cada uno de ellos asociaba a sus propias prácticas, determinadas por su condición de señores o criados, mujeres u hombres, adultos o niños, casados, solteros o viudos.

Asimismo, el mobiliario ubicado en cada una de estas estancias contribuía a su plurifuncionalidad. Iba a ser aquél el que determinara las prácticas a llevar a cabo en un momento u otro dentro de un mismo aposento. En relación a las necesidades de transportar los muebles por las diferentes piezas de la vivienda y no mantenerse siempre en uso, hallamos mobiliario que se caracterizaba por poderse doblar. Asimismo, la etimología de mueble, tiene que ver con su carácter originario de elemento móvil; es decir, hecho para ser trasladado de un lugar a otro.

### **1. Recibimiento y zonas de paso**

Si existe una pieza de las que componían los interiores de las viviendas que nos obligue a comenzar el análisis por ella, aquélla es el recibimiento. Se trataba de la primera estancia que se hallaba al abrirse la puerta; en el caso de los pisos altos, a continuación de la desembocadura de la escalera. Marcaba la entrada a la casa y, por lo tanto, su separación con respecto al exterior.

Según los planos, encontramos en su existencia un doble significado. Por un lado, su funcionalidad como elemento articulador y distribuidor desde el que se daba acceso a las diferentes partes de las que se componía la planta. Por otro, cumpliendo con la función de antesala, dispuesto previamente a la sala y, en las plantas de tipo palaciego, como pudiera ser la del piso principal de la vivienda de la duquesa viuda de Arcos a mediados del siglo XVIII, formando parte de la estructura en enfilade que componía la zona principal de representación y recibo de la casa: Recibimiento, primera sala con alcoba adosada, segunda sala con dormitorio y alcoba adosados y gabinete<sup>438</sup>. Tal y como su propia etimología indica, se relacionaba directamente con la función de recibir. En él tenía lugar el primer encuentro entre quienes llegaban a la casa y algún miembro

---

<sup>438</sup> BNE. DIB 14/45/61

de la familia, a la vez que la espera por parte de los visitantes para poder encontrarse con la persona de su interés.

Todavía a mediados de siglo los planos reproducen distribuciones de interiores en los que las zonas de paso no han adquirido plenamente un desarrollo por el que su existencia evitara el tránsito a través de las distintas estancias. La tónica general es la alineación de las piezas, dándose paso de unas a otras, aún en viviendas donde cuya multiplicación las dotaba de un grado importante de complejidad.

Así, el caso de la vivienda de don Antonio Martínez Salazar, escribano de la segunda escribanía de Cámara del Consejo de Castilla, en el año 1757<sup>439</sup>. Situada en la calle del Gobernador, esquina a la de los Fúcares, en la circunscripción parroquial de San Sebastián, se componía de zaguán, recibimiento, despacho, sala, gabinete, dos dormitorios, tres piezas a las que se limitaban a denominar de esta forma, despensa, infraestructura de vertedero y jardín. No obstante, pese a su complejidad, contaba con una única zona que se calificaba en el plano de paso y cuyo fin fundamental era separar la que entendemos como zona noble de la vivienda, que estaba formada por el recibimiento, el despacho, la sala, el gabinete, un dormitorio y dos piezas y la destinada al servicio, constituida por otra pieza con su correspondiente dormitorio, cocina y despensa. Sin que dicha zona noble constara de ninguna solución arquitectónica que facilitara el paso de unas estancias a otras sin la necesidad de atravesar necesariamente otros aposentos.

También se mantenían en la precariedad respecto a las zonas de paso los cuartos en la calle de Fuencarral, propiedad del contador de nombramiento de la Contaduría Mayor de Cuentas en 1766, don José Brun de Urbina. Compuesto de recibimiento, sala, alcoba, dos dormitorios, pieza de comer, otra pieza y cocina; era necesario atravesar desde el recibimiento un dormitorio, para tomar un “paso” y a continuación un “corredor”, que evitaran el tránsito vía zona principal, compuesta por “sala, alcoba, dormitorio”.

---

<sup>439</sup> AVM. ASA. 1-45-150

La zona de tránsito desaparecía por completo en el cuarto contiguo. En él, la alineación de las piezas de las que se componía: “sala, alcoba, dormitorio y cocina”, materializaba un planeamiento de raíz básica en lo que a distribución y organización de los espacios interiores de habitación se refería. Aquél que se mantuvo presente en los cuartos de alquiler habitados por los miembros pertenecientes a los grupos populares de la sociedad, dentro de los que no podemos descartar la presencia de algunos de los profesionales subalternos empleados al servicio del Estado, cuyas referencias en la documentación tratada –centrada de una forma u otra en aspectos relacionados con el tema económico-, debido a su condición económica inferior, han sido escasas.

Este planteamiento aparecía claramente reflejado en los planos de los cuartos destinados al alquiler en que se distribuía la casa situada en la calle de las Huertas, cuya nueva construcción en 1759 proponía su propietario, el capellán mayor de la Capilla del Obispo, don Francisco Fernández Villabrille<sup>440</sup>. También lo hacía en la casa que se disponía a construir el marqués de Perales en la calle de la Cabeza, frente a las accesorias de sus principales en la calle de la Magdalena, en 1758<sup>441</sup>, o en el proyecto de construcción propuesto por el marqués de Terán para llevarse a cabo en un corral de su propiedad en la calle del Barco, esquina con la de San Ildefonso<sup>442</sup> (1760). En todas el recibimiento ejercía un papel fundamental como distribuidor del resto de las piezas. Por su parte, la distribución alineada de las estancias era la propia de los cuartos en que se iba a organizar la casa que se proyectaba construir en 1757, propiedad de don Gonzalo Hurtado de Mendoza y Figueroa, oficial mayor de la Contaduría del Consejo de Indias, situada en la calle de Atocha, frente a la Galera nueva<sup>443</sup>, así como de los cuartos bajos y principales de una casa situada en la calle Santa Brígida, de cuya reedificación se iba a encargar el arquitecto Eugenio García, y que pertenecía al cabildo de señores cura y beneficiados de la iglesia parroquial de Santa María de la Almudena de Madrid (1762)<sup>444</sup>. Cuartos todos ellos que gozaban de cierta complejidad, al hallarse dotados por varias piezas –recibimiento, sala, alcoba, dormitorio y cocina- y en los que si existía algún espacio distribuidor o destinado al paso, éste pretendía dar un acceso

---

<sup>440</sup> AVM. ASA. 1-45-119

<sup>441</sup> AVM. ASA. 1-45-131

<sup>442</sup> AVM. ASA. 1-45-87

<sup>443</sup> AVM. ASA. 1-45-139

<sup>444</sup> AVM. ASA. 1-45-54

independiente a la cocina, dotándola así de cierta separación con respecto al resto de las estancias.

Unos planos que comenzaron a variar y cuya evolución, sirviéndose de piezas de paso y de distribución, es clara ya en proyectos de construcción como el propuesto en la solicitud de licencia de obra en el año 1772 por don Nicolás Vidal Villamarín, oficial de la Contaduría de la Distribución de la Real Hacienda. La casa de nueva construcción que se iba a llevar a cabo en el número 16 de la manzana 309, calle de San Marcos, iba a constar de tres plantas –baja, principal y segunda-, cada una de ellas dividida en tres cuartos. En estos el uso del recibimiento y el pasillo era fundamental para la organización del resto de las estancias en torno a los mismos, dotándose así estas últimas de una independencia de la que carecían las propias de los cuartos que han venido siendo presentados en los párrafos anteriores<sup>445</sup>.

No obstante, la permanencia de las estructuras tradicionales en la distribución de los interiores se mantuvo. Los pasos y corredores continuaron sin consolidarse como elementos fundamentales en los planeamientos, donde la comunicación directa entre piezas seguía siendo la tónica predominante. Cuartos de complejas composiciones y habitados por personas de condición reputada se mantenían en organizaciones de estancias que rompían con el aceptado y general planteamiento de que la vivienda del siglo XVIII se caracterizó por aposentos que se individualizaban y adquirían las connotaciones de privacidad e intimidad, a partir de las prácticas que podían llevarse a cabo en ellos, gracias a la consolidación de las zonas de paso, las cuales permitían el tránsito dentro de la casa sin la necesidad de atravesar una o varias estancias hasta llegar a la deseada.

Si observamos las plantas de los cuartos bajo y principal que se proyectaron para la casa propiedad del convento de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes de Madrid que se iba a labrar de nueva construcción, por hallarse en el año 1782 “a la malicia y hundiéndose”<sup>446</sup>, podemos reafirmarnos en el planteamiento anterior. La vivienda número 4 de la manzana 61, situada en la calle del Mesón de

---

<sup>445</sup> AVM. ASA. 1-47-32

<sup>446</sup> AVM. ASA. 1-49-70



Paredes, se hallaba habitada en el año 1798 -según la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos de Madrid- es decir, después de que su reconstrucción fuera llevada a cabo, en su cuarto principal por el médico don Francisco Javier Aceñero, y en el segundo por don Juan Manuel Pérez de la Cuesta, contador principal de la Hacienda de Propios de Madrid. En ellos el recibimiento daba paso al despacho, desde éste a la sala, la sala a la alcoba, que conducía a la pieza de comer o de labor, dejando en este tramo, ahora sí, aislado del paso obligado, un retrete. Hecho significativo de la funcionalidad de esta siempre reducida pieza. La precitada pieza de comer o de labor conducía directamente a los dormitorios, dispuestos de forma alineada uno tras el otro y con el obligado paso por el primero para alcanzar el segundo. A su vez, desde la pieza de comer o de labor se bifurcaba el único “paso” dentro de la vivienda, que desembocaba en la zona compuesta por la cocina, la despensa y una pequeña alacena.

Un planeamiento que dejó a un lado aquellos presupuestos que recomendaban como fórmula ideal dentro de la distribución de los interiores domésticos la existencia de zonas de paso, para mantenerse en estructuras de carácter tradicional. Aún cuando su autor fuera el arquitecto y maestro de obras Mateo Guill, académico de mérito de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para la obtención de cuyo título debió dar prueba de su competencia al someter a la valoración por parte de dicha institución de algún trabajo, cuyo tema le había sido propuesto anteriormente por aquélla, y que entendemos buen conocedor de la teoría en que se formaban los miembros de una de las instituciones con mayor peso en la enseñanza de la arquitectura, por no decir, la de mayor –si se compara con la Academia de San Carlos de Valencia, sobre la cual ejerció durante largo tiempo su “tutela”, o el resto de “escuelas de dibujo” que fueron apareciendo en otras ciudades-.

Un alejamiento entre la teoría y su puesta en práctica que puede que tuviera que ver con la queja que expresaba en su memorial de 1803 el marqués de Espeja, cuando accedió al cargo de viceprotector de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: “puede decirse con verdad que la Academia no forma los arquitectos..., pues los que siguen la carrera de la arquitectura muy al principio abandonan las aulas y sólo concurren a casa de sus maestros”<sup>447</sup>. Este hecho nos lleva a reparar en la existencia de

---

<sup>447</sup> Citado por BEDAT, C.: *La Real Academia... Op. cit.*, p. 224

escuelas “alternativas” asociadas a los tradicionales gremios que, pese a las prohibiciones existentes desde la fundación de la Academia de San Fernando, continuaron formando a profesionales de la construcción en paralelo a la centralizada institución. Corporaciones de artesanos como la Cofradía de Nuestra Señora de Belén, situada en la parroquia de San Sebastián, a la que se le permitía continuar llevando a cabo prácticas relacionadas con la devoción, pero se le desautorizaba en sus tradicionales funciones de colectivo encargado de las diversas actividades relacionadas con la arquitectura en la capital: otorgar el título de arquitecto, medidor y tasador de obras, dar el visto bueno a los proyectos de construcción remitidos al Consejo de Castilla, establecer los precios.

Tal vez, la difusión real de estas escuelas y sus enseñanzas de carácter técnico, que continuaron formando a especialistas en la materia de la construcción, fue necesaria para llevar a cabo las obras de carácter doméstico que requería un Madrid en constante crecimiento, frente a la Academia y la alta teoría arquitectónica que se desprendía de sus métodos, cuya preocupación fundamental era el lucimiento a través de grandes edificaciones públicas o imponentes construcciones privadas de carácter palaciego a las que someter a las predominantes tendencias del neoclasicismo. Volviendo de nuevo al testimonio del marqués de Espeja: “... no habiendo conseguido la Academia, a pesar de las continuas providencias, otro punto que la delineación práctica de los órdenes arquitectónicos... Nada se les advierte –a los discípulos- sobre la edificación y distribución, partes tan esenciales de la arquitectura civil...”<sup>448</sup>.

También, puede que un mismo arquitecto, tomemos el caso del precitado Mateo Guill, aplicara su formación teórica académica en determinada práctica, como pudo ser su participación en la construcción del palacio de la Alameda de Osuna, y se mantuviera en los presupuestos tradicionales de construcción doméstica en el planeamiento de edificios de menor envergadura.

## **2. Salas y alcobas**

Ya se expuso cómo el binomio sala-alcoba era suficiente para que un espacio adquiriera la categoría de vivienda propiamente dicha. La unión de estas dos estancias

---

<sup>448</sup> Cita tomada del estudio crítico llevado a cabo por Pedro Navascués Palacio, BAILS, B.: *De la Arquitectura... Op. Cit.*, p. 26

aparece presente de forma constante en las diferentes tipologías de plantas de planos correspondientes a viviendas de los diferentes estratos socio-económicos. No obstante, es evidente, que su función práctica no podía ser la misma en una casa donde no había más que dos aposentos, que en otra donde su existencia se combinaba con múltiples piezas de otro carácter. Para el primer caso, sala y alcoba se tornarían, en lo relativo a las actividades y prácticas a las que en su interior iban a dar cabida, en espacios plurifuncionales y polivalentes, con respecto al segundo modelo, cuyas funciones se debían encontrar mucho más definidas, por existir otras estancias consagradas a usos más específicos.

Dentro del binomio, la sala ostentaba un rango preferente. La entrada principal a dicha estructura compositiva se ubicaba en aquella, y era desde ella que se tenía acceso a la alcoba, dotándose a ésta de una posición secundaria.

La sala era el espacio por antonomasia dentro de la vivienda concebido para “estar”, con la amplitud de prácticas que puede llevar a cabo el individuo que “está” en alguna parte. Aquella estaba concebida como espacio de carácter eminentemente público dentro de la casa, destinado a la recepción de los visitantes. Su ubicación dentro del plano la situaba muy próxima a la entrada a la vivienda, precedida, siempre que existía, del recibimiento. Se trataba de un lugar que siempre iba a contar con ventanas que la dotaran de iluminación y ventilación, muestra del rango que se concedía a aquel espacio, frente a pequeños aposentos ciegos. En el caso de que se tratara de una vivienda exterior, su apertura hacia la calle la ponía en contacto directo con la vía pública.

En lo que se refiere a la alcoba, su carácter difiere con respecto a la sala. Determinados planos evidencian con cierta claridad el uso que se daba a dicha pieza. Ya hemos mencionado su acceso desde la sala, dotándosele así de un carácter secundario con respecto a la primera. Por otra parte, la inexistencia de ventanas que la caracterizaba era indicativa de su concepción como espacio en el que iluminación natural y ventilación no eran considerados de necesidad, y, por lo tanto, estaba indicada para actividades en las que aquellas no procedían, utilizándose como aposentos en los que ubicar camas. Sin embargo, su proximidad a la zona principal de recepción de la vivienda no las concedía el valor propio del dormitorio –retirado y aislado- y como se

ha podido comprobar, en las casas de cierto nivel la alcoba aneja a la sala podía ser el espacio en el que ubicar una de aquellas camas de aparato no hechas tanto para el descanso diario, como concebidas como “escenario” en el que presentarse sus propietarios en diferentes momentos de la vida familiar, tal y como veremos al analizar el significado de dicho mueble.

Sin embargo, no en todos los casos se podía disponer a la vez de un dormitorio para dormir y de una alcoba para “exhibir” las prácticas de descanso. Resulta en extremo ilustrativo el plano de la vivienda que en la calle de la Espada –número 5 de la manzana 46-, en la circunscripción parroquial de San Justo y Pastor, solicitaba construir de nueva planta en el año 1774 el procurador de los Reales Consejos, don Antonio José Cabeza<sup>449</sup>. Sus interiores, por cuya buena distribución e iluminación mostró especial interés el maestro mayor de obras don Ventura Rodríguez, en el momento de realizar el informe que daba el visto bueno al proyecto propuesto: “... quedando cuatro [ventanas] en cada piso de esta fachada... para que la fachada quede en buena proporción con sus vanos y el interior de la casa más alumbrado, contribuyendo también la ventana que en cada piso se aumenta al mejor repartimiento de las piezas y aprovechamiento”<sup>450</sup>, se componían de siete piezas. Recibimiento, sala, sala principal, alcoba, dormitorio de criadas y su “y”, cocina con su despensa y gabinete.

Una vez comprendidas las estancias de recibimiento, sala, sala principal y gabinete como componentes de la zona destinada a recibir y la cocina con su despensa y el dormitorio de criadas con unas funcionalidades claramente definidas, la alcoba aneja a la sala principal y con acceso, a su vez, desde el dormitorio de criadas aparecía como espacio idóneo para la colocación de la cama principal del morador. La inmediatez del dormitorio de criadas facilitaba que el señor pudiera tener acceso a sus servicios en cualquier momento del día o de la noche.

Se establecía así una equiparación entre las alcobas y los dormitorios en su función correspondiente a ubicar la cama o camas y servir de espacios por antonomasia para acoger el acto de dormir y del reposo, además de otras prácticas asociadas

---

<sup>449</sup> AVM. ASA. 1-48-10

<sup>450</sup> *Ibídem*.

directamente al mueble que identificamos como central de esta pieza –entiéndanse, la consumación del matrimonio y la concepción de los hijos, el alumbramiento de estos, la agonía de la enfermedad y la muerte-.

### **3. Dormitorios**

El dormitorio existía ya como pieza específica dentro de la vivienda romana, aunque después desapareció dentro de la distribución de los interiores de la casa hasta prácticamente el siglo XVII. La pieza o piezas que en los planos aparecían denominadas como dormitorios tendían a localizarse muy próximas a la cocina dentro de los cuartos que no respondían a una estructura de apartamentos, es decir, aquellos que no poseían una complejidad tal, como para que la cocina se ubicara en una zona apartada del resto de estancias de habitación o incluso en otra planta. La finalidad se mantenía fiel a la que desde tiempos remotos había llevado a habilitar “la cama” junto al hogar para beneficiarse de su calor. Indicativo, por lo tanto, de una permanencia que entendemos como consecuencia de las necesidades relacionadas con la calefacción de la vivienda, que aún no habían sido resueltas al completo de otro modo, mediante la utilización de otro tipo de elementos caloríficos que fueran capaces de aportar la temperatura adecuada a los interiores de habitación.

Asimismo, su ubicación próxima a la cocina es indicativa de su localización relativamente alejada de la zona principal de la vivienda, que contribuía a dotar a quien lo usaba del retiro necesario con respecto a espacios de carácter social dentro de la casa. A dicho aislamiento contribuyó igualmente la inexistencia de ventanas que dotaran a los dormitorios de iluminación y ventilación, pero a través de las que, sin embargo, tampoco penetraran ruidos procedentes desde los patios, hacia los que en la mayor parte de las ocasiones se hallaban orientadas dichas estancias.

Nos cuesta, no obstante, determinar qué tipos de sentimientos se pudieron generar en quienes eran despertados del sueño a través de los diferentes ruidos que procedían de un lugar como la cocina, donde la manipulación constata de utensilios realizados en diferentes metales y cerámicas producía un sonido que en poco debía contribuir, al igual que al presente, en el reposo al que estaba destinado el dormitorio. Tampoco los olores que se desprendían de la preparación de los alimentos tuvieron que ser, desde una perspectiva actual, los más idóneos para ambientar la atmósfera. Sin embargo, la

realidad de encontrar dormitorios contiguos a cocinas, en planeamientos que se desarrollaron avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, nos traslada a unas experiencias sensoriales propias por parte de sus moradores, cuyo análisis se ha llevado a cabo para la época contemporánea por parte de autores como Ben Highmore<sup>451</sup>, que no atendían a las propuestas que emanaban desde la tratadística arquitectónica. Recordemos que en ella se recomendaba aislar la cocina dentro de las plantas, con el fin de evitar ruidos y olores. Aunque la continua convivencia de los habitantes de los cuartos dieciochescos con ellos hubiera llegado a convertirlos en inapreciables por parte de los primeros, e incluso los hubiera llevado a formar parte de los componentes ambientales que el morador asociaba a las actividades que desarrollaba en el dormitorio<sup>452</sup>.

#### 4. Comedor

Pese a la reiterada afirmación de la escasa existencia de una estancia específica dentro de la casa destinada a comer, por parte de los especialistas que hasta el presente se han interesado por el tema, la presencia del comedor o pieza de comer, según aparece mencionada en las fuentes, queda constatada para las viviendas madrileñas durante el siglo XVIII. La primera referencia hallada respecto a ella en el material gráfico estudiado corresponde a su aparición dentro de una vivienda perteneciente a unas memorias fundadas, en la iglesia de San Ginés, por don Diego de Burgos, quien fuera oficial segundo de la Secretaría de Gracia de la Cámara de Castilla<sup>453</sup>. El plano del inmueble, situado en la calle Angosta de San Bernardo, que a partir de entonces, octubre de 1731, iba a servir para “poner la Fábrica Real del Tabaco”, contaba en su cuarto principal con “pieza de comer”<sup>454</sup>.

Para la década de 1740, la localizamos también en los planos de viviendas de don Julián de Cañaveras<sup>455</sup>, miembro de los Consejos de Castilla y Hacienda, y de don

---

<sup>451</sup> HIGHMORE, B.: *The great indoors: at home in the modern British house*. Londres, Profile Books, 2014

<sup>452</sup> Sobre experiencias sensoriales se están llevando a cabo sugerentes investigaciones en el ámbito anglosajón. Como muestra, el Congreso organizado por The Histories of Home Subject Specialist Network en colaboración con la Universidad de Nottingham y the Geffrye Museum: “Home atmospheres: Sensing and feeling at home” (Marzo, 2014)

<sup>453</sup> FICHOZ: 014169

<sup>454</sup> AHPM. DG 68

<sup>455</sup> AVM. ASA. 1-84-105

Agustín Aldecoa, tesorero de la Reina<sup>456</sup>. En la década de 1760 su presencia se mantiene, lo que se constata mediante su aparición en la vivienda de don José Brun de Urbina, contador de la Contaduría Mayor de Cuentas. Y para los años finales del siglo observamos su existencia en cuartos ocupados bajo el régimen de alquiler por servidores del Estado. En el cuarto segundo de la casa perteneciente al Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, número 4 de la manzana 61, calle Mesón de Paredes, que en 1798 habitaba don Juan Manuel Pérez de la Cuesta, contador principal de la Hacienda de Propios de Madrid<sup>457</sup>. Así como en el cuarto primero que en la casa de don Ángel de Aragón, en la misma calle Mesón de Paredes, número 7 de la manzana 68, habitaba don Benito Sánchez, oficial octavo de la Secretaría de Perú del Consejo de Indias<sup>458</sup>.

Finalmente, se hallaba como parte de las complejas distribuciones adquiridas por los interiores palaciegos para finales de siglo. Se evidencia en el planeamiento de la planta principal del palacio del virrey Amat en la calle San Mateo, datado entre 1796-97<sup>459</sup>. En éste aparecía junto a la pieza de labor, ambas con ventana hacia el jardín. Un concepto que se pudo observar asimismo en las casas principales de don Agustín Aldecoa, en la calle de Alcalá, en 1748. La vinculación entre ambos espacios –piezas de labor y de comer- puede establecerse debido a que en las viviendas de menor nivel la pieza compartía, según queda explícito en las leyendas de sus planos, las funciones de comer y labor, entendiendo por estas últimas aquellas relativas a la costura. Obsérvense los planos para el año 1772 de la vivienda propiedad de don Nicolás Vidal Villamarín, oficial de la Contaduría de la Distribución de la Real Hacienda, señalada con el número 16 de la manzana 309, calle de San Marcos<sup>460</sup>; o de la precitada vivienda habitada por don Juan Manuel Pérez de la Cuesta, contador principal de la Hacienda de Propios de Madrid<sup>461</sup>. En todos los casos se trataba de espacios con ventana que permitieran penetrar la luz, la cual contribuyese a la adecuada práctica de las labores mencionadas. Sin embargo, perdía el carácter “principal” de piezas como la sala, por encontrarse ubicada mirando hacia el patio, o en los casos en los que fuera posible –en las viviendas palaciegas- hacia el jardín.

---

<sup>456</sup> AHPM. DG 40

<sup>457</sup> AVM. ASA. 1-49-70, AHN. Cons., leg. 12979 s.f.

<sup>458</sup> AVM. ASA. 1-54-3, AHN. Cons., leg. 12979 s.f., FICHOZ: 026365

<sup>459</sup> AVM. ASA. 1-54-99

<sup>460</sup> AVM. ASA. 1-47-32

<sup>461</sup> AVM. ASA. 1-49-70, AHN Cons., leg. 12979 s.f.

La pieza de comer procuraba situarse, asimismo, próxima a la cocina o, al menos, con acceso directo desde ella -a través de escaleras secundarias si se encontraban en plantas diferentes- para que no hubieran de recorrerse grandes distancias, ni existieran tiempos excesivos desde que el alimento había sido cocinado hasta que llegaba a la mesa.

Por lo general, dada esa necesidad de proximidad a la cocina, pero a la vez su carácter de estancia concebida para acomodar a los habitantes de la casa en una actividad que, en no pocas ocasiones, también se convertía en reunión social -la comida- y se llevaba a cabo en un aposento adaptado a tal función de recibo, su localización en los planos tendía a dotarle de una situación entre la “zona principal” de la vivienda y aquella de servicios. Llegaba a adquirir, incluso, en ciertos planeamientos, la funcionalidad de zona de paso entre las dos partes señaladas.

Su porcentaje de aparición en un 11, 72 % de los casos analizados es indicativo, no obstante, de que se trataba de una estancia cuya existencia se veía limitada a interiores de viviendas de amplia especialización funcional. Donde al menos se contaba ya con sala, cocina, alcoba, recibimiento, dormitorio y despensa y a los que podían sumarse además despacho, gabinete y/o retrete.

## **5. Cocina y despensa**

La cocina era el lugar específicamente destinado para la preparación de los alimentos, aunque también aquél en el que se practicaban las tareas que tenían que ver con la limpieza de los utensilios utilizados en dicha preparación, además de la colada de piezas textiles y otras labores relativas a la higiene doméstica. No debemos descartar que, a falta de una pieza propia para criados, en viviendas de nivel medio, la cocina sirviera, asimismo, como lugar de descanso para ellos, donde se extendiera el jergón que les iba a servir de lecho nocturno. Por su parte, la despensa se destinaba para el almacenaje y la conservación de los alimentos y de otros productos.

Según hemos planteado, la primera constituyó uno de los espacios fundamentales dentro de cualquier vivienda con un mínimo grado de desarrollo en su estructura. No lo fue tanto la despensa, cuyo 17,28 % de aparición, frente al 68,51% de la cocina,



demuestra que la práctica de almacenaje de productos alimentarios no debió estar al alcance de un alto número poblacional, o, al menos, no el almacenaje de grandes cantidades de productos que necesitaran de un lugar específico como lo era la despensa. Su ubicación tendía a plantearse de manera aneja a la cocina, donde se iban a elaborar aquellos productos o alimentos allí conservados. En algunas ocasiones, su reducido tamaño es ilustrativo de que pese a constituir un espacio construido de obra con sus correspondientes tabiques y puertas, no debía contar con una capacidad excesivamente mayor en relación a ciertos muebles de almacenaje como las alacenas.

Se trataba de dependencias cuya separación con respecto al resto de estancias de la vivienda se pretendió mantener, aún en los casos donde la existencia de zonas de paso era prácticamente inexistente. Las actividades llevadas a cabo en ellas generaban ruidos y olores impropios del resto de aposentos de la vivienda. Dentro de los estratos sociales que nos hallamos analizando la cocina era un espacio de actuación propio de criadas y criados; escasas debían ser las labores llevadas a cabo en ellas por parte de la señora de la casa, y muchos menos aún por el señor.

## **6. Piezas para el servicio**

Tal y como venimos observando, la vivienda acogía a determinadas personas, más allá de los señores de la casa. Nos estamos refiriendo a los miembros de su “familia”, comprendida ésta como los sujetos encargados de diferentes tareas de servicio. Según su función, estas personas iban a ostentar uno u otro rango, estableciéndose dentro del colectivo de los criados, que según el censo de Floridablanca constituía un 30% del total de la población madrileña, una jerarquía interna. Criadas y criados de distinta condición, amas de cría o cocheros dispusieron de sus propias estancias dentro de las viviendas madrileñas de sus señores.

Los aposentos concebidos para alojar a los miembros del servicio se denominaban en los albores de mediados de siglo como pieza: pieza de criadas, pieza para la familia. Sin embargo, según se fue avanzando durante la segunda mitad del setecientos, la terminología permite apreciar una especialización en la función que dichas piezas iban a cumplir. Véase el caso del plano fechado en 1756 correspondiente a una casa que se iba a edificar de nueva planta, perteneciente al convento de Santa Clara, frente a la iglesia del convento de los Ángeles y que daba la vuelta a las calles Preciados y Jacometrenzo,

donde se halla su concepción como “pieza dormitorio de criadas”<sup>462</sup>. Los términos de dormitorio de criadas, alcoba de criado, alcoba de la ama de cría, son indicativos de que aquél iba a ser el lugar fundamentalmente destinado al descanso y al reposo de los miembros de la “familia” durante su retiro, una vez finalizadas sus tareas profesionales.

Su ubicación debía facilitar el acceso a sus zonas específicas de trabajo dentro de la casa, por un lado, la cocina, y por otro, cerca de la alcoba o dormitorio de sus señores, con el fin de atender en el menor tiempo posible a sus necesidades. Puede resultar ilustrativo respecto a la jerarquización dentro de este grupo, con entidad propia en el marco de la vivienda, debido a su número de componentes, que existiera “familia” en general y criadas reconocidas de forma particular. Así, los planos de la vivienda situada en la calle de la Cruz con vuelta a la de la Victoria –casa número 4 de la manzana 210-, propiedad de Francisco Marcos de Molina, proyectaban en el año 1745 dos cuartos en planta. En el primero de ellos habría una pieza para familia con acceso directo desde o a la cocina y otra de criadas a la que se le dotaba de especial relevancia, por encontrarse inserta en la estructura en enfilade que componían los aposentos principales de la residencia: sala, alcoba y gabinete, así como por contar con una ventana hacia la fachada a la calle de la Aldaba, hacia donde también estaban orientados los precitados. Tanto la pieza de criadas como la pieza para familia estaban conectadas con el despacho de la vivienda.

En el segundo cuarto del mismo inmueble, la pieza de criadas tenía acceso directo desde la sala y se hallaba aneja y con una puerta que la comunicaba con la pieza de las señoras<sup>463</sup>.

Se nos ofrece así la imagen de la categoría y reconocimiento que dentro de la vivienda podían llegar a adquirir las criadas que se encontraban al servicio directo de los señores de la casa y, de modo específico, al de la señora. Los estrechos vínculos de relación personal y afectiva que se establecieron entre ama y sirvienta han quedado reflejados a través de la documentación notarial. Los testamentos, a través de sus mandas, constituyen un buen reflejo de las donaciones materiales que fueron llevadas a cabo por parte de las señoras hacia sus criadas.

---

<sup>462</sup> AVM. ASA. 1-85-50

<sup>463</sup> AHPM. Prot. 16968/258 r.

El vínculo se estrechaba más aún cuando ejercían labores como la crianza de los hijos, papel cumplido por las amas de cría, cuya ubicación habitacional dentro de la vivienda era inmediata a las zonas principales y de estar de los señores. Tómese el caso de la vivienda propiedad del vizconde de Huerta en la que la alcoba de la ama de cría estaba comunicada directamente, mediante una puerta, con la alcoba principal de la residencia. Y se insertaba, tal y como ya observáramos para la recién analizada casa en la calle de la Cruz en el año 1745, dentro de la estructura que componían las piezas de recibimiento: sala principal, gabinete y alcoba principal, formando un ángulo recto, en este proyecto que data de 1789<sup>464</sup>.

Las plantas de carácter palaciego, como la del proyecto de residencia para el marqués de la Regalía, en la calle Ancha de San Bernardo, o la del virrey Amat, en la calle de San Mateo, son reflejo de dos modelos diferentes en la ubicación de los espacios destinados a la habitación del servicio. En la primera, la planta principal mantenía una rígida estructura tradicional destinada a la función de recepción y los aposentos de los criados se veían relegados a la segunda planta del edificio. El alzado de la fachada permite percibir los ventanucos a través de los cuales se dotaba de iluminación y ventilación a los mismos<sup>465</sup>. Por el contrario, el evolucionado modelo que constituía la planta del palacio del virrey Amat para finales de la década de 1790, ubicaba las habitaciones para criados en la planta principal. Aquéllas se encontraban en un ala situada junto al granero y guadarnés y separadas de las piezas principales de la vivienda, que miraban hacia la fachada de la calle San Mateo, mediante lo que aparece denominado como “terrado”, que limitaba por un lado con el corralón y por el otro con el jardín. La orientación de las ventanas de dichas habitaciones era, asimismo hacia el corralón y aquel conjunto se distribuía mediante una zona de paso en la que existía un hogar, con el que cubrir la necesidad de cocina comunitaria para estas seis habitaciones, a la vez que servirles de elemento calefactor.

No obstante, pese a que la leyenda sólo ofrece su denominación como dormitorios, existían tres piezas situadas en otra zona de paso desde la principal hacia la secundaria de dicha planta principal –en paralelo al terrado- que hemos concluido podían servir

---

<sup>464</sup> AHPM. DG. 87

<sup>465</sup> AVM. ASA. 1-45-37

como dormitorios propios de ciertos miembros del servicio que desempeñaran la atención directa de los señores de la casa. Su ubicación próxima al granero, a la vez que junto a una escalera secreta que conectaba con la planta baja y que les dotaba de fácil acceso a las cocinas y despensas, que estaban situadas justo debajo de tales dormitorios, nos ratifican en nuestra interpretación<sup>466</sup>.

Distinta era la condición que ostentaban otros miembros destinados a servicios de otro tipo y, por lo tanto, respondiendo a aquélla, diferente lo era también su aposentamiento. En el caso de los cocheros hallamos testimonio de la situación de su cuarto en la planta baja del inmueble, junto a la cochera y a la cuadra que daban servicio a un cuarto principal. Obsérvese para 1759 el caso de la casa situada en la calle de Silva con vuelta a la de la Estrella -número 13 de la manzana 469-, cuyos bajos, que atendían a tal disposición, daban servicio a un principal del que no se ha logrado averiguar quién era su ocupante, sin embargo, entendemos que debía tratarse de una persona de determinada condición socio-profesional, equiparable a los miembros del grupo estudiado, por componerse de recibimiento, sala y antesala, dormitorios, gabinete, piezas de despacho, pieza de comer, tránsitos, cocina y despensa, desde la cual partían unas escaleras que ascendían al piso segundo, en el que, atendiendo al alzado de la fachada, los ventanucos eran indicativos de una planta abuhardillada en la que alojar a otros miembros del servicio<sup>467</sup>.

## **7. Piezas para hijos**

La infancia tendió a ser relegada durante décadas como sujeto de estudio histórico, del mismo modo que lo fueron otros colectivos –mujeres, otras etnias-. Sin embargo, a partir de la publicación del libro *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, de Philippe Ariès<sup>468</sup>, la figura infantil fue reconocida con un significado propio dentro de la familia. Es por ello nuestro interés en buscar la existencia de espacios específicos dentro de la vivienda del siglo XVIII destinados directamente a estos miembros, para quienes el ideario ilustrado concebía la necesidad de establecer toda una pedagogía que contribuyera en sus correctos desarrollo y educación.

---

<sup>466</sup> AVM. ASA. 1-54-99

<sup>467</sup> AHPM. Prot. 16455/104 y 110

<sup>468</sup> ARIÈS, P.: *El niño y la vida familiar...Op. cit.*

La aparición de piezas concebidas para los hijos en los planeamientos de determinadas residencias permite descubrir aquellos lugares que asociamos a las niñas y niños de la casa; debido a que los hijos que alcanzaban cierta edad tendían a abandonar el domicilio familiar para establecer su propia residencia junto a su cónyuge.

Nos encontramos de nuevo con un espacio que podríamos calificar de residual, si atendemos a su infrecuente presencia con respecto al resto de estancias que componían la vivienda. El hecho de que la documentación no mencionara el destino específico para los hijos de la casa de un determinado aposento resulta ilustrativo de que aquellos contaban pocas veces con un aposento asignado. Tal carencia podríamos comprenderla en un doble sentido. Por un lado, la aún débil especialización en su distribución interior de la que adolecían buena parte de las viviendas y en la que venimos incidiendo. Por el otro, la todavía frágil condición de la infancia como una etapa de la vida con necesidades específicas diferentes a las de los adultos.

Una vez más, su aparición se hace presente en viviendas donde ya existían algunas de esas otras estancias que asimismo hemos caracterizado por sus bajos porcentajes de aparición: pieza de comer, gabinete, despacho y/o pieza para criadas. Sin embargo, en términos cronológicos no las consideramos tardías; los casos de los que tenemos constancia se datan en la década de 1740<sup>469</sup>.

### **8. La galería o “corredor con vistas al jardín”**

Debemos entender la galería como una zona de paso principal, de mayor longitud que anchura, a modo de corredor de amplias dimensiones, cuya funcionalidad difería de la atribuida a las zonas de paso mencionadas anteriormente. Se trataba de un espacio hecho para ser visto y disfrutado en el plano noble de las viviendas de condición superior.

Aquella tendía a servir de lugar de exhibición de pintura y otros objetos artísticos, tales como la escultura, beneficiándose del aporte de luminosidad que penetraba a través de los ventanales que cubrían una de sus paredes longitudinales.

---

<sup>469</sup> AHPM. Prot. 16366/797 r.; Prot. 16968/55r.

Hallamos ciertas referencias que nos ofrecen interesantes descripciones de las mismas. Testimonios como el relativo a la galería de la condesa viuda de Lemos y marquesa de Sarriá, doña Josefa de Zúñiga y Castro, esposa del marqués de Sarriá, don Nicolás de Carvajal y Lancáster, teniente general de los Reales Ejércitos, coronel y director de las Reales Guardias de Infantería Española y primer consiliario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando<sup>470</sup>. En su casa de la calle del Turco, celebraba el archiconocido y citado salón que pasaría a la posteridad con el nombre de la Academia del Buen Gusto, de duración entre enero de 1749 y septiembre de 1751:

“Quedé absorto al ver lo regio y espacioso de la magnífica galería, cuyas doradas rejas daban vista a los jardines. Sus grandes paredes vestían primorosas pinturas, unas mitológicas y otras simbólicas, que explicaban los géneros de la poética. A trechos, las estatuas de las musas con sus respectivas insignias, y en el testero, Apolo coronado de rayos y pulsando la dorada lira”<sup>471</sup>

## **9. Espacios diferenciados: librería, despachos y gabinetes**

Pese a los planteamientos que emanaban desde la teoría arquitectónica, la realidad madrileña nos muestra unas casas donde un espacio calificado a través del concepto “librería”, podemos decir que fue prácticamente inexistente para la segunda mitad del siglo XVIII.

Aunque dicho término no aparezca, no significa que no existiera un espacio para ubicar los conjuntos de libros. Su disposición en una o en varias piezas dentro de la casa era necesaria. Sin embargo, que no se aplicara el término librería para denominar a la estancia donde se colocaban los libros, bien puede ser indicativo de que no se trataba de un lugar exclusiva y específicamente destinado a la colección bibliográfica. Esto nos lleva a pensar que los libros compartían espacio con otro tipo de elementos; lo que dotaba a la estancia de un carácter polivalente, según fuera una u otra la actividad llevada a cabo en su interior.

---

<sup>470</sup> BÉDAT, C.: *La Real Academia...* Op. cit., p. 68-70

<sup>471</sup> CUETO Y ORTEGA, L. A., marqués de Valmar: *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, Madrid, 1893, 3 vols. t. I, p. 271. Citado por MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona, Anagrama, 1987, p. 33. 1ª edición, 1972.

El plano de la que comprendemos se convirtió, después de su construcción en 1747, en la residencia de don Juan Miguel Fajardo Uztáriz, Secretario de Su Majestad y de Decretos en la Secretaría del Despacho Universal de Guerra, aparece numerado pero sin leyenda explicativa<sup>472</sup>. Sin embargo, entendemos que entre las múltiples piezas que componían su vivienda debían existir uno o varios lugares dedicados a la ubicación de los libros y específicos para la realización de diferentes tipos de lectura. Dada su condición de nieto del reputado don Jerónimo de Uztáriz –de importante trayectoria castrense, como miembro de la administración estatal y autor del reconocido tratado *Teoría y práctica de comercio y marina* (1724)<sup>473</sup>–, a lo que había que sumar su faceta de lector, constatada a través de la aparición de su nombre entre los muy ilustres suscriptores de los *Libros en que están reatados diferentes cuadernos physicos, médicos, astrológicos, poéticos, morales y místicos que años pasados dio al público en producciones pequeñas el Doctor don Diego de Torres Villarroel*, impreso en Salamanca en el año 1752.

Si nos apoyamos en las investigaciones llevadas a cabo para Francia por Roger Chartier<sup>474</sup>, quien se sirvió de la pintura como fuente para profundizar en los diferentes tipos de prácticas relativas a la lectura, podemos distinguir dos realidades en torno a la ubicación del libro y los usos lectores: las propias del despacho y las del gabinete.

Respecto al despacho, se trataba de una pieza abierta a personas vinculadas a su ocupante en el terreno profesional, es decir, ajenas al círculo familiar o de las amistades y constituidas en agentes transmisores hacia el exterior de la imagen del profesional que percibían durante su reunión en aquella estancia.

Hallamos como evidencia del grado de proximidad que se atribuía a los que iban a ser recibidos en dicha estancia, la ubicación de la misma. En la práctica totalidad de los planos se localizaba aneja al recibimiento y con acceso directo desde él; por lo tanto, a una escasa distancia de la puerta de entrada a la vivienda. No era necesario tener que introducirse en la casa para pasar a aquella dependencia. No obstante, desde ella se daba

---

<sup>472</sup>AVM. ASA. 1-84-85

<sup>473</sup>FICHOZ: 006042

<sup>474</sup>CHARTIER, R.: “Las prácticas de lo escrito”, ARIÈS, P. y DUBY, G. (eds.): *Historia de la vida privada... Op. cit.; Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993; *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1994

entrada en algunos casos a la sala, integrándola de este modo en el conjunto de piezas que formaban parte de la zona de la vivienda abierta a la recepción de personas no exclusivamente miembros de la familia, sino a otros que podían ocupar un rango intermedio entre las relaciones estrictamente profesionales y las personales.

Para 1789, a la pieza del despacho hallamos unidas una alcoba y un retrete. Se puede observar en el plano de la casa en la calle del Sordo de don Diego de Molina y Borja<sup>475</sup>. Este alférez mayor de Murcia acababa de recibir el título de vizconde de Huerta<sup>476</sup> el 19 de julio de aquel mismo año y el 24 de octubre presentaba el modelo que habría de seguirse en la reforma de dicha vivienda, tal vez, adaptándose a las necesidades requeridas por su nueva condición socio-estamental. El conjunto de tres estancias que se obtenía como resultado, derivaba funcionalmente en la ampliación del uso asociado al despacho. Desde éste, ahora se permitía el acceso a dos piezas abiertas a unas prácticas relativas a los ámbitos de la comodidad y la necesidad, alcoba y retrete respectivamente, que hasta aquel momento se hallaban dissociadas de los usos profesionales vinculados al despacho. Bien podríamos hallar en esta tipología un modelo de aquellos apartamentos masculinos que Carmen Abad-Zardoya localizó ubicados en los entresuelos de las viviendas en Zaragoza<sup>477</sup>. La particularidad de Madrid, sin embargo, donde la célula de habitación por excelencia era el cuarto, dio cabida a este “apartamento” del varón-profesional en la misma planta donde se localizaban el resto de las piezas que componían la habitación.

En lo que se refiere al gabinete, según la información que aporta la documentación, podemos distinguir varias tipologías del mismo. Aquellos que se diferenciaban por sexo, es decir, el propio del señor de la casa y el de la señora. Estos se hallaban asociados a un conjunto de estancias, también propias de cada uno de ellos, donde la central o principal, y en torno a la que se constituían el resto, era el dormitorio, y tendemos a hallarlos presentes en plantas plenamente palaciegas. Sin embargo, constatamos a su vez la existencia de otro tipo de gabinete, más frecuente en una vivienda elitista, pero sin alcanzar el grado de palacio, formando parte del conjunto de piezas de representación. Un aposento, neutro, en cuanto a género, en el que habían de

---

<sup>475</sup> AHPM. DG. 87

<sup>476</sup> FICHOZ: 016766

<sup>477</sup> ABAD ZARDOYA, C.: “Donde el arte debe sujetarse a la necesidad...” Op. cit., pp. 113-134. También sobre el tema: POSTIGO VIDAL, J.: “El estudio como espacio...” Op. cit., pp. 1067-1082



llevarse a cabo aquellas prácticas de carácter social, relativas a la reunión con amigos y allegados, pero de un carácter menos íntimo y particular que las que tenían lugar en los gabinetes masculino o femenino.

Mientras los primeros tipos nos remiten directamente a los nuevos modelos de distribución interior de la vivienda de las elites cortesanas propuestos por la teoría arquitectónica, en los que se abogaba por unos espacios especializados funcionalmente. El segundo es aún reflejo de una planta tradicional propia de unas casas principales, tal vez, reformadas en su estructura interior, siempre ciñéndose a las posibilidades que ofrecía el edificio original. O, simplemente, indicativo del uso de este término propio del siglo XVIII, para denominar una pieza preexistente, cuya funcionalidad práctica podía haber variado en una mayor o menor medida con respecto al siglo anterior. Este puede ser el caso que nos muestra la escritura correspondiente a la testamentaria del conde de Bornos cuando menciona: “Una colgadura de filosedá (...) y una cortina ancha de la misma filosedá, todo en el gabinete primero que sigue al estrado”<sup>478</sup>. Aquel gabinete seguía al estrado, una denominación frecuente todavía durante la primera mitad del siglo XVIII de las que finalmente se consolidaron como salas principales de recibir, sin que existiera ya en ellas esa connotación de reducto de segregación femenina que se ha venido atribuyendo al estrado tradicionalmente. Este modelo se reitera durante la etapa final del setecientos, en la que se sucede la tipología de gabinete asociado a la sala. Se percibe a través de referencias que nos indican la misma decoración para ambos espacios, como las “Treinta y dos varas de friso usado puesto en la sala principal y gabinete con su media caña dorada...”<sup>479</sup>, en casa de don Domingo Martínez, el ya mencionado oficial de la Tesorería Mayor de su majestad y su cajero principal y de la Tesorería de la Princesa de Asturias y la infanta doña María Josefa, en 1780.

La información respecto a la composición de los gabinetes que se nos ofrece en la documentación notarial nos ilustra asimismo de su carácter como aposento de distinción. Cabe ser destacada la importancia que se concedía a su revestimiento. Colgaduras, cortinas, frisos, se hallaban realizados sobre diferentes tejidos, entre los que predominaban las telas de seda como el damasco; también pintados o decorados con diferentes motivos a la moda: flores y listas de colores, dorados, chinescos. Se trataba

---

<sup>478</sup> AHPM. Prot. 19545/254 r.

<sup>479</sup> AHPM. Prot. 17644/382 r.

de elementos realizados en materiales de precios elevados, que servían para dotar al conjunto de un carácter representativo del grado de su propietario. El valor que se otorgaba a la composición del gabinete quedaba implícito en la existencia de un profesional destinado específicamente a su adorno: “el adornista de gabinete”.

El 27 de enero de 1761, aparecía el siguiente anuncio en el *Diario curioso-erudito, económico y comercial*:

“En la calle de San Isidro, al costado de la fábrica de los cristales, entrando por la Carrera de San Francisco, entre dos puerta cocheras, cuarto principal, vive un artífice que lo ha sido de dicha fábrica de cristales el cual tiene habilidad para colgar las arañas y cornucopias y también para componer gabinetes con mucha curiosidad”<sup>480</sup>.

Así, los gabinetes de la residencia del conde de Bornos, en la calle de la Magdalena, constituían espacios de representación propiamente dichos. Piezas dignas de un alto cargo del Ejército que falleció siendo teniente general y ostentando un título de grandeza de España de segunda clase<sup>481</sup>. Pero, también el del oficial de la Tesorería Mayor de Su Majestad y cajero principal de ella don Domingo Martínez<sup>482</sup>.

En lo que se refiere ya al gabinete masculino propiamente dicho, frente al uso práctico profesional que hemos sido capaces de delimitar para el despacho, aquél constituía una pieza de carácter polivalente, entre cuyas funciones intuimos también la de servir como marco a la actividad de la lectura. Notamos, asimismo, que, frente a la presencia del despacho en la residencia de los profesionales que aquí estamos tratando, pero también en las de otros individuos que desempeñaban ciertos oficios por los que necesitaban de un espacio para recibir a sus clientes o pacientes –comerciantes, médicos- o en el que retirarse para llevar a cabo algún tipo de actividad que requiriera concentración –contabilidad, estudio-, el gabinete del varón podríamos considerarlo como una pieza para una minoría socio-económica. Su presencia dentro de los dibujos de planos de proyectos de construcción en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII, la define como una estancia poco frecuente, con respecto a las salas, las alcobas,

---

<sup>480</sup> Citado por VEGA, J.: “Contextos cotidianos para el arte...” Op. cit., pp. 14-15; de la misma autora, vid. “Transformación del espacio doméstico...” Op. cit., pp. 191-226

<sup>481</sup> FICHOZ: 000107 y AHPM. Prot. 19545/254 r.-254 v.

<sup>482</sup> AHPM. Prot. 17644/382 r.

los dormitorios o los comedores, que se hallaban presentes en la mayor parte de las viviendas. Sólo aparecen en los interiores de viviendas que constaban ya de las piezas anteriormente mencionadas, es decir, diversificadas funcionalmente en su compartimentación. Tendía a constar de una, y en algunas ocasiones hasta dos, ventanas que miraban hacia la calle y permitían la entrada de luz natural. Un elemento muy importante a tener en cuenta durante un período en el que la iluminación artificial solía ser pobre y que condicionaba directamente la realización de determinadas actividades durante las horas del día en las que existía iluminación natural, y en aquellos espacios dentro de la casa que se beneficiaban de esta última a través de ventanas hacia la calle, el patio y, en muy escasas ocasiones en Madrid, hacia un jardín.

Por lo tanto, una pieza que estaba hecha para sentarse cómodamente a leer, en una actitud distendida, que propiciaba la lectura silente del lector individual y la lectura en voz alta cuando hubiera más de una persona reunida.

La diferenciación sexual de los gabinetes no se refiere explícitamente en los planos analizados correspondientes a proyectos de obras; sin embargo, otro tipo de fuentes corroboran la existencia de estos espacios diferenciados, más allá de la teoría<sup>483</sup>. Dentro de los testimonios que dejaron los viajeros se encuentran descripciones como la que sigue:

“La encontramos sentada *en famille*... junto a un brasero de plata, en un grato apartamento interior tapizado de satén brillante de Valencia. Me dedicó las más agradables muestras de cortesía y atención y dio órdenes de que iluminasen sus estancias particulares para que pudiera examinar bien el magnífico mobiliario. La cama, que es del más rico terciopelo azul bordeado de encaje, es de bellísima forma y está situada en un nicho espacioso y profundo, rodeado de inmensa profusión de cortinas. No sé por qué motivo arquitectos y decoradores no se sirven con más frecuencia de los cortinajes. Nada produce una impresión tan grandiosa y al mismo tiempo tan confortable...

---

<sup>483</sup> En torno al tema dos de las últimas conferencias pronunciadas por Gloria A. Franco Rubio: “La feminización de la vivienda” y “De la cámara azul al cuarto rosa: La ocupación femenina del espacio doméstico”, en el marco de las I Jornadas: Cultura material y vida cotidiana. España, siglos XVI-XX (Universidad Autónoma de Madrid y Asociación de Amigos del Museo Nacional de Artes Decorativas, octubre de 2013) y el X Coloquio Internacional de Historiografía europea y VII Jornadas de Estudios sobre la modernidad clásica (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina, noviembre de 2013).

El tocador de Madame d'Aranda, diseñado por el escultor Moite y ejecutado por Auguste, es, con mucho, la chef d'oeuvre más exquisita que he visto en mi vida...”<sup>484</sup>

El inglés William Beckford fue recibido por la condesa de Aranda en las piezas que componían su apartamento dentro de su residencia. Doña María del Pilar Silva Palafox, hija del duque de Híjar y esposa de don Pedro Pablo Abarca Bolea, conde de Aranda, debía encontrarse a finales del año 1787, momento del viaje de Beckford a España, recién llegada de su estancia en París, donde residió desde que contrajo matrimonio en abril de 1784 con el conde, que ejercía de embajador de España en Francia ya desde 1773. Sin duda alguna, las formas y los modelos franceses, de imitación tan en boga en la corte madrileña, habían impregnado más aún, si cabe, en este matrimonio que había estado afincado durante una larga temporada en la capital parisina. El *allure* francés se hace presente en el relato del viajero. En primer lugar, se refería a doña María del Pilar como “Madame d'Aranda” y utilizó algún que otro concepto en lengua gala: “en famille”, “chef d'oeuvre”. Asimismo, el modelo de apartamento femenino respondía fielmente a los planteamientos establecidos desde la tratadística francesa, compuesto por varias “estancias particulares” de la condesa, acomodadas con el mobiliario –realizado por artistas franceses- y los elementos necesarios para llevar a cabo prácticas relativas al retiro, el descanso, el arreglo personal y/o la reunión con un grupo de personas allegadas.

Para su definición se ha decidido prescindir de los conceptos público y privado, de los que trataremos en un apartado posterior, y cuya contribución consideramos deficiente a la hora de explicar buena parte de los espacios que constituyeron los tipos de viviendas que centran este análisis. Por el contrario, hemos preferido adentrarnos en ellos a través del estudio de las prácticas a las que dieron cabida y que se adaptaban, entendemos, adecuadamente a la escala que transcurre entre lo individual y lo social.

En primer lugar, actividades de carácter intelectual relacionadas, fundamentalmente, con la lectura y la escritura. La lectura en solitario, silente que permitía aprehender el texto de una forma más personal que la llevada a cabo en voz

---

<sup>484</sup> PARDO, J. (trad.): *Un inglés en la España de Godoy (Cartas españolas)*. Madrid, Taurus, 1966, p. 139

alta. Pero también la escritura, de cartas atendiendo al frecuente uso establecido de comunicación a través de correspondencia epistolar y de otro tipo de escritos de carácter íntimo como los diarios, en los que expresar pensamientos relativos al mundo de lo sentimental, aunque no sólo, puesto que en ellos se llevaba a cabo buena parte del control doméstico ejercido por la señora de la casa atendiendo a los planteamientos que hacían recaer sobre su figura la gestión de la economía doméstica<sup>485</sup>.

También, aquellas actividades que tenían que ver con el culto al cuerpo, la higiene y la belleza<sup>486</sup>. Desde tiempos remotos la figura femenina se ha venido relacionando con la belleza por antonomasia. No es baladí su denominación como el bello sexo. De ahí que el cuidado de su imagen fuera una práctica atendida y muy cuidada entre las mujeres pertenecientes a los grupos más elevados de la sociedad. Nutriéndose una vez más de la tradición francesa, las prácticas de tocador que tenían que ver con el arreglo del rostro y el cabello pasaron a denominarse toilette o a su castellanización como toaleta. Dichas actividades, en origen asociadas al mueble tocador, del que trataremos en un apartado posterior, el cual podía hallar su ubicación en cualquiera de los aposentos que formaban el apartamento femenino, derivaron en llegar a asociarse, siempre dentro de las viviendas dotadas de la calidad suficiente, fundamentalmente los nuevos palacios, a una estancia propia, la cual se definía mediante el mismo término que el mueble. Una evolución del mueble a la estancia que se percibirá también para la librería.

Finalmente, el apartamento femenino adquiriría a su vez la funcionalidad de espacio de recepción, no sólo destinado a acoger personas de relación muy estrecha con la señora y que pudieran valorarse de íntimas. Tal y como se puede comprobar en el testimonio del viajero William Beckford, éste fue recibido en “sus estancias particulares” por la condesa de Aranda. Aún cuando el inglés fuera prácticamente un desconocido para doña María del Pilar. Se trata de comprender dichos espacios en su vertiente de piezas abiertas a las visitas dirigidas directamente a la señora de la casa.

---

<sup>485</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “*Casa puesta, nadie sabe lo que cuesta*. La economía doméstica en la España del siglo XVIII”, BRAVO CARO, J. J. y SANZ SAMPELAYO, J.: *Población y grupos sociales en el Antiguo Régimen*, vol. I. Málaga, Fundación Española de Historia Moderna, 2009, pp. 619-630; IMÍZCOZ BEUNZA, J. M. y OLIVERI KORTA, O. (ed.): *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*. Madrid, Sílex, 2010

<sup>486</sup> ORTEGO AGUSTÍN, A.: “Discursos y prácticas sobre el cuerpo y la higiene en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos VIII* (2009), pp. 67-92

Por lo tanto, su composición tenía que traducirse en fiel reflejo de la alta condición de la dama y servir para transmitirla a quienes eran introducidos hasta los mismos.

El tapizado de sus paredes debió erigirse en moda durante esta segunda mitad del siglo XVIII –así para las piezas femeninas, como para los gabinetes masculinos a los que ya nos hemos referido anteriormente- y los ricos cortinajes acabar de completar su revestimiento. El “tapizado de satén brillante de Valencia”, que bien podría ser el mismo que cubriera las paredes del apartamento del conde de Aranda, aunque variando su color, sirviéndose del uso de las gamas cromáticas para generar espacios femeninos o masculinos, nos remite además al consumo de productos de manufactura nacional de la seda y sus derivados. Este tejido buscaba su semejanza con las ancestrales sedas procedentes de China, cuyo elevado coste limitó su disfrute a un escasísimo número de privilegiados. El avance en la producción de manufacturas de diferentes tipos en España, fuertemente impulsadas por iniciativas reales, además de por reducidos grupos de particulares, permitieron el acceso a productos anteriormente limitados a unos pocos, a un número más amplio de población.

Estos espacios debieron ser ambientes ideales, debido a su tamaño reducido con respecto a las salas y fácilmente caldeables, para reunir a un pequeño grupo de personas en torno a una conversación, la lectura en voz alta de un libro y su comentario o para entretener a la señora y sus acompañantes en labores de aguja.

Tal vez, su significado fue variando en los diferentes contextos geográficos<sup>487</sup>, así como con el paso de los años, y a las ricas telas que los revestían las fueron sustituyendo los lienzos pintados, las indianas, etc., a los que don Ramón de la Cruz hiciera referencia: “... y ya ven los españoles que el papel y las indianas para vestir las paredes les hacen muchas ventajas a los cuadros de Velázquez, Cano, Ribera, que llaman el Españolito, y otros pintorcillos de esa laya”<sup>488</sup>. Pudo llegar a convertirse en una pieza de comodidad y retiro dentro de la vivienda burguesa del siglo XIX, sin

---

<sup>487</sup> PIERA MIQUEL, M.: “Els usos de les indianes a la Barcelona del segle XVIII: decorar la llar o vestir la gent?”, SÁNCHEZ, A. (coord.): *La industria de les indianes a Barcelona, 1730-1850*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2011, pp. 67-84

<sup>488</sup> CRUZ, R. de la: *El petimetre*. Ed. Durán, tomo I, p. 503; citado por MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos... Op. cit.*, p. 44

embargo, esta evolución sobrepasa los límites cronológicos establecidos en este trabajo<sup>489</sup>.

## 10. Oratorios

El oratorio constituía una estancia presente fundamentalmente en las residencias de la nobleza. Muchas son las casas principales datadas de los siglos XVI y XVII de las que tenemos noticia de la presencia de un oratorio. A ello se refería la condesa D'Aulnoy en su "cuestionado" libro de viaje: "Las iglesias de Madrid me han parecido muy hermosas y bien dispuestas, pero se ven poco frecuentadas por los grandes señores que oyen misa y rezan en las capillas particulares de sus casas. Sólo en ciertos días del año acuden a los templos, como por ejemplo, en Semana Santa"<sup>490</sup>.

Tal vez, un testimonio que exageraba en exceso, como fue frecuente entre los relatos de viajeros, las actitudes de las que se hacían eco; sin dejar por ello de servirnos como indicio para cuestionarnos respecto a la realidad que manifestaban.

El hecho de que una vivienda disfrutara de un oratorio conllevaba aparejado que al titular del domicilio se le hubiera concedido el privilegio de poder celebrar misa en el marco de su residencia particular, salvo en determinadas festividades del calendario litúrgico, como dejaba vislumbrar la condesa D'Aulnoy. Se trataba de evitar así un vacío en las iglesias por parte de sus feligreses de mayor estatus social en las fiestas de guardar. Sin embargo, según la normativa, no todas las celebraciones podían ser ejecutadas en los oratorios particulares, ciertas funciones se mantenían reservadas a las iglesias, tales como bautizos, matrimonios, la ubicación de túmulos funerarios o columbarios<sup>491</sup>, -salvo casos excepcionales-. Probablemente la realidad no se ajustara estrechamente a los preceptos y las prácticas llevadas a cabo dentro de los oratorios particulares pudieron superar a aquéllas que teóricamente estaban contempladas.

---

<sup>489</sup> Sobre el tema ABAD ZARDOYA, C.: "Mujeres, arpas y libros: Herencias de la pintura moderna en los fotograbados de los *Salones de Madrid* (H. 1898)", *Artígrama*, 20 (2005), pp. 367-384

<sup>490</sup> AULNOY, Condesa d': *Viaje por España en 1679-1680*, vol. I. Barcelona, Iberia, 1962, p. 186

<sup>491</sup> VINUESA HERRERA, R. M.: "Oratorio y capillas privadas: la capilla del Beaterio de las MM. de la Orden Tercera de San Francisco de Sevilla", CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (coord.): *La clausura femenina en España*, vol. II. El Escorial, Ediciones Escorialenses: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2004, p. 1069

Para obtener la licencia que permitía disfrutar de un oratorio particular, estaba regulada la necesidad de exponer los motivos que llevaban a un individuo a presentar tal solicitud. Aquellos tendían a relacionarse con que el solicitante hubiera contribuido con algún tipo de servicio a la Iglesia y considerara que ésta debía reconocerle con tal privilegio; pero también con la avanzada edad y/o los problemas de salud que le impedían desplazarse a un templo para participar en los servicios religiosos. Por otra parte, se exponía asimismo la nobleza de la familia para la que se llevaba a cabo la demanda y se presentaban una serie de testigos de similar nobleza y calidad que pudieran certificar la veracidad de lo expuesto. El privilegio consistía en la concesión de una bula o breve papal. Una vez obtenida ésta, debía ser el ordinario el que, tras comprobar en la propia vivienda, mediante la visita por parte de un sacerdote o por el propio fiscal del Arzobispado, la “decencia” del espacio destinado a oratorio, así en su fábrica como en su aderezo, otorgaba el visto bueno definitivo<sup>492</sup>. En el caso de Madrid, su pertenencia a la diócesis metropolitana de Toledo –la diócesis de Madrid no se creó hasta 1885, aún así como sufragánea de Toledo–, había derivado en el control directo respecto a los asuntos eclesiásticos sobre la Vicaría Eclesiástica y la Visita Eclesiástica. Esta última, dirigida por un visitador, que era nombrado por el arzobispo de Toledo, tenía entre sus competencias la supervisión de las parroquias, los edificios sagrados, altares, imágenes, mobiliario y vestimentas<sup>493</sup>.

La pieza del oratorio debía estar en una zona del plano alejada de los lugares en los que se desarrollaban actividades y tareas carentes de la gravedad que colmaba a la santa misa, “libre y separado de todas las oficinas y actos domésticos”<sup>494</sup>. Mantenerse con un aislamiento tal, que era preceptivo que en ningún caso pudiera servir de vía de paso para llegar hasta otra estancia, y que si existía una planta superior, sobre él no pudiera ubicarse ningún otro tipo de aposento, salvo otro oratorio.

Dentro de los planos analizados, su existencia quedaba reflejada de forma explícita mediante un símbolo de la cruz, para el año 1747, en las casas que se disponía a construir sobre un sitio erial don Juan Miguel Fajardo Uztáriz, el precitado Secretario

---

<sup>492</sup> Ibídem, pp. 1063-1078; VINUESA HERRERA, R. M.: “El oratorio de la casa natal del venerable don Miguel de Mañara, fundador Hospital de la Santa Caridad de Sevilla”, CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (coord.): *La Iglesia española y las instituciones de caridad*. El Escorial, Ediciones Escorialenses: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2006, pp. 787-798

<sup>493</sup> FRANCO RUBIO, G.A.: “El estamento eclesiástico...” Op. cit., pp. 62-63

<sup>494</sup> VINUESA HERRERA, R. M.: “Oratorio y capillas privadas...” Op. cit., pp. 1067



de Su Majestad y de Decretos en la Secretaría del Despacho Universal de Guerra, en la calle del Clavel con vuelta a la de San Miguel<sup>495</sup>.

Se trataba de una vivienda distribuida en dos alturas, bajo y principal. En el cuarto bajo, además de dos estructuras, compuestas por tres piezas cada una, con entradas por la fachada principal por la calle del Clavel, que comprendemos como dos tiendas con sus correspondientes aposentos; se hallaban las cocheras, las caballerizas y otras cuatro dependencias que desciframos destinadas a los servicios de la casa. Adosadas a una de estas últimas se encontraba una escalera que conectaba con la zona de servicios que, asimismo, hemos distinguido dentro de la estructura compositiva del cuarto principal. Sin embargo, en éste las zonas de representación eran las que tenían reservada una mayor parte de la superficie de la planta. La escalera principal del inmueble daba acceso a un recibimiento que cumplía a su vez la función de distribuidor hacia las diferentes partes del cuarto. Una primera que se hallaba orientada hacia la fachada principal a la calle del Clavel, compuesta por varias estancias donde se perciben perfectamente una antesala, la sala, con una alcoba, y un gabinete. La segunda estructura se hallaba orientada hacia la fachada que miraba a la calle de San Miguel y guardaba una composición de aposentos en enfilade. Asimismo, desde el recibimiento se daba paso a una pieza alargada y de considerable anchura que se iluminaba mediante dos ventanas abiertas hacia el patio. Por similitud a su posición dentro de la planta, con respecto a otros planos analizados, la hemos identificado como el comedor/galería y era desde éste, que se accedía a una tercera estructura de piezas entre las cuales se hallaba el oratorio. El espacio sagrado estaba precedido por una estancia previa cuya ventana miraba de nuevo al patio y que se convertía en el único acceso a dos estancias que quedaban aisladas del resto de las de la casa en el ángulo noroeste del plano.

Un oratorio que, aún formando parte de una composición distributiva de piezas concebidas para mostrar la condición de su morador y, por lo tanto, a primera vista, abiertas a la penetración de todo aquél que llegara a la casa; guardaban, sin embargo, una graduación que las iba haciendo perder “publicidad” siguiendo el esquema que hemos utilizado para describirlas. Es decir, la parte más pública, la orientada hacia la fachada principal a la calle del Clavel; la menos, aquélla donde se encontraba el oratorio

---

<sup>495</sup> AVM. ASA. 1-84-85. Ver MARTÍNEZ MEDINA, A.: *La casa nobiliaria española...* Op. cit., pp. 351-353

y que comprendía lo que debía ser un dormitorio bastante aislado del resto de dependencias que formaban el plano.

Su situación nos permite definirlo como un espacio de carácter principal, aunque de acceso “reservado”. Compréndase este término en el doble sentido de acceso “limitado” para el individuo al que se le había concedido la licencia de disfrute de oratorio particular –que tendía a verse ampliada a los miembros de su familia y los posibles huéspedes de la casa-; al mismo tiempo que, siguiendo la definición del concepto reservado del *Diccionario de la Real Academia Española* en la primera de sus acepciones: “Cauteloso, reacio en manifestar su interior”.

Tal y como ya se ha expresado, el edificio contaba con cuartos bajo y principal. Esto significaba que no hubo de plantearse la cuestión de cómo, atendiendo a la normativa, mantener el oratorio –ubicado en el principal- libre de cualquier otra pieza sobre él que no tuviera carácter sagrado.

Existía también un oratorio en la casa-palacio cuya construcción ordenó el II marqués de Grimaldo, en el año 1763 en la calle Ancha de San Bernardo<sup>496</sup>. Heredero del título que le fue concedido a su padre, I marqués de Grimaldo, esta figura de trayectoria castrense y gentil-hombre de cámara del rey desde 1764, iba a disponer dentro de su residencia, de planeamiento propiamente palaciego, de un espacio específicamente destinado al culto religioso. Su situación dentro del entramado de piezas que componían la zona de representación de aquella planta noble, la dotaba de un carácter abierto de cara a quienes visitaban a los residentes de la casa. No obstante, su posición en la zona del testero del edificio, obligaba al recorrido de los múltiples aposentos de recepción que conformaban la parte frontal de la vivienda, que miraba a la fachada principal, y los de las dos alas laterales, con fachadas a las calles de la Manzana y de los Reyes, hasta alcanzar dicho “sancta sanctorum”. Se reservaba así de facilitar un acceso directo a él en cualquier incursión en la vivienda y su orientación con ventana hacia el jardín le beneficiaban del sosiego y la quietud procedentes del espacio natural, las cuales iban a contribuir en el mejor desarrollo de las prácticas de rezo y meditación para las que esta pieza estaba destinada.

---

<sup>496</sup> AVM. ASA. 1-45-37-0002

Por otra parte, existía a su vez la posibilidad de conectar directamente con dicho lugar desde las zonas de comodidad o retiro de los habitantes del palacio. Éstas, dispuestas en torno al patio central de forma simétrica, atendiendo a los planteamientos de espacios de habitación diferenciados sexualmente dentro de la vivienda, le conferían, asimismo un valor trascendental, en toda la amplitud del término. Un espacio de superior importancia o gravedad con respecto al resto de las piezas que formaban la zona de respeto, del que se le dotaba por su carácter sagrado. A la vez, se permitía el uso directo de tal espacio por parte de la señora de la casa. Doña Irene de Navia, esposa del II marqués de Grimaldo desde el año 1750, e hija del marqués de Santa Cruz de Marcenado, tenía acceso desde sus piezas propias a aquel lugar sagrado, utilizado igualmente por parte de su marido. Lo que nos permite definirlo como un espacio neutro, en lo que a género se refiere, donde el hombre y la mujer podían desarrollar sus prácticas devocionales juntos o por separado<sup>497</sup>.

El hecho de que en los dos casos presentados, pese a la distancia tipológica existente entre la planta propiamente palaciega de la vivienda del marqués de Grimaldo y aquélla que no constituía un palacio como tal, aunque reflejaba la preeminencia de su propietario, don Juan Miguel Fajardo Uztáriz, el oratorio fuera fácilmente accesible desde las que podemos entender como zonas de retiro de los moradores de la residencia, podía haber desatendido a los preceptos dados desde la normativa eclesiástica. Dependía así por completo de quienes podían disfrutar de tal dependencia de carácter sagrado no incurrir en oír misa desde la cama o en otra actitud –vestimenta- carente de la gravedad, la compostura y la circunspección que el rito requería.

Algunos miembros de la más alta aristocracia no se conformaron sólo con el privilegio de contar con su oratorio privado. Sino que, a su vez, optaron por dotar a su residencia de una comunicación directa con algún templo o monasterio. Éste fue el proyecto que pretendió llevar a cabo el duque de Uceda, ya en el siglo XVII,

---

<sup>497</sup> Según la teoría emanada desde la tratadística moral que regía el uso de capillas y oratorios particulares en el contexto italiano, el control directo de dicha pieza le correspondía al varón cabeza de familia. Agradezco dicha información a la Doctora Silvia Evangelisti, surgida a raíz del debate que se generó con la presentación del paper “Women, faith and devotional practices in late Eighteenth-century Spain and domestic material culture” en el marco del panel “Women’s networks: Religion, culture and everyday life: Fifteenth to eighteenth century”, European Social Science History Conference, Viena, abril 2014, por parte de quien al presente redacta estas líneas.

conectando su vivienda de la calle Mayor con el convento de monjas bernardas que fundó junto a ella. Se observa así, en una ocasión más, la intencionalidad de equipararse con la realeza, mediante el goce de determinados usos, muy alejados del alcance del común. Un significativo ejemplo, cuya materialización tuvo lugar, fue el de las casas principales de los duques del Infantado en la Costanilla de San Andrés. Éstas comunicaban a través de una tribuna con la vecina iglesia de San Andrés. A la misma iglesia se tenía asimismo acceso mediante tribuna desde las casas del Conde de Paredes. También gozaron de comunicación directa las casas de la Marquesa de la Laguna y del conde de Lemos con la iglesia de Santiago, y las casas del duque de Alba conectaban con la iglesia de San Juan<sup>498</sup>.

Resulta igualmente relevante en el análisis de las conexiones existentes entre las viviendas de particulares y los espacios para el culto, añadir que también hubo oratorios de origen doméstico que acabaron convirtiéndose en templos propiamente dichos. Una muestra de ello fue San José, iglesia fundada en 1747, como anexo de la parroquia de San Ginés, en lo que hasta entonces habían sido unas casas con oratorio privado del Duque de Frías, don Bernardino Fernández de Velasco –quien las donó–, situadas en el barrio del Barquillo. La figura del noble se mantendría directamente vinculada al templo mediante su compromiso de costear ciertos gastos relacionados con el culto –los servidores necesarios y la cera y el aceite que iban a alumbrar al Santísimo-<sup>499</sup>.

Por último, se debe señalar el valor representativo de elevado estatus social que existía tras este tipo de materializaciones vinculadas al terreno de lo religioso. De forma que, los miembros de aquellos grupos en ascenso dentro de la pirámide que constituían los servidores del Estado, simulaban en sus prácticas a la nobleza tradicional que había copado su vértice, véase en el caso de disfrutar de oratorio particular, como lo demuestran los planos que hemos analizado de las casas de don Juan Miguel Fajardo Uztáriz o del II marqués de Grimaldo. Aunque también en la fundación de capillas dentro de los templos, así, el I marqués de Santiago en su estrepitosa carrera por dotar de contenido a su nueva nobleza, fundó la capilla de Belén en la iglesia del Salvador, sita en la plazuela de la Villa. Aquélla fue construida por Gabriel Valenciano entre 1713

---

<sup>498</sup> Estos últimos datos proceden de FRANCO RUBIO, G. A.: “El estamento eclesiástico...” Op. cit, p. 64

<sup>499</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “La organización eclesiástica...” Op. cit.; “El estamento eclesiástico...” Op. cit., p. 69

y 1716 y constaba de un retablo churrigueresco, además de con pinturas murales de Palomino<sup>500</sup>. Su elección no debió ser en absoluto arbitraria, puesto que dicho templo constituía un escenario incomparable en el que exhibir su condición, en él solían celebrarse las juntas habituales del concejo madrileño.

Sin embargo, según se descende dentro de las propias elites, el oratorio se reduce de una dependencia exclusiva dentro de la vivienda, a un mueble que contenía los elementos necesarios para la liturgia y que podía ubicarse dentro de otra pieza. La tipología tendría que ver con la del mueble que aparecía entre los bienes inventariados tras el fallecimiento del marqués de Portago: “Un armario cubierto de diferentes maderas por dentro y fuera que ha servido de oratorio de tres bars menos cuarta de alto y dos y cuarta de ancho con su cerradura y falleba en mil doscientos”<sup>501</sup>.

## **11. Infraestructuras**

Bajo esta denominación englobamos los diferentes tipos de estructuras que sirvieron para evacuar los desechos que se generaban dentro de la vivienda, así como otras que permitieron el abastecimiento de agua y calor.

Los dispositivos concebidos para el vertido tendían a situarse con frecuencia próximos a la cocina. Por un lado, en una zona apartada de la principal de la vivienda, ya que la infraestructura de evacuación de residuos también generaba malos olores. Por otra parte, también tendría que ver con que era en la cocina donde por lo general se producían la mayor parte de los residuos dentro de la vivienda, a excepción de aquellos resultado de las deposiciones humanas, procedentes en su mayoría de los restos de los alimentos. Los denominados vertederos que aparecen reflejados en los planos<sup>502</sup> representaban la fórmula tradicional de deshacerse de los desechos. Constituidos por un simple vano que miraba hacia el exterior, era desde aquél desde donde se arrojaban los desperdicios mediante una canalización que recorría la fachada y desembocaba directamente en la calle. Motivo por el que la acumulación de basuras en las vías de Madrid, aún limitando a través de este tipo de canalizaciones el todavía más perjudicial

---

<sup>500</sup> Ver FRANCO RUBIO, G. A.: “El estamento eclesiástico...” Op. cit., p. 66

<sup>501</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>502</sup> AHPM. DG. 40, AVM. ASA. 1-84-105, 1-45-150

lanzamiento de desechos por cualquier ventana a la voz de *¡agua va!*, fuera una constante, cuya limpieza final dependiera de los servicios municipales.

Sin embargo, la presencia de infraestructuras de obra adecuadas para el vertido a un pozo negro subterráneo es a su vez una constante dentro de la vivienda dotada de cierta complejidad en su composición y distribución interior; por supuesto, ausente en los básicos cuartos compuestos por sala y alcoba. Su denominación variaba en los planos, siempre y cuando fuera mencionada de algún modo, puesto que en la mayor parte de las ocasiones es el icono que la representaba sobre el plano –un pequeño punto negro- muchas veces enmarcado dentro de una estructura tabicada, el que nos indica su existencia. Así, la “y” de la casa del procurador de los Reales Consejos don Antonio José Cabeza para 1774<sup>503</sup>, los comunes del cuarto principal propiedad de don Diego de Molina y Borja, alférez a quien se le acababa de atribuir el título de vizconde de Huerta, en el mismo año 1789, al que también pertenece el plano<sup>504</sup>, y los puestos comunes del palacio del virrey Amat en la calle San Mateo, fechado según nuestra referencia entre 1796 y 1797<sup>505</sup>, debían atender a una misma funcionalidad.

Ambos tipos existieron como infraestructuras particulares de una vivienda, es decir, donde cada unidad de habitación ya fuera cuarto o palacio poseía su propio dispositivo de vertido. Pero también como servicio comunitario en casas donde habitaban varios vecinos; de ahí su frecuente denominación como “común”, es decir, destinado para el uso de “todos”. De los dos modelos tenemos constancia para todo el medio siglo, lo que indica que la introducción dentro de cada vivienda de servicios que habían sido hasta entonces comunitarios no se consolidó durante el setecientos. La última referencia de común comunitario la localizamos para el año 1794 en la casa número 7 de la manzana 68, en la calle del Mesón de Paredes<sup>506</sup>. Su propietario, don Ángel de Aragón, cuya identidad, más allá de su nombre, nos es desconocida, solicitaba licencia al Ayuntamiento para demoler y construir de nueva planta dicha vivienda. La planta diseñada por el maestro de obras don Manuel Bradi ubicaba en el zaguán del inmueble una de estas infraestructuras; a muy poca distancia de donde también demarcaba un basurero. La matrícula de 1798 nos ofrecía información acerca de quien

---

<sup>503</sup> AVM. ASA. 1-48-10

<sup>504</sup> AHPM DG. 87

<sup>505</sup> AVM. ASA. 1-54-99

<sup>506</sup> AVM. ASA. 1-54-3

como inquilino del cuarto primero compartía el uso de dichos servicios con el resto de vecinos; se trataba de don Benito Sánchez, oficial de la Secretaría del Perú del Consejo de Indias<sup>507</sup>.

La precariedad técnica que imposibilitaba hacer uso de una corriente de agua mediante la cual se contribuyera al arrastre de los residuos, a través de la cañería, con destino al pozo negro y el consecutivo mantenimiento del sistema en unas condiciones de limpieza apropiadas, planteadas para aquellas infraestructuras por parte de los sistemas que se denominaron “a la inglesa”, debieron generar condiciones similares a las que fueran descritas por Sébastien Mercier para París:

“Los arquitectos, estorbados por la estrecha ubicación de las casas, reparten sus tuberías al azar... Demasiado estrechas, éstas se atascan fácilmente; no las desatan; y las material fecales se amontonan a lo largo del tubo, acercándose al asiento; hasta que la tubería sobrecargada revienta, la casa se inunda y la infección se propaga, pero nadie deserta del lugar: la gente está acostumbrada a estas desgracias envenenadas... Varias enfermedades deben su origen a esos asientos peligrosos, generadores de miasmas pútridos que introducimos en nuestro cuerpo...”<sup>508</sup>

Resulta obligado matizar que, frente a la relación que se proponía desde la teoría arquitectónica entre la pieza del retrete y una infraestructura adecuada de vertido a un pozo negro, espacio destinado específicamente a la realización de las necesidades escatológicas humanas, los retretes localizados en los diferentes planos madrileños para la segunda mitad del siglo XVIII no constaron nunca de ella. Cuando los dispositivos se ubicaban fuera de la cocina, quedaban relegados a alguna zona no principal de la vivienda y, como se mencionó anteriormente, enmarcados por tabiques. El precitado cuarto principal propiedad del vizconde de Huerta disponía de dos comunes, tal y como se especificaba “independiente el de la cocina de el de la demás familia”; aunque este último se localizaba en una zona de paso que daba acceso a la cocina, carbonera y despensas y no en el retrete asociado a la alcoba principal, ni tampoco en el vinculado a la alcoba del despacho<sup>509</sup>.

---

<sup>507</sup> FICHOZ: 026365

<sup>508</sup> MERCIER, S.: *Tableau de Paris*, 1782-1788. Citado por GUERRAND, R.-H.: *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 64-65

<sup>509</sup> AHPM DG. 87

De modo que el análisis de las infraestructuras de vertido nos permite, a su vez, identificar el retrete como una pieza destinada para el retiro, según constaba en la definición académica, y en la que, tal vez, dicho retiro contribuyera a generar un ambiente en el que poder llevar a cabo, apartado de las miradas, las necesidades humanas escatológicas en aquellos “vasos para exonerar el vientre” que según el *Diccionario de la Real Academia* encontraban su ubicación en tal espacio, aunque todavía no en un dispositivo dotado de infraestructura de obra, propio para la realización de las deposiciones.

Respecto al abastecimiento de agua en las viviendas, éste se llevaba a cabo mediante su transporte procedente de pozos y/o fuentes propias de las casas y situadas en los patios de las mismas o, por parte de los aguadores, desde instalaciones situadas en las calles o plazas de la villa. La importancia del suministro de agua radicaba en la necesidad que de ella se tenía en la vida diaria por parte de los individuos. Elemento fundamental para la hidratación, en este período su ingestión podía verse sustituida también por la de bebidas como el vino, que constituía un aporte calórico fundamental en la dieta de las personas. No obstante, no se podía prescindir de ella en la cocina, tanto para la preparación de los alimentos, como para la limpieza de los utensilios utilizados en la misma. Su uso era, igualmente, indispensable en las tareas relacionadas con la limpieza de la ropa y, aunque como se verá en un apartado posterior, la higiene corporal no giraba en torno al agua, el lavado de la cara y las manos era una práctica habitual.

El hecho de que una vivienda contara con una infraestructura para el abastecimiento de agua era un elemento que dotaba de valor material al inmueble. Esto se percibe a través de la información recogida para la elaboración de la *Planimetría General de Madrid*, donde los *Cuadernos de visita* lo anotaban de manera sistemática como dato fundamental respecto al inmueble al que se le iba a imponer una carga fiscal, como ya quedó explicado en su momento, proporcional a la tercera parte de lo que al propietario le rentaran sus alquileres. Mientras en esta fuente documental el término escogido para denominar los puntos de abastecimiento de agua fuera “fuente de pie”, los planos de proyectos de obras de construcción remiten, en unos casos sólo a través del dibujo y en otros acompañando a éste de su denominación, a pozos.



En torno a la construcción de estos pozos de agua limpia, pudimos observar los preceptos establecidos por parte de los arquitectos para evitar posibles contaminaciones de las aguas destinadas para los usos y consumos humanos, con filtraciones procedentes de pozos negros o de los mismos suelos colmados con todo tipo de excrementos en proceso de descomposición. Distancias apropiadas entre ambos tipos de depósitos y construcciones macizas e impermeables debían ser las encargadas de prevenir posibles brotes de enfermedades infecciosas provocadas por el contacto o ingesta de los individuos de aguas contaminadas.

Según los datos analizados, la mitad de los inmuebles de viviendas contaban con la presencia de un pozo para cubrir el abastecimiento de agua de sus moradores. Debemos tener en cuenta que cuando se trataba de una casa de vecinos, esta infraestructura se convertía en elemento de uso comunitario, en torno a la cual debieron estrecharse las relaciones vecinales, fundamentalmente del personal de servicio de las viviendas encargado de portar el agua desde el patio en el que se encontraba el pozo hasta el cuarto de habitación. O, por el contrario, convertirse en motivo desencadenante de conflictos, en cuanto a la precedencia en el orden de su uso, entre otras razones. Sirvan de muestra las consideraciones del arquitecto don Teodoro Ardemans en su tratado de ordenanzas para la villa de Madrid, en uno de los apartados correspondientes a la regulación de la fábrica de estas infraestructuras: “La unión entre la vezindad, y la dilatada comunicación, produce una fina amistad, y de esta resultan beneficios de parte a parte”, pero “también he visto una gran dissensión, porque el uno quiere arrastrar toda el agua a su fuente, y que el otro carezca de ella; y éste es motivo de grandes disturbios...”<sup>510</sup>.

Finalmente, nos referiremos a las estructuras relacionadas con el aporte de calor dentro de las casas. El hogar como fábrica de obra, ubicada en las cocinas y destinada básicamente para la preparación de los alimentos y calentar el agua que se iba a utilizar en las prácticas relacionadas con la higiene, aparecía consolidada dentro de las viviendas madrileñas. Su presencia en aproximadamente el 69% de las residencias, tal y como ya se haya mencionado, no deja lugar a duda. Los cuartos que no contaban con un hogar eran aquellos de carácter más básico en los que la cocina no tenía por qué existir.

---

<sup>510</sup> ARDEMANS, T.: *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas...* Op. cit., fols. 230-231

Sin embargo, se tornaba en una infraestructura de naturaleza elemental durante la segunda mitad del siglo XVIII, dentro de las acomodadas residencias de los servidores del Estado que en este trabajo nos hallamos analizando.

No obstante, no ocurría lo mismo con las chimeneas concebidas como método calefactor de las estancias de la casa, que a todas luces contribuían en beneficio de las condiciones de comodidad de sus correspondientes habitantes. El viajero británico Edward Clarke que recorrió España durante los primeros años de la década de 1760 dejó testimonio al respecto en su relato *Letters concerning the Spanish Nation*: “En pleno invierno, el fuego es tan necesario en Madrid como lo es en Londres, y, sin embargo, usan generalmente braseros, mientras que las chimeneas son contadas”<sup>511</sup>.

Dentro de la documentación gráfica estudiada sólo hemos hallado referencias explícitas a dos chimeneas francesas en el palacio del virrey Amat<sup>512</sup>. Mientras, las huellas que dejaron en la documentación notarial se reducen a cinco entradas entre las aproximadamente 10.000 que conforman nuestra base de datos relativa a los objetos que componían las viviendas de los individuos miembros del colectivo socio-profesional sobre el que tratamos. Todas las encontradas han sido percibidas mediante las precisas aclaraciones de los tasadores de bienes que acompañaron las descripciones de algunos objetos con la apostilla “para o de chimenea”. También todos aquellos objetos para chimenea formaban parte de los dirigidos al alquiler en el negocio de don Roberto Fourdinier en 1803:

“Una luna con su guarnición para chimenea francesa con filetes dorados en 100”<sup>513</sup>; “Una guarnición de chimenea de dos cuerpos dada color chocolate con sus puertecillas de madera y su espejo con marco dorado partido por medio todo en 50”<sup>514</sup>; “Un adorno de espejo sin luna maltratado con sus puertas para la chimenea todo en 6”<sup>515</sup>; “Un adorno de chimenea con el retrato de Fernando Sexto en óvalo con su espejo como de tres cuartas en

---

<sup>511</sup> CLARKE, E.: *Letters concerning the Spanish Nation*. Londres, 1763. Citado por ROBERTSON, I.: *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España desde la ascensión de Carlos III hasta 1855*. Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 53

<sup>512</sup> AVM. ASA. 1-54-99 bis

<sup>513</sup> AHPM. Prot. 21878/410 r.

<sup>514</sup> *Ibídem*, fol. 414 v.

<sup>515</sup> *Ibídem*, fol. 418 r.

cuadro de luna en 40”<sup>516</sup> y “Una chapa de hierro con dos patillas para chimenea francesa de cuatro dedos de ancho y vara y media de largo que vale 20”<sup>517</sup>.

Hecho indicativo de la existencia de chimeneas en viviendas que se acondicionaban mediante el alquiler de mobiliario y que, como se verá en la tercera parte de este trabajo, no eran precisamente las habitadas por personas de condición social superior. Es decir, que no se deben limitar su presencia y uso, pese a su carácter escaso, cuantitativamente hablando, sólo a residencias de carácter palaciego como la precitada del virrey Amat.

Asimismo, los beneficios obtenidos mediante su uso se publicitaban en la prensa periódica:

“Don Raimundo Yaneli, arquitecto, vecino de esta corte, deseoso de facilitar al público el más cómodo servicio, avisa del siguiente:

I. Que con su continua teórica y práctica, ha adquirido la provada seguridad de construir toda clase de obras sin el peligro de incendios.

II. También una exquisita y nueva invención de chimeneas inglesas, y estufas, así con el beneficio de mucha consistencia, como la útil ventaja de caldear la pieza donde se halle con poco consumo de leña, y si se quiere hará ir el calor a otras piezas sin más aumento de lumbre. Lo mismo hará con las chimeneas francesas.

III. A toda clase de chimeneas quita el humo y peligros de incendios; sea de leña o carbón, en qualquier situación que se hallen.

IV. Coloca chimeneas inglesas y estufas, sin peligro de humo o incendios, y qualquier otros defectos que tengan.

V. También quita el mal olor a comunes, pozos y minas para siempre.

Últimamente ofrece executar con la perfección y equidad posible todo quanto ofrece, y en sí contiene la matemática, teórica y práctica civil, sujetándose siempre al ramo de Arquitectura, según así lo tiene acreditado en casas de varios señores de esta Corte. El que guste servirse de él avisará en casa de don Manuel Esquerra y Trápaga, del comercio de droguería, calle de Boteros”<sup>518</sup>

---

<sup>516</sup> *Ibídem*, fol. 420 r.

<sup>517</sup> *Ibídem*, fol. 438 v.

<sup>518</sup> *Diario de Madrid*. 22 de noviembre de 1796

## 12. Casas para habitar, casas para trabajar. Espacios bidimensionales: entre lo privado y lo público

“También la habitación de un letrado requiere alguna ostentación, pues suelen concurrir a sus casas sujetos de mucho carácter, y también porque a veces están condecorados de alguna dignidad: pero a más de las piezas de habitación necesita tener, bien que con independiencia de ella, su estudio, librería, y una para dar audiencia a los que vienen a consultarle sobre sus negocios”<sup>519</sup>

Los conceptos de público y privado se han convertido durante las últimas décadas en motivos centrales de debate dentro de diferentes disciplinas y perspectivas de análisis enmarcadas en el campo de las Ciencias Sociales, entre las que la historiografía y sus postulados han ocupado una posición clave<sup>520</sup>. Norbert Elias relacionaba el carácter privado del espacio por excelencia de convivencia de la familia, es decir de la casa, con que durante el Antiguo Régimen, buena parte de las atribuciones públicas que hasta aquel momento habían recaído sobre la familia como unidad “política”, pasaron a corresponder al Estado. De ahí que su espacio de residencia se caracterizara por una serie de connotaciones que se separaban de lo público/político y se relacionara directamente a la vivienda con la esfera de lo privado<sup>521</sup>.

La casa ha sido tradicionalmente entendida, desde un punto de vista anacrónico, como el marco espacial por excelencia dentro del cual desarrollar ciertas actividades a las que con el transcurso de los siglos, nuestra sociedad occidental ha calificado de privadas e íntimas. Momentos de descanso, de ocio, de dedicación a la higiene o a la expresión y demostración de los afectos, entre otros, no eran, sin embargo, concebidos

---

<sup>519</sup> VALZANIA, F. A.: *Instituciones...* Op. cit., fol. 75

<sup>520</sup> KOSELLECK, R.: *Critique and crisis: Enligthenment and pathogenesis of Modern society*. Cambridge, Mass, 1988; HABERMAS, J.: *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*. Cambridge, Mass, 1989; ARIÈS, P. y DUBY, G. (eds.): *Historia de la vida privada...* Op. Cit.; GOODMAN, D.: “Public sphere and private life, towards a síntesis of current historiographical approaches to the Old Regime”, *History and Theory*, vol. 31, nº 1 (1992), pp. 1-20; BAKER, K. M.: “Defining the public sphere in eighteenth-century France: variations on a theme by Habermas”, CALHOUN, C. (ed.): *Habermas and the public sphere*. Cambridge, Mass, 1992, pp. 181-211; KLEIN, L. E.: “Gender and the public/private distinction in the eighteenth century: some questions about evidence and analytic procedure”, *Eighteenth century studies*, 29 (1995), pp. 97-109. Una de las últimas aproximaciones a la Historia de la vida privada: MONTEIRO, N. (org.), MATTOSO, J. (dir.): *Historia da vida privada...* Op. cit.

<sup>521</sup> ELIAS, N.: “Details are infinite”, ARIÈS, P.: *À propos de l’histoire de l’espace privé*. Séminaire du 9 au 11 mai 1983, Wissenschaftskolleg zu, Berlin, p. 218

durante el período que nos ocupa, como prácticas propias de la vida íntima de los individuos. Que fueran llevadas a cabo dentro del escenario doméstico no las dotaba del valor íntimo que siglos después han adquirido; las paredes de la vivienda no representaban, en absoluto, una frontera entre las vidas pública y privada de las personas, en general, y de ciertos grupos sociales como los servidores del Estado, en particular.

Una condición que queda claramente definida mediante una afirmación del sociólogo norteamericano Richard Sennet, cuando se refería a que en aquellos espacios “los reclamos de la civilidad, compendiados por la conducta pública, estaban equilibrados con los reclamos de la naturaleza, compendiados por la familia”<sup>522</sup>.

La publicidad de la vivienda de aquellos empleados se concibe en una doble vertiente. En primer lugar, como espacio de reuniones de carácter profesional. A ellas asistían personas ajenas a la familia que habitaba la casa o a los amigos y/o parientes de los residentes que la visitaban en calidad de invitados. Individuos que acudían a despachar sobre asuntos, valga la redundancia, profesionales; aun cuando el literato inglés Samuel Johnson interpretara la dificultad de distinguir en qué momento comenzaba una conversación de tipo privado y cuándo ésta dejaba de serlo para tomar un signo de publicidad<sup>523</sup>. De modo que, nos encontramos así con una morada en la que los negocios compartían espacio físico con el terreno de la vida no profesional<sup>524</sup>. Quedando demostrada la existencia de unos límites extremadamente difusos entre los dos territorios.

En segundo lugar, el calificativo público cobraba mayor peso aún cuando el tema central de las conversaciones que copaban tales reuniones o encuentros trataba muchas veces sobre asuntos políticos de incuestionable trascendencia en el funcionamiento del engranaje estatal.

---

<sup>522</sup> SENNET, R.: *El declive del hombre público*. Barcelona, Península, 1978, p. 29

<sup>523</sup> “It is difficult to say where private conversation begins, and where it ends”, cita tomada de BURKE, P.: *The art of conversation*. Cambridge, Polity, 1993, p. 114

<sup>524</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “Aspectos de la vida cotidiana en la vivienda proto-burguesa madrileña del siglo XVIII”; SERRANO, E. (coord.): *De la tierra al cielo... Op. cit.*, pp. 1055-1066

Dichas viviendas se convertían, así, en el centro de trabajo del titular responsable de determinado campo de la administración y, por lo tanto, debían dar cabida a su vez al conjunto de personas que trabajaban para dicho ámbito. Se trataba de una realidad no específicamente española, puesto que los hôtes franceses se vieron caracterizados por la misma dinámica. En París<sup>525</sup>, Burdeos<sup>526</sup>, Toulouse<sup>527</sup> o Rouen<sup>528</sup>, las residencias de los magistrados también cumplían con esa doble funcionalidad como espacio de habitación y centro neurálgico del sistema gubernativo.

Ésta fue sin duda alguna la causa que generó la aparición en tales viviendas de zonas específicamente destinadas para el trabajo. En ellas era frecuente la existencia del despacho. Éste, como ya hayamos expresado en un apartado anterior, tendía a ubicarse próximo al recibimiento, desde el que en múltiples ocasiones se le daba acceso, con la finalidad de facilitar su inmediatez a quien se desplazaba a la vivienda para tratar sobre asuntos de negocios, evitando asimismo la necesidad de recorrer otras piezas de la residencia destinadas a un uso no profesional, con el consecuente riesgo de perturbar la actividad de la familia.

No obstante, cabe aquí plantearse la reflexión acerca del doble sentido con el que se podían entender tales estancias dentro de la casa. Sus connotaciones públicas o privadas, como lugar destinado a atender las visitas de carácter profesional o como aposento al que poder retirarse para llevar a cabo actividades intelectuales de manera individual o en solitario, dependerían directamente de la hora de la jornada. Reuniones profesionales durante la mañana y horas de retiro vespertinas durante las que dedicarse a la lectura, a la escritura. Podríamos decir que era el momento del día el que dotaba de connotaciones relativas a la intimidad o a la privacidad a la pieza, más que atribuírselas a la pieza en sí misma<sup>529</sup>.

En el caso de las casas principales, el espacio dedicado al trabajo se ampliaba y, dentro de su estructura, formada por varios edificios, podían contar con un inmueble

---

<sup>525</sup> COQUERY, N.: *L'espace du pouvoir...* Op. cit.

<sup>526</sup> LE MAO, C.: *Les fortunes de Thémis...* Op. Cit.

<sup>527</sup> TOULZA, G. A., PEYRUSSE, L., TOLLON, B.: *Hôtels et demeures de Toulouse et du Midi toulousain*. Toulouse, Daniel Briand, 1997

<sup>528</sup> CHALINE, O. (Dir.): *Les hôtels particuliers...* Op. cit.

<sup>529</sup> BIDON, D.-A.: "Home sweet home: confort et bien-être domestiques aux XIVe et XVe siècles, à travers les miniatures", BUSCHINGER, D.: *L'Idée de bonheur au Moyen Âge*. Göppingen, 1990, p. 32

específico proyectado para aquel fin profesional. Sirve para ilustrar este modelo el proyecto de reedificación de una casa del Duque de Santisteban, Presidente del Real Consejo de las Órdenes y Caballerizo Mayor del Rey, fechado el 16 de mayo de 1742. Ubicada en la plazuela de la parroquia de San Pedro, frente a la entrada de la Capilla de la Congregación de los sacerdotes naturales de Madrid, el plano con el que contamos representa un inmueble localizado frente a la casa de morada propiamente dicha de su excelencia<sup>530</sup>. Según su alzado, observamos una planta sótano con lumbreras, una planta baja y en la fachada principal la elevación de un cuarto principal, que se transformaba en desvanes –como representa el tipo de vano que poseía- para el resto del edificio.

La estructura interior del inmueble daba lugar a la aparición de tres cuartos diferenciados de habitación y tres estancias relacionadas directamente con el trabajo: el archivo, la secretaría y la contaduría. Dicha composición nos remite a que nos encontramos ante un inmueble de los accesorios a las casas principales del duque, en el que se conjugaban los espacios de habitación y trabajo de aquellos que desempeñaban su labor profesional al servicio de la casa ducal de Santisteban y por consiguiente de la figura de su titular. Una labor que debía extenderse desde la atención a los asuntos particulares del título, hasta aquellos que tenían que ver con su cargo como presidente de una de las instituciones sobre las que se articulaba el organigrama estatal, el Consejo de Órdenes.

Al interior del inmueble se accedía a través del zaguán. El ala derecha era la compuesta por las piezas de trabajo. En primer lugar se hallaba el archivo, espacio específico para guardar y conservar papeles e instrumentos originales relativos al patrimonio y a los negocios de la casa nobiliaria y su titular. Ya se ha mencionado que sólo la parte correspondiente a la fachada principal alcanzaba a formar un cuarto principal. A éste se accedía exclusivamente a través de una escalera ubicada en el archivo, lo que nos indica que podría tratarse de una ampliación en altura de aquella dependencia, destinada al mismo fin de guardar los documentos aludidos.

La siguiente pieza a la que se accedía era la secretaría, es decir, la oficina del secretario, donde éste despachaba los negocios correspondientes. La última dependencia

---

<sup>530</sup> AVM. ASA: 1-84-29

de funcionalidad profesional era la contaduría, destinada a la gestión de las cuentas correspondientes fundamentalmente a la casa ducal, comprendida en su sentido más amplio, aunque difícilmente disociable, como el resto a las que venimos haciendo mención, de la faceta profesional de su titular.

El resto de la planta del inmueble se hallaba ocupada por tres viviendas o cuartos, entendemos que concebidos a dotar de habitación al archivero, al secretario y al contador con sus respectivas familias. Dichas células habitacionales adquirirían un grado relativo de complejidad atendiendo a su distribución, hasta en cinco estancias: sala, alcoba, uno o dos cuartos y cocina.

En la misma línea interpretativa enmarcamos el caso al que nos aproxima la solicitud de una licencia de obra por parte de don Francisco Javier de Arizcun, tercer Marqués de Iturbietta<sup>531</sup>. Éste había heredado el título de su padre, don Francisco de Arizcun, a quien había precedido su hermano, don Miguel de Arizcun, primer marqués de Iturbietta; un acaudalado arrendador de rentas, pagador general de la superintendencia de juros y tesorero de todos los caudales que produjo el “beneficio de empleos”, es decir, la venta de empleos tanto en España como en Indias<sup>532</sup>. La solicitud de licencia, fechada el 3 de agosto de 1757, informaba de que se encontraba “construyendo una parte de una casa en la Carrera de San Jerónimo, contigua a la que vive y para ensanche de su vivienda”<sup>533</sup>.

El diseño que acompañaba representaba alzado y planta de la nueva edificación. Ésta se ubicaba anexa a la construcción ya existente, residencia del marqués, y constituía una ampliación compuesta por dependencias destinadas al trabajo de oficina.

Se trataba de cuatro piezas, dos correspondientes a la contaduría y otras dos que comprendían la caja y el cuarto del cajero. A la zona de contaduría se accedía por una puerta frente a lo que se especifica en el plano como el cuarto del portero y las dos

---

<sup>531</sup> OTAZU y LLANA, A.: *Hacendistas navarros en Indias*. Bilbao, Gráficas Ellacuría, 1970; CARO BAROJA, J.: *La hora navarra del siglo XVIII. Personas, familias, negocios e ideas*, Pamplona, Comunidad Foral de Navarra, 1985; CRUZ VALENCIANO, J.: *Los notables de Madrid... Op. cit.*, p. 248; ANDÚJAR CASTILLO, F.: *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*. Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 244-245

<sup>532</sup> Se sigue a ANDÚJAR CASTILLO, F.: *El sonido del dinero... Op. cit.*, p. 245

<sup>533</sup> AVM. ASA. 1-45-154



dependencias que la formaban tenían una puerta para comunicarse. Mientras, caja y cuarto del cajero tenían accesos independientes, pero estaban, comunicados a su vez por el interior. Tanto la caja como el cuarto del cajero tenían abiertas ventanas que conectaban directamente con ambas dependencias de la contaduría.

Avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, el concepto bidimensional de las viviendas de los servidores del Estado sobre el que venimos tratando se mantenía en plena vigencia. En diciembre de 1784, don Miguel Pérez de Quirós contador general del excelentísimo señor marqués de Astorga, don Vicente Joaquín Osorio Moscoso, exponía cómo éste había adquirido una casa perteneciente al mayorazgo del señor marqués de Valera, sita en la calle de la Flor Alta, número 1 manzana 466<sup>534</sup>. Aquélla se hallaba ubicada frente a la principal habitada por don Vicente, la cual en proceso de reforma había generado la necesidad de adquirir el precitado inmueble para alojar se decía: “mucha familia y plantar sus oficinas”. Unas oficinas en las que los asuntos que concernían al Banco de San Carlos, dentro del cual el marqués de Astorga ocupó cargos principales, así como los relativos a la Secretaría del Secreto de la Inquisición de Corte, de la que era secretario desde el 27 de febrero de 1783, entre otros puestos que desempeñaría algunos años más tarde, como consejero del Consejo de Estado<sup>535</sup>, no debieron ser en absoluto ajenos. Dicha obra iba a dar como resultado una peculiar estructura constructiva que afectaba directamente a la estética urbanística de la zona; se trataba de un pasadizo “por alto” que facilitara la comunicación de forma “pronta y cómoda” entre el edificio en proceso de reforma y el recién adquirido inmueble destinado a la familia y a las oficinas. Un caso ilustrativo de que la separación material de ambos espacios no se contemplaba, ni aún por un período determinado de tiempo, es decir, el de la duración de las mencionadas obras; por el contrario, se llegaban a concebir soluciones con cierto grado de complejidad que permitieran mantener unidas en el espacio de la vivienda ambas dimensiones asociadas a la figura del individuo/profesional. El Ayuntamiento decidió conceder la licencia de obra necesaria para que pudiera procederse a la construcción del pasadizo “con la circunstancia de provisional durante el tiempo de la obra de la casa principal de s. e.”<sup>536</sup>.

---

<sup>534</sup> AVM. ASA. 1-50-21

<sup>535</sup> FICHOZ: 020890

<sup>536</sup> AVM. ASA. 1-50-21

Lo anterior nos lleva a percibir la existencia de un estadio en el que la definición del poder público se encontraba directamente vinculada a la persona que desempeñaba el cargo. Que dicha función pública fuera ejercida en su domicilio, condicionaba directamente aquélla a quien durante determinado período de tiempo fuese su dignatario. Se la dotaba así de una inestabilidad, consecuencia de la ostentación del cargo por una u otra persona, a la vez que por la movilidad residencial practicada por parte de los individuos, que ya quedó constatada anteriormente para el Madrid del siglo dieciocho.

Dicha movilidad queda bien representada en el caso de don Gaspar Melchor de Jovellanos durante su etapa de residencia en la villa y corte<sup>537</sup>. Como ya se haya mencionado, cuando Jovellanos fue nombrado Alcalde de Casa y Corte en 1778, a los 34 años de edad, trasladó su residencia desde Sevilla a la capital madrileña. En ella contaba con los contactos necesarios, como para que cuando llegó tuviera preparado un sitio para vivir; un domicilio en la plazuela del Gato, próximo al que habitaban sus primos los marqueses de Casatremañes en la calle Ancha de San Bernardo.

Hasta 1780 mantuvo Jovellanos su residencia en aquella plazuela hoy desaparecida del callejero de Madrid. Todavía en septiembre de 1779 el diplomático francés Bourgoing dirigía su correspondencia al asturiano a la precitada dirección<sup>538</sup> y los datos que el *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid* ofrecía para los miembros de la Sala de Señores Alcaldes de Casa y Corte en 1780<sup>539</sup> le ubicaban en el mismo lugar.

Sin embargo, dicha publicación para el año 1781 ya le situaba con domicilio en la Carrera de San Jerónimo. Este cambio de residencia coincidió con su ascenso profesional a un puesto en el Consejo Real de Órdenes.

La Carrera de San Jerónimo, que mantiene actualmente similar trazado al de entonces, discurre entre la Puerta del Sol y el Paseo del Prado, ubicaba según Pedro de

---

<sup>537</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “Las casas madrileñas de Jovellanos...” Op. cit.

<sup>538</sup> San Ildefonso, 13 de septiembre de 1779. JOVELLANOS, G. M.: *Obras completas. Tomo II, Op. cit.*, p. 169

<sup>539</sup> *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid para el año de MDCCLXXX*. Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1780

Répide en su libro *Las calles de Madrid*<sup>540</sup> un buen número de casas nobiliarias, entre otras la del marqués de Santiago o el palacio ducal de Híjar. No obstante, a don Juan Arias de Saavedra quien “cuidaba de los intereses y de la casa de Jovellanos”<sup>541</sup> la vivienda que ocupaba en aquella arteria madrileña, cerca del Hospital de San Pedro de los Italianos, “no le parecía cómoda ni proporcionada para su estudio”<sup>542</sup>. De modo que, “le buscó otra mejor y más retirada en la calle de Juanelo, que adornó con buenas y escogidas pinturas que yo -Ceán Bermúdez- le compré, y con los libros que trajo de Sevilla y otros que después aumentó en demasía. En ella vivió y trabajó hasta que volvió a Asturias en 1790”<sup>543</sup>.

El número 23 de la calle Juanelo, en el barrio de San Isidro el Real, iba a ser, por lo tanto, el domicilio definitivo de don Gaspar Melchor en Madrid, el cual habitó entre 1783 y 1790, según consta en las *Guías de forasteros* en la capital, para ese período. Asimismo, iba a volver a instalarse en él, tras años alejado de la corte, cuando en 1797 fue nombrado Secretario del Despacho de Gracia y Justicia; aunque su estancia en esta ocasión se vio reducida a poco más de nueve meses. Decía Ceán Bermúdez:

“[...] volví a Madrid a preparar la habitación para el ministro –Jovellanos-, y considerando la repugnancia que tenía en su destino y el estado interior de la corte, tan opuesto a su modo de pensar, me pareció conveniente que no variase de casa y que prosiguiese en la misma, que todavía conservaba desde que era consejero de Órdenes, pues aunque pequeña para un ministro, era suficiente para alojarse en los pocos días que la corte solía residir en Madrid y para los pocos que yo me presumía durase el ministerio.

Aprobaron el señor don Gaspar y Arias de Saavedra esta determinación y se adornó la casa con las mismas pinturas y libros que tenía y con algunas otras cosas, lo que no dejó de ser murmurado”<sup>544</sup>.

Es interesante reparar en que para el puesto que ocupaba Jovellanos en 1783 como consejero del Consejo de Órdenes, Arias de Saavedra consideraba que la casa de la calle Juanelo se adaptaba a sus necesidades, a su nivel y a sus circunstancias profesionales. Teniendo en cuenta que el alojamiento estuviera dotado de comodidad suficiente para

---

<sup>540</sup> RÉPIDE, P. de: *Las calles de Madrid*. Madrid, La Librería, 2007, pp. 654-655

<sup>541</sup> CEÁN BERMÚDEZ, J. A.: *Memorias... Op. cit.*, p. 36

<sup>542</sup> *Ibidem.*

<sup>543</sup> *Ibidem.*

<sup>544</sup> *Ibidem.* p. 66

las funciones relativas tanto a la faceta pública como a la privada del magistrado. Sin embargo, catorce años después, en 1797, Ceán Bermúdez encontraba dicha casa *pequeña* e insuficiente para un ministro.

Se nos muestra así un sistema aún en vías de configuración en el que, por otra parte, también se iban definiendo espacios institucionales destinados a la vez al desempeño del cargo y a la residencia de determinada personalidad pública. Es el caso de la residencia del Primer Ministro o Secretario de Estado<sup>545</sup>, situada en la calle Nueva de Palacio, manzana 555, junto al Colegio de doña María de Aragón. Fue construida por Francisco Sabatini como residencia destinada al Secretario de Estado, entonces el marqués de Grimaldi<sup>546</sup>. A éste le sucedió así en cargo como en el domicilio don José Moñino, conde de Floridablanca<sup>547</sup>. Respecto a este período, consta la solicitud de una licencia de obra con fecha de 12 de octubre de 1789 por parte de Pedro Arnal, arquitecto de su majestad y director de la Real Academia de San Fernando, “presentado el diseño del cuarto segundo que se pretendía construir sobre el principal de las cocheras y caballerizas... que pertenecen a la casa que en esta corte habita el excelentísimo señor conde de Floridablanca”<sup>548</sup>. Respecto a su contenido, tenemos constancia de algunos títulos de su biblioteca. Aquellos libros fueron inventariados durante el embargo de los bienes del Secretario al ser depuesto de su cargo en 1792. Pese a la imposibilidad de localizar el inventario completo, tomamos como referencia su cita por parte de Cayetano Alcázar<sup>549</sup>:

“Un cajón de libros que acaba de llegar, de Madrid, y entre ellos obras de Luis Vives: *Opera Omnia* y la *Introducción a la Sabiduría*; dos tomos del *Año cristiano*, de Chroiset; la *Biblia Vulgata* y 21 tomos de las *Obras de Lope de Vega*; los diez libros de Diógenes, seis tomos de la *Biblioteca portátil de los Padres de la Iglesia*, tres tomos sueltos del *Año Cristiano* y la *Moral de Séneca*”.

---

<sup>545</sup> BLASCO CASTIÑEIRA, S.: “Tradición y reforma en los alrededores del Palacio Real Nuevo. Un palacio para los secretarios de Estado en el Madrid de Carlos III”, *Carlos III: Alcalde... Op. cit.*, pp. 471-500

<sup>546</sup> Fichoz 000346. Ocupó dicho cargo entre el 1 de septiembre de 1763 y el 25 de febrero de 1777.

<sup>547</sup> Fichoz 000535. Ocupó dicho cargo entre el 26 de febrero de 1777 y el 28 de febrero de 1792.

<sup>548</sup> AVM: 1-51-16

<sup>549</sup> ALCÁZAR, C.: “España en 1792. Floridablanca: Su derrumbamiento del gobierno y sus procesos de responsabilidad política”, *Revista de estudios políticos*, nº 71 (1953), pp. 93-138. Remite a AHN. Cons., leg. 2513. Pese a la consulta del documento, no se ha localizado dicho inventario.

El siguiente residente de esta vivienda de carácter institucional fue don Manuel Godoy<sup>550</sup>. Sus salones aparecían entonces decorados con la colección de 1.022 cuadros que poseyó el favorito de la reina María Luisa de Parma y que fueron confiscados tras su caída en desgracia. Formaban parte de dicho conjunto varias obras de Francisco de Goya, entre ellas el retrato de la Condesa de Chinchón, las *Majas vestida y desnuda* y cuatro Alegorías del *Comercio*, la *Agricultura*, la *Industria* y la *Ciencia*. Otras de las obras de grandes maestros que formaban parte de la colección y revistieron las paredes de dicha residencia fueron *La escuela del Amor* de Correggio, *La Venus del Espejo* de Velázquez, *Santo Tomás de Villanueva curando a un tullido* de Murillo, *San Sebastián* de Ribera, *San Francisco ante Jesús* de Zurbarán, el *Martirio de Santa Bárbara* y *Predicación del Bautista* de Vicente Carducho, *La fe del centurión* del Veronés, *San Pedro*, *Alejandro VI* y *Jacobo Pesaro* y *Alocución del Marqués del Vasto a sus soldados* de Tiziano, el *Martirio de San Esteban* de Van Dyck y el *Rapto de las Sabinas* de Pietro da Cortona<sup>551</sup>. Su despacho estaba amueblado por muebles de caoba con aplicaciones doradas en bronce y podemos llegar a visualizar algunas de las escenas allí ocurridas gracias a testimonios como el siguiente:

“La concurrencia de señoras a la secretaría —cuenta un contemporáneo de Godoy— era cosa verdaderamente escandalosa; se habían hecho los agentes generales de todos los negocios de sus familias y de las ajenas; jamás aparecían maridos, hermanos ni primos a promover solicitudes: Señoras y “mujeres” eran las que llevaban su voz en el gabinete del ministro favorito y en la antesala de la secretaría, subdividiéndose el gran serrallo principal en varios otros serradillos particulares pertenecientes a cada negociado”<sup>552</sup>.

Finalmente, Manuel Godoy se hizo con la propiedad del edificio, entendemos que sin perder por ello la doble funcionalidad práctica de residencia a la vez que “despacho”.

Desde una perspectiva similar, en este caso ilustrativa acerca del poder castrense, debemos entender cómo fue originalmente concebida la construcción del palacio de Liria. Su erección se comprendía formando parte del conjunto militar que encabezaba el

<sup>550</sup> Fichoz: 011013. Ocupó el cargo entre el 16 de noviembre de 1792 y el 28 de marzo de 1798

<sup>551</sup> GUERRA DE LA VEGA, R.: *Palacios...* Op. cit., vol. 1, p. 206

<sup>552</sup> GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, J.: *Memorias de la vida del Excelentísimo Sr. D..., escritas por él mismo*. Madrid, 1894, pp. 105-106; citado por MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos...* Op. cit., p. 146.

cuartel de Guardias de Corps, cuya edificación se desarrolló entre 1717 y 1730, este último con destino para sede de los cuerpos de elite del ejército borbónico. Desde la residencia pensada para el jefe supremo del ejército español, es decir, el precitado palacio ubicado anejo al cuartel, el duque de Berwick –su titular- se iba a encargar de dirigir las reformas del nuevo ejército borbónico. No obstante, el proyecto definitivo de construcción del palacio de Liria no culminó hasta la década de los años setenta, de manos del III duque de Berwick, casado con doña María Teresa de Silva Álvarez de Toledo, hermana del XII duque de Alba<sup>553</sup>.

Otras facetas, asimismo de carácter público e institucionalizado, que junto a sus cargos estatales conjugaron las figuras profesionales desde aquí analizadas, fueron las relacionadas con el ámbito cultural. También éstas hallaron en la casa su marco de desarrollo por antonomasia. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pese a contar con su sede física primero en la Casa de la Panadería de la Plaza Mayor y después, de forma ya definitiva y hasta el presente en el edificio del antiguo palacio de don Juan de Goyeneche en la calle de Alcalá<sup>554</sup>, vio su discurrir más allá de sus muros, dentro de las viviendas de quienes ejercieron los distintos puestos. Así contamos con testimonios que trasladan las jornadas de trabajo en torno a la redacción de sus estatutos en las residencias del duque de Alba o de don Ricardo Wall: “Las reuniones de trabajo habían tenido lugar en casa del duque de Alba, y la última lectura de los estatutos, antes de que se aprobaran, se había hecho en casa del protector Ricardo Wall, el 19 de marzo de 1755”<sup>555</sup>. En una misma dinámica, las juntas de la institución tenían lugar en casa del marqués de Sarriá cuando éste por motivos de salud no iba a poder asistir: “Cuando padecía el marqués los insultos de la gota y aún no tenía el derecho de presidir, el señor viceprotector convocaba las juntas particulares a casa del señor marqués, persuadido justamente a que importaba más la concurrencia de su excelencia que la escrupulosa observancia del ceremonial”<sup>556</sup>. Estas líneas reflejan con extrema nitidez la posición preeminente del individuo que ejercía el puesto, por encima de la propia institución; la cual llegaba a encarnarse en su figura.

---

<sup>553</sup> Sobre el palacio de Liria, vid. GUERRA DE LA VEGA, R.: *Palacios... Op. cit.*, vol. 2, pp. 10-43. BNE. DIB 14/25/20

<sup>554</sup> Todos los datos en BEDAT, C.: *La Real Academia... Op. cit.*

<sup>555</sup> *Ibidem.*, p. 99

<sup>556</sup> Citado por *Ibidem.*, p. 187

Respecto a la Real Academia de la Historia, es asimismo clave la luz que arroja el siguiente fragmento, correspondiente a una carta que don José Miguel de Flores envió a don Gaspar Melchor de Jovellanos, con motivo de la admisión de este último como académico supernumerario en la institución<sup>557</sup>: “Mi amigo y dueño: Es práctica acordada por la Academia que los Individuos que se admitan visiten a los actuales, cuyos nombres y posadas constan de la nota que sigue, y que paso a usted por si sus ocupaciones le permiten darles esta prueba de su atención”<sup>558</sup>.

Queda así reflejado de qué forma una actividad como la visita, que se enmarcaba espacialmente en la vivienda, representaba un acontecimiento de carácter formal e institucional que formaba parte del *ceremonial* correspondiente al ingreso en una Real Academia. Un retazo de continuidad con respecto al origen de tales instituciones, concretamente para el caso de la Real Academia de la Historia, en las tertulias literarias llevadas a cabo en la residencia de la calle Atocha de don Julián de Hermosilla, abogado de los Reales Consejos y teniente corregidor de la villa de Madrid<sup>559</sup>.

Se podría decir que aquella realidad de convivencia de lo público y lo privado dentro de la residencia del alto servidor del Estado era un claro reflejo de la estructura del propio Estado Absolutista, donde resultaba imposible disociar las figuras del rey y el reino, del monarca y el Estado, en definitiva, de la persona y su cargo. La estructura material de la vivienda nos permite obtener dicha percepción que se impregna de continuidad con respecto a los siglos anteriores. Indicativa de un aparato estatal cuya dispersión física, por ubicarse en mayor o menor medida las oficinas directamente vinculadas a la residencia de la persona que se encargaba de cada una de ellas, le dotaba todavía de un escaso grado de evolución y eficacia funcional. Se podría aludir incluso a una función personalizada y en ciertos casos todavía patrimonializada, debido a la posibilidad de ostentar determinados cargos en propiedad como parte del patrimonio familiar, que a finales del siglo dieciocho se encontraba en vías de profesionalización.

---

<sup>557</sup> Madrid, 9 de mayo de 1779. JOVELLANOS, G. M. de: *Obras completas. Tomo II ... Op. cit.*, p. 159

<sup>558</sup> *Ibidem*

<sup>559</sup> NAVA RODRÍGUEZ, M. T.: “La Real Academia de la Historia como modelo de unión formal entre el Estado y la cultura (1735-1792)”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 8 (1987), pp. 127-155, p. 131 y *Reformismo ilustrado y americanismo: la Real Academia de la Historia, 1735-1792*. Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1989; VELASCO MORENO, E.: *La Real Academia de la Historia (1738-1792): una institución de sociabilidad*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000 y “Nuevas instituciones de sociabilidad: las Academias de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII”, *Cuadernos Dieciochistas*, 1, (2000), pp. 39-55

Se deberá esperar aún a la llegada del nuevo Estado Liberal para que los conceptos público y privado relativos al terreno de los servidores del Estado adquieran una nueva definición; dentro de la propia redefinición del concepto Estado y su nueva estructura orgánica. Habrá que esperar para que sus viviendas y espacios de trabajo aparezcan completamente diferenciados a partir de la institución de edificios destinados a este último fin.

### **13. La impronta femenina en la reordenación de las viviendas**

En este apartado se convierten en motivo de interés los diferentes niveles de actuación respecto a la reordenación de las viviendas que tuvieron las esposas de las figuras masculinas que centran estas páginas.

A una perspectiva tangiblemente crítica hacia dichas intervenciones respondían las siguientes palabras de Mariano Nipho:

“No bien se han firmado los capítulos matrimoniales... es necesario pensar luego en transformar la casa, pintar nuevos frisos, enrasar los techos, dorar hasta los corredores más excusados, rehacer la vajilla a la moda y poner en superfluos aparadores la mitad del imperio de la China; y para todos estos despropósitos hacen tributarios a los graneros, venden por nada los muebles antiguos a los prenderos y destierran de toda la casa lo que tenga el más leve resabio de añejo... y por poco que se desmande la simpleza, también se trajea de moda el establo y la cocina”<sup>560</sup>

Las mujeres, en plural, pertenecieron a la condición social a la que pertenecieron, hallaron en la casa su espacio de habitación. En este sentido, su estatus como moradoras era equiparable al del resto de miembros de la familia. Sin embargo, sus cotas de actuación y decisión dentro de la vivienda estaban directamente condicionadas por su sexo. Madres, hijas, abuelas, casadas, solteras, viudas, encarnaban diferentes niveles de presencia más o menos activa en sus residencias, atendiendo a su vínculo respecto al cabeza de familia y a su condición civil.

---

<sup>560</sup> NIPHO, M.: *Cajón de sastre literato...* Madrid, 1781, t. IV, pp. 77-78; citado por MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos...* *Op. cit.*, p. 35



Desde estas líneas pretendemos hallar respuesta al grado de intervención que tuvieron las mujeres en las obras de construcción o reforma de las viviendas, teniendo en cuenta que la casa ha venido siendo considerado durante siglos como su espacio de desarrollo y actuación por antonomasia.

Pese a la tendencia que pueda existir a identificar todo aquello relativo a la casa con el adjetivo doméstico, tal y como indica la primera acepción del *Diccionario de la Real Academia*: Doméstico: “Perteneiente o relativo a la casa u hogar”; no todo lo que tiene que ver con la vivienda –en el más amplio sentido del término– es propiamente dicho de carácter doméstico. En este texto nos interesamos por una vertiente de la vivienda que implica su tejido material. Lo que podríamos definir como la construcción material de la casa. Por lo tanto, se extrapola el análisis de la vivienda de las connotaciones aplicables únicamente a la esfera de la domesticidad, en la línea en que ésta fuera definida por Gloria Franco, como “una construcción cultural; un concepto abstracto que hace referencia a la forma de concebir el hogar”<sup>561</sup>. Y nos hallamos, sin embargo, adentrándonos en ese infranivel de la Economía que Fernand Braudel entendiera por “civilización material” en su ya clásico trabajo *Civilización material, Economía y Capitalismo*<sup>562</sup>. De esta forma, nos situamos en el campo de lo económico; y a partir del análisis de una serie de datos relativos a esta esfera, pretendemos obtener conclusiones acerca de lo social, pero también de carácter cultural. Planteando, así, una realidad de tres vértices: económico-social-cultural, materializada en la vivienda, dentro de la cual pretendemos definir el papel de las mujeres.

La tradicional vinculación del sexo femenino con la vida doméstica y las labores relacionadas con ésta, entendidas en la mayor amplitud del término “labor”, habían dado lugar a una aceptada dicotomía entre los roles masculino y femenino dentro de la sociedad. Aquélla se iba a extender desde los momentos originales de su configuración moderna hasta su culminación dentro de la sociedad burguesa del siglo XIX. La mujer quedaba relegada así a figura de segundo orden, en una escala donde la preeminencia venía dada por la capacidad jurídica y moral a la hora de tomar decisiones que implicaran un ejercicio de carácter económico. Por lo tanto, dentro de nuestra sociedad

---

<sup>561</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “La vivienda en la España ilustrada...” Op. cit; “La vivienda en el Antiguo Régimen...” Op. cit.; “El nacimiento de la domesticidad burguesa...” Op. cit.

<sup>562</sup> BRAUDEL, F.: *Civilización material, economía y capitalismo...* Op. cit.

occidental se ha reconocido el “tipo universal” de “mujer doméstica”<sup>563</sup>, pero se ha dejado bastante al margen el análisis de sus aportaciones en la fabricación de aquel espacio. El tema de la dote ha sido analizado por la historiografía desde una perspectiva fundamentalmente económica, dando lugar a una amplia bibliografía que ha centrado su atención sobre este aspecto y ha comprendido a la mujer dentro de la célula familiar como sujeto fundamental en el proceso de transmisión patrimonial<sup>564</sup>. Desde aquí pretendemos introducirnos en las mencionadas aportaciones a la conformación de la casa llevadas a cabo por parte del sexo femenino y calibrar su valor y significados social y cultural.

De este modo, afirmamos que las actuaciones femeninas relativas a la toma de decisiones en la construcción o reforma de sus residencias extralimitaban el terreno de lo doméstico. El mayor o menor grado de puesta en práctica de tales actuaciones ha de permitir observar el verdadero papel de la mujer en la sociedad; valorar su rol de “puertas hacia fuera” a partir de sus dinámicas en la configuración de “puertas hacia dentro”.

Cuando hallamos la figura de una mujer como titular de la solicitud de una licencia de obra para construir o reformar una vivienda son constantes los presupuestos que se repiten. Por un lado, tenía que ser la propietaria del inmueble; si se daba este caso, el estado civil que predominaba entre dicho colectivo de propietarias titulares era el de viuda. Tómese el caso de la marquesa de Gracia Real, viuda que en febrero de 1790 y a través de su apoderado, don José de Lizaur, hacía presente al Ayuntamiento de Madrid que había comprado unas “casillas”, contiguas a las principales que habitaba en

---

<sup>563</sup> FRANCO RUBIO, G. A.: “La contribución literaria de Moratín y otros hombres de letras al modelo de mujer doméstica”, *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejo VI (2007), pp. 221-254

<sup>564</sup> CREMADES, C. y SÁNCHEZ PARRA, M. P.: “Los bienes de las mujeres aportados al matrimonio. Estudio de la evolución de la dote en la Edad Moderna” en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, pp. 137-147; GACTO FERNÁNDEZ, E.: “El grupo familiar en la Edad Moderna...” Op. cit.; CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.): *Poder, familia y consanguinidad...* Op. cit.; *Espacios sociales, universos familiares...* Op. cit.; BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M. y GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: “Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses...” Op. cit.; ORTEGO AGUSTÍN, A.: “Familia y matrimonio en la España del siglo XVIII...” Op. cit.; LOBO ARAUJO, M. M. (coord.): *Tomar estado: dotes e casamentos (Séculos XVI-XIX)*. Braga. Centro de Investigação transdisciplinar: Cultura, Espaço e memória, 2010; PERISTIANY, J. (dir.): *Dote y matrimonio en los países mediterráneos*. Madrid. Siglo veintiuno de España: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987; REY CASTELAO, O.: “Well-being or survival? Women’s future and family transmission strategies in north-western rural Spain, 18th-19th centuries”, en DURAES, M., FAUVE-CHAMOUX, A., FERRER, Ll. y Jan KOK, J. (eds.): *The transmission of well-being. Gendered marriage strategies and inheritance systems in Europe (17th-20th centuries)*. Bern. Peter Lang, 2009, pp. 391-410

las calles de la Libertad y del Soldado, y pedía licencia para poder unir las. Dicha unión implicaba la construcción de un edificio de nueva planta<sup>565</sup>. Asimismo, ocurría en 1791 con la excelentísima señora viuda de Medinaceli, que a través de su apoderado, don Ramón Nicolás Degres, hacía presente que “en la calle de Alcalá de esta corte pertenecen a dicha señora unas casas principales que vuelven a la del Turco y la Greda en las que se hallan las tapias de su jardín de mala fábrica y solicita se construyan nuevamente y lo mismo las de otro sitio que también hace fachada a las citadas dos calles del Turco y de la Greda que sirven de cerramiento a la huerta ...”<sup>566</sup>.

Por otro lado, podía tratarse de la tutora de algún hijo menor, propietario en esta ocasión del edificio, a quien representaba debido a la minoría de edad; en este supuesto de nuevo volvemos a encontrarnos con una mujer viuda. Así, en febrero de 1764, doña Blasa de Orcasitas, viuda de don Francisco Javier de Arizcun –que fue caballero del Orden de Santiago y Mayordomo de Semana del Rey-, presentaba una petición para derribar y labrar de nuevo dos casas en la calle del Baño. Lo hacía como madre, tutora y curadora de la persona y bienes de don Manuel de Arizcun y Orcasitas, su hijo, poseedor del mayorazgo fundado por don Miguel de Arizcun, al que pertenecían dichas casas<sup>567</sup>.

Como se puede observar a partir de los casos presentados, el estado de viuda dotaba a la mujer de una serie de derechos, así como de una capacidad de actuación, de los que carecía cuando se hallaba soltera y bajo la tutela paterna o casada y bajo la correspondiente del marido<sup>568</sup>. Sin embargo, resulta prácticamente imposible descifrar a partir de estos testimonios el grado de decisión de aquellas señoras en el tipo de obra que se iba a llevar a cabo: su elección sobre el arquitecto o el visto bueno del proyecto. Podría ser representativo de su escaso nivel de actuación real, frente a la nominal, la presencia de la figura del apoderado. Es decir, la aparición de una persona de sexo

---

<sup>565</sup> AVM. ASA 1-51-65

<sup>566</sup> AVM. ASA 1-51-103

<sup>567</sup> AVM. ASA 1-44-109

<sup>568</sup> Sobre el estado de viuda vid. BIRRIEL SALCEDO, M.: *Dossier: Sobrevivir al cónyuge: Viudas y viudedad en la España Moderna. Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 34 (2008); ORTEGO AGUSTÍN, A.: *La mujer viuda en el siglo XVIII a través de los Protocolos notariales*. Trabajo de investigación de Tercer Ciclo, inédito. Universidad Complutense de Madrid, 1993; “La viudedad: Otra situación jurídica de la mujer”. Capítulo VI de su Tesis Doctoral *Familia y matrimonio...Op. cit.*, pp. 351-469; “El ámbito doméstico de las mujeres viudas en la sociedad madrileña del siglo XVIII”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2008). En línea, consultado el 21 de junio de 2014. URL : <http://nuevomundo.revues.org/21193> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.21193

masculino encargada de tramitar la solicitud de licencia al Ayuntamiento para realizar la obra. Pero también la del mayordomo, como en el caso de la reedificación de la casa-palacio de la Marquesa de Sonora. Don Manuel González “mayordomo de la excelentísima señora Marquesa de Sonora”, exponía que a ésta le pertenecía una casa en la calle Ancha de San Bernardo, señalada con el número 1 de la manzana 500, y con vuelta a las calles de la Manzana y de los Reyes, la cual iba a reedificar de nuevo según el diseño que presentaba, firmado por el arquitecto don Evaristo del Castillo<sup>569</sup>.

No obstante, todas no necesitaron de un “intermediario” masculino. Ya hemos presentado el caso de doña Blasa de Orcasitas, al que se añaden los de doña Luisa Álvarez de Toledo, la viuda de don Francisco Salazar y Agüero, miembro que fue del Real y Supremo Consejo de Castilla. Ella era en 1772 dueña de unas casas que se estaban construyendo en la calle de Atocha esquina a la plazuela de Matute y se hallaba, según consta en el expediente de licencia de obra, directamente involucrada en el proceso. Llegó a interponer una queja al informe de la villa por el que no se le iba a permitir hacer entresuelos que sirvieran de habitación para las tiendas proyectadas en la planta baja del inmueble. Algo que repercutía negativamente en la cuantía de las rentas que iba a obtener por el arrendamiento de tales espacios<sup>570</sup>.

Asimismo, doña María Rita de León y Luna era dueña en 1775 de unas casas en la calle de Toledo, medianeras con el arco de la Plaza Mayor. Ella misma, sin necesidad de intermediario, solicitaba levantar sobre el edificio ya existente, compuesto por “tiendas roperías, entresuelo y cuarto principal”, “cuartos segundo, tercero, cuarto y buhardilla”<sup>571</sup>. O también la baronesa de Castellar, quien en 1798 decía que le pertenecía una casa principal, en la que habitaba, en la calle de Santa Clara. El anterior poseedor había fabricado, sobre el cuarto principal de aquélla, parte de un cuarto segundo, que permanecía inacabado y la baronesa solicitaba licencia al Ayuntamiento para poder finalizar: “deseando fenecerla en el día y quitar semejante deformidad al aspecto público”<sup>572</sup>.

---

<sup>569</sup> AVM. ASA. 1-55-4. Vid. TOVAR, V: *El palacio del Ministerio de Justicia... Op. cit.*

<sup>570</sup> AVM. ASA. 1-47-37

<sup>571</sup> AVM. ASA. 1-47-88

<sup>572</sup> AVM. ASA. 1-55-55

Incluso, en algunos casos, la mujer era autorizada para actuar en nombre de un esposo propietario. Tomemos el caso de doña Ana Marcela de Garro y Retortillo, apoderada de su marido don Antonio Gálvez López Salces. Éste falleció en una fecha próxima a 1800, cuando ocupaba el puesto de oficial mayor de la Contaduría General de Valores<sup>573</sup>. Puede que fuera su salud en fecha de 7 de julio de 1800, cuando se solicitó la licencia para llevar a cabo la obra en una casa de su propiedad en la calle de Atocha - el número 4 de la manzana 3-, la que llevara a que lo hiciera como su apoderada la precitada doña Ana Marcela<sup>574</sup>.

A la hora de calibrar el grado de actuación de estas mujeres en lo respectivo a la construcción o reforma de sus viviendas puede que además de tener presente la categoría del sexo, se deba, asimismo, no perder de vista su estatus social. Las que tramitaron la licencia de obra a través de un intermediario, todas ostentaban un título nobiliario: Duquesa de Medinaceli, Marquesa de Gracia Real, Marquesa de Sonora. Entendemos que su condición les permitía servirse de un subordinado que ejecutara dichos trámites y no precisamente como incapacidad de acción para llevarlos a cabo ellas mismas. No obstante, si tenemos en cuenta el planteamiento que defiende la reproducción dentro del hogar del sistema social y del Estado<sup>575</sup>, cuando la obra fuera a ser realizada en la vivienda habitada por la familia, la señora de la casa adquiriría competencias asociadas a aquél gobierno doméstico del que se hallaban encargadas. Sin embargo, si la construcción o reforma se iba a ejecutar sobre un inmueble destinado a la obtención de rentas, esto se introducía en el terreno de los negocios, cuyo acceso se encontraba limitado al sexo masculino.

Pero, volviendo a los casos que hemos tomado, observamos que dicho esquema se desdibuja al descender en la escala social, donde la mujer parece adquirir mayores cotas de acción en estos asuntos de “puertas hacia fuera”. Se nos plantea aquí una cuestión respecto a si el estatus social elevado, comprendido tradicionalmente como factor determinante para una activa incursión del sexo femenino en el terreno de la esfera pública, que representaron importantes espacios de sociabilidad como los salones, fue, a

---

<sup>573</sup> FICHOZ: 001605

<sup>574</sup> AVM. ASA. 1-56-20

<sup>575</sup> No sólo en la sociedad española, sino dentro de los diferentes contextos europeos: FRIGO, D.: *Il padre di famiglia: governo della casa e governo civile nella tradizione dell'Economica tra Cinquecento e Seicento*. Roma. Bulzoni, 1985

su vez, condición para mantener a las mujeres alejadas de otros terrenos de esa precitada esfera pública. Sobre este tema será necesario continuar profundizando en un futuro.

Frente a las críticas del periodista Nipho con las que abríamos este apartado, no todas las actuaciones femeninas respecto a la vivienda fueron consideradas en su significado más frívolo. A algunas de ellas se les concedió reconocimiento público en la medida en que constituyeron obras detrás de las que se reconocían cuidados programas que respondían a propuestas de innovación y mejora dentro de la agricultura y el avance dentro de este terreno:

“La difunta duquesa de Arcos promovió en el Soto de Migas Calientes, cerca de Madrid, la plantación de viñas, de árboles y el cultivo de otros frutos desconocidos, convirtiendo en amenos pensiles unas lomas áridas e incultas. La actual excelentísima señora duquesa de Alba, digna heredera de las virtudes y sabiduría de su ilustre madre, continúa en conservar y aumentar todo lo perteneciente a una casa de campo digna de tal dueño. La excelentísima señora marquesa de Peñafiel ha tomado a su cargo el establecimiento de otra casa de campo en el lugar de la Alameda, cerca de Madrid: no perdona gasto alguno para hermosearla con plantaciones de los árboles y frutos de la mejor calidad, hace fabricar allí una granja suntuosa que será seminario del buen gusto acerca de los conocimientos y ensayos agrónomos y una escuela que instruye en la ciencia del campo, más digna y apreciable que otras instituidas solamente para gritar y disputar sin ventaja alguna de la república”<sup>576</sup>.

Ellas sabían, según expresaba “la defensora de su sexo” doña Josefa Amar y Borbón, que no podían “aspirar a ningún empleo ni recompensa pública, que sus ideas no tienen más extensión que las paredes de una casa o de un convento...”<sup>577</sup>. Si trasladamos dicha reflexión de carácter general al ámbito de la materialidad doméstica, se adecua a los casos de construcciones que, al menos nominalmente, se atribuyeron a figuras femeninas que actuaron directamente sobre los espacios de morada.

---

<sup>576</sup> Se trata de la duquesa Cayetana de Alba; de su madre, doña Mariana de Silva, duquesa de Arcos por su tercer matrimonio, y de la duquesa de Peñafiel o condesa-duquesa de Benavente. Citado por MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos...* *Op. cit.*, p. 262

<sup>577</sup> AMAR y BORBÓN, J.: *Discurso en defensa del talento de las mujeres en Memorial literario...*, 5 de junio de 1768; *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Edición de M. V. López-Cordón Cortezo. Madrid, Cátedra: Instituto de la Mujer, 1994. Vid. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: *Condición femenina y razón ilustrada: Josefa Amar y Borbón*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005



### **TERCERA PARTE: PRÁCTICAS DE VIDA Y CULTURA MATERIAL**





## CAPÍTULO 8. LOS CONTENIDOS DE LA VIVIENDA Y SUS USOS

“Les objets, et les meubles en particulier, en dehors de leur fonction pratique, assument une fonction primordiale de vase, qui est de l’imaginaire...”<sup>578</sup>

### 1. El significado de los objetos y el sentido de su análisis

En este apartado nos proponemos aproximarnos a los objetos y elementos que componían la vivienda. Aquellos ofrecen al historiador amplias posibilidades de análisis. A partir de ellos se han venido estableciendo pautas de consumo para los diferentes grupos sociales, para períodos cronológicos de mayor o menor duración, los que han permitido estudios de carácter comparativo en los distintos niveles –social, cronológico y geográfico-<sup>579</sup>. Asimismo, en el ámbito académico británico los investigadores se han servido de los objetos para profundizar en una reinterpretación del clásico tema de la Revolución Industrial inglesa. Para ello, se han excedido los límites establecidos desde la Historia económica y se ha buscado conocer las características de la sociedad que generaba la demanda que fuera la impulsora del fenómeno modernizador de la producción. Podríamos extender el modelo que viene siendo propuesto, con sus variantes particulares, a diversos territorios de la Europa Occidental. Se trataba de sociedades en las que comenzaban a cobrar importancia numéricamente hablando y dados sus niveles de riqueza y poder adquisitivo unos sectores “medios/altos” cuyas necesidades –más adelante valoraremos si fundamentales o superfluas- impulsaron una industria autóctona de productos hasta entonces de importación<sup>580</sup>. Productos que habían sido considerados de lujo -concepto cuya definición ha sido muy debatida por las diferentes historiografías<sup>581</sup>- y consumidos por unas reducidas elites, comenzaron a imitarse dentro de la producción interior de los diferentes Estados. Las manufacturas reales, impulsadas por las políticas de crecimiento

---

<sup>578</sup> BAUDRILLARD, J.: *Le système des objets*. Paris, Gallimard, 1968. Citado por REYNIÈS, N.: *Le mobilier domestique...* *Op. cit.*, p. XIII

<sup>579</sup> Desde esta perspectiva cabe ser destacado el estudio del caso castellano, que viene siendo trabajado por Máximo García Fernández y su equipo de investigación.

<sup>580</sup> BERG, M.: *Luxury and pleasure...* *Op. Cit.*

<sup>581</sup> Desde Francia: MARGAIRAZ, D.: “Luxe”, DELON, M. (dir.): *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, pp. 662-665; PROVOST, A.: *Les usages du luxe: Formes et enjeux des publications sur le luxe en France dans la seconde moitié du dix-huitième siècle (vers 1760-1789)*, Thèse de doctorat, Univ. de Paris-Sorbonne, 2002; GOUBERT, J.-P.: *Du luxe au confort*. Paris, Belin, 1988; PERROT, P.: *Le luxe: une richesse entre faste et confort, XVIIIe-XIXe siècles*. Paris, Le Seuil, 1995; MARSEILLE, J. (dir.): *Le luxe en France, du siècle des Lumières à nos jours*. Paris ADHE, 1999; POUSSOU, J.-P.: “Luxe”, FIGEAC, M. (dir.): *L’ancienne France au quotidien. Vie et choses de la vie sous l’Ancien Régime*. Paris, Armand Colin, 2007, pp. 285-288

económico que sentaban sus bases sobre las teorías mercantilistas, así como otras iniciativas de carácter privado, facilitaron el acceso de aquellos bienes a un coste inferior con respecto a los de importación, ampliándose de este modo la población con acceso a su disfrute.

Cuando el enfoque analítico se centra en el grupo social, en los actores que formaban parte de él y en sus actitudes, la investigación nos ha de permitir asociar el consumo, posesión y/o uso de unos determinados objetos y no de otros, a unos grados de desarrollo de sus necesidades que bien pueden enmarcarse en el que fuera definido por Norbert Elias como el proceso de civilización. Atendiendo a esta interpretación, debemos entender la evolución que descubrimos en ciertos objetos, que pasaron de ser calificados y entendidos como bienes de lujo a formar parte del campo de los bienes de consumo habitual.

A través de estas páginas se realizará una aproximación a los objetos que componían los interiores desde una perspectiva que, teniendo en cuenta las aportaciones fundamentales a las que acabamos de referirnos, sumadas a las más actuales contribuciones llevadas a cabo desde el enfoque de la Historia de la Cultura Material, nos permita comprender su funcionalidad práctica. Serán la existencia o no de determinados elementos, su fabricación en uno u otro material, su carácter nuevo, usado o a la moda, entre otros, los aspectos que nos permitan comprender el sentido de tales objetos para el colectivo social que centra este análisis. Profundizar, por lo tanto, a través de la cultura material en el comportamiento y las prácticas de vida cotidiana dentro de casa de los servidores del Estado. Se trata de evaluar el papel que jugaron dichos elementos en la vida cotidiana de quienes los usaron, apoyándonos en la afirmación de Baudrillard con la que dábamos inicio a este apartado.

La aparición de unos elementos y no de otros dentro de la documentación trabajada, relativa a un grupo socio-profesional que se hallaba fuertemente estratificado internamente, es la que nos ha permitido organizar este apartado bajo epígrafes que se corresponden con prácticas de actuación llevadas a cabo dentro de sus espacios de habitación: la función de recibir, dormir, la higiene y el arreglo personal, iluminar y calentar, las tareas domésticas, coleccionismo, devoción, etc. Prácticas que establecemos como propias de dicho conjunto humano –algunas innatas a la condición

humana y otras que, tal vez, no hubiéramos planteado a la hora de analizar a otro colectivo, para el que los objetos recogidos en las escrituras notariales nos hubieran indicado otros usos-. Sin embargo, esto no significa que tales prácticas sean propiamente exclusivas del personal empleado al servicio del Estado, el cual dentro de su jerarquización interna se correspondía con otros grupos socio-profesionales de la población española, en general, y de la madrileña en particular. Una serie de aspectos relativos a la cobertura de las necesidades humanas en un amplio sentido -teniendo en cuenta el estado de evolución alcanzado por el conjunto socio-profesional analizado, en este período cronológico avanzado de la etapa moderna, y que nos remite una vez más al estadio de la civilización y, finalmente, al que consideramos la esfera superior por antonomasia, la relativa a las prácticas culturales-.

Metodológicamente, se ha considerado el valor del objeto para descifrar las prácticas a las que se acaba de hacer mención. Sin perder la perspectiva anteriormente apuntada por la que los mismos objetos podrían aparecer en escrituras de dote, capital e inventarios de individuos pertenecientes a otros grupos socio-profesionales y serían indicativos de sus propias prácticas. Unas prácticas en mayor o menor medida próximas a las que aquí se van a tratar, condicionadas no sólo por el objeto que permite su realización, sino por otros factores relativos al bagaje personal, económico y cultural de quien poseía y disfrutaba de los bienes.

La comprensión y explicación de la cultura material supera la mera cuantificación de los elementos que aparecían formando parte de los conjuntos de bienes que componían las viviendas de los miembros de nuestra muestra. Los resultados de estudios basados fundamentalmente sobre una metodología cuantitativista han venido arrojando datos que, dados los contrastes que presentaban, han hecho prácticamente imposible conseguir hallar las tendencias de evolución y desarrollo generalizables, dentro de un colectivo social, en un espacio geográfico concreto y en un marco cronológico determinado, establecidas como hipótesis de partida para dichos análisis. Por lo que, desde aquí abogamos por prestar atención a los casos analizando cada uno de ellos de forma particular, teniendo en cuenta para su comprensión los diferentes factores a los que se acaba de hacer mención.

Es necesario tener presente que la evolución que caracterizó a los procesos de producción durante este período, dio lugar a la multiplicación de los objetos, viéndose sustituida la necesidad de recibir elementos importados y ampliándose, asimismo, la demanda por parte de diferentes sectores de la población, gracias al correspondiente abaratamiento de unos productos que ya no se hallaban limitados al disfrute por parte de unas minorías<sup>582</sup>. Lo que servirá en este momento para diferenciar a unos y otros serán las prácticas llevadas a cabo en torno a tales objetos. Las cuales serán diferentes entre unos y otros individuos, ofreciendo unos rasgos que nos permitan definir a aquellas personas en su nivel cultural.

## **2. Fórmulas de acceso: Transmisiones patrimoniales, compra y alquiler**

Las fórmulas de acceso a los objetos que iban a acondicionar los interiores de las viviendas variaban según los casos y las circunstancias. Los diferentes enseres que constituyeron los espacios interiores de las casas podían tener distintas procedencias. En este apartado atenderemos a los tres canales que consideramos básicos en la composición de las residencias. En primer lugar, los bienes que formaban parte de la familia y se transmitían vía herencia; en segundo lugar, aquellos que se compraron y finalmente, los alquilados.

La transmisión del patrimonio material dentro de la familia y dentro de aquél de un nutrido conjunto de elementos que servían para la composición de los interiores de las viviendas, fue una constante durante el Antiguo Régimen. El uso de unos mismos objetos por parte de más de una generación resultaba fiel reflejo de una economía aún de carácter preindustrial, donde lo material se caracterizaba por su carácter duradero, dada la dificultad y los altos costes que solían implicar la producción de los diferentes bienes.

Estos elementos se transmitían de padres a hijos a través de los distintos cauces que constituyeron las particiones de bienes entre los herederos de un difunto, pero también como adelanto de las legítimas paternas y maternas con motivo del matrimonio.

---

<sup>582</sup> Para el caso catalán de las indianas: PIERA MIQUEL, M.: “Els usos de les indianes...” Op. cit.

Las Leyes de Toro venían regulando desde 1505 el sistema de transmisiones en Castilla. Según lo establecido, y frente a particularidades en los diferentes contextos territoriales y familiares puestas de manifiesto en diversos estudios relativos a la transmisión patrimonial<sup>583</sup>, la herencia había de dividirse en cinco partes. Cuatro de éstas debían forzosamente transmitirse a los descendientes; de esos cuatro quintos, el testador tenía que repartir dos tercios en proporciones iguales entre todos sus hijos o nietos, pudiendo mejorar con el tercio restante a los sucesores que libremente determinara, es decir, el conocido tercio de mejora. Una quinta parte, no computada como legítima, quedaba a la libre disposición del testador, pudiendo acumularse al tercio de mejora e ir destinada a un mismo o diferente heredero que aquél<sup>584</sup>.

Los resultados que materialmente se desprendían desde esta fórmula jurídica en lo relativo a la composición de las viviendas eran de continuidad, de permanencia de determinados objetos a lo largo de las décadas formando parte de la constitución de la casa. Simbólicamente hablando, aquellos elementos materiales se tornaban en reflejo de la identidad de la familia a la que pertenecían, además de adquirir un valor de carácter sentimental.

Otra fórmula mediante la cual se accedía a los elementos que iban a componer los espacios de habitación era la compra. El mercado ofrecía la posibilidad de adquirir enseres nuevos o usados, dando lugar a un importante volumen de transacciones en lo que anacrónicamente se denominaría un comercio de segunda mano.

El momento del matrimonio constituía una ocasión clave, dentro del ciclo vital humano, para la adquisición de bienes. Se trataba de responder a la necesidad de construir materialmente el nuevo hogar que se formaba tras la unión de los nuevos esposos. La condición de nuevos o usados de los objetos que eran adquiridos se erigía en reflejo de la condición socio-económica de su propietario. La compra de un bien nuevo, teniendo en cuenta las dificultades que entrañaba el proceso de producción pre-

---

<sup>583</sup> DURAES, M., FAUVE-CHAMOUX, A., FERRER, LL.y KOK, J. (eds.): *The transmission of well-being... Op. Cit.*; REY CASTELAO, O.: "Femmes et héritage en Espagne au XVII<sup>e</sup> siècle: stabilité légale et changements réels", *XVII<sup>e</sup> siècle*, 244 (2009), Paris, pp. 451-476

<sup>584</sup> BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M. y GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: "Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses..." *Op. cit.*, p. 32; quienes a su vez remiten a GACTO FERNÁNDEZ, E.: "El grupo familiar en la Edad Moderna..." *Op. cit.*

industrial y su consecutiva repercusión en la elevación del precio del producto definitivo, era indicativo de la prestancia de la familia que se lo podía permitir.

Si atendemos al comercio de piezas de segunda mano, los elementos a los que se tenía acceso en prenderías<sup>585</sup> o en las almonedas que se constituían muchas veces in situ en la morada de un individuo que había fallecido, o de aquél que se disponía a trasladar su domicilio desde la capital a otro lugar<sup>586</sup>, permitieron el acceso a miembros de los estratos sociales inferiores a elementos materiales de categoría “superior”, a los que difícilmente hubieran podido acceder en su condición de nuevos. Dichas transferencias debieron desarrollarse en ciertos contextos como las almonedas que se abrieron con los bienes del conde de Miranda y duque de Peñaranda; la que se estableció en casa del Marqués de Santiago en 1758; la del conde de Montijo en 1759; tras el fallecimiento de la marquesa viuda de Montemolín en 1766 o con los bienes del marqués del Sauce en 1767<sup>587</sup>. Nos encontramos aquí ante un procedimiento que comprendemos se erigió en uno de los factores claves a la hora de permitir la difusión de determinados objetos de consumo y uso en origen por parte de los miembros de los estratos superiores dentro de la pirámide socio-profesional sobre la que nos hallamos trabajando, en los marcos habitacionales de las capas inferiores. El motivo se encontraba en el descenso del valor económico de un objeto que ya no era nuevo. El sistema estaba regulado de la siguiente manera: los bienes se dividían en varias clases, si atendemos al modelo que se siguió para el caso de don Francisco Landini<sup>588</sup>, en tres categorías distintas. Respecto a la primera, de mejor calidad, se rebajaba sólo la cuarta parte de su tasa; otra, de la segunda clase, con rebaja de la tercera parte de dicha tasa y la tercera, que consistía en la peor e ínfima clase, con rebaja de la mitad de su valor<sup>589</sup>.

---

<sup>585</sup> Ver la relación de este tipo de negocios en su ubicación exacta dentro del plano de Madrid que desarrolló Jesusa Vega para finales de la década de 1750 y comienzos de 1760. VEGA GONZÁLEZ, J.: “Contextos cotidianos para el arte...” Op. cit., p. 7-8

<sup>586</sup> Obsérvense asimismo los casos presentados por Jesusa Vega sobre el cónsul de Inglaterra; el Príncipe Yachi, embajador de la corte en Nápoles; el embajador de Venecia y el Príncipe Repnin, ministro plenipotenciario de la corte de Rusia, cuando llegó el momento de abandonar la corte. *Ibíd.*, p. 10

<sup>587</sup> *Ibíd.*, p. 10-11

<sup>588</sup> A partir de este momento el lector hallará el perfil completo de cada uno de los individuos mencionados en el Apéndice III de este trabajo. Comprende la fecha de la escritura notarial de referencia, el nombre del varón titular y su condición socio-profesional, el nombre de su esposa, además de los nombres de los padres de ambos, con los correspondientes datos a sus condiciones socio-profesionales – siempre que fueren conocidas – y, finalmente, el tipo de escritura de la que procede la información y la cuantía del capital en ella escriturado.

<sup>589</sup> AHPM. Prot. 19912/186 r.-186 v.

Este aspecto nos introduce en el terreno de la evolución de las modas teniendo en cuenta tres variables: espacio, tiempo y condición social. El interés por disfrutar de determinados elementos solía tener origen en un centro geográfico determinado. Para el caso sobre el que nos hallamos trabajando, los elementos y las formas de comportamiento generadas en torno a ellos que se estaban desarrollando en Francia ejercieron una fortísima influencia en España. Desde el territorio vecino y a raíz de la instauración de la dinastía Borbón en el trono español a comienzos del siglo XVIII se introdujeron objetos, formas de uso e incluso se adoptó la terminología francófona para la denominación de algunos de ellos.

De entre los canales de introducción utilizados, cuyo estudio abre la puerta a una futura investigación enmarcada en los presupuestos sobre los que se asienta la Historia de carácter transnacional, atenta a las transferencias e intercambios así de carácter material como inmaterial o culturales, ejercieron un papel fundamental ciertos actores empleados al servicio del Estado. Aquellos, como ya se haya apuntado en apartados anteriores, debido a su profesión tuvieron que trasladarse temporalmente a otros territorios donde absorbieron sus formas y las materializaron a su regreso a la capital en diferentes ámbitos, dentro de los cuales ocupaban un lugar preeminente sus viviendas.

No obstante, no se trataba en absoluto de un fenómeno que no pudiera rastrearse ya en el siglo anterior. Así la condesa D'Aulnoy daba testimonio para el siglo XVII:

“Los virreyes de Nápoles y los gobernadores de Milán han traído de Italia muy excelentes cuadros: los gobernadores de los Países Bajos han aportado tapices admirables; los virreyes de Sicilia y de Cerdeña, bordados y estatuas; los de las Indias, pedrerías y vajillas de oro y plata. De este modo, regresando de tiempo en tiempo cargado cada uno con las riquezas de un reino, no pueden dejar de haber enriquecido a cada ciudad con multitud de cosas preciosas”<sup>590</sup>.

En lo que respecta al tiempo, el disfrute de los objetos se desarrollaba asimismo en momentos diferentes condicionados directamente por el estatus social de los individuos. En el terreno de la casa las innovaciones se introducían por el vértice de la pirámide

---

<sup>590</sup>AULNOY, Condesa d': *Relación del viaje de España*. Madrid, Akal, 1986. Citado por CÁMARA MUÑOZ, A.: “La dimensión social...” Op. cit., p. 144



social y se iban extendiendo de arriba a abajo. De esta forma, cuando elementos y formas de uso llegaban al alcance de los individuos de condición inferior, tendían a hallarse ya consolidados dentro del estrato social inmediatamente superior; al cual se le podían haber adquirido directamente como elementos usados o de “segunda mano” en las almonedas precitadas.

Finalmente, la venta de bienes de difuntos en almoneda se tornaba en reflejo del desinterés por su valor familiar o sentimental, haciendo primar el económico que se iba a desprender de su venta.

El campo del mobiliario ha sido estudiado por Mónica Piera, quien desde sus trabajos ha concluido los siguientes resultados respecto a las fórmulas de adquisición y su significado. Según la historiadora del arte, especialista en el mueble dentro del contexto geográfico catalán, las piezas se adquirían generalmente por encargo, remitiendo asimismo a momentos como el del matrimonio. Se trataba de muebles contruidos siguiendo la voluntad del comprador. No obstante, todas las piezas que se compraban nuevas no eran por encargo, sino que el carpintero contaba con una serie de ellas previamente realizadas y que disponía a la venta. Entre una y otra modalidad se hallaba la del semi-encargo. El carpintero tenía en su taller una serie de piezas iniciadas –cortadas, incluso montadas- a las que iba a dar el acabado una vez existiera un cliente interesado en su compra. De este modo se obtenían piezas si no, exclusivas, al menos sí, rematadas atendiendo a las necesidades y al gusto del comprador. Este modelo también reducía los tiempos de espera para obtener y poder disfrutar del objeto, que tendían a prolongarse cuando se trataba de un mueble realizado por encargo.

Respecto al comercio de muebles de segunda mano, ha sido constatada la participación en este mercado de carpinteros que combinaban en sus negocios la presencia de piezas nuevas con la de piezas usadas, destinadas a formar parte de este otro canal comercial<sup>591</sup>.

El mercado de segunda mano nos sirve para introducir la tercera modalidad sobre el abastecimiento para la composición de la casa. Era aquél el que tendía a surtir otro

---

<sup>591</sup> PIERA, M.: “El comercio de muebles en Cataluña durante el siglo XVIII”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXVI, Nº 1, enero-junio (2011), pp. 109-138

tipo de negocios fundamentales para la composición de los interiores de las viviendas, los de alquiler<sup>592</sup>. Quienes se dedicaban al negocio del alquiler de muebles hallaban en las almonedas un espacio en el que adquirir mobiliario a un precio inferior con respecto al de nueva fábrica. Su condición de “usado” no importaba a la hora de entrar a formar parte de un canal de abastecimiento como era el de alquiler. El cliente que se acercaba a éste ya contaba con la condición de disfrutar de piezas previamente usadas por otros.

Los interiores de todas las casas no se componían con bienes propiedad de sus moradores y el mercado de alquiler cobraba relevancia en una población con las características particulares de Madrid. Su condición de capital, la cual hemos visto la ha condicionado en los distintos aspectos relativos a su población y la consecutiva forma de dotar de residencia a la misma, vuelve a influir de manera directa en el desarrollo del negocio del alquiler de enseres domésticos. La existencia de un número poblacional importante que acudía a la corte temporalmente para resolver determinados asuntos, o en el caso del grupo profesional que centra esta investigación, a desempeñar ciertos puestos o cargos, es decir, de población flotante, generó la necesidad de abastecer a estas personas de elementos para la casa con los que amueblar los cuartos de alquiler que iban a habitar durante su estancia.

No obstante, no era ésta la única necesidad que cubrían los negocios para el alquiler de muebles. También abastecían casas que, pese a hallarse amuebladas y acondicionadas, debido a un acontecimiento puntual dentro de la vida social o familiar –entiéndase algún tipo de celebración-, requerían aumentar determinados elementos como camas, asientos, etc.

El caso del negocio para “el alquiler de muebles” en el Madrid finisecular queda fielmente ilustrado a través de la familia Fourdinier. La escritura de “liquidación, cuenta, partición y distribución de los bienes, créditos, caudales y efectos” que quedaron por fallecimiento de don Roberto Fourdinier, sirve para introducirnos en este aspecto fundamental cuando nos interesamos por la composición de los interiores de las viviendas.

---

<sup>592</sup> AGUILÓ, M. P.: *El mueble en España... Op. cit.*, p. 31

Don Roberto Fourdinier falleció en Madrid en 1803, dejando como herederos de sus bienes a sus tres hijos, don José María; doña María Ana, casada con don Juan Pataroti, y doña Micaela, viuda del pintor Luis Paret. Hijo de flamenco e italiana y viudo de la también flamenca doña María Francisca Ana Martín, don Roberto poseía una casa comercio, la cual se encontraba ya en el momento de su muerte bajo la dirección de su hijo, don José María Fourdinier.

El patriarca había sido un hombre de negocios que había diversificado su actividad profesional entre el alquiler inmobiliario y el de mobiliario. Entre sus propiedades inmuebles, destinadas a ser rentabilizadas mediante el alquiler, se hallaban casas en la calle de la Inquisición, en la del Caballero de Gracia, en la de los Jardines, en la del Espíritu Santo, en la plazuela de Santo Domingo y en la calle de la Cuadra. Sin embargo, la faceta que aquí nos interesa es la relativa a su negocio de alquiler de muebles, del que participaban también su yerno, don Juan Pataroti, y el ya mencionado hijo, don José María Fourdinier.

El amplio inventario de los bienes destinados al alquiler, relacionaba millares de objetos de las más variadas tipologías. Aquellos se encontraban ubicados en diferentes emplazamientos como el almacén de tapices, el almacén de espejos o el desván interior donde se hallaban las arañas.

Observemos a continuación en qué viviendas se hallaban en uso este tipo de elementos. Tenemos constancia de la presencia y utilización de menaje alquilado en la vivienda de don Ramón Espadero. Quien fuera capitán de granaderos del regimiento de infantería de Lisboa, se hallaba en el momento de su fallecimiento, en 1780, separado de su mujer, doña María Teresa Foscada. Esto nos indica que nos encontramos ante un hogar unipersonal, establecido en un cuarto de alquiler por el que pagaba 960 reales de vellón anuales, y en el que era atendido por una criada, Isabel Domínguez, a quien remuneraba por sus servicios 40 reales de vellón mensuales y hacia la que a su vez mostraba su agradecimiento dejando mandado que tras su fallecimiento se la gratificase con otros 40 reales de vellón.

La composición de la sala de dicha vivienda se había llevado a cabo mediante un conjunto de enseres alquilados en el negocio de quien se mencionaba como don

Francisco Fourdinier; sin que nos quepa la menor duda de que se trataba del negocio al que venimos haciendo mención, pese a la divergencia en el nombre de su propietario, que no en el poco común e infrecuente apellido de origen no español. Se decía en aquella testamentaría:

“Que las cortinas, sillas, canapé y cubiertas de mesa de damasco carmesí que adornaban su sala eran alquiladas a don Francisco Fourdinier en ochocientos reales al año que empezó a correr el alquiler el día 2 de abril de 1779 que le tenía satisfecho el medio año anticipado a estilo de corte y quería se le ajustase la cuenta y pagase lo que se le estuviese debiendo”<sup>593</sup>.

Las tipologías que formaban parte de la sala de don Ramón Espadero coincidían con las que se encontraban alquiladas por doña María de la Concepción Basarrute en 1803 y que aparecían indicadas en el inventario de bienes realizado con motivo del fallecimiento del alquilador de muebles, en el registro correspondiente a los clientes que disfrutaban de mobiliario y útiles domésticos alquilados a aquella casa-comercio: “Doce sillas de brazos asiento y respaldo de rez, maderas doradas y dos canapés iguales todo en 180”, “Ocho sillas de brazos cubiertas de damasco carmesí, maderas color de porcelana con filetes dorados y dos canapés de a dos asientos cada uno iguales a las sillas en 180”<sup>594</sup>.

De los nueve clientes registrados, sólo doña María Concepción Basarrute era una mujer. El resto de entradas se correspondían con nombres masculinos: don Pedro Monsibay, don Antonio Escorza, don Pedro Gómez, don Manuel Medina de la Fuente, José Mena, Nicolás Medina, don Jerónimo Díaz y don Fernando Guerra, de los que, a diferencia del capitán de granaderos del regimiento de infantería de Lisboa, desconocemos su ocupación profesional. Sin embargo, el análisis de dichos registros nos permite esbozar algunas ideas. Los elementos que predominaban entre los alquilados, eran aquellos que formaban parte del lecho. Colchones y mantas, seguidos de sábanas, almohadas, colchas, fundas y el tablado de cama.

---

<sup>593</sup> AHPM. Prot. 20200/159 r.

<sup>594</sup> AHPM. Prot. 21878/629 r.

Se trataba de un varón establecido en Madrid por motivos profesionales que había alquilado su cama; muy probablemente para ser dispuesta en alguno de los minúsculos cuartos de alquiler cuyos anuncios se sucedían en la prensa periódica del momento. Hombres de los que desconocemos su profesión y edad, así como su condición civil, pero de quienes el alquiler del lecho individual es indicativo de su existencia sin compañía de una familia y por extensión –una esposa- en la capital. Este modelo puede comprenderse propio de una población como Madrid; capital del Estado, donde existía una continua demanda de mano de obra, tanto masculina como femenina, alimentada con población que emigraba desde zonas rurales hasta la Corte. Para los hombres era fácil abandonar su lugar de origen y emprender una vida de modo independiente en la capital. Algo que no era tan sencillo para las mujeres, quienes llegaban a Madrid para engrosar las cifras de personal de servicio doméstico, con frecuencia, interno en la residencia en la que trabajaban. Allí no tenían la necesidad de contar con un ajuar propio, ya que lo habitual era que todo lo necesario para cubrir sus necesidades diarias les fuera facilitado por los señores de la casa.

Los muebles que aparecían alquilados por doña María Concepción Basarrute adquirirían otras connotaciones bien distintas. Eran muebles de representación, dos conjuntos de asientos –sillas y canapés- de tallas doradas, tapizados en damasco. Poco tenían que ver con los lechos de “titularidad” masculina a los que acabamos de referirnos, cuyo carácter común los limitaba a cubrir una necesidad básica, lejos de la ostentación que se desprendía de los dos conjuntos de asientos alquilados por la señora Basarrute. Esto nos induce a pensar en el papel de la mujer como quien dentro del hogar era la encargada de elegir los elementos –mobiliario en este caso- destinados para ser mostrados. Atribuyéndosele, así, al sexo femenino un mayor desarrollo en la capacidad de percepción estética. Lo que conecta directamente con esa sobre desarrollada sensibilidad que se atribuía a su sexo, opuesta e incompatible con las capacidades racionales propias del sexo masculino.

Ya para el caso anglo-sajón, diferentes trabajos apoyados en fuentes de similares características a la anterior –libros de cuentas de comerciantes de bienes para la casa, en los que aparecían registrados los nombres de los compradores-, quedó constatada una

presencia mayoritaria de varones<sup>595</sup>. Un hecho lógico si tenemos en cuenta quién ostentaba la capacidad de llevar a cabo actuaciones de carácter económico dentro de la familia, puesto que se trataba de la persona capacitada para desempeñar un trabajo remunerado económicamente. Pese a ello, la posibilidad de cruzar este tipo de documentación con otra de carácter personal, como los diarios o la correspondencia epistolar, ha arrojado luz sobre el tema. Se ha podido afirmar que detrás de los nombres masculinos que aparecían en los libros registros de los comercios, se encontraba la decisión de adquirir tomada por la esposa. La cual se presenta como una figura en la sombra dentro de la esfera pública en la que se insertaban los intercambios comerciales, pero con una capacidad de decisión y actuación reflejada en fuentes que hasta el presente han venido siendo ensalzadas por su valor para explicar las prácticas correspondientes al ámbito de lo privado. En nuestro caso, ya pudimos comprobar en un apartado anterior la capacidad de actuación que tuvieron las esposas o viudas de los servidores del Estado en la reordenación de las viviendas en el Madrid de la segunda mitad del siglo XVIII.

Existían otras fórmulas que servían para introducir aquellos elementos que habrían de componer la casa, sin embargo su carácter era puntual. Por un lado, tenemos constancia de los regalos, a través de las dotes de las novias. Cuando estos aparecían lo hacían dentro de las escrituras correspondientes a mujeres de la más alta condición y consideración social. Se trataba de obsequios realizados por parte de familiares o amistades cuyas identidades solían corresponder a figuras del sexo femenino. Sin embargo, entre los objetos regalados, aquellos destinados a la composición de la residencia se encontraban siempre por detrás de los concebidos para el arreglo personal de la futura esposa. Vestidos, joyas y otros complementos del atuendo como guantes o abanicos predominaban frente a conjuntos de tocador, cajitas y otros pequeños objetos de carácter fundamentalmente decorativo.

### **3. La función de recibir**

A lo largo de este trabajo la consideración de la función de recibir como una práctica básica dentro de las viviendas de los servidores del Estado, que centran nuestra atención, ha sido una constante. Aquella se desarrollaba a diferentes niveles –

---

<sup>595</sup> VICKERY, A: “«Neat and not too showey»: Words and wallpaper in Regency England”, STYLES, J y VICKERY, A. (ed.): *Gender, taste and material culture... Op. cit.*, p. 205

profesional, de ocio- en diferentes espacios de la casa que, pese a las características específicas de cada uno de ellos, mantenían un denominador común: su composición había sido concebida para ser mostrada al visitante. Primaba, por lo tanto, el interés por gustar y deslumbrar al que venía de fuera; pero, a ello se sumaba además el objetivo de servir como símbolo representativo de la condición del morador de la residencia.

De ahí que en este apartado se vaya a proceder al análisis de elementos de diferentes tipos los cuales poseían entre sus principales características la de vestir, a la vez que decoraban dichas estancias de recepción.

El término *decorar* apareció definido por primera vez en la edición del año 1791 del *Diccionario de la Real Academia Española*. Se decía de “adornar, hermosear alguna cosa o algún sitio”. Estamos refiriéndonos a una composición estética de los interiores de las casas. No obstante, el valor del que se dotaban determinados objetos, cuya aparición dentro de la vivienda, a priori, podría entenderse simplemente como decorativa, nos permitirá apreciaciones en torno a los ámbitos de las devociones, el coleccionismo o la mejora en las condiciones de habitabilidad y/o comodidad.

En primer lugar, atenderemos al revestimiento de las paredes que delimitaban y articulaba las piezas sobre el plano. El uso tradicional remitía a paredes encaladas, es decir, pintadas con cal. De este modo obtenían el color blanco que iba a poder percibirse debajo de elementos ornamentales como cuadros y tapices.

El uso de tapices había sido frecuente entre los miembros de las elites sociales, dotándoles de una doble funcionalidad, a la vez decorativa y como aislantes térmicos. Su superposición al muro, los convertía en una capa protectora ante las bajas temperaturas. Su alto coste, como resultado de los materiales en los que estaban realizados, así como de su condición de elementos de importación procedentes de los principales centros productores europeos –Bruselas, Amberes, Brujas, hasta la creación de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara en Madrid-, y sus grandes dimensiones los habían vinculado directamente a las grandes salas de las casas de la realeza y la

nobleza<sup>596</sup>. Sin embargo, según se descendía en la pirámide social, se podían hallar otras tipologías de tamaño y coste inferior, como los reposteros u otros que los imitaban, como los paños de lienzo pintados.

Las temáticas que representaban variaban entre escenas del Antiguo Testamento, Historia de la Antigüedad, Mitología, paisajes de caza y ya en el siglo XVIII temas de juegos, de costumbres.

No obstante, para el período que nos hallamos analizando, bien se podría decir que habían perdido parte de la importancia que tuvieron hasta entonces. Su presencia se vio reducida a la aparición entre los bienes que compusieron las viviendas elitistas más tradicionales. En el caso de don Juan de Belvís, conde de Villamonte, poseía una tapicería compuesta de siete paños que reproducía la que su tasador denominó la “Historia de Asirios”, valorada en 3.500 reales de vellón<sup>597</sup>. Asimismo, se identificó su presencia entre los bienes de don Antonio Marcelino de Armesto: “Cinco tapices sueltos de distintos significados de Historia de varios tamaños y muy viejos en los ciento veinte reales de su tasa”<sup>598</sup>, y en el aumento de dote que a favor de su esposa otorgó don Fernando Gómez Lozano: “Dos tapices sueltos historiados muy usados grandes en ciento y veinte reales”<sup>599</sup>. En ambos casos informando mediante su descripción que se trataba de piezas “muy viejas” y “muy usadas”, respectivamente<sup>600</sup>.

El gusto por las paredes enteladas y las técnicas que a través de la pintura imitaban revestimientos fueron sustituyendo la utilización de tapices a la antigua usanza. Colgaduras realizadas en raso, vestían las salas de recepción, las cuales se conjuntaban con cortinas para ventanas y balcones, confeccionadas en las mismas telas y estampados, y con las cubiertas de los asientos. Frisos que cubrían la mitad inferior de las paredes y cuya definición académica –que se mantuvo a lo largo de las distintas ediciones del *Diccionario de la Real Academia* durante el siglo XVIII- remitía aún al adorno donde se arrimaba el estrado de las señoras. Solían tener una altura de una vara a

---

<sup>596</sup> RAMÍREZ RUIZ, V.: *Las tapicerías en las colecciones de la nobleza española del siglo XVII*. Tesis Doctoral inédita. Defendida en el Departamento de Historia del Arte II (Moderno), Universidad Complutense de Madrid, 2012

<sup>597</sup> AHPM. Prot. 18185/700 r.

<sup>598</sup> AHPM. Prot. 19519/899 r.

<sup>599</sup> AHPM. Prot. 21982/54 v.

<sup>600</sup> AHPM. Prot. 19519/899 r. y AHPM. Prot. 21982/54 v.



vara y media y hallarse realizados y decorados mediante diferentes técnicas: Friso alemanisco a 18 reales de vellón la vara, como el que aparecía en la cuenta de capital de don Manuel Romero de Amaya<sup>601</sup>; al temple, como el de la dote de la futura esposa de don Francisco Bovadilla Alcocer<sup>602</sup>; pintado, como el que decoraba el estrado principal de la casa de los condes de Bornos<sup>603</sup> o chinesco, como el que se hallaba en el segundo gabinete de la misma casa<sup>604</sup>; o pintado, en esta ocasión, al óleo, en el caso del que aportaba en su dote la futura esposa de don José Chavarino<sup>605</sup>. Materiales y técnicas eran a su vez los que iban a hacer variar el precio de aquellos revestimientos, que podían oscilar entre los 6 reales la vara del realizado sobre lienzo pintado al temple que iba a cubrir la sala y el gabinete de la vivienda de don Andrés Morón<sup>606</sup>, o los 4 reales por vara del friso pintado al fresco que quedaba recogido en el inventario de bienes post-mortem de don José Fernando Ruiz<sup>607</sup>, y los 18 reales vara en que fueron tasados el friso alemanisco del capital de bienes de don Manuel Romero de Amaya<sup>608</sup> o el de don Pedro Prudencio de Taranco<sup>609</sup>.

En definitiva, un elemento de revestimiento con carácter fundamentalmente decorativo, destinado a cubrir la mitad inferior de las paredes de espacios abiertos a la recepción como la sala, aún en su versión y denominación tradicional de estrado –como en la casa de los condes de Bornos–, el gabinete y la alcoba. Y que podía ser hallado en sus diferentes vertientes materiales formando parte de viviendas de individuos de condición dispar dentro de la jerarquía de los servidores del Estado que nos hallamos tratando.

Asimismo, se puede percibir cómo los lienzos y los papeles pintados o estampados se convirtieron en solución para quienes económicamente tenían dificultades para el entelado de sus espacios de recepción en tejidos como las sedas. El avance de las técnicas en la producción de esta tipología de revestimientos, así como su fabricación en España, frente a las que originalmente era necesario importar desde el extranjero –

---

<sup>601</sup> AHPM. Prot. 19458/1v.-2 r.

<sup>602</sup> AHPM. Prot. 19510/369 v.

<sup>603</sup> AHPM. Prot. 19545/253 v.

<sup>604</sup> *Ibidem.*, fol. 254 v.

<sup>605</sup> AHPM. Prot. 19433/595 v.

<sup>606</sup> AHPM. Prot. 20156/68 v.

<sup>607</sup> AHPM. Prot. 21709/528 r.

<sup>608</sup> AHPM. Prot. 19458/1v.-2 r.

<sup>609</sup> AHPM. Prot. 18072/206 r.

fundamentalmente desde Francia, Holanda e Inglaterra- redujo su coste, ampliando así el colectivo de sus consumidores. Dicha producción “nacional” fue impulsada por las Sociedades Económicas de Amigos del País, que no cesaban en su empeño de modernizar España y equipararla en los distintos niveles –económico, cultural- a las potencias extranjeras más desarrolladas. Para ello trataban de incentivar a los artesanos de los diferentes sectores mediante la convocatoria y concesión de premios. De este modo, la Sociedad Aragonesa de Amigos del País premió en 1778 al dorador Martín Sierra por sus muestras de papel pintado. Al poco tiempo aquél estableció su propio negocio de manufacturas de papeles pintados de “toda especie de jaspeados, otros imitados al natural de raíz de olivo, y de diferentes dibujos para gabinetes, habitaciones y demás destinos con más comodidad en el precio que los que vienen del extranjero”<sup>610</sup>. En el caso de Madrid, fue el Conde de Aranda durante su etapa como embajador de España en París, quien impulsó el establecimiento de la Real Fábrica de Papeles Pintados. El encargo de su asentamiento fue dirigido al francés Pedro Giroud de Villette<sup>611</sup>.

Este tipo de elementos en sus variedades de carácter inferior son indicativos del arraigado valor concedido por dicha sociedad a la apariencia. La importancia radicaba no tanto en disfrutar de determinado bien, valorado por unos u otros factores, como en aparentarlo mediante su imitación a través de productos realizados en materiales y decorados mediante técnicas que visualmente generaban un efecto similar.

Las manufacturas de lienzos pintados o indianas conocieron un amplio despegue en Cataluña y sus producciones sirvieron para cubrir paredes, pero también asientos y camas, como las cubiertas de las sillas o las cortinas de una de las antecámaras de la vivienda de don Juan de Belvís, conde de Villamonte, realizadas en lienzo pintado de Barcelona<sup>612</sup>. Se aprecia así la introducción de estas tipologías dentro de las viviendas, adquiriendo un cariz de moda propiamente dicho, cuando servían de revestimientos en residencias de familias de la más alta y tradicional nobleza, que no tenían la necesidad de recurrir a la imitación de materias principales, puesto que podían permitirse su disfrute. Sin embargo, que en la redecoración del inmueble al que trasladó su residencia

---

<sup>610</sup> Cita tomada de VEGA GONZÁLEZ, J.: “Contextos cotidianos para el arte...” Op. cit., p. 17; quien remitía a la *Gazeta de Zaragoza*, 21 de octubre de 1783, pp. 345-346

<sup>611</sup> *Ibidem.*, p. 18

<sup>612</sup> AHPM. Prot. 18185/680 v.

el matrimonio Villamonte desde las casas principales de sus progenitores decidieran introducir estos modelos, los convertían en tendencias a la moda. Unas modas que debido a su coste económico, alejado de los altos y prohibitivos precios en los que se valoraban los tradicionales tapices, podían ser compartidas por los diferentes miembros del jerarquizado colectivo profesional que centra nuestra atención.

Las paredes fueron asimismo soportes de un elemento tan presente en la decoración de las viviendas como la pintura. Decía Ventura Rodríguez en su *Representación* de 1753: “(...) Véase de pinturas, que es mui raro el pueblo por miserable que sea, donde a penas se dexa de encontrar pintura buena (...)”<sup>613</sup>.

Ceán Bermúdez aportó un testimonio enormemente ilustrativo acerca de la presencia de la pintura en los espacios de habitación de las elites al servicio del Estado a las que nos referimos:

“En Madrid las casas de los grandes conservan mucha parte de sus antiguas colecciones. La de Medinaceli las estatuas, bustos y relieves que vinieron de la casa de Pilatos de Sevilla, varios lienzos de Van Dick y del Spagnoletto; la de Santiesteban los cuadros y dibujos de Jordán y de otros extranjeros y españoles; la de Alba las tres Venus de Ticiano, Corregio y Velázquez, aunque la primera parece ser de Jordán, la Sacra familia de Rafael y otros muchos flamencos e italianos; la de Altamira las cacerías de Rubens y de Pedro de Vos; la de Villafranca los lienzos de Procacini y las pequeñas tablas de Wankesel y Teniers; la de Medinasidonia los del Guercino, Van Dick y Solimena; la de Oñate los de los Veroneses y en fin aumentaron las suyas la de Fernan-Núñez, Santa Cruz, Osuna y Montijo.

El marqués de Santiago conserva los graciosos lienzos de Murillo; el excelentísimo señor don Juan Pereira y Pacheco los muchos y buenos de varias escuelas; el ilustrísimo señor don Bernardo de Iriarte los de Van Dick, Velázquez, Mengs, Murillo, Cerezo y de otros españoles y extranjeros afamados; el excelentísimo señor don Gaspar de Jovellanos el boceto en grande del célebre cuadro de la familia de Velázquez -*Las Meninas*- con otros lienzos de Murillo, Cano, Zurbarán, Cerezo y Carreño”<sup>614</sup>.

---

<sup>613</sup> Citado por RODRÍGUEZ RUIZ, D.: “Arquitectura y academia durante el reinado de Fernando VI”, BONET CORREA, A. y BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Un reinado bajo el signo de la paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2002, pp. 238

<sup>614</sup> CEÁN BERMÚDEZ, J. A. *Diccionario*. Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, 1800, pp. xxiii-xxiv. Los especialistas en Arte aseguran que no se trataba del boceto original de Velázquez, “sino una copia de

Estas obras de arte, que se exponían en las salas de representación y galerías de las viviendas que habitaban los notables enumerados, eran, además, motivo de intercambios entre ellos. Varias notas en los *Diarios* de Jovellanos nos ilustran acerca de dicha práctica, a través del relato de los trámites que tuvieron lugar en relación al boceto de *Las Meninas*, al que se aludía en el fragmento anterior:

“[...] me propuso el Padre Miguel Martel si quería vender el borrón de Velázquez del cuadro *La familia*, y dijo como en reserva que le deseaba la viuda del señor Infante don Luis; respondile que no pensaba deshacerme de él, y que si algún día lo verificase, tendría presente su insinuación. Después que se fue pensé hacer un presente a esta señora y manifestarle el aprecio que hago de sus prendas, y escribí la siguiente carta: “Señora: Acabo de entender que V. S. tendrá gusto en poseer el borrón original del célebre cuadro de *La familia* que pintó don Diego Velázquez, y existe en mi pequeña colección, y tomo sin perder instante la pluma para ofrecerle a los pies de V. S., muy desvanecido de que la fortuna me haya proporcionado una ocasión de manifestar el íntimo aprecio que profeso al buen gusto, talento y virtudes con que V. S. realza sus eminentes circunstancias. Este borrón se entregará por el señor don Juan Arias de Saavedra, caballero de la Orden de Santiago, mi amigo y encargado de mis cosas en Madrid [...]”<sup>615</sup>.

Como se puede observar, la pintura ocupaba un lugar principal en lo que se refería a la decoración de las estancias, aunque detrás de ella existían a su vez una serie de significados enormemente esclarecedores para comprender algunas facetas de su poseedor, que giraban en torno a sus creencias religiosas o a determinadas pautas de carácter cultural como el coleccionismo.

La temática representada era clave: religiosa, paisajes, naturalezas muertas – floreros, fruteros-, retratos. La aparición de retratos dentro de unas colecciones de mayor o menor amplitud numérica se dotaba de un doble trasfondo, según quien fuera el retratado. El poseer la imagen pintada de determinadas figuras, como las de los monarcas, era indicativo del respeto y subordinación hacia aquellas encarnaciones del poder y del Estado para el que trabajaban. Un conjunto de ocho cuadros de gran formato

---

escuela madrileña de aquel momento”, GONZÁLEZ SANTOS, J.: *Jovellanos aficionado y coleccionista*. Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 1994, p. 29

<sup>615</sup> Viernes, 28 de octubre de 1791. JOVELLANOS, G. M.: *Obras completas. Tomo VI, Diario*. Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1994, p. 278

“vara y tercia de caída y vara de ancho” formaban parte de la colección pictórica del marqués de Portago. En él se especificaba la representación de Felipe V e Isabel de Farnesio, así como de los reyes del momento Fernando VI y Bárbara de Braganza, además de otros cuatro retratos similares a los anteriores de la “Familia Real”. Tanto el primer como el segundo conjunto fueron tasados en 4.000 reales de vellón, suponiendo un total de 8.000 reales de vellón dentro de la tasación de bienes general<sup>616</sup>. Para el caso de Carlos III, caben ser citados los retratos de éste y su esposa María Amalia de Sajonia inventariados entre los bienes de don Alonso Muñiz Manjón, marqués de Campo del Villar y mayordomo de semana de dicho rey: “Dos retratos de nuestro monarca don Carlos Tercero que Dios guarde muchos años y doña María Amalia su esposa con marcos dorados en trescientos y sesenta reales de vellón”<sup>617</sup>.

Sin embargo, según se avanzaba en el tiempo, aparenta ser significativa de un cambio en aquella concepción de reconocimiento hacia la Monarquía y sus representantes, la no aparición de similares representaciones del monarca Carlos IV en tipologías pictóricas de gran formato, concebidas para ser exhibidas en espacios de recibimiento, aunque sí que lo hicieran en miniaturas sobre soportes como pequeñas cajas, similares a la de concha que formaba parte de los bienes de don Francisco de Bañares Victores, oficial mayor de la Contaduría General de Abastos. En ella aparecían representados “los reyes actuales en retrato”, es decir, para la fecha de 1795 en la que se inventarió, Carlos IV y María Luisa de Parma<sup>618</sup>.

Tal reconocimiento a figuras de autoridad podía derivar desde los Reyes, o los miembros de la Familia Real, a otros personajes con determinado poder a nivel territorial o dentro de determinados cuerpos profesionales. Observemos el caso de la dote aportada a su matrimonio en mayo de 1803 por doña María Josefa Surbille Abad Wautres y Cifuentes con don Tomás de Estrada y Lancero, guardia de corps de la Compañía Flamenca. La hija del difunto don Luis Surbille, quien fuera archivero general de la Secretaría del Despacho Universal de Indias, aportaba, además de cinco retratos de gran formato de personas reales, cuya identidad concreta no se hacía constar, valorados en 3.750 reales de vellón -750 reales de vellón cada uno-, “Un retrato grande

---

<sup>616</sup> AHPM. Prot. 16471/ 349 v

<sup>617</sup> AHPM. Prot. 18538/375 v.-376 r.

<sup>618</sup> AHPM. Prot. 20264/16 r.

del Duque de Osuna con su marco de oro cuadrado cuasi nuevo en mil y quinientos reales de vellón” y “Otro retrato del mismo duque más pequeño en cuatrocientos reales de vellón”<sup>619</sup>. La explicación a ambos la hallamos en que los bienes que componían el cuerpo de la dote de doña María Josefa formaban parte de su herencia paterna, a los que había que sumar otros, propios de su madre, doña Eulogia Abad y Cifuentes, y los heredados de un primer matrimonio de la contrayente con don Manuel Uriarte y Leoz, que ocupara cargos en torno a la década de 1780 de contador y secretario del Duque de Osuna<sup>620</sup>. Se trataba, por lo tanto, del reflejo del reconocimiento de aquel primer marido a “su señor”. Unos retratos que puede que incluso fueran del agrado del segundo esposo, don Tomás de Estrada, natural de la villa andaluza de Osuna que otorgaba su título al Duque.

El retrato de “Buena Parte”, que asimismo se encontraba entre los bienes dotales de doña María Josefa<sup>621</sup>, el cual hemos interpretado como correspondiente a Napoleón, tenía bastante poco que ver con los precedentes. Era de pequeño formato y aparecía adornando una cajita de escaso valor económico –fue tasada en 30 reales de vellón-. Sin embargo, el hecho de contar con una representación de aquella figura política podría entenderse a modo de reflejo de determinada ideología o convicciones por parte de sus propietarios; quienes no hacían una ostentación de carácter público, al contrario que lo hicieran con otras figuras, pero que le rendían cierto reconocimiento al tenerlo presente en aquel pequeño objeto contenedor, usado con frecuencia para guardar elementos de carácter personal.

Los retratos personales de gran formato destinados a componer espacios de recepción deben entenderse en su significado simbólico. La tradicional tendencia por hacerse retratar, del mismo modo que lo hacían los miembros de la realeza, por parte de las figuras con poder y autoridad, se hizo extensible también a los miembros de las elites sociales, en una nítida práctica de imitación de modelos que contribuyera en la equiparación social. La intencionalidad se traduce clara, se trataba, asimismo, de ser representado, como medio para transmitir la superioridad del individuo retratado. A un

---

<sup>619</sup> AHPM. Prot. 21756/413 r.

<sup>620</sup> FICHOZ: 041257. En la base de datos aparece mencionado como Manuel Uriarte Hoz, mientras en el documento notarial lo hace como Manuel Uriarte y Leoz. No obstante, no dudamos de que la identidad corresponde a la misma persona.

<sup>621</sup> AHPM. Prot. 21756/423 r.

posible interés por el arte se superponía una intencionalidad fundamentalmente de consolidación social. De esta forma a los retratos encargados por parte de los miembros de la aristocracia más tradicional, la cual recurría a ellos en una constante justificación de su condición privilegiada, sirviéndose de la exhibición de retratos de los antepasados más ilustres del linaje, venía a sumarse el interés, ya constatado, por parte de aquellas nuevas elites sociales –nobles o no-. Éstas, de igual modo que lo hicieron buscando equiparar sus tipologías de habitación con las propias de la nobleza de antiguo cuño, recurrieron a la práctica de hacerse retratar. El interés por retratarse que durante la década de 1790 debió expresar el matrimonio formado por don Domingo de Cabarrús – hijo del ministro en el Consejo de Hacienda don Francisco de Cabarrús- y doña Rosa de Quilty –hija del ministro en el Consejo de Hacienda don Tomás de Quilty- no fue del agrado de éste último, que se refirió de la siguiente manera a su yerno y al significado de su “capricho”:

“personaje extravagante, presuntuoso y arrogante que vive por encima de sus posibilidades usando del dinero de su mujer, es decir del mío. En el viaje que realizó a Cádiz hace unos meses se rodeó de un séquito más apropiado para un duque, pero el que trajo de vuelta se parecía más al de un príncipe. (...) Una de sus últimas extravagancias ha sido su decisión de contratar a alguien para que pinte un retrato suyo y de su mujer, un capricho que no puede pagar y que de nuevo me va a costar el dinero”<sup>622</sup>.

Por su parte, Pedro González de Sepúlveda relataba en su diario cómo tuvo ocasión de ver en casa del marqués de Santiago, en cuyos orígenes ya profundizáramos en un apartado anterior, el 15 de mayo de 1806, dos retratos del marqués y de la marquesa de Santiago pintados por Goya. Precisaba que el precio de los dos cuadros había sido la elevada suma de 24.000 reales. El hecho de saber que Goya no pidió más de 12.000 reales en 1790 para el gran cuadro de los duques de Osuna con sus hijos y que tampoco recibía tanto dinero cuando se trataba de encargos oficiales –sólo cobró 4.000 reales por dos retratos del Rey y de la Reina pintados en 1789 para la Casa de la Moneda de Madrid y 2.000 en 1790 por un retrato del Rey para el Ministerio de Hacienda-<sup>623</sup> permiten apreciar el valor concedido al dinero por parte de quienes

---

<sup>622</sup> CRUZ, J.: *Los notables de Madrid...* Op. cit., p. 194

<sup>623</sup> Referencia procedente de BEDAT, C.: *La Real Academia...* Op. cit., p. 176

disponían de ello para “adquirir” y consolidar prestigio, reconocimiento y distinción social.

El mismo sentido se hallaba en los retratos personales con los que contaban entre sus bienes don Domingo Martínez, oficial de la Tesorería Mayor de Su Majestad, cajero principal de ella y de la Tesorería de las serenísimas señoras princesa de Asturias Nuestra Señora y infanta doña María Josefa: “Un retrato mío con su marco dorado ciento veinte reales de vellón”<sup>624</sup>, o don Juan Nepomuceno de Aranda, quien llegara a ocupar un puesto de oficial segundo en la Contaduría Principal de Propios y Arbitrios de Madrid<sup>625</sup>: “El retrato de don Juan de Aranda en seiscientos reales”<sup>626</sup>.

La práctica de retratarse con la mencionada intencionalidad se hacía también extensible a sus esposas; al igual que haya sido ya constatado para las figuras de las virreinas. Estas últimas, intentando simular en los territorios virreinales la conducta de la figura de la reina, se convirtieron en mecenas de artistas a quienes ordenaron que las retrataran, procediendo a disponer tales retratos junto a los de sus esposos, los virreyes<sup>627</sup>. Dentro de nuestro colectivo nos referiremos a “El retrato de la señora difunta, su altura como tres cuartas”<sup>628</sup>, donde la retratada era doña María de Pilar Sevillano. Aquella viuda en primeras nupcias de don Antonio Martínez Salazar, escribano de cámara y de gobierno del Consejo de Castilla, quien debía contar con un salario en torno a los 21.500 reales de vellón anuales –teniendo en cuenta la remuneración del precitado oficio, así como los de las secretarías del rey, de la subdelegación de las Reales Fábricas de Cristales de San Ildefonso y de la Superintendencia de los Pinares de San Ildefonso, que ocupó de manera simultánea<sup>629</sup>– debió pender retratada de alguna de las paredes de las casas principales de su propiedad que ocupó hasta su fallecimiento en la calle del Prado.

---

<sup>624</sup> AHPM. Prot. 17644/ 381 v.

<sup>625</sup> XARAMILLO, G. A.: *Guía de la Real Hacienda de España. Año de 1816*. Madrid, Imprenta de la Compañía, 1816, p. 69

<sup>626</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>627</sup> Dentro de la obra de Diana Carrió-Invernizzi destacaremos en torno a este tema el paper “Spanish vicereines and ambassadresses in Italy in the Seventeenth-century. Patronage and political imagery”. European Social Science History Conference, Viena, abril 2014

<sup>628</sup> AHPM. Prot. 21920/686 r.

<sup>629</sup> FICHOZ: 001900



Es evidente que las calidades de los diferentes retratos a los que venimos haciendo mención debían ser muy diferentes entre ellas, si atendemos a los indicadores que constituyen precio, tamaño o marco. No obstante, compartían una finalidad similar como elementos de representación de una condición social y de poder, cuya utilización debió extenderse hasta el punto de que han sido atestiguados anuncios de los servicios ofrecidos por retratistas en la prensa periódica madrileña:

“En la corredera de San Pablo, frente de la de San José cuarto principal vive un sujeto, pintor, recién venido a esta Corte, que tiene habilidad para retratar al óleo, siendo de hombre de medio cuerpo del natural, con manos y no siendo el vestido muy cargado de bordados, por el ínfimo precio de cinco doblones, advirtiéndome que, no estando parecido, no llevará interés, y siendo de mujer, y en sus casas, a proporción del trabajo que se aumentase”<sup>630</sup>.

Un significado más próximo al carácter sentimental era el que poseían los pequeños retratos o miniaturas que aparecían en joyas o cajitas. Sobre dichas piezas de uso personal se insertaba con frecuencia el retrato del ser querido –esposa, esposo o amigo–.

Don Francisco de Sales Dávila Ponce de León le regalaba a su futura esposa, doña Francisca de Paula Gómez Grijalba, hija del consejero de Indias, don Francisco Gómez de Grijalba –Marqués del Surco– con motivo de su matrimonio: “Un medallón de brillantes y esmaltado con su retrato en tres mil novecientos reales”<sup>631</sup>. Y entre los bienes de don Vicente González Arnao había: “Un retrato de la citada doña María del Carmen conjunta del don Vicente con su caja de oro en mil y seiscientos reales” y “Un retrato del señor don Juan María Tineo en un medallón con cristal y caja de tafilete en seiscientos y cuarenta reales”<sup>632</sup>. Debió ser estrecha la relación existente entre González Arnao y don Juan Tineo, sobrino de Jovellanos y oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia<sup>633</sup>. Éste fue padrino en su boda<sup>634</sup> y en su compañía debió vivir –al menos

---

<sup>630</sup> *Diario* del 14 de octubre de 1762, citado por VEGA GONZÁLEZ, J.: “Contextos cotidianos para el arte...” Op. cit., p. 36

<sup>631</sup> AHPM. Prot. 21089/682 r.

<sup>632</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>633</sup> ANDIOC, R.: “*El sí de las niñas*, segundo centenario”, NAVA RODRIGUEZ, T. (coord.): *Cambio social y ficción literaria en la España de Moratín. Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VI (2007), p. 20

<sup>634</sup> ANDIOC, R. (ed.): *Epistolario de Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, Castalia, 1973, p. 285

durante alguna temporada- según nos indica la aparición de determinados objetos muebles en la cuenta de capital del primero, cuya propiedad era compartida con el sobrino del ilustrado gijonés<sup>635</sup>. También “Un medallón de oro esmaltado con el retrato del novio en ciento y sesenta reales de vellón”<sup>636</sup> que le regaló don Pedro María Ximénez de Lasarte y Montero a su novia, la viuda en primeras nupcias doña María de las Angustias Fernández de la Quintana.

La temática y el formato de las pinturas variaban según la estancia en la que se iban a exhibir. Las dimensiones de una sala permitían revestir sus paredes con obras de gran tamaño y exuberantes marcos, mientras, espacios más reducidos como los gabinetes dieron lugar a hechuras que acabaron tomando el calificativo “de gabinete”. Una tipología presente dentro de viviendas como en la de don Juan Antonio Balcones, en cuyo capital de bienes aparecían anotados: “Seis (cuadros) de unos retratos de gabinete en tabla de más de tercia de alto y una de ancho dorados treinta y seis reales”<sup>637</sup>.

El valor económico de la pintura estaba determinado por varios factores. En primer lugar, debemos atender al de su autoría. Podía tratarse de un trabajo de autor conocido o desconocido. Tal y como la autora Carmen Abad Zardoya ha advertido, se debe ser cauto al atribuir la autoría de determinada obra a un artista, atendiendo a que en

---

<sup>635</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f: Trastos comunes con el señor Tineo

Cuarenta y una sillas grandes y cuatro pequeñas, seis grandes y tres chicas ordinarias, todas en ochocientos reales

Los banquillos de la cocina en treinta reales

Las tres mesas de pino, una en la que se come diariamente, otra que sirve de aparador y la compañera de ésta que está en la alcoba principal en doscientos y diez reales

Dos braseros de azófar con cajas de nogal en quinientos y cincuenta reales

Otro de cobre con caja de pino en cien reales

Dos badilas de bronce y otra de hierro en sesenta reales

Dos cortinas de lienzo de las que se ponen en el corredor en noventa reales

La garapiñera para enfriar agua en treinta reales

Unos plumeros para limpiar en veinte reales

El reloj de la antesala con su caja en setecientos y veinte reales

El velón de pantalla en treinta reales

Una cacerola sin tapa en veinte reales

Una besuguera con su tapa en cuarenta reales

Dos despabiladeras en nueve reales

Un perol en cuarenta y siete reales

Unas parrillas, trébedes y cuchara de hierro en nueve reales

Dos tapaderas de lo propio, una grande y otra pequeña en veinte y cinco reales

Ascienden a dos mil setecientos y noventa reales de vellón, cuya mitad corresponde al enunciado don Vicente González Arnao

<sup>636</sup> AHPM. Prot. 21757/289 r.

<sup>637</sup> AHPM. Prot. 21805/312 r.

el registro de la documentación apareciera calificada como “original de”. A través de dicha aclaración cabía la posibilidad de que el tasador especialista se estuviera refiriendo a que se trataba de una reproducción de una pintura cuyo original era de aquel autor. Esta ambigüedad del lenguaje puede intentar esclarecerse tomando en cuenta la cuantía económica en la que se decidió tasar el cuadro –alta cuando se tratara de un original-; pero también analizando la figura de su propietario con respecto a las obras pictóricas que poseía, aunque también en relación al resto de los elementos en los que se puedan percibir características artísticas. Determinar si se perciben rasgos coleccionistas, que le incentivaran a decantarse por la posesión de obras de arte por el mero reconocimiento del valor artístico que en sí mismas contenían.

A la ya atestiguada faceta como coleccionista, a la vez bibliófilo y artístico, de don Gaspar Melchor de Jovellanos<sup>638</sup>, se podrían añadir otros casos dentro del colectivo, como el del marqués de Portago. En su inventario de bienes post-mortem aparecen 140 entradas correspondientes a pintura, que arrojan una cifra de 393 ejemplares. Las temáticas se diversificaban desde las tradicionales representaciones de carácter religioso, las cuales tendían a aparecer aún en los interiores de viviendas donde la pintura, ya en número, ya en calidad, si no en ambas, era escasa; a países –paisajes-, batallas, floreros, fruteros, escenas de la vida cotidiana, retratos, etc. La descripción de cada cuadro nos permite hallar en el marqués un auténtico coleccionista.

La originalidad de sus pinturas, siguiendo la definición de “original” que aportaba el *Diccionario de la Real Academia Española* en su segunda acepción: “Usado regularmente como sustantivo se toma por la primera escritura, composición, o invención, que se hace, o forma para que de ella se saquen las copias, o modelos que se quisiere; como el *original* de una escritura, contrato, pintura, etc.”, es claramente perceptible en aquellas entradas donde se remite a la originalidad de la pintura en sí misma, sin realizar mención alguna a su autor: “Dos fruteros iguales de algo más de vara de largo y tres cuartas de caída, originales ambos, ochocientos reales”; “Otros dos floreros iguales originales de tres cuartas de largo y poco menos de caída, quinientos

---

<sup>638</sup>AGUILAR PIÑAL, F.: *La biblioteca de Jovellanos (1778)*. Madrid, CSIC, 1984; GONZÁLEZ HERAS, N.: “Las casas madrileñas de Jovellanos...” Op. cit., pp. 231-242; GONZÁLEZ SANTOS, J.: *Jovellanos, aficionado...* Op. cit.

reales”<sup>639</sup>. A dicha definición responden el 31,23% del total del número de pinturas inventariadas. El resto de obras a las que el tasador acompañó del complemento “original” iban seguidas de una escuela geográfica: romana, milanese, italiana, flamenca, o del nombre de un artista: Morales, Murillo, Van der Poel, Borgoñón, Bartolomé Pérez, Labrador, Brueghel, Mario Nuzzi, Pereda y Grandi.

Para el caso de las escuelas se mantiene la certeza de que tales pinturas procedieran directamente de aquellos talleres; máxime cuando se tiene constancia de que la producción artística de dichos centros se publicitaba dentro de la prensa periódica madrileña, lo que servía para aproximar al consumidor interesado el producto y la manera de acceder a él:

“La compañía de Pintores de la Escuela Romana que está bajo del cuidado de Alice y Benucci, ofrece servir a cualquier persona que tuviere gusto de buenas pinturas con los cuadros siguientes: Primeramente por un cuadro de Historia sagrada o profana de 12 palmos de largo y 8 de ancho de medida romana pintadas en él desde 7 hasta 12 figuras se dará por 100 escudos romanos que son 2.000 reales de vellón, por otro del mismo tamaño con 4 a 7 figuras 80 escudos que son 1.600 reales de vellón, por otro de la misma grandeza desde una hasta 4 figuras por 60 escudos que son 1.200 reales, por otro de la misma altura y ancho, de marina, paisaje perspectiva y arquitectura con figuras pequeñas, se dará por 50 escudos que son 1.000 reales. Ofrece asimismo servir con otros tamaños desde la medida dicha hasta una tercia o como lo quieran por precios muy acomodados y guardando en el dibujo todas las leyes de perfección y buen gusto”<sup>640</sup>.

Dentro de la colección del marqués de Portago, se trataba de más de un ejemplar en cuyas definiciones todos eran considerados “originales”:

“Cuatro fruteros iguales con algunas flores originales romanos de más de cuarta de largo y cuarta escasa de caída, cuatrocientos ochenta reales”

“Otros dos floreros romanos iguales en tabla originales de tercia de largo y cuarta escasa de caída en trescientos sesenta”

“Otros dos fruteros iguales originales romanos de más de tercia de largo y media cuarta de ancho en doscientos cuarenta”

---

<sup>639</sup> AHPM. Prot. 16471/ 349 v

<sup>640</sup> *Diario Noticioso*, 5 de marzo de 1758; citado por VEGA GONZÁLEZ, J.: “Contextos cotidianos para el arte...” Op. cit., p. 41

“Dos floreros iguales pintados sobre pizarra, originales de la Milanese, de media vara escasa de caída y tercia de ancho, ochocientos reales”

“Otros dos fruteros iguales sobre puertas originales italianos de vara y tercia de largo y media vara de caída, mil reales”

“Otros dos fruteros iguales originales de italianos de algo más de tercia de largo y cuarta de caída, ambos en trescientos reales”

“Más cuatro países los dos fruteros de ellos iguales redondos de una cuarta originales flamencos todos en mil reales”

“Otros dos floreros iguales originales flamencos algo más pequeños que los antecedentes, trescientos sesenta reales”<sup>641</sup>

Asimismo, se trataba de obras que, pese a las reducidas dimensiones de algunas, nunca bajaban de los 120 reales de vellón como precio individual.

Si el precio debiera ofrecernos la clave para descifrar la autoría por parte de los artistas mencionados, las que componían la colección del marqués de Portago bien podrían constituir originales. Si el “original de”, por el contrario, responde a la interpretación de “reproducción de un original de determinado autor”, desde luego fueron copias de valor considerable, hechas para decorar, a la vez que para ser expuestas en zonas principales de las casas principales de su propietario en la calle del Príncipe, así como para satisfacer su afán coleccionista.

La disyuntiva respecto a la originalidad de la obra pictórica no se nos vuelve a presentar cargada de tal ambigüedad hasta los casos de don Francisco Bovadilla y Alcocer y de don Juan de la Cruz Adanero. Para el primero en dos entradas de su cuenta de capital:

“Una pintura que representa el patrocinio de Nuestra Señora con el Niño sentados de dos varas escasas de alto y vara de ancho con marco dorado y lazo de remate suelto, cuya pintura es original de Cano en setecientos reales” y “Otra de vara y media de ancho y tres cuartas de alto que también es original y representa a Cristo en el sepulcro con su marco dorado en seiscientos reales”<sup>642</sup>.

---

<sup>641</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>642</sup> AHPM. Prot. 19510/388 v.-389 r.

Para la que representaba el tema del Patrocinio de Nuestra Señora con el Niño, la que se introducía como apostilla “cuya pintura es original de Cano” puede interpretarse como que aquella pintura copiaba una original del pintor barroco granadino Alonso Cano. Sin embargo, la siguiente entrada, de la que se especificaba “que también es original”, dotaba de originalidad a la representación de Cristo en el sepulcro, haciendo, asimismo, extensible aquel carácter de “original” al ítem anterior.

Respecto a la pintura que formaba parte de la dote de la futura esposa de don Juan de la Cruz Adanero: “Una pintura de Nuestra Señora de la Asunción, original de Matías de Torres de dos varas y media de alto y dos escasas de ancho con marco dorado tasada últimamente en mil y quinientos reales”<sup>643</sup>, la ambigüedad se reiteraría, si no fuera porque el especialista encargado de la tasación especificó los casos en los que verdaderamente se trataba de una copia: “Otra de Nuestra Señora con el Niño en pie de vara y tercia de alto, con marco dorado la que se considera es copia de Murillo en ciento y veinte reales”<sup>644</sup>. Así, los 1.500 reales de vellón que sobresalían en relación al precio medio de las pinturas que formaban parte de los bienes dotales de doña Inés María de Mateo, nos reafirman en nuestra interpretación de obra original.

El tipo de marco en el que se exhibía la pintura y su formato determinaban asimismo su valor de aprecio dentro de la tasación. En algunas de las escrituras realizadas con mayor detalle se tasaban por separado la pintura y el marco o cuadro. Dicha tarea correspondía a los maestros especialistas en cada una de las materias, pintor y tallista, respectivamente. La suma de ambas daba lugar al precio final de la pintura o cuadro, tomando el nombre de una de las partes para denominar el todo.

La exhaustiva cuenta del capital con el que don Pedro Prudencio de Taranco, miembro del Real Consejo de Órdenes, se disponía a contraer matrimonio con doña María de las Mercedes de Parada en 1780, ilustra esta realidad. El pintor Francisco López y el tallista y dorador Juan Madurate, fueron los encargados de tasar un conjunto de 36 pinturas, siguiendo para cada una de ellas la fórmula que sigue:

---

<sup>643</sup> AHPM. Prot. 19655/14 r. (4ª foliación)

<sup>644</sup> *Ibidem*.

“El enunciado Francisco López, pintor, tasó una pintura de Nuestra Señora de la Concepción de dos varas y media de alto y vara y media de ancho en doscientos reales y dicho tallista, tasó el marco de esta pintura en trescientos reales. Compone todo quinientos”<sup>645</sup>.

Se trata de un caso en el que el precio del marco superaba al de la pintura. Podríamos compararlo con aquellos libros cuyo valor económico no residía tanto en el contenido de sus páginas como en su formato y tipo de encuadernación. Eran marcos realizados por tallistas; artífices de obras que podían llegar a alcanzar tal grado de sofisticación, que se convertían en objetos cargados de connotaciones representativas. El uso del color dorado era frecuente, en sintonía cromática con otras piezas que también pendían de la pared y que ocupaban los espacios de recepción. Nos referimos a los espejos y las cornucopias, así como a las mesas y a los conjuntos de asientos de los que trataremos a continuación.

Nos encontramos ante viviendas cuasi institucionalizadas en algunos de los casos de los más altos cargos dentro del aparato estatal, donde los espacios destinados a recibir se componían de una decoración, en este caso pictórica, que no tenía por qué responder únicamente al gusto de su ocupante. Se trataba de la programada elección de determinadas temáticas o artistas, o de ambos a la vez, que mantenían tras de sí una intencionalidad perceptible cuando analizamos las piezas desde una perspectiva simbólica.

De este modo se promovía a ciertos artistas, convirtiéndose en una fórmula más de mecenazgo. Hay que tener en cuenta que las posibilidades de mostrar dichas obras de arte en este tipo de estancias, en muchos casos, “oficiales” de recibo, eran muy superiores con respecto a las viviendas de otros particulares. Asimismo, no debemos olvidar que algunos de los más altos dignatarios ocuparon el puesto de “dirigentes”, es decir, denominados oficialmente consiliarios, en la Real Academia de San Fernando; lo que les ofrecía la posibilidad de mantener una estrecha y directa relación con los artistas y sus obras. Mecenazgo o patrocinio de artistas ya se trataba de figuras consagradas o en fase de formación. A lo que hay que añadir que hubo quienes además contribuyeron

---

<sup>645</sup> AHPM. Prot. 18072/206 v.

económicamente, mediante el pago de una pensión, a que algunos de aquellos artistas pudieran llevar a cabo sus estudios en la precitada Real Academia de Bellas Artes.

Si tornamos la mirada hacia otros de los elementos que servían para revestir las paredes en los espacios de recibo, los espejos de las salas poseían un valor fundamentalmente decorativo. Tendían a aparecer por parejas y no se buscaba tanto la funcionalidad de reflejar la imagen del individuo, como la de contribuir en la creación de perspectivas espaciales y juegos de luces colocándolos en posiciones estratégicas con respecto a las arañas y las cornucopias. El alto coste de sus lunas de cristal y la exquisitez de sus marcos los convertían en piezas de gran valor. Representativos de este tipo fueron los dos espejos que formaban parte del capital de bienes de don Francisco de Bovadilla y Alcocer, “de dos varas de alto y tres cuartas de ancho con sus lunas y adornos de talla dorada, cada uno con su mesa de piedra, también tallada y dorada, tasado todo en seiscientos reales”<sup>646</sup>, los cuatro que se inventariaron en la testamentaria del conde de Bornos, o los tres que llevó en su carta de dote doña Ana Radí, la esposa del escribano de su majestad don Alfonso de Yébenes y Juanes<sup>647</sup>. No obstante, en este último caso se especificaba que uno de ellos era de vestir. De vestir fueron también dos de los cuatro espejos que aportó al matrimonio en 1795 doña María Antonia Zamora y Sauca, esposa de don José Manuel de Plaza y Torrecilla, abogado de los Reales Consejos y miembro del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid: “Dos espejos de vestir con dos lunas cada uno la una de vara y tercia de alto y las de encima dos tercias escasas y de ancho una vara con su adorno de talla dorado y cristales en cuatro mil y cuatrocientos reales”<sup>648</sup>.

Ello nos indica que la funcionalidad decorativa, patente por poseer un marco dorado, se combinaba con la función práctica de devolver a su propietario la imagen de su cuerpo, facilitándole la actividad del vestido. Se podrían relacionar aquellos con el uso práctico que se les daba a los magníficos espejos presentes en los tocadores situados en ciertas estancias –alcobas y dormitorios- abiertas a poder ejercitar en compañía las prácticas relativas al cuidado del rostro, el cabello y la potenciación de la belleza. Los espejos de vestir, a diferencia de los que veníamos tratando y hemos considerado parte

---

<sup>646</sup> AHPM. Prot. 19510/387 r.

<sup>647</sup> AHPM. Prot. 19629/76 r.-76 v.

<sup>648</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f



de los conjuntos de mobiliario que componían las salas, debían encontrar su ubicación en las mencionadas piezas donde se llevaban a cabo las actividades de vestirse y el arreglo personal. En estas últimas, compuestas mediante ricas piezas hechas para ser mostradas al visitante de un carácter, eso sí, más cercano que otro a quien su penetración dentro de la vivienda tuviera los límites que marcaban los tabiques del recibimiento, el despacho, la sala o el gabinete, la privacidad o intimidad para desnudar el cuerpo o responder a las necesidades fisiológicas de evacuar se obtenía a través del uso de mamparas o biombos.

La mampara era la voz que se registraba desde el *Diccionario de Autoridades* para denominar: “Cierto género de antepuerta, o cancel portátil con sus pies, que se fabrica de diversas telas o pieles, sobre bastidores de madera, y sirve para cubrir las puertas, atajar alguna pieza, y otros usos. Suele también ponerse sin pies y con fixas para abrirla y cerrarla”. Para el biombo se reconocía ya en su definición su composición por varias hojas, lo que ofrecía la posibilidad de doblarlo y retirarlo cuando su uso no fuera requerido dentro de aquellos espacios: “Especie de mampara hecha de tela o papel pintado de colores, que sostenida de bastidores unidos por medio de los goznes, se cierra, abre y despliega, según su necesidad. Su uso es para atajar las salas grandes, defenderlas del aire y para cubrir y esconder las camas y otras cosas que no se quieren tener expuestas. Es alhaja que nos vino modernamente de la China, o Japón, y con ella el nombre”. Una alhaja que, pese a su presencia en los interiores de las viviendas de ciertos servidores del Estado durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuantitativamente hablando su peso era escaso, un 6,61 % de aparición para las mamparas y un 4,13% para los biombos. Asimismo, se podría aludir a los escasos valores tanto decorativo como representativo de algunas de estas piezas que no alcanzaban individualmente el precio del centenar de reales de vellón y a las que se añadían adjetivos como “bastante usado” o “roto”. No obstante, otras debían cumplir a la perfección con sus funciones de elementos separadores dentro de los espacios de recepción. Así, “Un biombo de siete hojas pintado al óleo de varios países y el revés agrisotado con sus bisagras de hierro, partida 22 en 600 reales de vellón”<sup>649</sup> que formaba parte de los bienes que compusieron los interiores de la residencia de don Domingo Martínez y su esposa, doña María Josefa de Amarita; también una de las

---

<sup>649</sup> AHPM. Prot. 17644/ 368 r.

mamparas de la casa del marqués de Portago: “...de tres varas de alto y vara y media de ancho cubierta de damasco por una cara y por otra de badana labrada con sus tableros alrededor moldeados y dados de blanco con su herraje en doscientos reales”<sup>650</sup>; y las que en la vivienda de don Vicente González Arnao separaban el segundo gabinete del despacho o aislaban ambientes en la antesala principal y la antesala de los despachos: “Dos mamparas, una en la comunicación del segundo gabinete con el despacho y otra en la antesala de los despachos en trescientos y cuarenta reales”; “La mampara de la antesala principal en doscientos y cuarenta reales”<sup>651</sup>.

No obstante, si a las todavía incipientes estructuras de compartimentación y distribución de los interiores de las casas que proporcionaban espacios “apartados” les sumamos el carácter que podríamos calificar de puntual, según las bajísimas tasas de presencia de aquellas alhajas que servían para separar dentro de los domicilios, se hace perceptible la reducida capacidad de la casa para dotar a sus moradores de una separación con respecto al resto de los individuos en ella presentes. Una separación que tal vez no se proporcionaba porque quienes allí habitaban no la sentían como necesaria en su devenir cotidiano.

Pero, volviendo a los espejos de carácter principalmente decorativo, que nos han desviado hacia estos otros muebles, en ciertas ocasiones se acompañaban además de una mesa. En la documentación aparecían recogidas como mesas para espejo y su función fundamental era, una vez más, el adorno del espacio en el que se encontraban. Los materiales en los que estaban fabricadas y las técnicas que se utilizaban para el tratamiento de aquellos daban lugar a piezas cuya finalidad por antonomasia era la decorativa. Pies de cabra, charolados, dorados, piedras jaspe, cubiertas de diferentes materias cumplían a la perfección con su cometido como configuradores de unos muebles destinados al engalanamiento de los espacios de recepción de la casa. El caso de don Antonio Marcelino de Armesto resulta ilustrativo al respecto:

“Dos espejos compañeros de medio vestir cada uno de dos lunas la mayor de vara de alto y tres cuartas de ancho y la otra de dos tercias con sus marcos a la italiana y

---

<sup>650</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>651</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

adornos tallados y dorados con sus mesas correspondientes de piedra jaspe todo antiguo con sus cubiertas de cotonada en los mil y doscientos reales de su tasa”<sup>652</sup>

La condición de “todo antiguo” que quedaba especificada en dicha entrada del inventario de bienes post-mortem del que fuera oficial mayor de la Contaduría General de Valores, es indicativa de que el conjunto al que hacemos mención y que decoraba el cuarto bajo que don Antonio Marcelino habitaba en una casa de su propiedad, la número 11 de la manzana 446 de la calle de Silva, se mantenía en los patrones de la tradición. Una tradición que continuaba vigente dentro de las casas de los servidores del Estado, dada la frecuente aparición de este tipo de conjuntos de espejos con sus mesas, no sólo entre los bienes que constituían los inventarios post-mortem, que podían haber sido acumulados a lo largo de una vida. Sino que, también formaban parte de cartas de dote y cuentas de capital, entendiendo los elementos contenidos en éstas como la base de los bienes materiales que iban a constituir las nuevas viviendas que comenzaban a configurarse a partir de un matrimonio, y que iban a prolongar su existencia, en la mayor parte de los casos, tantos años como durara aquél.

Asimismo, un conjunto de similares características al anterior y también antiguo formaba parte de los bienes que aportó a su matrimonio ya en 1803 doña Luisa Rodríguez de Albuérne, esposa de don Manuel Álvarez de Abreu, marqués de la Regalía: “Un espejo de vestir de dos lunas con marco y adorno de tablero y talla dorada antiguo con mesa correspondiente de piedra de Cuenca en mil y quinientos reales de vellón”<sup>653</sup>.

Su residencia en la calle de la Puebla a comienzos del siglo XIX se vio compuesta por bienes procedentes de la hijuela que a doña Luisa le había correspondido por herencia paterna. Algunos de ellos habían sido adquiridos durante el matrimonio de sus padres, los marqueses de Altamira, y otros se remontaban incluso al capital que su padre, don Manuel Rodríguez de Albuérne, había aportado en el momento de su matrimonio. Este tipo de caso es ilustrativo de la antigüedad que podía caracterizar a ciertos elementos de los que encontramos en las recién compuestas residencias de determinados matrimonios. Especialmente de los miembros de la nobleza, que debido a

---

<sup>652</sup> AHPM. Prot. 19519/881 v.-882 r.

<sup>653</sup> AHPM. Prot. 21428/s/f

la calidad y al valor de los objetos que poseían, estos se transmitían y mantenían “vigentes” de generación en generación. Causa, tal vez, del peso de la continuidad y la permanencia dentro de las viviendas de las elites y fiel reflejo de un sistema de producción pre-industrial. La fabricación artesanal de las piezas, lejos todavía de los procesos de producción serial industrializada, las otorgaba el carácter de elementos “únicos” y no fácilmente sustituibles. A lo que debía sumarse el alto coste económico resultante de su producción manual por parte de artesanos especialistas en cada una de las materias, que tampoco favorecía la continua adquisición de nuevas piezas.

Los conjuntos de espejo y mesa se veían aumentados con otro tipo de mueble, la rinconera. Su definición no aparece en el *Diccionario de la Real Academia* hasta su edición de 1803; hecho que bien pudiera ser entendido como indicativo de una escasa difusión de esta tipología en época anterior. No obstante, este supuesto pierde validez si tenemos en cuenta su presencia en la documentación a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII. Este modelo de mesa, de figura triangular, estaba destinado a ser ubicado en un rincón o ángulo de las estancias. El hecho de que su parte interior quedara de cara a la pared, daba lugar a que aquélla no apareciera decorada ni moldeada. Por el contrario, su parte delantera se embellecía, en ciertas ocasiones, a conjunto con las mesas y espejos de los que venimos tratando. Tallas doradas, piedras, cubiertas, que daban lugar a exuberantes conjuntos; como el del espejo tremor con su mesa y dos rinconeras que aparecía en la carta de dote de doña María Josefa Surbille Abad Wautres, ante su matrimonio en 1803 con el guardia de corps de la Compañía Flamenca, don Tomás de Estrada y Lancero: “Un espejo tremor con su mesa y una piedra fina de más de vara de largo y dos tercias de ancho todo tasado en dos mil reales de vellón”, “Dos rinconeras hermanas de la mesa del espejo, todo dorado a ciento y cincuenta reales cada una son trescientos” y “La cubierta de la mesa del espejo tremor que tiene seis varas de algodón a seis reales cada vara son treinta y seis reales”<sup>654</sup>.

No obstante, los materiales no siempre se correspondían con las mejores calidades y se volvía a recurrir, una vez más, a la utilización de otros de precios inferiores y de fácil obtención. Las piedras de dichas mesas eran sustituidas por tablas que “figuraban” serlo. Así: “Una mesa dorada con la tabla figurada a piedra correspondiente a dicho

---

<sup>654</sup> AHPM. Prot. 21756/412 r.-412 v.

espejo y su cubierta de algodón en setenta reales de vellón” decoraba hasta 1795 el cuarto de alquiler en la circunscripción parroquial de San Martín donde falleció quien fuera primer violín de la Real Capilla y maestro de música del Infante don Luis, don Francisco Landini<sup>655</sup>. O las dos mesitas rinconeras que aportó a su matrimonio doña María Antonia de la Quintana, hija de don Antonio de la Quintana, del Consejo de su majestad en el Real de Hacienda y Ministro que fue de la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas, y esposa de don Diego Ventura de Mena y Cortés, mariscal de campo y quien en 1810 ejerció de Diputado provincial a las Cortes Extraordinarias por la provincia de Cuenca: “Dos mesitas rinconeras de pino doradas con tableros imitados a piedra, cubiertas de algodón ambas en cien reales”<sup>656</sup>. El hecho de que en su acabado final fueran cubiertas con algún tipo de tejido, en los dos casos anteriores de algodón -una tela de algodón estampada de colores- reducía la importancia del material en el que estuvieran fabricadas, puesto que aquél no quedaría a la vista. Si se tiene en cuenta su carácter primordialmente decorativo, lo que verdaderamente importaba era lo que iba a ser visto y apreciado desde fuera. Este tipo de modelos son los que han contribuido, entre tantos otros, en la concepción de una cultura de la apariencia, la cual podemos observar se materializaba dentro de la jerarquía de los servidores del Estado.

En un alto 83 % de los casos en los que aparecían las mesas rinconeras no lo hacían individualmente, sino que se presentaban por parejas o conjuntos de cuatro. Este hecho es indicativo de cuál era su ubicación dentro de la pieza, ya fuera, cubriendo dos de sus esquinas, o en aquellas de mayor amplitud, incluso las cuatro.

Las mesas podían aparecer sustentando, asimismo, algún otro elemento mueble, dotado una vez más de carácter decorativo y de representación. Obsérvese el caso del conjunto de “Un espejo tallado y dorado a media greca con dos lunas de vara y media de luz con su mesa dorada de cuatro pies de cabra y encima imitado a piedra sobre ella una cubierta de algodón rayado color de pompadú y un frutero de piedra y cera todo en quinientos quince reales”<sup>657</sup> que formaba parte de la carta de pago y recibo de dote que otorgó don Antonio Balcones, oficial mayor de la Contaduría General de la Real Lotería

---

<sup>655</sup> AHPM. Prot. 19912/97 r.

<sup>656</sup> AHPM. Prot. 20078/323 r.

<sup>657</sup> AHPM. Prot. 21805/301 r.

a favor de su futura esposa, doña Gregoria Regidor, con motivo de su matrimonio en 1803.

El escaparate debió ser uno de los muebles que aparecían sustentados sobre las precitadas mesas. En la edición de 1780 del *Diccionario de la Real Academia*, se mantenía la definición que de aquél se había dado durante todo el siglo: “Alhaja hecha a manera de alhacena o armario con sus puertas y andenes dentro para guardar bujerías, barro finos y otras cosas delicadas de que usan mucho las mujeres en sus salas de estrado para guardar sus dijes”. Sin embargo, su definición cambiaba en la edición del *Diccionario* para 1791: “Especie de alacena o armario con sus puertas y vidrios o cristales y sus andenes para poner dentro imágenes, barro finos y otras alhajas delicadas”. Se eliminaba así su vinculación directa con el sexo femenino y el espacio que tradicionalmente se le había destinado dentro de la casa, el estrado, y pasaba a concedérsele importancia a sus puertas acristaladas que convertían dicho mueble en un expositor desde el que exhibir “las alhajas” que contenía. Los elementos de carácter religioso o civil ubicados en su interior -esculturas de bulto figurativas de Cristos, Vírgenes, Niños Jesús, Santos, a pequeñas piezas como medallas, relicarios, rosarios- eran dotados de un marco exquisito –una estructura fabricada en metal o madera y vidrios- desde el que exponerse. El pleno desarrollo de este mueble fue alcanzado durante la segunda mitad del siglo XVII; atestiguado a través de su presencia en las viviendas<sup>658</sup>. Con la llegada de la Casa Borbón al trono español y la paulatina introducción de nuevos modelos procedentes de Francia, dicha pieza fue perdiendo importancia a lo largo del siglo XVIII y su aparición dentro de la documentación que enumeraba los bienes que componían las viviendas disminuyendo. No obstante, no todos se perdieron y somos capaces de reconocer en ellos, así como ya lo hayamos hecho para otros objetos, un valor familiar mediante la transmisión de escaparates por vía dotal. Un mueble antiguo, que formaba parte de los bienes de la familia, y que era transmitido a través de una hija al nuevo núcleo familiar que se estaba formando mediante un matrimonio. Éste debió ser el caso de las: “Dos urnas iguales con sus cristales de terciá y dentro de ellas varias frutas imitadas de cera y un Niño Jesús de la misma especie en trescientos reales de vellón”<sup>659</sup>, aportadas a su matrimonio con el

---

<sup>658</sup> MORERA VILLUENDAS, A.: *El escaparate, un mueble para una dinastía...* Op. cit. Desde estas líneas deseo expresar mi agradecimiento a la autora por facilitarme la consulta de este trabajo.

<sup>659</sup> AHPM. Prot. 19433, f. 595 v-596 r.

viudo don José Chavarino, en 1780, por doña Margarita Gutiérrez Duquén, hija de don Juan Francisco Gutiérrez, quien fuera capitán del Regimiento de Caballería de Brabante.

Un motivo interesante en el que reparar y que podía aparecer como escena central dentro de estas urnas era el Nacimiento. De muy escaso valor económico era el que se inventarió en 1795 entre los bienes del fallecido don Francisco Landini y que heredaría su yerno, don José de Zayas, en condición de esposo de la hija del finado, doña María Luisa Landini: “Una urnita de tercia de ancho con su cristal y dentro de él un Nacimiento con figuras de hueso 30”<sup>660</sup>. Éste tendría poco que ver con el que para la misma fecha se describía en la escritura de partición de los efectos de don Antonio Marcelino de Armesto: “Un nacimiento que se compone de nueve piezas de diferentes tamaños y todos de peñascos, grupos, cuevas y monterías con el misterio de barro cocido y otras diversas figuras de lo mismo que representan hombres, mujeres y animales, un cofre en que se hallan metidas tasado todo en quinientos reales”<sup>661</sup>. Entre el primero y el segundo cabe marcarse una diferencia fundamental. Mientras al pequeño conjunto realizado en hueso de don Francisco Landini se le podía atribuir cierto valor como escena de devoción, el conjunto con el que contaba, en el cuarto bajo que habitaba en unas casas de su propiedad en la calle de Silva, don Antonio, representaba una obra escultórica, tal y como fue definida en la tasación de sus bienes. Su exhibición en alguna de las estancias de recibo de la casa tendría lugar durante la Navidad, permaneciendo el resto del año guardado dentro del precitado cofre. Durante aquellos días en los que se mantenían expuestas, dichas figuras habrían de cumplir a su vez con una finalidad pedagógica. Probablemente, a través del mencionado conjunto y sirviéndose de la técnica de la teatralización de la escena sagrada se ilustró a los tres hijos del matrimonio –doña Juana, don Manuel Domingo y don José– en el misterio del Nacimiento de Cristo.

Algunas grandes casas incluso llegaron a anunciar en la prensa periódica su apertura para exhibir suntuosos Nacimientos, tal y como señalara Jesusa Vega en el caso del marqués de la Olmeda. El que ocupara diferentes cargos dentro de la Orden de

---

<sup>660</sup> AHPM. Prot. 19912/99 v., 158 v.

<sup>661</sup> AHPM. Prot. 19519/885 r.-885 v.

Santiago, en el Consejo de Órdenes Militares<sup>662</sup>, daba a conocer en diciembre de 1761 la siguiente información en el *Diario Noticioso*:

“La persona que quisiere ver un Nacimiento muy primoroso, con todas las figuras de movimiento acuda a la casa del señor marqués de la Olmeda que está en la calle de Jacometrezo entrando por la plazuela de Santo Domingo, primera puerta de mano izquierda cuarto bajo, previniéndose que desde el día 24 en adelante lo dejarán ver a todas horas dando un real de vellón cada persona”<sup>663</sup>.

No debió tratarse de una excepción que ciertas viviendas de las elites empleadas al servicio del Estado abrieran las puertas de sus estancias de recepción a un público más amplio que el que representaban sus visitas más habituales, con motivo de determinadas representaciones, exhibiciones y espectáculos. Se tiene constancia del desarrollo de teatro “doméstico” en las residencias de ciertos miembros de la aristocracia, como en el caso de las actuaciones que se celebraron en la villa suburbana “El Capricho”, en la Alameda de Osuna, organizadas por la condesa-duquesa de Benavente<sup>664</sup>. En la recreación de aquellos escenarios, en mayor o menor grado “improvisados” – dependiendo de si la frecuencia de las representaciones pudo hacer necesario reservar un espacio determinado y específico en las viviendas para su desarrollo- participaron algunos de los artistas escenógrafos de mayor prestigio del momento, o maestros teatristas –tal y como se los denominaba en la época-, como los hermanos italianos Ángel María y Antonio Tadey<sup>665</sup>. Asimismo, algunos autores crearon o adaptaron textos destinados a ser representados en el marco del teatro doméstico, teniendo en cuenta las limitaciones, por un lado, espaciales de las viviendas para convertirse en escenario, así como, las artísticas de los “espontáneos” intérpretes surgidos de entre el grupo de

---

<sup>662</sup> FICHOZ: 020354

<sup>663</sup> Citado por VEGA GONZÁLEZ, J.: “Transformación del espacio doméstico en el Madrid del siglo XVIII...” Op. cit. p. 217; vid. CAUSA, R.: “El belén cortesano”, SPINOSA, N.: *El arte en la corte de Nápoles en el siglo XVIII*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, pp. 295-298; VAREY, J. E.: *Cartelera de títeres y otras diversiones populares de Madrid: 1758-1840*. Londres, Tamesis, 1995

<sup>664</sup> El caso catalán ha sido bien estudiado por RUÍZ COMÍN, N.: “El teatro de sala y alcoba en la Cataluña del siglo XVIII: Un acto social en un espacio privado e íntimo”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), pp. 251-265; quien a su vez remite a CURET, F.: *Teatres particulars a Barcelona en el XVIIIe*. Barcelona, 1935 y FÀBREGAS, X.: *Les formes de diversió en la societat catalana romàntica*. Barcelona, Curial, 1975

<sup>665</sup> Ver NAVASCUÉS PALACIO, P.: “La Alameda de Osuna...” Op. cit; “Las máquinas teatrales: Arquitectura y escenografía”, *Arquitectura teatral en España*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1984



aficionados<sup>666</sup>. No obstante, la búsqueda de determinados títulos y/o autores de los que se vienen relacionando por los expertos en la materia con las representaciones teatrales particulares –véanse José Concha<sup>667</sup>, José Julián de Castro, José Santiago de Santos, Bernardo Vicente Lobón y Carrillo, Antonio Furmento, Félix Enciso Castrillón, José López de Sedano o Antonio Rezano<sup>668</sup>, y sus respectivos textos- no ha dado resultado alguno dentro de las bibliotecas de la muestra de individuos empleados al servicio del Estado sobre la que nos encontramos trabajando. Esto no significa que no fueran libros conocidos para ellos e incluso motivo central de algún tipo de representación en sus casas, sino que pudieron acceder a los mismos a través de otros canales –préstamo, intercambio-, que en el momento de realizar las tasaciones contaban con tan poco valor material que no fueron tenidos en cuenta dentro de unos inventarios cuya finalidad fundamental era la cuantificación de la fortuna o el patrimonio de una persona<sup>669</sup> o que aparecían formando parte de volúmenes colectivos con otros textos de su mismo género y fueron denominados de manera genérica y poco precisa: “Comedias sueltas un tomo en ocho reales”<sup>670</sup>; éstas se hallaban en la biblioteca que el regidor don Fernando Gómez Lozano recibía por herencia de su suegro, el arquitecto maestro de obras don Francisco Bruno Díaz.

En las residencias donde se ha podido constatar la presencia de instrumentos musicales, su uso en los espacios de recepción, durante veladas en las que se reuniera un número más o menos amplio de asistentes, debió conjugarse con el disfrute por parte del intérprete –masculino o femenino- de forma individual, durante los tiempos de ensayo o de interpretación para el deleite personal. Entre los instrumentos hallados formando parte de los bienes de los miembros del colectivo analizado predominaban los del grupo de cuerda en sus diferentes variantes –frotada, como el violín; pulsada, como la guitarra, la vihuela o el clave; percutida, como el clavicordio o el piano forte-. Algunos de ellos, como ocurría con los que se inventariaron como aumento de los bienes dotales de la

---

<sup>666</sup> RÍOS CARRATALÁ, J. A.: “El teatro en casas particulares”, FARRÉ, J., BITTOUN-DEBRUYNE, N., FERNÁNDEZ, R.: *El teatro en la España del siglo XVIII: homenaje a Josep María Sala Valldaura*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2012, pp. 213-226

<sup>667</sup> RÍOS CARRATALÁ, J. A.: “La obra de José Concha destinada a los teatros particulares”, *Coloquio Internacional sobre el teatro español del siglo XVIII*. Bolonia, Piován, 1988, pp. 351-366

<sup>668</sup> RÍOS CARRATALÁ, J. A.: “Las obras para casas particulares de Antonio Rezano Imperial”, SALA VALLDAURA, J. M.: *El teatro español en el siglo XVIII*, vol. II. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 1996, pp. 687-706

<sup>669</sup> Sobre los aspectos relativos a la posesión, el consumo y el uso de los libros se tratará en su epígrafe correspondiente

<sup>670</sup> AHPM. Prot. 21982/62 v.

precitada doña Juliana Díaz, esposa del regidor don Fernando Gómez Lozano e hija del arquitecto maestro de obras don Francisco Bruno Díaz: “Un violín en cincuenta reales”<sup>671</sup>, “Una guitarra en cuarenta reales”<sup>672</sup>, “Otra guitarra embutida en nácar en cuarenta”<sup>673</sup>, representaban claramente una herencia paterna de cuyo uso directo por parte de sus nuevos propietarios se puede llegar a dudar. Al igual que se podría cuestionar la capacidad de las esposas de don Juan Gabriel Zazo y de don Juan de la Cruz Adanero, doña María Manuela Cao de Benos y doña Inés María de Mateo, respectivamente, para tocar los piano fortes y clavicordio que formaban parte de sus cartas de dote<sup>674</sup>; no obstante, si sus padres decidieron incluirlos en ellas, en lugar de sustituirlos por otros elementos de similar cuantía económica, se podría tomar como indicio de la cualificación y afición por parte de ambas mujeres en el campo musical. Sin embargo, no debemos reducir la posesión de instrumentos y su posible afición por la música solamente al sexo femenino, aun cuando formaba parte de aquellas destrezas que según la pedagogía ilustrada de la época debía adquirir toda señorita de determinada posición social. Don José Isidoro Morales, el que fuera director de matemáticas de los pajes del rey Carlos IV y teniente ayo de los mismos, recomendaba ardientemente en su texto *Comentario de don Joseph Isidoro Morales al exc. Señor don Joseph de Mazarredo sobre la enseñanza de su hija* –este último geógrafo y marino que llegara a alcanzar altos cargos palatinos y políticos- la formación musical en las jóvenes: “¿Qué arte hay que más contribuya para dar cierto tono de dulzura y suavidad a las costumbres, ni que más influya en todo género de cultura y afinamiento?”<sup>675</sup>. Las reuniones sociales dentro de los espacios de recepción de la casa en las cuales se debieron enmarcar las sesiones musicales quedan reflejadas en la siguiente descripción:

“(...) ahora cuatro días en ocasión que concurrimos por fortuna en casa de nuestro Rubalcava. Estaban allí todas las personas que pudieran interesar el corazón de V. E. ya por los vínculos de la naturaleza, ya por los de la amistad o del amor: estaban, digo, su esposa y amada hija, también la hermana y suegro de V. E., y el numerosísimo coro de

---

<sup>671</sup> *Ibidem.*, fol. 61 r.

<sup>672</sup> *Ibidem.*

<sup>673</sup> *Ibidem.*, fol. 61 v.

<sup>674</sup> AHPM. Prot. 19135/239 r., 240 v., Prot. 19655/19 v.-20 r. (4ª foliación)

<sup>675</sup> BRAVO DE RIVERO, T.: *Comentario de d. Joseph Isidoro Morales al exc. Señor d. Joseph de Mazarredo sobre la enseñanza de su hija*. Madrid, Imprenta de Gabriel de Sancha, 1796, fol. 61. Este texto fue estudiado desde un enfoque analítico feminista por parte de Ángeles Ortego Agustín dentro del X Seminario Permanente de la Universidad Complutense de Madrid Fuentes Literarias para la Historia de las Mujeres. Monográfico “La querella de las mujeres y la política feminista”, curso académico 2008-2009

sobrinas, con muchísimos de los amigos. Se empeñaron todos en que mi Sra. D.<sup>a</sup> María Antonia nos diese un rato de estos que llaman de Academia: a buen seguro que a ninguno en tal caso le pidieron sus oídos sentencias ni composiciones latinas: todos clamaban por la música y composiciones de Haydn. En efecto la Señora hizo prodigios aquella noche, y pareció no sólo a mi, sino a todos que en su vida había tocado mejor [el clave](...)”<sup>676</sup>.

Pero, como veníamos diciendo, el uso y disfrute de instrumentos musicales era ejercido igualmente por el sexo masculino, en cuyas cuentas del capital propio que introducían en el momento de su matrimonio se anotaban piezas similares a las que aparecían entre los bienes dotales. Así, don Francisco de Bovadilla Alcocer aportaba “Un forte piano dado de color imitado a mármol en novecientos reales”<sup>677</sup>, don José María Henríquez: “Una guitarra bien tratada en veinte y cinco reales”<sup>678</sup>, don Juan Antonio Balcones una vihuela tasada en 24 reales de vellón<sup>679</sup>, cuyo precio la distanciaba cualitativamente de la aportada como bien dotal por la esposa de don Juan de Madrid Dávila: “Una vihuela corriente con sus cuerdas en ciento y sesenta reales”<sup>680</sup>.

Volviendo a los muebles sostenidos sobre las mesas dentro de los principales espacios de recepción de las casas, los escritorios o papeleras debieron ocupar un lugar visible sobre no pocas de ellas. El escritorio nació en el siglo XVI con el objetivo de dotar de buen resguardo a determinados documentos de carácter personal o profesional, y su funcionalidad se mantuvo durante todo el siglo XVII. Así era definido por el *Diccionario de la Real Academia* en su primera acepción: “Cajón hecho de madera con distintos apartadijos y divisiones, para guardar papeles y escrituras, que también se llama papelería”.

No obstante, con el transcurso de los años, a su valor práctico se le fueron sumando el decorativo y el representativo<sup>681</sup>, llegando a convertirse en piezas a través de las que transmitir la preeminencia social de su poseedor. A este carácter respondía la

---

<sup>676</sup> BRAVO DE RIVERO, T.: *Comentario de d. Joseph Isidoro Morales...* Op. cit., fol. 63

<sup>677</sup> AHPM. Prot. 19510/391 v.

<sup>678</sup> AHPM. Prot. 20138/439 v.

<sup>679</sup> AHPM. Prot. 21805/312 r.

<sup>680</sup> AHPM. Prot. 19034/209 r.

<sup>681</sup> PIERA, M.: “Los muebles con secreto...” Op. cit. Así como su ponencia titulada “Del escritorio de uso al escritorio de representación. Comentario de un mueble del siglo XVII de las reservas del Museo de Artes Decorativas de Barcelona”, dentro del Coloquio Las Maneras en el Espacio Doméstico (Barcelona, noviembre de 2012).

segunda acepción del concepto escritorio en su definición académica: “Comúnmente se entiende por esta palabra una alhaja hecha de madera y adornada y embutida de marfil, ébano, concha y otras preciosas materias, la cual tiene distintos cajoncillos y gavetas con sus llaves, para guardar lo que se quisiere y de ordinario sirve para el adorno de las salas y casas”.

Colocados sobre una mesa o bufete y dispuestos normalmente por parejas, revistieron originalmente las estancias de las viviendas de una aristocracia que buscaba emular las fórmulas practicadas por la monarquía. El monarca Felipe II había sido un gran admirador de este tipo de mueble e importó ejemplares fabricados en centros de producción europeos como Florencia, Milán, Roma, Nápoles, Amberes o Augsburgo<sup>682</sup>.

Escritorios, papeleras y burós. Esta última denominación, presente en la documentación notarial, pese a que no fuera recogida por el *Diccionario de la Real Academia* hasta su edición del año 1837, procedía del idioma francés. Sus primeros testimonios en el territorio vecino datan de finales del siglo XVII, donde servía para definir un mueble que combinaba las funciones de mesa destinada a la escritura, a la vez que espacio contenedor<sup>683</sup>. Para el caso español, la documentación consultada refleja la funcionalidad del buró como mueble contenedor al poseer cajones, gavetas, nichos, trampas y otras divisiones, así como en alguno de los casos, una puerta que lo cubría; tómese como ejemplo la pieza con tapa que se recogía en el inventario de bienes post-mortem de doña Marta María Rusca, viuda del estuquista de su majestad don Domingo Brilly, tasado en el año 1803 en un estado de conservación “bastante usado” en 400 reales de vellón<sup>684</sup>. No obstante, su uso práctico como soporte destinado a la escritura no puede constatararse.

Los tres –escritorios, papeleras y burós- estuvieron presentes en las viviendas madrileñas de los servidores del Estado durante la segunda mitad del siglo XVIII y, aunque todos conservaban su funcionalidad práctica original, probablemente la única atribuible a piezas de escaso valor estético y económico como ciertas papeleras de pino

---

<sup>682</sup> PÉREZ DE TUDELA, A.: “Los muebles de la colección de Felipe II y de su hija la infanta Isabel Clara Eugenia” en PIERA, M y MARSAL, J. (ed.): *El culto al objeto: de la vida cotidiana a la colección*, Barcelona, DHB-MADB, 2010, pp. 48

<sup>683</sup> REYNIÈS, N: *Le mobilier domestique... Op. Cit.*, vol. I., pp. 376-383

<sup>684</sup> AHPM. Prot. 21757/211 v.

que aparecían entre los bienes del marqués de Portago<sup>685</sup>, don José Chavarino<sup>686</sup>, don Antonio Marcelino de Armesto<sup>687</sup> o don Domingo Martínez<sup>688</sup>, entre tantos otros, tasadas desde los 20 a los 90 reales de vellón; sólo algunas debieron tener un sitio reservado sobre las mesas de las estancias de recibo de la vivienda –ocupando un lugar privilegiado en estancias como los despachos y los gabinetes-. Escritorios que fueron apreciados entre los 100 y los 200 reales de vellón se mostraron en las casas de don Alfonso de Yébenes y Juanes<sup>689</sup>, don Juan López de Ayllón<sup>690</sup>, don Francisco de Bañares Victores<sup>691</sup> o don Fernando Gómez Lozano<sup>692</sup>, y burós que rozaron los 600 reales de vellón, como aquél “... con tres cajones, herraje dorado embutido de maderas finas en quinientos y ochenta reales”<sup>693</sup> que formaba parte de la dote de la futura esposa de don Pedro Monfort y Viergol. Entre los modelos de mayor excelencia destacaron “Una papelerera cubierta de nogal de vara y cuarta de largo tres cuartas de ancho vara de alto con tres puertas un cajón grande y varios secretos herraje de latón en mil doscientos reales”<sup>694</sup>, propiedad del marqués de Portago, y de condición muy distinta a la citada anteriormente para el mismo propietario: “Otra papelerera de pino ordinaria vieja con sus gavetas, sesenta reales de vellón”<sup>695</sup>. Reflejo del mueble de carácter funcional y el mueble al que se le añadía un valor representativo dentro de una misma vivienda, aunque a buen seguro situados en estancias diferentes de la casa. También, “Una papelerera de nogal con dos cristales en 1050 reales de vellón”<sup>696</sup>, que formaba parte del conjunto de bienes de don Domingo Martínez, asimismo, muy distinta a la de baja calidad que se le atribuyó en primer lugar, manteniéndose la misma interpretación de dos muebles distintos con significados diferentes. Además, en esta última se aprecia una tipología de mueble que ha evolucionado en su estructura tradicional, a la que se añadían ya en la fecha de 1780 “cristales”; es decir, que tenía algunas de sus partes cubiertas con vidrios, lo que nos indica que se trataba propiamente de una pieza destinada a su exhibición, exhibiendo, valga la redundancia, los objetos que contenía en

---

<sup>685</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>686</sup> AHPM. Prot. 19433/596 r.

<sup>687</sup> AHPM. Prot. 19519/877 v.

<sup>688</sup> AHPM. Prot. 17644/ 376 v.

<sup>689</sup> AHPM. Prot. 19629/76 v.

<sup>690</sup> AHPM. Prot. 19907/242 r.

<sup>691</sup> AHPM. Prot. 20264/14 v.

<sup>692</sup> AHPM. Prot. 21982/37 r.

<sup>693</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>694</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>695</sup> *Ibidem*

<sup>696</sup> AHPM. Prot. 17644/ 376 r.

su interior. Lo que podríamos llegar a comprender como una evolución de los “pretéritos” escaparates expositores. Un modelo similar se apreciaba dentro del capital de don Vicente González Arnao: “Una papelera de nogal con cajonería y cristales en mil y cien reales”<sup>697</sup> y el culmen de todos estos muebles, según el precio en el que se tasaron, se alcanzaba con “Una papelera de nogal con cerraduras de bronce y su mesa pies travesaños y copete de lo mismo tallado en cuarenta doblones que hacen reales dos mil y cuatrocientos”<sup>698</sup>, que pertenecía a don Pedro Prudencio de Taranco.

Otras piezas que ocuparon lugares de exhibición preeminentes, sobre muebles sustentantes que les sirvieron de soportes, fueron los relojes. En este caso su valor no se reducía a lo meramente decorativo, se trataba de auténticos instrumentos de precisión de alto valor económico, resultado de la complejidad de su fabricación en centros de producción extranjeros, y de la riqueza de los materiales que podían llegar a componerlos. La unidad se formaba de dos partes: la maquinaria y la caja, cuyas fabricaciones despuntaron en zonas geográficas distintas; así en el siglo XVII las máquinas alemanas e inglesas empezaban a gozar de reconocimiento, mientras, debido a sus características, sobresalían las cajas alemanas y suizas como resultado del control por parte de los artesanos de la técnica decorativa del esmalte<sup>699</sup>.

Para la segunda mitad del siglo XVIII los relojes-joyas –realizados en oro, plata o plata sobredorada, engastados con piedras preciosas, decorados con miniaturas, retratos– se habían convertido en piezas habituales destinadas al aderezo personal, tanto masculino como femenino, para llevar en la faltriquera. El individuo había consolidado la medida y el control del tiempo como necesidades que tenía estando en casa o fuera de ella. Dentro de la vivienda el instrumento para cubrir la necesidad servía a su vez, al igual que los relojes-joyas formando parte del atuendo, como elemento decorativo y de ostentación social por parte de sus propietarios. Los relojes de sobremesa, pese a la dificultad que en algunos de los casos pueda conllevar su identificación como tales, cuando las descripciones de los tasadores no especificaban su condición, alcanzaron una presencia de en torno al 10% dentro de la muestra de servidores de la Monarquía sobre

---

<sup>697</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>698</sup> AHPM. Prot. 18072/206 v.

<sup>699</sup> ARANDA HUETE, A.: “El coleccionismo de relojes en el reinado de Carlos IV y María Luisa de Parma”, *RdM. Revista de Museología*, nº 36 (2006), pp. 105-111; “El reloj, símbolo de poder social en la Europa humanista”, CABAÑAS BRAVO, M., LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, A., RINCÓN GARCÍA, W.: *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*. Madrid, CSIC, 2008, pp. 153-168

la que nos hallamos trabajando. Un reducido porcentaje -la presencia de relojes en general se ha calculado en torno al 40%-, al que si añadimos el elevado precio medio por reloj de sobremesa, 2.383 reales de vellón, nos da la idea de un elemento que verdaderamente otorgaba prestancia a los espacios en los que se encontraba. No obstante, frente a los 6.000 reales de vellón en que fue tasado uno de los relojes de sobremesa que aportó a su matrimonio con el teniente general de los Reales Ejércitos, don Francisco Fernández de Córdoba, la viuda del conde de Aranda, doña María del Pilar Silva y Palafox<sup>700</sup>, y los 4.000 reales de vellón en que se apreció similar modelo entre los bienes de la futura esposa del marqués de la Regalía<sup>701</sup>, en el negocio de alquiler de don Roberto Fourdinier se podía encontrar “Un reloj de sobremesa chico ruedas de bronce en 30”<sup>702</sup> reales de vellón.

Por su parte, los relojes-joyas se debieron también exhibir sobre diferentes soportes dentro de los espacios abiertos para el recibo en las casas. Ya fuera formando parte de colecciones o como elementos únicos, se les destinaban ricos contenedores mediante los que se procuraba su cuidado y conservación, mientras se incentivaban sus cualidades preciosas y estéticas. A ello debió contribuir: “Una cajita para reloj de faltriquera con su repisa dada de azul, talla dorada, cerradura y llave”<sup>703</sup> en la que don Pedro Prudencio de Taranco pudiera colocar una de las magníficas y exclusivas joyas – cada reloj aparecía con el número de marca que regulaba la producción de los distintos artífices- de manufactura inglesa que formaban parte de sus bienes:

“Un reloj de oro en dos cajas lisas y sobrecaja de zapa verde con biseles de similor con su guardapolvo montado en diamante nuevo hecho en Inglaterra. Su autor Rt. Pe. Hiugss & Ju Evans, nº 4268 en cuarenta y cinco doblones de a sesenta reales dos mil y setecientos”

“Otro reloj, muestra de plata liso en dos cajas usado esfera de porcelana hecho en Inglaterra por el autor R. Williamson, nº 1507, en trescientos reales”<sup>704</sup>

Los conjuntos que componían las estancias de recepción se completaban, a su vez, con elementos que servían de soportes para las luces, las cornucopias. Obsérvese la carta de pago y recibo de dote que otorgó don Juan de la Cruz Adanero, tesorero del

---

<sup>700</sup> AHPM. Prot. 21538/87 r. (2ª foliación)

<sup>701</sup> AHPM. Prot. 21428/s/f

<sup>702</sup> AHPM. Prot. 21878/420 v.

<sup>703</sup> AHPM. Prot. 18072/206 v.

<sup>704</sup> *Ibidem.*, fol. 223 v.

Monte Pío para viudas de corregidores y alcaldes mayores del reino, a favor de doña Inés María de Mateo, hija de don Bartolomé de Mateo y García, oficial de contralor general de la Real Casa, Capilla y Cámara de Su Majestad:

“Dos espejos grandes con sus dos lunas cada una de vara de ancho y vara y tres cuartas de alto tallados y dorados con unas guirnalda por capote en mil y ochocientos reales” y “Ocho cornucopias que hacen juego a dichos espejos con sus lunas de a tercia de ancho y media vara de alto a ochenta reales cada una importa seiscientos y cuarenta”<sup>705</sup>.

La cornucopia aunaba en un mismo objeto la funcionalidad práctica de instrumento destinado a proporcionar iluminación y crear juegos de luces, a través del espejo que enmarcaba su estructura -realizada normalmente en madera tallada y dorada-, a la vez que a servir de elemento de carácter decorativo, cuya presencia se hizo una constante en las estancias de recepción de las residencias durante el siglo XVIII. Decía don Ramón de la Cruz en su sainete *el Hospital de la moda*: “ya amanece el buen gusto/ en el mueblaje; las casas / se adornan de cornucopias/ en vez de petos y lanzas”<sup>706</sup>.

Los conjuntos de asientos compuestos por sillas, taburetes y canapés, en los que poder acomodar a los invitados, se reiteraron asimismo como muebles habituales dentro de los espacios destinados a recibir dentro de la vivienda. Su decoración seguía técnicas similares a las descritas para otro tipo de elementos. Maderas de una calidad superior o inferior, pero talladas y doradas. Tapicerías para enfundar asientos y respaldos, desmontables, realizadas en géneros textiles que variaban entre los ricos damascos y los lienzo de inferior calidad, a través de las que, una vez más, se puede percibir el interés por demostrar determinada apariencia, como ya se haya desarrollado en párrafos anteriores.

En las reuniones que se generaban en aquellas estancias de recepción, se llevaban a cabo prácticas diferentes, cuyo conocimiento nos permite, asimismo, el análisis de los objetos.

---

<sup>705</sup> AHPM. Prot. 19655/15 v. (4ª foliación)

<sup>706</sup> Citado por RODRÍGUEZ BERNÍS, S., “Nuevas Maneras, nuevos muebles en el siglo XVIII”, PIERA MIQUEL, M. (coord.), *El mueble del siglo XVIII... Op. cit.*, p. 34



El juego debía constituir una actividad de carácter frecuente, dada la constante aparición, formando parte de dichos interiores, de mesas de juego. Los tableros de algunas se encontraban cubiertos o forrados de paño verde y otros reproducían sobre la propia madera de la tabla, a través de embutidos de otras maderas o materiales que aportaban un cromatismo variado, las típicas geometrías sobre las que desarrollar las partidas de chaquete, o de las tablas reales, de origen francés –jacquet-. El cajón supletorio con el que contaban algunas de aquellas mesas servía para guardar dados, fichas, piezas y/o barajas de cartas. Se trataba de muebles que en ciertos casos poseían la característica de doblarse o plegarse, indicativa de su montaje en momentos concretos, cuando se iba a hacer uso de ellos, y su retirada de la estancia al finalizar la actividad lúdica.

#### **4. Cubrir las necesidades fundamentales**

La cobertura de las necesidades más básicas del ser humano encontró dentro del marco de la vivienda uno de los espacios de desarrollo por antonomasia. Alimentarse, dormir o la higiene del cuerpo fueron prácticas de cumplimiento fundamental por parte de todas las personas en su día a día para asegurarse la supervivencia física. No obstante, los miembros de los diferentes estratos sociales dotaron dichas actividades de unas u otras connotaciones, reflejo a su vez de su condición social y del grado de evolución cultural alcanzado gracias a aquélla, además de como resultado del avance del tiempo.

Dentro del grupo compuesto por los servidores del Estado, la importante faceta de representación que se presentaba indisolublemente aparejada a su condición, de la que se ha venido tratando a lo largo de las páginas de este trabajo y que a través del estudio de una serie de determinados objetos de los que componían sus viviendas hemos podido reafirmar en el apartado precedente, se mantenía fuertemente patente en los elementos materiales que servían para cubrir sus necesidades más básicas como seres humanos.

En los siguientes epígrafes vamos a encontrar un conjunto de elementos que, pese a su diversa índole, para atender a las distintas exigencias impuestas por la alimentación, el sueño y el aseo corporal, tenían en común su realización en materias algunas de ellas de un alto valor a la vez estético y económico. Por lo que afirmamos que la atención a la apariencia y a la representación de su condición por parte de los

miembros de este colectivo socio-profesional se mantuvo como una constante asociada a cada una de las prácticas que se enmarcaban espacialmente dentro de sus residencias.

#### 4.1 Comer

Tal y como haya expresado María de los Ángeles Pérez Samper a través de su extensa y fructífera trayectoria investigadora en torno al tema de la alimentación en la España Moderna<sup>707</sup>, la mesa se convierte en una referencia social de primer orden. Qué y cómo se comía nos ofrecen información clave respecto a las personas y a su condición.

Desde las siguientes líneas prestaremos atención a la que consideramos que, desde la perspectiva de enfoque de la Historia de la cultura material, se convierte en piedra angular para introducirnos en dicha práctica, destinada a cubrir una necesidad básica por parte de todos de los individuos, la mesa.

La mesa era el mueble destinado para servir sobre él la comida, en torno al cual sentarse a ingerir y a degustar los alimentos, ya fuera sólo o en compañía, y en este último caso, dar lugar a un contexto propicio para la sociabilidad, donde se acogía a un número mayor o menor de comensales con los que podían existir vínculos relacionales de diferente tipo. Para el caso francés Roger Chartier aludió a que los contemporáneos llegaron incluso a denominar determinadas reuniones de carácter social con el término *dîner*, en relación a la presencia en todas ellas del referente alimentario<sup>708</sup>. Ello nos induce a pensar cómo el hecho de sentarse en torno a una misma mesa o compartir un refresco, un té, un café o un chocolate debían propiciar el fluir de las ideas y servir de instrumentos que contribuyeran al desarrollo de una buena conversación. Asimismo, en el Londres de comienzos del siglo dieciocho se puede atestiguar que los vínculos políticos encontraban en la mesa un espacio ideal en el que tejerse: “The newly-wed Cheynes and the newly-wed Verneys dined in Chelsea, as they would later do in the country. Eventually, William Cheyne would become John’s [Verney] Tory mentor”<sup>709</sup>.

---

<sup>707</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “Espacios y prácticas de sociabilidad en el siglo XVIII: tertulias, refrescos y cafés de Barcelona”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 26 (2001) pp. 11-55

<sup>708</sup> CHARTIER, R.: “Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 19 (1998), p. 72

<sup>709</sup> WHYMAN, S. E.: *Sociability and power in late-stuart England. The cultural worlds of the verneys 1660-1720*. Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 69-70.

Respecto a España, y de forma más concreta, en lo que a Madrid se refiere, contamos con algunos testimonios procedentes de los relatos de viajeros:

“La mejor sociedad gastronómica y de otros tipos está en las casas del escaso cuerpo diplomático, porque muchas potencias no han reconocido el actual estado de las cosas; estos son imitados por algunos pocos nobles, intrigantes e intermediarios, funcionarios, empresarios y concesionarios, así como por aquellos que han emigrado y descubierto que el arte de la cocina no se condena, como el genio encarcelado, en una olla. Los grandes comen, ciertamente, con los diplomáticos extranjeros, pero con poca reciprocidad por parte de aquellos; como los príncipes de la Roma moderna, raras veces ofrecen, a manera de reciprocidad, si quiera un vaso de agua: su hospitalidad consiste en comer con cualquier extranjero que les invite. Pocos son los diplomáticos que, después de una larga estancia en Madrid, continúan invitando mucho a los indígenas, ya que esta ingrata tarea va a contrapelo de las costumbres. Durante la residencia de la Corte en Aranjuez y La Granja tiene lugar algo más de intercomunicación, pero es de un tipo más extemporáneo y ligero, campestre, y no de comidas verdaderas y constantes de buena sociedad; todo ello se hace en pequeña escala, y realmente parece juego de niños si se compara con la forma que tenemos de hacer esto en Londres; pero, en verdad, el español, acostumbrado a su propia manera, sin método y como inconexa, casual y espontánea, apresurada y embrollada, de comer, se siente cohibido por el orden y la ceremonia y la seria importancia de una comida bien organizada, y su fidelidad a las formas se extiende solamente a las personas, no a las cosas; de manera que incluso el grande no tiene más que una leve capa de brillo europeo en su mesa godobeduina, y vive y come rodeado por un humilde grupo de cortesanos, en su enorme y mal provista casa-cuartel, sin ninguna elegancia, lujo o siquiera comodidad<sup>710</sup>”.

En sus palabras, el viajero británico Richard Ford criticaba que los españoles no concedieran a la actividad de compartir mesa, de comer en compañía, el valor sociabilizador del que se le dotaba en otros territorios europeos. Según el mismo, este tipo de reuniones gastronómicas eran poco frecuentes entre los grupos sociales más altos de la sociedad madrileña, quedando como una actividad reducida a su realización en las residencias de los diplomáticos extranjeros que habitaban en la corte. No obstante, su contenido contrastaba con la opinión que los naturales tenían respecto al tema y que el autor José Cadalso puso en boca, a su vez, de un extranjero. Gazel, el

---

<sup>710</sup> FORD, R.: *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Madrid y Castilla*. Madrid, Turner, 2008, p. 27

personaje de ficción de *Cartas Marruecas*, se expresaba de la siguiente forma respecto al núcleo de sociabilidad que se generaba en torno a la mesa de un anónimo y poderoso servidor del Estado:

“Se comprueba la franqueza de los españoles de este siglo con la relación de las mesas continuamente dispuestas en Madrid para cuantos se quieran sentar a comer... La primera vez que me hallé en una de ellas... creí estar en alguna posada pública según la libertad, aunque tanto lo desmentía la magnificencia de su aparato, la delicadeza de la comida y lo ilustre de la compañía...- El amo de esta casa es uno de los mayores hombres de la monarquía; importará doscientos pesos todos los años lo que él mismo come, y gasta cien mil en su mesa. Otros están en el mismo pie, y él y ellos son vasallos que dan lustre a la corte; y sólo son inferiores al soberano, a quien sirven con tanta lealtad como esplendor...”<sup>711</sup>.

Tal vez se tratara de la distancia cultural, que imprimiera sobre los naturales de los distintos contextos geográficos perspectivas diferentes respecto a los significados de hospitalidad, buenas maneras o ceremonia y sus niveles de presencia en torno a la mesa. Algunos estudios han considerado que la sociedad inglesa sufrió durante el siglo dieciocho importantes cambios en el terreno del comportamiento en sociedad y se han interesado por el análisis de conceptos como “politeness” y “civilization”. En el caso del jurista Dudler Ryder, llegó a expresar con frecuencia en su diario, allá por 1715, cierta preocupación sobre el impacto “of polite living on his own character”<sup>712</sup>. Asimismo, Steele lamentaba en el diario *Spectator*: “the substitution of men’s natural talents for a passion for praise that undermined the authority of male dress, conversation and professional competence; such affectation was, he believed especially prominent among pompous lawyers at court”<sup>713</sup>.

Tal vez las reuniones domésticas que se generaban alrededor de una mesa dispuesta para comer dentro de la sociedad madrileña, carecían de la afectación que Richard Ford pudiera esperar. Carmen Abad ha incidido en que la práctica del refresco o el agasajo vespertino compuesto por helados o espumas, dulces secos y chocolate era

---

<sup>711</sup> CADALSO, J.: *Cartas marruecas*. Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 84

<sup>712</sup> CARTER, P.: *Men and the emergence of polite society, Britain 1660-1800*. Harlow, Pearson Education Limited, 2001, p. 168

<sup>713</sup> *Ibidem*, p. 170

la más frecuente, quedando reducidas las cenas a ciertas ocasiones y a un grupo reducido con respecto al número total de asistentes al refresco<sup>714</sup>.

Sin embargo, si atendemos a las variables que el sociólogo Norbert Elias tuvo en cuenta a la hora de percibir, medir y valorar el proceso de civilización al que parte de la sociedad se vio sometida durante los siglos modernos, es decir, las formas, usos y modales en torno a la mesa, se demuestra cómo el grupo socio-profesional de los servidores del Estado había adaptado perfectamente tales fórmulas dentro de sus residencias en Madrid, en el período cronológico que nos hallamos analizado.

La individualización de los servicios de mesa, es decir, que cada comensal contara con su propio plato, en lugar de comer todos de un mismo recipiente, así como la generalización del uso de los cubiertos, se convierten en prueba de ello. La cuantificación de los elementos que componían los servicios de mesa expresa la existencia de platos, vasos y cubiertos en cantidades suficientes como para que cada individuo que participara de la comida contara con el suyo propio, susceptible asimismo a varios cambios durante el servicio, atendiendo a la especificidad del producto consumido o a su orden dentro de la pautada estructura organizativa que se seguía en la ingestión de los alimentos –varios platos principales, postre, bebidas de diversa índole-. Se encontraban diversificados tipológicamente y especializados al detalle para un uso determinado, como aquellos por lo general de pequeño tamaño indicados “para dulce” y que interpretamos como piezas hechas para el consumo de los postres, o de utilización en los agasajos vespertinos donde la merienda consistía en bebidas como el té, el chocolate o el café, que se servían en tacillas como las que aportaba entre sus bienes dotales la esposa de don Tomás de Estrada y Lancero: “Diez y ocho tacillas de dulce a real y medio cada una de cristal poco usadas importan veinte y siete reales de vellón”<sup>715</sup>; o las recogidas en el inventario de bienes post-mortem de don José Fernando Ruiz: “6 tacitas para dulce 6 reales de vellón”<sup>716</sup>. La bebida se acompañaba de alguna porción de producto frecuentemente de repostería que se tomaba sobre platitos, a conjunto de las tazas, véanse los de la carta de dote de la esposa de don Francisco Bovadilla Alcocer:

---

<sup>714</sup> ABAD ZARDOYA, C.: “Arte y ceremonial del refresco”, CABRERA LAFUENTE, A., RODRÍGUEZ MARCO, I. M., VILLAR FERNÁNDEZ, C. (coord.): *La cocina valencia del Museo Nacional de Artes Decorativas. Una relectura a través de la tecnología de Realidad Aumentada*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2013, pp. 60-89

<sup>715</sup> AHPM. Prot. 21756/424 v.

<sup>716</sup> AHPM. Prot. 21709/530 r.

“Nueve platillos con sus tacillas para dulce a ocho reales 72”<sup>717</sup>, y haciendo uso de cucharas y tenedores pequeños como los inventariados entre los bienes del aumento de la dote de la esposa de don Fernando Gómez Lozano: “Seis cucharas y seis tenedores pequeños para dulce labrados de filetes, pesan un marco y una onza vale a razón de ochenta reales de plata el marco noventa reales de plata de a diez y siete cuartos que hacen reales de vellón ciento y ochenta”<sup>718</sup>; de nuevo los que sirvieron en la casa de don Francisco Bovadilla: “Seis cubiertos de dulce pesan dichos catorce onzas 280 reales de vellón”<sup>719</sup>; los de la carta de dote de la señora de don Francisco de Paula Gálvez y Huesman: “Seis cucharitas y seis tenedores para dulce en 200 reales de vellón”<sup>720</sup> o “Una docena de cucharas y tenedores de plata para dulce 700 reales de vellón” que le regaló con motivo de su matrimonio doña Concepción Gardogui a la esposa de don Diego Ventura de Mena y Cortés en 1795<sup>721</sup>, entre otros casos. Se trataba de unos cubiertos de alto valor económico debido a su fabricación en metales preciosos –plata, fundamentalmente, que podía adornarse de “filetes” de oro-.

La plata sirvió asimismo como materia prima sobre la que se ejecutaron otras tantas piezas correspondientes al servicio de mesa, bien definidas y especializadas en su función según su tipología: Fuentes; platos trincheros, donde como su nombre indica se trinchaban –cortaban o partían- los alimentos; platos flamenquilla, de mayor tamaño que el trinchero pero menor que la fuente. Bandejas de diferentes tipos como las salvillas - con o sin pie-, para encajar de forma segura y servir desde ellas copas, tazas o jícara. Mancerinas donde colocar las jícara en las que se servía el chocolate. Dichos objetos conjugaban los valores estético y patrimonial. Su transmisión como bienes dentro de la familia estaban asegurando la posición económica de quien los portaba; se trataba de piezas fundibles cuyo valor intrínseco era el de la plata que las componía. La familia representaba de este modo su poder ante los comensales que se sentaban en torno a su mesa, reafirmando su propiedad sobre los precitados objetos mediante el grabado de sus escudos de armas o las iniciales del propietario o de la propietaria. Vajillas como la que disfrutaron los condes de Villamonte, valorada en 29.975 reales de vellón: “Veinte y nueve mil novecientos setenta y cinco reales y medio de vellón importe de la vajilla de

---

<sup>717</sup> AHPM. Prot. 19510/368 r.

<sup>718</sup> AHPM. Prot. 21982/71 v.

<sup>719</sup> AHPM. Prot. 19510/371 r.

<sup>720</sup> AHPM. Prot. 18676/137 v.

<sup>721</sup> AHPM. Prot. 20078/332 r.

plata en las piezas que especifica la fe de los contrastes Blas Correa y Eugenio Melcón, fecha de veinte y dos de este mismo mes”, que se componía de 30 platos trincheros redondos, 4 platos flamenquillas redondos, 4 platos medianos ovalados, 2 platos redondos, 2 salvillas pequeñas redondas con pies atornillados, 3 mancerinas redondas con pocillos clavados, un salero ovalado liso con cuatro cartones por pies, dos tapas engoznadas y rallo en medio, 30 cucharas y 30 tenedores iguales lisos, 6 cucharas pequeñas para dulce y 6 tenedores compañeros lisos, 2 cucharones iguales labrados y 30 cabos para cuchillitos<sup>722</sup>. Salseras y soperas venían a completar dichos conjuntos, donde el tipo más abundante era el del plato trinchero, en el que a cada comensal le era servida su ración de comida.

Sin embargo, no todas las vajillas respondían a la misma calidad, ya que no siempre la acción de alimentarse era entendida como una ceremonia de carácter social, en la que fuera necesario exhibir la calidad del anfitrión. Por el contrario, dentro de la rutina diaria, se podía comer sólo o en compañía de los más próximos; además, habían de cubrirse las necesidades a la mesa de los miembros del servicio doméstico; quienes hallaban en el espacio de la cocina –sentados en sillas de paja en torno a una mesa de madera de pino- el ámbito cotidiano donde satisfacer su necesidad de alimentación. Existían, por lo tanto, conjuntos de calidad inferior, materialmente hablando, realizados en cerámica. Las porciones de vidriado de Talavera o las de Alcorcón, a las que se vinieron a sumar las cerámicas producidas en la manufactura de Alcora –fundada por el conde de Aranda en 1727, formando parte del conjunto de medidas llevadas a cabo por parte de la Monarquía con la finalidad de proteger el comercio nacional-, así como aquellas que vulgarmente se denominaban de china, porque de algún modo intentaran imitar la valiosa porcelana oriental, se componían de piezas similares a las que formaban parte de las vajillas de plata: Fuentes, medias fuentes, platos, jícara, tazas. El siguiente conjunto de servicio de mesa se erige en reflejo de tal diversificación:

“Una porción de loza fina de Talavera, Alcora y otras fábricas compuesta de platos, fuentes, medias fuentes, platos de entrada, entremeses, soperas, fruterías, librillos de sangrar, cuencos para baños, jarras, ensaladeras, cofinas, cubos chicos, salseras, jícara,

---

<sup>722</sup> AHPM P. 18185 f. 667 v.-668 r, f. 693 r.-696 r.

tazas, pucheros, cazuelas de Alcorcón y otras piezas de la servidumbre de la casa, lo más de ello nuevo, todo ello regulado en quinientos reales”<sup>723</sup>.

Según nos indica la partición de los bienes realizada con motivo del fallecimiento del oficial mayor de la Contaduría General de Valores, don Antonio Marcelino de Armesto, debió mantener parte de sus piezas fuera de uso o bajo un uso muy limitado – atendiendo a que se encontraba “lo más de ello nuevo”-, indicativo de la abundancia de este tipo de elementos dentro de una casa, donde existía la posibilidad de mantener elementos reservados porque ya hubiera suficientes destinados al uso corriente.

Similar diferencia cualitativa y, consecutivamente, de carácter económico, se podía percibir en las tablas de manteles que servían para vestir la mesa y en los conjuntos de servilletas, formados estos por tal número de piezas que permitían el uso individualizado por parte de cada uno de los comensales de dichos paños destinados para limpiar los labios y las manos durante el servicio de la comida. Reflejo, una vez más, de las asentadas y bien interiorizadas pautas relativas a la higiene que se tornaban en muestra del grado de civilización –es decir, de la conservación de las buenas maneras- dentro del grupo analizado. Las tablas de manteles, fórmula mediante la cual se denominaban las piezas cuyo nombre hoy hemos reducido a manteles, así como las servilletas de las que tendían a acompañarse, dando lugar a conjuntos textiles, podían estar tejidas en diferentes géneros. Lienzos de mayor o menor calidad, a los que los especialistas tasadores se referían como finos, buenos, u ordinarios y caseros, respectivamente, pero a los que, salvo casos excepcionales, sobre todo se concedía extrema importancia en la mención del tipo de labrado o labor que los guarnecían. Debemos tener presente que se trataba de elementos que servían para cubrir las mesas y, por lo tanto, encontrarse dispuestos a la vista. Gusanillo<sup>724</sup>, ojo de perdiz<sup>725</sup>, alemaniscas<sup>726</sup> eran las labores más corrientes dentro de los ajuares de los servidores del rey, entre los que también se podían encontrar algunos conjuntos adamascados, imitando los ricos tejidos de seda o damascos.

---

<sup>723</sup> AHPM. Prot. 19519/910 v.-911 r.

<sup>724</sup> Gusanillo: Cierta género de labor menuda que se hace en los tejidos de lienzo y otras telas

<sup>725</sup> Ojo de perdiz: Entre pasamaneros, cierta labor que tiene la figura de un ojo pequeño

<sup>726</sup> Alemanisca: Aplícase sólo a cierto género de mantelería labrada por haber venido de Alemania



La práctica de sentarse a la mesa podía constituir, aún cuando no se practicara de forma ordinaria, un hecho ritualizado, cargado de significado simbólico. El modo de sentarse en torno a ella se encontraba regulado, de forma que podía erigirse en reflejo de la jerarquía social de los comensales, atendiendo a su rango según su sexo, su edad, su estado civil. El señor de la casa debía ocupar el lugar presidencial de la mesa y se mantenía un orden similar de precedencia a la hora de servir la comida.

Otra de las fases del “ritual” se correspondería con el lavamanos, atestiguado a través de los reflejos materiales que constituyen la aparición de aguamaniles y jofainas formando parte de los servicios de mesa. El jarro y la palangana estaban destinados al lavamanos previo a la comida. Aquél podemos dotarle de un doble significado. En primer lugar, la higiene; lavarse las manos para tomar con ellas parte de los alimentos para cuya ingestión no se utilizaban cubiertos. Y, en un segundo sentido, éste de carácter simbólico, se presentaba el lavamanos de carácter ritual, que permitiera al individuo disfrutar de aquellos alimentos limpio y sin mancha. Una presencia de lo religioso que se completaba con la bendición de los alimentos que se iban a tomar.

#### **4.2. Dormir y descansar**

“- Tediato: (...) El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables (...)”<sup>727</sup>

Las camas han sido los muebles que por excelencia se han relacionado con las prácticas del descanso, del reposo del individuo –a la vez, a nivel físico y mental-. Lugar específicamente concebido para dormir, aunque, como se comprobará en el presente apartado, su significado dentro de la vivienda adquiriría además una serie de connotaciones que superaban su funcionalidad práctica, sumando a ella valores de carácter social, económico o de género.

El sustantivo “cama” no se ha limitado únicamente a mencionar la tipología mueble, sino que comprendía entonces, como sigue haciéndolo al presente, además de a la armadura, al conjunto de elementos que la acompañaban y acomodaban. Colchones, hijuelas, almohadas, sábanas, mantas, cubiertas o sobre camas, colgaduras, constituían como conjunto uno de los de mayor valor económico dentro de las relaciones de bienes

---

<sup>727</sup> CADALSO, J.: *Noches lúgubres*. Madrid, Espasa, 1993, p. 65

que nos encontramos analizando. Su presencia, a partir de la constatación de la existencia de uno u otro de los elementos que la formaban, se puede afirmar para todas las viviendas analizadas. Esto demuestra que, en sus múltiples variantes, la cama era considerada como un bien básico para cubrir una necesidad perentoria, el descanso corporal.

Como se viene repitiendo a lo largo de estas páginas, la condición socio-económica de su propietario iba a ser determinante a la hora de hallar entre sus pertenencias una cama de una determinada tipología o características, materialmente hablando. Por otra parte, las camas también iban a variar según quién fuera a ser su ocupante –los señores de la casa, los hijos de estos, los miembros de la familia-, así como atendiendo a si su disposición dentro de la vivienda estaba prevista para alguna de las dependencias de representación o para estancias de carácter propiamente funcional.

Las camas plenamente funcionales que aparecían en las casas madrileñas se componían de una estructura de tablas o listones de madera que se insertaban en un armazón, habitualmente de madera, aunque se tiene constancia asimismo de un reducidísimo porcentaje de armaduras de hierro<sup>728</sup>, sustentado y consecutivamente elevado del suelo –distanciando al cuerpo que reposaba de la humedad y del frío que se desprendían de aquél, tan nocivos para la salud- sobre bancos o banquillos. Se trataba de una tipología diferente a la más extendida en los territorios que habían pertenecido a la antigua Corona de Aragón, donde el predominio lo tenían las camas compuestas por una estructura de soporte fabricada por cañizos o cuerdas.

A mayor número de tablas, mayor era el ancho del mueble, dando lugar a camas “chicas” y “grandes”, pero también a camas “de uno solo”, como las que se mencionaron en la partición de bienes de doña María del Pilar Sevillano<sup>729</sup> y que nos

---

<sup>728</sup> “El armazón de la cama de hierro con tablas y su cielo, tres colchones de coti, cuatro fundas de holanda con su lana correspondiente, colgadura de filoseda y colcha correspondiente guarnecida de flequillo 4500”. AHPM. Prot. 21089/871 r.-871 v.; “Tres colchones de cuti y cuatro almohadas con lana de vellón en seiscientos veinte y siete reales. Una colgadura de filoseda con su colcha correspondiente guarnecida de flequillo de seda en dos mil seiscientos treinta y siete reales. Y el armazón de una cama de hierro con tablas y su cielo raso en mil doscientos treinta y seis reales que todo reducido a esta partida importa cuatro mil y quinientos reales”. AHPM. Prot. 21089/1005 v.-1006 r.; “Una cama de hierro con su cajón de pino en dos mil reales”. AHPM. Prot. 21596/s/f. Correspondían a las cartas de pago y recibo de dote otorgadas por don Jerónimo Lagrúa y Talamanca y don Antonio de Zayas, respectivamente y al capital de bienes de don Vicente González Arnao.

<sup>729</sup> AHPM. Prot. 21920/684 v.-685 r.

aproximan a unos perfiles de individualidad personal, que demuestran la evolución sufrida con respecto a aquellas viviendas de carácter popular en las que compartir el lecho constituía la realidad cotidiana. O “camas pequeñas para niños”, como una con la que contaron en casa de don Fernando Gómez Lozano<sup>730</sup>, que unidas a las cunas concedían una identidad específica a la infancia, en la cual tan poco se había reparado en lo concerniente a cubrir materialmente una serie de necesidades propias, distintas a las de la edad adulta.

A las medidas de los tablados tenían que adaptarse los colchones a los que servían de soporte. Por lo general, cada cama contaba con más de un colchón, o al menos, una hijuela y un colchón. La hijuela, según la definición del *Diccionario de la Real Academia*, era un colchón pequeño y delgado, inferior al resto, el cual se ponía en medio de aquellos para que con el peso del cuerpo la cama no “hiciera hoyo” y se evitara la consecuente incomodidad física de quien reposaba. Los colchones constaban de una funda rellena por lo general de lana que, junto a la almohada, –compuesta igualmente por funda y relleno– contribuían en la creación de un espacio mullido sobre el que descansar el cuerpo y la cabeza, respectivamente, alejados de la superficie de madera.

La estructura se hacía más compleja cuando la cama se transformaba en un elemento de representación y distinción de su propietario. A la estructura o armazón de base de tablas se añadían pies torneados, de cabra, exuberantes cabeceros tallados, pintados, dorados y/o bronceados, adornados con distintos motivos –en algunos casos imágenes de devoción, en pintura o talla-. Pero la máxima expresión de la ostentación se conseguía a través de los conjuntos textiles que las vestían, en ciertos casos, colgaduras que se sostenían sobre bastidores<sup>731</sup> cuyas tasaciones supusieron algunas de las cuantías más altas dentro de las cartas de dote. Estos revestimientos se hallaban compuestos por cielo, cenefas, cortinas, cubierta y rodapiés y el conjunto al completo, con cielo o dosel incluido, dio lugar a las que aparecen recogidas en la documentación como camas imperiales. Su posesión era indicativa de la distinguida posición socio-económica de

---

<sup>730</sup> AHPM. Prot. 21982/67 r.

<sup>731</sup> La falta de los pilares que habían caracterizado a las camas de aparato en los siglos anteriores, dio lugar a que el cielo o “imperial” se tuviera que sustentar sobre un bastidor de madera que se fijaba a la pared mediante tirantes y colgaderos de hierro. Ver PIERA, M. y MESTRES, A.: *El mueble en Cataluña...* Op. cit.; ABAD ZARDOYA, C.: *La casa y los objetos...* Op. cit.

quienes contaban con alguna de ellas entre sus bienes, habiendo podido hallar dentro de nuestra muestra una presencia de modelos imperiales en el 15% de las residencias analizadas. Los tejidos combinaban la calidad de los damascos, los rasos y las filosedas con guarniciones hechas mediante hilos de oro y plata, y cumplían con una doble funcionalidad, como abrigo a la vez que elementos decorativos de ostentación.

Los interiores de las camas se guarnecían mediante sábanas de distintas telas, cuyas calidades respondían una vez más a la categoría del individuo que fuera a reposar en ellas. Muy distintas eran las sábanas de los señores y de la familia, aunque en todas predominaban los lienzos, denominados algunos de ellos mediante el nombre de la región o ciudad donde originalmente se producían, lo que no significaba que tuvieran proceder de allí, sino que guardaban similitud con los mismos. Así los de Coruña eran unos lienzos muy comunes, cualitativamente hablando y por lo tanto era muy frecuente su aparición como ropa de cama de familia.

Los diferentes tipos de camas ocupaban una posición específica dentro de la estancia en la que se encontraban ubicadas. Cuando la cama era el mueble principal de la pieza, tendía a dotársele de una colocación central, adosada a la pared por el cabecero. No obstante, también se han podido identificar otros modelos que nos sirven para observar la presencia de muebles contruidos siguiendo modas foráneas o fabricados directamente en otros territorios, así una cama “que hacía de canapé” entre los bienes de don Antonio Viant, plumista de cámara de su majestad<sup>732</sup>. Lo que bien podría equipararse a las camas de tres respaldos, destinadas a ocupar el espacio de una alcoba y estar adosadas al muro por el respaldo lateral.

La ubicación de algunas de estas camas ha quedado explícita en la documentación. Ocupaban una alcoba que servía de marco para aquél mueble central que se pretendía exhibir. Así, doña María Shelly regaló en 1803 a su hija, doña María Vercruysse y Shelly, con motivo de su matrimonio con don Ramón Queralto, comisario de Guerra de los Reales Ejércitos:

“Una cama completa de cuatro colchones, una hijuela, cuatro almohadas, cuatro fundas guarnecidas, dos sábanas, la una también guarnecida, dos mantas muy finas,

---

<sup>732</sup> AHPM. Prot. 20985/307 v.

una colcha de muselina con viso de tafetán, colgadura y cortinas de ante-alcoba y maderaje todo ello en seis mil setecientos setenta y cinco reales de vellón”<sup>733</sup>.

Las cortinas de “ante-alcoba” debieron colocarse cubriendo el vano que daba acceso a la alcoba, generando de este modo un espacio que en determinadas viviendas llegó a jugar un papel puramente escenográfico, en el sentido más literal del término; y, que como ya se haya dejado constancia en otro apartado, pudo llegar incluso a convertirse en escenario de representaciones teatrales orquestadas por los moradores de la vivienda<sup>734</sup>.

No obstante, en determinadas ocasiones, el lecho continuaba reducido a la improvisación de la cama sobre cualquier mueble que sirviera de soporte en el que el individuo se pudiera recostar, tal y como seguía ocurriendo en las viviendas de los grupos populares o en muchas zonas rurales. Camas improvisadas sobre simples cajones que exteriormente representaban otro tipo de muebles. Su finalidad era dotar a aquel mueble de una apariencia que se adaptara a la estética de la pieza de la casa dentro de la que se debían ubicar. Era sólo llegado el momento de la noche, cuando la necesidad de dar lecho a algún miembro de la familia, dejaba al descubierto la cama. Hallamos constancia de este modelo en la partición de los bienes de don Antonio Marcelino de Armesto, a quien se atribuyó “un cajón para antesala de pino hecho en forma de papelera de puerta de trampa, dado de color de caoba con cerradura y llave, que servía para cama de criado”<sup>735</sup>.

Se trataba de un mueble que se adaptaba al contexto espacial en el que había sido ubicado, la antesala. Esta estancia, que precedía y daba acceso a la sala, tendía a amueblarse con tipologías dotadas de un valor decorativo, destinadas a embellecer la pieza que ocupaban, habitualmente abierta al tránsito de moradores y visitantes. De ahí, que a una simple armadura de cajón fabricada en pino, destinada a servir de cama a algún criado, se le hubiera tallado un frente en forma de papelera con una puerta de trampa y se hubiera acabado coloreándola en un tono que imitaba la nobleza de la madera de caoba.

---

<sup>733</sup> AHPM. Prot. 21757/358 v.-359 r.

<sup>734</sup> Para el caso catalán, RUÍZ COMÍN, N.: “El teatro de sala y alcoba...” Op. cit.

<sup>735</sup> AHPM. Prot. 19519/877 v.

De esta forma, queda patente que la no actividad que constituía el reposo no se encontraba todavía directamente vinculada a una pieza específica para ello, cuando se tienen en cuenta los moradores de condición más humilde de la casa –los miembros del servicio-. En lo que nos reafirma, asimismo, la existencia de camas con ruedas, facilitándose de este modo su desplazamiento dentro de la pieza o entre las distintas estancias de la casa.

La cama llevaba asociado, a su vez, un importante significado simbólico. Se trataba de un mueble que se hallaba íntimamente ligado a las fases que componían el ciclo vital y familiar de una persona. Según indicaban ya las palabras de Tediato en las *Noches Lúgubres* de José Cadalso, con las que iniciábamos este apartado, el lecho era el lugar en el que se consumaba el matrimonio y para aquella primera noche en que iba a ser ocupado por los nuevos esposos se engalanaba con las mejores vestiduras. Constatamos la aparición de la cama de matrimonio o nupcial<sup>736</sup>, indicativa del uso de dormir en pareja: “Una cama nueva grande para matrimonio color de porcelana con su cabecera pintada y dorada en trescientos y sesenta reales”<sup>737</sup>; “Una cama de matrimonio con cabecera pintada y dorada en trescientos veinte reales”<sup>738</sup>, “Una cama para matrimonio dada de color de porcelana con su cabecera y pies de cabra en cuatrocientos reales”<sup>739</sup>, “Una cama de matrimonio de color de porcelana con filetes dorados tasada en cuatrocientos ochenta reales de vellón”<sup>740</sup>, “Una cama de matrimonio al óleo de color de porcelana con su cabecera y cuatro tablas de tornillos en seiscientos reales de vellón”<sup>741</sup>, “Una cama nueva de matrimonio de seis tablas cabecera y filetes dorados verdes y porcelana doscientos y diez reales”<sup>742</sup>.

También era el lugar en el que se daba a luz a los hijos, se padecía la enfermedad y se sufría la agonía de la muerte. Por lo tanto, la mujer que lo aportaba entre sus bienes dotales se convertía simbólicamente en el pilar sobre el se iba a sustentar la vida de la nueva unidad familiar. Si a ello añadimos el peso que en las cartas de pago y recibo de

---

<sup>736</sup> Ibídem., fol. 899 v.

<sup>737</sup> AHPM. Prot. 19655/20 v. (4ª foliación)

<sup>738</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>739</sup> AHPM. Prot. 20985/356 v.

<sup>740</sup> AHPM. Prot. 21644/37 v. (3ª foliación)

<sup>741</sup> AHPM. Prot. 21756/415 r.

<sup>742</sup> AHPM. Prot. 21805/312 v.

dote adquiriría el conjunto de ajuar textil –sábanas, mantas, colchas, colchones, almohadas, sus fundas, juegos de manteles, servilletas, toallas-, destinado no sólo al uso por parte de los señores, sino también al de la familia, somos capaces de calibrar el papel que ejercía la esposa como encargada de aquello relativo a la composición y adecuación de lo doméstico<sup>743</sup>.

En una misma línea, la cama se ha vinculado extensamente a lo largo de la historia a la figura femenina. Si volvemos la vista hacia la pintura, la cama ha sido representada como un espacio esencialmente femenino. En ella, además de dormir, las mujeres recibían, comían. De la cama como lugar destinado para recibir visitas deriva una tipología específica, la *camilla*. Ésta era definida por el *Diccionario de la Real Academia* como la que servía para estar medio vestido en ella, “como lo hacen las mujeres cuando se empiezan a levantar después de haber parido o están de duelo”<sup>744</sup>. Un mueble de este tipo lo aportó formando parte de su dote en 1788 doña María Francisca Carvajal y Gonzaga, al contraer matrimonio con don Joaquín Crespi Valdaura, marqués de Castrillo y conde de Orgaz. Se trataba de una camilla de retrete, la cual se acompañaba por una silla con similar destino<sup>745</sup>. Asimismo, en 1790 y con motivo de su matrimonio, don Jacobo Fitz James Stuart, duque de Berwick y Liria, otorgaba carta de pago y recibo de dote a favor de doña María Teresa Silva y Palafox, su esposa e hija de don Pedro Alcántara Fadrique, duque de Híjar. En ella aparecía recogida una camilla que ocupaba el retrete, construida de herraje y vestida de damasco carmesí y galón de oro<sup>746</sup>.

No obstante, dichas camas también aparecían en las cuentas del capital con el que los hombres alcanzaban el estado del matrimonio y la práctica de recibir cómodamente dispuesto en uno de estos muebles ha sido constatada entre algunos miembros del grupo socio-profesional que centra nuestra atención. Así, don Gaspar Melchor de Jovellanos recibía a un grupo de los más íntimos en su cama, en torno a la cual practicaban la

---

<sup>743</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: “La esposa del funcionario: cotas de poder femenino dentro de la residencia del hombre de Estado”, PÉREZ ÁLVAREZ, M. J. y MARTÍN GARCÍA, A. (eds.): *Culturas políticas en el Mundo Hispano*, Fundación Española de Historia Moderna, León, 2012, pp. 2105-2117

<sup>744</sup> *Diccionario de la Real Academia*, 1780, p. 180

<sup>745</sup> AHPM. Prot. 18202/818 r-818 v..

<sup>746</sup> AHPM. Prot. 21532/63 v.-64 r.

lectura en voz alta, el comentario de los textos y trataban sobre asuntos de actualidad<sup>747</sup>. Era precisamente en estas ocasiones cuando se daba la oportunidad de exhibir la calidad del mueble y sus vestiduras.

Llegado el momento del fallecimiento, algunos señores dejaban ordenado a través de su testamento que la cama de uso habitual por parte de sus criados quedara fuera del conjunto que componían el resto de los bienes destinados a sus herederos, y pasara a convertirse en bien propio de la sirvienta o sirviente. Este hecho queda representado a través del testamento otorgado en febrero de 1788 por don Andrés Suárez de Párraga, ugiar de cámara del Rey, y su esposa, doña Juana Ignacia Tornay. La última mejoraba a su nieto, don Manuel Suárez de Párraga y Varón, con el quinto de todos sus bienes, decía: “en muestra del singular cariño que le tengo”. Sin embargo, de ellos se había de sacar para su criada, María Indarte, “la cama en que actualmente duerme”. Ésta se componía de un tablado de cama sobre el que se colocaban dos colchones, con sus correspondientes fundas, y dos almohadas. Asimismo, constaba de dos sábanas, una manta y una telliza<sup>748</sup>.

### 4.3 La higiene y el arreglo personal

Indican los *Cuadernos de visita y alquileres*, confeccionados para la realización de la *Planimetría General de Madrid*, que en el número 53 de la manzana 291, con fachada a la calle de los Jardines, existían unos baños gestionados por los herederos de don Miguel de Suasnava<sup>749</sup>. Su presencia es indicativa de la práctica de bañarse, así como de su necesidad de un espacio específico para llevarlo a cabo.

Sin embargo, entre los usos relativos a la higiene diaria del cuerpo primaban los cuidados en seco, puesto que mucho era lo que se había teorizado hasta entonces por parte de especialistas sobre las consecuencias nefastas en la salud que ante determinadas circunstancias podía provocar el contacto con el agua<sup>750</sup>. Debido a ello, todo lo que tenía que ver con la higiene a partir del lavado con agua tenía una escasa presencia en las

---

<sup>747</sup> GIMENO PUYOL, M. D.: “Aproximación al Jovellanos lector”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos,...* *Op. cit.*, pp. 195-210

<sup>748</sup> AHPM. Prot. 19907/53 r.

<sup>749</sup> AHN. FF. CC. DEL. HAC. HIST. Leg. 28-1 Exp. 1

<sup>750</sup> GOUBERT, J.-P.: *La conquête de l'eau*. Paris, Calmann-Levy, 1986; VIGARELLO, G.: *Lo limpio y lo sucio: La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid, Alianza, 1991



casas<sup>751</sup>. El objeto relativo a dicho uso que aparecía con mayor frecuencia en las residencias era la palangana. Se trataba de un recipiente dispuesto para ser llenado de agua y poder lavarse en él la cara y las manos, fundamentalmente. Ésta solía aparecer formando parte del conjunto del tocador o el recado para barba, hallarse acompañada de un jarro, donde se depositaba el agua con la que posteriormente se iba a llenar, y de una bola o caja para colocar el jabón. De este modo entraba en juego un segundo elemento, el jabón, que junto al agua iban a conseguir la limpieza de las dos partes del cuerpo precitadas, la cara y las manos. Se trataba de las más expuestas al exterior. El resto del cuerpo aparecía cubierto por ropa, que cumplía a su vez con dicha función higiénica; el uso de la ropa interior blanca de algodón y su “muda” eran la base del aseo diario en el período que analizamos.

Volviendo a la palangana, los materiales sobre los que estaba fabricada variaban en relación a la condición de su propietario. De las realizadas en metales como el estaño, el cobre o el azófar, debido al escaso valor de estos, cabe ser destacado su carácter estrictamente funcional. Así, la de estaño tasada en 10 reales de vellón que pertenecía a doña Marta María Rusca<sup>752</sup>, la hecha en la misma materia y aportada a su matrimonio por la esposa de don José Manuel de Plaza y Torrecilla, apreciada en 24 reales de vellón, o la de cobre en 16 reales de vellón que aparecía en la carta de dote otorgada a favor de su esposa por don Francisco Bovadilla Alcocer<sup>753</sup>.

Por otra parte, se hallaban aquéllas realizadas en plata, labradas y decoradas a conjunto con una extraordinaria variedad de piezas y a cuya funcionalidad había que sumarles su valor suntuario. Algunas eran verdaderos objetos de exhibición, hechas para ser mostradas sobre una mesa-tocador de representación, en una de aquellas alcobas de aparato. A veces se llega a dudar del uso práctico de estas tipologías, de aparición altamente frecuente entre los ajuares de las novias, y se interpretan como alhajas a través de las que demostrar la calidad de la familia. Ubicadas dentro de una estancia que

---

<sup>751</sup> GARCIA NAVARRO, J. y PEÑA, E. de la: *El cuarto de baño en la vivienda urbana: Una perspectiva histórica*. Madrid, Fundación Cultural COAM, 1998; OLIVÁN SANTALIESTRA, L y PILO, R.: “Recetario en busca de dueño: perfumería, medicina y confitería en la casa del VII Duque de Montalto (1635-1666)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 37 (2012), pp. 103-125; ORTEGO AGUSTÍN, M. A.: “Discursos y prácticas sobre el cuerpo y la higiene...” Op. cit.; PEREZ SAMPER, M. A.: “Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 19 (1997), pp. 121-154

<sup>752</sup> AHPM. Prot. 21757/212 v.

<sup>753</sup> AHPM. Prot. 19510/362 r.

se componía por un conjunto de elementos –cama imperial, camilla, tocador- en torno a los cuales y a las prácticas vinculadas a ellos –recibir en la cama o alrededor del tocador, momento que tenía más que ver con el arreglo del peinado, el afeitado, que con la higiene propiamente dicha- se generaba el encuentro entre personas, adquiriendo el grado de espacios de reunión social.

Por lo tanto, no se descarta que la palangana que se usara de forma efectiva diariamente para el lavado de cara y manos fuera otra de inferior calidad. En 1803, el inventario de los bienes pertenecientes al negocio de alquiler de don Roberto Fourdinier mostraba toda una gama de palanganas de bajo precio realizadas en barro de Alcora y Talavera: “Un jarro con su palancana compañera barro de Alcora pintado en 8 reales de vellón”; “Otra palancana de Talavera con ramos azules y pajizos en 5 reales de vellón”<sup>754</sup>.

En lo referente a la jofaina, era el segundo elemento, relacionado con la higiene corporal, de mayor presencia en las viviendas de los servidores del Estado, después de la palangana. Su funcionalidad era similar a la de la primera y, al igual que aquella, era frecuente que se acompañara de un jarro a través del que llenarse de agua. Salvo el conjunto realizado en plata sobredorada, tasado en 6.000 reales de vellón, que aportó en su carta de dote la esposa de don Francisco Fernández de Córdoba, se podían encontrar jofainas desde los 2 reales. En ese precio se tasó la que componía el capital de bienes de don Jaime Monte<sup>755</sup> y en 4, la de don Manuel López<sup>756</sup>.

Muy escasa es la aparición en de la documentación de otro tipo de recipientes dentro de la casa destinados a llenarse de agua para lavar otras partes del cuerpo o realizar una ablución completa de éste. El baño se ha contabilizado tan sólo en cuatro ocasiones, en las que únicamente en una de ellas quedaba expresada de forma explícita su funcionalidad. Es el caso del baño de pies de talavera que aparece en el inventario de bienes post-mortem de don José Fernando Ruíz<sup>757</sup>.

---

<sup>754</sup> AHPM. Prot. 21878/407 r.-407 v.

<sup>755</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>756</sup> AHPM. Prot. 20466/307 r.

<sup>757</sup> AHPM. Prot. 21709/530 r.

Tan sólo tenemos constancia de otro elemento, cuya singularidad nos obliga a reparar en su existencia. Se trataba de los dos bidés, tasados en 200 reales de vellón, que aparecían formando parte del capital de bienes de don Vicente González Arnao<sup>758</sup>. La utilización de este modelo, destinado fundamentalmente al aseo de las partes íntimas, comenzó a extenderse en Francia en aquel mismo siglo XVIII<sup>759</sup> y desde allí llegó de forma puntual a un escasísimo número de residencias españolas; evidentemente, aquéllas en las que ya se observaban las influencias de las tendencias francesas también en otros ámbitos de la cultura material. Su aparición como sustantivo reconocido por el *Diccionario de la Real Academia* no tuvo lugar hasta 1899, un aspecto que nos remite a una realidad material que no debió consolidarse en las viviendas en España y, por lo tanto, formar parte de los hábitos de higiene de sus moradores, hasta avanzado el siglo XIX.

Este tipo de carencias en lo relativo a la higiene<sup>760</sup> pueden ser relacionadas con una sociedad fuertemente influida por el peso de unos principios morales que hallaban pecaminoso todo lo que tuviera que ver con los cuerpos y cualquiera de sus cuidados. El rechazo establecido por la religión católica hacia el desnudo había contribuido en el desarrollo de una serie de actitudes de pudor hacia el cuerpo, que se habían ido consolidando dentro del marco del proceso de civilización a lo largo de los siglos modernos. El contacto del cuerpo desnudo con el agua se consideraba, asimismo, una actividad que podía despertar los instintos sensuales y hacer caer en la inmoralidad al sujeto: “Dans l’eau, par l’eau, autour de l’eau se déploient trop d’attitudes obscènes, se trament trop de conduites licencieuses”<sup>761</sup>.

No obstante, la dificultad para disponer de agua en las casas también debía condicionar lo escaso de su uso. Debemos tener presente que el abastecimiento de la vivienda se llevaba a cabo a partir del agua que, como ya se vio en el apartado dedicado a las infraestructuras, se obtenía en las fuentes que se habían construido en algunos inmuebles o, ante la carencia de éstas, en fuentes o pozos públicos.

---

<sup>758</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>759</sup> BEAUPRÉ, F., GUERRAND, R.-H.: *Le confident des dames. Le bidet du XVIIe au XXe siècle: histoire d’une intimité*. Paris, La Découverte, 1997

<sup>760</sup> CABANES: *Mœurs intimes du passé. La vie au bain*. Paris, Albin Michel, 1926; NEGRIER, P.: *Les bains à travers les âges*. Paris, Librairie de la Construction Moderna, 1925; WRIGHT, L.: *Clean and decent. The history of the bathroom and the w.c.*. London, Routledge & Kegan Paul, 1984

<sup>761</sup> PERROT, P.: *Le travail des apparences, ou les transformations du corps féminin, XVIIIe-XIXe siècle*. Paris, Seuil, 1984, p. 14

Pero, los cuidados de la imagen, especialmente los que tenían que ver con la cara y el cabello, así masculinos como femeninos, dieron lugar además a conjuntos completos destinados a dichos fines.

En el caso femenino, la multiplicación de pequeños objetos, en los que contener ungüentos, polvos, pomadas, aguas perfumadas, y la necesidad de contener estos y otros se sirvió del mueble tocador. Este último respondía a la siguiente definición académica: “Caja de madera exquisita con algunos embutidos de concha o marfil o plata y en ella divisiones para guardar los adornos y bujerías del tocado de las mujeres. Suele tener en la tapa un espejo, para estarse mirando cuando se peinan”<sup>762</sup>. La caja debía colocarse sobre una mesa, que facilitara su uso en altura, y podía ser ésta la que incorporara el precitado espejo. Su evolución dio lugar a que dentro de la vivienda palaciega pasara a denominarse tocador uno de aquellos pequeños aposentos que aparecían asociados al dormitorio femenino.

Los conjuntos podían llegar a representar verdaderas joyas, teniendo en cuenta su fabricación en plata y el elevado precio de la misma. Obsérvese el que don Lorenzo Carvajal y Gonzaga le regaló, con motivo de su matrimonio, a la futura esposa de don Joaquín Crespi Valdaura:

“Un espejo de tres cuartas de alto y como dos tercias de ancho con su luna correspondiente y su marco de plata con algunos golpes de adorno de lo mismo. Un jarro con su palancana, cuatro cubos o cajas grandes, las dos ovaladas con sus tapas fijas y las otras dos redondas, cuyas tapas se levanta por igual. Otras cuatro cajas más pequeñas, las dos ovaladas y las dos redondas con sus tapas en los mismos términos que las anteriores. Una escribanía compuesta de tintero, salvadera, obleera y campanilla con su plato para colocarla. Dos candeleros, una palmatoria y unas espaviladeras con su platillo. Dos tapas de plata para dos vasos de cristal. Una salvilla de tres pies para ellos. Dos botes de plata para pomadas con sus tapas correspondientes. Un cepillo con su chapa de plata en la parte superior y una escobilla con mango de lo mismo. Cuatro frascos de cristal con sus bocas, tapones y cadenas de plata. Dos abujas de lo mismo para introducir cintas. Un cuchillito

---

<sup>762</sup> *Diccionario de la Real Academia*, 1780

con mango de plata para quitar los polvos. Una almohadilla o acerico cubierto de terciopelo azul”<sup>763</sup>.

Su valor ascendía a 16.500 reales de vellón, motivo que requería la existencia de una cerradura en la caja de tafilete encarnado, claveteada con tachuela dorada, asas y herraje dorado, cubierta por dentro de raso azul que contenía tales alhajas, con el fin de evitar la pérdida o el robo de alguna de estas valiosas piezas.

En lo que respecta al cuidado físico masculino, destacaba la práctica del afeitado, que consistía en hacerse o quitarse la barba. Existían toda una serie de elementos destinados al desarrollo de dicha actividad. Los denominados recados de afeitar se componían de varias piezas: Palangana o bacía, jarro, bola para el jabón, las cuales aparecían realizadas en plata y en ocasiones recogidas en un estuche o caja. El uso de la plata para su fabricación nos indica que nos encontramos, una vez más, ante una serie de piezas cuyo valor funcional se combinaba con el de la ostentación. Asimismo, el hecho de aparecer dentro de una caja, nos induce directamente a equiparar el recado de barba o afeitar con el tocador femenino. Un completo y suntuoso conjunto de piezas para afeitarse fue el que llevó a su matrimonio el oficial y cajero principal de la Tesorería Mayor de Su Majestad, don Domingo Martínez:

“Un recado de barba compuesto de una palancana ovalada con contornos con su bocado. Un jarro ovalado con pie, pico, asa con cabeza de vicha y tapa engoznada con remate y dos bolas para jabón con pies y tapas con remates, labrado todo de fullones y gallones y otro jarro redondo de boca ancha con pie, pico, con un mascarón y asa con cabeza de vicha, todo de plata su peso diez y seis marcos, seis onzas y cuatro y media ochavas de ley que hacen ciento treinta y cuatro y media ochava, que a razón de veinte y un reales cada una, hacen dos mil ochocientos veinte y siete reales, que con ciento y veinte por una caja estuche en que se halla todo colocado importa 2946 reales de vellón”<sup>764</sup>.

Insertaremos, asimismo, en este apartado destinado a la higiene y el cuidado del cuerpo, lo relativo a lo escatológico. Estas necesidades fisiológicas de todo ser humano se vieron envueltas, al igual que otras a las que hasta ahora nos hemos referido y aquéllas a las que lo haremos de aquí en adelante, por la evolución en su concepción. El

---

<sup>763</sup> AHPM. Prot. 18202/819 v.-820 v.

<sup>764</sup> AHPM. Prot. 17644/ 375 r.-375 v.

proceso de re-construcción al que se vieron sometidos mujeres y hombres durante la etapa moderna, con respecto a los orígenes medievales, se extendió, asimismo, a su concepción de las necesidades biológicas. La cultura material relativa a este aspecto lega un conjunto de elementos que nos han de ofrecer una imagen ilustrativa del modo en que resolvían dicha necesidad. Una de las primeras características que podemos asociar a ellos es su carácter portátil. No se trataba aún de estructuras integradas en la propia arquitectura de la vivienda, sino que las bacinicas, los sillicos, las sillas de retrete o las cajas de madera en cuyo interior se insertaba la bacinilla constituían objetos hechos para ser transportados de una estancia a otra. Este hecho nos indica que dichas actividades fisiológicas no tenían aún un espacio específico destinado a su realización dentro de la casa. Respecto a la posible separación de tales prácticas de determinadas zonas de la vivienda, como consecuencia de los hedores que se pudieran desprender de ellas, no debió prestársele una excesiva atención. La población madrileña de finales del siglo XVIII, al igual que la del resto de Europa, estaba acostumbrada a un ambiente donde se convivía con residuos en proceso de descomposición y putrefacción y ciertos olores no debían condicionar su bienestar cotidiano<sup>765</sup>.

No obstante, dichas actividades tendían a ocultarse de las miradas ajenas y llevarse a cabo en un espacio que dotara al individuo de la privacidad e intimidad que ya estimaba necesarias para su realización. Podía tratarse del dormitorio o en el caso de la existencia de la pieza del retrete, hacerse en aquélla. A ella nos remiten la silla de retrete que aparecía en la carta de dote de la esposa de don Joaquín Crespi Valdaura en 1788<sup>766</sup>, o la caja de madera de raíz de olivo para retrete de la dote aportada por la esposa de don José Manuel de Plaza y Torrecilla<sup>767</sup>. Así también, la caja de nogal para retrete que formaba parte del capital de bienes de don Vicente González Arnao en 1803<sup>768</sup>. Estos muebles, de un valor económico considerable, tasados en 200 y 400 reales de vellón, los de don José Manuel de Plaza y don Vicente González, respectivamente, destacan por su escasa presencia dentro de las viviendas del grupo socio-profesional que nos encontramos analizando. A la misma línea de uso que las anteriores y de similar escasa presencia, aunque de inferior condición, respondían las cajas para los sillicos, es decir, para los bacines o vasos excrementicios. En sólo 8 reales de vellón se tasó la que

---

<sup>765</sup> GUILLERME, A.: *Les temps de l'eau*. Seyssel, Ed. du Champ Vallon, 1983

<sup>766</sup> AHPM. Prot. 18202/818 r-818 v.

<sup>767</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>768</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

aparecía en la escritura de aumento de dote otorgada por don Fernando Gómez Lozano en 1803<sup>769</sup> y en 30 la que aportaba dentro de su dote la esposa de don Pedro María Jiménez de Lasarte y Montero<sup>770</sup>.

Este tipo de objetos también adquirirían connotaciones suntuarias al aparecer asociados a las recámaras para la servidumbre de ciertas damas, tómese como ejemplo la de la precitada esposa de don Joaquín Crespi Valdaura, doña María Francisca Carvajal Zúñiga y Lancáster:

“Una recámara para la servidumbre de dicha excelentísima señora de plata y se compone de dos cántaros iguales lisos con pie, pico, asa, tapa engoznada con una bellota por remate, un brasero en forma de copa con moldura torneada a el canto tres pies con una cabeza de Golfin cada una, dos asas pendientes de una cabeza de león, bacía con otras dos asas, una bacinica redonda con dos asas, un orinal en forma de barca con asas, un calentador redondo con tapa engoznada calada, cañón para el mango, suelta rosca, una escupidera redonda con tapa calada y mango, un plato trincherero redondo con tornos, una taza lisa con pie y mango por asa, una paleta para la copa, cuyas piezas van todas gravadas con el escudo de armas de la casa y pesan ciento veinte y dos marcos, seis onzas y dos ochavas y vale la citada recámara treinta mil seiscientos cincuenta y dos reales de vellón”<sup>771</sup>.

La plata sobre la que estaban labrados tales objetos, por otra parte, destinados a cubrir algunas de las necesidades consideradas más bajas de la fisiología humana, y el hecho de aparecer gravados con el escudo de armas de la familia a la que pertenecían, les hacían perder su valor exclusivamente práctico y convertirse en elementos destinados, una vez más, a exhibir la calidad de una casa aristocrática.

Cuando no existía un mueble en el que guardar el bacín, éste encontraba una ubicación fundamentalmente de carácter práctico, ante la posible necesidad de su uso durante las horas de descanso nocturno del individuo. Su colocación debajo

---

<sup>769</sup> AHPM. Prot. 21982/32 v.

<sup>770</sup> AHPM. Prot. 21757/276 v.

<sup>771</sup> AHPM. Prot. 18202/812 r.-812 v.

de la cama ha sido constada como frecuente a través de la pintura que representa escenas contemporáneas de alcoba.

## **5. Utilidades y tareas domésticas**

Existían una serie de prácticas de necesario cumplimiento y previa ejecución para cubrir adecuadamente determinadas necesidades. Nos estamos refiriendo a las tareas que consistían en la preparación de los alimentos, la limpieza y el orden de la casa y de la ropa, pero también a los elementos utilizados para favorecer el desarrollo de las diferentes prácticas a las que venimos haciendo alusión, aquellos que permitían la iluminación y la calefacción de los espacios.

### **5.1 Cocinar y almacenar**

La primera impresión que obtiene el investigador al aproximarse a la composición de la cocina es la acumulación de un variado conjunto de objetos, de escaso valor material, cuya funcionalidad y uso práctico cuesta distinguir, teniendo en cuenta simplemente su enumeración en una lista.

El análisis dentro de la documentación de los apartados donde se relacionaban los elementos que formaban parte de una cocina -“omenaje de cocina”-, arroja una imagen muy poco diferenciada entre aquellos que componían dichos espacios para los diferentes estratos sociales<sup>772</sup>. A través de estos utensilios es prácticamente imposible hallar diferencias entre los miembros de los distantes grupos de población que residían en Madrid. No existía variación, a diferencia de como hasta ahora se ha podido constatar para otros ámbitos relativos a la estructura y la composición de la vivienda, entre las tipologías de los instrumentos, los materiales en los que se encontraban realizados –hierro, cobre, peltre-; tal vez, en el único aspecto en el que se pueda percibir la distancia entre los colectivos populares y las elites sea en el número de pertrechos.

No obstante, estos no se utilizaban de la misma manera en todas las cocinas; es aquí donde se sustenta una vez más la distancia entre las viviendas más acomodadas y las que simplemente permitían la subsistencia. Para conocer los diferentes modos en que

---

<sup>772</sup> GONZÁLEZ HERAS, N.: La vivienda y los interiores domésticos madrileños. Una aproximación a la cultura material en el siglo XVIII. Tesina inédita. Departamento de Historia Moderna, Universidad Complutense de Madrid, 2008



el uso de los utensilios era llevado a cabo, resulta fundamental conocer cómo se dotaba el espacio. A ello contribuyen especialmente las representaciones pictóricas y las recreaciones museográficas a través de piezas originales conservadas. Para el caso español, durante la segunda mitad del siglo XVIII son de incuestionable valor la pintura de Ramón Bayeu “La cocina” y la cocina valencia que forma parte de la exposición permanente del Museo Nacional de Artes Decorativas<sup>773</sup>.

Frente a la carencia de un hogar de obra, sustituido por hornillos o anafes portátiles en los cuartos de habitación de los grupos populares. Las viviendas del conjunto socio-profesional que nos hallamos analizando contaban, según han dejado constancia las fuentes, –reflejado en los planos de las plantas de dichas residencias con el correspondiente símbolo gráfico- con la infraestructura del hogar. Para este período se había pasado de las construcciones a ras de suelo, aunque ya adosadas a la pared, tras unos orígenes ancestrales en los que el hogar se ubicaba en el centro de la estancia, a otras en altura, igualmente yuxtapuestas al muro, que permitían la colocación del leñero en su parte inferior –la madera y el carbón eran los principales combustibles utilizados-. Se completaban, además, con una campana que encañonaba la salida de humos hacia el exterior y que daba lugar a unos espacios menos tóxicos en lo referente a la concentración de gases, con respecto a otros tipos de modelos. Su ubicación en altura facilitaba la manipulación de los elementos colocados al fuego por parte del cocinero en una más cómoda postura erguida.

No obstante, existe evidencia de que seguían poseyéndose hornillos portátiles de uso complementario destinados fundamentalmente a labores de repostería y a la elaboración de otro tipo de tortas. A aquellos se les aplicaba a su vez calor –mediante la colocación de brasas- en su parte superior, es decir, sobre su tapadera. Así, el que aparecía en el capital de bienes de don Francisco Bovadilla Alcocer: “Un horno para hacer pasteles con su tartera todo de cobre con peso de seis libras en treinta reales”<sup>774</sup>. También, los que atestiguamos entre los bienes de don Juan Nepomuceno de Aranda, doña Marta María Rusca y don Fernando Gómez Lozano: “Un horno con su tartera de

---

<sup>773</sup> CABRERA LAFUENTE, A., RODRÍGUEZ MARCO, I. M., VILLAR FERNÁNDEZ, C. (coord.): *La cocina valencia del Museo Nacional de Artes Decorativas... Op. cit.*

<sup>774</sup> AHPM. Prot. 19510/392 v.

cobre pesa diez libras a siete reales importan setenta”<sup>775</sup>, “Un horno de hierro con su tartera de cobre en cuarenta reales”<sup>776</sup> y “Una tartera grande de lo mismo con tapa de horno peso veinte y tres libras, todo muy usado, a seis reales libra hacen ciento treinta y ocho reales”<sup>777</sup>, se relacionan directamente con la tipología destinada a la preparación de las tortadas. Según explica Carmen Abad, haciendo gala de su profundo conocimiento en el terreno culinario, se trataba de una torta grande de masa fina, un tipo de empanada que se rellenaba de dulce o de salado, cuya elaboración se recogía en la casi totalidad de los recetarios históricos españoles, aún sin tratarse de un plato exclusivo de la cocina peninsular. Ya en época medieval era considerada, tal y como refiere el *Diccionario de Autoridades* “por plato especial, regalado y apetitoso”<sup>778</sup>.

Los diversos utensilios y cacharrería tendían a aparecer pendiendo de las paredes en espeteras, compartidas con carnes o aves que también colgaban de las mismas. El uso de muebles contenedores se veía reducido a alguna alacena, que había evolucionado desde su formato original, como una construcción de obra con sus correspondientes repisas en el hueco de la pared y cerrada por unas puertas de madera. Y, más que como contenedor, como elemento de soporte, existían algunos vasares realizados en madera o contruidos asimismo directamente de obra sobre los muros.

El instrumental de cocina se hallaba diversificado tipológicamente atendiendo a las diferentes fórmulas de preparación de los alimentos: ollas, marmitas, sartenes se relacionaban con la primacía de las técnicas de la cocción y del asado. Un conjunto que hemos considerado que puede servir para ilustrar cuáles eran los distintos utensilios, formaba parte del capital de bienes del barrendero de cámara de su majestad don Antonio González, cuya inferior condición, con respecto a otros de los individuos analizados, poco le hacía distanciarse de ellos en relación a los elementos que componían sus cocinas. Los mismos se inventariaron dentro de la categoría “muebles de cocina” y fueron tasados en 600 reales de vellón; del total de 20.666 en que se valoraron todos sus bienes:

---

<sup>775</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>776</sup> AHPM. Prot. 21757/212 v.

<sup>777</sup> AHPM. Prot. 21982/55 v.

<sup>778</sup> Ver ABAD ZARDOYA, C.: “Herramientas curiosas para cosas particulares...” Op. cit., p. 89

“Dos tinajas con pies y tapas de madera, un fregadero con dos artesones, fuelles, fuentes, platos de todos tamaños, jícaras, tazas, pucheros, cazuelas y jarras de varro, todo nuevo; un velón, candeleros y palmatoria de metal, almirez de lo mismo: dos chocolateros, un perolito de azófar, cuchara de lo mismo, sartenes, cazo, vacía de cobre con vadila y su tarima y otros muebles de cocina costó todo seiscientos reales”<sup>779</sup>.

En similar cuantía económica se tasaron los bienes de igual especie en el inventario de bienes llevado a cabo por el fallecimiento de doña María del Pilar Sevillano, viuda de don Antonio Martínez Salazar, quien fuera escribano de Cámara y Gobierno del Consejo de su majestad: “Todos los enseres de cocina como se halla en el día que a cómputo prudencial importará escasamente como seiscientos reales”<sup>780</sup>. Muestra de la equiparación entre los miembros de distinta condición dentro del grupo analizado en los niveles relativos a la composición material de sus cocinas.

Los recipientes se colocaban al fuego sobre unas trébedes o soportes de hierro de tres pies que les servían de apoyo.

Las diferentes tareas que necesitaban de un soporte o apoyo para su ejecución – manipulación de los alimentos- eran llevadas a cabo sobre las mesas de pino que aparecen de manera incesante inventariadas dentro de la documentación. Su disposición podía variar, ya estuvieran adosadas a las paredes y dejando el centro de la estancia libre, facilitando así la movilidad de las personas que estaban trabajando en la cocina, o ubicadas en los espacios centrales, favoreciendo la realización de más de una tarea por parte de varios criados a la vez en torno a ellas. Sin embargo, las labores de corte o despiece hallaban su lugar específico sobre el tajo. Estos debían hallarse realizados en madera cortada de forma que asegurara que el uso de cuchillos no diera lugar al desprendimiento de alguna astilla que pudiera mezclarse con la vianda manipulada – serrada a contrafibra del tronco<sup>781</sup>-. Tenemos constancia de tajos realizados en álamo, como el que formaba parte de los bienes de don Francisco Bovadilla y Alcocer: “Un tajo de álamo y una cuchilla de hierro en diez reales”<sup>782</sup>, como el que aparecía entre los bienes dotales de la esposa de don Juan López Ayllón: “Un tajo de álamo en tres

---

<sup>779</sup> AHPM. Prot. 20752/56 r.

<sup>780</sup> AHPM. Prot. 21920/684 v.

<sup>781</sup> Ver ABAD ZARDOYA, C.: “Herramientas curiosas para cosas particulares...” Op. cit., p. 97

<sup>782</sup> AHPM. Prot. 19510/393 v.

reales”<sup>783</sup>, o como el que existía entre los bienes de don Antonio Marcelino de Armesto: “Un tajo de álamo negro con sus pies en los catorce reales de su tasa”<sup>784</sup>; también de encina y de nogal, aunque no se descartó definitivamente su fabricación en pino, como lo demuestra aquel anotado entre los bienes de don Francisco Landini: “Un tajo de pino de cocina en 6”<sup>785</sup>. Hechos en una u otra materia, y siguiendo el formato de tabla apoyada en sus propios pies o para ser colocada sobre una mesa, su presencia se ha podido comprobar en el 23% de las cocinas de las residencias estudiadas. Reflejo de la manipulación en casa de piezas comestibles de gran tamaño, en muchos casos sin ningún tipo de tratamiento previo en el mercado, que era necesario descuartizar.

La inexistencia de pozos dentro de las cocinas madrileñas, tal y como se recomendaba dentro de la teoría que aportaba las directrices para disfrutar de un espacio culinario ideal<sup>786</sup>, obligaba a almacenar el agua destinada para guisar y para freír en tinajas. Fabricadas sobre materiales vidriados, solían aparecer acompañadas de un pie que las alejara del contacto directo con el suelo y de una tapadera que protegiera el contenido de su interior.

Nos introducimos así en la faceta relativa al almacenamiento de los productos alimenticios que se iban a cocinar. Estos no siempre se conservaban en la cocina, para ese destino habían sido concebidas las despensas, aunque también su ubicación era frecuente en aquellos espacios con condiciones de luminosidad y temperatura idóneas como los sótanos, siempre que la residencia contara con uno. Sin embargo, los productos se trasladaban desde allí en porciones más reducidas hasta la cocina, con la finalidad de facilitar su acceso justo en el momento en el que se necesitaban. Las precitadas tinajas contenían además de agua, aceite, como en el caso de las existentes entre los bienes de don Francisco Bovadilla Alcocer: “Tres tinajas para aceite grandes con su pie y tapa de pino a quince reales cada una importan cuarenta y cinco”<sup>787</sup>, o la de la carta de dote de la esposa de don Juan López Ayllón: “Una tinaja para aceite en doce reales de vellón”<sup>788</sup>, así como las que se encontraban entre los bienes de don Antonio Marcelino de Armesto: “Otras dos tinajas grandes para aceite con pies y tapas en los

---

<sup>783</sup> AHPM. Prot. 19907/242 v.

<sup>784</sup> AHPM. Prot. 19519/879 r.-879 v.

<sup>785</sup> AHPM. Prot. 19912/101 v.

<sup>786</sup> MARTÍNEZ MONTIÑO, F.: *Arte de cocina, pastelería... Op. cit.*

<sup>787</sup> AHPM. Prot. 19510/393 v.

<sup>788</sup> AHPM. Prot. 19907/242 v.

sesenta reales de su tasa”, “Una tinaja pequeña de Alcorcón para aceite sin pie ni tapa en los seis reales de su tasa”<sup>789</sup>, o las que formaban parte del capital de bienes de don Andrés Morón: “Dos tinajas para aceite en 40 reales de vellón”<sup>790</sup>, y las “dos tinajas de aceite con pie y tapadera a cuarenta reales son ochenta”<sup>791</sup> que se inventariaron entre los bienes dotales de la esposa de don Tomás de Estrada y Lancero, para las cuales contamos con la referencia de que se situaban en la despensa. También las “tres tinajas para aceite con sus pies y tapas en sesenta reales de vellón”<sup>792</sup>, de los bienes correspondientes a la esposa de don Pedro María Ximénez de Lasarte y Montero, entre tantas otras.

Pero también eran el contenedor habitual del vino, como muestra el caso de “una tinaja para vino de cabida de treinta arrobas y otra casi igual las dos en ciento y diez reales”<sup>793</sup>, correspondiente al aumento de dote del que disfrutó el matrimonio formado por don Fernando Gómez Lozano y doña Juliana Díaz Manrique con motivo del fallecimiento del padre de ella, don Francisco Bruno Díaz.

La manufactura que predominaba entre estos recipientes destinados a contener y conservar, en el caso de que el dato fuera aportado, era la del Toboso; donde se trabajaba la alfarería, en especial el formato de tinaja. A ello se refería Eugenio Larruga en sus *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Dentro del tomo XVIII, donde trataba de “las fábricas de curtidos, sombreros, xabón, loza y metales de la provincia de la Mancha” afirmaba: “En la villa del Toboso se trabajan varias piezas de alfarería, especialmente tinajas de extraña magnitud, que llevan los naturales al reyno de Valencia y otras partes”<sup>794</sup>. En este caso, en aquellas otras partes parecía estar incluida la corte madrileña. Dicha manufactura se encontraba seguida por la de Alcorcón<sup>795</sup>, debido, al igual que en el caso anterior, a la idoneidad de

---

<sup>789</sup> AHPM. Prot. 19519/911 r.

<sup>790</sup> AHPM. Prot. 20156/71 r.

<sup>791</sup> AHPM. Prot. 21756/424 r.

<sup>792</sup> AHPM. Prot. 21757/279 r.

<sup>793</sup> AHPM. Prot. 21982/68 r.

<sup>794</sup> LARRUGA, E.: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Tomo XVIII, Madrid, Antonio Espinosa, 1792, f. 8

<sup>795</sup> FERNÁNDEZ MONTES, M.: “Aportación al estudio de la alfarería femenina en la Península Ibérica: La cerámica histórica de Alcorcón (Madrid)”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LII, 2, (1997), pp. 221-247

la materia prima –el barro- de ambas zonas<sup>796</sup>. Volviendo a Eugenio Larruga, la producción de Alcorcón era de vidriado tosco y ordinario y tenía uno de sus principales centros de demanda en la capital. Su elección tenía que ver con que sus productos combinaban la resistencia, con la delicadeza y la hermosura, de las que carecían las piezas procedentes de otras manufacturas<sup>797</sup>.

No obstante, pese a su uso efectivo dentro de las cocinas sobre las que venimos trabajando, la teoría desaconsejaba a comienzos del siglo XIX la fabricación en vidriado de Alcorcón de aquellos recipientes que iban a ser expuestos al fuego para la preparación de los alimentos, debido a su calidad defectuosa. Abad Zardoya analizó el tratado del arquitecto Julián Antonio Rodríguez, publicado en 1804, en el que éste proponía como solución “hervir durante un tiempo una salmuera o una mezcla de vinagre y agua en los recipientes, antes de usarlos por vez primera”<sup>798</sup>. Su preocupación por los recipientes destinados a cocinar los comestibles se trasladaba asimismo a todos aquellos realizados en cobre y hierro, cuyo interior debía encontrarse estañado, para evitar que los alimentos pudieran contaminarse con las propiedades nocivas de dichos metales y que esto pudiera afectar a la salud de quienes los tomaban. Estañados en su interior o no –dato que las fuentes no nos aportan-, el cobre sirvió de materia principal para fabricar los utensilios de las cocinas madrileñas. Así lo era también en la real cocina durante el reinado de Carlos III. Maria de los Ángeles Pérez Samper dejaba testimonio acerca de ello cuando reproducía un texto relativo a las condiciones de contrata en la real cocina: “La plata, *batería de cobre* y demás muebles que sean precisos para las servidumbres, se han de dar, como hasta aquí, por la Real Hacienda, y lo mismo el *estañado* y composturas...”<sup>799</sup>.

Por su parte, el hierro se vio limitado en su uso en la fabricación de algunas sartenes, así como para las partes de otros recipientes que no tenían un contacto directo con los alimentos, es decir, asas, mangos, tapas, quedando demostrada de este modo la conciencia de la nocividad de su puesta en contacto con las viandas.

---

<sup>796</sup> De Alcorcón se mencionaba: “La proporción que tiene este pueblo de materias térreas, es de las mayores para obras de alfarería, porque se componen de greda marga, y un poco de materia jabonácea, que se funde con fuego muy violento...”, LARRUGA, E.: *Memorias políticas y económicas...* Op. cit. Tomo III, Madrid, Antonio Espinosa, 1788, f. 185

<sup>797</sup> *Ibidem*

<sup>798</sup> ABAD ZARDOYA, C.: “Herramientas curiosas para cosas particulares...” Op. cit., p. 110

<sup>799</sup> PÉREZ SAMPER, M. A.: “La alimentación en la corte española del siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), p. 163

## **5.2 La limpieza y el cuidado de utensilios y textiles: fregar, lavar, planchar, ordenar**

Dentro de la vivienda era fundamental mantener unos niveles de limpieza e higiene, más allá de los corporales del individuo -a los que ya se les ha dedicado su correspondiente apartado-. Los cuidados de los elementos materiales de diferentes tipo, ya se tratara de objetos fabricados en madera, cerámica o metal, como los que se utilizaban en la preparación de los alimentos y en su servicio a la mesa, pero también los de carácter textil, donde se incluían la propia indumentaria de las personas, y entre los que ocupaban un lugar numéricamente hablando muy importante la ropa de cama o de mesa, tenían que contribuir en la prevención de enfermedades y la conservación de la salud de quienes los utilizaban, favoreciendo las condiciones de bienestar en casa de los moradores.

La cocina, tal y como dejáramos patente, servía de pieza destinada, además de a las funciones estrictamente culinarias, a aquellas prácticas relacionadas con la limpieza, en general, que eran desempeñadas por los miembros del servicio doméstico. Existían así mobiliario y elementos específicos concebidos para dichos fines, que hallaban su ubicación ordinaria en el precitado lugar.

El fregadero era uno de ellos. Su estructura consistía en un soporte o “banquillo” de madera de pino, según la definición académica dada por el *Diccionario de la Real Academia*, donde se colocaban los artesones o barreños –inventariados normalmente en la documentación por parejas, transmitiendo la idea de su composición en dos senos-, es decir, unos recipientes por lo general fabricados en barro vidriado, de capacidad y profundidad suficiente como para ser llenados de agua y poder sumergir en su interior los distintos útiles de cocina para proceder a su limpieza. Similar era la funcionalidad de los que en las fuentes se denominan “librillos”, por lebrillos; aunque estos eran con frecuencia asociados también a la práctica del sangrado, comprendemos que de aquellos animales que llegaban hasta las cocinas de las casas en algunas ocasiones incluso vivos y que iban a ser transformados mediante técnicas culinarias en gustosos manjares. Así en los casos de “Un librillo de azófar de sangrar en treinta reales de vellón”<sup>800</sup>, correspondiente a los bienes dotales de la esposa del oficial cuarto de la Dirección

---

<sup>800</sup> AHPM. Prot. 20678/13 r.

General de Rentas don Miguel Ignacio de Villacastín, y que aparecía ubicado en la espetera; o “Dos librillos de sangrar en veinte reales de vellón”<sup>801</sup> que constaban entre los bienes de don Juan Antonio Balcones. El material sobre el que se hallaban fabricados se diversificaba dentro de la tipología de los lebrillos, en piezas realizadas en metales como el azófar o el cobre, indicativo a su vez de la diversificación de su funcionalidad práctica, más allá de para ser ubicados en el fregadero o ser el recipiente destinado al lavado de la ropa.

El medio común de abastecer de agua los artesones de fregadero debía de ser el manual, vertiendo en ellos el agua desde las consabidas tinajas en que aquélla se contenía dentro de la cocina, una vez extraída asimismo de forma manual del pozo – mediante el sistema de poleas y cuerdas que servían para introducir y sacar los cubos-. Tan sólo tenemos constancia de la existencia de una bomba para extraer agua entre los bienes que formaban parte del negocio de alquiler de muebles de don Roberto Fourdiner<sup>802</sup>; lo que indica que, pese a su existencia, no debía tratarse de un método frecuente en la obtención del agua. No tenemos constancia tampoco para las viviendas analizadas de depósitos en los muebles fregaderos que permitieran surtir de agua los artesones mediante arcaduces o conducciones, aún cuando se tengan indicios documentales de la fabricación de estos últimos en el contexto zaragozano durante la segunda mitad del siglo XVIII<sup>803</sup>.

El cuidado de la ropa seguía un proceso diferenciado en al menos cuatro partes. Primero, limpieza en seco o lavado; a continuación, secado; después, planchado y, finalmente, su disposición de manera más o menos ordenada y accesible dentro del correspondiente mueble contenedor.

Antes de que se procediera a su limpieza, la ropa sucia se podía ir acumulando en un contenedor específico que evitara tener que mezclarla con la que se encontraba limpia. Sin embargo, el único caso de esta tipología constatado materialmente en las viviendas estudiadas tiene que ver con “Un cajón para guardar la ropa puerca con su

---

<sup>801</sup> AHPM. Prot. 21805/314 r.

<sup>802</sup> AHPM. Prot. 21878/422 r.

<sup>803</sup> ÁLVARO ZAMORA, M. I.: “La producción cerámica en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XVIII: la política gremial como elemento involutivo”, *Artigrama* 12 (1996-97), pp. 433-452; ABAD ZARDOYA, C.: *La casa y los objetos... Op. cit.*, p. 52, p. 150



cerradura en veinte y cuatro reales”<sup>804</sup>, entre los bienes de la fallecida esposa de don Antonio Viant, plumista de cámara de su majestad. En lo que respecta al lavado, tenía lugar, al igual que el de los utensilios de cocina, dentro de alguno de los artesones o barreños, cuya aparición entre los conjuntos de bienes estudiados se reiteraba una y otra vez. En algún caso, contaban con un mueble soporte específico para su colocación en altura, facilitando la posición erguida de la criada encargada de dicha tarea, el lavadero. Un conjunto concebido para dicho fin aparecía de nuevo entre los bienes de la fallecida esposa de don Antonio Viant: “Un lavadero con dos artesones, tabla para lavar y cubo en veinte reales”<sup>805</sup>. En esta primera fase era necesario aplicar algún tipo de producto que contribuyera junto al agua a eliminar la suciedad y al correcto blanqueamiento de la ropa. Todavía entonces era habitual recurrir al aprovechamiento de la ceniza producida en la combustión del hogar o de otros focos como los braseros para, mediante su cocción, obtener la colada o lexía. Cuando a ésta se le añadían restos de aceites o sebos de distinto tipo, reciclados también en la mayor parte de los casos entre los sobrantes de la manipulación de los alimentos en la cocina, se formaba una pasta o masa de densidad consistente y que servía según el *Diccionario de la Real Academia* para “limpiar, emblanquecer y ablandar la ropa, u otras cosas”, el xabón. Tenemos constancia de la existencia de tablas específicas para enjabonar la ropa, de similar formato a las que servían a las lavanderas para restregarla en los márgenes de los ríos. Así, la que aparecía entre otros útiles, asimismo, de carácter funcional en el espacio de la cocina, dentro del capital de bienes de don Francisco Bovadilla Alcocer: “Un badil, unas tenazas de hierro, un par de fuelles, un fregadero, una tabla de jabonar y un cucharero, todo en veinte reales”<sup>806</sup>. Para la tarea de lavado podían servirse también de un sacudidor que disminuyera el esfuerzo manual que tenía que ejercer la lavandera, aunque aquél era asimismo utilizado en las técnicas de “limpieza en seco”, que consistían fundamentalmente en el aireado y en el batimiento de ciertos elementos textiles. Dos sacudidores de ropa se anotaron entre los bienes del fallecido capitán de granaderos del regimiento de infantería de Lisboa, don Ramón Espadero<sup>807</sup>. Cuando la pieza sólo requería un leve repaso, para quitar el polvo o la pelusa más superficial, contamos con referencias a cepillos manuales, algunos de los cuales podían gozar de un carácter estético e incluso suntuario, formando parte de exquisitos conjuntos de tocador. Véase

---

<sup>804</sup> AHPM. Prot. 20985/309 v.

<sup>805</sup> *Ibidem.*, fol. 308 v.

<sup>806</sup> AHPM. Prot. 19510/393 r.

<sup>807</sup> AHPM. Prot. 20200/157 v.

el tocador que tasó el tallista y dorador Juan Madurate dentro del capital de bienes de don Pedro Prudencio de Taranco: “un tocador de charol fino compuesto de dos cajas grandes, una más chica para joyas, otra dicha para peines, dos dichas para polvos, otras dos para lunares, dos cepillos, uno para ropa y el otro para peinar y un espejo grande en trescientos cincuenta reales de vellón”<sup>808</sup>. Tanto para ser batida, como cepillada era práctico contar con un colgador específico sobre el que sostenerla y que materialmente se diferenciaba con respecto a una percha ordinaria para colgar ropa, si tenemos en cuenta el colgador para limpiar ropa y la percha para colgarla que aparecen diferenciados en una misma entrada del inventario correspondiente al capital de bienes de don Vicente González Arnao: “Un colgador para limpiar ropa y una percha para colgarla en cuarenta reales”<sup>809</sup>. Un elemento similar fue recogido entre los bienes aportados con motivo de su matrimonio por la esposa de don Pedro Monfort y Viergol: “Una percha de madera para limpiar ropa en diez y seis reales”<sup>810</sup>.

Una vez lavada, la ropa se podía tender y secar al aire, si había espacio adecuado para ello, o utilizar para este mismo fin la camilla para enjugar ropa. El *Diccionario de la Real Academia* la describía como “enjugador quadrado de madera y cuerdas que se dobla por medio de goznes” y de ellas se tienen referencias para los interiores madrileños habitados por los servidores de la monarquía. Se trataba de una estructura de escaso valor económico presente en casa del marqués de Portago<sup>811</sup>, don Pedro Prudencio de Taranco<sup>812</sup>, don José Chavarino<sup>813</sup>, don José Jiménez de Murillo<sup>814</sup>, don Antonio Marcelino de Armesto<sup>815</sup>, doña Marta María Rusca<sup>816</sup>, don Pedro María Ximénez de Lasarte y Montero<sup>817</sup> o don Juan Antonio Balcones<sup>818</sup>, cuya cuantía oscilaba entre los 4 reales de vellón, en que fue tasado el enjugador de costillas de doña Marta María Rusca, y los 24 reales de vellón en los que se valuó la camilla de pino de berjuela nueva que aportaba a su matrimonio la esposa de don José Jiménez de Murillo.

---

<sup>808</sup> AHPM. Prot. 18072/224 r.

<sup>809</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>810</sup> *Ibidem*.

<sup>811</sup> AHPM. Prot. 16471

<sup>812</sup> AHPM. Prot. 18072/208 v.

<sup>813</sup> AHPM. Prot. 19433/596 v.

<sup>814</sup> AHPM. Prot. 20169/296 v.

<sup>815</sup> AHPM. Prot. 19519/879 v.

<sup>816</sup> AHPM. Prot. 21757/212 r.

<sup>817</sup> *Ibidem*., fol. 277 r.

<sup>818</sup> AHPM. Prot. 21805/316 r.

La siguiente fase la constituía el planchado. Era un procedimiento necesario si se deseaba conseguir un acabado óptimo de las prendas, después de haber pasado por la acción del agua. Las planchas fueron objetos muy corrientes cuya existencia hemos podido atestiguar en aproximadamente el 40 % de las residencias estudiadas, complementándose a su vez de sabanillas de planchado. El sistema consistía en colocar dicho utensilio fabricado en hierro, con mango de madera –para no conducir el calor y poder manipular la plancha cuando estaba caliente- y de peso considerable, bien al fuego directamente en el hogar o sobre un brasero, para que tomara temperatura. Una vez caliente, se repasaban con él las prendas, previamente colocadas sobre una mesa o soporte liso. Un segundo modelo permitía depositar carbón en su interior, posibilitando no tener que calentar continuamente el instrumento en una fuente de calor. Obsérvese el que fue inventariado como “brasero para planchar” entre los bienes que aportó a su matrimonio la esposa de don Pedro Monfort y Viergol: “Un brasero de lo mismo para planchar en cincuenta reales”<sup>819</sup>. Sin duda alguna, un modelo de mayor sofisticación que los tradicionales y de escasa difusión, si atendemos a que es el único caso en el que se especifican tales características.

Ciertas casas de avanzado carácter en lo relativo a la distribución y especialización de sus estancias, contaron entre las piezas de servicios con un cuarto de planchar, tal y como lo hizo la vivienda donde residiera don Vicente González Arnao, en la calle de Atocha, a la cual le concederemos un apartado propio dentro del capítulo correspondiente al estudio de casos. Un espacio en el que probablemente se centralizaran las tareas que concernían a la limpieza y al cuidado de la ropa a las que desde estas líneas les venimos prestando atención.

Una vez listas para su uso, las prendas textiles se mantenían recogidas dentro de muebles contenedores. La tipología que tradicionalmente había servido para este fin en las viviendas era el arca. Presente e indispensable en los interiores medievales, su permanencia ha sido constatada para los dos primeros siglos de la Edad Moderna en la Península Ibérica. Sin embargo, a partir del siglo XVIII, el modelo original, construido a modo de cajón con tapa plana, fabricado en madera de pino o en su variante de calidad superior, en madera de nogal, con asas laterales que facilitaran su transporte y con

---

<sup>819</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

cerradura y llave que protegían y aseguraban el contenido de su interior, fue evolucionando y haciéndose más complejo en su estructura. Las arcas que aparecían dentro de las residencias de los servidores de la Monarquía analizadas adquirirían un carácter residual. Buena parte de las conservadas no debían ocupar ya lugares principales de la casa, tal y como lo hicieron las que durante siglos portaron las novias en el momento de su matrimonio y en las que contenían sus bienes dotales; los casos que relacionamos con esta tipología no alcanzan el 10 % y sólo un escaso 4,1 % formaban parte de los conjuntos dotales, atribuyéndose el resto como bienes de capital masculino o dentro de inventarios de bienes post-mortem –sin que se nos permita conocer cuál era el origen de aquellos muebles, que bien podían representar herencias por vía materna-. En algunos de los interiores madrileños analizados aparecían relegadas a cocinas o a despensas, cumpliendo con la función de muebles para almacenar alimentos y no bienes textiles dentro de las alcobas, dormitorios u otros espacios de la zona de recibimiento. En casa de don Domingo Martínez el arca de pino conservaba chocolate<sup>820</sup> y en el capital de bienes de don Manuel López se especificaba que se trataba de un arca de cocina<sup>821</sup>.

Se han podido distinguir variantes regionales para el arca, en el caso catalán, Mónica Piera constató la existencia de muebles con compartimentaciones interiores que facilitaban ordenar por separado, dentro de sus diferentes partes, los diversos contenidos. Dichos elementos podían depositarse directamente dentro del mueble: ropa blanca por un lado, de color por otro, vajilla, joyas; o ubicarse en otros contenedores más pequeños que se insertaban dentro del primero –pequeños cofrecitos o arquillas-. Sólo tenemos constancia de un arca para la que se especificara hallarse compartimentada, dentro del capital de bienes de don Juan Antonio Balcones: “Una arca de pino con su división pies clavados abrazaderas de hierro, cerradura y llave cuarenta y cinco reales de vellón”<sup>822</sup>.

Las arcas se diferenciaban, así de los baúles, como de los cofres, a través de las tapas convexas que componían las segundas tipologías. Los primeros han sido considerados como muebles de viaje, destinados a transportar elementos de diferentes

---

<sup>820</sup> AHPM. Prot. 17644/ 376 v.

<sup>821</sup> AHPM. Prot. 20466/306 r.

<sup>822</sup> AHPM. Prot. 21805/312 v.

características. De ahí se explica su composición exterior, cubiertos por forros de distinto género que sirvieran para protegerlos e impermeabilizarlos y reforzados en su estructura de madera mediante herrajes para poder soportar mejor los “golpes” del camino. En las relaciones de bienes correspondientes al colectivo de nuestro interés se especifican todas las precitadas cualidades: baúles forrados de tafilete y con tachuelas doradas, de vaqueta negra, de badana, cubierto de pellejo con sus barrotes en la cubierta, de pellejo con cuatro barretas, de camino, forrado de pieles, etc.

En dos baúles, que debían corresponderse con los modelos señalados, guardaba parte de sus ropas doña María del Pilar Sevillano, marcando la separación entre el indicado para la blanca y el de la ropa de color: “Dos baúles, uno mediano para la ropa blanca con su cerradura y el otro mayor con dos para la de color, que también trajo a este matrimonio”<sup>823</sup>.

El tratamiento de los interiores, forrando tanto los de baúles como los de cofres, también se muestra representativo de los muebles que sirvieron para ordenar en las residencias trabajadas. Las indianas revestían los dos baúles que formaban parte de la carta de dote de la esposa de don José Pinedo Velasco: “Dos baúles nuevos forrados de tafilete encarnado y por lo interior de indiana con tachuelas doradas ambos en trescientos cuarenta y seis reales”<sup>824</sup>, aunque tenemos testimonios que aluden a lienzos, pero también a papeles pintados. Una medida funcional a la vez que decorativa, que evitaba el contacto directo de los objetos contenidos con la madera del mueble.

El cofre, particularmente, debió heredar para este período cronológico y en el contexto geográfico de Madrid, los valores, a la vez, funcional y simbólico, atribuidos al arca para la etapa anterior, habiéndose constatado su presencia en aproximadamente el 50 % de las residencias estudiadas. Aparecían asociados a la carta de dote y como contenedores de los principales elementos textiles que formaban aquella –tanto ropa blanca como trajes y joyas de la futura esposa-. Podían aparecer con marcas o signos indicativos de quién era su propietario. Así, los cofres que se apuntaban en 1780 en la relación de bienes dotales de doña Ana María Vicente, esposa de don Pedro Antonio de Cuéllar, portero de estrados en propiedad del Consejo de la Inquisición. Se trataba de un

---

<sup>823</sup> AHPM. Prot. 21920/685 v.

<sup>824</sup> AHPM. Prot. 19510/56 r.

cofre grande, cubierto de badana encarnada, con tachuelas doradas y con el nombre de la referida doña Ana, al que le acompañaba otro cofre “más chico” en los mismos términos<sup>825</sup>. El primero fue tasado en 135 reales de vellón y el segundo en 97.

Se decoraban adecuadamente –con terciopelos y damascos- para poder ocupar un lugar visible en zonas de representación de la vivienda, como podemos considerar al dormitorio principal. De estos aspectos es ampliamente ilustrativa la descripción que aparecía en la carta de dote de la esposa de don Joaquín Crespi Valdaura:

“Tres cofres grandes de pino de buena madera, los dos de vestidos con sus cajones y divisiones guarnecidos por dentro con lienzo y encima con damasco blanco y cubiertos por fuera de terciopelo verde con galón de oro falso y lo mismo los pies con dos cerraduras y llaves abrazaderas, manezuelas, aldavones y demás herraje dorado a fuego. Y el otro para la recámara de plata con sus respectivas divisiones, cubierto por adentro de algodón y por afuera de tafletes ricos verdes claveteado de tachuela dorada fina con dos cerraduras y demás herraje completo dorado y empavonado todo con sus cubiertas de badanas finas que con sus hechuras, el costo de dorado a fuego y apavonado, telas y demás con inclusión de una camilla y silla de retrete según la cuenta ascienden al valor de 7.576 reales de vellón”<sup>826</sup>.

La rotunda necesidad de unos interiores compartimentados sentó las bases para el desarrollo de otras tipologías muebles que sustituyeron las tapas en la parte superior, por aquéllas en la parte frontal a modo de puertas o cajones. Armarios y cómodas permitían clasificar de forma ordenada, en compartimentos separados, los distintos elementos que se recogían en ellos. Además, estas últimas, con una altura que las permitió dotarse asimismo de una funcionalidad sustentante, como medio expositor de otros objetos; aprovecharon de este modo la desaparición de la tapa superior, sustituida por una pieza fija que sirviera de soporte a otros elementos, como hasta entonces lo habían hecho los diferentes modelos de mesas y bufetes.

Por su parte, los armarios guardarropa se compartimentaban en su interior en entrepaños o anaqueles y cajones que se cubrían al exterior por puertas macizas, de una o varias hojas según su anchura, y de una altura que tendía a superar las dos varas. Se

---

<sup>825</sup> AHPM. Prot. 19007

<sup>826</sup> AHPM. Prot. 18202/818 r-818 v.

diferenciaban así de otras tipologías de armarios con puertas diáfanas que se cubrían con distintos materiales –listones de madera a modo de enrejado, alambre o vidrio-, cuya finalidad era ventilar su contenido, para el caso de las alacenas donde se guardaban alimentos, o exhibirlo, si se trataba de muebles depositarios de piezas de vajilla, librerías, etc.

Es difícil distinguir de qué modalidad de armario se trataba, a través de las escuetas descripciones llevadas a cabo por la mayor parte de los tasadores, quienes, salvo en las ocasiones que especificaron su cualidad de guardarropa, los anotaron, por lo general, sin acompañamiento de calificativo alguno que explicitara su funcionalidad práctica precisa y si podían estar destinados a las dependencias de cocina o despensa, o a cualquier otra de la casa, con una voluntariedad en este último caso, por aunar los valores funcional y estético. Como ejemplo de esta última tipología, tómese el mueble aportado a su matrimonio por la esposa de don José Manuel de Plaza y Torrecilla: “Un armario guardarropa de pino de dos varas y media de alto y vara y media poco más de ancho con dos gavetones dado de blanco por dentro con su copete de talla y por fuera imitado a raíz de olivo en mil y doscientos reales”<sup>827</sup>.

Un porcentaje en torno al 24,5 % de aparición dentro de las viviendas que nos hallamos analizando, al mismo tiempo que su disponibilidad como mueble de alquiler en el negocio de don Roberto Fourdinier –donde se han podido contabilizar 13 ejemplares de armarios en general y 3 guardarropas- convierten al armario en un incipiente mueble contendor dentro de los interiores domésticos madrileños habitados por los servidores del Estado durante la segunda mitad del siglo XVIII, por delante de las tradicionales arcas.

Respecto a las cómodas<sup>828</sup>, sus orígenes han sido establecidos por parte de las especialistas en historia del mueble en las cajoneras de las sacristías, destinadas a contener las sagradas vestiduras y otros objetos relacionados con la liturgia. Su introducción en la corte madrileña, procedentes de Francia, se ha considerado posterior a su aparición en la región catalana –hacia mediados del siglo XVII-, a través de canales

---

<sup>827</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>828</sup> Constituye una aportación fundamental la Tesis de Mónica Piera Miquel: *La calaixera o cómoda catalana y sus variantes tipológicas en el siglo XVIII*. Universidad de Barcelona, 2002. Ver PIERA MIQUEL, M.: “La cómoda y el tocador...” Op. cit.

relacionados con el comercio marítimo. Mónica Piera consideraba que podía ser comprendida como el mueble contenedor que pasó a sustituir a las tradicionales arcas que aportaban las esposas a su matrimonio, dando cabida a buena parte del resto de los bienes. En el caso madrileño no reconocemos dicho símil, puesto que, aunque aparecen asociadas a cartas de dote, también formaron parte de los capitales masculinos y fueron inventariadas entre los elementos considerados gananciales de matrimonios como el formado por don Domingo Martínez y doña María Josefa Amarita: “Una cómoda de nogal 330”<sup>829</sup>. Tampoco podemos considerarlas como muebles de ostentación, pese a que se hallen piezas de la calidad y el valor económico de la aportada a su matrimonio por la esposa de don Francisco Fernández de Córdoba: “Una cómoda embutida de diferentes piedras, bronces, maderas todo precioso tasada en treinta mil reales de vellón”<sup>830</sup>. Cualquier interesado podía contar con una alquilada en el negocio de alquiler de muebles de don Roberto Fourdinier, las cuales fueron tasadas entre los 8 reales de vellón, la más barata, y los 100, la más cara. Cuyas calidades variaban entre la madera de pino, de cedro, de nogal, o las que se anotaron como maderas finas<sup>831</sup>. Un mueble que dentro de las viviendas estudiadas se ubicaba en términos de presencia por detrás del arca –un 9,9%–, debido a que en su funcionalidad no estaba concebida como mueble para el almacenaje de productos comestibles y otro tipo de útiles relacionados con la cocina.

### 5.3 Iluminar y calentar

La iluminación y la calefacción de los interiores de habitación contribuyeron a generar espacios en los que la vida se desarrollaba más fácil y cómodamente.

La iluminación artificial permitía que las jornadas y, consecutivamente, la actividad de las personas dentro de sus casas, se ampliaran más allá de la puesta del sol, cuando la noche caía y la luz no penetraba ya a través de los vanos. Aunque si pensamos particularmente en Madrid y en la estructura arquitectónica de la mayor parte de los inmuebles que formaban su caserío –debido a las reducidas dimensiones de los solares, los cuales permitían estrechas fachadas con vanos y el desarrollo de los cuartos en profundidad, procurando dotarse de luces y ventilación mediante ventanas abiertas a

---

<sup>829</sup> AHPM. Prot. 17644/382 r.

<sup>830</sup> AHPM. Prot. 21538/86 r. (2ª foliación)

<sup>831</sup> AHPM. Prot. 21878, f. 405 v., 410, 411, 414, 417, 430



patios interiores- no se debía esperar a la llegada de la noche para hacer uso de iluminación no natural dentro de las numerosas estancias ciegas de las que tenemos constancia –alcobas y dormitorios, fundamentalmente- en cuartos ocupados por individuos de prácticamente todas las condiciones sociales.

Los métodos a los que se recurrió variaron dependiendo de la zona de la vivienda o de la estancia de la que se tratara. El aceite, el sebo y la cera fueron las materias más utilizadas, sin embargo, la cera blanca, el producto más caro, se reservaba para su uso en espacios principales y sobre soportes que asimismo eran indicativos de la distinguida condición de quien disfrutaba de ellos. La plata como material sobre el que fabricar los instrumentos que sustentaban las luces adquiere una vez más, como ya se ha podido comprobar dentro de otros apartados, un valor funcional, al mismo tiempo que suntuario. No obstante, las tipologías de los instrumentos destinados a la iluminación artificial se repetían en calidades diferentes. Los candeleros eran definidos por el *Diccionario de la Real Academia* como “Instrumento de madera, barro, plata, bronce, u otra materia, con su pie que le sirve de asiento, y una como columna, que en la parte superior tiene un cañón donde se mete la vela para que esté derecha y firme”. Las palmatorias, eran según el mismo *Diccionario* un “Género de platillo redondo, con su borde, y un cañoncito en medio (capaz de poner en él una bugía), con un mango proporcionalmente largo para llevarle en la mano; y sirve para alumbrar en el altar. También se llama así una especie de candelero con su mango del mismo metal, que sale desde el borde, y se usa mucho en las casas, por ser muy manual para alumbrar”. Las despabiladeras constituían un complemento fundamental a estos instrumentos. Servían para apagar la mecha de la vela y recoger en una especie de cajita que componía su estructura, en forma de tijeras acabadas en el precitado recipiente, el pabilo o pavesa.

Todos ellos podían ser objetos de lujo, formando parte de un recado de tocador fabricado en plata, de las piezas que componían un servicio de mesa o de las que acompañaban un juego de escribanía. Mientras, aparecían igualmente entre los “trastos de cocina” o en la “espetera” fabricados en azófar, en hierro, al lado de sartenes, planchas, peroles, asadores, garabatos. Podemos afirmar que el candelero fue el instrumento de iluminación por antonomasia dentro de los espacios de habitación de los servidores del Estado, debido a su versatilidad para encajar en las distintas piezas de la casa. Su presencia nos remite a un porcentaje del 38,01 %, al que si le sumáramos el

25,61 % correspondiente a su versión con mango –la palmatoria-, que contribuía a su carácter portátil, obtenemos que se debían hallar presentes en cerca del 65 % de las viviendas.

El velón, cuya definición nos remitía a un “Instrumento para las luces de aceite. Es un vaso en figura redonda, que llaman cebolla, con una, dos, o más narices, que llaman mecheros, colocado en una vara, o espiga con su pie. Hácense de diversos metales, y en varias formas, o figuras”, perdía, sin embargo, las connotaciones de instrumento de carácter suntuario y destinado a ubicarse en los espacios principales de las viviendas. Su valor, esencialmente funcional, le llevó a los aposentos destinados al servicio y a los servicios. Similar ubicación se les debió dar a los candiles, instrumentos realizados en materiales en extremo baratos como el hierro o la lata que no superaron individualmente el precio medio de los 2 reales de vellón, y cuya alimentación se proveía también mediante aceite o manteca derretida. Fueron los que contaron con menor presencia dentro de las viviendas estudiadas, sólo registrados en un 14, 04 % de ellas. Hecho indicativo de la baja calidad funcional que debió proporcionar aquel sistema del vaso abarquillado con pico delantero y mango, al cual se podía unir una varilla de hierro con un garabato que servía para colgarlo, dentro del cual se ponía otro vaso más pequeño de similar hechura –la candileja- en el que se echaba el combustible y donde se metía la torcida de algodón o lienzo, cuya punta salía por el pico y era la que se encendía y daba luz. Éste pudo ser sustituido en las residencias de los servidores de la Monarquía mediante los precitados velones –presentes en un 30,57% de las viviendas-, que, al poseer más de un mechero y constar de una pantalla que reflejaba y proyectaba la luz, debían ofrecer resultados de iluminación más óptimos.

En el extremo opuesto, tanto por su ubicación en estancias principales de recepción, como por su carácter decorativo y en ningún caso destinados a aposentos distintos de los mencionados, se hallaban las cornucopias, a las que ya nos refiriéramos precisamente al tratar sobre la función de recibir, formando parte de aquellos conjuntos tallados y dorados compuestos por espejos, marcos de pinturas, etc. Elementos muebles que desde su introducción en las viviendas de las elites a comienzos del siglo XVIII, mantenían todavía a finales de la centuria un marcado carácter exclusivo, como resultado de su falta de adecuación a espacios de reducidas dimensiones y cuya presencia en el conjunto de las residencias analizadas se ha calculado en torno al 24 %.

Pero, la máxima expresión de la ostentación a través de los instrumentos relacionados con la iluminación artificial de las estancias la representaban las arañas. Su definición académica expresaba a la perfección su utilidad: “Especie de candelero sin pie con varios mecheros para poner luces. Es de madera, metal, o cristal, y se cuelga en las salas, o piezas principales de las casas, o en otras que se quieren iluminar. Llámase así, porque los brazos de los mecheros le dan alguna semejanza con la araña”. Su presencia superaba escasamente el 6 % dentro de las residencias analizadas. Comprensible si tenemos en cuenta que se trataba de objetos de verdadero lujo realizados en cristal, de origen veneciano, para los casos de don Antonio Marcelino de Armesto y de don Juan de la Cruz Adanero, tasadas cada una de ellas en 400 reales de vellón<sup>832</sup>.

La estructura de los faroles también constaba de vidrio. Varias paredes que rodeaban a la mecha, evitando de esta forma que fuera apagada por el aire. De ahí que su utilización haya quedado constatada para espacios abiertos, que sufrían de corrientes de aire por la continua apertura de las puertas, como lo eran los portales. Así, el que fue recogido en el inventario de bienes post-mortem de don Antonio Marcelino de Armesto: “Un farol para portal de cuatro cristales entrefinos de más de tercia con lamparilla y celindro de reverbero en treinta y seis reales”<sup>833</sup>. Sin embargo, su presencia no debió ser habitual, si atendemos a su aparición en un escaso 7,4 % de las viviendas estudiadas.

En lo que al acondicionamiento térmico de los espacios se refiere, las viviendas madrileñas, en general, se mantuvieron fieles al tradicional método de calefacción que representaba el brasero. Todavía a finales del siglo XVIII no habían llegado a imponerse fórmulas consideradas por los europeos mucho más convenientes, como lo era la chimenea francesa, la cual, considerando su carácter de infraestructura, fue analizada en su apartado correspondiente, en el que se pudo afirmar la escasez de las mismas, aún en espacios de habitación de avanzado nivel de desarrollo material.

El brasero constituía un instrumento portátil que facilitaba su utilización en más de un espacio de la casa, permitiendo ser trasladado allí donde permanecían sus moradores

---

<sup>832</sup> AHPM. Prot. 19519/882 v., AHPM. Prot. 19655/15 v. (4ª foliación)

<sup>833</sup> AHPM. Prot. 19519/909 v.

durante los distintos momentos a lo largo de la jornada. Tal y como se haya podido atestiguar para tantos otros elementos materiales durante el período analizado, una misma tipología cumplía con similares funciones dentro de las viviendas correspondientes a los miembros de la estratificada pirámide poblacional, marcando la diferencia entre unas y otras el material en el que estaban fabricadas. Eso es lo que ocurría con aquel foco de calefacción, cuya estructura constaba de una bacía que se acompañaba por una caja o tarima construida en madera – de pino, nogal, cedro-, sobre la que apoyarse –si no poseía patas- para evitar el contacto directo de la superficie ardiendo con el suelo, además de por un badil o especie de pala destinada a poner, mover y retirar las brasas en su interior. Su fábrica en azófar, cobre, hierro o plata condicionaba que los braseros de una casa estuvieran situados en una u otra estancia de la misma; también su tamaño iba a ser tenido en cuenta, utilizando piezas de mayores dimensiones para las estancias de más amplitud y otras más reducidas para espacios más pequeños. Al igual que haya podido confirmar Carmen Abad para la Zaragoza de la primera mitad del siglo XVIII, los braseros realizados en plata eran meros testimonios del siglo pasado en Madrid. Su escasa aparición, formando parte de cartas de dote pertenecientes a mujeres nobles, es indicativa de su condición de bien de alto valor económico y dentro de la tradición familiar al mismo tiempo, tal y como en ello nos reafirma la aparición del escudo de armas de la casa de doña María Francisca Carvajal Zúñiga y Lancáster en el que aportó entre los elementos de plata de su recámara ante su matrimonio con don Joaquín Crespi de Valdaura<sup>834</sup>.

Hemos sido capaces de identificar la presencia de al menos un brasero en aproximadamente el 24 % de las residencias. Esta cifra no hace en absoluto justicia a la amplia difusión que de este medio calefactor se ha venido considerando por parte de los especialistas para la Edad Moderna en general, y particularmente en el Madrid del siglo XVIII, basados fundamentalmente en testimonios procedentes de los relatos de viajeros. Desde aquí proponemos dos posibilidades. Por un lado, que el brasero fuera un elemento de carácter básico, que se adquiría para acondicionar el espacio de habitación, sin tener por qué formar parte de las cartas de dote o de las cuentas de capitales que se aportaban al matrimonio, y que son los datos con los que aquí contamos mayoritariamente, –aunque sí se hallara entre los bienes que componían algunas de

---

<sup>834</sup> AHPM. Prot. 18202/812 r.-812 v.

ellas-. Por el otro, que la mayor parte de los interiores de las viviendas, aún de familias de calidad, carecieran de métodos calefactores más allá del foco que significaba el hogar; lo que nos induce a pensar en espacios donde las bajas temperaturas y el consecutivo malestar de los cuerpos a causa de aquéllas debían ser la tónica general durante los duros inviernos de la capital.

La estufa debió ser una alternativa minoritaria al brasero. Sólo tenemos constancia de 3 dentro del conjunto de viviendas analizado, por lo tanto, había de tratarse de un elemento escasamente difundido. Si atendemos a las características de aquellas que se anotaron entre los bienes de los servidores de la Monarquía, no respondían necesariamente a elementos de elevado coste económico. Así, la inventariada entre los bienes de la esposa de don Antonio Viant: “Una estufa en veinte reales”<sup>835</sup>, cuyas características desconocemos, pero que, debido a su precio, tenía que encontrarse lejos del prototipo definido por el *Diccionario de la Real Academia*: “Máquina de hierro o barro en que se pone fuego para calentar los cuartos con un cañón para que salga el humo”. A dicho modelo sí que debieron responder la que perteneció a la viuda de don Manuel Serrano y Rojo: “Una estufa de hierro en quinientos cincuenta reales”<sup>836</sup>, o las dos estufas con las que contaba en su residencia de la calle de Atocha don Vicente González Arnao, una ubicada en el gabinete principal y la otra en el despacho. Ambas fueron tasadas en 1.000 reales de vellón<sup>837</sup>.

## **6. Las prácticas culturales: De la afición al coleccionismo**

### **6.1. Las bibliotecas**

El libro dentro del entorno doméstico adquiriría una serie de significados en los que profundizaremos desde estas líneas. Tradicionalmente, este objeto ha sido comprendido como reflejo de los intereses culturales de quien lo poseía, así como en algunos de los casos, de una faceta coleccionista por parte de los propietarios de extensas librerías, a la vez que, un instrumento de trabajo que respondía a las necesidades profesionales de su propietario. Pero, también un elemento indicativo de la religiosidad de quien componía su librería con determinados autores y títulos.

---

<sup>835</sup> AHPM. Prot. 20985/308 r.

<sup>836</sup> AHPM. Prot. 20331/179 r.

<sup>837</sup> AHPM. Prot. 21596/s/f

No obstante, es arriesgado asegurar que los libros que formaban la biblioteca de una persona nos ofrecen una imagen sobre las prácticas lectoras de su propietario. Más aún, lo es determinar que aquellos hubieran contribuido en la configuración intelectual o de la línea de pensamiento de quien los poseía. Por el contrario, si pudieran ser indicativos sobre algo, en algún caso, su posesión podría hablarnos de un conjunto de trabajos que respondían a la existencia de una línea de pensamiento previamente configurada, la cual había llevado a su propietario a poseer esos libros y no otros.

La documentación notarial es indicativa de la presencia del libro, sin embargo, poseer no revela que los libros contenidos en las escrituras públicas aquí tratadas representaran las lecturas reales de quienes los poseían.

Don Pedro Prudencio de Taranco era en 1780 un consejero del Real Consejo de Órdenes que, a los 62 años de edad, se disponía a contraer matrimonio con doña María de las Mercedes de Parada<sup>838</sup>. Dado el crecido patrimonio que el futuro esposo había logrado acumular a lo largo de su vida, tuvo clara la necesidad de contabilizarlo formalmente, es decir, llevando a cabo la realización de un inventario de bienes de carácter judicial. El 27 de septiembre de 1780, el librero don Bartolomé Ulloa era nombrado, entre otros profesionales de diferentes áreas –sastre, colchonero, costurera, dorador, pintor, carpintero, calderero...- tasador de los bienes correspondientes a su oficio que formaban parte del patrimonio del consejero Taranco. El inventario se ejecutó en el lugar donde aquellos se hallaban ubicados, el cuarto segundo donde residía don Pedro, en la casa número 10 de la calle de San Pedro y San Pablo. La descripción de la librería, como era denominado en la escritura el conjunto de los libros que don Pedro Taranco tenía en su vivienda, se realizó alfabéticamente. Para cumplir con dicho orden se tomaba la letra inicial, aunque ésta no siempre correspondía al mismo elemento descriptor, por el contrario, unas veces se tomaba en cuenta algún componente del nombre del autor –apellido, nombre o título de carácter profesional-, mientras, en otras ocasiones la inicial procedía del título del libro. El resto de los datos aportados para cada una de las entradas eran relativos al lugar de impresión, la fecha de la misma, el número de tomos, el formato del libro y el material sobre el que tomaba su forma. El análisis de autores y títulos nos indica que este consejero había reunido una librería que

---

<sup>838</sup>AHPM. Prot. 18072/197 r. y ss.

superaba los 250 libros, fundamentalmente relacionada con su profesión de jurista, especializado durante sus años de ejercicio como catedrático en la Universidad de Alcalá de Henares en Derecho Romano y Canónico<sup>839</sup>.

### **6.1.1 Los libros como objetos de uso cotidiano**

La formación de una librería respondía a la coexistencia de varios canales a través de los que introducirse los libros que iban a componer el conjunto.

En primer lugar, podía tratarse de libros adquiridos voluntariamente, ya fueren nuevos o de segunda mano. A ambos tipos se tenía acceso en establecimientos de carácter variado. El comercio del libro no se encontraba reducido a su compra-venta en librerías, por el contrario, los libros se vendían en negocios de diferente tipo, donde aquellos se mezclaban con otros productos, o se despachaban directamente en porterías o casas particulares. Los anuncios de venta que aparecían en la prensa periódica, como es el caso del *Diario de Madrid*, para el período cronológico aquí tratado, informaban sobre la posibilidad y condiciones de compra de determinados libros. Las impresiones de nuevos títulos o reimpressiones de antiguos se publicitaban acompañadas de un breve comentario sobre la temática del libro, así como acerca de su autor y/o traductor, para el caso de los ejemplares traducidos desde un original redactado en otra lengua. A esta información le acompañaban los datos prácticos relativos a los establecimientos donde podían adquirirse, además del precio del libro según su formato y los materiales por los que estuviera compuesto. Obtener determinados ejemplares implicaba una suscripción previa, la cual repercutía directamente en el precio de adquisición, que se veía reducido. Obsérvese el caso del clásico de Homero, la *Ilíada*:

---

<sup>839</sup>Sobre bibliotecas de profesionales ver ARIAS DE SAAVEDRA, I.: “La biblioteca del jesuita José Ruiz, profesor de Teología Moral (1767)”, LÓPEZ-GUADALUPE, M. L., LARA, A. y CORTÉS, A. L. (coords.): *Iglesia y sociedad en el reino de Granada (ss XVI-XVIII)*. Granada, Universidad de Granada, 2003, pp. 311-325; “Los libros privados de los profesores del colegio jesuita de San Pablo de Granada”, *Aulas y saberes*. Valencia, Universitat de València, 2003, pp. 159-180; “Libros extranjeros en la biblioteca...” Op. cit.; “Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII”, *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 35 (2009), pp. 15-61; “Lecturas de un magistrado del Antiguo Régimen: la biblioteca de Rodrigo Márquez de Plata, juez de grados de la Audiencia de Sevilla”, BRAVO CARO, J. J. y VILLAS TINOCO, S. (eds.): *Tradición versus innovación en la España Moderna*, vol. 1. Málaga, FEHM, 2009, pp. 219-240

“*Diario de Madrid*, 9 de enero de 1788

Subscripción a la *Ilíada* de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo por don Ignacio García Malo. Tres tomos en octavo marquilla prolongado; impresión de Aznar. Esta obra no necesita más elogios que el nombre mismo de su autor, llamado comúnmente Pintor divino de la naturaleza. Se subscribe en las librerías de Castillo, frente de las gradas de San Felipe y en la de Munita, calle de las Carretas, a 41 reales por los tres tomos a la rústica; siendo el precio para los que no subscriban de 60 reales. En dichas librerías se da gratis el prospecto de esta obra”<sup>840</sup>.

Una edición distinta de la *Ilíada* a la publicitada en la prensa periódica de finales de los años ochenta era la que formaba parte de la librería que poseía don Vicente González Arnao tras contraer matrimonio en diciembre de 1802, a los 36 años de edad, con doña María del Carmen Elejalde y Zubiaga<sup>841</sup>. El todavía entonces abogado de los Reales Consejos, que llegara a convertirse en 1809 en Secretario del Consejo de Estado Josefista<sup>842</sup>, conservaba en su casa una nutrida colección bibliográfica. Ésta se componía no sólo de los libros que podemos calificar de personales, sino también de cerca de seiscientos volúmenes destinados al comercio. Entre aquellos libros personales, contenidos en seis estantes, “reunidos según abecedario”, es decir, ordenados alfabéticamente, se hallaba un ejemplar del clásico de Homero en un único volumen, en formato de cuarto y tasado en 90 reales de vellón. Su mayor tamaño con respecto a la edición ofertada en el *Diario de Madrid* –en cuarto y conteniendo en un único volumen lo que en la anterior se repartía en tres-, así como su encuadernación en pasta, frente a la encuadernación a la rústica de la impresión de Aznar, hacían de la *Ilíada* de González Arnao un libro de mayor prestancia que aquel que se podía adquirir a través de suscripción. Aspecto que quedaba reflejado asimismo en su valor económico, 90 reales, frente a los 41 bajo suscripción y 60 sin ella que se publicitaban en la publicación periódica. También debió influir su forma en su uso práctico; menos manejable que la edición en octavo a la rústica, el ejemplar de la librería del abogado no facilitaba el ser portado, así como llevar a cabo su lectura sin la existencia de una superficie en la que ser apoyado. Tal vez se trataba de un libro hecho para formar parte de una librería, entendamos ésta como una colección cuya finalidad era la presencia misma del conjunto como medio a través del que dotar a su propietario de una determinada imagen, relativa

---

<sup>840</sup>*Diario de Madrid*, 9 de enero de 1788

<sup>841</sup>AHPM. Prot. 21596/s/f

<sup>842</sup>FICHOZ: 006891



a su vinculación con la cultura escrita. Si aquella *Ilíada* se leyó más o menos que las que se adquirieran en las librerías de Castillo y Munita es prácticamente imposible de descifrar por parte del historiador.

Pero, tal y como se avanzaba, no sólo se compraban y vendían libros en las librerías. Es innegable que los cerca de 600 ejemplares ubicados en dos estantes, que la cuenta de capital de don Vicente González menciona como reservados, poseían como destino el comercio. De los 371 volúmenes primeros desconocemos sus títulos, aunque sabemos que se acompañaban de un índice en el que aparecían indicados sus precios, un total de 10.698 reales de vellón. A la reafirmación de la idea de su presencia para la puesta en venta contribuye, asimismo, que el abogado conservara las correspondientes licencias. Para los 200 ejemplares de la obrita *Ensayo de una historia civil de España*, ubicados, al igual que los anteriores, en los “estantes reservados”, hallamos similar destino comercial. Dicho trabajo correspondía a la autoría de don Vicente y había sido impreso en Madrid, en la oficina de don Benito Cano, en 1794<sup>843</sup>. Observamos así, que la faceta del abogado como actor activo dentro del circuito de comercialización bibliográfico estaba íntimamente relacionada con su vertiente de autor. Miembro de la Real Academia de la Historia desde 1794, formó parte de su junta para la redacción del *Diccionario Geográfico-Histórico de España* y ocupó un puesto activo en su redacción. Ya en 1811, fue elegido presidente de dicha Academia y al final de su vida ostentaba el título de antiguo secretario perpetuo de la misma.

Pero, no se hallaban libros destinados a la venta sólo en lugares –establecimientos o viviendas- que se pudieran vincular directamente con el mundo cultural y literario, por el contrario, el comercio de libros se practicaba y publicitaba en otro tipo de negocios a los que poco podríamos hallar en común con tal sector. A modo de ejemplo, otro anuncio en el *Diario de Madrid*, aquél del 10 de enero de 1788: “En la Carrera de San Jerónimo, casa del sombrerero, se venden tres tomos en folio de la *Mística ciudad de Dios*”<sup>844</sup>.

---

<sup>843</sup>Datos de la edición procedentes del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico: [http://www.mcu.es/patrimoniobibliografico/buscarDetallePatrimonioBibliografico.do?brscgi\_DOCN=000307271&language=es&prev\_layout=catBibliografico&layout=catBibliografico]. Consulta realizada el 20 de agosto de 2013

<sup>844</sup>*Diario de Madrid*, 10 de enero de 1788

Otro espacio de comercialización, al que desde aquí sólo apuntaremos, debido al interés que tiene la realización de un estudio en profundidad, era el de las almonedas. Si tras el fallecimiento de un individuo se disponía la venta de sus bienes en almoneda, tanto compradores particulares, como libreros, podían hallar la oportunidad de adquirir los libros del difunto. La venta tendía a realizarse in situ en la propia residencia del fallecido, donde previamente se había inventariado y tasado el conjunto de sus bienes muebles. Se trataba de un comercio, constatado, de obras de segunda mano del que con frecuencia se abastecían las librerías tanto de los particulares como de los comerciantes libreros.

Sin embargo, todos los ejemplares que componían la librería no tenían por qué responder a la elección y adquisición personal por parte de su propietario. Hasta ella podrían haber llegado a través de diferentes vías como la herencia o el regalo.

Pese a las deficiencias que la documentación notarial pueda ofrecer para adentrarnos en determinados terrenos relativos a la composición de las librerías, se trata de una fuente esencial a la hora de conocer aquellos datos respecto a la transmisión de los libros como parte de la herencia. Nos interesamos, así, por los ejemplares que pese a formar parte de la librería particular de un individuo, poco o nada tenían que ver con la propia voluntad selectiva de su propietario. Habían llegado hasta ella tras el fallecimiento y reparto de los bienes de algún familiar, en la mayor parte de los casos de los padres. Actuales trabajos sobre la transmisión del patrimonio familiar han trazado la tendencia que tendía a repetirse. Los conjuntos de libros, debido al valor cultural del que se los dotaba, al igual que otro tipo de bienes de carácter productivo –las herramientas de un taller, un oficio público-, solían pasar a formar parte de las hijuelas correspondientes a los hijos varones. Por su parte, las de las hijas estaban formadas por otros elementos, de estrecha vinculación al terreno de lo doméstico –ajuares textiles, menaje de cocina-<sup>845</sup>.

La reproducción socio-profesional constatada para muchos de los servidores del Estado, nos permite observar a hijos que siguieron las trayectorias de sus padres dentro de determinadas instituciones o cuerpos. No resulta extraño, entonces, que los libros de

---

<sup>845</sup>GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M.: “Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses...” Op. cit.

carácter profesional, aunque también de otros géneros, que componían las librerías de sus progenitores pasaran a engrosar los conjuntos bibliográficos de sus descendientes varones, y no sólo en el salto de una generación. A don Juan Nepomuceno de Aranda, quien llegara a ocupar un puesto de oficial segundo en la Contaduría Principal de Propios y Arbitrios de Madrid<sup>846</sup>, le correspondieron, en 1795, 22 títulos, que hacían un total de 53 volúmenes, como parte de su legítima paterna<sup>847</sup>. Su padre, don Jerónimo Jacinto de Aranda, que había ocupado, al igual que años más tarde lo hiciera su hijo, una oficialía en la Contaduría de Propios y Arbitrios, había sido el encargado de transmitir por vía de herencia una colección de libros ya configurada a su único hijo varón.

Por su parte, el libro como regalo<sup>848</sup> es un tema difícil de percibir a partir de la documentación que nos hallamos analizando. Los regalos, cuyos significados fueron originalmente analizados desde la Antropología, aparecen mencionados dentro de ciertas cartas de pago y recibos de dote. Algunos familiares o amistades agasajaban a la futura esposa con diferentes presentes. Sin embargo, los libros eran elementos prácticamente inexistentes entre ellos. Con el fin de percibir cierta modalidad de regalo dentro de las librerías de los más altos empleados de la Monarquía, tendríamos la necesidad de profundizar más allá de la, en mayor o menor medida, escueta descripción de los libros que aparece en las escrituras sobre las que trabajamos. Tal vez, el análisis de las dedicatorias habría de permitirnos reconocer en el poseedor de un libro al titular de su dedicatoria. Autor, traductor o impresor, es decir, quienes dentro del proceso de composición del libro se encargaban de dedicar la obra a cierto personaje, podrían haberlo hecho a uno de los altos cargos del Estado que se vienen mencionando. Los motivos podían ser variados, bien, el mecenazgo por parte del destinatario de la dedicatoria, del autor o de la obra correspondiente; bien, con la intencionalidad por parte del dedicante de recibir como contrapartida a dicha dedicatoria algún tipo de beneficio o contraprestación de carácter profesional, económico y/o social.

Tomemos, una vez más, el caso de don Gaspar Melchor de Jovellanos. El ministro de Carlos IV ha sido reconocido por la historiografía, más allá de por su labor de

---

<sup>846</sup>XARAMILLO, G. A.: *Guía de la Real Hacienda...* Op. cit., p. 69

<sup>847</sup>AHPM. Prot. 20385/s/f

<sup>848</sup>ZEMON DAVIS, N.: "Beyond the market: books as gifts in Sixteenth-century France", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5 vol. 33 (1983), pp. 69-88

Estado, por su fuerte vinculación al mundo de las letras. Impulsor y patrocinador de autores literarios, tuvieron que formar parte de su librería<sup>849</sup> no pocas obras dedicadas a su persona, que llegaran hasta ella como regalo de sus dedicantes. Ése fue, a grandes rasgos, el caso de las *Poesías de Fray Diego González*. El magistrado estimuló al agustino para que redactara el poema *Las edades*. Éste falleció dejándolo inconcluso y Juan Fernández de Rojas fue el encargado de compilar el material existente y darlo a la imprenta<sup>850</sup>. Una vez publicado el libro, Jovellanos recibió un ejemplar de parte de su editor. La dedicatoria, que había sido redactada por el propio fray Diego, iba dirigida al “sabio Jovino”<sup>851</sup>.

Hasta aquí, hemos venido haciendo mención a los libros poseídos y los canales de introducción de aquellos por los que se formaban las librerías de los servidores del Estado. No obstante, hemos mantenido presente que la posesión ni era entonces, ni lo es ahora, directamente indicativa de las prácticas reales de lectura. Si verdaderamente queremos introducirnos en las dinámicas de apropiación intelectual de la cultura escrita, deberíamos acudir a otro tipo de fuentes, diferentes de la documentación notarial. Existían múltiples formas de acceso a la lectura y al contenido de lo escrito.

La correspondencia epistolar nos permite comprobar cómo los corresponsales trataban del libro prestado. Libros que se prestaban e intercambiaban entre amigos, de los que han dejado reflejo corpus epistolares como el del precitado don Gaspar Melchor de Jovellanos; quien continuamente intercambiaba con algunos de sus corresponsales obras de temáticas diversas a las que aludían en sus cartas y cuyo contenido comentaban por la misma vía. La actividad epistolar que mantuvo con los miembros del “Parnaso salmantino”, entre los cuales se hallaban Meléndez Valdés o el anteriormente mencionado fray Diego González, ha dejado extensas noticias respecto a las lecturas de aquellos hombres. Pero, para el caso del magistrado asturiano y el conocimiento de lo que leía, dónde y cómo lo hacía, son de obligado análisis sus *Diarios*. En ellos anotó todo tipo de apuntes sobre los libros que, más allá de formar o no parte de sus amplias colecciones particulares, fueron sus verdaderas lecturas.

---

<sup>849</sup> AGUILAR PIÑAL, F.: *La biblioteca de Jovellanos... Op. cit.*

<sup>850</sup> GONZÁLEZ, D.: *Poesías del M. V. Diego González, del orden de San Agustín. Dadas a la luz un amigo suyo*. Madrid, Imprenta de la viuda e hijo de Marín, 1796

<sup>851</sup> FERNÁNDEZ CABEZÓN, R.: “Composiciones poéticas dedicadas a Jovellanos”, I. FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos... Op. cit.*, pp. 667-682

Pero, volviendo de nuevo a los intercambios de libros, también se producían entre los asistentes y partícipes en los mismos círculos de carácter cultural e intelectual, que representaban para el siglo XVIII Reales Academias, tertulias o gabinetes de lectura abiertos por libreros e impresores. Para el caso madrileño se han realizado algunas aproximaciones a la tertulia literaria que reunía el impresor Antonio de Sancha<sup>852</sup>. A ella acudían hombres de letras, artistas, políticos y militares, entre ellos el presidente del Consejo de Castilla, el Conde de Aranda, y su fiscal, don Pedro Rodríguez de Campomanes, entre otros ilustres asistentes. Se establecían allí redes de amistad intelectual, dentro de las que se podrían rastrear determinadas tendencias de pensamiento político y religioso según los libros que se intercambiaban en estos mismos espacios. Tomemos el caso de la corriente de religiosidad jansenista que tradicionalmente se ha asociado al salón que reunía en su residencia de la calle duque de Alba la condesa de Montijo. A él acudían un importante número de eclesiásticos, como los obispos de Cuenca y Salamanca, pero también figuras que fueron fundamentales en la política finisecular: Una vez más, Gaspar Melchor de Jovellanos, Francisco de Cabarrús o Mariano Luis de Urquijo, dentro de una larga lista<sup>853</sup>.

Cuando no aparece testimonio alguno respecto al libro dentro de las relaciones de bienes pertenecientes a las figuras profesionales aquí tratadas, es necesario buscar una explicación a su por qué. Los actores mencionados podían insertarse dentro del reducido porcentaje de la población con capacidad para leer, pero su pertenencia a cuerpos profesionales, sociales o culturales que contaban con bibliotecas institucionales, reducían su necesidad de hacerse con una librería personal<sup>854</sup>. Las bibliotecas de las propias instituciones religiosas o conventuales, así como de las universidades en las que muchos de ellos se formaron, las de las Reales Academias, o Colegios, o las de las

---

<sup>852</sup> ESCOLAR, H.: *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989; COTARELO MORI, E.: *Biografía de don Antonio de Sancha*. Madrid, Gremio madrileño de comerciantes de libros, 1990; CRUZ REDONDO, A. de la: "Nuevos usos de antiguos lugares: La imprenta como espacio de sociabilidad", FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Vínculos y sociabilidades...* *Op. cit.*, pp. 227-250

<sup>853</sup> DEMERSON, P.: *María Francisca de Sales Portocarrero (Condesa de Montijo): Una figura de la Ilustración*. Madrid, Editora Nacional, 1975

<sup>854</sup> REY CASTELAO, O.: "Las bibliotecas institucionales en la Galicia de fines del Antiguo Régimen", FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, vol. 3. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 583-594; "Las bibliotecas institucionales del noroeste español: la biblioteca de la Universidad de Santiago", *Bulletin hispanique: Hommage à François Lopez*, vol. 104, nº 1 (2002), pp. 303-342; *Libros y lectura en Galicia, siglos XVI-XIX*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2003

Sociedades Económicas de Amigos del País de las que fueron miembros, debieron nutrir su necesidad de consulta de textos. Sin embargo, el carácter institucional de aquellas colecciones limitaba su acceso a quienes eran ajenos al organismo; aunque en ciertas ocasiones, los registros de préstamo ofrecen una imagen de colecciones abiertas al uso de individuos externos a la institución<sup>855</sup>.

### **6.1.2 El mobiliario para los libros**

Este apartado lo vamos a dedicar a tratar sobre el mobiliario en el que se colocaban los libros dentro de las estancias.

En muchas ocasiones el libro hallaba su sitio sobre cualquier tipo de soporte, donde compartía espacio con otros objetos relacionados con la práctica de la escritura. Es el caso del bufete, sobre el que además de varios libros, podían aparecer una escribanía con los diferentes elementos que la componían: tintero, salvadera, obleera; los sellos; algunas resmas de papel.

La inexistencia de un mueble específico puede servirnos como indicio de una colección bibliográfica poco extensa. De fácil ubicación, debido a su escaso número, en prácticamente cualquier parte.

Otras veces sí aparecían muebles destinados para la colocación de los libros. En la documentación aparecen denominados como estantes para libros o directamente librerías. Es el caso del que se registró en la carta de pago y recibo de dote otorgada por don Juan de la Cruz Adanero, tesorero del Monte Pío para viudas de Alcaldes Mayores y corregidores del reino, a favor de su futura esposa, doña Inés María de Mateo, con fecha de 15 de febrero de 1795: “Un estante para libros con dos cristales como de media vara de ancho y tres cuartas de alto cada uno, hecho a la inglesa, dado de color imitando al nogal con su mesa de doblar que se arma y desarma. Todo él tiene varios estantes y su cerradura. En ciento y sesenta reales de vellón”<sup>856</sup>.

---

<sup>855</sup> El caso de la biblioteca del monasterio beneditino de San Martín Pinario en Santiago de Compostela, en REY CASTELAO, O. y SANZ GONZÁLEZ, M.: “Monjes, frailes y libros: las bibliotecas de los regulares compostelanos a fines del Antiguo Régimen”, *Obradoiro de Historia Moderna*. Nº 6 (1997), pp. 79-106, p. 98

<sup>856</sup> AHPM. Prot. 19655/20 v. (4ª foliación)

De la presencia de este tipo de mueble en una casa podemos extraer algunas ideas. En primer lugar, los cristales que cubrían dichos estantes cumplían con la función práctica de preservar los libros que guardaban. Pero, a la vez, tenían que dejar percibir los títulos de su interior. Se trataba de muebles expositores en los que exhibir un contenido, libros, que aportaban determinada imagen de su poseedor: Una persona que podía leer, es decir, alfabetizada y, por lo tanto, que podía ser considerada de determinado nivel cultural. Asimismo, mostraba su vinculación o aprecio por determinados géneros literarios. Un aspecto definitorio de dicho individuo, de sus condiciones profesional, espiritual, ideológica o de preferencias a la hora de elegir la lectura como actividad con la que entretenerse en los momentos de ocio. No obstante, no todas las cubiertas de las puertas de las librerías podían hallarse realizadas en cristal, un material aún caro en este período, y se recurría por ello al alambre. Dicho alambre estaba tramado de forma que sus funciones se equiparaban a las de las puertas de cristal: preservar los libros, a la vez que mostrarlos. La diferencia de precio quedaba patente entre los 160 reales de vellón en que se tasó el modelo descrito anteriormente y los 30 en los que se valoró “Un estante de colgar para libros con dos puertas de alambre” inventariado tras el fallecimiento de doña Marta María Rusca en 1803, viuda del que fuera estuquista mayor de su majestad, don Domingo Brilly<sup>857</sup>.

La condición del propietario de determinado mueble quedaba, asimismo, representada a través del resto de materiales en los que se hallaba fabricado el estante. La madera de pino era la materia usada con mayor frecuencia. Sin embargo, el gusto que venimos comprobando para este grupo socio-profesional por mostrarse distinguidos, les llevaba a pintar los muebles imitando maderas de calidad superior, como el nogal, a la vez que procuraban que se dotaran de tallas y labrados que recordaban a modelos extranjeros. Entramos de nuevo aquí en un terreno relativo a las pautas de producción, abastecimiento y consumo donde los elementos de fabricación “nacional” permitían disfrutar a amplios conjuntos de la población de objetos que hasta entonces, debido al alto coste que generaba su fábrica en materiales de calidades altas y la necesidad de importación, habían convertido en limitados para el disfrute en los hogares de los grupos más altos de la pirámide social. Se trataba de la ampliación de la que fuera una cultura material de minorías a unas elites en proceso de expansión. El

---

<sup>857</sup> AHPM. Prot. 21757/211 v.

estante para libros del tesorero Adanero, “hecho a la inglesa”, bien podía atender a los presupuestos expresados en la publicación *The cabinet-makers’ London book of prices, and designs of cabinet-work* (Londres, 1788)<sup>858</sup>.

Finalmente, el hecho de que las puertas del estante contaran con cerradura era ilustrativo del valor que se otorgaba a su contenido, custodiado bajo llave. Con frecuencia, dicho valor no era sólo de carácter económico. El contenido de los libros no estaba destinado a todos y a todas. Había lecturas específicas para los profesionales de determinadas materias; otras que el marido, como cabeza de familia, -tal y como dejaron patente diferentes moralistas en sus escritos- estaba encargado de administrar al resto de los miembros, es decir, su mujer e hijos. Se trataba así, a través del cierre de las puertas con llave, de evitar que el conjunto bibliográfico se hallara al alcance de cualquier mano o intelecto no “cualificado” para su entendimiento. El libro dentro del mueble librería obtenía, entonces, el carácter de objeto precioso que era necesario preservar.

## 6.2 La devoción

La presencia de objetos relacionados de una forma explícitamente directa con el ámbito de la devoción fue una constante dentro de la vivienda moderna; donde destacaba fundamentalmente la existencia de imágenes sagradas –Cristo, Virgen, Santos-, en contraposición a la desaparición de aquéllas en los territorios en los que triunfó la Reforma.

La autora Carmen Abad Zardoya reparó en la existencia de preceptos teóricos desarrollados dentro de la tratadística moral, donde se llevaban a cabo una serie de recomendaciones relativas a las devociones que debían practicarse dentro de la familia cristiana. Así, el padre franciscano Antonio Arbiol en su libro *La familia regulada*, cuya reimpresión fue reiterada a lo largo del siglo XVIII<sup>859</sup>, dirigía hacia las devociones al misterio de la Santísima Trinidad, al de Jesucristo, al de la Cruz, al del Santísimo

---

<sup>858</sup> *The cabinet-makers’ London book of prices, and designs of cabinet-work*. Londres, London Society of Cabinet-makers, 1788

<sup>859</sup> ARBIOL, A.: *La familia regulada*, primera edición en 1715



Sacramento del Altar, así como de santos y santas a quienes rendir fervor personal y que intercedieran entre el individuo y la divinidad<sup>860</sup>. El franciscano mantenía:

“que en la casa feliz donde prevalece el amor ferviente de nuestro Redentor Jesu-Cristo, descienden las bendiciones del Cielo, y no sólo abundan los bienes espirituales, sino que también se multiplican los temporales, para la mayor gloria, honra y servicio del mismo Señor, que dispone tengan sus verdaderos siervos lo que necesitan en este mundo transitorio”<sup>861</sup>.

Estos preceptos no debieron ser ajenos al conocimiento de los miembros del grupo socio-profesional analizado. El tratado *La familia regulada* quedó registrado formando parte de las librerías de algunos de ellos, como en la de don Andrés Morón<sup>862</sup>. Así como también lo hizo otra de las obras de mayor difusión del franciscano, *Estragos de la luxuria*<sup>863</sup>, recogida en una pobre edición, valorada en tres reales de vellón, dentro del conjunto de libros de don Juan Antonio Balcones<sup>864</sup>.

Sin embargo, debemos mantener presente la distancia existente entre la teoría y la realidad practicada, constatada ya dentro de otros apartados de este trabajo. En torno a este hecho, en lo que respecta al precitado tratado de Antonio Arbiol y su concepción sobre las relaciones y formas de comportamiento dentro de la célula familiar, llegó a certeras conclusiones Mariela Fargas Peñarrocha<sup>865</sup>.

Por ello será el análisis de los objetos que se hallaban realmente en las viviendas de los servidores de la Monarquía, respondiendo a diferentes factores y funcionalidades,

---

<sup>860</sup> Carmen Abad Zardoya en su conferencia “Uso, consumo y pautas de exhibición de la imagen religiosa en el espacio doméstico”, dentro del marco del VIII Seminario La vida cotidiana en la España Moderna: Usos, tiempos y espacios de la vida cotidiana. Madrid, abril de 2014

<sup>861</sup> ARBIOL, A.: *La familia regulada*, lib. III, cap. VIII. Madrid, Gerónimo Ortega e hijos de Ibarra, 1789, p. 147

<sup>862</sup> AHPM. Prot. 20156/69 v.

<sup>863</sup> Ver GONZÁLEZ HERAS, N.: “Realidad o ilusión: La condición femenina según Antonio Arbiol en *Estragos de la luxuria*”, DÍAZ SÁNCHEZ, P., FRANCO RUBIO, G. A. y FUETE PÉREZ, M. J. (eds): *Impulsando la Historia desde la Historia de las mujeres*. Huelva, Universidad de Huelva, 2012, pp. 305-314

<sup>864</sup> AHPM. Prot. 21805/314 v.

<sup>865</sup> FARGAS PEÑARROCHA, M.: “Las reglas de la concordia: la vida cotidiana en *La familia regulada*”, ARIAS DE SAAVEDRA, I. (coord.): *Vida cotidiana... Op. cit.*, pp. 297-312; “El sentido de lo justo y el gobierno del padre en *La familia regulada* de Arbiol”, *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 38 (2012), pp. 153-175

al margen de los preceptos establecidos desde la tratadística moral, el que muestre el sentido del elemento religioso dentro de la casa.

Los canales de introducción de aquellos objetos dentro de las residencias fueron variados. En primer lugar, su aparición podía responder a la voluntariedad por adquirirlos por parte de su propietario. En segundo lugar, haber sido transmitidos por vía de herencia, tal y como aparece reflejado en las hijuelas de reparto de bienes entre herederos, cuando se producía el fallecimiento de alguno de los progenitores. Una segunda vía que, asimismo, se inserta dentro de la transmisión familiar del patrimonio a la que nos estamos refiriendo, consistió en escoger este tipo de bienes para que formaran parte de la dote que la novia iba a aportar a su matrimonio. Finalmente, un tercer canal es el que significó la donación o regalo de estos elementos, también como presentes de boda o como donaciones por vía testamentaria.

Dentro de la casa la funcionalidad de los objetos piadosos no estuvo limitada a lo que de partida se comprende como su razón de existencia innata, es decir, a cubrir las necesidades generadas en torno a su espiritualidad por parte de sus propietarios o propietarias. Sino que, al mismo tiempo, adquirieron un importante valor como elementos de representación, a la vez en una doble vertiente. Por un lado, la riqueza material que caracterizaba a muchos de ellos, sirvió para dotarles de un significado simbólico, se constituyeron en reflejos de la riqueza de la persona que los poseía, alguien que iba a ser considerado de determinada categoría social y nivel distinguido. Por otro, contar con este tipo de bienes era indicativo, asimismo, de la condición religiosa y moral de buen católico de aquél o aquélla a quien pertenecían, una actitud, la de manifestar la condición católica, firmemente arraigada en la sociedad española tras el Concilio de Trento.

De esta forma, las prácticas relativas a la religiosidad, la piedad y la devoción, de las que el hecho de poseer determinados objetos eran ya indicativas, se insertan aún durante la segunda mitad del siglo XVIII en la indefinición que caracterizó a este período respecto a los conceptos de público y privado. Es decir, una serie de actitudes que, por llevarse a cabo dentro del marco de la vivienda, que permitía en algunos de sus espacios el retiro de los fieles, no perdieron los matices de exhibición social que las caracterizaban cuando se practicaban en otros espacios como la iglesia o la calle.

La ubicación de los objetos religiosos en una estancia u otra dentro de la vivienda iba a ser determinante a la hora de que aquellos fueran considerados en mayor o menor medida como elementos de decoración, de colección o relativos a las prácticas de la devoción, propiamente dichas.

Si desviamos la vista a las relaciones de bienes que constituían las escrituras notariales analizadas para obtener información relativa a la composición de los oratorios, de entre los distintos objetos que formaban parte de aquellos, hallamos de forma incesante la aparición de algunos elementos materiales en concreto.

Por una parte, las vinajeras. Se trataba de dos pequeños jarros hechos para contener y servir el vino y el agua durante la misa. Su elaboración en plata o plata sobredorada y el posible adorno o labrados del metal precioso las convertían en piezas de importante valor económico, a la vez que decorativo. De su frecuente aparición entre los bienes dotales, podemos interpretar que se convertía, tal vez, en indicativa de una las atribuciones que, dentro de la nueva familia que se formaba a partir del lazo matrimonial, iba a corresponder a la mujer. Tenía que ver con su faceta de católica devota. Pero, asimismo, entrañaba un especial significado cuando se trataba de piezas que habían formado parte de la familia durante generaciones y que se estaban transmitiendo por vía femenina a la nueva familia que resultaba del matrimonio, de este modo, la mujer se erigía en continuadora de la estirpe, según los preceptos de la tratadística moral relativa a la familia, que en poco o nada se alejaba de aquélla de los siglos precedentes<sup>866</sup>.

Observemos el caso de la dote aportada a su matrimonio en mayo de 1803 por doña María Josefa Surbille Abad Wautres y Cifuentes con don Tomás de Estrada y Lancero, guardia de corps de la Compañía Flamenca. La hija del difunto don Luis Surbille, quien fuera archivero general de la Secretaría del Despacho Universal de Indias, llevaba entre otros elementos: “Dos vinagreras de plata caladas, su peso veinte y dos onzas, cuatrocientos y cuarenta reales. Hechura a ciento y sesenta reales cada una, trescientos y veinte”<sup>867</sup>. Su aprecio en 760 reales de vellón se sumaba al valor familiar.

---

<sup>866</sup> Entre otros tratados, para el siglo XVI: Fray Luis de León: *La perfecta casada*

<sup>867</sup> AHPM. Prot. 21756/409 r.

Los bienes que componían el cuerpo de la dote formaban parte de la herencia paterna, a los que había que sumar otros, propios de su madre, doña Eulogia Abad y Cifuentes, y los heredados de un primer matrimonio de la contrayente con don Manuel Uriarte y Leoz, que ocupara cargos en torno a la década de 1780 de contador y secretario del Duque de Osuna<sup>868</sup>.

Por otra parte, otros elementos de carácter religioso, que en las ocasiones en las que aparecían, lo hacían formado parte de los bienes dotales, fueron las pilas para agua bendita. Éstas debemos relacionarlas con su función de recipientes contenedores de agua, cuyo significado simbólico tenía que ver con la limpieza o higiene espiritual. Pese a que en la sociedad que nos hallamos analizando, como ya se haya visto en un apartado anterior, el uso del agua en las prácticas relativas a la higiene del cuerpo había perdido casi totalmente su importancia, con respecto a la tradición de civilizaciones como la romana o la musulmana. El agua en la religión cristiana mantenía el significado de sustancia que limpiaba, es decir, purificaba y era utilizada con este fin en rituales como el llevado a cabo durante el sacramento del bautismo o en los rituales de lavatorios. Además, según fray Antonio Arbiol: “El uso sagrado del agua bendita, es también muy conveniente en todas las casas, y para todas la personas, porque es un eficaz defensivo contra la vigilancia y conato del demonio...”<sup>869</sup>. Dichas pilas eran sin duda objetos de carácter suntuario de los que su elaboración en plata y sus consecutivos precios daban fe de ello. Mostraban así la condición distinguida de su propietaria, pero, a su vez, su posesión por parte de las novias podía tener que ver con la pureza que cabía esperarse de la futura esposa, en relación al beneficio purificante que se asociaba al agua bendita contenida en dichas pilas.

Unas pilas que, asimismo, podían mostrarse en reflejo del origen familiar o social de su propietaria, como ocurriera con la que formara parte de la dote de doña Manuela María Martínez de Laguna. Ésta, perteneciente al Gremio del lienzo y con tienda en la calle de las Postas por fallecimiento de su primer marido, don Tomás de Uriarte, aportó a su segundo matrimonio, con don Francisco Bovadilla Alcocer, subteniente de las milicias de la ciudad de Toledo, una pila dorada con las armas del rey, tasada en 360

---

<sup>868</sup> FICHOZ: 041257

<sup>869</sup> ARBIOL, A.: *La familia...* *Op. cit.*, lib. III, cap. VIII, p. 150

reales de vellón<sup>870</sup>. Pero, que también podían expresar la devoción por determinada figura, como quedaba patente cuando en ellas se tallaba una imagen de la Virgen, a la que, igualmente, se relacionaba directamente con la pureza anteriormente mencionada.

El relicario era definido por el *Diccionario de la Real Academia* en primera acepción como “El lugar donde están las reliquias recogidas y guardadas”, pero también “aquel adorno con que se guarnece alguna reliquia. Hácese de metal o de otra materia y de varias hechuras”. Aquellas “varias hechuras” que podían tener los relicarios dieron lugar a que se convirtieran también en elementos que catalogaremos entre las joyas personales de su propietaria. Fue corriente el uso de medallones-relicarios, aunque no de todos los que tenemos testimonio se puede asegurar que contuvieran vestigia correspondiente a advocación alguna. Los hubo que tomaron este nombre y que dentro del marco acristalado por ambas caras que componía su estructura contenían alguna estampa. Iconografías de San José, la Virgen y el Niño, San Juan, Nuestra Señora del Carmen, San Francisco o San Antonio son algunas de las documentadas.

Estos elementos aparecían, una vez más, atribuidos de la múltiple funcionalidad que venimos asignando a los objetos religiosos que se hallaban dentro de la vivienda. Se trataba de un adorno que completaba la indumentaria, ofreciendo la imagen de católica de quien lo portaba, además de prestigiándola socialmente si se encontraba realizado en algún metal precioso, pero que, a su vez, servía a la portadora a modo de “talismán” o amuleto que la iba a proteger, a causa de la devoción que sentía por aquel atributo sagrado o advocación.

Al relicario como adorno personal, debemos añadir los rosarios que de forma permanente aparecían recogidos dentro de las dotes, así como las medallas o las “crucecitas”. No obstante, el escaso valor económico de la mayor parte de éstas, reiterado en las apreciaciones que se llevaron a cabo en las escrituras notariales, permite afirmar que el valor predominante que se concedía a dichas piezas por parte de quienes las poseían era el devocional. Al que en algunas ocasiones debía sumarse además el sentimental que contenían por tratarse de un regalo o un pequeño, pero cargado de valor simbólico, legado familiar.

---

<sup>870</sup> AHPM. Prot. 19510/372 r.

Alcobas y dormitorios debieron constituir otros espacios dentro de la vivienda en los que dar cabida a las prácticas devocionales. Aquellos adquirirían un sentido más personal, donde llevar a cabo de una forma más íntima la oración, la reflexión, aunque, sin embargo, carecían del carácter sagrado del que se dotaba al oratorio en su conjunto. La presencia de lo religioso se afirmaba mediante la aparición de imágenes, las cuales, como ya se ha mencionado, cobraron un fuerte poder como reflejo de la religiosidad contrarreformista frente a la Iglesia Reformada, que había descartado su uso en el marco de una piedad y unas prácticas devotas alejadas de la exteriorización del sentimiento religioso a través, entre otros usos, del culto a las imágenes.

Las representaciones presentes en dichas estancias encontraron soportes materiales diferentes. Pinturas, grabados y tallas, como elementos con valor piadoso en sí mismos, se combinaron con la aparición de imágenes en un mueble de un alto valor simbólico como la cama.

El mueble aportado en su dote, fechada en el año 1780, por doña Ana María Vicente, esposa de don Pedro Antonio de Cuéllar, portero de estrados en propiedad del Consejo de la Inquisición, era descrito de la siguiente manera: “Una cama imperial con su testero dorado y encarnado en dibujo y una María en medio”<sup>871</sup>. Ésta fue tasada en 420 reales de vellón. El dibujo de la Virgen María que aparecía en esta cama podemos entenderlo, una vez más, desde una perspectiva múltiple. En primer lugar, la devoción hacia la figura de la Virgen por parte de su propietaria. En segundo, el sentido protector de la imagen religiosa situada sobre el cabecero de la cama, como cuidadora del matrimonio que en ella se iba a consumir y de la descendencia que de él resultare. Además, se ha de tener en cuenta la alta mortalidad, así de madres como de neonatos, que se producía en los partos; por lo que, la presencia de la Virgen en el cabecero de la cama donde el alumbramiento tenía lugar no estaba demás para proteger a madres e hijos. Y, finalmente, como medio para demostrar el carácter de fieles católicos de sus propietarios. A un modelo de similares características respondía el mueble que aparecía entre los bienes de don Francisco Bovadilla Alcocer: “Una cama grande dada de azul de tablitas y pies, imperial con su cabecera tallada de realce dorada, una María de talla y

---

<sup>871</sup> AHPM. Prot. 19007/35 r.

una corona encima dorada y tallada en quinientos reales”<sup>872</sup>. Pero, los cabeceros de cama también podían aparecer guarnecidos de otros elementos de carácter sagrado como los relicarios. La esposa de don Santiago Thevin llevaba formando parte de su dote: “Un relicario para la cabecera de la cama bordado de lentejuelas, y flores con su cristal, sesenta reales de vellón”<sup>873</sup>.

Las imágenes religiosas debieron centrar asimismo la temática de las diferentes muestras de pintura, grabado y escultura que se ubicaban en alcobas y dormitorios. Obras de un formato pequeño, con respecto a las que podían encontrarse en otras piezas de la casa como la sala, que contenían una alta carga simbólica. El hecho de hallarse ubicadas en estancias destinadas al recogimiento del individuo nos permite percibir, en buena medida, las devociones de aquél. Imágenes ante las que postrarse a orar, cuyos valores artístico u económico no eran lo más importante, sino que su estimación se basaba en su carga sagrada.

La Virgen, concebida como intercesora entre el devoto y la divinidad, adquirió un protagonismo sin precedentes entre las devociones de las mujeres, debido a su condición femenina. La Encarnación debió constituir una devoción frecuente que proporcionaba consuelo y apoyo espiritual entre las mujeres en el momento de afrontar un embarazo y el consecutivo alumbramiento. Aunque también escenas femeninas como la de la Visitación, donde se representaba a la Virgen María visitando a su parienta Isabel –encinta-, tras la Anunciación por el Ángel Gabriel.

Ambas representaciones aparecieron entre los bienes dotales que aportó en 1795 a su matrimonio con don José Manuel de Plaza y Torrecilla, abogado de los Reales Consejos, doña María Antonia Zamora y Sauca: “Dos pinturas iguales la una de la Visitación y la otra de la Encarnación de vara y media de alto y vara y cuarta de ancho con sus marcos dorados en seiscientos reales”<sup>874</sup>. La misma imagen de la Encarnación la hallamos también entre los bienes que formaban parte de la carta de dote de doña Joaquina Aguado, esposa de don Buenaventura Manuel de la Viya, oficial tercero de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid para el mismo año: “Dos láminas de a cuarta,

---

<sup>872</sup> AHPM. Prot. 19510/388 v.

<sup>873</sup> AHPM. Prot. 21897/45 v. (3ªfoliación)

<sup>874</sup> AHPM. Prot. 20385/s/f

San Francisco y el Misterio de la Encarnación con cristal y marco dorado en sesenta”<sup>875</sup>. Así como en aquellos propiedad de doña Juliana Díaz Manrique, esposa del regidor del Ayuntamiento madrileño don Fernando Gómez Lozano en 1803: “Otra compañera de la antecedente de Nuestra Señora de la Encarnación con igual marco en diez reales”<sup>876</sup>. Sin embargo, el valor económico marca una diferencia entre las de precio más alto, que pudieran combinar su carácter como obras de arte con el devocional, y aquellas de tasa inferior, concebidas directamente para su adoración.

Las funciones de la maternidad a las que venimos refiriéndonos hallaron asimismo reflejo en la posesión de figuras del Niño Jesús. Imágenes de la Virgen con el Niño en sus brazos o sobre su regazo, reflejo de la maternidad ideal; pero también el Niño o San Juan como esculturas individuales, comprendidas dentro de un proyecto pedagógico en el que su uso se concebía a modo de instrumentos de aprendizaje para su propietaria en las formas de cuidado y atención de los hijos. Las características de los dos Niños de talla, de tres cuartas de alto, que también formaron parte de la dote de doña María Antonia Zamora y Sauca<sup>877</sup>, bien pudieron cumplir con esta función práctica que extralimitaba las propias de una escultura de carácter religioso.

No obstante, en contraposición a la tradicional concepción de que las imágenes de la Virgen madre, acompañada del Niño Jesús, predominaron entre los bienes femeninos, frente a los masculinos; sin tener la posibilidad de conocer el grado de devoción que cada uno de los sexos pudo sentir hacia aquéllas, su presencia no se muestra tan desigual entre las elites madrileñas a finales del siglo XVIII. Se ha calculado un 56,25% de existencia de dicho motivo entre los bienes de mujeres y un 43,75% entre los de los hombres.

Si la Virgen se erigió en paradigma de la maternidad, San José lo hizo de la paternidad. Y el conjunto de la Virgen, San José y el Niño, es decir, de la Sagrada Familia en motivo de representación en imágenes por lo general de pequeño formato y escaso valor económico, salvo casos excepcionales, como ocurría con la pintura de “San José, la Virgen y el Niño de una vara y dos dedos de alto y tres cuartas y tres dedos de

---

<sup>875</sup> AHPM. Prot. 20557/79 r. (2ª foliación)

<sup>876</sup> AHPM. Prot. 21982/33 v.

<sup>877</sup> AHPM. Prot. 20385, s/f



ancho marco dorado éste en treinta reales y aquel en ciento cincuenta todo ciento y ochenta”<sup>878</sup>, a la que se sumaba otra donde la “Sacra Familia” se veía aumentada con la presencia de San Joaquín y Santa Ana, los padres de la Virgen: “Otro de la Virgen, Santa Ana, el Niño, San José y San Joaquín con su marco dorado de cinco cuartas de alto y una vara de ancho marco dorado este en sesenta reales y aquel en trescientos todo trescientos y sesenta reales”<sup>879</sup>. Ambas pertenecientes al capital de bienes don Pedro Prudencio de Taranco en 1780. También la que se inventarió entre los muebles de don Domingo Martínez: “Otra pintura de la Sacra Familia en 240 reales de vellón”<sup>880</sup>.

Respecto a la pintura de temática religiosa que vistió las paredes de los espacios de recepción, cuadros de gran formato, enmarcados en marcos dotados de valor en sí mismos por su talla y dorado, debió adquirir algunos matices diferentes a la imagen pictórica que colgaba de las paredes de alcobas y dormitorios. A su valor devocional debieron precederle sus características como obras de arte, destinadas a decorar la estancia en la que se encontraban ubicadas. Piezas tasadas por los especialistas en cifras que tendían a superar los 300 reales de vellón y de las que en ciertas ocasiones se informaba de la identidad de su autor, reflejaban la condición católica de su propietario, a la vez que su estatus socio-económico. La aparición de estas imágenes tampoco debemos despojarla en absoluto de su marcado carácter como ilustraciones de los gustos y modas de la sociedad de la época.

El culto a la Inmaculada Concepción, que Roma se vio forzada a oficializar debido a la fuerza que adquirió y su impulso en España por parte de la Monarquía, convirtieron la representación de Nuestra Señora de la Concepción en habitual. Su presencia en los hogares madrileños de las elites vinculadas al servicio del Estado se estima en un 30%, dentro del cual en el 63% de los casos dicha devoción se materializaba en bienes aportados por la futura esposa. Así, doña Margarita Gutiérrez Duquén aportaba a su matrimonio: “Una imagen de la Concepción con su marco dorado de dos varas y media de largo y una y media de ancho en seiscientos reales de vellón”<sup>881</sup>. Ésta se encontraba entre otras piezas de alto valor económico, de cuyo carácter suntuario no cabe la menor duda:

---

<sup>878</sup> AHPM, Prot. 18072/207 r.

<sup>879</sup> *Ibidem*.

<sup>880</sup> AHPM, Prot. 17644/ 376 r.

<sup>881</sup> AHPM. Prot. 19433/595 r.

“Una imagen de Nuestra Señora del Populo romana en cristal con marco dorado en cuatrocientos reales de vellón

Otra de la Soledad en cobre de más de media cuarta con su marco en seiscientos reales de vellón

Dos láminas de miñatura una de Jesús y otra de su madre Santísima con marcos de ébano y con sus cristales en seiscientos reales de vellón”<sup>882</sup>

La Inmaculada Concepción aparecía asimismo representada cobrando el sentido expresado anteriormente entre los bienes de doña María Antonia de Quintana Recacoechea en 1795. La hija de don Antonio de la Quintana, miembro del Real Consejo de Hacienda y esposa del mariscal de campo don Diego Ventura de Mena y Cortés aportaba: “Una pintura de Nuestra Señora de la Concepción como de dos varas de alto y una y cuarta de ancho, marco dorado con tarjetas, en cuatrocientos reales”<sup>883</sup>. También entre los elementos propios de doña Magdalena de Bretín, futura esposa del oficial cuarto de la Dirección General de Rentas don Miguel Ignacio de Villacastín, en el mismo año 1795: “Una Concepción grande con su marco dorado en setecientos ochenta reales”<sup>884</sup>. Un precio próximo lo tenía la que formaba parte del aumento de dote que escribió el ya mencionado don Fernando Gómez Lozano en 1803, a favor de su esposa doña Juliana Díaz Manrique: “Una pintura de Nuestra Señora de la Concepción de dos varas y media de alto y vara y dos tercias de ancho, marco dorado con tarjetas antiguas en setecientos y veinte reales”<sup>885</sup>, cuya manufactura contrastaba con una segunda pintura del mismo tema de una calidad infinitamente inferior, además de haber sufrido el deterioro del tiempo, cuya ubicación dentro de la vivienda desconocemos, pero intuimos debía encontrarse en una situación alejada de la primera y, por lo tanto, fuera de un espacio de exhibición propiamente dicho. Se describía de la siguiente manera: “Otra de Nuestra Señora de la Concepción pintada a lo antiguo ordinaria y maltratada de dos varas de alto y lo correspondiente de ancho marco negro en veinte y cuatro reales”<sup>886</sup>. La culminación de la imagen de la Inmaculada Concepción como obra artística concebida para ser exhibida en uno de los principales espacios de representación dentro de la vivienda fue la aportada en 1803 por doña María de la

---

<sup>882</sup> *Ibídem*

<sup>883</sup> AHPM. Prot. 20078/322 v.-323 r.

<sup>884</sup> AHPM. Prot. 20678/11 r. (7ª foliación)

<sup>885</sup> AHPM. Prot. 21982/32 v.

<sup>886</sup> *Ibídem.*, fol. 33 r.

Concepción Martínez de Viergol, futura esposa de don Pedro Monfort y Viergol, abogado de los Reales Consejos y contador de los Propios, Sisas y Rentas de Madrid, dentro de su carta de dote: “Un cuadro grande de Nuestra Señora de la Concepción con marco dorado, su autor Castro, en dos mil reales”<sup>887</sup>.

Condición similar, como obra artística, debió de concedérsele a otras representaciones de la Virgen en diferentes advocaciones. Así, la pintura de la Asunción de la Virgen María aportada como bien dotal de doña Inés María de Mateo, hija de don Bartolomé Mateo y García, oficial de contralor de la Real Casa, Capilla y Cámara de su majestad y esposa de don Juan de la Cruz Adanero, tesorero del Monte Pío para viudas de alcaldes mayores y corregidores del reino: “Una pintura de Nuestra Señora de la Asunción, original de Matías de Torres de dos varas y media de alto y dos escasas de ancho con marco dorado tasada últimamente en mil y quinientos reales”<sup>888</sup>. Magníficas obras donde la explícita mención de los artistas a los que se les atribuían dejaba, asimismo, patente su importancia como bien material.

Finalmente, el inventario de bienes post-mortem del marqués de Portago ofrece algunos datos de valor incalculable para comprender las prácticas devotas llevadas a cabo en la vivienda. Dos tipologías muebles cuya presencia se estima infrecuente dentro de las casas –sólo hemos hallado referencias a las mismas en la mencionada escritura– aparecían entre los bienes inventariados del consejero de Hacienda. Se trataba del confesionario y del humilladero.

El confesionario era el lugar destinado para oír las confesiones sacramentales y se componía habitualmente de una silla que a los lados tenía celosías o unas rejillas por donde el confesor escuchaba al penitente. No había de ser en exceso sofisticado el realizado en pino y tasado en 50 reales de vellón propiedad del marqués<sup>889</sup>. Sin embargo, su mera presencia era indicativa ya de la importancia que se le concedía dentro de aquella residencia a las prácticas religiosas. El mismo significado podemos otorgarle a la existencia de un humilladero o reclinatorio, en el que postrarse para orar. Éste constituía una pieza de valor material superior a la anterior; su vara de altura, cubierto de nogal y perfilado en marfil, con cuatro navetas y su almohada de damasco

---

<sup>887</sup> AHPM. Prot. 21596/ s/f

<sup>888</sup> AHPM. Prot. 19655/14 r. (4ª foliación)

<sup>889</sup> AHPM. Prot. 16471

encarnado dieron lugar a que fuera tasado en 360 reales de vellón<sup>890</sup>. No obstante, su uso doméstico era algo previsto, incluso en esferas inferiores de la sociedad, teniendo en cuenta la posibilidad de poder alquilar esta tipología, de unas características muy básicas, en el negocio de alquiler de muebles de don Roberto Fourdiner: “Un reclinatorio de pino dado de color amarillo con su banquillo en 15 reales de vellón”,<sup>891</sup>.

Se considera interesante llevar a cabo una reflexión en torno a los conceptos utilizados para denominar este último mueble, ilustrativos de la forma de comprender la religión por parte de la sociedad española del siglo XVIII. Mientras en España los términos al uso eran “humilladero” y “reclinatorio”, ambos cargados de connotaciones relativas a la sumisión del fiel hacia la divinidad; en Francia, para el mismo período, el concepto utilizado era “prie-Dieu”, es decir, el lugar específico para rezar a Dios. De forma que se perciben dos formas distintas de relación entre el hombre y el Ser supremo en estos dos territorios vecinos y de una misma confesión religiosa.

La combinación de estos elementos, con el que ya fuera mencionado “armario cubierto de diferentes maderas por dentro y fuera que ha servido de oratorio de tres varas menos cuarta de alto y dos y cuarta de ancho con su cerradura y falleba (...)”,<sup>892</sup> dentro de una misma pieza de la vivienda, resulta indicativa de la existencia de un espacio específico destinado a las prácticas religiosas.

---

<sup>890</sup> *Ibídem.*

<sup>891</sup> AHPM. Prot. 21878/405 r.

<sup>892</sup> AHPM. P. 16471



## **CAPÍTULO 9. ESTUDIO DE CASOS**

Llegados a este último capítulo, se ha considerado el interés del estudio de algunos casos en los que se puedan observar cómo se conjugaron los diferentes aspectos que han venido siendo tratados a lo largo de esta Tesis sobre las viviendas madrileñas de los servidores del Estado durante el siglo XVIII. Su condición como propietarios o inquilinos, los posibles modelos de convivencia adoptados, la tipología del inmueble y las distintas estancias que formaban la casa, así como su composición y las prácticas y actividades a las que aquéllas debían dar lugar por parte de sus moradores.

### **1. Una casa y tres moradores. El número 1 de la manzana 156, calle de Atocha**

En primer lugar, se ha decidido llevar a cabo el estudio de la evolución de un inmueble concreto, la casa número 1 de la manzana 156, en la calle de Atocha, a partir de las tres generaciones de moradores que se fueron sucediendo en su habitación a lo largo de más de medio siglo. Nos ha parecido de enorme interés conocer la Historia de una vivienda –trazar su “biografía”–, tal y como se practica para otros edificios de carácter monumental –civiles o religiosos–, en este caso, y gracias a haber sido capaces de localizar una documentación dispersa, que nos ha permitido construir una imagen completa de dicho inmueble, mediante el análisis de los individuos que la habitaron y de sus condiciones de vida.

#### **1.1 La residencia de don José de Laisequilla, decano del Real Consejo y Cámara de Indias, 1755**

Don José de Laisequilla Palacios Aguilar falleció el día 18 de septiembre de 1755, tras haber desarrollado una amplia carrera dentro de la administración del aparato estatal. Nacido en Madrid el 17 de marzo de 1677, hijo de don Santiago de Laisequilla Palacios, originario del valle de Liendo –en la montaña burgalesa– quien fuera corregidor de Orense, Ponferrada y Ciudad Real, y de doña Antonia Aguilar y Rojas, estudió Cánones en la Universidad de Salamanca. Tras su paso como abogado de los Reales Consejos fue destinado a Santo Domingo, donde ejerció como oidor de su Audiencia, desde la que pasó a ocupar el mismo puesto en la Audiencia de Quito y,

poco más tarde, en la de Santa Fe. Fueron 18 años de servicios a la Corona en América, hasta su regreso a España en junio de 1722, donde a partir de entonces y hasta su fallecimiento desarrolló su carrera dentro del Consejo de Indias: Fiscal de Negociaciones de la parte del Perú, Consejero por honores, Consejero camarista. Una vez en Madrid, obtuvo, asimismo el título de caballero de la Orden de Santiago -1728- y en 1740 contrajo matrimonio con doña Mariana Pérez Dardón, señora de las villas de Contrata y de los lugares de Ulibarri y Alda, en el valle de Arana, provincia de Álava, y de la casa de su apellido en el mismo valle de Liendo. Fue doña Mariana quien aportó como bienes dotales a su matrimonio, entre otros inmuebles de viviendas, las casas en las que habitaron en la calle de Atocha con accesorias a la calle de las Urosas. Según los datos que aparecen en los libros de asientos de la *Planimetría General de Madrid*, don José de Laisequilla era propietario de las casas 1, 2, 26 y 27 de la manzana 156. La casa número 1 hacía fachada a la calle de Atocha y a la de las Urosas. La casa número 2 a la calle de Atocha y las números 26 y 27 a la calle de las Urosas.

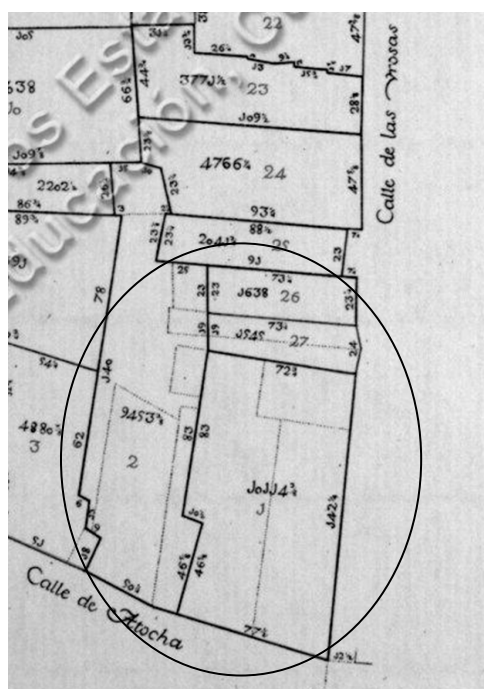


Imagen 1: Sección de la manzana 156

Fuente: *Planimetría General de Madrid*. Libro de Planos

Pese a las demarcaciones formales, como cuatro casas con números diferenciados, que reflejaba la Planimetría, la ubicación aneja de los inmuebles dio lugar a que las distintas partes fueran comprendidas como un todo, según refleja la tasación llevada a cabo por parte del maestro de obras Andrés Díaz Carnicero, quien las valoró en 647.460 reales de vellón. Su estructura arquitectónica y el destino de algunas de sus partes al alquiler convertían aquellas casas de don José de Laisequilla en un pequeño microcosmos donde coexistían muy de cerca, e incluso podían llegar a mantener cierto grado de convivencia, personas de condición social tan dispar como el consejero de Indias y su familia y sus diversos tipos de inquilinos: un maestro cochero, el barbero-cirujano José Molina, el comerciante de aceite y vinagre Amaro Pineiro, el zapatero Diego Burgalés, don Antonio Idiáquez, inquilino de un cuarto bajo hacia la calle de Atocha, o los inquilinos de tres cuartos principales hacia la calle de las Urosas, don Marcos Antonio López, don Antonio Ariza y don Vicente Rodríguez Llorente, respectivamente, así como el que ocupaba un cuarto bajo, don José Álvarez<sup>893</sup>.

Aquella colmena se distribuía según la descripción del maestro de obras de la siguiente manera:

“(...) comprehende en dicho sitio veinte y tres mil quatrocientos sesenta y seis pies y tres cuartos de otro quadrados superficiales con lo que les toca y pertenece de sus medianerías. Asimismo expreso haver medido su fábrica de que se compone su abitación que es de diferentes sótanos, cuebas y quadras subterráneas en todo lo que comprende la abitación principal hasta el jardín, con su quarto bajo taller de maestro de coches con sus cobertizos para trabajar y encierro destos mismos, tres tiendas en la extensión de la fachada de la calle de Atocha, y en la de las Urosas diferentes abitaciones reducidas y sobre el citado quarto vajo otro principal y segundo conpuesto de la misma distribución de piezas, con la diferencia de que el primero de estos tiene otras con bista a el patio del nominado taller comunicándose este por un paso a otro del mismo nombre que buelbe a la expresada calle de las Vrosas en la que también ay otros dos quartos principales incluyendo en esta altura la abitación correspondiente a dicho maestro de coches (...)”<sup>894</sup>.

Se trataba de una vivienda que representaba el tradicional modelo de casas principales, reflejo de la permanencia del estilo de los siglos precedentes. Se percibía,

---

<sup>893</sup> AHPM. Prot. 18523 f. 159-160, 190

<sup>894</sup> *Ibidem.*, fol. 195



además de por su estructura arquitectónica, a través de su composición, mediante determinados elementos que fueron quedando en desuso durante el siglo XVIII. Es el caso de dos tapicerías, de aquellas que colgaron en las principales estancias destinadas a la recepción en las residencias de la realeza y la nobleza durante los siglos XVI y XVII y, como se ha podido comprobar en su apartado correspondiente, cada vez más en desuso según avanzaba el setecientos:

“Una tapicería fina de Bruselas de dibujo de Rubens y figuras medianas buenos colores y toda ella vien tratada que se compone de ocho paños de diferentes largos de los artes, la que tiene de corrida quarenta y nueve annas y media y cinco y media de caida que hacen en quadro doscientas quarenta y cinco y media y vale cada un anna a ochenta reales de vellón que componen diez y nueve mil seiscientos y quarenta de vellón

Otra tapicería entrefina fábrica de París con buenos coloridos de juguetes de paisanajes a la moda francesa figuras pequeñas con sus cenefas de follages dorados en un campo azul que se compone de seis paños los que tienen de corrida treinta y una annas y quatro y media de caída”<sup>895</sup>.

Por otra parte, se ha constatado asimismo la aparición de ciertos muebles que tendían a considerarse propios del estrado femenino, nos estamos refiriendo a los sitiales: “Once sitiales acartelados guarnecidos en badana abaquetada encarnada a veinte reales cada uno importan doscientos y veinte”<sup>896</sup>, o a los “doce taburetillos de estrado antiguos con pies torneados de nogal a cinco reales cada uno hacen treinta y seis reales de vellón”<sup>897</sup>. Todos ellos resultan indicativos de la presencia de aquel espacio, que fue desapareciendo dentro de las residencias madrileñas de personalidades principales durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Debía constar de unos aposentos de recepción de amplitud, que favorecidos por la escasa compartimentación arquitectónica, hacían primar dentro de las tradicionales casas principales las salas extensas, frente a las estancias de dimensiones más reducidas por las que se abogaba desde la teoría arquitectónica relativa a la distribución de las nuevas residencias de carácter palaciego. Aquello fomentaba el uso de muebles de exquisito gusto estético que permitieran crear apartados: “Un biombo de ocho ojas cada

---

<sup>895</sup> AHPM. Prot. 18523/116 r.

<sup>896</sup> *Ibidem.*, fol. 128 r.

<sup>897</sup> *Ibidem.*, fol. 133 r.

una de tres cuartas de ancho y dos varas de alto de charol con su cenefa de latón por dentro y sus figuras de colorido y aves de todos géneros a quatro pesos cada oja quatrocientos y ochenta reales de vellón”<sup>898</sup>.

Asimismo, la condición de sus moradores había dado lugar a la construcción dentro de sus muros de una pieza de oratorio. Ésta se encontraba presidida por una obra pictórica de magnas dimensiones: “Un quadro del Salvador que está en el oratorio de tres varas de alto y dos de ancho en doscientos y quarenta reales de vellón”<sup>899</sup>, la cual debía hallarse precedida por el altar: “Una mesa de altar con sus gradas marco y dos cajones de ornamentos en doscientos reales”<sup>900</sup>, cuya estructura básica iba a revestirse atendiendo a la requerida decencia que, según la normativa analizada en el apartado correspondiente, se ordenaba para todo espacio de carácter sagrado.

Dicha vivienda debía contar, a su vez, con un espacio reservado específicamente o compartido con alguna otra actividad, aunque probablemente también relacionada con las facetas profesional e intelectual de su propietario, para ubicar los estantes donde aparecerían ordenados los libros que formaban la librería del consejero de Indias: “Unos estantes de guardar libros de ocho escalerillas y doce tablas en cien reales de vellón”<sup>901</sup>. Aquella biblioteca estaba compuesta por 64 volúmenes de tamaño folio y otros 22 tomos en cuarto; sin que aparezca constancia alguna del formato octavo. Este hecho es indicativo de unas prácticas de lectura aún muy estáticas, que condicionaban al lector a ayudarse de una mesa para llevar a cabo la actividad, con la finalidad de poder apoyar unos libros, todavía de gran formato; lo que impedía el dinamismo de poder trasladar con facilidad el libro de una estancia a otra de la vivienda, para disfrutar de su lectura en diferentes ambientes espaciales –de carácter social o individual–.

Siguiendo el patrón establecido en la composición de las casas principales, las de don José de Laisequilla debían hallarse, asimismo, compuestas por una serie de espacios de necesidad como la cocina, además de por ciertas piezas en las que poder alojar a los miembros del personal encargado de tales servicios, cuyas necesidades propias se veían cubiertas mediante elementos materiales de inferior nivel, con respecto a los específicos

---

<sup>898</sup> *Ibíd.*, fol. 144

<sup>899</sup> *Ibíd.*, fol. 126 r.

<sup>900</sup> *Ibíd.*, fol. 138

<sup>901</sup> *Ibíd.*, fol. 135 v.

de uso por parte de los señores. Dentro de la familia doméstica, no todos sus miembros disfrutaban de similar condición, por el contrario, dicho cuerpo tuvo que estar organizado jerárquicamente. Tenemos referencias concretas a las criadas del señor y de la señora de la casa. Petrona y Marce lo eran del primero, mientras, doña Mariana estaba atendida por doña María Callejo y doña Águeda Santos. Las relaciones con los miembros del servicio podían llegar a un grado de “familiaridad” tal, que mediante sus últimas voluntades, es decir, a través de sus testamentos sus señores procuraban dejarles acomodados y con algún don que les recordara a su persona. Así, don José pedía que se le dieran a su criado don Pedro Vicente 6.000 reales para un vestido y una caja de oro, y a sus criados de librea y a Pedro, el aguador, cien reales a cada uno de ellos, con la voluntad de que rezaran por el descanso de su alma y la encomendaran a Dios. La diferencia cuantitativa entre la asignación del uno y de los otros es ilustrativa de la precitada jerarquización dentro del grupo.

## **1.2 Las casas del marqués del Campo de Villar, mayordomo de semana del Rey, 1776**

El II marqués del Campo de Villar, don Alonso Muñiz Manjón, nació el 11 de mayo de 1736 en Villamayor del Campo. Fue colegial en el Colegio Mayor de Oviedo de Salamanca y en 1757 obtuvo el hábito de caballero de la Orden de Santiago. En diciembre de 1762 contrajo matrimonio con doña Micaela de Laisequilla, hija y heredera legítima de don José de Laisequilla, y en 1765 se convertía en marqués tras el fallecimiento de su tío, don Alonso Muñiz Caso Osorio, quien fuera miembro del Consejo de Estado de su majestad, su Secretario del Despacho Universal de Gracia y Justicia<sup>902</sup>.

Doña Micaela heredó a la muerte de su padre las casas que venimos estudiando<sup>903</sup>. Sin embargo, dicha tipología no debía satisfacer las necesidades del matrimonio, que, con fecha de 7 de febrero de 1766, solicitaba licencia de obra al Ayuntamiento para su derrumbe y llevar a cabo la construcción sobre el mismo terreno de una nueva vivienda: “El marqués de Campo de Villar dice le pertenecen unas casas en la calle de Atocha que

---

<sup>902</sup> AHPM. Prot. 18538/366

<sup>903</sup> AHPM. Prot. 18523/194 v.

vuelven a la de las Hurosas y por hallarse su fábrica antigua y bastante deteriorada ha determinado construirlas de nuevo”<sup>904</sup>.

El edificio proyectado por el maestro de obras don Andrés Díaz Carnicero, y de cuya definitiva materialización se tiene constancia para el mes de julio de 1767<sup>905</sup>, aunaba en su estructura, compuesta por sótano, cuarto bajo destinado a tiendas y cocheras, cuarto principal de habitación para los señores marqueses, cuarto segundo y buhardillas proyectadas en cuartos de habitación para criados, una serie de funcionalidades que nos permiten insertarlo dentro de la que definimos como una nueva tipología residencial, y que ejemplificamos en su apartado correspondiente mediante las casas del marqués de Murillo y de don Agustín de Aldecoa.

Sus propietarios, pese a optar por la edificación de un inmueble que integrara lo que en las casas principales de don José de Laisequilla quedaba repartido en cuatro edificios, mantuvieron en esta nueva construcción la convivencia con inquilinos - comerciantes y/o residentes-, además de con la omnipresente familia doméstica.

Observamos, así la consolidación de un modelo residencial por parte de aquella nueva nobleza de servicio, donde la planificación de la habitación principal, es decir, la del matrimonio formado por don Alonso y doña Micaela, siguiendo los preceptos distributivos de la arquitectura palaciega, no se oponía en absoluto, a unos bajos destinados al comercio o a otros cuartos anejos alquilados, de los que obtener una importante rentabilidad económica.

La morada de los marqueses del Campo de Villar quedaba formada por una serie de estancias de representación, tal y como la preceptiva indicaba para una persona de la condición de don Alonso, mayordomo de semana del rey: antesalas, salas, gabinetes, tocador, alcoba, pieza de labor y de comer y oratorio. Éstas debían hallarse comunicadas por las correspondientes puertas de paso, que para dotar a las estancias de una completa separación entre ellas, favoreciendo aspectos como esa intimidad en proceso de construcción por parte de sus habitantes, se cubrían con cortinas como las recogidas

---

<sup>904</sup> AVM. ASA. 1-44-83

<sup>905</sup> SALTILLO, Marqués del.: “Casas madrileñas del siglo XVIII y dos centenarias del siglo XIX”, *Arte español* (1948), p. 30

dentro del capital de bienes del señor Muñiz Manjón: “Otra colgadura de damasco escarolado de Valencia con diferentes cortinas para las puertas de paso con ciento y sesenta varas tasada en tres mil y ochocientos reales”<sup>906</sup>. En reflejo de la precitada necesidad por contar con reductos de lo íntimo, del aislamiento de espacios dentro de otros espacios, se presentaban también nueve mamparas, cinco de ellas heredadas de su tío don Alonso Muñiz Caso Osorio:

“Una mampara con camón de dos mitades enrasada de tablas por un lado y por otro hace un postigo de medio punto con visagras y erraxes tasada en trescientos y noventa reales

Otras tres mamparas la una forrada en cotonada anuarrada con pica porte de muelle la otra con contra cerco forrada en lienzo y dada de color de porcelana y la otra forrada en damasco verde de lana todas con sus errajes correspondientes tasadas en doscientos veinte y un reales”<sup>907</sup>

“Una manpara de damasco, por una parte y por otra guardamacil en ochenta reales

Otra manpara de guardamacil encarnado tasada en sesenta reales

Otra más pequeña tasada en quarenta y cinco reales

Dos mamparas de encerado en sesenta y ocho reales”<sup>908</sup>

Los elementos muebles heredados del que fuera Secretario de Estado de Gracia y Justicia nos remiten a la permanencia, la presencia de la tradición en lo que a la composición del nuevo inmueble construido por los marqueses se refiere. Una traslación de objetos que sirvieron para componer unas casas principales y que pudieron volver a servir para revestir la recién construida residencia. Obsérvese el caso de aquellas tapicerías, de uso cada vez menos frecuente durante la segunda mitad del siglo XVIII, pero que se inventariaron entre los bienes que heredó don Alonso Muñiz Manjón de su tío:

“Una tapicería de once paños hermanos fina de Bruselas, historia del triunfo de la Yglesia y quatro sobrepuestas compañeras tienen de corrida sesenta anas por seis de caída hacen

---

<sup>906</sup> AHPM. Prot. 18538/369

<sup>907</sup> AHPM. Prot. 18538/370 v.

<sup>908</sup> *Ibídem.*, fol. 379. Éstas habían pertenecido al primer marqués del Campo de Villar y habían sido utilizadas en su residencia, que según nos indica el *Kalendario manual y Guía de forasteros en Madrid*, se encontraba ubicada para el año 1758 en la plazuela de los Afligidos.

en quadro trescientas y sesenta anas que con quince que componen las quatro sobrepuestas son trescientas setenta y cinco que a rrazón de quarenta reales cada una componen quince mil.

Otra tapicería de arboledas con las cenefas de frutas hordinaria, fábrica de Amberes de nueve paños hermanos, tienen de corrida quarenta y nueve anas por cinco y media de caída componen en quadro doscientas sesenta y nueve anas y media a razón de veinte y quatro reales cada una importa seis mil quatrocientos cincuenta y seis reales.

Otra tapicería de ocho paños hermanos fábrica de Amberes historia de Remo y Remulo. Tiene de corrida trescientas sesenta y una anas por cinco escasas de caída hacen en quadro ciento y ochenta anas a razón de veinte reales hacen tres mil y seis cientos reales”<sup>909</sup>.

Por el contrario, es necesario mencionar, asimismo, que la nueva vivienda contaba también con una de aquellas escasas y novedosas infraestructuras que representaban dentro de los interiores, españoles en general, y madrileños de forma particular, las chimeneas francesas, destinadas a acondicionar térmicamente los espacios de recepción de la casa.

Hallamos en estas tipologías residenciales la materialización de la transición entre las viviendas que se habían consolidado durante los siglos modernos precedentes y las que a través de la implantación de determinadas innovaciones materiales iban a sentar las bases de las nuevas formas de vida en casa en el siglo XIX, las cuales culminaron, siguiendo los canales de transmisión de sentido descendente presentes dentro de dicha sociedad, en el hecho social de la domesticidad burguesa<sup>910</sup>.

---

<sup>909</sup> AHPM. Prot. 18538/380 v.-381 r.

<sup>910</sup> Ver FRANCO RUBIO, G. A.: “El nacimiento de la domesticidad burguesa...” Op. cit.; GONZÁLEZ HERAS, N.: “Aspectos de la vida cotidiana en la vivienda proto-burguesa...” Op. cit.

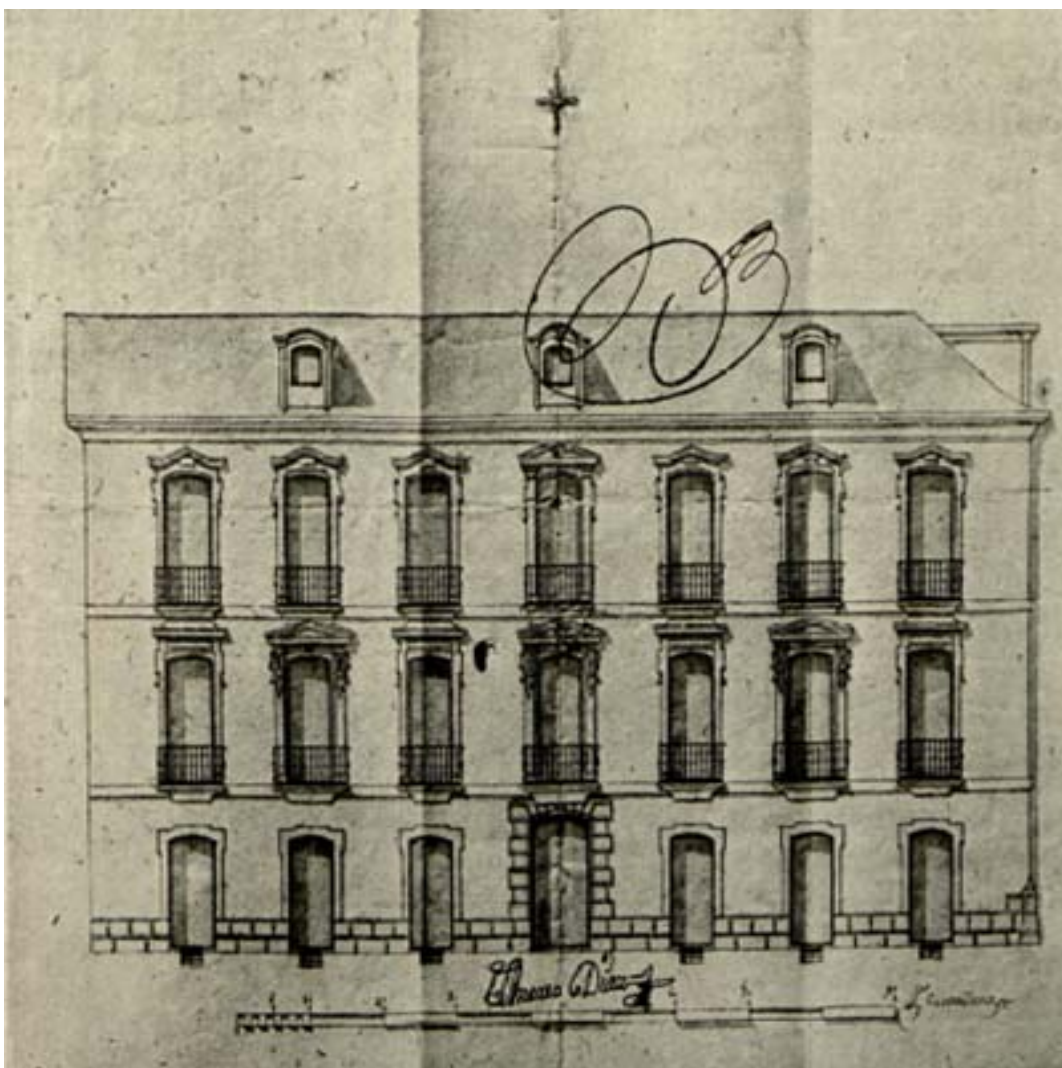


Imagen 2: Fachada de las casas del marqués del Campo de Villar  
Fuente: Licencia de obra solicitada para su construcción<sup>911</sup>

### 1.3 La vivienda de don Vicente González Arnao, abogado de los Reales Consejos, 1803

La casa número 1 de la manzana 156 en la calle de Atocha continuó perteneciendo a los herederos de los marqueses del Campo de Villar hasta el año 1843. Fue entonces cuando el nieto de don Alonso y doña Micaela, don José Muñiz Mollinedo, hijo, a su vez, del hijo de estos últimos, don Alonso Muñiz Laisequilla y de doña Manuela María

---

<sup>911</sup> AVM. ASA. 1-44-83

Mollinedo Arco, hija de don Nicolás Mollinedo de la Cuadra, marqués de los Llamos<sup>912</sup>, vendió el inmueble a don Manuel de Santibáñez<sup>913</sup>.

Sin embargo, para el año 1803, la casa aparecía ocupada bajo el régimen de alquiler por el abogado de los Reales Consejos don Vicente González Arnao<sup>914</sup>. Hombre ilustrado, don Vicente desarrolló una amplia trayectoria a la vez política y cultural. Miembro muy activo dentro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, fue nombrado presidente de esta última en 1811. Respecto a su proyección política, su ideario afrancesado, le sirvió para participar como vocal en el Congreso de Bayona en 1808 y convertirse en Secretario del Consejo de Estado -1809-1813- durante el reinado de José I Bonaparte, además de ser llamado como consejero del Consejo privado del rey en 1812<sup>915</sup>.

En lo que respecta al círculo social dentro del que se desenvolvía el abogado, ya se hiciera referencia a una posible convivencia de González Arnao con el oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia, don Juan María Tineo, hijo de los marqueses de Casa Tremañes y sobrino de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Dicha hipótesis se sustenta sobre la aparición de varios bienes de propiedad común entre ambos individuos dentro del cuarto principal de habitación del abogado de los Reales Consejos, según dejaba constancia la cuenta de capitales realizada con motivo del matrimonio de don Vicente con doña María del Carmen Simona Elejalde y Zubiaga, el 31 de diciembre de 1802<sup>916</sup>.

Aquella vivienda, pese a la imposibilidad de conocer la distribución de sus estancias sobre el plano, se hallaba compuesta por un conjunto de dependencias que daban como resultado dos zonas de funcionalidades y características propias: la destinada a la representación y la indicada a los servicios. En la primera tenemos constancia de la existencia de antesala principal, sala, alcoba principal, gabinete principal, segundo gabinete comunicado con el despacho, antesala de los despachos, antedespachos, despacho y retrete –para el retiro del individuo y donde precisamente ubicar una caja de las que servían para las evacuaciones fisiológicas-. Respecto a estos

---

<sup>912</sup> Genealogía procedente de FICHOZ: 017983, 027214

<sup>913</sup> AHPM. Prot. 25259/143

<sup>914</sup> *Lista de los abogados del Ilustre Colegio de Madrid... Op. cit.*, Fol. 14

<sup>915</sup> FICHOZ: 006891

<sup>916</sup> AHPM. Prot. 21596/ s/f.



espacios, somos capaces de percibir una jerarquización interna establecida entre ellos, que se construía desde el más exterior y próximo a la entrada, hasta alcanzar el más interior, al que se le daba paso a través de los precedentes. El grado de intimidad que sus moradores podían disfrutar en cada uno de ellos iba a depender del momento de la jornada. Asimismo, es necesario distinguir entre las visitas a quienes se les abrían las puertas de la zona de despachos, y aquéllas que se introducían en la sala o el gabinete. Aunque tanto unas piezas como otras tenían un carácter eminentemente “público” o “social”, las primeras estaban concebidas para recibir a personas con las que la relación era fundamentalmente de carácter profesional, mientras, en las segundas se introducía a personas donde los lazos que primaban eran los de carácter personal –familiares, amigos-.

Debía de tratarse de aposentos diáfanos, si atendemos a los cinco balcones sobre los que tenemos constancia para esta vivienda, cuya composición podía percibirse como actual para su tiempo. Nos apoyamos para realizar esta afirmación en que entre los bienes inventariados, con los que don Vicente alcanzó el estado matrimonial, no se contaba con elementos muebles procedentes de su generación anterior. Los que fueron de su padre, don Antonio González, fallecido el 5 de abril de 1802 y casado en segundas nupcias con doña Juliana Alderete, quedaron por voluntad del propio don Vicente en la residencia del matrimonio para su uso y disfrute por parte de la viuda. No debió contribuir en poco a generar una imagen de “modernidad”, bañada, a su vez, en el valor de la comodidad, la aparición de sofás en aquellos espacios de la casa concebidos para recibir y estar. Pese a que en algunas ocasiones se ha entendido la utilización del término sofá como sinónimo de canapé<sup>917</sup>, en este caso se matiza la diferencia entre ambos, cuando aparecen mencionados en un mismo texto como objetos muebles distintos. Aunque su definición no fuera recogida por el *Diccionario de la Real Academia* hasta su edición de 1843, ya a comienzos del siglo XIX debían entender los maestros especialistas encargados de llevar a cabo el inventario y tasación de las piezas de don Vicente González Arnao que un sofá era en su estructura un “canapé más ancho y cómodo que los comunes”<sup>918</sup>. Se anotaron los siguientes:

---

<sup>917</sup> Ver RODRÍGUEZ BERNIS, S.: *Diccionario... Op. cit.*, p. 313

<sup>918</sup> *Diccionario de la Real Academia Española*, 1843

“Un sofá de Vitoria con colchones de cerda, forrados en cabretilla en ochocientos y sesenta reales.

Otro dicho, dos canapés de dos asientos y seis sillas de brazos, de red y colchoncillos de cerda forrados en tafetán azul en mil y trescientos reales.

Un sofá y ocho sillas color de caoba con filetes dorados el respaldo de las sillas de figura de lira y el sofá todo reinchido de cerda como los asientos de las sillas y dos cojines todo cubierto de seda color de caña y encarnado en dos mil y doscientos reales”<sup>919</sup>.

El despacho, con sus correspondientes dos antedespachos, eran las piezas destinadas a ubicar el grueso de la amplia colección bibliográfica -297 entradas, del total de 410 que componían el inventario del capital de don Vicente, se correspondían con títulos de libros-. Los ejemplares se encontraban colocados sobre estanterías que fueron valuadas en un total de 26.000 reales de vellón. Dicha estantería se componía de de más de ocho estantes, donde los seis primeros reunían una parte de la colección bibliográfica, ordenada alfabéticamente. En el séptimo estante se hallaban “otros libros”, entre los cuales no se ha percibido unidad temática o clasificación alguna atendiendo a otro factor. Finalmente, se inventariaron unos “estantes reservados” a través de los cuales se manifestaba la faceta de González Arnao como actor dentro del mercado del libro. En ellos aparecían situados 571 ejemplares, acompañados por una lista con sus correspondientes precios y las pertinentes licencias. La imagen que transmitía poseer este conjunto de libros a todo aquél que se personaba en el despacho de don Vicente, era la de su propietario como hombre intelectual y docto, además de pertinentemente cualificado en la profesión que desempeñaba, a raíz de una sólida formación.

Los géneros y títulos que componían su librería ofrecían reflejo de un espíritu ilustrado, interesado y preocupado por poseer en sus anaqueles, entre los libros que somos capaces de relacionar directamente con sus inclinaciones culturales por la Lengua o la Historia, otros de temáticas variadas, que respondían a la preocupación por la realidad intelectual, científica y técnica que le rodeaba. Caben ser destacadas como indicativas de esta condición dos ediciones en diferente formato –octavo y folio- del catálogo publicado por Juan López de Peñalver, en 1794, sobre el moderno Real

---

<sup>919</sup> AHPM. Prot. 21596/ s/f.

Gabinete de Máquinas, uno de los primeros intentos por diseminar los conocimientos en torno a la Ingeniería en España y de fuerte influencia francesa, debido a la participación de expertos pensionados en La Grande École des Ponts et Chaussées de París.

Por su parte, la alcoba materializaba un espacio de representación, a la vez que en determinados momentos debía propiciar el retiro necesario para atender a las necesidades espirituales del matrimonio. Por un lado, el elemento mueble central debía ser la cama, que se vestía con una colgadura de muselina con flecos y borlas, tasada esta última en 3.000 reales de vellón. Su aparato tuvo que ser mucho más exuberante aún, que la imagen que transmitía la escritura de bienes de don Vicente, que es con la que aquí contamos, si tenemos en cuenta que la cama y la mayor parte de sus vestiduras eran aportadas al matrimonio a través de la dote de la novia. Por otra parte, era el futuro marido quien llevaba otros elementos muebles de muy variada condición, entre los que se hallaba la pintura. No parece ésta un bien muy abundante en la residencia del matrimonio Arnao, donde sólo tenemos constancia de cuatro pinturas –lo que no significa que no pudieran existir más, aunque era muestra suficiente como para no considerar al todavía abogado de los Reales Consejos como aficionado al arte-. Una de tema mitológico, otra bíblico, la Virgen de la Consolación, que pudo servir como elemento central de la piedad familiar, no obstante, teniendo en cuenta el cierto desapego espiritual que cabía esperar de un hombre que basaba su ideario sobre los principios de la razón y que se manifestaba, a su vez, a través del contenido de su biblioteca, y finalmente otro de heráldica con las armas de la familia Arnao:

“Un cuadro pequeño con marco dorado que representa al Dios Baco mancenbo en mil y quinientos reales

Otro cuadro grande que representa a Susana bañándose y los viejos que la acechan en ochocientos reales

Otro cuadro mediano con marco dorado que está en la alcoba y representa a la Virgen de la Consolación en doscientos reales

Otro igual con las armas de los Arnaos, en ciento y sesenta reales”<sup>920</sup>

---

<sup>920</sup> AHPM. Prot. 21596/ s/f.

Finalmente, la vivienda se completaba con un conjunto de espacios concebidos para cubrir las necesidades de almacenaje de productos de alimentación y de otro tipo de enseres –despensa y sótano-, para la preparación de los alimentos, el cuidado de la ropa –se anota la existencia de un cuarto de planchar-, así como para acomodar al grupo de personas que componían la familia o servicio doméstico.

## **2. La composición de la “habitación” de un Gentil-hombre de Cámara de su Majestad. La residencia de los condes de Villamonte en Puerta Cerrada, 1780**

El 28 de junio de 1780 el excelentísimo señor conde de Villamonte otorgaba una carta de pago en cuenta de legítimas a favor de sus padres, los excelentísimos señores marqueses de Bélgida y San Juan de Piedras Albas.

Dicha escritura, infrecuente dentro de las tipologías que formaban los protocolos notariales en el período cronológico estudiado, respondía a la particularidad de justificar por parte de don Juan de la Cruz Belbis de Moncada y Pizarro, conde de Villamonte, caballero de la Orden del Toisón y Gran Cruz de la Real Distinguida de Carlos III, Gentil-hombre de Cámara de su majestad con ejercicio, e hijo primogénito de don Pascual Benito Belbis de Moncada y de doña Florencia Pizarro Picolimini de Aragón, marqueses de Bélgida y de San Juan de Piedras Albas, los bienes que le habían sido adelantados con motivo de su matrimonio en el año 1774 con doña María de la Encarnación Toledo y Gonzaga, hija de los marqueses de Villafranca.

Ambos contrayentes eran en aquel momento menores de edad, por lo que los marqueses de Bélgida se comprometieron a mantenerles “en su casa y compañía, dándoles todo lo correspondiente a la decente manutención de sus personas, familia de casa y tren de ella”. Gastaron entonces la poco desdeñable cifra de 1.435.777 reales y 6 maravedíes de vellón, por cuenta de las legítimas paterna y materna de don Juan, así en el adorno de la nueva condesa de Villamonte, como en la “mutación y disposición del estado en que tenían sus casas, su adorno y especialmente en la habitación que en ellas señaló a los mismos señores condes; persuadidos los mismos excelentísimos señores marqueses, fuese estable y permanente la citada unión en su compañía”.

Sin embargo, escasamente seis años después, el matrimonio compuesto por don Juan y doña María de la Encarnación decidía abandonar la vivienda que compartía con los marqueses de Bélgida y trasladarse a vivir a otras casas que estos les habían “facilitado” en la plazuela de Puerta Cerrada.

La composición y acomodo de esta última no se iba a llevar a cabo con los elementos que formaron parte de la habitación de los condes en casa de sus padres, quienes consideraban que “no acomodaban...” en la nueva vivienda. La mayor amplitud de ésta y el deterioro a que se encontraban sometidos dichos objetos, después de algún tiempo de uso, dio lugar a que atendiendo a la “obligación alimentaria” que por los mismos capítulos matrimoniales los marqueses de Bélgida se habían comprometido para con el matrimonio, aquellos accedieran a “darles y entregarles los más correspondientes y útiles con que puedan sentar, establecer y adornar la especificada nueva habitación”. 1.693.218 reales y 25 maravedíes que implicaban la realización de una nueva carta de pago, invalidando la otorgada anteriormente. La justificación documental de este capital, a través de las diferentes tasas y cuentas aportadas por los diferentes profesionales que contribuyeron en la composición de la nueva residencia, nos permite penetrar en ella y percibir su distribución espacial, así como el acomodo de la misma.

La casa con fachadas a la calle de Segovia, San Justo y a la fuente de Puerta Cerrada, constituía un espacio residencial propio de la condición social de quienes en ella iban a habitar. Su estructura en más de un edificio, así como su distribución interior, según la terminología utilizada en la documentación para denominar las estancias de las que se componía, remiten a una tipología habitacional de carácter tradicional, unas casas principales.

Al edificio principal, es decir, donde se encontraban los aposentos de habitación de los señores, se accedía desde un portal, cuyo paso controlaba un portero. Constaba de un gran patio. Su cuarto principal o planta noble se componía de dos estrados, un gabinete, una alcoba principal a la que se relacionaba una pieza de tocador, antealcoba y alcoba del señor conde, antecámara de los “caballeros pajes”, oratorio y dormitorio de las criadas.

En una segunda vivienda, tal y como la denominara el maestro cerrajero Julián Pérez Martín, encargado de la obra de cerrajería, se hallaban la cocina, la repostería, la carbonera, las denominadas como posadas de las criadas, es decir, sus aposentos de habitación, que contaban con sus propias cocina y carbonera, diferentes a aquéllas destinadas para el uso de los señores de la casa, y el “camarucho” del mozo de la cocina. La evacuación de los residuos generados en estos espacios se ejecutaba mediante un sistema de “y”. Éste también debía poder encontrarse en el inmueble principal, donde el carpintero Ángel Valdés realizó un asiento para una “y”, y había, a su vez, un basurero.

Tanto el primer como el segundo estrado y el gabinete cumplían con la funcionalidad principal de espacios hechos para recibir. La utilización del concepto estrado para denominar aposentos, en todas sus características, equiparables a las antesalas y salas aportaba un matiz arcaizante. Se conservaba un término que había variado en su significado con respecto a las décadas anteriores, en donde el estrado significaba, asimismo, un espacio de recepción por excelencia, destinado, sin embargo, de forma exclusiva al sexo femenino.

Por su parte, el gabinete formaba parte de la misma estructura de piezas destinadas al recibimiento; sin haber adquirido dentro de esta vivienda, según su composición, las características propias del gabinete que se comprendía como pieza de retiro, separada de la zona de recibimiento y con una especificidad sexual que le destinaba al uso “privativo” del señor o de la señora de la casa. Su amueblamiento mediante un amplio conjunto de asientos -formado por diez sillas, un canapé y cuatro taburetes-, nos reafirma en nuestra interpretación como aposento de recepción de un amplio número de personas. Por el contrario, el significativo hecho de que su puerta de acceso desde el pasillo contara con una cerradura con llave, dotaba al espacio de un carácter privado y de acceso restringido cuando dicha llave estuviera echada.

Nuestra concepción de esta residencia como un espacio concebido para cumplir con la función principal de representación de sus moradores y, por lo tanto, donde se concedía una primacía, de la que no cabe duda alguna, a la recepción de personas ajenas a sus habitantes, se confirma en el carácter suntuario del resto de los aposentos. Es decir, aquellos que pudieran ofrecer dentro de otras tipologías habitacionales rasgos que

los apartasen del uso social, primando su utilización particular por parte de los residentes en la vivienda. Así, la exuberancia con la que se compuso la alcoba, dotada de una puerta de acceso de doble hoja, fórmula utilizada en los espacios abiertos al recibo, tal y como de ella constaban a su vez la antesala y el oratorio, era ilustrativa de su concepción. No obstante, la aparición asociada a ella de una mampara, junto a la que se hallaba un retrete, se erigían en indicios de un uso práctico del mencionado aposento. Apartados que permitían al ocupante separarse para llevar a cabo prácticas relativas a necesidades que requerían de cierta ocultación del individuo, entendidas si queremos como incipientes rasgos del aún en proceso de consolidación valor de la intimidad. En una misma dinámica, se comprende la aparición de otra puerta, frente de la mencionada mampara, dotada de un cerrojo, que permitía bloquear de forma voluntaria la entrada a dicho aposento en determinados momentos. El mueble central de esta alcoba principal era, sin duda alguna, la cama imperial con dosel. Realizada en madera de haya, pintada al óleo de color porcelana y compuesta por seis colchones de lienzo poblados de lana, sumado a los ricos tejidos que vestían al mueble –una colgadura de damasco carmesí, guarnecida de galón de oro “falso” brillante- servían para reflejar, y nunca mejor dicho si atendemos al brillo del galón de oro falso, la distinguida condición de sus propietarios.

Los suelos del gabinete, de la alcoba y del tocador se encontraban cubiertos por estereras de palma, que bien podían cumplir con la funcionalidad práctica de aislantes, en la misma línea que lo hacía también para el suelo de un espacio de mayores dimensiones –comprendemos que pudiera ser la sala- la alfombra de lana y seda de nueve varas y media de largo y cinco de ancho que se tasó en 2.000 reales de vellón. Junto a ella se tasaron, asimismo, dos tapetes que se decían “iguales de lana” destinados a cubrir parte de la pared con similares objetivos térmicos. La siguiente entrada del inventario se le concedió a una tapicería compuesta de siete paños, a la que ya se haya hecho alusión en un apartado anterior, en la que estaba representada una Historia de Asirios. Elemento que, tras de su, a priori, eminente funcionalidad decorativa, mantenía la de servir de cobertor aislante, contribuyendo a la regulación térmica de la estancia en que se encontraba ubicado.

Piezas que a su vez nos remiten al carácter tradicional de esta residencia, que conservaba modelos propiamente atribuibles a las formas de vida en las casas

nobiliarias durante los siglos precedentes. Permanencias perceptibles, al mismo tiempo, en la existencia de la fuente calefactora por antonomasia durante siglos, el brasero alimentado por carbón, y la aparente inexistencia de nuevos modelos como el constituido por las chimeneas de estilo francés.

Permanencias que, sin embargo, contrastaban con la utilización de nuevas fórmulas como el empapelado de las paredes de varias piezas del cuarto principal, como “el cuarto del señor conde” y “el oratorio”.

La cerradura con llave de la puerta del oratorio podía responder al interés por mantener a buen recaudo los objetos de valor que se encontraban en el mismo. Un caliz con pie, una copa patena dorada por dentro y una cucharita, fueron tasados en 213 reales y cuartillos de plata. Valor económico, debido a los materiales en que estaban fabricados, pero también el valor simbólico que portaban aquellos elementos de carácter sagrado y/o utilizados en la liturgia y, finalmente, en algún caso, podían poseer además valor como legado familiar. Tal y como quedara reflejado para el cáliz al que en su testamento se refiriera la escritora y traductora madrileña Inés Joyes -1731-1808-, que se había ido transmitiendo dentro de su familia, generación tras generación<sup>921</sup>.

Su ubicación en un cajón de la sacristía, lugar específico para custodiar los ornamentos pertenecientes al culto, dentro de una pieza oratorio que podía ser cerrada con llave, evitaba, en definitiva, una posible profanación de los objetos y del espacio religioso. Del mismo modo, que debía contribuir a cumplir con el precepto de “decencia” exigido por la Iglesia para el mantenimiento de los elementos que intervenían en el desarrollo de la liturgia dentro de los oratorios particulares. En las instrucciones dadas a los visitantes del Arzobispado de Sevilla, publicadas a comienzos del siglo XVIII -1705- y que no debieron de tener un carácter exclusivo, asemejándose en su contenido a las proporcionadas para el resto de circunscripciones, se decía:

---

<sup>921</sup> BOLUFER PERUGA, M.: *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: Apología de las mujeres*. Valencia, Universitat de Valencia, 2008



“ (que los visitantes) vean si las aras, altares, manteles y corporales, cálices y patenas, ornamentos y demás cosas del culto divino están con la decencia que se debe”<sup>922</sup>. Una “decencia” dentro de la que el concepto, a la vez material y simbólico, de limpieza debió encontrarse presente<sup>923</sup>.

Este oratorio se hallaba presidido por una mesa de altar superpuesta en una tarima. La casa contaba a su vez con la vestimenta necesaria para ataviar al sacerdote durante la celebración de los oficios divinos: casulla, albas, amitos, manípulo, estola, cíngulo. Así como para el servicio del altar: corporales, purificadores, sabanillas. Todo convenientemente guardado en un cofre viejo forrado en pellejo.

La imagen sagrada que debía centrar el culto en aquel espacio era una efigie de Cristo en la Cruz. Realizado el cuerpo en marfil y el árbol de ébano, todo el conjunto sustentado sobre una peana y pilares de la misma madera, había sido tasado en 1.500 reales de vellón. En éste se apreciaba un triple valor, similar al reflejado para los elementos anteriores. Por un lado el piadoso; una imagen, en esta ocasión de bulto, destinada a ser objeto de devoción. Por otro, el inherente a la obra de arte, una pieza de decoración, representativa incluso de una posible faceta como coleccionistas de sus propietarios. Y, finalmente, el valor simbólico-social que se transmitía a través de la riqueza de los materiales en los que estaba realizada la escultura o su autoría por parte de determinado artista, los que encumbraban a dichos propietarios a determinados niveles de distinción respecto a quienes no contaban con una obra de tales características.

De escaso valor económico con respecto a dicha talla eran tres tablas con marcos dorados donde podían leerse “el Credo, Evangelio y otras oraciones de la misa”, tasadas

---

<sup>922</sup> Citado por VINUESA HERRERA, R. M.: “Oratorio y capillas privadas...” Op. cit., p. 1068; remite a su transcripción en CALDERÓN BERROCAL, M. C.: “Los expedientes de oratorios en el Archivo del Arzobispado de Sevilla. Siglos XVII al XIX”, *Qalat Chábir. Revista de Humanidades*, 3 (1995). Ver también CALDERÓN BERROCAL, M. C.: “Tipología documental eclesiástica: los expedientes de Oratorios en el archivo general del arzobispado de Sevilla (Siglos XVII al XIX)”, *Ars et sapientia: Revista de la asociación de amigos de la Real Academia de Extremadura de las letras y las artes*, n. 35 (2011), pp. 51-64

<sup>923</sup> En torno a este tema el paper de Igor Sosa Mayor “Hygienisation of the home? Sacred objects in house chapels and their ecclesiastical control”. European Social Science History Conference, Viena, abril 2014

en 60 reales de vellón. Sin embargo, debían poseer la importante funcionalidad práctica de servir de guía en su oración a los fieles allí congregados.

A partir del análisis de este conjunto es imperceptible rasgo alguno que pudiera dotar a aquel espacio y a su composición de unas connotaciones que los relacionaran directamente con las devociones del señor o la señora de la casa. Según la documentación nos informa, la nueva residencia del matrimonio formado por los condes de Villamonte se compuso a costa del adelanto de las legítimas paterna y materna de don Juan. Por lo que bien se podrían incluso intuir a partir de dichos elementos materiales las devociones particulares de los padres del señor, los marqueses de Bélgida.

Por otra parte, se describe un interesante sistema de comunicación interno dentro de la casa, a través de varios dispositivos que constaban de campanilla. Mediante ellos los señores podían llamar a los miembros del servicio desde diferentes partes de la vivienda –la antesala, tres salas, otros dos para las llamadas desde la cama- y que su llamada fuera recibida incluso en el dormitorio de las criadas. Así, se permitía una separación física entre miembros del servicio y señores, sin que las necesidades de estos últimos dejaran de ser atendidas en cualquier momento del día o de la noche.

Respecto a las piezas destinadas a los servicios, situadas en el segundo inmueble, la puerta de la cocina contaba, como ya hayamos observado para otras estancias, con una cerradura con llave, que permitiera en este caso mantener las vituallas a buen recaudo. Lo mismo ocurría con la de la carbonera que estaba en el patio. Se trataba de lugares específicos para almacenar productos, para cuya adecuada gestión convenía que no pudieran estar al alcance de cualquiera.

Dentro de las complejas células habitacionales que constituían las viviendas de la nobleza, cada miembro del servicio tenía atribuidas unas competencias propias de un dominio u otro. E, igualmente, según su condición y función, iban a ocupar unos u otros espacios dentro de las casas principales. En absoluto sería la misma la categoría de las criadas que tenían su dormitorio en el edificio principal de habitación de los señores, o la de los pajes de la antecámara del conde, que la de aquellas criadas cuyas posadas estaban en una de las viviendas accesorias, y la de los mozos cuyos camaruchos para dormir se hicieron nuevos junto a las caballerizas.

Finalmente, la cocina era un espacio cuya funcionalidad práctica estaba perfectamente definida. Se amueblaba mediante varias mesas con cajones en los que poder guardar diferentes utensilios, así como vasares y alacenas que contribuían al orden de la amplia variedad de elementos utilizados en la preparación de los alimentos. La mesa fregadero era, asimismo, fundamental para fregar los objetos que se ensuciaban, ya fuera en la elaboración de las comidas, o los servicios con los que ésta se presentaba y consumía en la mesa.

## CONCLUSIONES

El principal objetivo de esta Tesis era conocer a los servidores de la Monarquía en su faceta de residentes en la corte borbónica. Un grupo social formado por personas de diferentes categorías, estamentales y profesionales, y con distintos niveles de capacidad económica. Pero además de estos presupuestos, la pertenencia a una u otra institución marcaba también profundas diferencias, no sólo respecto a la consideración de las personas que trabajaban en ella, la jerarquía, la movilidad interna, sino respecto a la actividad social y cultural que desarrollaban. Todo lo cual no podía por menos de reflejarse en su forma de vida y en el tipo de demanda necesaria para armonizar su estatus personal con el profesional.

Desde estas bases, la muestra elegida necesariamente debía ser amplia: en ella figuran, por tanto, desde grandes de España, que desempeñaban los más altos cargos palatinos y que contaban con una buena representación en los Consejos o en el Ejército; junto a ellos la nobleza de toga o la que desempeñaba cargos unipersonales o puestos en una secretaría, afincada en Madrid desde un cierto tiempo atrás o procedente de las oligarquías provinciales. En el servicio del rey coincidían, por tanto, una amalgama de personas: algunas herederas de una larga tradición familiar de servicios en la administración; otras, incorporadas en fecha reciente, por méritos propios o con el respaldo de alguna clientela, o quienes habían adquirido el puesto como recompensa, por compra o por merced dotal, dada la venalidad de la época. De ahí que no faltaran banqueros, asentistas o comerciantes, que compatibilizaban, ellos mismos o sus familiares directos, las actividades que les eran propias con un empleo al servicio del rey. Es precisamente este variado conjunto de oficiales y ministros de distintas instituciones el que hemos pretendido definir social, económica, cultural y mentalmente, a través de sus pautas de actuación con respecto a la casa. Estimando la necesidad y el valor de presentarlo en su conjunto, marcando las diferencias de estatus propias de la jerarquía profesional y reconociendo las posibles influencias entre unos y otros.

Dicho propósito nos ha conducido a convertir la vivienda en objeto central de estudio, atendiendo a su inserción dentro del contexto urbano de la capital y su mercado inmobiliario. También, observando los diversos regímenes de tenencia y de ocupación de la misma –propiedad, alquiler, beneficio de la Regalía de Aposento-. A su vez, se

han analizado las estructuras de los edificios desde una perspectiva que nos ha permitido comparar los modelos que se proponían desde las teorías artística y arquitectónica y la preceptiva legal, con la realidad del caserío madrileño. Y, finalmente, se ha alcanzado a conocer la cultura material que componía dichos espacios.

La vivienda se ha mostrado como una realidad dinámica en el Madrid de la segunda mitad del Setecientos. Una ciudad que se había visto obligada a adaptarse a su condición de sede permanente de la Corte y capital de la Monarquía, donde el número de población había aumentado desde los 130.000 habitantes en 1740 a los 187.269 recogidos en el censo de 1797.

Los agentes de la Monarquía jugaron un activo papel dentro del mercado inmobiliario que se desarrolló en la capital. Su capacidad económica, resultado del desempeño de su profesión, y el conocimiento directo, personal o familiar, del negocio inmobiliario, constatado para casos como los de los marqueses de Santiago, Portago o don José de Laisequilla, les permitió convertirse en propietarios de inmuebles y rentabilizarlos a través del alquiler. Los propietarios servidores del Rey destacaron ya desde mediados del siglo XVII. Su progresivo ennoblecimiento en pago a sus servicios fue el que contribuyó, a mediados del siglo XVIII, a engrosar el número de propietarios nobles y a reducir el del sector popular en el que hasta entonces habían sido tipificados por los investigadores que se han venido dedicando al estudio del fenómeno de la distribución de la propiedad inmueble entre los diferentes grupos sociales –junto a comerciantes, hombres de negocios, etc.-. Los miembros de los cuerpos relacionados con la Real Hacienda destacaron dentro este proceso, hecho que se atribuye a su formación y trayectoria en el ámbito de los negocios y las finanzas previa y/o en paralelo al desempeño de un puesto dentro del engranaje del aparato estatal. Esta faceta se vio intensificada con fuerza mediante la desamortización de 1798 y la puesta en venta de propiedades que hasta entonces habían correspondido a obras pías. Del total de las compras de inmuebles que tuvieron lugar dentro de aquel proceso para el año 1803, hemos podido atestiguar que un 23% fueron realizadas por servidores del Estado. El objetivo que se hallaba detrás de dichas adquisiciones por parte del mencionado sector difería en poco del ya constatado para los círculos que trabajaban al servicio del estado hacia finales del siglo XVII y durante la primera mitad del XVIII, convertidos en importantes propietarios de inmuebles en Madrid. Se trataba de utilizar tales bienes

como medios a través de los que obtener rentas. Sin embargo, para esta cronología más avanzada, se pueden vislumbrar ya rasgos socio-económicos que anticipan los que prevalecerán durante la Revolución Liberal. Por una parte, un Estado necesitado de financiación, que ponía en venta una parte importante del patrimonio sobre el que las instituciones civiles y religiosas asentaban su poder con respecto al resto del conjunto social. Y por la otra, ciertos sectores de la sociedad con medios económicos para invertir en el acceso a la propiedad, la cual iba a revertirles en una doble vía: poder y riqueza. Ambos sirvieron, entre otros procesos, para minar el sistema establecido y se convirtieron en los cimientos sobre los que apoyar uno nuevo. Muchos fueron los que aprovecharon los recursos que disfrutaban desde su posición como parte del aparato del Estado para formar parte –con mayor o menor grado de conciencia- de este proceso. Una actividad en la superficie de carácter económico, que entrañaba un trasfondo mucho más complejo.

Sin embargo, pese a su condición de propietarios y en algunos casos ocupantes de las viviendas que disfrutaban en propiedad –recuérdense los miembros de la nobleza que habitaban sus propias casas principales, u otros componentes del grupo que, siendo propietarios de casas de vecindad, reservaban como don Antonio Marcelino de Armesto y su familia o don Miguel de Sesma, un cuarto dentro del edificio para su habitación- la fórmula de ocupación que predominó entre los servidores del Estado, reproduciendo la situación generalizada entre el conjunto de la población en Madrid, fue el alquiler. Hemos hallado viviendo de alquiler a miembros de todos los estratos de aquella pirámide socio-profesional, desde al caballerizo mayor de la reina Isabel de Farnesio, el duque de Sesa –que habitaba las casas principales de los Infantado en las Vistillas-, a personal subalterno de las oficinas alojado en cuartos dentro de casas de vecindad, o recurriendo a la extendida fórmula del subarrendamiento de unos aposentos dentro de una vivienda habitada en régimen de alquiler por otra familia. Un modelo este último reflejo del varón profesional que se desplazaba desde provincias a la capital para desempeñar un puesto de trabajo dentro del complejo engranaje de la administración del Estado. Era aquél, que llegaba a Madrid a una edad temprana, soltero, quien necesitaba de unas piezas en las que habitar. Las relaciones de convivencia entre vecinos, así como entre los servidores que habitaron en régimen de subarrendamiento o como huéspedes, compartiendo espacios de habitación con otros individuos o familias, abren una interesante línea de investigación que permita en un futuro obtener conclusiones

respecto a las relaciones interpersonales que debieron tejerse, con sus correspondientes afinidades y desencuentros.

Por otra parte, los servidores de la Monarquía se beneficiaron, desde que la villa castellana pasó a convertirse en capital de aquélla y sede de la corte, de la Regalía de Aposento. Lo que hasta mediados del siglo XVIII había constituido la obligación por parte de los vecinos propietarios de viviendas en Madrid de proveer de aposento material dentro de sus casas a los miembros del grupo en cuestión, pasó a convertirse en el pago de un tributo que gravaba la propiedad inmobiliaria. A través de lo recaudado mediante este sistema el Estado subvencionaba los alquileres de las viviendas de sus servidores, quienes debieron preferir gozar de tal beneficio en espacios de habitación de cualidades, en muchos casos, superiores a los de su propiedad y obtener las correspondientes rentas de los alquileres de estos últimos.

No obstante, se presenta como otra línea de investigación abierta aquélla que profundice en la medida exacta de quiénes fueron los beneficiarios de un alojamiento facilitado por la Monarquía y cuáles eran los criterios de asignación de habitación; aunque el curso de este trabajo nos permita afirmar que se adaptaba a la estructura organizativa jerarquizada que primaba en la organización de cualquier cuerpo social durante el período cronológico estudiado.

Respecto a la ubicación de las residencias de los diferentes empleados en las instituciones, tendieron a no corresponderse con la situación de las sedes de estas últimas. Las listas de titulares de los diferentes cargos que aparecían anualmente en las *Guías de forasteros en Madrid* nos han ofrecido reflejo de su residencia en inmuebles de carácter particular, repartidos, sin que existieran factores determinantes, en los distintos cuarteles que componían el territorio de la villa. No obstante, la casuística demuestra que factores como las relaciones de paisanaje llevaron a concentrar a los miembros de este grupo socio-profesional, al igual que ocurriera dentro de otros, al menos durante un primer período tras su llegada a la capital, en zonas de residencia próximas a las de sus paisanos, así como quedara reflejado a través del caso de don Gaspar Melchor de Jovellanos, quien se ubicara próximo a sus parientes, los también asturianos, marqueses de Casatremañes, entre tantos otros.

Por el contrario, desempeñar un puesto en la misma oficina no ha aparecido como factor que condicionó las relaciones de vecindad residencial. Desde las instancias de poder no se contemplaba destinar determinados inmuebles o zonas de la ciudad para los servidores en las dependencias de una institución concreta. De esta forma quedaba plasmado en la *Guía de litigantes y pretendientes*, tal y como ejemplificáramos a través del estudio de la ubicación de las residencias de los empleados en la Contaduría General de Propios y Arbitrios del Reino. La exigencia de cubrir la necesidad de habitación al conjunto de población que desempeñaba un puesto al servicio de la Monarquía no debió permitir una estricta regulación que destinase para dicho fin inmuebles determinados, y la demanda se tuvo que abastecer sin responder a un extremo control estatal.

Como se acaba de señalar, no existieron una separación y concentración de los miembros de este grupo en determinadas zonas de la capital. Los servidores de la Corona habitaban y convivían con individuos de toda condición en los mismos cuarteles, barrios y manzanas.

El desarrollo de esta investigación ha servido para reafirmar la importante presencia de residencias de los miembros del grupo analizado en las proximidades al Buen Retiro –cuartel de San Jerónimo- y al palacio real. El cuartel de San Jerónimo era el que contaba entre sus vecinos con un mayor número de empleados al servicio del Estado, con respecto al número total de los identificados como pudientes y distinguidos. De las 184 personas pudientes y distinguidas contabilizadas que residían en aquella demarcación, 74 ocupaban un puesto profesional dentro del engranaje de la Monarquía, es decir, el 40,21%. En el cuartel de Palacio, un 30,38% del total de vecinos pudientes y distinguidos eran servidores del Estado. También nos ha llevado a constatar la preferencia de los miembros de este grupo por desarrollar sus nuevos proyectos constructivos en zonas de ensanche de la retícula urbana de la villa, como la calle Ancha de San Bernardo. Finalmente, cabe ser destacado que el cuartel considerado como popular por antonomasia, el Avapiés, reunía en los ocho barrios por los que se hallaba compuesto la mayor concentración de vecinos considerados pudientes y distinguidos en la capital para el año 1798 -729-. De ellos el 32% ocupaban un puesto al servicio del Estado. El barrio de San Cayetano concentraba el número más alto de población pudiente y distinguida -226 individuos-, de los cuales 116, el 51,32 %, desempeñaban un puesto en el organigrama del Estado.



En lo que se refiere a los edificios que sirvieron de residencias a los miembros de este grupo, se ha comprobado cómo la tipología arquitectónica de morada variaba en su estructura y complejidad según la condición social-profesional del residente. El hecho de habitar un cuarto de superiores o inferiores características materiales, unas casas principales o un palacio iba en consonancia a las necesidades, así individuales como sociales, de su morador y su familia, insertos según su rango en uno de los diferentes estratos que daban lugar a la ya mencionada pirámide poblacional formada por los servidores del Estado.

No obstante, los miembros de los escalones inferiores o aquellos cuya alta posición social carecía de antigüedad se mantuvieron en la constante de asemejar, en la medida de sus posibilidades, sus condiciones materiales de habitación a las de quienes se situaban en la cúspide. Este hecho ha quedado reflejado así en lo relativo al tipo de estructuras arquitectónicas, como en la composición de sus interiores. Salvo contadas excepciones que se separaban de la norma, y tendían a hallarse encarnadas en hombres de mentalidad práctica, formados en los campos de los negocios y las finanzas, que demostraban poseer una jerarquía de valores donde primaba el dinero por delante de los más tradicionales, relativos al reconocimiento social del estatus –recuérdese el caso del marqués de Murillo que construyó su vivienda al estilo francés del hotel, sobre una planta baja ocupada por diez casas-comercios destinadas al alquiler, por las que obtener cuantiosos beneficios económicos-.

La tendencia general se ha mostrado clara a través de quienes para consolidar la posición social que les dotaba un alto cargo dentro del engranaje del aparato estatal o por haber obtenido un título de nobleza –en su misma persona o en la generación anterior- recurrieron a habitar unas casas principales o a ordenar la construcción de un palacio, reflejo de su estatus. Este último fue uno de los instrumentos utilizados para afianzar socialmente su nobleza por parte de los titulares de los tres títulos nobiliarios de reciente creación que proyectaron o llegaron materializar la erección de un palacio en la manzana 500 de la calle Ancha de San Bernardo: el marqués de la Regalía, el marqués de Grimaldo y la marquesa de Sonora.

Fue para las arquitecturas palaciegas, para las que se ha hallado una más estrecha proximidad entre la realidad material de la construcción y las propuestas que emanaban desde la teoría. La tratadística arquitectónica se mantuvo dentro de un clasicismo que se apoyaba en autores de la Antigüedad, como Vitruvio, y que fueron reproducidos, a su vez, por los arquitectos del Renacimiento italiano. En poco variaban las pautas respecto a la distribución de las plantas dadas por Andrea Palladio y las “reformuladas” por el académico de San Fernando don Benito Bails para la construcción de casas-palacio en el último tercio del siglo XVIII, a partir de tratados como los del reconocido teórico de la arquitectura francés, Jacques-François Blondel.

Sin embargo, escasa fue la adaptación en su estructura de las tradicionales casas principales de la nobleza en Madrid a los principios que emanaban desde la teoría, y el alejamiento era todavía mayor en los espacios de habitación de los servidores, según se iba descendiendo dentro de la pirámide social que formaba el grupo.

La especialización funcional de los aposentos se vio reducida a las viviendas de carácter más elitista, donde el número de estancias se veía multiplicado, en respuesta a necesidades particulares de uso. Ha sido en ellas en las que se ha atestiguado la presencia de piezas tradicionalmente consideradas de tipo específico como el despacho - 7,40 % de aparición en las viviendas analizadas-, el gabinete y el retrete -5,55 % de aparición en las viviendas analizadas, para cada una de ellas-. Aún cuando, a su vez, se ha podido constatar que no habían perdido del todo la plurifuncionalidad, si se reparaba en las actividades que se llevaban a cabo dentro de ellas, condicionadas no tanto a la especificidad de la estancia, como al momento de la jornada. En el resto de las casas, la variedad de las piezas se reducía, y las que alcanzaban unas mayores cotas de aparición eran la sala -69,75 %- , la cocina -68,51 %- y la alcoba -62,96 %- , seguidas a importante distancia por el recibimiento -32,71 %- , el dormitorio -19,13 %- , la despensa -17,28 %- y el comedor -11,72 %-.

Respecto a la adecuación de los espacios interiores, se mantenía la dinámica de la emulación a los estratos que ocupaban la cúspide de la pirámide formada por el grupo. Al analizar qué cambios se produjeron dentro de la vivienda como consecuencia del paso del tiempo, entendidos estos en términos de evolución, se ha percibido un mayor desarrollo en las condiciones de vida de los estratos intermedios de los servidores, a

quienes el poder económico y el estatus social de desempeñar un puesto al servicio del Estado les permitió introducir modelos y formas hasta entonces propias de la nobleza tradicional. Mientras, los cambios dentro de ésta fueron menores, manteniéndose en la permanencia de unos usos y costumbres en lo relativo a la habitación, atestiguados a partir del análisis de la cultura material, que ya venían desarrollando durante décadas. Condicionados, a su vez, por unas pautas de consumo propias de una economía aún pre-industrial, donde los difíciles procesos de producción y los consecutivos altos costes de los productos dirigían hacia la inmutabilidad de los objetos que iban a componer las casas. Los cuales adquirieron ciertas connotaciones de carácter sentimental dentro de las familias, en las que se transmitían entre generaciones formando parte del patrimonio. Así lo constatamos para los elementos realizados en plata y grabados con el escudo de armas de la familia que podían transmitirse por vía femenina a través de la dote –objetos de tocador, elementos de oratorio-.

No obstante, dentro de una tendencia de modernización y de seguimiento de las modas, las casas principales pasaron a sustituir ciertos elementos de carácter suntuario, de los que hasta entonces habían compuesto sus interiores –como pudieran ser los damascos que tapizaban asientos y cubrían camas-, por lienzos pintados a la moda, cuyos precios inferiores los hacían igualmente accesibles a otros estratos sociales. Aquellos fueron los que al mismo tiempo, en el año 1780, revistieron los interiores de las casas principales en Puerta Cerrada a las que trasladó su domicilio el matrimonio formado por los condes de Villamonte –don Juan de la Cruz Belbis de Moncada era Gentil-hombre de cámara de su majestad- y los espacios del cuarto en el que hasta la misma fecha de 1780 residieron el oficial de la Tesorería Mayor de su majestad don Domingo Martínez y su esposa doña María Josefa Amarita, hija esta última de un comerciante joyero.

El hecho de gozar de un salario por desempeñar un puesto al servicio de la Monarquía permitía, a la vez que en cierto modo debía casi llevarlo aparejado con la finalidad de demostrar la dignidad del Estado al que se servía, mostrar un grado de distinción. En relación a ello se ha confirmado el uso de determinadas prácticas que se percibieron mediante el análisis de las colecciones de pintura, como la de hacerse retratar en la forma que lo hacían los monarcas o las cabezas de las familias de la aristocracia tradicional. Tal y como se ha observado, no sólo mediante la aparición de

retratos propios entre sus bienes, sino mediante testimonios que mostraban de forma explícita su intencionalidad –así el que ofrecía el consejero de Hacienda, don Tomás de Quilty, sobre su yerno, don Domingo de Cabarrús, hijo del ministro también de Hacienda, don Francisco de Cabarrús-. Pero, también a través de la faceta de coleccionistas de obras de arte, como demostrara el caso del marqués de Portago, –poseyendo cuadros de alto valor económico, firmados por prestigiosos pintores-.

Asimismo, se ha podido comprobar cómo dentro de la composición de las estancias de recepción se combinaron estética y comodidad. Tapices, cortinas, cornucopias, espejos estaban destinados a crear interiores domésticos mejor acondicionados térmicamente e iluminados, pero aquellos se conseguían contribuyendo, a su vez, a la decoración de las piezas. Este hecho proyecta un rasgo característico de dichos actores, quienes, tales que miembros del grupo socio-profesional de los servidores del Estado, cuidaron en extremo el acondicionamiento de unos espacios que cubrían un papel esencial dentro de sus residencias, los destinados a la recepción. Por ello, se puede afirmar que avanzado el siglo XVIII dichos individuos buscaban cubrir una serie de necesidades relativas a las condiciones de la habitabilidad y comodidad de los espacios, mostrando, al mismo tiempo un conjunto de preferencias estéticas definitorias de sus patrones de gusto, de su percepción de la belleza.

Este trabajo nos ha llevado a obtener una visión mucho más dinámica que la hasta ahora arrojada sobre el tema de la vivienda en el Madrid de la segunda mitad del siglo XVIII, así como de la incidencia en el mismo del grupo social escogido como eje de la investigación, los servidores del Estado. No obstante, son tales la complejidad, así del objeto como de los sujetos de estudio, que el tema se ofrece abierto a futuros análisis, como los ya planteados, relativos a una profundización sobre el disfrute del beneficio de la Regalía de aposento, o respecto a las relaciones interpersonales que pudieron fraguarse a partir de la convivencia en los mismos espacios de habitación. Pero, también a una ampliación cronológica que nos permita conocer el desarrollo del fenómeno de la vivienda en los siglos precedentes, desde que la villa se convirtió en 1561 en sede de la Corte y capital de la Monarquía.

Finalmente, otra propuesta, la cual serviría para ampliar las fronteras geográficas de este estudio, tendría en cuenta cómo este proceso se desarrolló en otros países, dando

lugar a una perspectiva comparada respecto a las dinámicas que tuvieron lugar en otros contextos espaciales.

## CONCLUSIONS

The main objective of this dissertation was to know the Monarchy's servants in their facet of inhabitants at Borbon's Court. A social group formed by people of different categories, estate and professional, with different levels of economic capacity. Being member of one or another institution marked also deep differences, not just in things such hierarchy, internal mobility, but in relation to social and cultural activities carried out by men who worked for them. All this was reflected on their manners of life and the specific requests to harmonize their personal and professional status.

Since these basis, the chosen sample must be broad: Therefore, therein grantees of Spain, who held the highest palatine positions and had a good representation on the *Consejos* or in the Army; also noblesse de robe who worked in a secretary, who settled in Madrid from some time ago or from provincial oligarchies. In the service of King coincided therefore an amalgam of people: some of them heirs of a large familiar tradition on services to the administration, others recently incorporated on merit or supported by any customers or those who had acquired the position as a reward, by purchase or grant endowment, as result of the venality of the time. Hence, no missing bankers or traders that juggled - themselves or their immediate families - their business with a job serving the King. We have sought to define this diverse set of officers and ministers of various institutions social, economic, cultural and mentally, through their action guidelines regarding home. Considering the need and value of presenting the whole group, marking the differences in characteristics of the professional hierarchy status and recognizing possible influences between them.

That purpose has led to making housing central object of study, being understood in the capital urban context and its real-estate market. Also, taking into account tenure and occupation –property, rent, profit of Regalía de Aposento-. In turn, building structures have been analyzed from a perspective that has allowed to compare the models proposed from the artistic and architectural theories and by-rules, with reality of houses in Madrid. Finally, material culture that made up these spaces have been achieved to know.

House is shown as a dynamic reality in Madrid in the second half of the eighteenth century. The city had been forced to adapt to being permanent seat of the Court and capital of the Monarchy, where the number of population increased from 130.000 in 1740 to 187.269 gathered in the census of 1797.

The agents of the Monarchy played an active role in the housing market that was developed in the capital. Their economic capacity resulting of their profession, and the knowledge on the real estate business involving their families' history, such as the cases of the maquis of Santiago, marquis of Portago or don José de Laisequilla, allowed them to become property owners and monetize through rents. The number of servers of the King that were at the same time property owners increased from the mid-seventeenth century. Their progressive ennoblement in payment for their services contributed in the mid-eighteenth century to swell the number of owners members of nobility and to reduce the popular sector in which until then they have been classified by scholarships who had studied real-estate distribution phenomenon among the different social groups – shopkeepers, traders, etc.-. Members of bodies related to the Royal Treasury highlighted within this process, a fact that is attributed to their training and experience in the fields of business and finance prior and/or parallel to the performance of a job into the State apparatus. This facet was strongly enhanced by the confiscation of 1798 and the sale of properties that had previously corresponded to Pious institutions. Of the total of property purchases that occurred within that process for the year 1803, we could attest that 23% were made by State servants'. The objective behind these acquisitions by the aforementioned sector differed little from those already found for servers in the late seventeenth century and the first half of the eighteenth converted in important property owners in Madrid. It was the use of those properties as means to obtain income. However, for this advance time are obvious some socio-economic features that anticipate those ones which will prevail during the Liberal Revolution. On one hand, the State with financial necessities, that sold an important piece of patrimony, over whom civil and religious institutions based their power with regard the rest of the social groups. On the other hand, certain sectors of society with financial resources to invest in home ownership, which would revert in two ways: power and wealth. Both served, among other processes, to undermine the established system and became the foundation on which support a new one. Many of the State servants' took advantage of the resources given by their position as part of the State apparatus to be part – with varying

degrees of consciousness – of this process. On the surface an activity of economic nature, which involved much more complex background.

Nevertheless, despite their condition of owners and in some of the cases inhabitants of their own houses – remember some members of nobility who lived in their own *casas principales*, or other members of the group who were tenement houses and reserved one *cuarto* in their building to live, like don Antonio Marcelino de Armesto and his family, or don Juan de Sesma – the occupational system that prevailed among State servants', reproducing the general situation among the whole population in Madrid, was the rent. We have found rental living members of all strata of that socio-professional pyramid, from the master of the queen's Isabel de Farnesio horse, duke of Sessa –who lived in the *casas principales* of the duke of Infantado in las Vistillas- to office staff who inhabited *cuartos* inside tenement houses, or turning to the extended formula of subletting some rooms inside an inhabited dwelling rented by another family. The last one was a model that reflected the professional male who moved to the capital city in order to perform a job within the complex system of the State administration. He arrived to Madrid in the young age and single and he needed a room for living. Relations among neighbours and those between the servers who lived under a sublease or as guests, sharing living spaces with other individuals or families open an interesting research line which will led to getting conclusions in the future in relation to interpersonal relationships with the corresponding affinities and disagreements.

Moreover, Monarchy's servants benefited of the *Regalía de Aposento* since Madrid became the former capital and seat of the Court. What until the mid eighteenth century had been the obligation of home owners in Madrid to provide material room in their homes to members of the group in question, it became in a tax which levied real estate. Through this system the State subsidized rental housing to its servers, who preferred to enjoy such benefits in living spaces of qualities, in many cases, higher than their properties and get the relevant income from latter.

However, this topic presents another line of investigation opened to flesh out the exact measure of who were the beneficiaries of housing provided by the Monarchy and which were the criteria for room assignment. Although the course of this work allows to



state that suited the hierarchical organizational structure that prevailed in organizing any social body during the chronological period studied.

Regarding the localiton of the residences of employees in different institutions, they tended not to correspond to the situation of the seats of the latters. Lists of holders of the different positions that appeared annually in the *Guías de forasteros en Madrid* have offered a reflection of their residence in particular buildings, spread without determinants in the various *cuarteles* that comprised the territory of the *villa*. However, casuistry shows that factors such as civil population relations led to concentrating the memebbers of this socio-professional group, as happened in others, at least during an initial period after arrival at the capital, in areas of residence next to those of their home regions. Such it is reflected through the case of don Gaspar Melchor de Jovellanos, who was located next to his relatives, also Asturian, marquis of Casatremañes, among many others.

Instead, playing a position in the same institution has not appeared as a factor that conditioned residential neighborhood relations. From the institutions of power envisaged not allocate certain buildings or areas of the city to the servers who worked in a particular institution. This was reflected in the *Guía de litigantes y pretendientes*, as it was showed through the study of the location of the residences of the employees in the *Contaduría General de Propios y Arbitrios del Reino*. The requirement of covering the need of home for Monarchy's servants do not allow a strict regulation that intended certain homes for that purpose, and demand had to supply without responding to an extreme control by the State.

As just noted, there were no separation and concentration of members of this group in certain areas of the capital. Crown servants lived and lived with individuals from all conditions in the same *cuarteles*, neighborhoods and blocks.

This research has served to reaffirm the important presence of residences of the members of the analyzed group in the vicinity of el Buen Retiro – *cuartel* of San Jerónimo- and the Royal Palace. The *cuartel* of San Jerónimo counted among its neighbours with the largest number of employees of the State in relation to the total number of those ones identified as wealthy and distinguished. 74 of the 184 wealthy and

distinguished people counted as residents in that demarcation occupied a professional position within the Monarchy system, 40,21 %. In the *cuartel* of Palacio, 30,38 % of all the residents wealthy and distinguished were servants of the State. It has also led us to confirming the preference of the members of this group to develop their new construction projects in urban sprawl, as the Ancha de San Bernardo street. Finally, it must be stressed that the *cuartel* considered popular par excellence, the Avapiés, gathered in the eight neighborhoods it was compound the highest concentration of neighbours considered wealthy and distinguished in the capital for the year 1798 -1729-. 32 % of them occupied a post in the service of the State. San Cayetano neighborhood concentrated the highest number of wealthy and distinguished people -226-, 116 of them -51,32 %- played a position in the organization chart of the State.

In relation to the buildings used as homes by the members of this group it was found that the architectural style of dwelling varied in structure and complexity according to the socio-professional status of the resident. Living in a *cuarto* of higher or lower material conditions, in *casas principales* or in a palace was in line with individual and social needs of its resident and his family, according to their rank.

However, members of the lower levels remained in the constant desire to resemble those at the top. This is reflected in terms of the type of architectural structures and the composition of their interiors. With few exceptions which separated from the norm, and tended to be embodied in practical-minded men, trained in the fields of business and finance, who have demonstrated a hierarchy of values where the money prevailed ahead of the more traditional, related to social status recognition – recall the case of the marquis of Murillo who built his house in the French style, as a hotel occupied on the ground floor by ten houses-shops to rent out and to get substantial economic benefits-.

The general trend is shown clearly through whom to consolidate the social position that endowed them a high position within the State system or for winning a title of nobility - in his own person or in the previous generation- resorted to inhabit in *casas principales* or ordered the construction of a palace, reflecting his status. The latter was one of the instruments used to strengthen socially their nobility by the holders of the three recently created titles who projected or built a palace in the block 500 of Ancha de

San Bernardo street: marquis of Regalía, marquis of Grimaldo and marchioness of Sonora.

Palatial architectures were the closets in their nature to the proposals emanating from the theory. The architectural treatises remained within a classicism based on ancient authors such as Vitruvius, and were reproduced, in turn, by the architects of the Italian Renaissance. Patterns regarding the distribution of plans given by Andrea Palladio varied very little in those ones “reformulated” by the academic of San Fernando Benito Bails for building palatial houses in the last third of the eighteenth century, whose origins were in treatises such those who wrote the renowned French architectural theorist, Jacques-François Blondel.

However, architectural adaptation to the principles emanating from the theory was limited in the nobility *casas principales* in Madrid, and removal was still higher in the living spaces of the servants, as descending into the social pyramid formed by the group.

The functional specialization of the chambers was reduced to housing more elitist, where the number of rooms multiplied adhered to particular needs of use. We have found the presence of parts traditionally regarded as the type-specific in them, like office -7,40 % occurrence in housing analyzed-, cabinet and toilet – 5,55 % occurrence in housing analyzed, for each -. Although, in turn, it has been shown that they had not lost multifunctionality at all, if repaired in the activities that took place within them, conditioned not so much to the specificity of the room, as at the time of the day. The variety of parts was reduced in the rest of the houses, and those that reached higher levels of emergence were living room -69,75 %-, kitchen -68,51 %,- and *alcoba* - 62,96%-, followed at considerable distance by reception -32,71 %-, bedroom -19,13 %-, pantry -17,28 %- and dining room -11,72 %-.

Concerning the adequacy of the interior spaces, the emulation of strata occupying the top of the pyramid formed by the group remained. The analyse of changes into the home as a result of the passage of time, understood in terms of development, allows to conclude that there was further development in home life of the middle strata of the group. They benefited of economic power and social status given by their service to the

State to introduce models and forms characteristic of the traditional nobility until then. Meanwhile, the changes within traditional aristocracy were lower, remaining at the permanence of habits and customs, attested from the analysis of material culture, regarding the living habits that had already been developing for decades in the group. Conditioned, in turn, by patterns of consumption of pre-industrial economy, where the difficult production processes and the consecutive high costs of the products headed towards the immutability of the objects that composed the houses. Some of them acquired sentimental connotations within families that transmitted as part of their patrimony among generations. We find it for items made of silver and engraved with the coat of arms of the family that were transmitted through the female line of dowry –toilet objects, elements of oratory-.

However, within a trend of modernization and monitoring of trends, the *casas principales* replaced certain elements of sumptuary character, which until then had composed their interiors –as the apricots that covered seats and beds- by fashion painted canvases, whose lower prices made them equally accessible to other social strata. Painted canvases coated in 1780 the interior of the *casas principales* in Puerta Cerrada were moved the couple formed by the counts of Villamonte –don Juan de la Cruz Belbis de Moncada was *Gentil-hombre de cámara* of the King-, and the rooms of the cuarto where at the same date lived the *oficial de la Tesorería Mayor* of his Majesty, don Domingo Martínez, and his wife, doña María Josefa Amarita, daughter of a jeweler merchant.

Having a salary as result of a position in the service of the Monarchy allowed to show a degree of distinction, while somehow take almost had rigged in order to show the dignity of the State they served. It has been confirmed through certain practices that were perceived analyzing collections of painting. Crown servants portrayed in the way monarchs or heads of families of the traditional aristocracy did. It was observed not just by the appearance of portraits of themselves among their possessions, but by testimonies showing explicitly their intent. It was showed by the *consejero de Hacienda*, don Tomás de Quilty, on his son in law, don Domingo de Cabarrús, son of the *consejero de Hacienda*, don Francisco de Cabarrús. But also through the facet of art collectors, demonstrated by the case of the marquis of Portago –who possessed pictures of high economic value, signed by renowned painters-.

Also, it has been seen how in the composition of the reception rooms aesthetic and comfort combined. Rugs, curtains, cornucopias, mirrors were designed to create domestic interiors better thermally conditioned and illuminated, but those were achieved contributing, in turn, to decor of the room. It projects a characteristic feature of those actors who, such members of the socio-professional group of State servants', took extremely care in conditioning the rooms which covered an essential role within their homes, the reception. Therefore, we can say that into the eighteenth century such individuals sought cover a number of requirements relating to the conditions of habitability and comfort of spaces, showing at the same time defining aesthetic preferences of their patterns of taste and their perception of beauty.

This work has led us to obtain a more dynamic view than hitherto on the subject of housing in Madrid in the second half of the eighteenth century, and the incidence of the social group chosen as the axis of the research, State servants'. However, the complexity of the object and the subjects of the study are so big that the topic provides open for future analysis, as those already mentioned concerning a deepening knowledge on the the benefit of the Regalía de aposento, or with respect to interpersonal relationships forged as consequence of living together in the same houses. But also a time extension to know the growing phenomenon of housing in the preceding centuries, since Madrid became the seat of the Court and the capital of the Monarchy in 1561.

Finally, another proposal would serve to expand the geographical borders of this study. It would consider how the analyzed process took place in other countries, resulting in a comparative perspective on the dynamics that occurred in other spatial contexts.

## **FUENTES MANUSCRITAS**

### **ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL**

#### **CONSEJOS:**

- Legajos: 2513, 3584, 12979

#### **FONDOS CONTEMPORÁNEOS:**

- Delegación de Hacienda Histórico:

- Legajo: 27, 28

### **BIBLIOTECA NACIONAL**

- Dibujos 14/25/20, 14/45/61

- Manuscritos 18445, 18447

### **ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS DE MADRID**

- Documentos Gráficos: 40, 65, 68, 87

- Tomos: 14916, 15941, 15942, 16366, 16471, 16455, 16741, 16968, 17396, 17644, 17647, 17921, 18072, 18185, 18202, 18351, 18523, 18538, 18670, 18676, 18694, 18818, 19007, 19034, 19123, 19131, 19135, 19324, 19336, 19426, 19433, 19458, 19471, 19510, 19519, 19537, 19545, 19629, 19644, 19655, 19716, 19724, 19735, 19828, 19892, 19907, 19912, 19968, 20078, 20138, 20151, 20156, 20169, 20214, 20200, 20264, 20317, 20331, 20385, 20466, 20557, 20563, 20678, 20752, 20774, 20792, 20820, 20985, 21089, 21428, 21532, 21538, 21596, 21625, 21639, 21644, 21685, 21709, 21756, 21757, 21685, 21805, 21878, 21897, 21920, 21960, 21982, 22254, 22307, 25259

### **ARCHIVO DE VILLA DE MADRID**

- Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento: 1-44-70, 1-44-83, 1-44-109, 1-45-37, 1-45-54, 1-45-87, 1-45-119, 1-45-131, 1-45-139, 1-45-140, 1-45-150, 1-45-154, 1-47-32, 1-47-37, 1-47-88, 1-47-109, 1-48-10, 1-48-73, 1-49-70, 1-49-75, 1-49-114, 1-49-125, 1-50-17, 1-50-21, 1-50-28, 1-51-16, 1-51-65, 1-51-103, 1-52-2, 1-52-60, 1-53-65, 1-53-66, 1-53-67, 1-53-68, 1-54-3, 1-54-14, 1-54-32, 1-54-38, 1-54-63,

1-54-85, 1-54-99, 1-54-99 bis, 1-54-104, 1-54-106, 1-55-4, 1-55-55, 1-55-60, 1-56-19,  
1-56-20, 1-56-25, 1-56-31, 1-56-35, 1-56-37, 1-56-62, 1-56-65, 1-56-75, 1-57-40,  
1-84-15, 1-84-20, 1-84-23, 1-84-29, 1-84-79, 1-84-85, 1-84-92, 1-84-105, 1-84-146,  
1-85-50

## FUENTES IMPRESAS

AGUIRRE, J. M. de (Marqués de Montehermoso): “Discurso sobre la comodidad de las casas que procede de su distribución exterior e interior”, *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País de 1766*. Vitoria, Tomás de Robles, 1768

ARBIOL, A.: *La familia regulada*. Madrid, Gerónimo Ortega e hijos de Ibarra, 1789

ARBUTHNOT, J.: *An essay concerning the effects of Air in human bodies*. London, J. Tonson, 1733

ARDEMANS, T.: *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, aparejador de obras reales y de las que se practican en las ciudades de Toledo y Sevilla, con algunas advertencias a los alarifes y particulares y otros capítulos añadidos a la perfecta inteligencia de la materia que todo se cifra en el gobierno político de las fábricas*. Madrid, Francisco del Hierro, 1719

BAILS, B.: *Elementos de matemáticas. T. IX, Parte I, que trata de la Arquitectura Civil*. Madrid, Ibarra, 1783

- *Principios de matemáticas de la Real Academia de San Fernando*, 3 vols. (3ª edición). Madrid, Imprenta de la viuda de don Joachin Ibarra, 1795-99

BERMÚDEZ, J.: *Regalía del Aposentamiento de Corte: Su origen y progreso. Leyes, Ordenanzas y Reales Decretos para su cobranza y distribución*. Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1738

BLONDEL, J.-F.: *De la distribution des maisons de plaisance et de la decoration des edifices en general*. Paris, Chez Charles Antoine Jombert, 1737

- *Architecture françoise ou recueils des plans, elevations, coupes et profils*. Paris, Chez Charles Antoine Jombert 1752

- y PATTE, P.: *Cours d'Architecture ou Traité de la décoration, distribution et construction des bâtimens*. Paris, 1771-1777, 9 vols.

BRAVO DE RIVERO, T.: *Comentario de d. Joseph Isidoro Morales al exc. Señor d. Joseph de Mazarredo sobre la enseñanza de su hija*. Madrid, Imprenta de Gabriel de Sancha, 1796

BRIZGUZ Y BRU, A. G.: *Escuela de arquitectura civil en que se contienen los órdenes de Arquitectura, la distribución de los planos de templos y casas y el conocimiento de los materiales*. Valencia, Joseph de Orga, 1738

CARAMUEL, J.: *Arquitectura civil recta y oblicua*. Vegeven, Empronta obispal Camillo Corrado, 1678

CEÁN BERMÚDEZ, J. A.: *Diccionario*. Madrid, Imprenta de la viuda de don Joachin Ibarra, 1800



- *Memorias para la vida del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos y noticias analíticas de sus obras*. Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1814

CLARKE, E.: *Letters concerning the Spanish Nation*. London, T. Becket, P. A. de Hondt, 1763

COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, Luis Sánchez, 1611

*Diario de Madrid*, 9 de enero de 1788, 10 de enero de 1788, 10 de abril de 1788, 18 de julio de 1788, 22 de noviembre de 1796

*Diccionario de Autoridades*. Madrid, Real Academia Española, 1737

*Diccionario de la Real Academia Española*. Madrid, Real Academia Española. Ediciones: 1780, 1783, 1791

GONZÁLEZ, D.: *Poesías del M. V. Diego González, del orden de San Agustín. Dalas a la luz un amigo suyo*. Madrid, Imprenta de la viuda e hijo de Marín, 1796

*Guía de litigantes y pretendientes*. Madrid, Benito Cano, 1803

*Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid*. Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1780

LARRUGA, E.: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Tomo III. Madrid, Antonio Espinosa, 1788; Tomo XVIII. Madrid, Antonio Espinosa, 1792

*Lista de los abogados del Ilustre Colegio de Madrid, que actualmente residen en esta Corte, con expresión de los empleos que obtienen en él, su antigüedad y habitaciones. Sirve desde primero de septiembre de 1803 hasta igual día del de 1804*. Madrid, Imprenta de la viuda de don Joachin Ibarra, 1803

MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid, 1846-1850

MARTÍNEZ DE LA TORRE, F. y ASENSIO, J.: *Plano de la villa y corte de Madrid, en sesenta y quatro láminas*. Madrid, Imprenta de don Joseph Doblado, 1800

MARTÍNEZ MONTIÑO, F.: *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería*. Primera edición de 1611. Barcelona, Imprenta de María Ángela Martí viuda, 1763

NIPHO, M.: *Cajón de sastre literato*, t. IV. Madrid, Imprenta de Miguel Escribano, 1781

*Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Madrid, 1805

PERRAULT, C.: *Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio escrito en francés por Claudio Perraul... traducido en castellano por José Castañeda*. Madrid, Imprenta de don Gabriel Ramírez, 1761

RIEGER, Ch.: *Elementos de toda la arquitectura civil con las más singulares observaciones de los modernos*. Traducción P. Miguel Benavente. Madrid, Ibarra, 1763

SAN NICOLÁS, L. Fray: *Arte y uso de Arquitectura*, 2 vols. Madrid, Juan Sánchez, 1639/ Petrus Villafranca, 1665

SEMPERE Y GUARINOS, J: *Historia del luxo y de las leyes suntuarias de España*. Madrid, Imprenta Real, 1788

TERREROS Y PANDO, E.: *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*. Madrid, Imprenta de la viuda de don Joachin Ibarra, 1786-1788

*The cabinet-makers' London book of prices, and designs of cabinet-work*. London, London Society of Cabinet-makers, 1788

TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas de la villa de Madrid y Policía de ella*. Madrid, Pablo de Val, 1661

TOSCA, T. V.: *Tratados de arquitectura civil, montea y cantería y relojes*. Valencia, Oficina de los hermanos Orga, 1794

VALZANIA, F. A.: *Instituciones de Arquitectura*. Madrid, Imprenta de Sancha, 1792

XARAMILLO, G. A.: *Guía de la Real Hacienda de España. Año de 1816*. Madrid, Imprenta de la Compañía, 1816

ZABALETA, J. de: *El día de fiesta por la tarde en Madrid y sucesos que en él pasan*. Madrid, Imprenta de Juan de San Martín, 1754



## BIBLIOGRAFÍA

ABAD ZARDOYA, C.: “La vivienda aragonesa de los siglos XVII y XVIII. Manifestaciones del lujo en la decoración de interiores”, *Artigrama* 19 (2004), p. 409-426

- *La casa y los objetos. Espacio doméstico y cultura material en la Zaragoza de la primera mitad del siglo XVIII*. Zaragoza, Publicaciones del Gobierno de Aragón, 2005

- “Mujeres, arpas y libros: Herencias de la pintura moderna en los fotograbados de los *Salones de Madrid* (H. 1898)”, *Artigrama*, 20 (2005), pp. 367-384

- “Viejos modelos y nuevas costumbres: espacios privados para la mujer en la vivienda zaragozana del siglo XVIII”, CREIXELL, R. M., SALA, T. M. y CASTAÑER, E.: *Spais, interiors, casa i art. Desde el segle XVIII al XXI*. Barcelona, Publicacions y edicions de la Universitat de Barcelona, 2007, pp. 477-484.

- “*Por el bien y beneficios que de su mano hemos recibido*: estudio documental de una donación de bienes muebles hecha por Tomás de Borja a su sobrino el duque de Lerma en 1608”, *Artigrama*, 24 (2009), pp. 341-371

- “Herramientas curiosas para cosas particulares y extraordinarias. Tecnología, espacios y utillaje en la cocina histórica española”, MOYANO, I. y SIMÓN PALMER, C. (coords.): *La cocina en su tinta. Libros e imágenes en la Biblioteca Nacional de España*. Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2010

- “Arquitectos en los fogones: del *theatrum machinarum* a los proyectos ilustrados para una cocina económica”, *Artigrama*, 26 (2011), pp. 649-667

- “Donde el arte debe sujetarse a la necesidad. Intendencia doméstica, sociabilidad y apartamentos masculinos en los entresuelos del siglo XVIII”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 113-134

- “Arte y ceremonial del fresco”, CABRERA LAFUENTE, A., RODRÍGUEZ MARCO, I. M., VILLAR FERNÁNDEZ, C. (coord.): *La cocina valencia del Museo Nacional de Artes Decorativas. Una relectura a través de la tecnología de Realidad Aumentada*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2013, pp. 60-89

*Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas. III Historia Moderna*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1975

AGO, R.: *Il gusto delle cose. Una storia degli oggetti nella Roma del Seicento*. Roma, Donzelli editore, 2006

AGUADO DE LOS REYES, J.: *Riqueza y sociedad en la Sevilla del siglo XVII*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1994

- “El ajuar familiar en la Sevilla del setecientos”, CHACÓN JIMÉNEZ, F. y FERRER y ALÓS, Ll. (eds): *Familia, casa y trabajo. Historia de la familia. Una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*. Murcia, Universidad de Murcia, 1997

AGUILAR PIÑAL, F.: *La biblioteca de Jovellanos (1778)*. Madrid, CSIC, 1984

- “Las Guías de forasteros de Madrid en el siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXV (1995), pp. 451-473

AGUILÓ ALONSO, M. P.: *El mueble clásico español*. Madrid, Cátedra, 1987

- *El mueble en España durante los siglos XVI y XVII*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990

- *El mueble en España, siglos XVI-XVII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Antiquaria, 1993

- “Palacio y hogar. El mueble”, JOVER ZAMORA, J. M. (dir.), GARCÍA DE LA CONCHA, V. (coord.): *Historia de España Menéndez Pidal. La cultura del Renacimiento (1480-1580)*, t. XXI. Madrid, Espasa Calpe, 1999, pp. 127-152

- (coord.): *El mueble: testimonio de una sociedad cambiante*, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, vol. 66, 1 (2011)

AGUIRRE ROJAS, C. A.: *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy y mañana*. Barcelona, Editorial Montesinos, 1999

AJMAR-WOLLHEIM, M. y DENNIS, F.: *At home in Renaissance Italy*. London, V&A Publications, 2006

- , DENNIS, F y MATCHETTE, A. (eds.): *Approaching the Italian Renaissance interior: sources, methodologies, debates. Special issue of Renaissance studies*, vol. 20, issue 5, November (2006)

ALBERTI, L. B.: *De re aedificatoria*. Madrid, Akal, 1991

ALCALÁ-ZAMORA, J.: (dir.): *La vida cotidiana en la España de Velázquez*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989

ALCÁZAR MOLINA, C.: “España en 1792. Floridablanca: Su derrumbamiento del gobierno y sus procesos de responsabilidad política”, *Revista de estudios políticos*, nº 71 (1953), pp. 93-138

- *Los hombres del Despotismo Ilustrado en España: El Conde de Floridablanca*. Edición Facsimilar. Prólogo Juan Hernández Franco, Murcia, Editum, 2008

ALONSO BENITO, J.: “El tocador, un campo de desarrollo para el arte de la platería”, PANIAGUA PÉREZ, J. y SALAZAR SIMARRO, N.: *Ophir en las indias: estudios sobre la plata americana: siglos XVI-XIX*. León, Universidad de León, 2010, pp. 557-568

ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.: “La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII”, *Revista dialectología y tradiciones populares*, vol. 56, nº 1 (2001), pp. 147-162

ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C. y GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, A.: “La nobleza titulada en Sevilla, 1700-1834. Aportación al estudio de sus niveles de vida y fortuna”, *Historia, Instituciones, Documentos*, nº 7 (1980), pp. 125-168

ÁLVARO ZAMORA, M. I.: “La producción cerámica en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XVIII: la política gremial como elemento involutivo”, *Artígrama* 12 (1996-97), pp. 433-452

AMAR y BORBÓN, J.: *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Edición de M. V. López-Cordón Cortezo. Madrid, Cátedra: Instituto de la Mujer, 1994

ANDIOC, R. (ed.): *Epistolario de Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, Castalia, 1973

- “*El sí de las niñas*, segundo centenario”, NAVA RODRIGUEZ, T. (coord.): *Cambio social y ficción literaria en la España de Moratín. Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VI (2007), pp. 19-36

ANDUEZA UNANUA, M. P.: *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII: familias, urbanismo y ciudad*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004

- “La arquitectura señorial de Navarra y el espacio doméstico durante el Antiguo Régimen”, *Cuadernos de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro*, nº 4 (2009), pp. 219-263

ANDÚJAR CASTILLO, F.: *Consejo y consejeros de Guerra en el siglo XVIII*. Granada, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1996

- *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*. Madrid, Marcial Pons, 2004

- y FELICES DE LA FUENTE, M. M. (coord.): *El poder del dinero: Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2011

ANGULO MORALES, A.: *Del éxito en los negocios al fracaso del consulado: La formación de la burguesía mercantil de Vitoria (1670-1840)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2000

APPADURAI, A. (ed.): *The social life of things: Commodities in cultural perspective*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986

ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A.: *Casonas, casas torres y palacios en Cantabria*. Santander, Fundación Marcelino Botín, 2001

ARANDA HUETE, A.: “El coleccionismo de relojes en el reinado de Carlos IV y María Luisa de Parma”, *RdM. Revista de Museología*, nº 36 (2006), pp. 105-111

- “El reloj, símbolo de poder social en la Europa humanista”, CABAÑAS BRAVO, M., LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, A., RINCÓN GARCÍA, W.: *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*. Madrid, CSIC, 2008, pp. 153-168

ARANDA PÉREZ, F. J.: *Poder municipal y oligarquías urbanas en Toledo en el siglo XVII*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992

- *Poder y poderes en la ciudad de Toledo: gobierno, sociedad y oligarquías urbanas en la Edad Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999

- (coord.): *Burgueses o ciudadanos en la España Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 2003

ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, I.: “Los colegiales en la alta administración española (1701-1808)”, CASTELLANO, J. L. (ed.): *Sociedad, administración y poder en la España del Antiguo Régimen: Hacia una nueva historia institucional*. Granada, Universidad de Granada, 1996

- “La biblioteca del jesuita José Ruiz, profesor de Teología Moral (1767)”, LÓPEZ-GUADALUPE, M. L., LARA, A. y CORTÉS, A. L. (coords.): *Iglesia y sociedad en el reino de Granada (ss XVI-XVIII)*. Granada, Universidad de Granada, 2003, pp. 311-325

- “Los libros privados de los profesores del colegio jesuita de San Pablo de Granada”, *Aulas y saberes*. Valencia, Universitat de València, 2003, pp. 159-180

- “Libros extranjeros en la biblioteca del matemático Benito Bails (1731-1797)”, VILLAR GARCÍA, M. B. y PEZZI CRISTÓBAL, P. (eds.): *Los extranjeros en la España Moderna*, vol. 2. Málaga, 2003, pp. 125-137

- *Dossier: La vida cotidiana en la España Moderna. Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 35 (2009)

- “Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII”, *Chronica nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 35 (2009), pp. 15-61

- “Lecturas de un magistrado del Antiguo Régimen: la biblioteca de Rodrigo Márquez de Plata, juez de grados de la Audiencia de Sevilla”, BRAVO CARO, J. J. y VILLAS TINOCO, S. (eds.): *Tradición versus innovación en la España Moderna*, vol. 1. Málaga, FEHM, 2009, pp. 219-240

- (ed.): *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Granada, Universidad de Granada, 2013

ARIÈS, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus, 1987

- y DUBY, G.: *Historia de la vida privada. Tomo 3: Del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid, Taurus, 1989

AROCA HERNÁNDEZ-ROS, R, GONZÁLEZ REDONDO, E: "Structural organization and functional distribution of rooms in Madrid architecture of 17th and 18th centuries", HUERTA, S. (ed.): *Proceedings of the First International Congress on Construction History, 20<sup>th</sup>-24<sup>th</sup> January 2003*. Madrid, I. Juan de Herrera, SedHC, ETSAM, A. E. Benvenuto, COAM, F. Dragados, 2003, pp. 1063-1076

ARRANZ, M.: *Mestres d'obres i fusters. La construcció a Barcelona en el segle XVIII*. Barcelona, Col·legi d'Aparelladors i Arquitectes Tècnics de Barcelona, 1991

ARTOLA, M.: *La Hacienda del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1982

AULNOY, Condesa d': *Viaje por España en 1679-1680*, vol. I. Barcelona, Iberia, 1962

AZAGRA ROS, J.: *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*. Madrid, Síntesis, 1993

BAILS, B.: *De la Arquitectura Civil*. Vol. I. Edición a cargo de Pedro Navascués Palacio. Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1983

BAKER, K. M.: "Defining the public sphere in eighteenth-century France: variations on a theme by Habermas", CALHOUN, C. (ed.): *Habermas and the public sphere*. Cambridge, Mass, 1992, pp. 181-211

BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, J. M.: "Espacios públicos y privados de sociabilidad e intimidad en la ciudad de León en el siglo XVIII", *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), Alicante, Universidad de Alicante, pp. 195-209

- "Patrimonios, condiciones de vida y consumo. La burguesía administrativa y las profesiones liberales en la ciudad de León. 1700-1850", GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013, pp. 73-90

- y GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: "Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses. Herencias tangibles y transmisiones inmateriales en la Castilla interior", *Studia Historica. Historia Moderna*, 33 (2011), pp. 29-60

- y GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dirs.): *Apariencias contrastadas: contraste de apariencias. Cultura material y consumos de Antiguo Régimen*. León, Universidad de León, 2012

BASURTO LARRAÑAGA, R.: *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1983



- BAUDRILLARD, J.: *Le système des objets*. Paris, Gallimard, 1968
- BAULANT, M.: *Meaux et ses campagnes. Vivre et survivre dans le monde rural sous l'Ancien Régime*. Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2006
- BEAUPRÉ, F., GUERRAND, R.-H.: *Le confident des dames. Le bidet du XVIIe au XXe siècle: histoire d'une intimité*. Paris, La Découverte, 1997
- BÉDAT, C.: "La biblioteca de la Real Academia de San Fernando en 1793", *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 25 (1967), pp. 5-52 y 26 (1968), pp. 31-86
- "Don Benito Bails, director de matemáticas de la Real Academia de San Fernando de 1769 a 1797", *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 27 (1968), pp. 19-50
- *La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1744-1808*. Madrid, FUE, 1989
- BEGOÑA, A. de: *Arquitectura doméstica en la llanada de Álava. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1986
- BENNASSAR, B.: *Los españoles. Actitudes y Mentalidad*. Barcelona, Argos, 1976.
- *Valladolid en el siglo de Oro: Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Valladolid, Ayuntamiento, 1983
- BÉRCHEZ GÓMEZ, J.: "La difusión de Vitruvio en el marco del Neoclasicismo español", PERRAULT, C.: *Compendio de los diez Libros de Arquitectura de Vitrubio*, traducción de J. de Castañeda (1761). Murcia, 1981, pp. IX-XCIV
- BERG, M.: *Luxury and pleasure in eighteenth century Britain*. Oxford, Oxford University Press, 2005
- BIDON, D.-A.: "Home sweet home: confort et bien-être domestiques aux XIVE et XVe siècles, à travers les miniatures", BUSCHINGER, D.: *L'Idée de bonheur au Moyen Âge*. Göppingen, 1990, p. 31-48
- , PIPONNIER, F. y POISSON J.-M.: *Cadre de vie et manières d'habiter (XIIIe-XVIe siècle)*. Caen, CRAHM, 2006
- BIRRIEL SALCEDO, M.: *Dossier: Sobrevivir al cónyuge: Viudas y viudedad en la España Moderna. Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 34 (2008)
- "El mueble en la provincia de Granada. Pinos del Valle en el siglo XVIII", ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, I. (ed.): *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*. Granada, Universidad de Granada, 2013
- BLANCO MOZO, J. L.: "Varia paretiana: I. La familia Fourdinier. II: Paret en el País Vasco: su relación con algunos miembros de la Real Sociedad Bascongada de los

Amigos del País”, *I Congreso Internacional Pintura Española siglo XVIII*. Málaga, Fundación Museo del Grabado Español Contemporáneo, pp. 299-316

BLANDIN, B.: *La construction du social par les objets*. París, PUF, 2002

BLASCO ESQUIVIAS, B.: “Aproximación a algunos aspectos urbanísticos de las Ordenanzas para Madrid de Teodoro Ardemans”, *Ciudad y territorio*, 68 (1986), pp. 99-118

- *Teodoro Ardemans y su entorno en el cambio de siglo (1661-1726). Aspectos de la arquitectura y el urbanismo madrileños de Felipe II a Carlos III*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991

- “Sobre el debate entre arquitectos profesionales y arquitectos artistas en el barroco madrileño. Las posturas de Herrera, Olmo, Donoso y Ardemans”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 4 (1991), pp. 159-194

- *Arquitectura y urbanismo en las Ordenanzas de Teodoro Ardemans para Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1992

- “Una biblioteca “modélica”. La formación libresca de Teodoro Ardemans (I)”, *Ars Longa: Cuadernos de arte*, 5 (1994), pp. 73-97

- *¡Agua va!: La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998

- “Tradición y reforma en el Madrid de Fernando VI: la policía urbana y el progreso de la ciudad”, BONET CORREA, A. y BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Un reinado bajo el signo de la paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2002

- (coord.): *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. Madrid, Ediciones El Viso, 2006

- “Los espacios de la necesidad: alimentación, higiene y descanso nocturno”, BLASCO ESQUIVIAS, B.: *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. Madrid, Ediciones El Viso, 2006, pp. 17-124

BLONDEÉ, B., BRIOT, E., COQUERY, N., VAN AERT, L.: *Retailers and consumer changes in Early Modern Europe. England, France, Italy and the Low Countries*. Tours, Presses Universitaires François-Rabelais, 2005

BLUCHE, F.: *Les magistrats du Parlement de Paris au XVIIIe siècle (1715-1771)*. Paris, Les Belles Lettres, 1960

BOLUFER PERUGA, M.: *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: Apología de las mujeres*. Valencia, Universitat de Valencia, 2008

BONET CORREA, A.: *Morfología y ciudad: Urbanismo y arquitectura durante el Antiguo Régimen en España*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978

- (dir.): *Bibliografía de Arquitectura, Ingeniería y Urbanismo en España (1498-1880)*. Madrid, Turner, 1980

- (ed.): *Historia de las artes aplicadas e industriales en España*. Madrid, Cátedra, 1982

- “Las ciudades españolas del Renacimiento al Barroco”, MALUQUER DE MOTES, J.: *Vivienda y urbanismo en España*. Barcelona, Banco Hipotecario de España, 1982

- *El Real Sitio de Aranjuez y el Arte cortesano del siglo XVIII*. Madrid, Comunidad de Madrid y Patrimonio Nacional, 1987

- y BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Un reinado bajo el signo de la paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2002

BOURDIEU, P.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997

BOUZA ÁLVAREZ, F.: “Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 18 (1997), pp. 31-50

- *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid, Marcial Pons, 2001

- “Memorias de la lectura y escritura de las mujeres en el Siglo de Oro”, MORANT DEUSA, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. El mundo moderno*. Madrid, Cátedra, 2005, pp. 169-192

BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1983

- “El proceso de conformación de la planta parcelaria del Madrid del siglo XVIII”, *CT: Catastro*, 24 (1995), pp. 64-76

BRAUDEL, F.: *Civilización material, economía y capitalismo. I Las estructuras de lo cotidiano*. Madrid, Alianza, 1984

BRAVO LOZANO, J.: “Pintura y mentalidades en Madrid a finales del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVIII (1981), pp. 193-220

- *Familia busca vivienda: Madrid, 1670-1700*. Madrid, Fundación matritense del notariado, 1992

- “Inmigración, trabajo y vivienda en Madrid a finales del siglo XVII”, CHACÓN JIMÉNEZ, F. y FERRER y ALÓS, Ll. (eds): *Familia, casa y trabajo. Historia de la familia. Una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*. Murcia, Universidad de Murcia, 1997

BREWER, J. y PORTER, R. (eds.): *Consumption and the world of goods*. London, Routledge, 1993

BROWN, F.: "Continuity and change in the urban house: developments in domestic space organisation in seventeenth century London", *Comparative Studies in Society and History*, 28 (1986), pp. 558-590

BURDIEL, I. y PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Biografías, 2000

BURKE, P.: *The art of conversation*. Cambridge, Polity, 1993

CABANES: *Moeurs intimes du passé. La vie au bain*. Paris, Albin Michel, 1926

CABRERA LAFUENTE, A., RODRÍGUEZ MARCO, I. M., VILLAR FERNÁNDEZ, C. (coord.): *La cocina valencia del Museo Nacional de Artes Decorativas. Una relectura a través de la tecnología de Realidad Aumentada*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2013

CADALSO, J.: *Cartas marruecas*. Madrid, Espasa Calpe, 1989

- *Noches lúgubres*. Madrid, Espasa, 1993

CALDERÓN BERROCAL, M. C.: "Los expedientes de oratorios en el Archivo del Arzobispado de Sevilla. Siglos XVII al XIX", *Qalat Chábir. Revista de Humanidades*, 3 (1995)

- "Tipología documental eclesiástica: los expedientes de Oratorios en el archivo general del arzobispado de Sevilla (Siglos XVII al XIX)", *Ars et sapientia: Revista de la asociación de amigos de la Real Academia de Extremadura de las letras y las artes*, n. 35 (2011), pp. 51-64

CÁMARA MUÑOZ, A.: *Arquitectura y sociedad en el Siglo de Oro. Idea, traza y edificio*. Madrid, El arquero, 1990

- "La dimensión social de la casa", BLASCO ESQUIVIAS, B. (coord.): *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. Vol. 1. Madrid, Ediciones El Viso, 2006, pp. 125-199

-, GARCÍA MELERO, J. E. y URQUÍZAR HERRERA, A.: *Arte y poder en la Edad Moderna*. Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2010

CAMARERO BULLÓN, C., LÓPEZ GÓMEZ, A. y MARÍN PERELLÓN, F.: *Estudios en torno a la Planimetría General de Madrid, 1749-1770: Con una selección de planos de las manzanas y asientos de casas*. Madrid, Tabapress, 1989

CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1987

*Carlos III: Alcalde de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988

CARLOS, M. C. de, CIVIL, P., PEREDA, F. y VINCENT-CASSY, C.: *La imagen religiosa en la Monarquía hispánica. Usos y espacios*. Madrid, Casa de Velázquez, 2008

CARMONA GARCÍA, J. I: “Valor, rentabilidad y formas de cesión de la propiedad inmobiliaria en la Sevilla de finales del siglo XVI”, *Archivo Hispalense*, t. LXVII, nº 205 (1984), pp. 3-38

- “Caserío y arrendamientos urbanos en la Sevilla del siglo XVII”, *Archivo Hispalense*, t. LXIX, nº 210 (1986), pp. 3-28

CARO BAROJA, J.: *La hora navarra del siglo XVIII. Personas, familias, negocios e ideas*. Pamplona, Comunidad Foral de Navarra, 1985

CARO LÓPEZ, C: “Casas y alquileres en el antiguo Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XX (1983), pp. 97-153

- “Tensiones sociales en Madrid a principios del siglo XIX”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLVII (2007), pp. 211-269

CARTER, P.: *Men and the emergence of polite society, Britain 1660-1800*. Harlow, Pearson Education Limited, 2001

CASANOVAS GIMÉNEZ, M. A.: “La manufactura de Alcora: Innovaciones técnicas y primicias artísticas”, SERRANO MARTÍN, E., SARASA SÁNCHEZ, E. (coord.), FERRER BENIMELI, J. A. (dir.): *El Conde de Aranda y su tiempo*. Vol. 2. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, pp. 463-478

CASEY, C. y LUCEY, C. (Ed.): *Decorative plasterwork in Ireland and Europe: ornament and the early modern interior*. Dublin, Four Courts Press, 2012

CASTAÑEDA, M. J.: *Inventarios de enseres domésticos (1750-1850)*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 2003

CATALÁN MARTÍNEZ, E: “La propiedad urbana en Bilbao durante el siglo XVIII”, *Actas del Congreso Bilbao 700. 1300-2000*. Vol. 1. Bidebarrieta. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao XII*, Bilbao, 2003, pp. 441-462

- “El problema de la vivienda en Bilbao” en REY, O. y LÓPEZ, R. J.: *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*. Vol. II. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 2009, pp. 83-100

CÁTEDRA, P. y ROJO, A.: *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Madrid, Instituto de Historia del libro y de la lectura, 2004

CAUSA, R.: “El belén cortesano”, SPINOSA, N.: *El arte en la Corte de Nápoles en el siglo XVIII*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, pp. 295-298

CAVALLO, S. y CHABOT, I (ed.): *Oggetti. Genesis*. V/1 (2006)

CAVALLO, S y EVANGELISTI, S.: *Domestic institutional interiors in Early Modern Europe*. Farnham, Ashgate, 2009

CERTEAU, M. de: *La invención de lo cotidiano*. México D. F., Universidad Iberoamericana, 1999

CERVERA VERA, L.: “Normas para las mejoras urbanas en el Madrid de Carlos III y algunas disposiciones precedentes”, *Carlos III: Alcalde de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988, pp. 235-264

CHABAUD, G.: “Les guides de Paris du XVIIe siècle au début du XIX siècle. Remarques sur une construction historique”, CHABAUD, G., COHEN, E., COQUERY, N., PENEZ, J., *Les guides imprimés du XVIe au XXe siècle. Villes, paysages, voyages*. Belin, Paris, 2000, pp. 71-80

CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*. Barcelona, Anthropos, 1992

- *Espacios sociales, universos familiares. La familia en la historiografía española*. Murcia, Universidad de Murcia, 2007

CHALINE, O. (Dir.): *Les hôtels particuliers de Rouen*. Rouen, Société des Amis des monuments rouennais, 2002

CHARPY, M.: *Le théâtre des objets. Espaces privés, culture matérielle et identité bourgeoise. Paris, 1830-1914*. Tesis Doctoral, Université François Rabelais de Tours, 2010

CHARTIER, R.: “Las prácticas de lo escrito”, ARIÈS, P. y DUBY, G. (eds.): *Historia de la vida privada*, vol. III, *Del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid, Taurus, 1993

- *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993

- *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1994

- “Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 19 (1998)

- “Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna”, NÚÑEZ ROLDÁN, F. (coord.), *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 13-26

CHEssel, M.-E.: *Histoire de la consommation*. Paris, La Découverte, 2012

COLLANTES DE TERÁN, A.: “Propiedad y mercado inmobiliario en la Edad Media: Sevilla, siglos XIII-XVI”, *Hispania*, t. XLVIII, nº 169, (1988), pp. 492-527

*Consumo y sociedad en la España Moderna, Estudis. Revista de Historia Moderna*. nº 36 (2010), Valencia, Universitat de València

CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, J. de (Marqués de Lozoya): *Chimeneas. Las chimeneas en la Historia*. Madrid, Cigüeña, 1958

COQUERY, N.: *L'espace du pouvoir. De la demeure privée à l'édifice public. Paris 1700-1790*. Paris, Seli Arslan, 2000

CORRAL GARCÍA, E.: *Ordenanzas de los concejos castellanos: formación, contenido y manifestaciones, (s. XIII-XVIII)*. Burgos, s.n., 1988

CORRAL, J. del.: *Las composiciones de aposento y las casas a la malicia*. Madrid, CSIC. Instituto de Estudios Madrileños, 1982

- *El Madrid de los Austrias*. Madrid, El Avapiés, 1983

- *El Madrid de los Borbones*. Madrid, El Avapiés, 1985

- *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVII*. Madrid, La Librería, 1999

- *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, La Librería, 2000

- *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Madrid, La Librería, 2002

COTARELO MORI, E.: *Biografía de don Antonio de Sancha*. Madrid, Gremio madrileño de comerciantes de libros, 1990

CREIXELL, R. M., SALA, M. T. y CASTAÑER, E.: *Espais interiors, casa i art des del segle XVIII al XXI*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2007

CREMADES, C. y SÁNCHEZ PARRA, M. P.: “Los bienes de las mujeres aportados al matrimonio. Estudio de la evolución de la dote en la Edad Moderna”, *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, pp. 137-147

CRUZ REDONDO, A. de la: “Nuevos usos de antiguos lugares: La imprenta como espacio de sociabilidad”, FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Vínculos y sociabilidades: Reflexiones desde el bicentenario de las Guerras de Independencia en España e Iberoamérica*. Madrid, Cersa, pp. 227-250

CRUZ VALENCIANO, J. “Propiedad urbana y sociedad en Madrid, 1749-1774”, *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, año 8, nº 2 (1990), pp. 239-269

- *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución Liberal española*, Madrid, Alianza, 2000

- “La construcción de una nueva identidad liberal en el Madrid del XIX: El papel de la cultura material del hogar”, *Revista de Historia Económica. Nº extraordinario: Patrones de consumo y cambio social*, XXI (2003), pp. 181-206

CUETO Y ORTEGA, L. A., marqués de Valmar: *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, Madrid, 1893, 3 vols

CURET, F.: *Teatres particulars a Barcelona en el XVIIIe*. Barcelona, 1935

DADSON, T.: “Un palacio para un conde: la compra y rehabilitación del palacio de Buenavista por Diego de Silva y Mendoza, Conde de Salinas”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 33 (2008), pp. 61-87

DALRYMPLE, W.: “Viaje a España y Portugal”, GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal. III. Siglo XVIII*. Madrid, 1962

DAVIS, Ch.: *Los aposentos del corral de la Cruz, 1581-1823. Estudio y documentos*. Woodbridge, Tamesis, 2004

DEDIEU, J.-P.: “Un instrumento para la historia social: la base de datos Ozanam”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 24 (2000), pp. 11-31

DEFOURNEAUX, M.: *La vida cotidiana en la España del siglo de Oro*. Barcelona, Argos Vergara, 1983

- Pablo de Olavide. *El afrancesado*. Sevilla, Padilla, 1990

DEMERSON, P.: *María Francisca de Sales Portocarrero (Condesa de Montijo): Una figura de la Ilustración*. Madrid, Editora Nacional, 1975

DÍAZ ÁLVAREZ, J.: “La residencia del grupo nobiliario asturiano en el siglo XVII: Arquitectura, interiores, decoración”, NUÑEZ ROLDÁN, F. (coord.): *Ocio y vida cotidiana en el Mundo Hispánico en la Edad Moderna*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 199-209

- “La residencia nobiliaria asturiana a través de Jovellanos”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*. Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 799-813

DÍAZ MORENO, F.: *Fray Lorenzo de San Nicolás: Arte y uso de Architectura. Edición anotada*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid, 2003

- “Fray Lorenzo de san Nicolás (1539-1679). Precisiones en torno a su biografía y obra escrita”, *Anales de Historia del Arte*, 14 (2004), pp. 157-179

DÍAZ PLAJA, F.: *La vida española en el siglo XVIII*. Barcelona, Alberto Martín, 1946

DIBIE, P.: *Etnología de la alcoba: el dormitorio y la gran aventura del reposo de los hombres*. Barcelona, Gedisa, 1989

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad en el siglo XVIII*. Madrid, CSIC, Instituto Balmes de Sociología, 1955



- *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, Istmo, 1973
  - *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, Ariel, 1976
  - *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid, Istmo, 1979
  - *Orto y ocaso de Sevilla*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991
  - *La sociedad española en el siglo XVII*, vol. 1: *El estamento nobiliario*. Granada, CSIC: Universidad de Granada, 1992
- DOS GUIMARAES SÁ, I.: “Habitar: Del espacio a los objetos”, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013, pp. 113-129
- Dossier: “De la Historia Cultural a la Historia Social”*, *Historia Social*, nº 69 (2011), pp. 93-142
- DUBY, G. y PERROT, M.: *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid, Taurus, 1992
- DURAES, M., FAUVE-CHAMOUX, A., FERRER, Ll. y Jan KOK, J. (eds.): *The transmission of well-being. Gendered marriage strategies and inheritance systems in Europe (17th-20th centuries)*. Bern. Peter Lang, 2009
- EIRAS ROEL, A.: *La Historia Social de Galicia en sus fuentes de protocolos*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1981
- *Actas II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada. La documentación notarial y la Historia*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1984
- ELEB-VIDAL, M. y DEBARRE-BLANCHARD, A.: *Architectures de la vie privée. Maisons et mentalités XVII-XIX*. Bruselas, Archvies d'Architecture Moderne, 1989
- ELEY, G.: *Una línea torcida*. Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia, 2008
- ELIAS, N.: *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982
- “Details are infinite”, ARIÈS, P.: *À propos de l’histoire de l’espace privé*. Séminaire du 9 au 11 mai 1983, Wissenschaftskolleg zu, Berlin
- *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989
- “Sur le concept de vie quotidienne”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, nº 99 (1995)
- ENCISO RECIO, L. M. (coord.): *La burguesía española en la Edad Moderna*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996

ESCOLAR, H.: *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1989

ESCUDERO SÁNCHEZ, M. E.: *Arquitectura y urbanismo de las Cuatro Villas de la Costa en la Edad Moderna*. Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, 2005

- “La elite santanderina en la Edad Moderna: La vivienda como símbolo del prestigio social”, *Trasdós: Revista del Museo de Bellas Artes de Santander*, nº 7 (2005), pp. 91-109

ESPADAS BURGOS, MANUEL: *Niveles materiales de vida en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, Ayuntamiento: Instituto de Estudios Madrileños, 1979

ESPINOSA ROMERO, J., GONZÁLEZ PAÑERO, J. A., JURADO SÁNCHEZ, J. y NIETO SÁNCHEZ, J. A.: “Consolidación y límites de la ciudad en el siglo XVIII”, MADRAZO, S. y PINTO, V. (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad: siglos IX-XIX*. Madrid, Fundación Caja Madrid, 1995, pp. 194-209

EVANGELISTI, S.: “Cultura material y relaciones de género en la historiografía italiana de la Edad Moderna”, PÉREZ-FUENTES, P. (ed.), *Subjetividad, cultura material y género: Diálogos con la historiografía italiana*. Barcelona, Icaria, 2010

EZQUIAGA DOMÍNGUEZ, J. M.: “La ciudad deseada: Las Ordenanzas urbanas en el Madrid de Carlos III”, *Carlos III: Alcalde de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988, pp. 281-316

- *Normativa y forma de ciudad. La regulación de los tipos edificatorios en las ordenanzas de Madrid*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Politécnica de Madrid, 1990

FÀBREGAS, X.: *Les formes de diversió en la societat catalana romàntica*. Barcelona, Curial, 1975

FARGAS PEÑARROCHA, M.: “Las reglas de la concordia: la vida cotidiana en *La familia regulada*”, ARIAS DE SAAVEDRA, I. (coord.): *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*. Granada, Prensas de la Universidad de Granada, 2012, pp. 297-312

- “El sentido de lo justo y el gobierno del padre en *La familia regulada* de Arbiol”, *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 38 (2012), pp. 153-175

FAYARD, J.: *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*. Madrid, Siglo XXI, 1982

FEDUCHI, L. M.: *Historia del mueble*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1946

- *Interiores*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1951

- *El mueble*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1965

- *El mueble español*. Barcelona, Ediciones Polígrafa, 1969

FELICES DE LA FUENTE, M. M.: *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746): entre el mérito y la venalidad*. Almería, Universidad de Almería, 2012

- *Condes, Marqueses y Duques. Biografías de nobles titulados durante el reinado de Felipe V*. Madrid, Doce Calles, 2013

FERNÁNDEZ CABEZÓN, R.: “Composiciones poéticas dedicadas a Jovellanos”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*. Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 667-682

FERNÁNDEZ GALIANO, L.: *El fuego y la memoria. Sobre arquitectura y energía*. Madrid, Alianza, 1991

FERNÁNDEZ MONTES, M.: “Aportación al estudio de la alfarería femenina en la Península Ibérica: La cerámica histórica de Alcorcón (Madrid)”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LII, 2, (1997), pp. 221-247

FIGEAC, M.: *La douceur des Lumières: Noblesse et art de vivre en Guyenne au XVIIIe siècle*. Burdeos, Mollat, 2001

- *Châteaux et vie quotidienne de la noblesse. De la Renaissance à la douceur des Lumières*. Paris, Armand Colin, 2006

- (dir.) *L'ancienne France au quotidien. Vie et choses de la vie sous l'Ancien Régime*. Paris, Armand Colin, 2007

FLATHER, A.: *Gender and space in Early Modern England*. Woodbridge, Royal Historical Society, 2007

FORD, R.: *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Madrid y Castilla*. Madrid, Turner, 2008

FRANCO RUBIO, G. A.: “La organización eclesiástica del Madrid de la Ilustración”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXIII (1986), pp. 271-288

- “El estamento eclesiástico en Madrid durante el Antiguo Régimen”, ALVAR EZQUERRA, A. (coord.): *Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX)*. Madrid, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991

- “Formas de sociabilidad y estrategias de poder en la España del siglo XVIII”, MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, 2000, pp. 389-416

- *La vida cotidiana en tiempos de Carlos III*. Madrid, Libertarias, 2001

- “Los actores de la sociabilidad ilustrada en España: proyectos y realizaciones”, BERBESÍ de SALAZAR, L. (coord.): *Poder y mentalidades en España e Iberoamérica (siglos XVI-XX): implicaciones y actores*. Maracaibo (Venezuela), Universidad del Zulia, 2001, pp. 157-186
- “Tradición y modernidad: La construcción de nuevos modelos culturales en la España del siglo XVIII”, SERRANO, E. (coord.): *Felipe V y su tiempo*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, pp. 659-708
- “Militares ilustrados y prácticas de sociabilidad”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 22 (2004), pp. 369-402
- “El ejercicio del poder en la España del siglo XVIII: Entre las prácticas culturales y las prácticas políticas”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, nº 35, 1 (2005), pp. 51-78
- “Espacios de sociabilidad, espacios de poder: algunas reflexiones sobre la articulación de redes sociales en la España del siglo XVIII”, MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica: siglos XVI-XX*. Madrid, 2005, pp. 59-110.
- “La contribución literaria de Moratín y otros hombres de letras al modelo de mujer doméstica”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo VI* (2007), pp. 221-254
- (coord.) *Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la España Moderna. Cuadernos de Historia Moderna. Anejo VIII* (2009)
- “Casa puesta, nadie sabe lo que cuesta. La economía doméstica en la España del siglo XVIII”, BRAVO CARO, J. J. y SANZ SAMPELAYO, J.: *Población y grupos sociales en el Antiguo Régimen*, vol. I. Málaga, Fundación Española de Historia Moderna, 2009, pp. 619-630
- “La vivienda en la España ilustrada: habitabilidad, domesticidad y sociabilidad”, REY CASTELAO, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. II. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 125-136
- “La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social”, *Chronica Nova*, 35 (2009), pp. 63-103
- “Mujeres y vida cotidiana. Reflexiones conceptuales y metodológicas desde la perspectiva feminista”, VAL VALDIVIESO, M. I. del, ROSA CUBO, C. de la, DUEÑAS CEPEDA, M. J., SANTO TOMÁS PÉREZ M. (coord.): *Protagonistas del pasado. Las mujeres desde la Prehistoria al siglo XX*. Valladolid, Castilla Ediciones, 2009, pp. 175-202
- (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012

- “La historia de la vida cotidiana en la historiografía modernista española. Algunas reflexiones”, FRANCO RUBIO, G.A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 17-65

- “El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen. Notas para su estudio”, *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), pp. 17-32

FRANCH BENAVENT, R.: *Crecimiento comercial y enriquecimiento burgués en la Valencia del siglo XVIII*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986

FRIGO, D.: *Il padre di famiglia: governo della casa e governo civile nella tradizione dell'Economica tra Cinquecento e Seicento*. Roma. Bulzoni, 1985

GACTO FERNÁNDEZ, E.: “El grupo familiar en la Edad Moderna en los territorios del Mediterráneo hispánico: una visión jurídica”, CHACÓN JIMÉNEZ, F y CASEY, J. (eds.): *La familia en la España mediterránea. Siglos XV-XIX*. Barcelona, Centre d'Estudis d'Historia Moderna “Pierre Vilar”, 1987, pp. 36-64

GADY, A.: *Les hôtels particuliers de Paris. Du Moyen Âge à la Belle Époque*. Paris, Parigramme, 2008

GARCÍA BAQUERO, A.: *Libro y cultura burguesa en Cádiz. La biblioteca de Sebastián Martínez*. Cádiz, Ayuntamiento, 1988

- *Comercio y burguesía mercantil en el Cádiz de la Carrera de Indias*. Cádiz, Diputación Provincial, 1991

- (coord.): *La burguesía de negocios en la Andalucía de la Ilustración*. Cádiz, Diputación Provincial, 1991

GARCÍA FELGUERA, M. S.: “La Real Orden de Carlos III sobre edificar en yermos y levantar casas bajas y la construcción en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 15 (1978), pp. 241-253

- *El Madrid de Carlos III y Carlos IV: la ciudad y sus transformaciones*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1980

- “El incendio de la Plaza Mayor de Madrid en 1790 y los sistemas de construcción en la ciudad”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 19 (1982), pp. 485-499

- “La vivienda madrileña en los años de la Ilustración”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 25 (1988), pp. 299-310

GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: “La cultura material doméstica en la castilla del Antiguo Régimen”, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y SOBALER SECO, M. A. (coord.): *Estudios en homenaje al profesor Teófanos Egido*. Vol. 2. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004, pp. 249-270

- “Cultura material y religiosidad popular en el seno familiar castellano del siglo XVIII”, *Cuadernos Dieciochescos*, nº 5 (2004), pp. 97-121
- “Estancias y mobiliario doméstico multifuncional: alcobas y camas”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012
- (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013
- y YUN CASALILLA, B.: “Pautas de consumo, estilos de vida y cambio político en las ciudades castellanas a finales del Antiguo Régimen”, FORTEA PÉREZ, J. I. (ed.): *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la corona de Castilla (s. XVII-XVIII)*. Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 245-282
- y DÁVILA CORONA, R. M.: “El consumo de productos textiles en Valladolid, 1750-1850”, *Investigaciones históricas*, nº 21 (2001), pp. 133-180
- y DOS GUIMARAES SA, I. (dir.): *Portas adentro: comer, vestir e habitar na Península Ibérica (ss. XVI-XIX)*. Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2010
- GARCÍA GONZÁLEZ, F.: “Las dimensiones de la convivencia. Ciudades y hogares en España, siglos XVIII-XIX”, *Revista de Historiografía*, nº 16, IX (1/2012), pp. 24-43
- GARCÍA HURTADO, M. R. (ed.): *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*. Madrid, Sílex, 2009
- GARCIA NAVARRO, J. y PEÑA, E. de la: *El cuarto de baño en la vivienda urbana: Una perspectiva histórica*. Madrid, Fundación Cultural COAM, 1998
- GARCÍA SANZ, A.: “Análisis de una devoción doméstica: La imagen del Niño Jesús en diferentes ámbitos de la vida cotidiana”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 229-247
- GIL MASSA, J. A.: *Urbanismo y arquitectura civil en Bergara. Siglos XIII-XVIII*. Tesis Doctoral, Universidad del País Vasco. Bergara, Bergarako Udala, 2001
- “Identidad de grupos y arquitectura doméstica. Notas para la arquitectura doméstica en Bergara en los siglos XVI y XVII”, Zaniak. *Cuadernos de Antropología-Etnografía*, nº 23 (2003), pp. 289-308
- “Vivienda y prestigio social: los indianos y sus moradas en la Bergara barroca”, *Ondare: Cuadernos de artes plásticas y monumentales*, nº 19 (2000), pp. 359-370
- “Casas burguesas del siglo XVII en Bergara”, *Ondare: Cuadernos de artes plásticas y monumentales*, nº 19 (2000), pp. 371-380
- GIMÉNEZ LÓPEZ, E.: “La Academia Médico-Práctica de Barcelona y los problemas de salubridad de una gran urbe”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 29 (2011), pp. 61-101

GIMENO PUYOL, M. D.: “Aproximación al Jovellanos lector”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*. Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 195-210

GIRARD, S.: *Histoire des objects de cuisine et de gourmandise*. Paris, Jacques Grancher, 1991

GIROUARD, M.: *Life in the English Country House. A social and architectural History*. London, Yale University Press, 1978

GLANVILLE, P. y YOUNG, H. (eds.): *Elegant eating*. Londres, V&A Publications, 2005

GÓMEZ URDÁÑEZ, C.: *Zaragoza y su arquitectura civil en la Edad Moderna*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997

- *Los palacios aragoneses*. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 1999

GONON, M.: *La vie quotidienne en Lyonnais d'après les testaments XIV-XVIIe siècles*. Paris, Les Belles Lettres, 1968

GONZALBO AIZPURU, P.: *Introducción a la Historia de la vida cotidiana*. México, Colegio de México, 2006

- *Vivir en Nueva España: Orden y desorden en la vida cotidiana*. México, Colegio de México, 2009

GONZÁLEZ HERAS, N.: *La vivienda y los interiores domésticos madrileños. Una aproximación a la cultura material en el siglo XVIII*. Tesina inédita. Departamento de Historia Moderna, Universidad Complutense de Madrid, 2008

- “La Planimetría General de Madrid: una fuente para el estudio del paisaje residencial en la Corte española del Madrid del siglo XVIII”, en REY, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. II. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 191-201

- “Algunos apuntes sobre estructuras materiales domésticas en la capital madrileña para el siglo XVIII”, ARIAS DE SAAVEDRA, I. (ed.), *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*. Granada, Universidad de Granada, 2012, pp. 187-206

- “La casa del alto funcionario: un marco para la nueva sociabilidad dieciochesca”, FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Vínculos y sociabilidades: Reflexiones desde el Bicentenario de las Guerras de Independencia en España e Iberoamérica*. Madrid, CERSA, 2012, pp. 251-262

- “Las casas madrileñas de Jovellanos. Reflejo de una época”, FERNÁNDEZ, I., LORENZO, E. de, OCAMPO, J., RUÍZ DE LA PEÑA, A. (eds.): *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*. Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 231-242

- “La esposa del funcionario: cotas de poder femenino dentro de la residencia del hombre de Estado”, PÉREZ ÁLVAREZ, M. J. y MARTÍN GARCÍA, A. (eds.): *Culturas políticas en el Mundo Hispano*, Fundación Española de Historia Moderna, León, 2012, pp. 2105-2117

- “Realidad o ilusión: La condición femenina según Antonio Arbiol en *Estragos de la luxuria*”, DÍAZ SÁNCHEZ, P., FRANCO RUBIO, G. A. y FUETE PÉREZ, M. J. (eds): *Impulsando la Historia desde la Historia de las mujeres*. Huelva, Universidad de Huelva, 2012, pp. 305-314

- “Aspectos de la vida cotidiana en la vivienda proto-burguesa madrileña del siglo XVIII”; SERRANO, E. (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2013, pp. 1055-1066

- “Vivienda e interiores domésticos en el Madrid ilustrado”, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013, pp. 151-166

GONZÁLEZ PORTILLA, M.: “Primera aproximación al estudio de las rentas, ingresos y alquileres en Bilbao en el siglo XVIII”, *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas. III Historia Moderna*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1975

GONZÁLEZ SANTOS, J.: *Jovellanos aficionado y coleccionista*. Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 1994

- *La casa natal de Gaspar Melchor de Jovellanos en Gijón. Apuntes histórico-artísticos*, Gijón, Museo-Casa natal de Jovellanos, 1996; 2ª edición, corregida y actualizada, Gijón, Trea, 2006

GOODMAN, D.: “Public sphere and private life, towards a síntesis of current historiographical approaches to the Old Regime”, *History and Theory*, vol. 31, nº 1 (1992), pp. 1-20

GOUBERT, P.: *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. París, París, S.E.V.P.E.N., 1960

GOUBERT, J.-P.: *La conquête de l'eau*. Paris, Calmann-Levy, 1986

- *Du luxe au confort*. Paris, Belin, 1988

GUERRA DE LA VEGA, R.: *Palacios de Madrid*. Madrid, R. Guerra, 1999

GUERRAND, R.-H.: *Les lieux. Histoire des commodités*. Paris, La Découverte, 1985

- *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991



GUERRERO MAYLLO, A.: *Oligarquía y gobierno municipal en la Corte de la monarquía hispánica: el concejo de Madrid entre 1560 y 1606*. Tesis Doctoral, UNED, Madrid, 1991

- *Familia y vida cotidiana de una elite de poder: los regidores madrileños en tiempos de Felipe II*. Madrid. Siglo XXI, 1993

GUILLAUME, J. (ed.): *Architecture et vie sociale. L'organisation intérieure des grandes demeures à la fin du Moyen Age et à la Renaissance*. Paris, Picard, 1994

GUILLERME, A.: *Les temps de l'eau*. Seyssel, Ed. du Champ Vallon, 1983

GUTIÉRREZ ALONSO, A.: *Estudio de la decadencia de Castilla. La ciudad de Valladolid en el siglo XVII*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987

GRUBER, A.: *L'art décoratif en Europe, classique et baroque*. Paris, Citadelles Mazenod, 1992

HABERMAS, J.: *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*. Cambridge, Mass, 1989

HAMLING, T. y RICHARDSON, C.: *Everyday objects. Medieval and Early Modern Material Culture and its meanings*. Farnham, Ashgate, 2010

HAVARD, H.: *Histoire et philosophie des styles: architecture, ameublement, décoration*. Paris, Librairie Générale d'Architecture et des Arts Industriels, 1891

HELLER, A.: *Historia y vida cotidiana: Aportación a la sociología socialista*. Barcelona, Grijalbo, 1972

- *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península, 1977

HEREDIA HERRERA, A.: *Sevilla y los hombres del comercio (1700-1800)*. Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas, 1989

HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M.: *A la sombra de la Corona: poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*. Madrid, Siglo XXI, 1995

HERNÁNDEZ FRANCO, J.: *La gestión política y el pensamiento reformista del Conde de Floridablanca*. Murcia, Editum, 2008

HERNÁNDEZ LÓPEZ, C.: *Calles y casas en el campo de Montiel: Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2007

- *La casa en La Mancha Oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*. Madrid, Sílex, 2013

HERR, R.: "Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: Crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV", *Moneda y crédito*, 118 (1971), pp. 37-100

- “El significado de la desamortización en España”, *Moneda y crédito*, 131 (1974), pp. 55-94

- *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1988

HERRERO GARCÍA, M.: “El alumbrado de la casa española en tiempo de los Austrias”, *Hispania*, LXVII (1957), pp. 262-299

HIGHMORE, B.: *The great indoors: at home in the modern British house*. Londres, Profile Books, 2014

HILLS, H. (ed.): *Architecture and the politics of Gender in Early Modern Europe*. Farnham, Ashgate, 2003

IMÍZCOZ BEUNZA, J. M.: (dir.), *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y Contemporánea*. San Sebastián, Txertoa, 1995

- y OLIVERI KORTA, O. (ed.): *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*. Madrid, Sílex, 2010

ÍÑIGUEZ ALMECH, F.: “Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento*, XIX, 59-69 (1950), pp. 3-108

JARDINE, L.: *Worldly goods: A new History of the Renaissance*. London, Macmillan, 1996

JEANNEAU, G.: *Lits et lits de repos*. Paris, Hélió Léon Marote, 1930

- “Le lit à travers les âges”, *l’OEil*, 1956

JOVELLANOS, G. M.: *Obras del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos*, tomo V, edición Venceslao de LINARES y PACHECO. Barcelona, Imprenta de don Francisco Oliva, 1840

- *Obras completas. Tomo II, Correspondencia*. Edición de José Miguel CASO GONZÁLEZ, Oviedo, Centro de Estudios del siglo XVIII, Ayuntamiento de Gijón, 1986

- *Obras completas. Tomo VI, Diario*. Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1994

JUIN, H.: *Le lit*. París, Hachette, 1980

JULIÁ, S., RINGROSE, D., SEGURA, C.: *Madrid. Historia de una capital*. Madrid, Alianza, Fundación Caja Madrid, 1994

KANY, Ch. E.: *Life and manners in Madrid 1750-1800*. Nueva York, AMS Press, 1970

KENT, S.: *Domestic architecture and the use of space. An inter-disciplinary cross-cultural study*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990

KLAPISCH-ZUBER, Ch.: "Holly dolls. Play and piety in Florence in the Quattrocento", Klapisch-Zuber, Ch.: *Women, family and ritual in Renaissance Italy*. Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1985, pp. 310-329

KLEIN, L. E.: "Gender and the public/private distinction in the eighteenth century: some questions about evidence and analytic procedure", *Eighteenth century studies*, 29 (1995), pp. 97-109

KLEIN-REBOUR, F.: "Le lit à travers les âges", *Revue de l'ameublement*, 1961-1962

KOSELLECK, R.: *Critique and crisis: Enligthenment and pathogenesis of Modern society*. Cambridge, Mass, 1988

LABROUSSE, E.: "Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIII et XIX siècles (1700-1850)", *X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*. Roma, 1955

LAFORA, J.: *Dormitorios. La Historia del dormitorio*. Madrid, Cigüeña, 1950

LAMPÉREZ Y ROMEA, V.: *Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII*. Madrid, Ediciones Giner, 1993

LASSO DE LA VEGA ZAMORA, M.: *Quintas de recreo. Las casas de campo de la aristocracia alrededor de Madrid*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2006

LE MAO, C.: *Les fortunes de Thémis. Vie des magistrats du Parlement de Bordeaux au Grand Siècle*. Bordeaux, FHSO, 2006

LEDOUX-LEBARD, D.: *Les ébénistes du XIX siècle: 1795-1889: Leurs ouvres et leurs marques*. Paris, Les éditions de l'amateur, 1984

LEFEBVRE, H.: *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid, Alianza, 1972

LEÓN TELLO, F. J. y SANZ SANZ, M. V.: *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994

*Les actes notariés. Source de l'histoire sociale, XVIe-XIXe siècles. Actes du Colloque de Strasbourg (1978)*. Istra, Estrasburgo, 1979

LOBO ARAUJO, M. M. (coord.): *Tomar estado: dotes e casamentos (Séculos XVI-XIX)*. Braga. Centro de Investigação transdisciplinar: Cultura, Espaço e memória, 2010

LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. V.: "La primera Secretaría de Estado: La Institución, los hombres y su entorno (1714-1833)", *Revista de la Universidad Complutense*, 116 (1979), pp. 15-44

- “Secretarios y secretarías en la Edad Moderna: de las manos del príncipe a relojeros de la monarquía”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 15 (1996), pp. 107-131
  - “Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial”, *Manuscripts*, 18 (2000), pp. 93-111
  - “Vida privada, asuntos públicos”, SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004 pp. 447-476
  - *Condición femenina y razón ilustrada: Josefa Amar y Borbón*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005
  - “Casas para administrar, casas para deslumbrar: la pedagogía del palacio en la España del siglo XVIII”, REY CASTELAO, O. y LÓPEZ, R. J. (eds.): *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. II. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 17-54
  - “De enviados del Rey a representantes de la nación: los diplomáticos españoles en la Guerra de la Independencia (1808-1814)”, BERBESÍ de SALAZAR, L. y VÁQUEZ, B. (ed.): *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica. Siglos XVI-XX*. Maracaibo (Venezuela), Universidad del Zulia, 2010, pp. 41-64
  - , FRANCO RUBIO, G. A. y NAVA RODRÍGUEZ, M. T.: “Perfiles socioprofesionales de la burocracia española en el siglo XVIII: Las Secretarías de Estado y del Despacho”, ENCISO RECIO, L. M.: *La burguesía española en la Edad Moderna*, vol. 2, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996
  - , CASTELLANO CASTELLANO, J. L. y DEDIEU, J. P. (eds.): *La pluma, la mitra y la espada: estudios de Historia institucional en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2002
- LOPEZOSA APARICIO, C.: *El paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Fundación de Apoyo a lo Hispánico, 2006
- LORENZO ÁLVAREZ, E. de: “Jovellanos: el gabinete de un ilustrado”, *La luz de Jovellanos. Catálogo de la exposición conmemorativa del bicentenario de la muerte de Gaspar Melchor de Jovellanos (1811-2011)*. Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2011, pp. 113-149
- LUCEY, C.: “Keeping up appearances: redecorating the domestic interior in late eighteenth-century Dublin”, *Proceedings of the Royal Irish Academy Section C-Archaeology celtic studies History Linguistics Literature*, 11 (2011), pp. 169-192
- MALAUSSENA, P-L.: *La vie en Provence orientale aux XIVe et XVe siècles*. Paris, R. Pichon et R. Duran-Auzias, 1969
- MANZANOS ARREAL, P.: “La casa y la vida material en el hogar: diferencias sociales y niveles de vida en las ciudades vascas del Antiguo Régimen (Vitoria, siglo XVIII)”, IMIZCOZ BEUNZA, J. M. (coord.): *Casa, familia y sociedad: País Vasco, España y América, siglos XV-XIX*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2004, pp. 397-428

MARAVALL, J. A.: “La palabra civilización y su sentido en el siglo XVIII”, *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVIII*. Madrid, Mondadori, 1991, pp. 213-232

MARCOS MARTÍN, A.: “Propiedad y propietarios en Palencia durante la Época Moderna”, *Investigaciones Históricas*, nº 3 (1982), pp. 74-141

MARGAIRAZ, D.: “Luxe”, DELON, M. (dir.): *Dictionnaire européen des Lumières*, Paris, PUF, 1997, pp. 662-665

MARÍAS, F.: *El siglo XVI: Gótico y Renacimiento*. Madrid, Sílex, 1992

MARÍN PERELLÓN, F. J.: “Propiedad y precio del suelo en el Antiguo Régimen”, MADRAZO, S. y PINTO, V. (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad: siglos IX-XIX*. Madrid, Fundación Caja Madrid, 1995, vol. 1, pp. 112-117

- “Planimetría General de Madrid y Visita General de casas, 1750-1751”, *Catastro*, Julio (2000), pp. 87-114

MARSEILLE, J. (dir.): *Le luxe en France, du siècle des Lumières à nos jours*. Paris ADHE, 1999

MARTÍN GAITE, C.: *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona, Anagrama, 1987

MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *El artista en la sociedad española del siglo XVII*. Madrid, Cátedra, 1984

MARTÍNEZ FRIERA, J.: *Historia del palacio de Buenavista. Hoy día Ministerio del Ejército*. Madrid, 194?

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, F.: “Algunas consideraciones sobre el arrendamiento urbano a través del estudio de un contrato del siglo XVIII”, *Dereito*, vol. 7, nº 1 (1998), pp. 123-153

MARTÍNEZ MEDINA, A.: “La casa palacio del Marqués de Astorga”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVII (1989), pp. 121-133

- “El palacio del duque del Infantado en las Vistillas, su definitiva configuración en el siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVIII (1990), pp. 85-100

- “El palacio de la duquesa de Arcos en Madrid, su estructuración y configuración definitiva”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXX (1991), pp. 149-163

- “Tres casas de recreo madrileñas”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXI (1992), pp. 61-70

- *La casa nobiliaria española de los siglos XVII y XVIII: Historia, función, estructura y ornamentación*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1993

- “La distribución a través de la teoría: Difusión y aceptación de los nuevos esquemas distributivos”, *Espacio, tiempo y forma, Serie VII, Historia del Arte*, 7 (1994), pp. 247-264

- “Problemas que plantea el asentamiento nobiliario en la Corte. Ocupación, distribución y parcelación del suelo”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIV (1994), pp. 337-348

- *Espacios privados de la mujer en el siglo XVIII*. Madrid, Horas y horas, 1995

- *Palacios madrileños del siglo XVIII*. Madrid, La Librería, 1997

MARTÍNEZ RUIZ, E.: “La sociedad madrileña del siglo XVIII”, FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (dir.): *Historia de Madrid*. Madrid, Ed. Complutense, 1993

MARTÍNEZ DE SAS, M. T.: “Sin poder aparentar. Viviendas populares en la sierra burgalesa según las topografías médicas de 1884 y 1905”, *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012) pp. 87-100

MARURI VILLANUEVA, R.: *La burguesía mercantil santanderina, 1700-1850: Cambio social y cambio de mentalidad*. Santander, Universidad de Cantabria, 1990

MAS HERNÁNDEZ, R.: “La propiedad urbana en Madrid en la primera mitad del siglo XIX”, BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid, Consejería de Cultura, 1986, pp. 24-73

MCKENDRICK, N., BREWER, J. y PLUMB, J. H.: *The birth of a consumer society: The commercialization of Eighteenth-century England*. London, Hutchinson, 1983

MELLO E SOUZA, L. de: “A vida privada dos governadores na América Portuguesa no século XVIII”, MONTEIRO, N. G. (org.), MATTOSO, J. (dir.): *Historia da vida privada em Portugal. A Idade Moderna*. Lisboa, Circulo de Lectores, 2011

MELÓN JIMÉNEZ, M. A., RODRÍGUEZ CANCHO, M., RODRÍGUEZ GRAJERA, A. y BLANCO CARRASCO, J. P.: “El Donativo de 1798”, *Estudis*, 30 (2004), pp. 203-231

MÉNDEZ VÁZQUEZ, J.: “Modelo de casa y economía familiar rural. Un tratado novator que mira a Europa”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 163-182

MEROT, A.: *Retraites mondaines. Aspects de la décoration intérieure à Paris au XVIIe siècle*. Paris, Arthène, 1990

MESONERO ROMANOS, R.: *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Madrid, Dossat, 1990

MILLER, D.: *Home possessions: Material culture behind closed doors*. Oxford, Berg, 2001

MIRALLES MARTÍNEZ, P.: “La vivienda urbana como espacio social, económico y privado, e instrumento para la movilidad social. El ejemplo de artesanos y comerciantes en la Murcia del siglos XVII”, *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VII, núm. 146 (005) (2003) [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(005\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(005).htm)

MOLAS RIBALTA, P.: *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, Cátedra, 1985

- *Los magistrados de la Ilustración*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001

MOLINA CAMPUZANO, M: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1960 (Reedición, Caja Madrid, 2002)

MONTEIRO, N.: *O crepúsculo dos grandes: a casa e o património da aristocracia em Portugal (1750-1832)*. Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1998

- (org.), MATTOSO, J. (dir.): *Historia da vida privada em Portugal. A Idade Moderna*. Lisboa, Circulo de Lectores, 2011

MORÁN TURINA, M. y CHECA CREMADES, F.: *El coleccionismo en España. De la cámara de maravilla a la galería de pinturas*. Madrid, Cátedra, 1985

MORERA VILLUENDAS, A.: *El escaparate, un mueble para una dinastía: Ostentación y devoción en el Madrid de los siglos modernos*. Tesis doctoral, UNED, Madrid, 2010

MORENO GALLEGO, V.: “Burocracia y cultura libraria en el XVIII: el camarista Velasco y su gran biblioteca”, *Trabajos de la Asociación Española de Bibliografía en 1995-1996*. Madrid, Asociación Española de Bibliografía, 1998, pp. 351-382

MOUSNIER, R.: “La Fonction publique en France du début du seizième siècle à la fin du dix-huitième siècle”, *Revue Historique*, CCLXI (1979), pp. 321-335

MUÑOZ NAVARRO, D.: *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España Moderna*. Valencia, Universitat de València, 2011

NAVA RODRÍGUEZ, M. T.: “La Real Academia de la Historia como modelo de unión formal entre el Estado y la cultura (1735-1792)”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 8 (1987), pp. 127-155

- *Reformismo ilustrado y americanismo: la Real Academia de la Historia, 1735-1792*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1989

NAVASCUÉS PALACIO, P.: “La Alameda de Osuna: una villa suburbana”. *Estudios Pro-Arte*, núm. 2 (1975), Barcelona, p. 6-26

- *Palacios madrileños del siglo XVIII*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1978
  - “Casas palacio de la familia Osuna”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981
  - “Casa palacio de la Alameda de Osuna”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981
  - “Casas y jardines nobles de Madrid”, *Jardines clásicos madrileños*. Madrid, Museo Municipal, 1981, pp. 115-150
  - “Estudio crítico”, BAILS, B.: *De la arquitectura civil*. Murcia, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1983.
  - “Las máquinas teatrales: Arquitectura y escenografía”, *Arquitectura teatral en España*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1984
- NEGREDO DEL CERRO, F: “El Madrid de Velázquez: Mercado y propiedad inmobiliaria entre 1623 y 1650”, *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia*, 2 (1999), pp. 15-56
- NEGRIER, P.: *Les bains à travers les âges*. Paris, Librairie de la Construction Moderna, 1925
- NEWTON, W. R.: *La petite cour. Services et serviteurs à la Cour de Versailles au XVIIIe siècle*. Paris, Fayard, 2006
- NÚÑEZ ROLDÁN, F.: *La vida cotidiana en la Sevilla del Siglo de Oro*. Madrid, Sílex, 2004
- (coord.) *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007
- OLIVÁN SANTALIESTRA, L y PILO, R.: “Recetario en busca de dueño: perfumería, medicina y confitería en la casa del VII Duque de Montalto (1635-1666), *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 37 (2012), pp. 103-125
- OLLERO LOBATO, F.: *Cultura artística y arquitectura en la Sevilla de la Ilustración (1775-1808)*. Sevilla, Caja San Fernando, 2004
- “Arquitectura doméstica sevillana durante la segunda mitad del siglo XVIII”, *Atrio*, 10-11 (2005), pp. 113-123
- O’MALLEY, M., WELCH, E. (eds.): *The material Renaissance: Costs and consumption in Italy, 1400-1650*. Manchester, Manchester University Press, 2010
- ORTEGO AGUSTÍN, M. A.: *La mujer viuda en el siglo XVIII a través de los Protocolos notariales*. Trabajo de investigación de Tercer Ciclo, inédito. Universidad Complutense de Madrid, 1993



- *Familia y matrimonio en la España del siglo XVIII: ordenamiento jurídico y situación real de las mujeres a través de la documentación notarial*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2000

- “El ámbito doméstico de las mujeres viudas en la sociedad madrileña del siglo XVIII”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2008). En línea, consultado el 21 de junio de 2014. URL : <http://nuevomundo.revues.org/21193> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.21193

- “Discursos y prácticas sobre el cuerpo y la higiene en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos VIII* (2009), pp. 67-92

- “La lectura en el ámbito doméstico: placer personal y afición cotidiana. La biblioteca femenina de la Marquesa de Astorga”, FRANCO RUBIO, G. A. (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Madrid, Almudayna, 2012, pp. 203-228

OTAZU y LLANA, A. de: *Hacendistas navarros en Indias*. Bilbao, Gráficas Ellacuria, 1970

- *Los Rothschild y sus socios en España (1820-1850)*. Madrid, O. Hs., 1987

OZANAM, D.: *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle: introduction et repertoire biographique (1700-1808)*. Madrid, Casa de Velázquez-Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 1998

- *Los capitanes y comandantes generales de provincias en la España del siglo XVIII*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 2006

OZANAM, O. y ABBAD, F.: *Les intendants espagnols du XVIIIe siècle*. Madrid, Casa de Velázquez, 1992

PALLADIO, A.: *Los cuatro libros de arquitectura*, edición de J. Rivera. Madrid, Akal, 1988

PARDAILHÉ-GALABRUN, A.: *La naissance de l'intime: 3000 foyers parisiens XVIIe-XVIIIe siècles*. Paris, Presses Universitaires de France, 1988

PARDO, J. (trad.): *Un inglés en la España de Godoy (Cartas españolas)*. Madrid, Taurus, 1966

PASSINI, J.: *Casas y casas principales urbanas: el espacio doméstico en Toledo a fines de la Edad Media*. Cuenca, Publicaciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2004

PELLE, M.: “Lits parés”, *Plaisirs de France*, 1953

PEÑA DÍAZ, M.: “La vida cotidiana en la época Moderna: Disciplinas y rechazos”, *Historia Social*, nº 66 (2010), pp. 41-56

- (ed.), *La vida cotidiana en el Mundo Hispánico (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, Abada, 2012

PÉREZ ESCOLANO, V.: “Observaciones sobre las condiciones de propiedad y ocupación en la vivienda urbana sevillana en la segunda mitad del siglo XVI”, *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1978, pp. 263-276

PÉREZ GALDÓS, B.: *La de Bringas*. Madrid, Cátedra, 1991

PÉREZ SAMPER, M. A.: “La Audiencia de Cataluña en la Edad Moderna”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, nº 13-14 (1995), pp. 51-71

- “Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 19 (1997), pp. 121-154

- *La vida y la época de Carlos III*. Barcelona, Planeta, 1998

- “Chocolate, té y café: sociedad, cultura y alimentación en la España del siglo XVIII”, FERRER BENIMELI, J. A. (dir.): *El conde de Aranda y su tiempo*, vol. I. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, pp. 157-222

- “Espacios y prácticas de sociabilidad en el siglo XVIII: tertulias, refrescos y cafés de Barcelona”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 26 (2001) pp. 11-55

- (coord.): *La vida quotidiana a través dels segles*. Barcelona, Pòrtic, 2002

- “La alimentación en la corte española del siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II* (2003), pp. 153-197

- *Mesas y cocinas en la España del siglo XVIII*. Gijón, Trea, 2011

- y FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Intimidad y sociabilidad en la España Moderna. Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012)

PÉREZ DE TUDELA, A.: “Los muebles de la colección de Felipe II y de su hija la infanta Isabel Clara Eugenia” en PIERA, M y MARSAL, J. (ed.): *El culto al objeto: de la vida cotidiana a la colección*. Barcelona, DHB-MADB, 2010

PERISTIANY, J. (dir.): *Dote y matrimonio en los países mediterráneos*. Madrid. Siglo veintiuno de España: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987

PERROT, M.: *Historia de las alcobas*. Madrid, Siruela, 2012

PERROT, P.: *Le travail des apparences, ou les transformations du corps féminin, XVIIIe-XIXe siècle*. Paris, Seuil, 1984

- *Le luxe: une richesse entre faste et confort, XVIIIe-XIXe siècles*. Paris, Le Seuil, 1995

PESSEZ, J.-M.: *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Âge*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1998, pp. 11-46

PEZEU MASSABAU, J.: *La vivienda como espacio social*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992

PIERA, M.: “El álbum del marqués de la Victoria y su aportación a la Historia del mueble”, *Archivo Español de Arte*, t. 71, n. 281 (1998), pp. 79-84

- *La calaixera o cómoda catalana y sus variantes tipológicas en el siglo XVIII*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2002

- “La cómoda y el tocador, muebles de prestigio en la sociedad catalana del siglo XVIII”, *Pedralbes*, 25 (2005), pp. 259-282

- “El mueble en la documentación de Barcelona en el siglo XVII. El inventario u la almoneda de los bienes del carpintero Lluís Massot de 1608 y el inventario de Joan Francesc Pratnarbona de 1688”, *El moble del segle XVII a Catalunya i la seva relació amb altres centres europeus*. Barcelona, Associació per l’Estudi del Moble, 2006, pp. 69-82

- *Audacia y Delicadeza. El mueble de Torroella de Montgrí y el Empordà (1700-1800)*, Torroella de Montgrí, Fundación Mascort, 2008

- (coord.): *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*. Barcelona, Associació per a l’estudi del moble, 2008

- “Muebles de ebanistería en las viviendas de Barcelona”, en *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*. Barcelona, Museu de les Arts Decoratives de Barcelona, Associació per a l’Estudi del Moble, 2009.

- “*Quan s’és jove per fer bonic i quan s’és gran per no fer fàstic*. Tocadores y lavamanos en la vivienda catalana de la época moderna”, FRANCO RUBIO, G. A. (coord.): *Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la España Moderna. Cuadernos de Historia Moderna*. Anejo VIII (2009), pp. 93-117

- “El comercio de muebles en Cataluña durante el siglo XVIII”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXVI, N° 1, enero-junio (2011), pp. 109-138

- “Els usos de les indianes a la Barcelona del segle XVIII: decorar la llar o vestir la gent?”, SÁNCHEZ, A. (coord.): *La industria de les indianes a Barcelona, 1730-1850*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2011, pp. 67-84

- “Los muebles con secreto: Esconder, exhibir, aprender”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 30 (2012), pp. 164-175

- y MESTRES, A.: *El mueble en Cataluña. El espacio doméstico del gótico al modernismo*. Manresa, Angle Editorial, 1999

- y MARSAL, J. (ed.): *El culto al objeto: de la vida cotidiana a la colección*. Barcelona, DHB-MADB, 2010

PIPONNIER, F.: "La consommation des draps de laine dans quelques milieux français à la fin du Moyen Age", *Produzione, commercio e consumo dei panni di lana*. Florencia, Istituto Internazionale di Storia Economica "F. Datini", 1976, pp. 423-434

- "Linge de maison et linge de corps au Moyen Age d'après les inventaires bourguignons", *Ethnologie française* t. 16, n° 3, juillet-sept. (1986), pp. 239-248

- "Usages et diffusion de la soie en France à la fin du Moyen Age", *La seta in Europa secoli XIII-XX*. Serie 2. Atti delle Settimane di studi, 24. Florence, (1993), pp. 785-800

- "La diffusion des tentures à la fin du Moyen Âge. L'exemple de la Bourgogne", *Mélanges de l'école française de Rome*, tomo 111-(1999-1), pp. 419-442

- "Dénominations et fonctions des espaces dans l'habitation dijonnaise (XIVe-XVe siècle), BIDON, D-A., PIPONNIER, F., POISSON, J-M. (dir.): *Cadre de vie et manières d'habiter (XIIIe-XVIe siècle)*. CRAHM-Caen, 2006, pp. 109-116

PORTELA SANDOVAL, F. J.: *El palacio de Buenavista. Cuartel General del Ejército*. Madrid, Tabapress, 1996

PORTÚS, J.: *El culto a la Virgen en Madrid durante la Edad Moderna*. Madrid, Comunidad de Madrid, 2000

- y VEGA, J.: *La estampa religiosa en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998

POSTIGO VIDAL, J.: "El espacio doméstico en Zaragoza en el siglo XVII: versatilidad y especialización", *Historia Social*, 73 (2012), pp. 21-40

- "El estudio como espacio para la intimidad, la intelectualidad y la masculinidad en Zaragoza durante la Edad Moderna", SERRANO, E. (coord.): *De la Tierra al Cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, CSIC, pp. 1067-1082

POUNDS, N. J. G.: *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*. Barcelona, Crítica, 1992

POUSSOU, J.-P.: "Luxe", FIGEAC, Michel (dir.) *L'ancienne France au quotidien. Vie et choses de la vie sous l'Ancien Régime*. Paris, Armand Colin, 2007, pp. 285-288

PRAZ, M.: *Historia ilustrada de la decoración: Los interiores desde Pompeya al siglo XX*. Barcelona, Noguer, 1965

- *La casa de la vida*. Barcelona, Debolsillo, 2004

PROVOST, A.: *Les usages du luxe: Formes et enjeux des publications sur le luxe en France dans la seconde moitié du dix-huitième siècle (vers 1760-1789)*. Thèse de doctorat, Université Paris-Sorbonne, 2002

PUERTA ROSSELL, M. F.: *Platería madrileña. Colecciones de segunda mitad del siglo XVII*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005

QUINTANA, A.: *La Arquitectura y los arquitectos en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1744-1774)*. Madrid, Xarait, 1983

RAMÍREZ RUIZ, V.: *Las tapicerías en las colecciones de la nobleza española del siglo XVII*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2012

RÉPIDE, P. de: *Las calles de Madrid*. Madrid, La Librería, 2007

REY CASTELAO, O.: “Las bibliotecas institucionales en la Galicia de fines del Antiguo Régimen”, FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, vol. 3. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 583-594

- “Las bibliotecas institucionales del noroeste español: la biblioteca de la Universidad de Santiago”, *Bulletin hispanique: Hommage à François Lopez*, vol. 104, nº 1 (2002), pp. 303-342

- *Libros y lectura en Galicia, siglos XVI-XIX*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2003

- “Femmes et héritage en Espagne au XVII<sup>e</sup> siècle: stabilité légale et changements réels”, *XVII<sup>e</sup> siècle*, 244 (2009), pp. 451-476

- “Well-being or survival? Women’s future and family transmission strategies in north-western rural Spain, 18th-19th centuries”, en DURAES, M., FAUVE-CHAMOUX, A., FERRER, Ll. y Jan KOK, J. (eds.): *The transmission of well-being. Gendered marriage strategies and inheritance systems in Europe (17th-20th centuries)*. Bern. Peter Lang, 2009, pp. 391-410

- y SANZ GONZÁLEZ, M.: “Monjes, frailes y libros: las bibliotecas de los regulares compostelanos a fines del Antiguo Régimen”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 6 (1997), pp. 79-106

REY-ROBERT: “Le lit et la chambre, du XVII<sup>e</sup> à nos jours”, *Demeure française*, 1925

REYES LEOZ, J. L. de los: “Evolución de la población 1561-1857”, PINTO CRESPO, V. y MADRAZO MADRAZO, S. (Dirs.): *Madrid, atlas histórico de la ciudad*. Madrid, Fundación Caja Madrid, 1995

REYNIÈS, N.: *Le mobilier domestique: Vocabulaire typologique*. Paris, Imprimerie nationale, 1987

RICCARDI-CUBIT, M.: *Un art européen Le Cabinet de la Renaissance à l'époque moderne*. Paris, Editions de l'Amateur, 1993

RINGROSE, D. R.: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1985

RÍO BARREDO, M. J. del: *Madrid, urbs regia: la capital de la Monarquía Católica*. Madrid, Marcial Pons, 2000

RÍOS CARRATALÁ, J. A.: "La obra de José Concha destinada a los teatros particulares", *Coloquio Internacional sobre el teatro español del siglo XVIII*. Bolonia, Piovan, 1988, pp. 351-366

- "Las obras para casas particulares de Antonio Rezano Imperial", SALA VALLDAURA, J. M.: *El teatro español en el siglo XVIII*, vol. II. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 1996, pp. 687-706

- "El teatro en casas particulares", FARRÉ, J., BITTOUN-DEBRUYNE, N., FERNÁNDEZ, R.: *El teatro en la España del siglo XVIII: homenaje a Josep María Sala Valldaura*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2012, pp. 213-226

ROBERTSON, I.: *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España desde la ascensión de Carlos III hasta 1855*. Madrid, Editora Nacional, 1976

ROCHE, D.: *La culture des apparences. Une histoire du vêtement XVIIe-XVIIIe siècle*. Paris, Fayard, 1989

- *Histoire des choses banales. Naissance de la société de consommation, XVIIIe-XIXe siècle*. Paris, Fayard, 1997

RODRÍGUEZ BERNIS, S.: *Diccionario de mobiliario*. Madrid, Ministerio de Cultura, 2006.

- "Nuevas maneras, nuevos muebles en el siglo XVIII", PIERA MIQUEL, M. (coord.): *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*. Barcelona, Associació per a l'estudi del moble, 2008

- "Damas en estuches, damas en el tocador. Moda e interiores femeninos en la España del siglo XVIII", AA.VV.: *El arte del siglo de las luces*. Madrid, Galaxia Gutenberg, 2010, pp. 431-458.

RODRÍGUEZ RUIZ, D.: *José Ortiz y Sanz. Teoría y crítica de la Arquitectura*. Madrid, 1992

- "Arquitectura y academia durante el reinado de Fernando VI", BONET CORREA, A. y BLASCO ESQUIVIAS, B.: *Un reinado bajo el signo de la paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2002

RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A. L.: *Ricos y pobres: propiedad y vida privada en la Sevilla del siglo XVI*. Sevilla, Ayuntamiento, 1995

RUÍZ COMÍN, N.: “El teatro de sala y alcoba en la Cataluña del siglo XVIII: Un acto social en un espacio privado e íntimo”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30 (2012), pp. 251-265

RYBCZYNSKI, W.: *La casa: historia de una idea*. Madrid, Nerea, 1986

SAAVEDRA, P.: *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*. Barcelona, Crítica, 1994

- “La vida en los pazos gallegos: entre la civilidad y la rudeza”, *Chronica Nova*, 35 (2009), Universidad de Granada, pp. 163-191

- y SOBRADO, H.: *El siglo de las luces: cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2004

SALTILLO, Marqués del.: “Casas madrileñas del siglo XVIII y dos centenarias del siglo XIX”, *Arte español* (1948)

SALVERTE, F.: *Les ébénistes du XVIIIe siècle: leurs oeuvres et leurs marques: ouvrage contenant un millier de notices*. Paris, Librairie Nationale d’Art et d’Histoire, 1923

SAMBRICIO RIVERA DE ECHEGARAY, C.: “José de Hermosilla y el ideal historicista en la arquitectura de la ilustración”, *Goya: Revista de arte*, 159 (1980), pp. 140-151

- “Benito Bails y la arquitectura española de la segunda mitad del siglo XVIII”, *Revista del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos*, 54 (1982), pp. 16-31

- “El urbanismo de la Ilustración, 1750-1814”, MALUQUER DE MOTES, J.: *Vivienda y urbanismo en España*. Barcelona, Banco Hipotecario de España, 1982

- *La arquitectura española de la Ilustración*. Madrid, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España/Instituto de Estudios de la Administración Local, 1986

- *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1991

- *La Historia urbana*. Madrid, Marcial Pons, 1996

SANCHO GASPAS, J. L.: *La arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo histórico de los palacios, jardines y patronatos reales del Patrimonio Nacional*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1995

SANTAMARINA, B., “La platería madrileña y la duquesa de Osuna”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXVIII (1998), pp. 99-142

SANZ AYÁN, C.: *Los banqueros de Carlos II*. Valladolid, Secretariado de publicaciones, 1989

- “Negoce, culture et sens de l’opportunité dans la construction d’un linage. Le premier marquis de Santiago pendant la Guerra de Sucesión”, DUBET, A., LUIS, J. Ph.: *Les financiers et la construction de l’État (France, Espagne, XVIIe-XIXe siècle)*. Clermont-Ferrand, Presses Universitaires de Rennes, 2011, pp. 105-124

SANZ DE LA HIGUERA, F. J.: “Familia, hogar y vivienda en Burgos a mediados del siglo XVIII: Entre cuatro paredes, compartiendo armarios, camas, mesas y manteles”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 22 (2002), pp. 165-212

- “Pajas, catres, cujas, camas... El lecho cotidiano en el Antiguo Régimen: Burgos (1740-1780)”, *Cuadernos de investigación histórica*, 26 (2009), pp. 435-499

- “La medida del tiempo en Burgos: Relojes a mediados del siglo XVIII”, *Historia social*, 67 (2010), pp. 23-49

- “A la moda ilustrada o a la vieja usanza nobiliar. Viviendas del clero capitular burgalés en el siglo XVIII”, *Historia y Genealogía*, 3 (2013), pp. 219-242

- “Aproximación a la mesa de los burgaleses. Cuberterías y platos en el setecientos, GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dir.): *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*. Madrid, Sílex, 2013, pp. 183-198

- “Aproximación al devenir del canapé en los interiores domésticos burgaleses del XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 38 (2013), pp. 139-161

SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1994

SARTI, R.: *Vida en familia: casa, comida y vestido en la Europa Moderna*. Barcelona, Crítica, 2002

- “Las condiciones materiales de la vida familiar”, KERTZER, D. I. y BARBAGLI, M. (comp.), *Historia de la familia europea*. Vol. I: *La vida familiar a principios de la era moderna (1500-1789)*. Barcelona, Paidós, 2002, p. 41-72

SCAPPI, B.: *Opera*. Traducción al español, Gijón, Trea, 2004

SENNET, R.: *El declive del hombre público*. Barcelona, Península, 1978

SHAMMAS, C.: *The pre-industrial consumer in England and America*. Oxford, Clarendon Press, 1990

SILVA PRADA, N.: “Contribución de la población indígena novohispana al erario real. El donativo gracioso y voluntario o rigurosa pensión de 1781 y su impacto en recaudaciones posteriores”, *Signos Históricos*, I. 1 (1999), pp. 28-58



SIMÓ, T y TEIXIDOR de OTTO, M. J.: *La vivienda y la calle. La calle de Cavallers de Valencia como ejemplo de desarrollo urbano*. Valencia, Colegi Oficial d'Arquitectes de la Comunitat Valenciana, 1996

SOBRADO, H.: *Las tierras de Lugo en la Edad Moderna: economía campesina, familia y herencia, 1550-1860*. A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2001

- "Los inventarios post-mortem como fuente privilegiada para el estudio de la historia de la cultura material de la Edad Moderna", *Hispania: Revista española de Historia*, vol. 63, nº 215 (2003), pp. 825-862

SORIA MESA, E.: *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*. Madrid, Marcial Pons, 2007

STONE, L.: "Prosopography", GILBERT, F., GRAUBARD, S. R. y HOBSBAWM, E. J. (eds.): *Historical Studies Today*. New York, W.W. Norton, 1972, pp. 107-140

- *El pasado y el presente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981

STRATTON, S.: "La Inmaculada Concepción en el arte español", *Cuadernos de arte e iconografía*, t. 1, nº 2 (1988), pp. 3-128

SUÁREZ GARMENDIA, J. M.: *Arquitectura y urbanismo en la Sevilla del siglo XVIII*. Sevilla, Diputación, 1986

TAÍN GUZMÁN, M.: *Los arquitectos y la contratación de obra arquitectónica en la Galicia barroca (1650-1700)*. Sada, Edicións do Castro, 1997

THORNTON, P.: *Authentic Decor. The Domestic Interior. 1620-1920*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1984

TOMÁS Y VALIENTE, F.: "El proceso de desamortización de la tierra en España", *Agricultura y sociedad*, 7 (1978), pp. 11-33

TORIJA, J.: *Tratado breve sobre las ordenanzas de la villa de Madrid y policía de ella*, Edición Facsímil. Introducción por Pedro Navascués Palacio. Valencia, Albatros, 1979, pp. 9-36

TOULZA, G. A., PEYRUSSE, L., TOLLON, B.: *Hôtels et demeures de Toulouse et du Midi toulousain*. Toulouse, Daniel Briand, 1997

TOVAR MARTÍN, V.: *Arquitectura madrileña del siglo XVII*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1983

- "Diseños para un palacio madrileño del siglo XVIII", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXI (1984), pp. 53-67

- *El palacio del Ministerio de Justicia y sus obras de arte*. Madrid, Ministerio de Justicia, 1986

- “La arquitectura doméstica madrileña de la segunda mitad del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVII (1989), pp. 117-129

- “La renovación de la arquitectura palacial en Madrid y los Goyeneche”, GARCÍA GAINZA, M. C.: *Juan de Goyeneche y su tiempo: los navarros en Madrid*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999

TROITIÑO, M. A.: “Propiedad urbana y estructura espacial de una ciudad preindustrial: Cuenca a mediados del siglo XVIII”, *II Simposio de Urbanismo e Historia urbana en el mundo hispánico*, vol. 2, Madrid, 1982

URREA, J. (dir.): *Casas y palacios de Castilla y León*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002

URZAINQUI MIQUELEIZ, I.: “*Catalin*” de Rita de Barrenechea y otras voces de mujeres en el siglo XVIII. Vitoria, Ararteko, 2006

VAN DER WOUDE, A. y SCHUURMAN, A.: *Probate inventories. A new source for the historical study of wealth, material culture and agricultural development*, A. A. G. Bijdragen, 23 (1980)

VAREY, J. E.: *Cartelera de títeres y otras diversiones populares de Madrid: 1758-1840*. Londres, Támesis, 1995

VEGA, J.: “Contextos cotidianos para el arte. Cuadros y objetos de arte para el adorno doméstico madrileño a mediados del siglo XVIII”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LV/1 (2000), pp. 5-43

- “Transformación del espacio doméstico en el Madrid del siglo XVIII: del oratorio y el estrado al gabinete”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LX/2 (2005), pp. 191-226

VELASCO MORENO, E.: *La Real Academia de la Historia (1738-1792): una institución de sociabilidad*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000

- “Nuevas instituciones de sociabilidad: las Academias de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII”, *Cuadernos Dieciochistas*, 1, (2000), pp. 39-55

VICKERY, A.: *The gentleman's daughter: Women's lives in Georgian England*. New Haven and London, Conn and Yale University Press, 1998

- “His and hers: Gender, consumption and household accounting in Eighteenth-century England”, *The art of survival: Essays in honor of Olwen Hufton. Past and Present*, 1 (2006) pp. 12-38

- “«Neat and not too showey»: Words and wallpaper in Regency England”, VICKERY, A. y STYLES, J (ed.): *Gender, taste and material culture in Britain and North America, 1700-1830*. New Haven, Yale Center for British Art, 2006

- *Behind closed doors. At home in Georgian England*. London, Yale University Press, 2009

- y STYLES, J (ed.): *Gender, taste and material culture in Britain and North America, 1700-1830*. New Haven, Yale Center for British Art, 2006

*Vida cotidiana en tiempos de Goya*. Madrid, Lunwerg, 1996

VIDAURRE JOFRE, J.: *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*. Vol II: *El plano de Teixeira: lugares, nombres y sociedad*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid y Caja Madrid, 2000

VIGARELLO, G.: *Lo limpio y lo sucio: La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid, Alianza, 1991

VINCENT, B. y DEDIEU, J.-P. (coord.): *L'Espagne, l'Etat, les Lumières: mélanges en l'honneur de didier Ozanam*. Madrid, Casa de Velázquez-Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 2004.

VINUESA HERRERA, R. M.: "Oratorio y capillas privadas: la capilla del Beaterio de las MM. de la Orden Tercera de San Francisco de Sevilla", CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (coord.): *La clausura femenina en España, vol. II*. El Escorial, Ediciones Escorialenses: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2004, pp. 1063-1078

- "El oratorio de la casa natal del venerable don Miguel de Mañara, fundador Hospital de la Santa Caridad de Sevilla", CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (coord.): *La Iglesia española y las instituciones de caridad*. El Escorial, Ediciones Escorialenses: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2006, pp. 787-798

VITRUVIO, M.: *De Architectura*. Edición José Ortiz y Sanz (1787) y prólogo Delfín Rodríguez Ruiz. Madrid, Akal, 1987

VRIES, J. de: *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*. Barcelona, Crítica, 2009

VV. AA.: *Licencias de exención de Aposento en el Madrid de los Austrias (1600-1625)*. Madrid, CSIC. Instituto de Estudios Madrileños, 1982

VV. AA.: *Mueble español: Estrado y dormitorio*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1990

VV. AA.: *Siglo XVIII: España, el sueño de la razón*. Río de Janeiro, Fundación Arte Viva, 2002

VV. AA.: *Sobre la plaza Mayor: la vida cotidiana en La Rioja durante la Edad Moderna*. Logroño, Museo de La Rioja, 2004

WEATHERILL, L.: *Consumer behaviour and material culture in Britain 1660-1760*. London & New York, Methuen, 1988

WELCH, E.: *Shopping in the Renaissance: Consumer cultures in Italy 1400-1600*. New Haven, Yale University Press, 2005

WHYMAN, S. E.: *Sociability and power in late-stuart England. The cultural worlds of the verneys 1660-1720*. Oxford, Oxford University Press, 1999

WOOLF, V.: *Un cuarto propio*. Traducción de M. Milagros Rivera Garretas. Madrid, Horas y horas, 2003

WRIGHT, L.: *Clean and decent. The history of the bathroom and the w.c.*. London, Routledge & Kegan Paul, 1984

- *Warm and snug, the history of the bed*. London, The History press, 2004

YEBES, C. Condesa de: *La Condesa-Duquesa de Benavente: Una vida en unas cartas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1955

YUN CASALILLA B. y TORRAS, J. (dirs.): *Consumo, condiciones de vida y comercialización: Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999

YUN CASALILLA B. y LLOPIS, E. (coord.): *El consumo en la España pre-industrial*. *Revista de Historia Económica*, 21, nº extraordinario 4 (2003)

ZEMON DAVIS, N.: "Beyond the market: books as gifts in Sixteenth-century France", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5 vol. 33 (1983), pp. 69-88



## **APÉNDICE I: Planos**





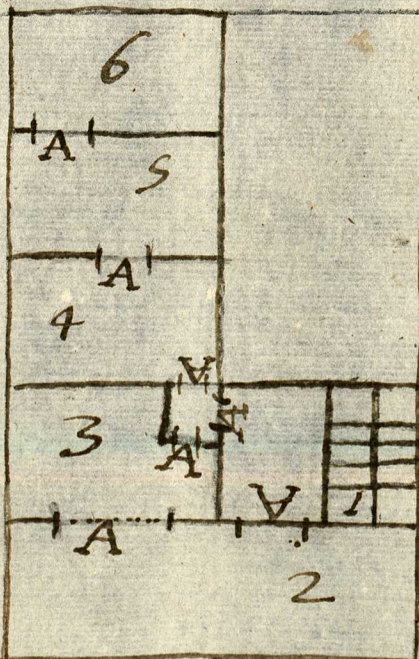
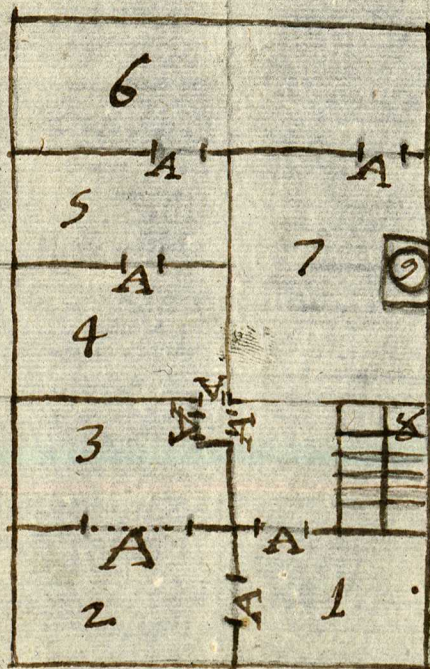
Memoria de como se alla la casa de memorias de  
 animas, de <sup>San Juan de los Rios</sup> ~~San Juan de los Rios~~ en la Calle angosta de St. Ben  
 nardo q' bibio Juan Blanco el guilador de  
 mular, la qual se a el guilado para poner la  
 fabrica Real del tabaco en q' se de muel era  
 el Recinto y dis pusion de piezas y puertas q' avia  
 en ella oy dia q' de octubre de 1731 = las quales estan  
 signa las con la letra A y se sigue el nombre q' tienen  
 las piezas y para q' sebian =

- |             |                  |
|-------------|------------------|
| 1 es Calera | 1 es Calera      |
| 2 de Canes  | 2 Sala           |
| 3 Corraedor | 3 al Cobo        |
| 4 de piezas | 4 otra pieza     |
| 5 Corina    | 5 pieza de comer |
|             | 6 Corina         |

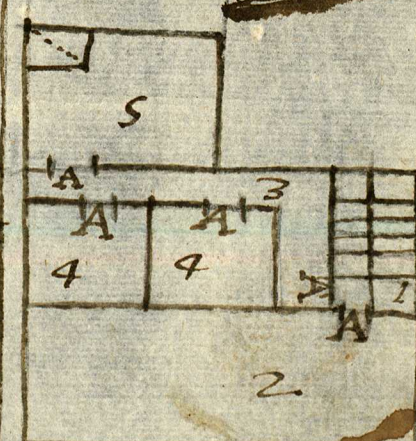
Primer Plano

- 1 entrada
- 2 sala
- 3 al Cobo
- 4 otra pieza
- 5 Corina
- 6 Caballeria
- 7 Pato.
- 8 es Calera

2 pozo



Pallo de Torres



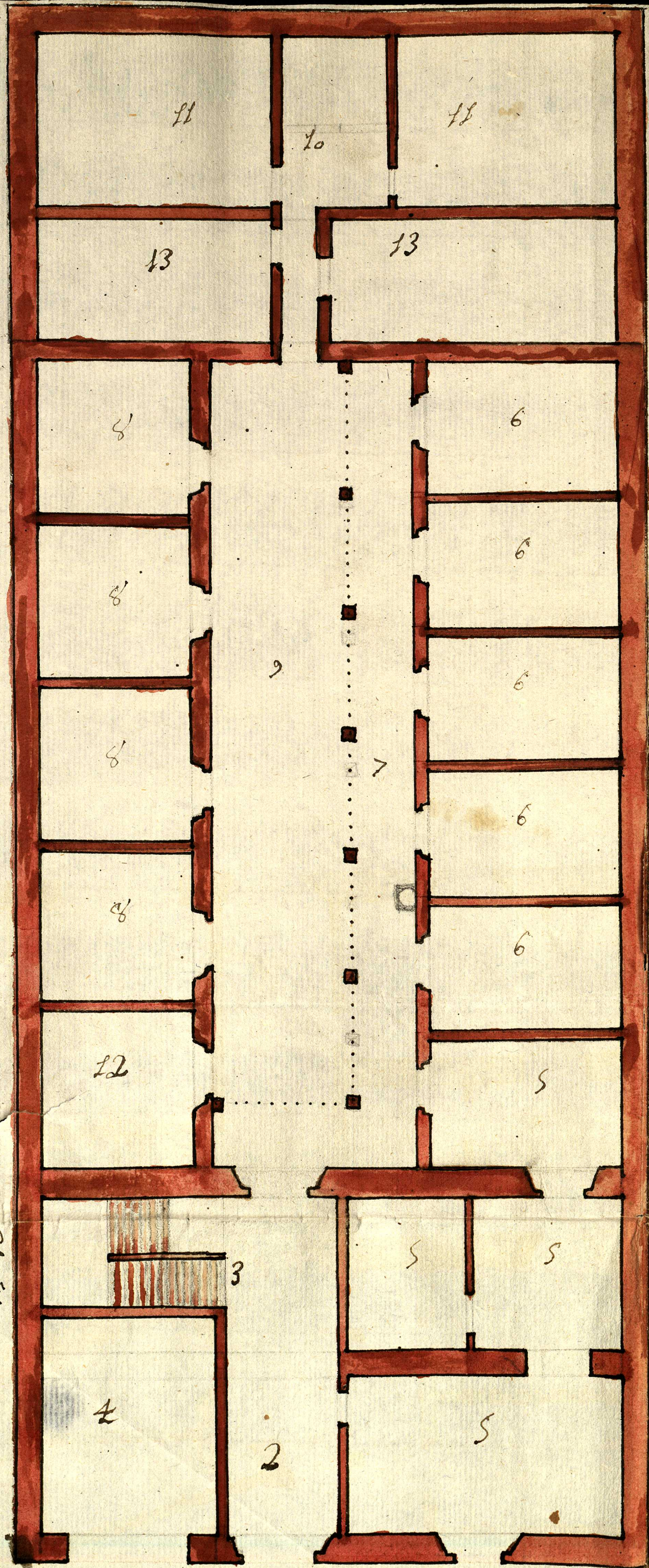
Primer Plano = Segundo = Tercero



965

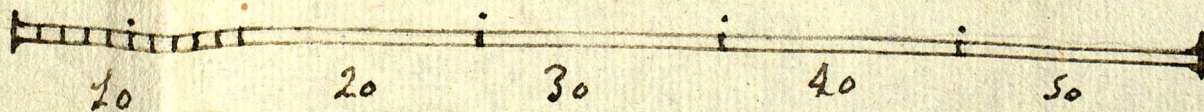
Plan de la Casa del señor Don Francisco  
Gedeon y Hinojosa, de la Calle de la  
Magdalena, se entenderá del modo  
siguiente.

- Fachada principal á dha Ca  
lle de la Magdalena se de  
muestra con el num. — 1  
Laguano, numero — — — 2  
Escalera principal, numero — 3  
Cochera, numero — — — 4  
Quarto bajo á la Calle, numero — 5  
Pietras interiores, numero — 6  
Corredor, numero — — — 7  
Pietras q no se llega á ella, num. — 8  
Patio principal, numero — 9  
Patio chico, numero — 10  
Pietras al Patio chico, num. — 11  
Cavallerina, numero — 12  
Pietras q dividen lo d's Pa  
tios, numero — — — 13

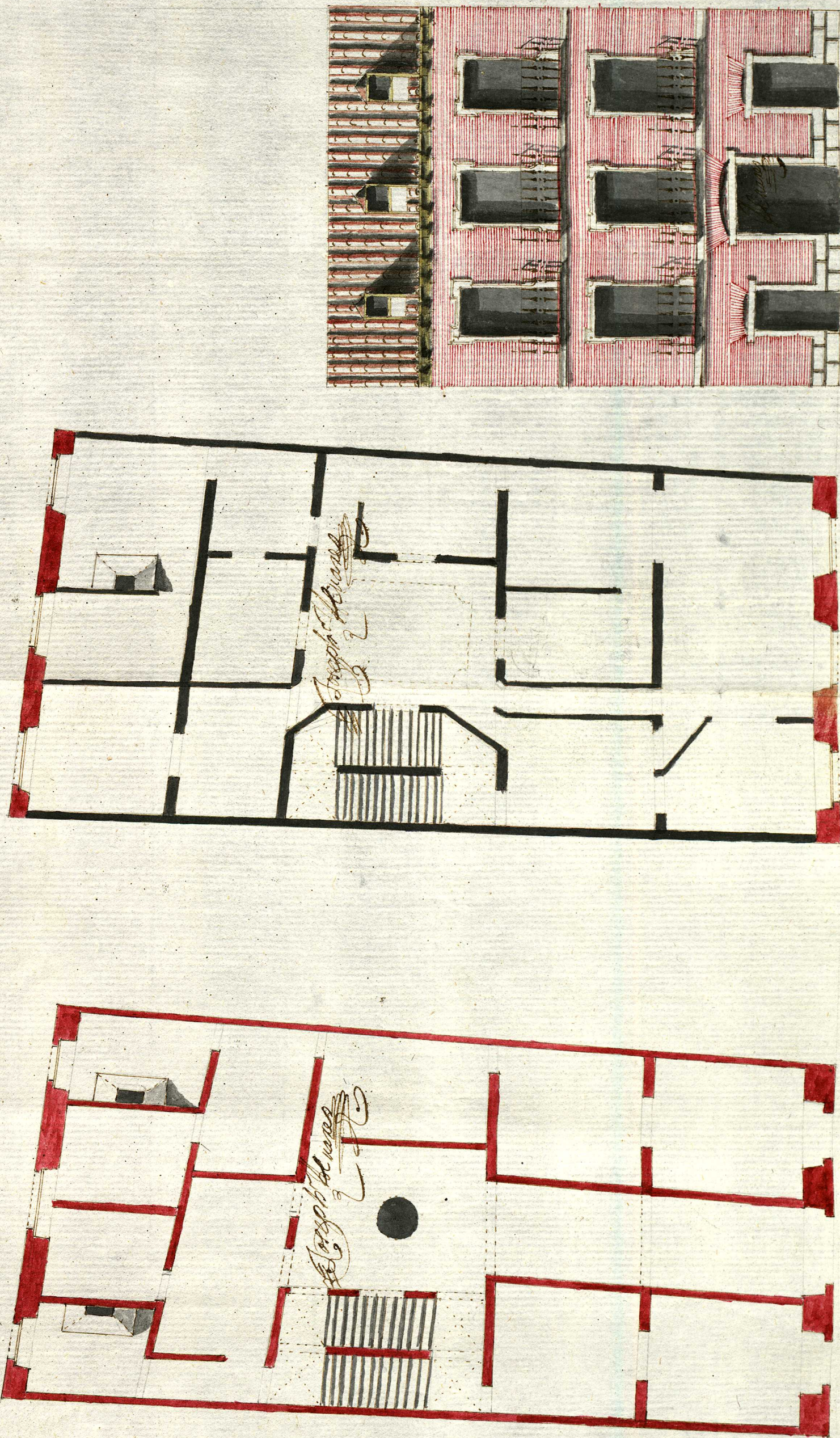


fondo 24 pies

fachada 48 pies





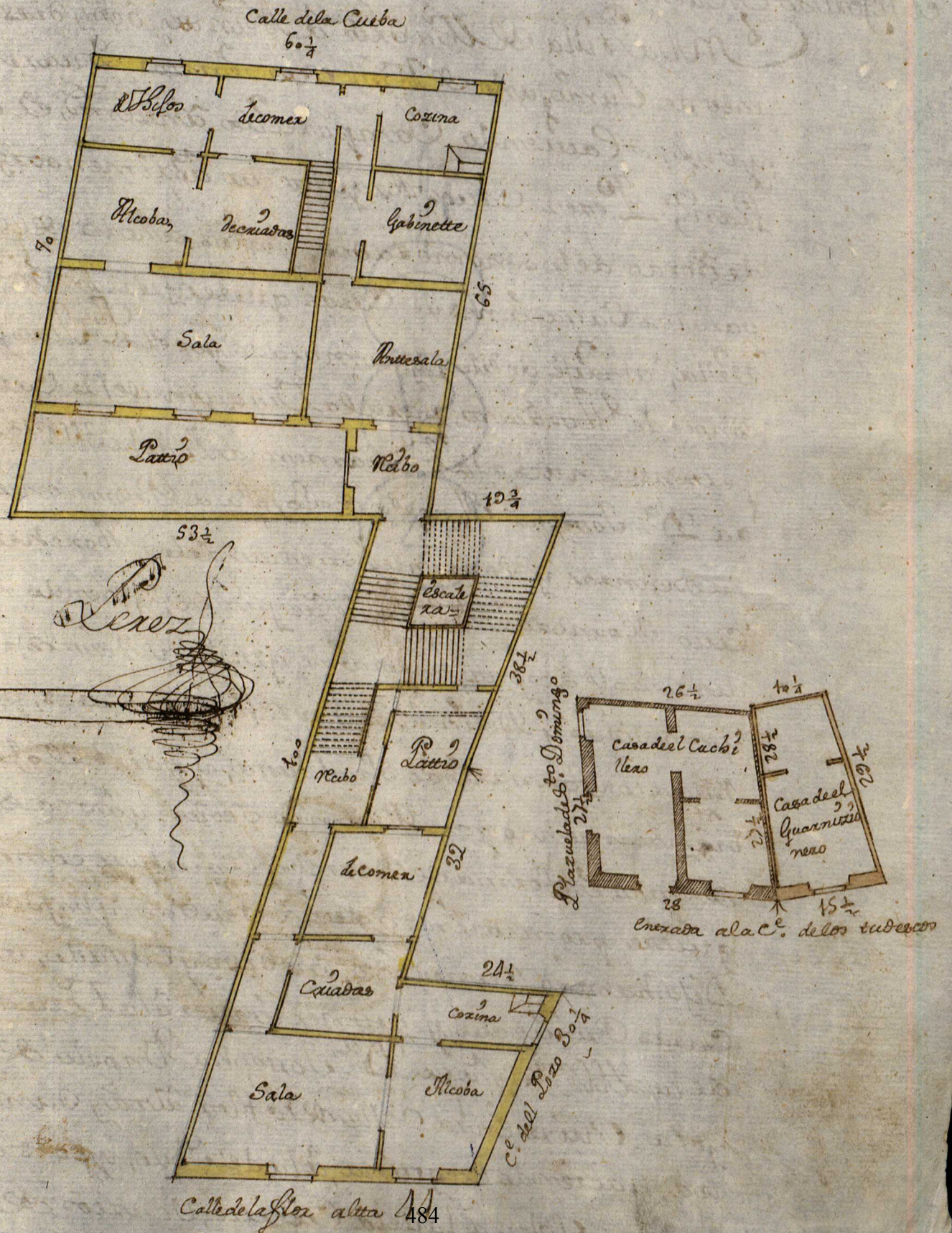


2.º piso Castellanos

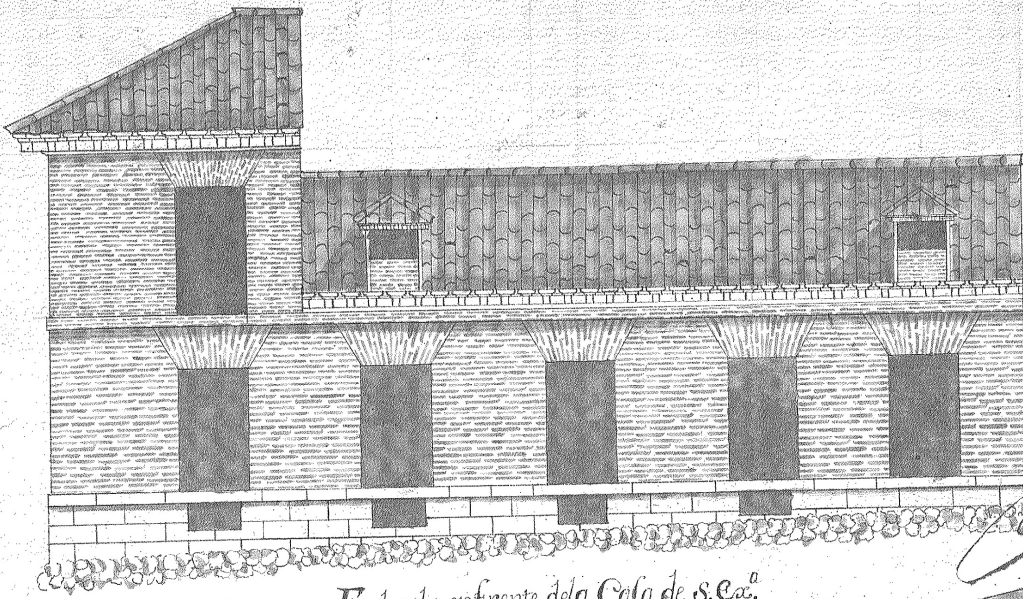
7.º piso Castellanos

D. G. 85



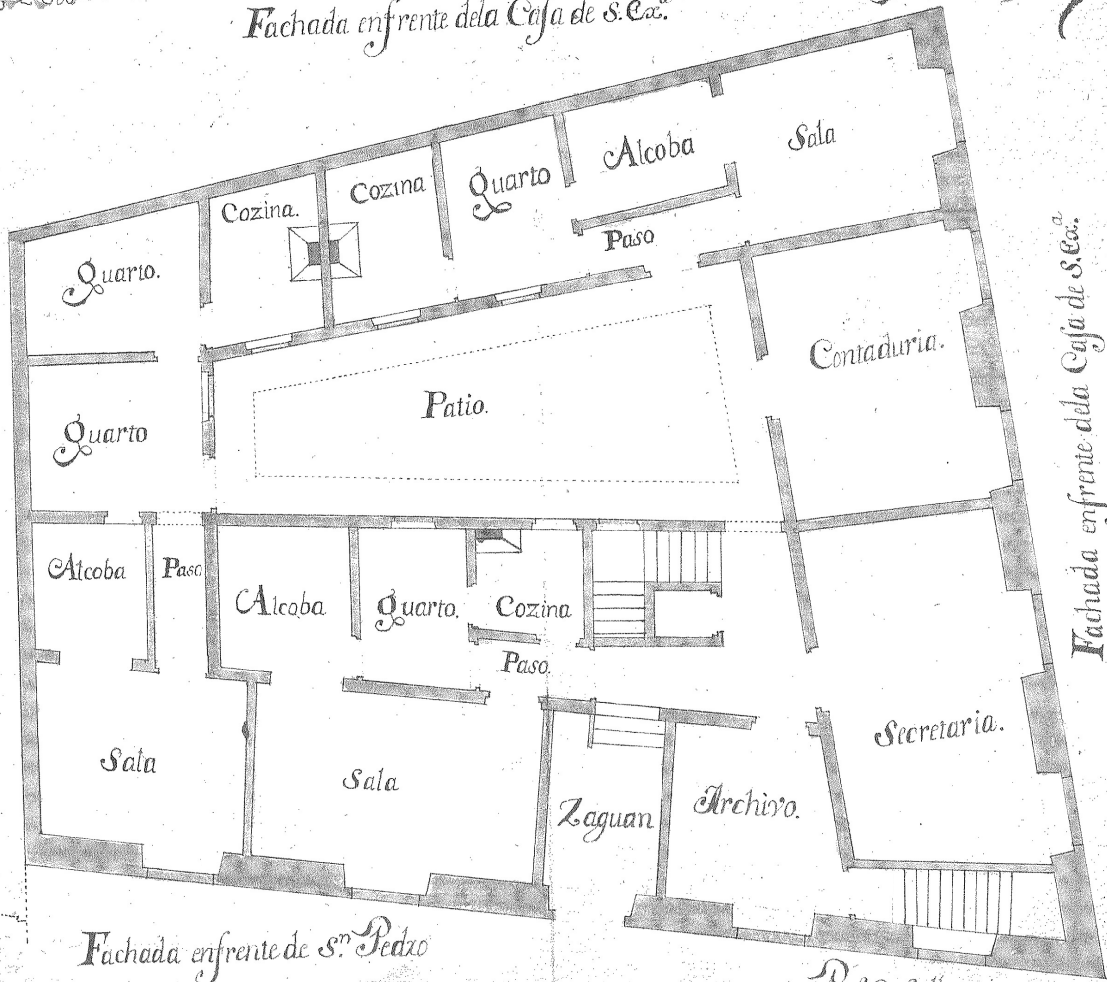






*Fachada enfrente de la Casa de S. Eze.*

*Jabuel Gonz.*



*Fachada enfrente de la Casa de S. Eze.*

*Fachada enfrente de S. Pedro*

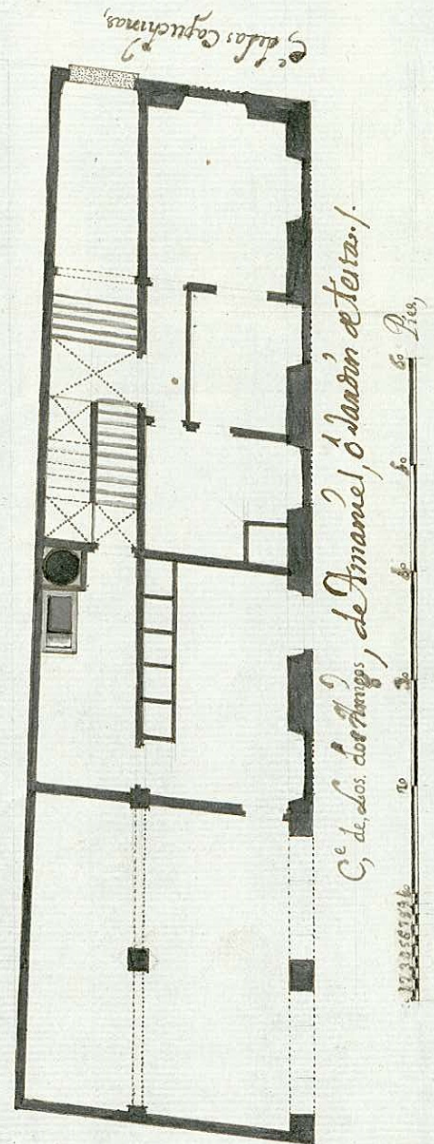
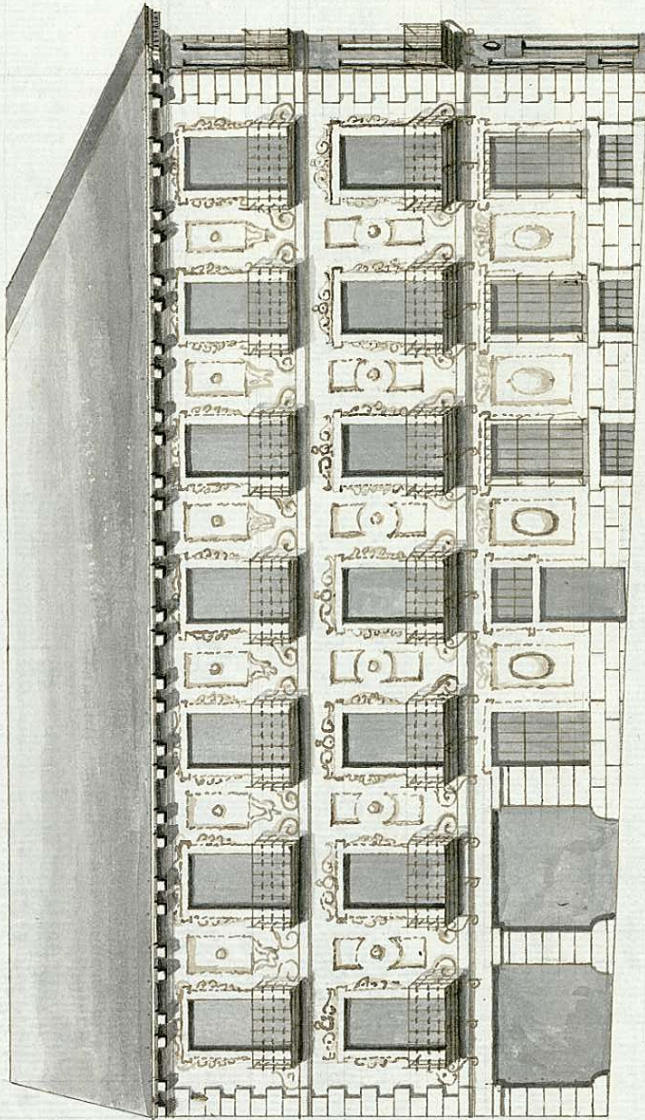
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 20 30 40 50 60

*Pies Castellanos.*





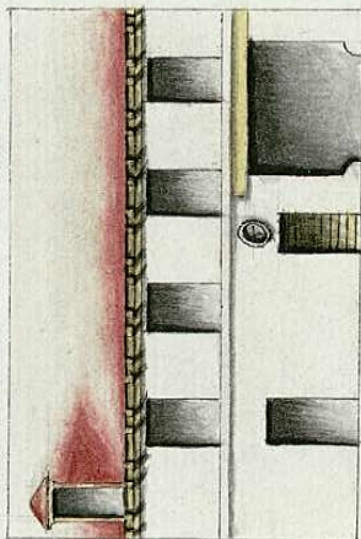
Planta baja y alzado de  
la obra que sea de ejecutar  
en un terreno propio del Uro  
marq. Seane en esta villa  
y aze a las dos Callejitas  
de Cal. para hacer unas de  
Calle Real para el  
de 1772 =  
San. Lomera =



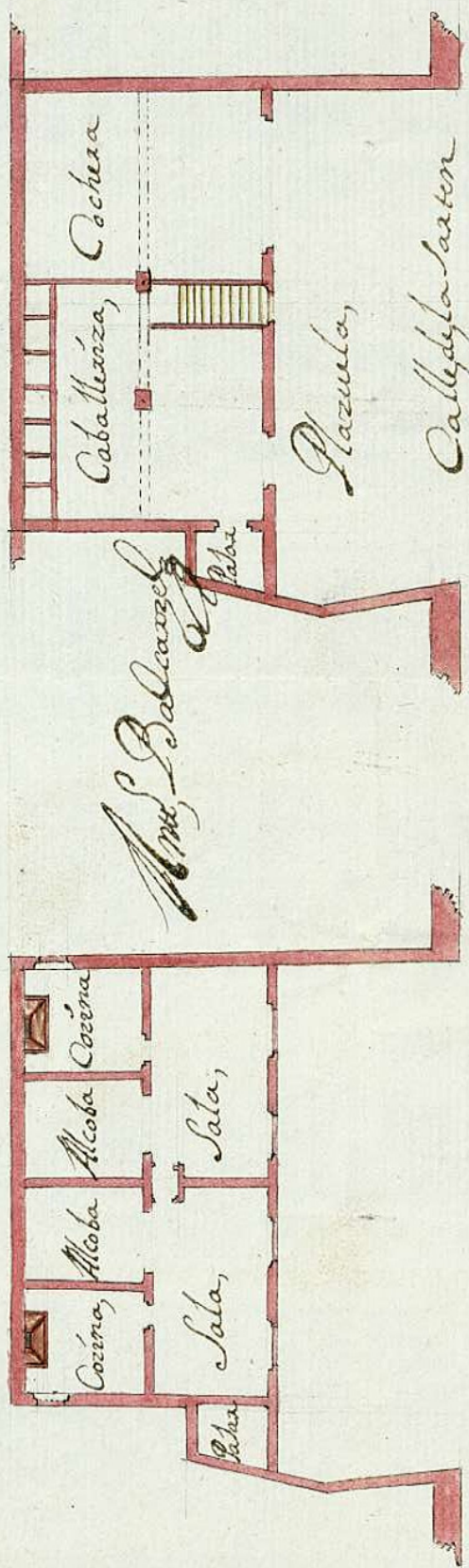
C<sup>e</sup> de Los dos Amigos, de Amame, ó Sardin etetera. /

C<sup>e</sup> de los Capuchinos





*Elebación, de la fachada,*

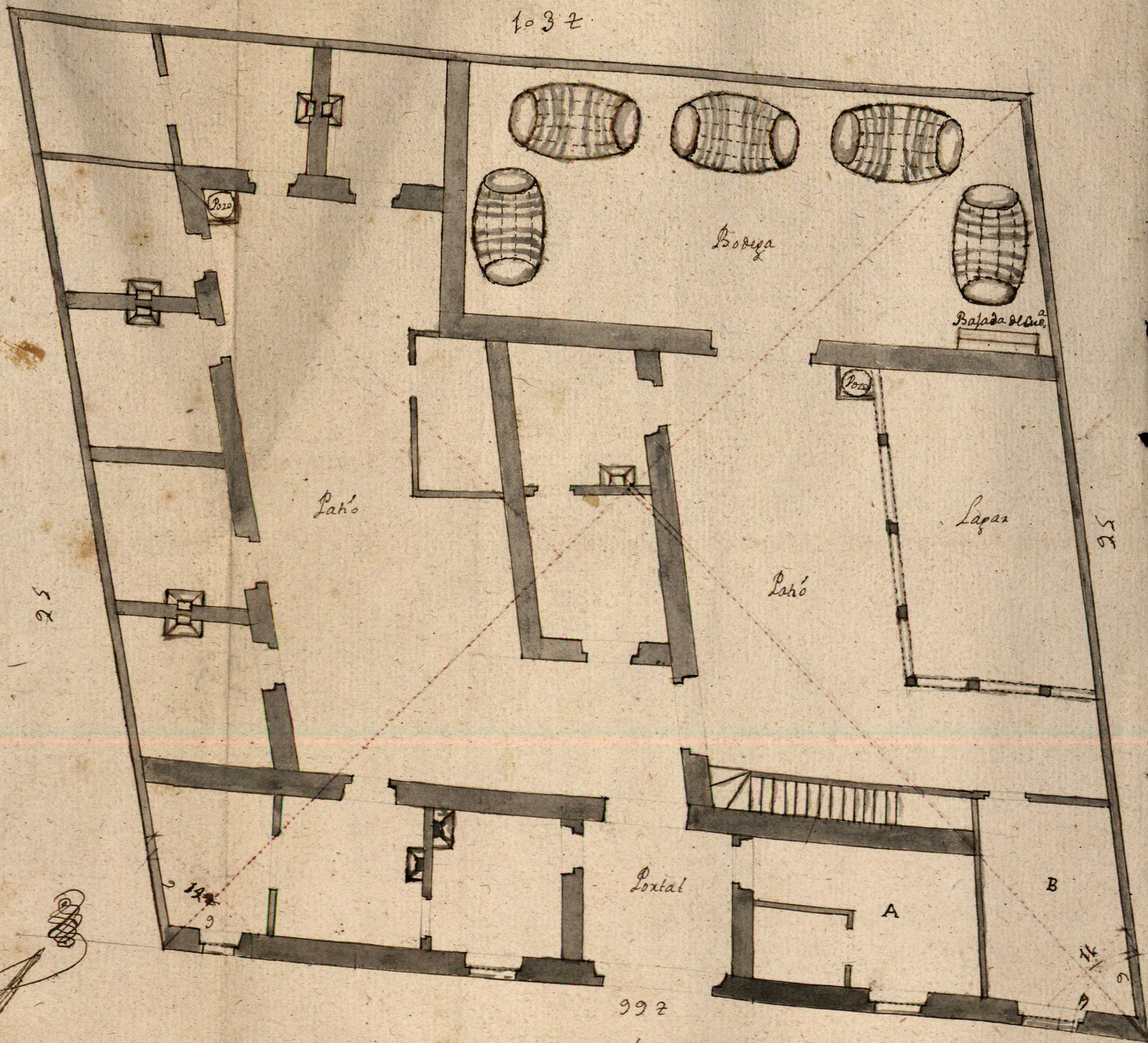


10 20 30  
P.D.

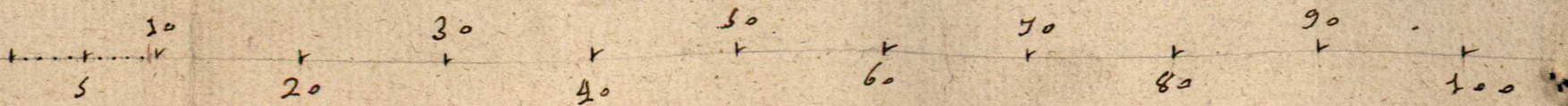


*Espartero*

1037

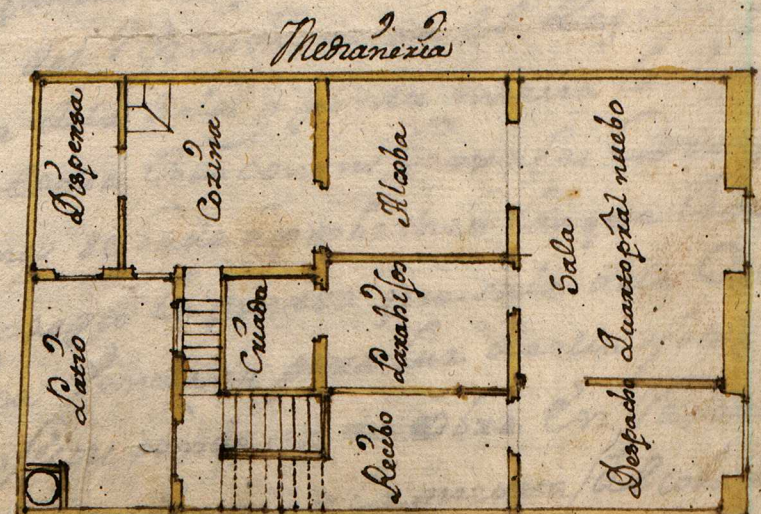
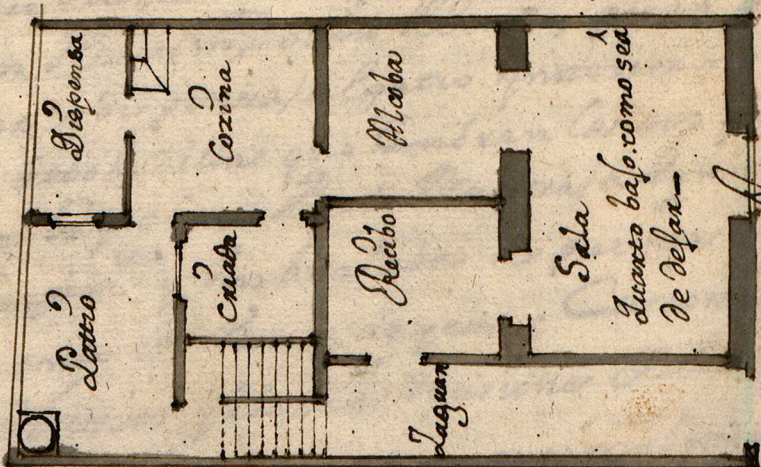
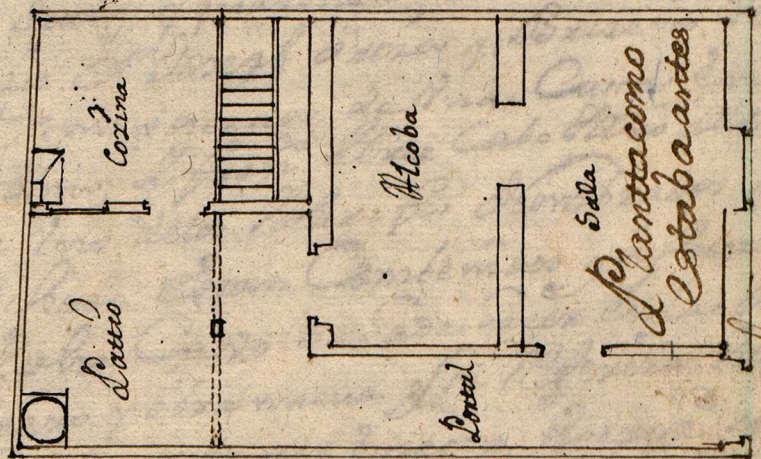


*Calle de la Reina*





55



Medianeria

Medianeria

Calle del Olmo

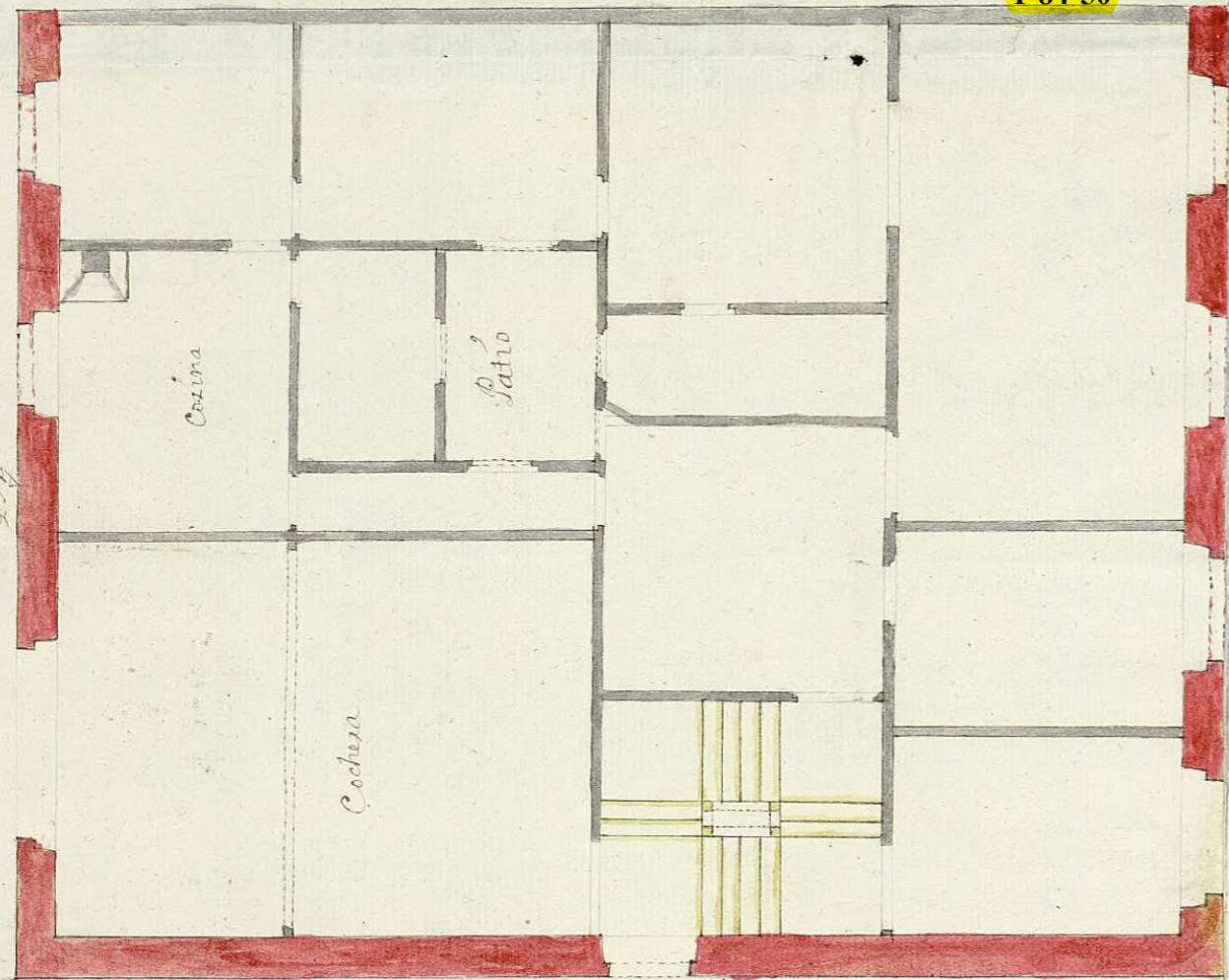
Sanos



AVM. ASA.  
1-84-50

En la Plaza  
una casa que está  
seade Reducción en  
Calle Ancha de S.  
Bernardo y Guadalupe  
la Cruz Berde.  
obra del Sr. J. Ma.  
del Francoz

Calle de la Cruz Berde  
297



297  
Fachada al C. Ancho de S. Bernardo



Joseph. Serano





Molina  
Molina  
Landes



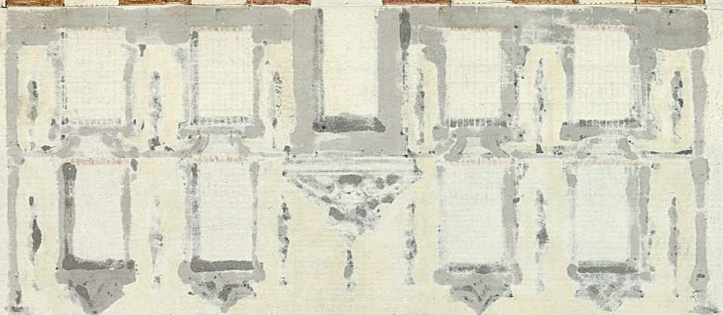
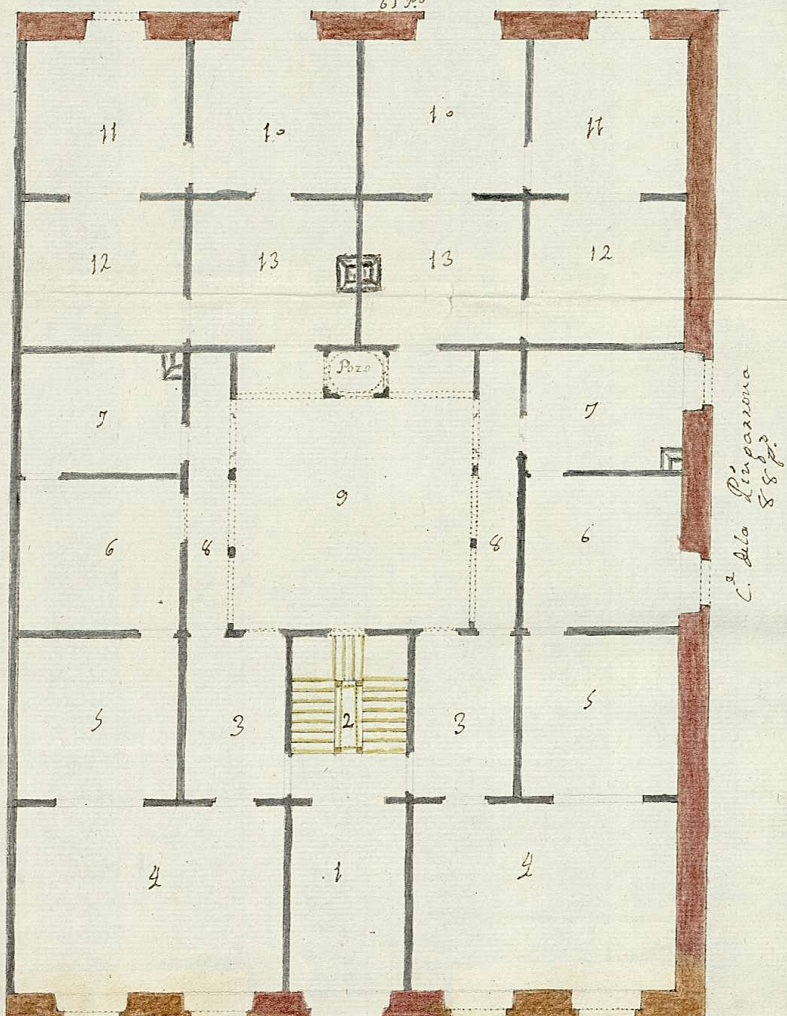
Planta y Alzado de una Casa que Mubom<sup>ta</sup> se ha de edificar. Pertenece  
 al Sr. D. Mari de Reynalte, sita en la C<sup>a</sup> de la espada, y buelto ala de la  
 Pingazona; y ala de Jesus maria y su Explicac<sup>on</sup> es como se sigue =

- N<sup>o</sup> 1<sup>o</sup> - Logua  
 2 - Escalera P<sup>ar</sup>al  
 3-y-3. Recibim<sup>to</sup>  
 4-y-4. Sala  
 5-y-5. Alcobas  
 6-y-6. P<sup>er</sup>ra Para Criada  
 7-y-7. Cocina  
 8-y-8. Paso para la Cocina  
 9 - Patio =

Diez y diez Henda  
 once y once - Sala  
 doce y doce - Alcobas  
 trece y trece Cocina =

Joseph Serrano

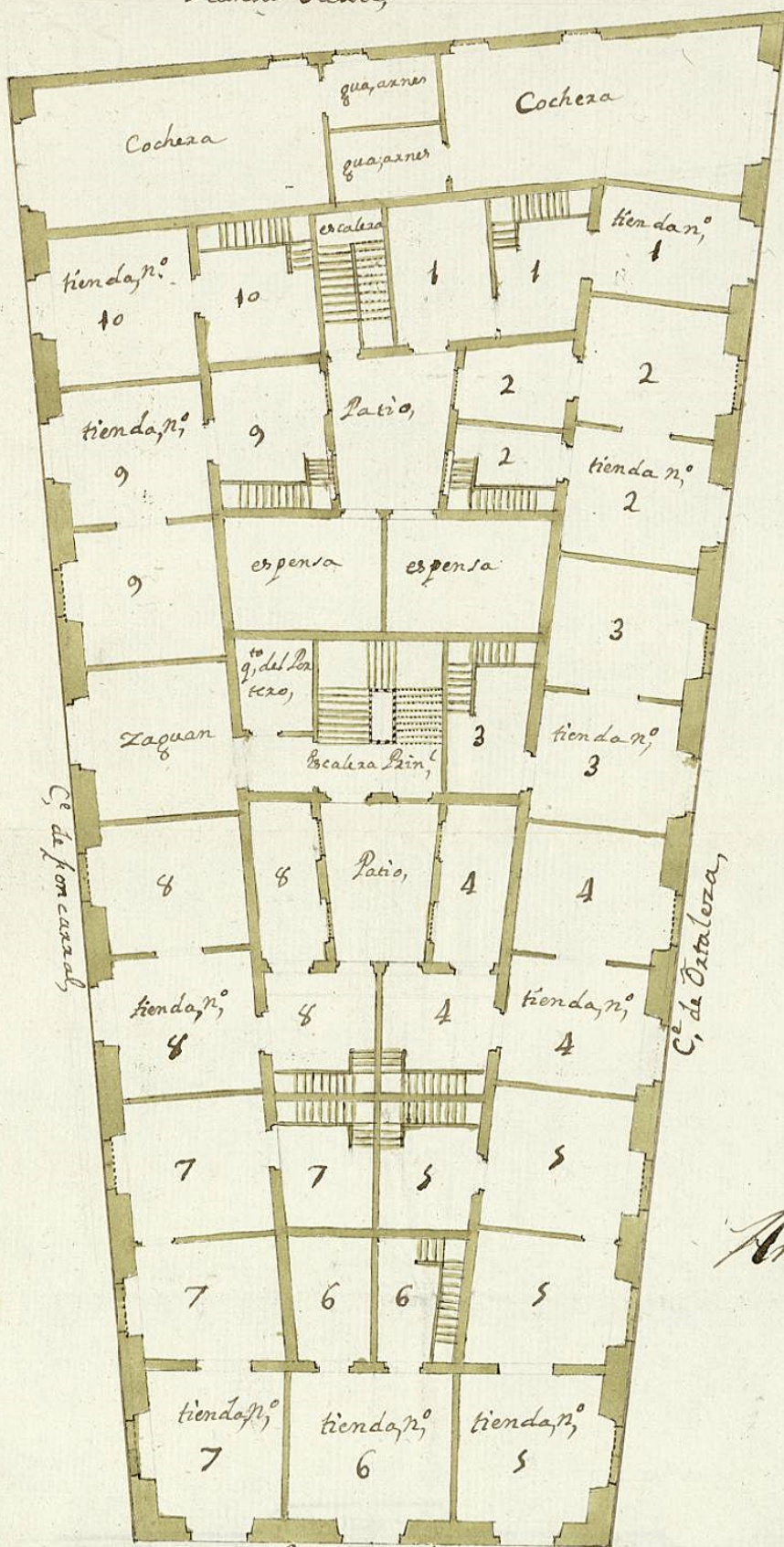
Luchado ala C<sup>a</sup> de Jesus maria  
 61 ps





Planta Vasa,

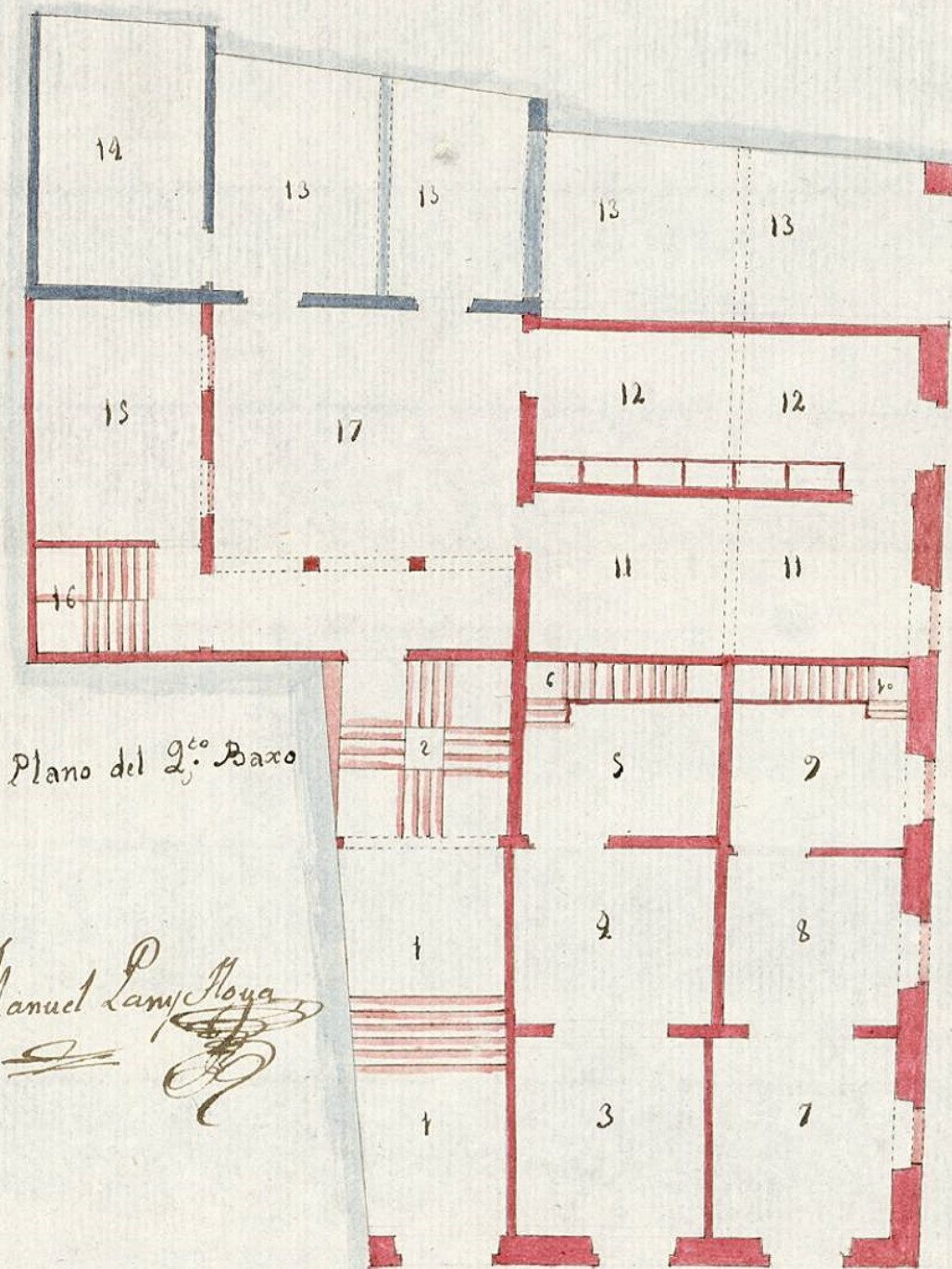
AVM. ASA.  
1-84-79



Antonio, Balcarcel

Red, de San Luis,  
60 50 40 30 20 10 12345678910 Pies,





Plano del 2.º Baxo

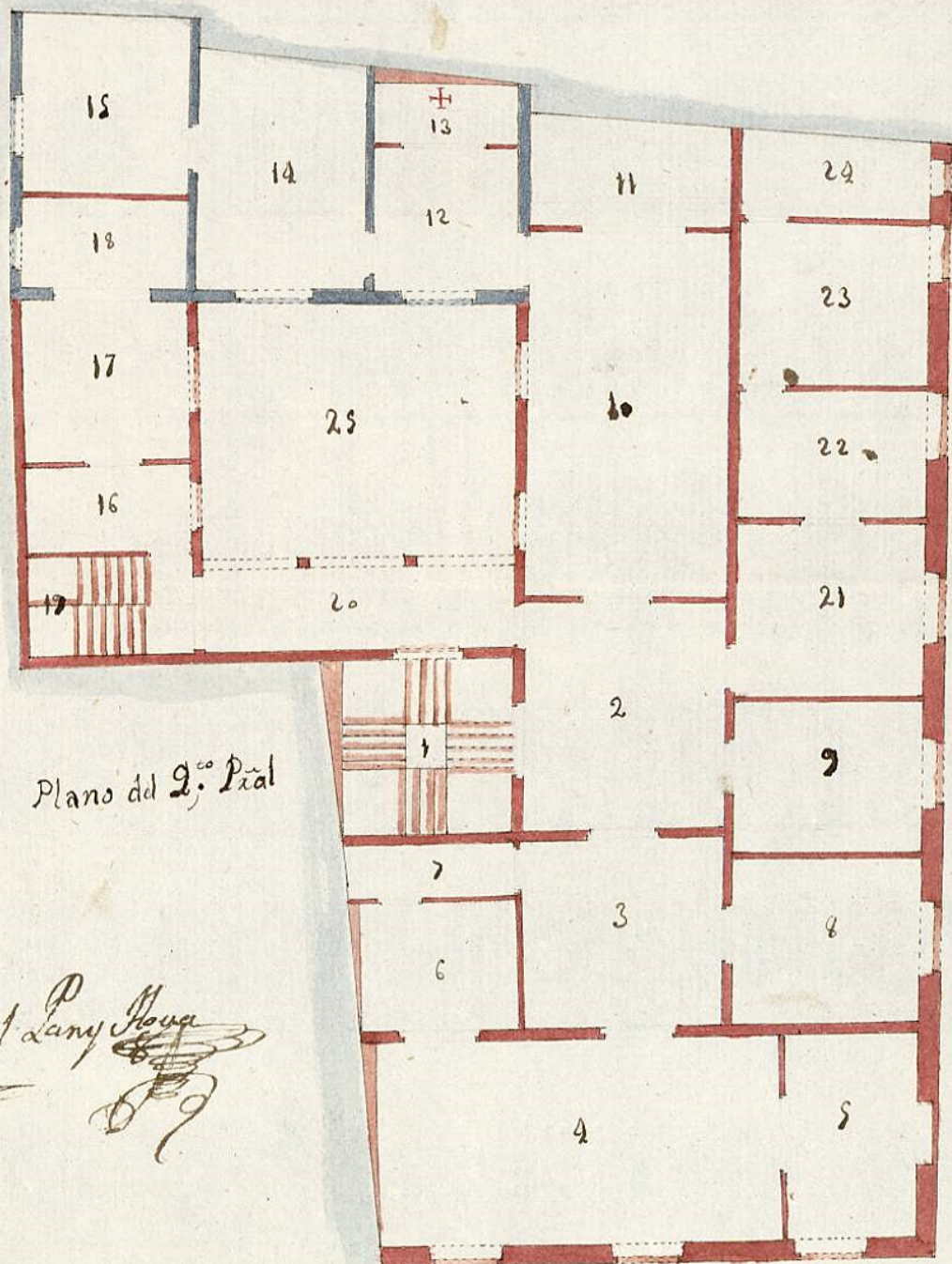
*Manuel Lamy Noya*

Calle de San Miguel.

Calle de el Clabel.







Plano del 2.º Píal

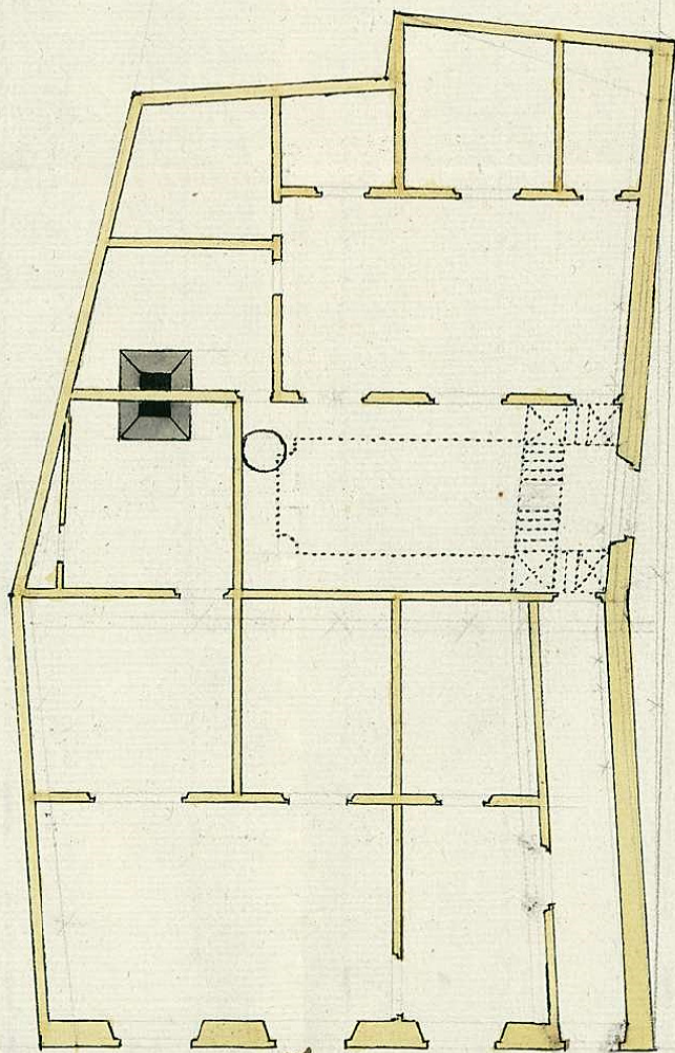
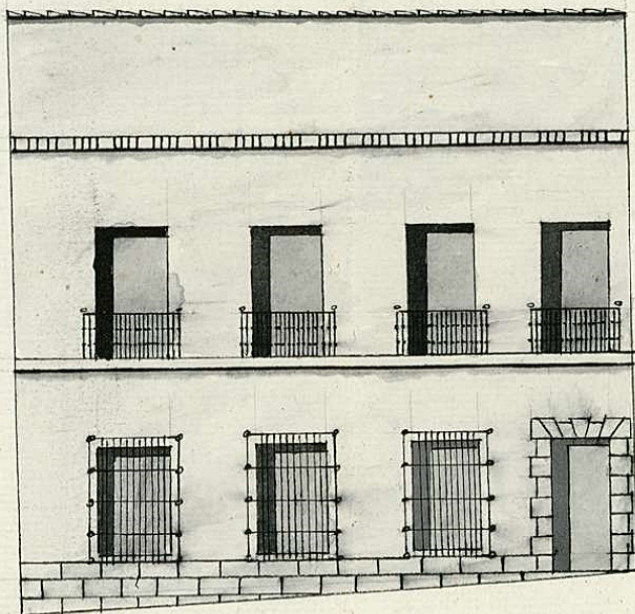
*Manuel Lany Noya*

Calle de San Miguel.

Calle de el Clabel.





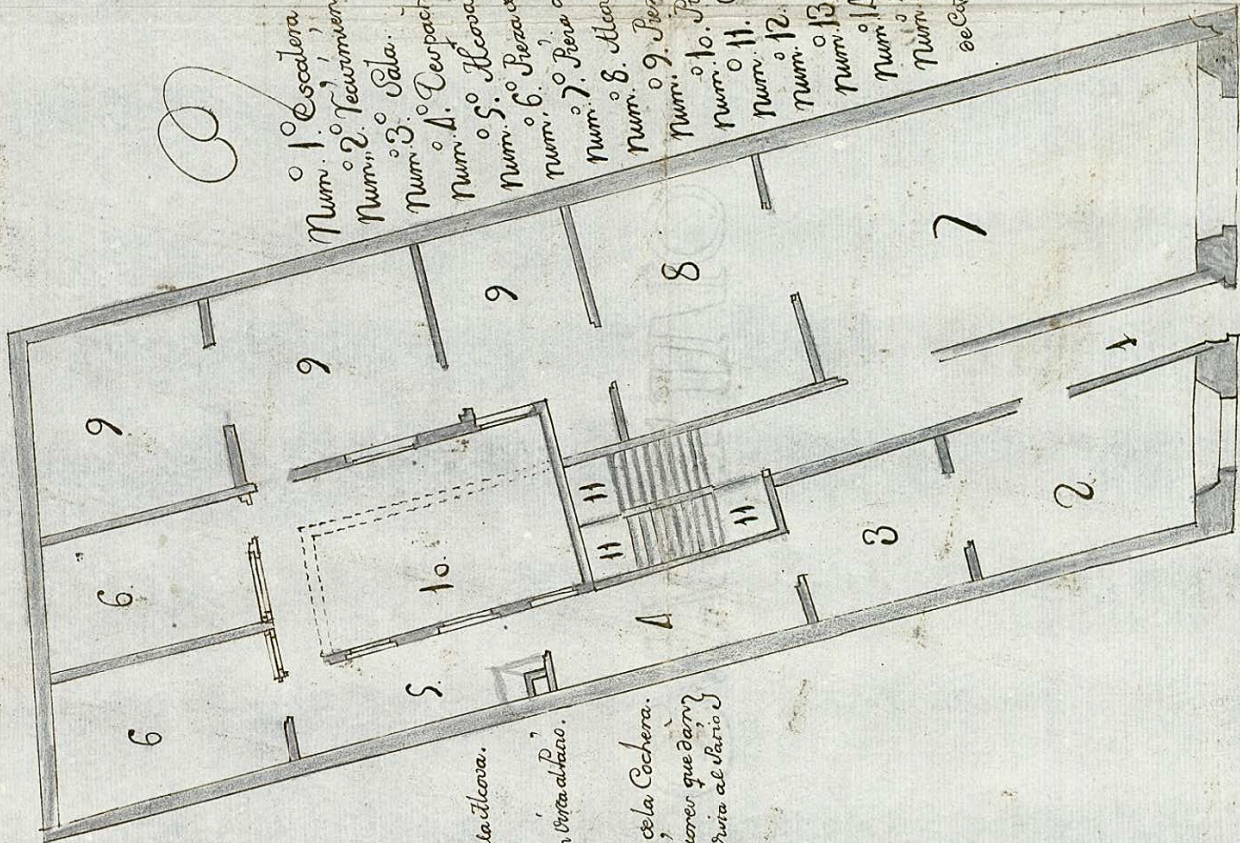


*Calle de Arganzuela:*



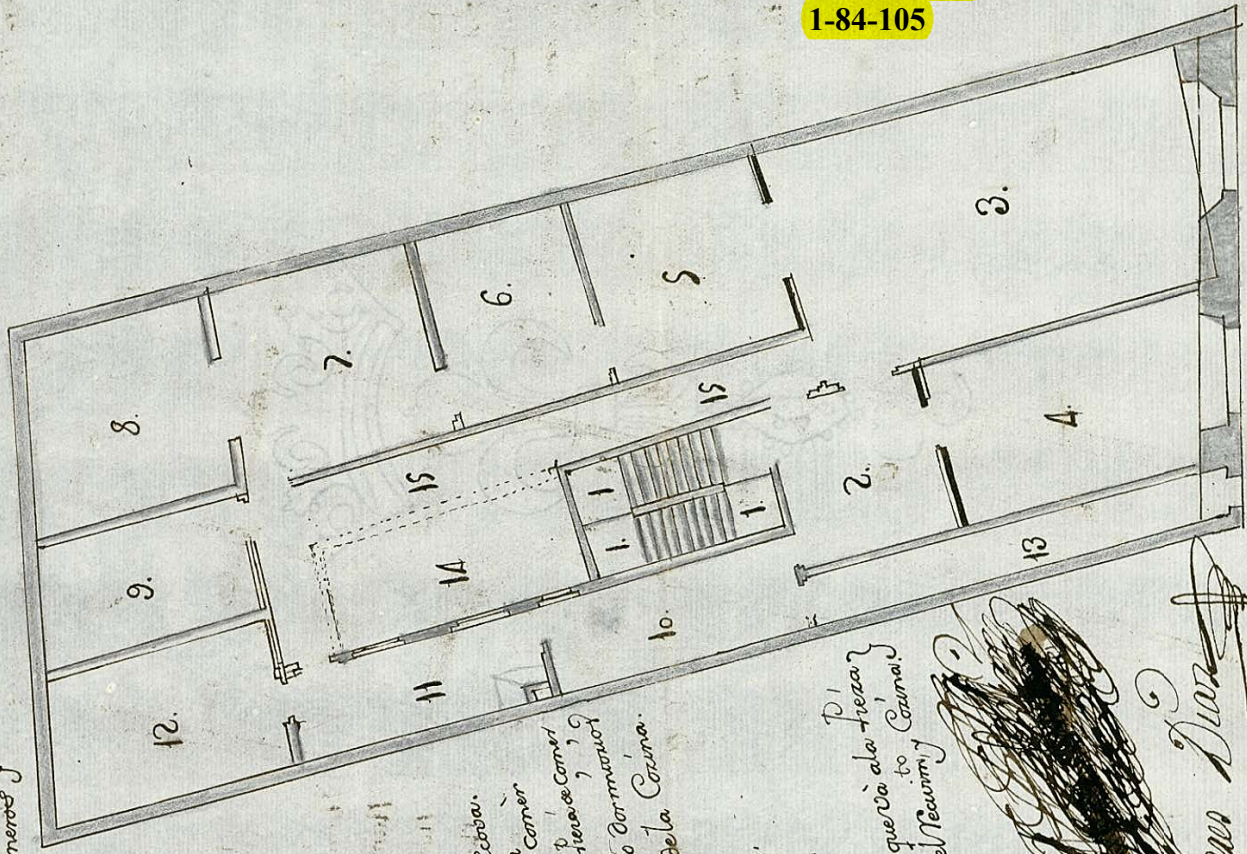
# Planta de Cuarto Vajo, distribuidas sus piezas por sus Numeros.

- Num. 1.º Zapatero.
- Num. 2.º Sala.
- Num. 3.º Alcora.
- Num. 4.º Pieza de trav de la Alcora.
- Num. 5.º Cocina.
- Num. 6.º Piezas que dan vista al patio.
- Num. 7.º Cochera.
- Num. 8.º Pieza de trav de la Cochera.
- Num. 9.º Piezas interiores que dan vista al patio.
- Num. 10.º Patio.
- Num. 11.º Escalera.



# Planta de Cuarto pral distribuido por sus Numeros.

- Num. 1.º Escalera.
- Num. 2.º Techo y miento.
- Num. 3.º Sala.
- Num. 4.º Despacho.
- Num. 5.º Alcora.
- Num. 6.º Pieza de trav de la Alcora.
- Num. 7.º Pieza amedida dia p. Comer.
- Num. 8.º Alcora, junto a la pieza de Comer.
- Num. 9.º Pieza de Cojines, o dormitorio.
- Num. 10.º Pieza antes de la Cocina.
- Num. 11.º Cocina.
- Num. 12.º Despensa.
- Num. 13.º Verdadero.
- Num. 14.º Patio.
- Num. 15.º Pavillo, que va a la Cocina.
- Num. 16.º de Comer, desde el Techo y miento.



*[Handwritten signature]*  
*[Handwritten signature]*  
 Carlos Garcia

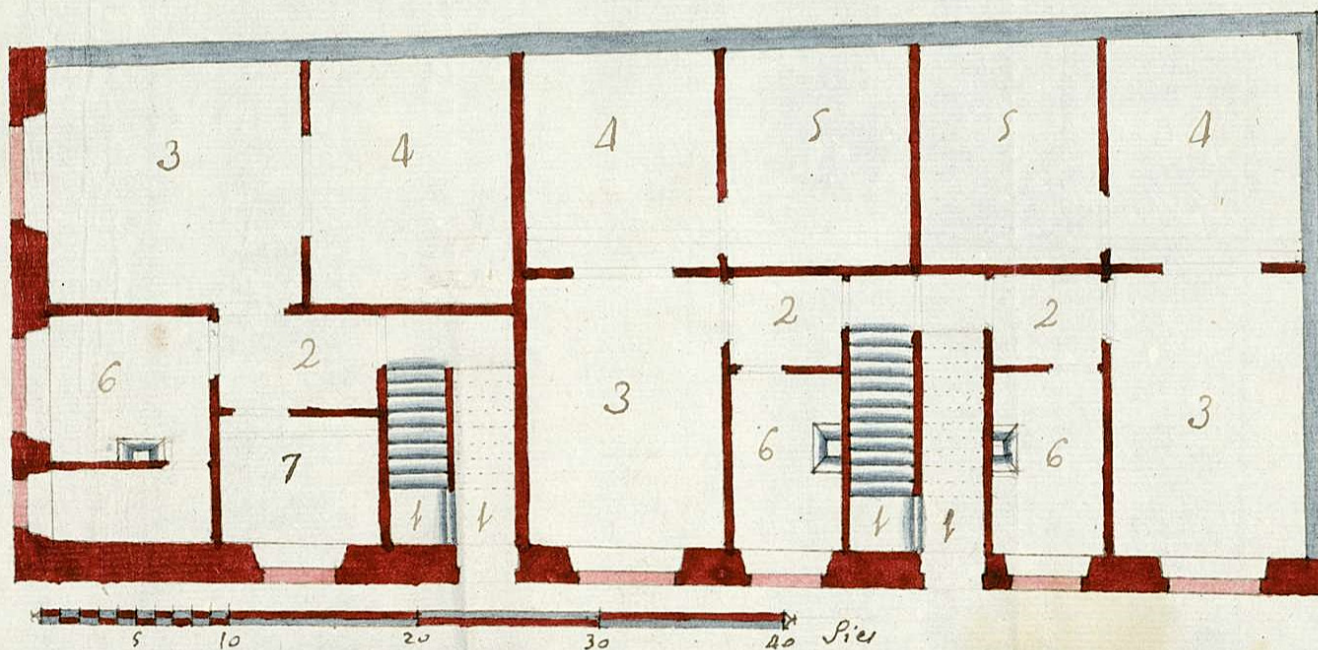




# Planta de Cuarto Pzal señaladas sus piezas y sus numeros

- N.º 1... Zapuan y Ticaleras
- N.º 2... Resivimientos.
- N.º 3... Salas
- N.º 4... Alcobas
- N.º 5... Piesas de tra de alcoba
- N.º 6... Cocina
- N.º 7... Piesas de dormitorios

Juan Llobera





Planta Perfiles y Alzado De La Obra Que Se A de Azer En las Casas Principales Del Señor D<sup>n</sup> Agustin D Aldecoa En la Calle La Grada I la D Alcala Repartida Por Esta En Dos Cuartos Bafos, Dos Principales y Se Pareziere Conbeniente Dos Segundos y Por La dila Grada Dos Bafos y dos Principales Dlineada por Pablo D Torres Aprobada Por Fra<sup>n</sup>co D S<sup>to</sup> Domingo Religioso Delamisma Or den y D<sup>n</sup> Fran<sup>co</sup> Moradillo Arquitectos En Esta Corte Con Asistencia Delos Señores D<sup>n</sup> Miguel Cias con yriarte, y D<sup>n</sup> Fran<sup>co</sup> Martin De Iarizqui:

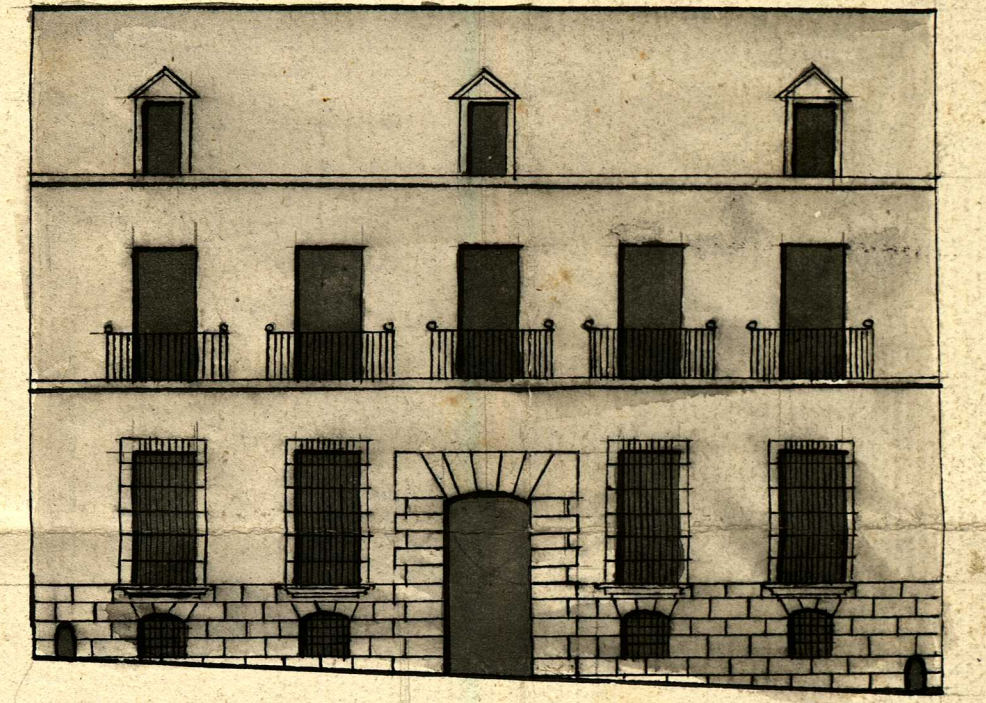
- Explicacion Delamitad Del Quarto Pm<sup>l</sup>  
Correspondiente Ala Calle De Alcala;  
y Respectibe La otramitad:
- 1. Escalera:
  - 2. Rezamiento
  - 3. Sala:
  - 4. Alcobá:
  - 5. Retrete:
  - 6. Otro Rezamiento:
  - 7. Pisas de paso:
  - 8. Dormitorio:
  - 9. Despacho:
  - 10. Patio:
  - 11. Piza de Comer:
  - 12. Dispensa:
  - 13. Cocina:
  - 14. Piza de labor:
  - 15. Passos: De bortedos:

- Explicacion Dela Abitazion Del guro  
Bafos De la Calle De la Grada Abita  
do Por el Duño Al presente:
- 1. Zagua:
  - 2. Escalera:
  - 3. Entrada de Despacho y despacho:
  - 4. Pizas para Despacho:
  - 5. Pizas Para la Caja:
  - 6. Patio:
  - 7. Pouto de Agua:

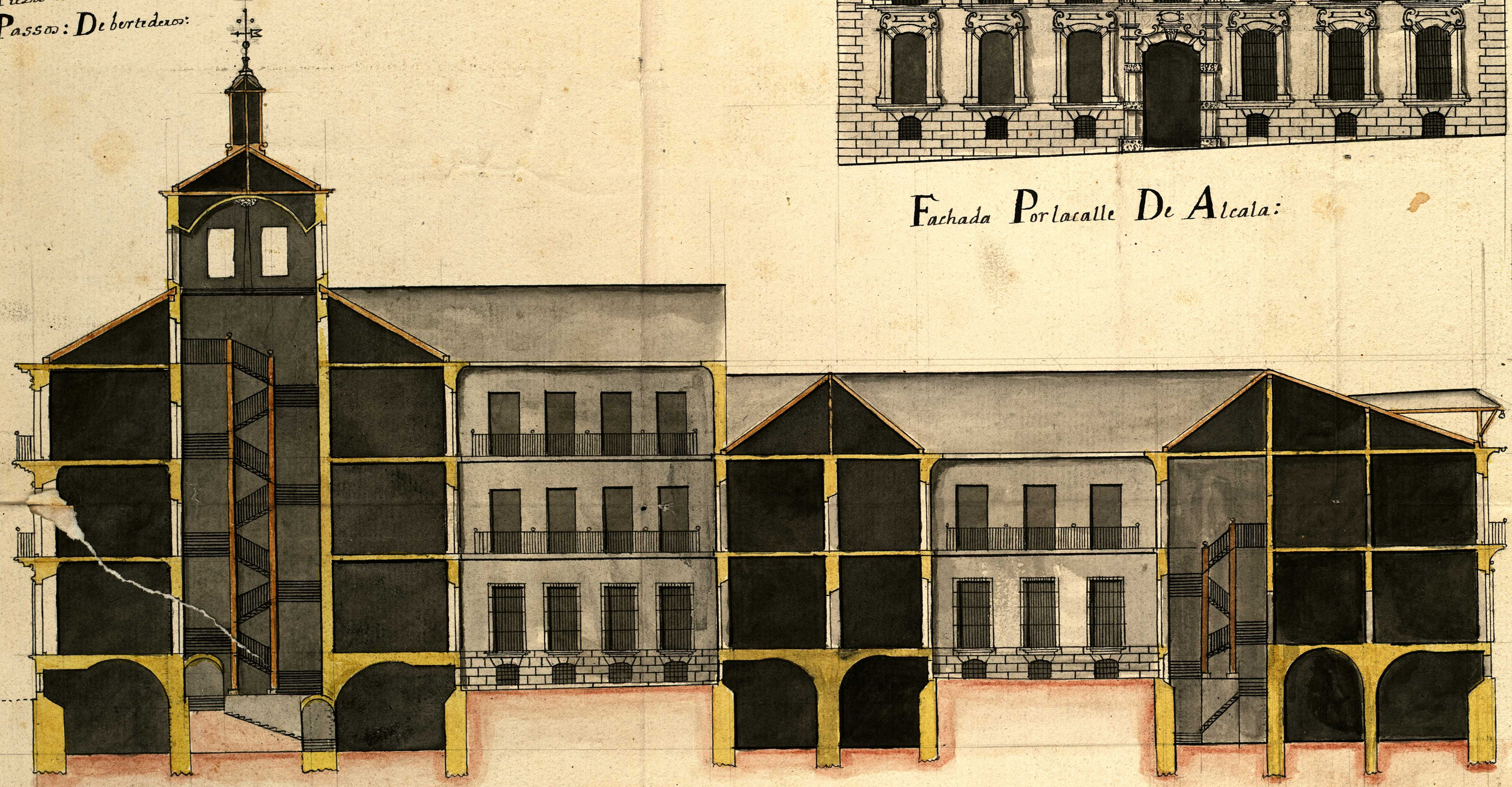
Todo lo Restante Enplanta Baja y  
Alta Para abitaciones:



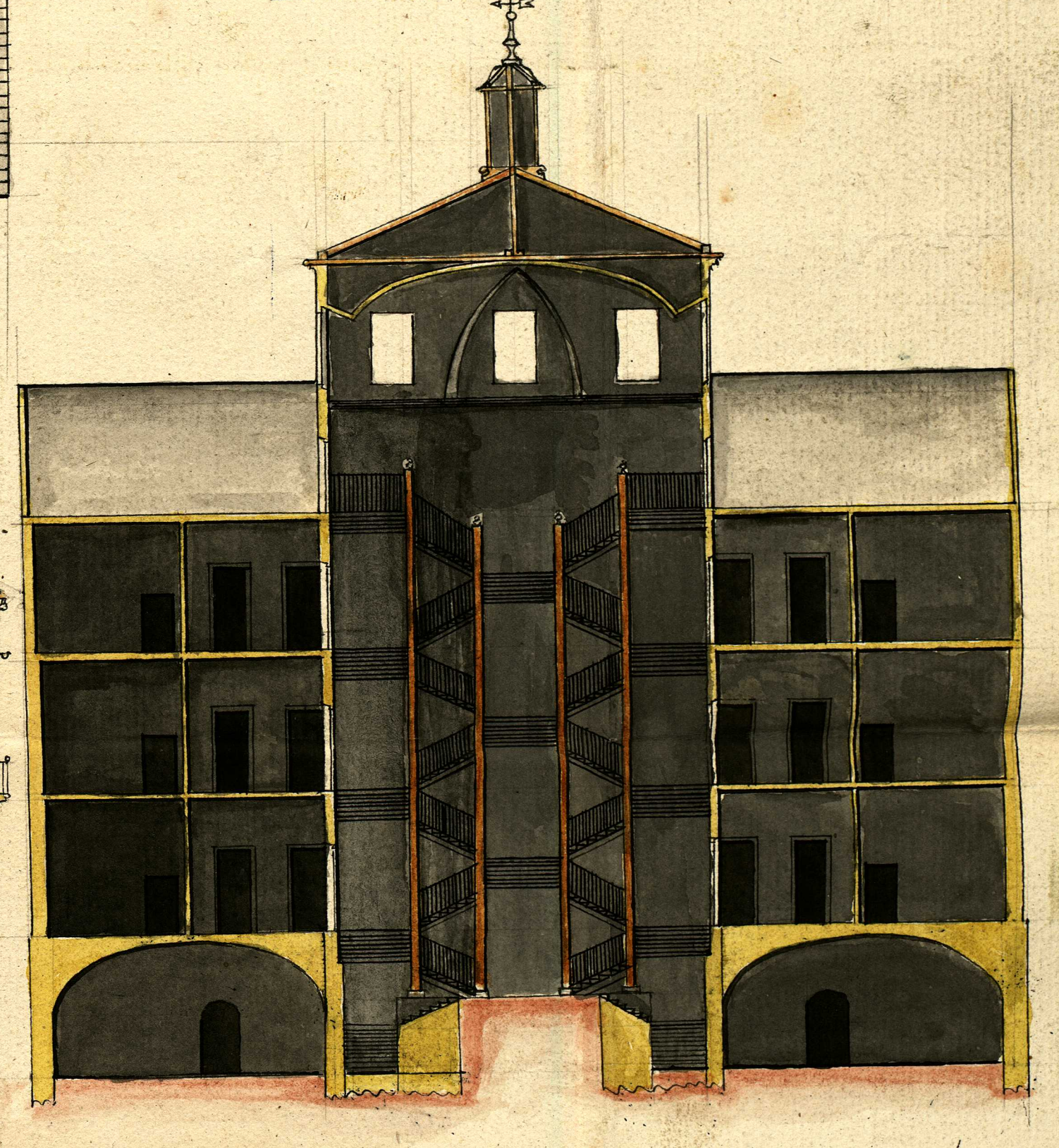
Fachada Por la calle De Alcala:



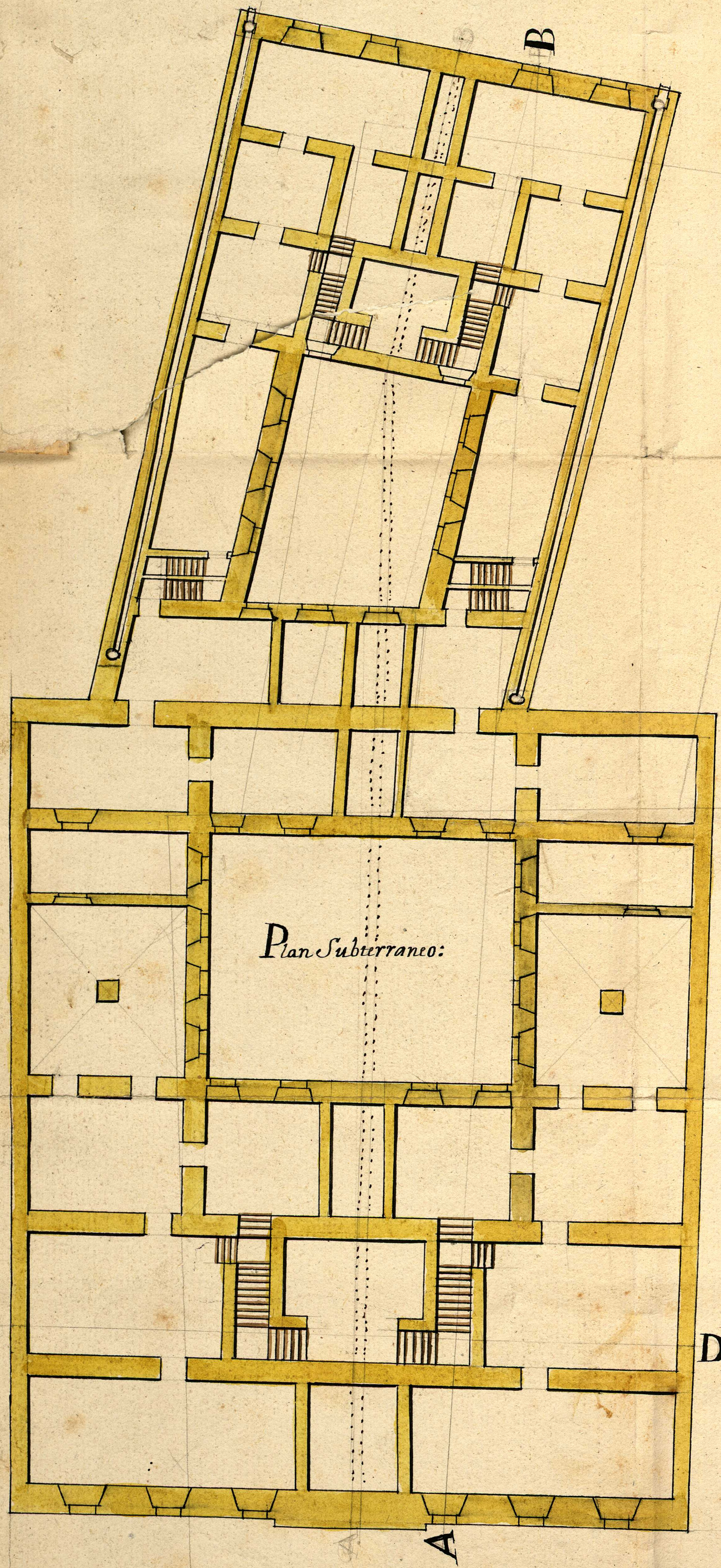
Fachada Por la Calle De la Grada:



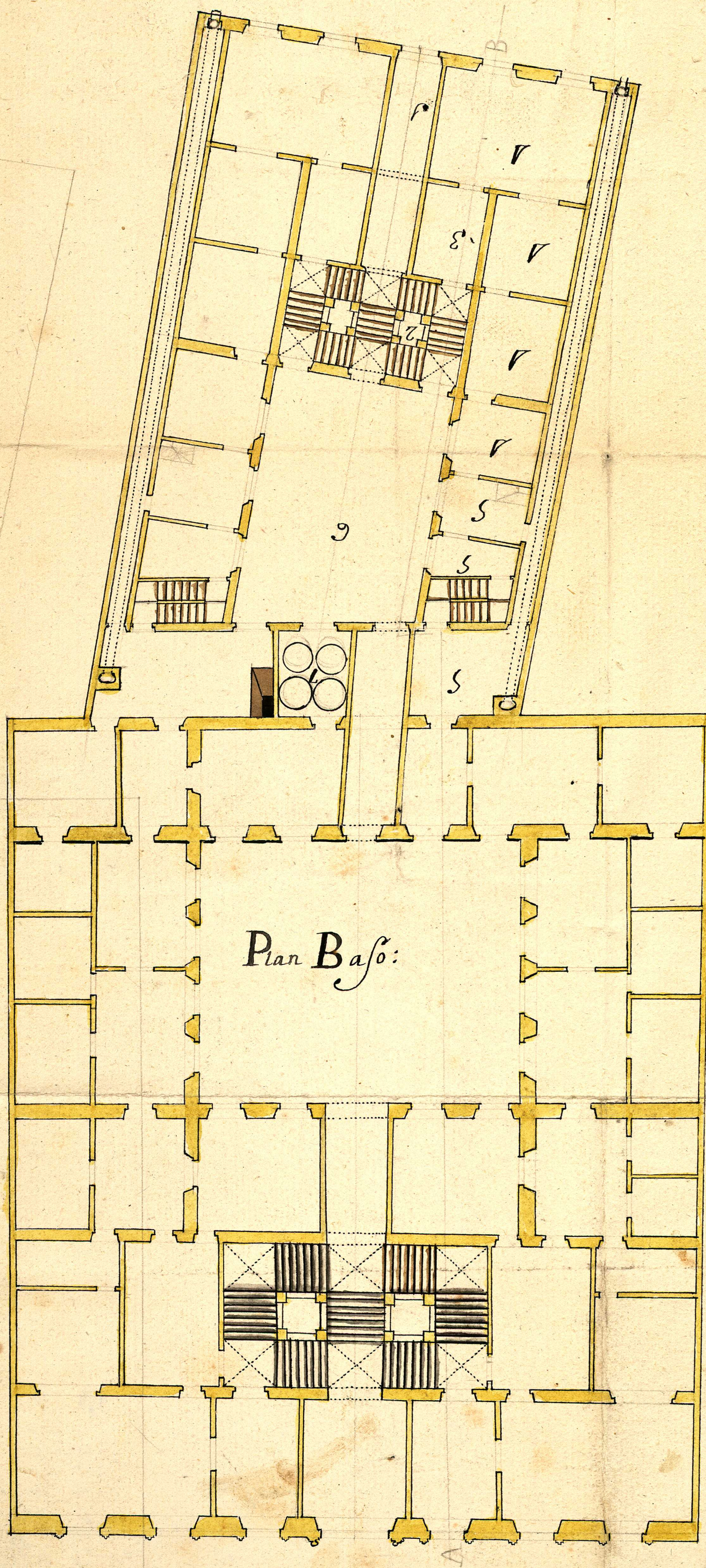
Perfil Que Corta Por Las Letras A. B.



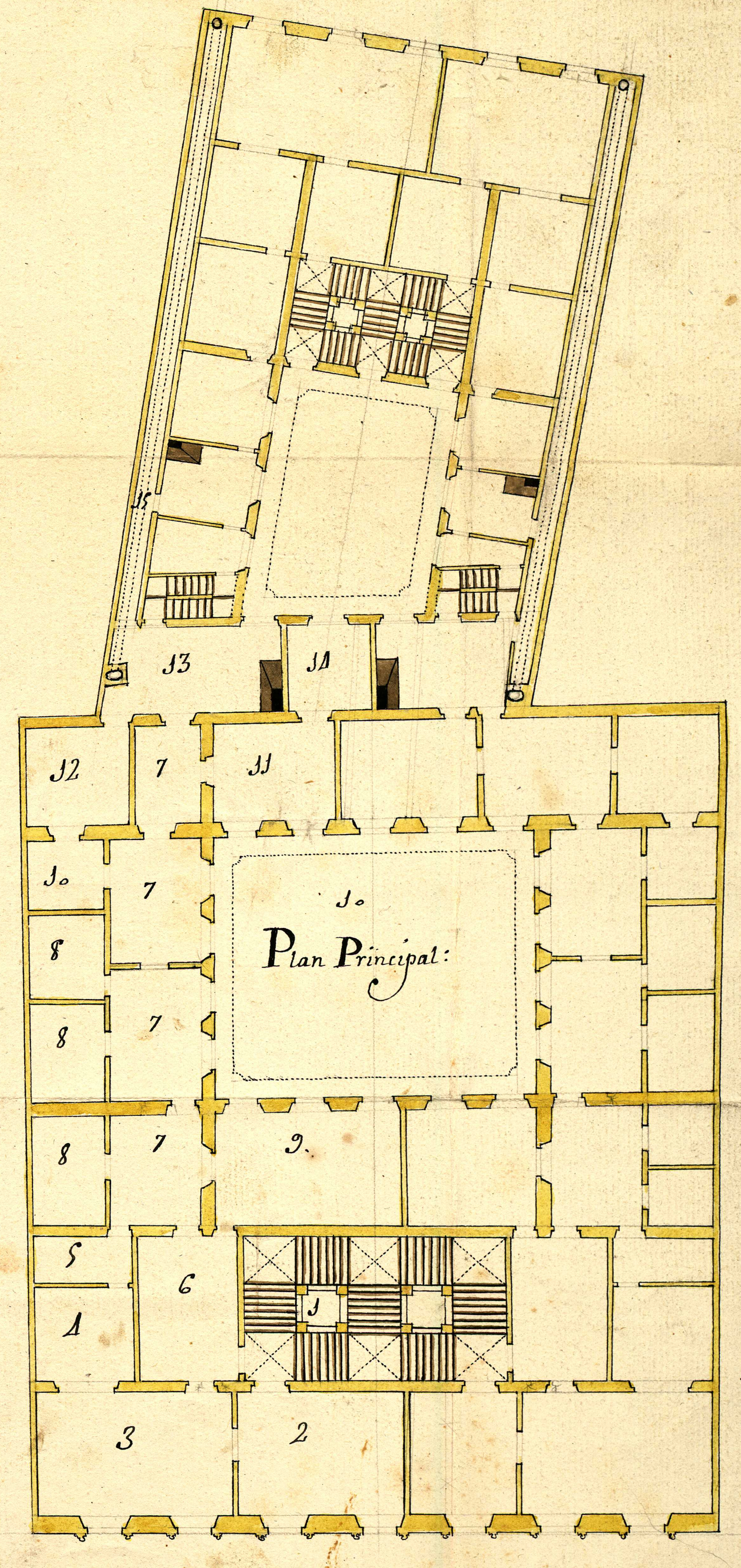
Perfil Que Corta Por Las Letras C. D.



Plan Subterraneo:

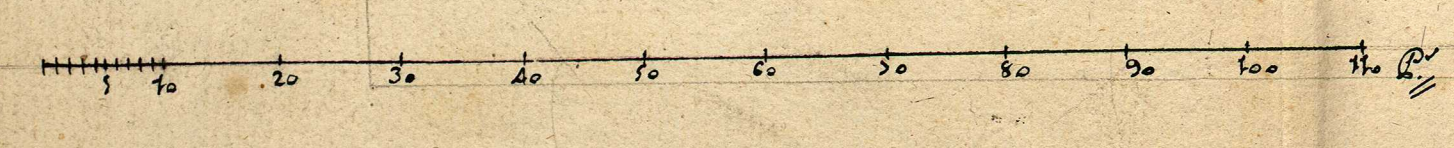


Plan Bafos:

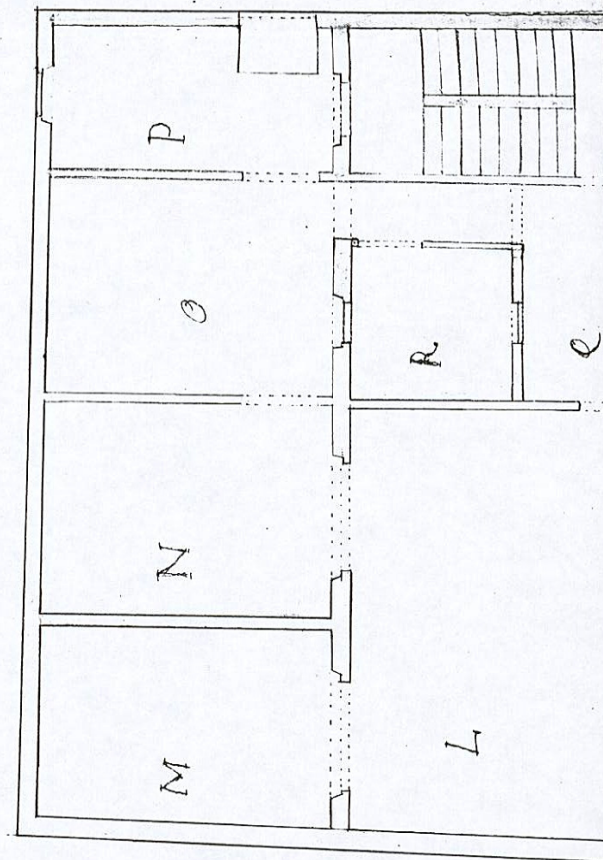
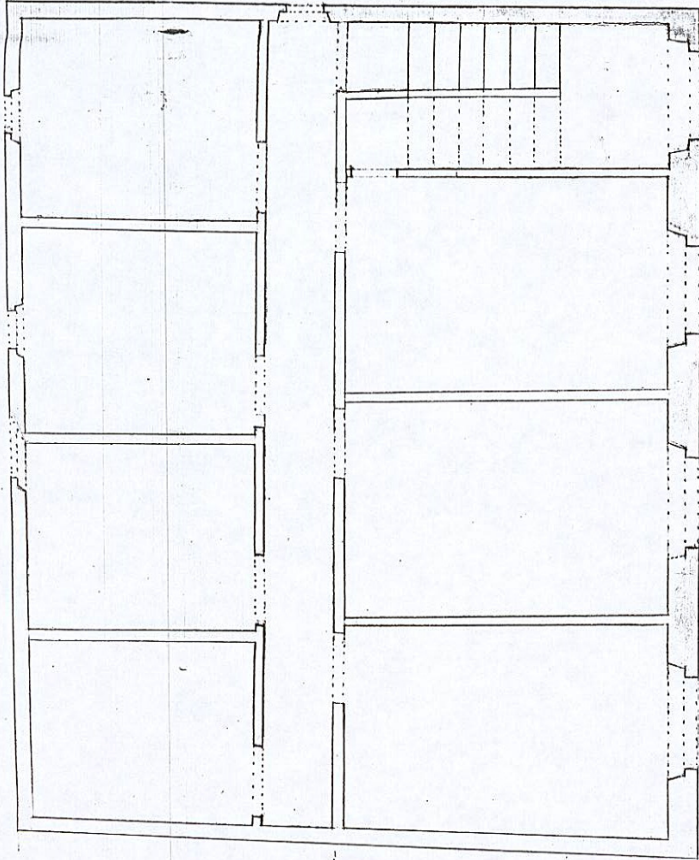
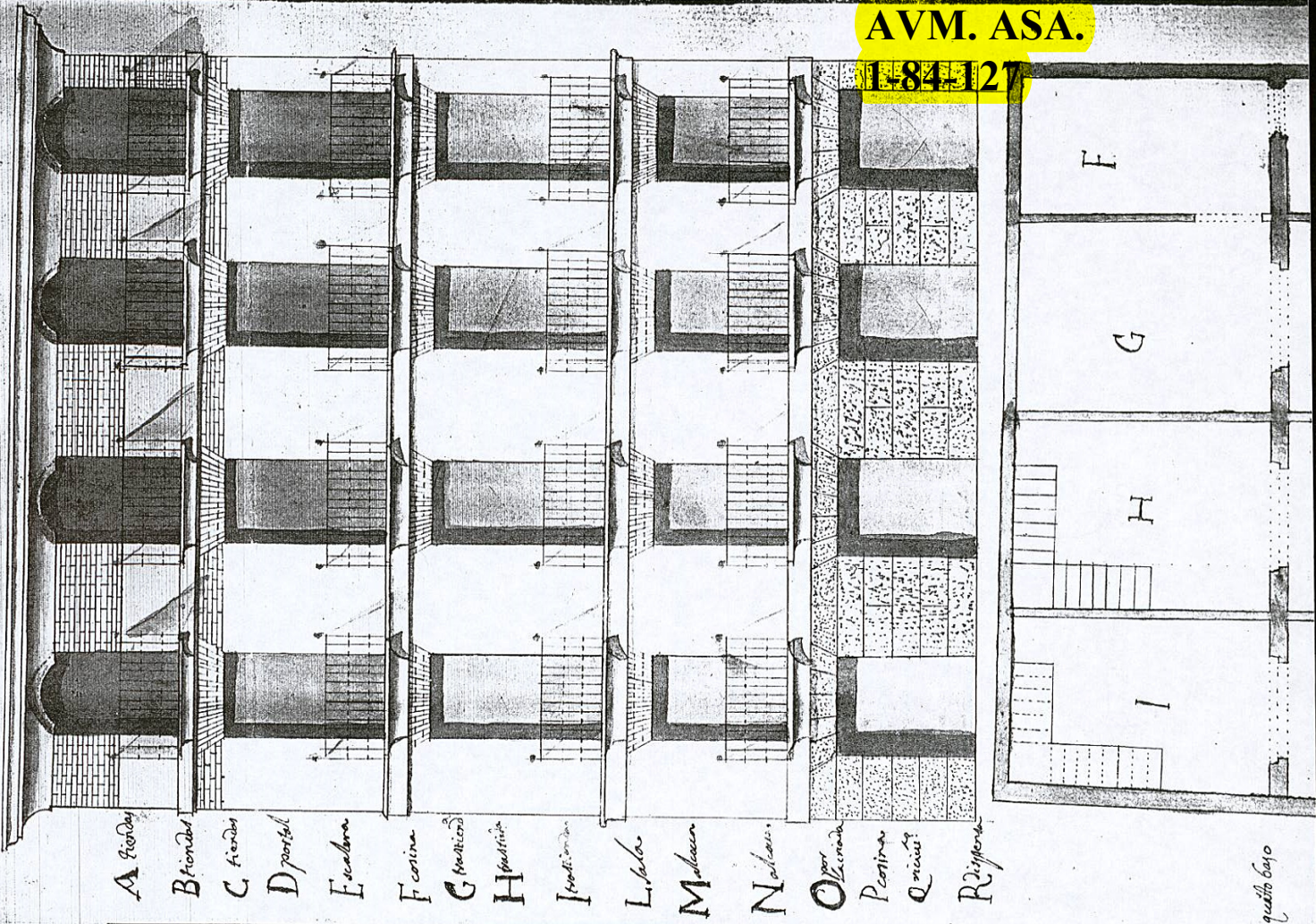


Plan Principal:

Calle D Alcala:



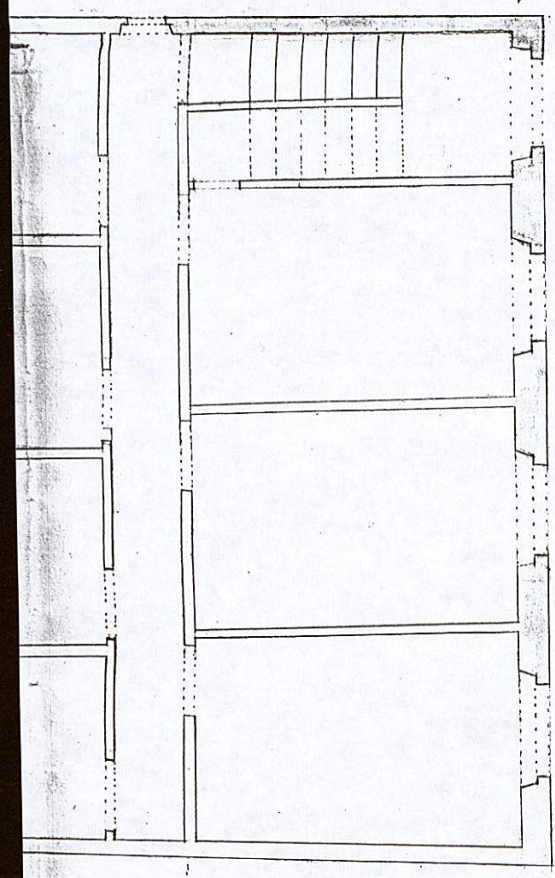




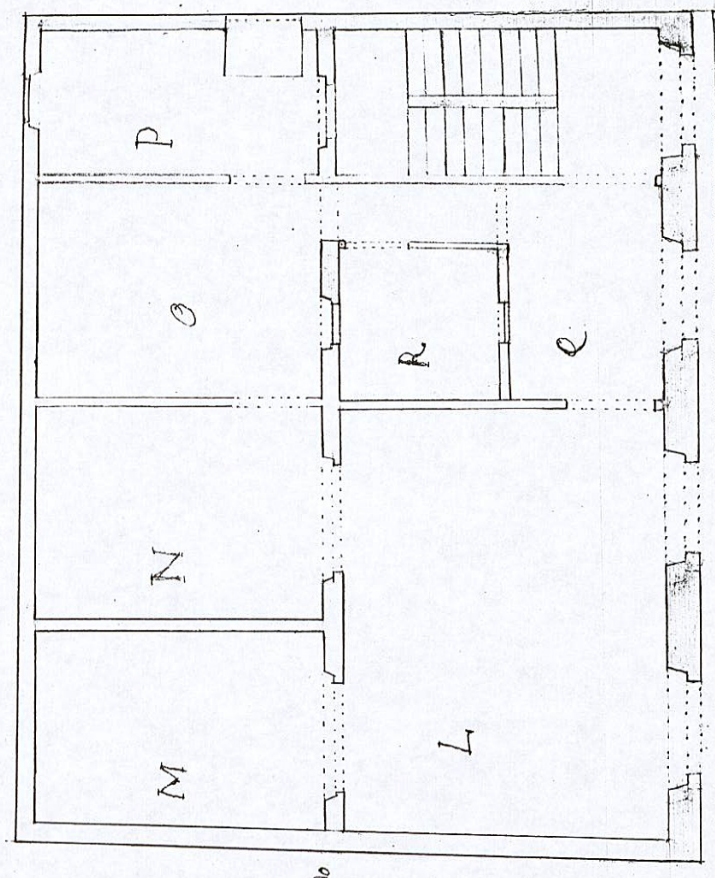


AVM. ASA.  
1-84-127

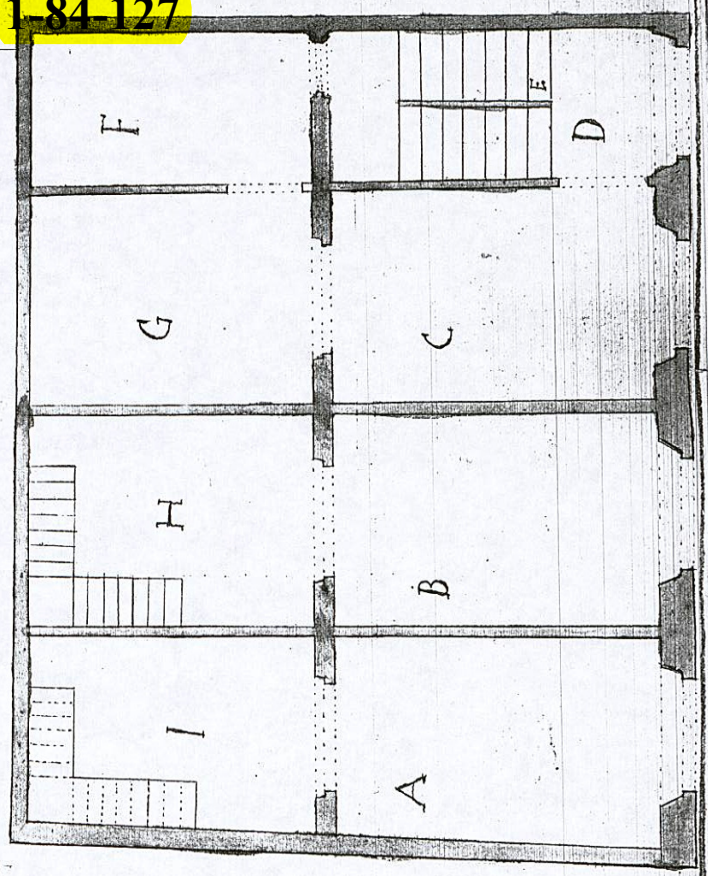
D portal  
E escalera  
F cocina  
G lavadero  
H pastiche  
I vestibulo  
L sala  
M salita  
N alcoba  
O Ollena  
P pasillo  
Q nicho  
R Ripera



tercer piso



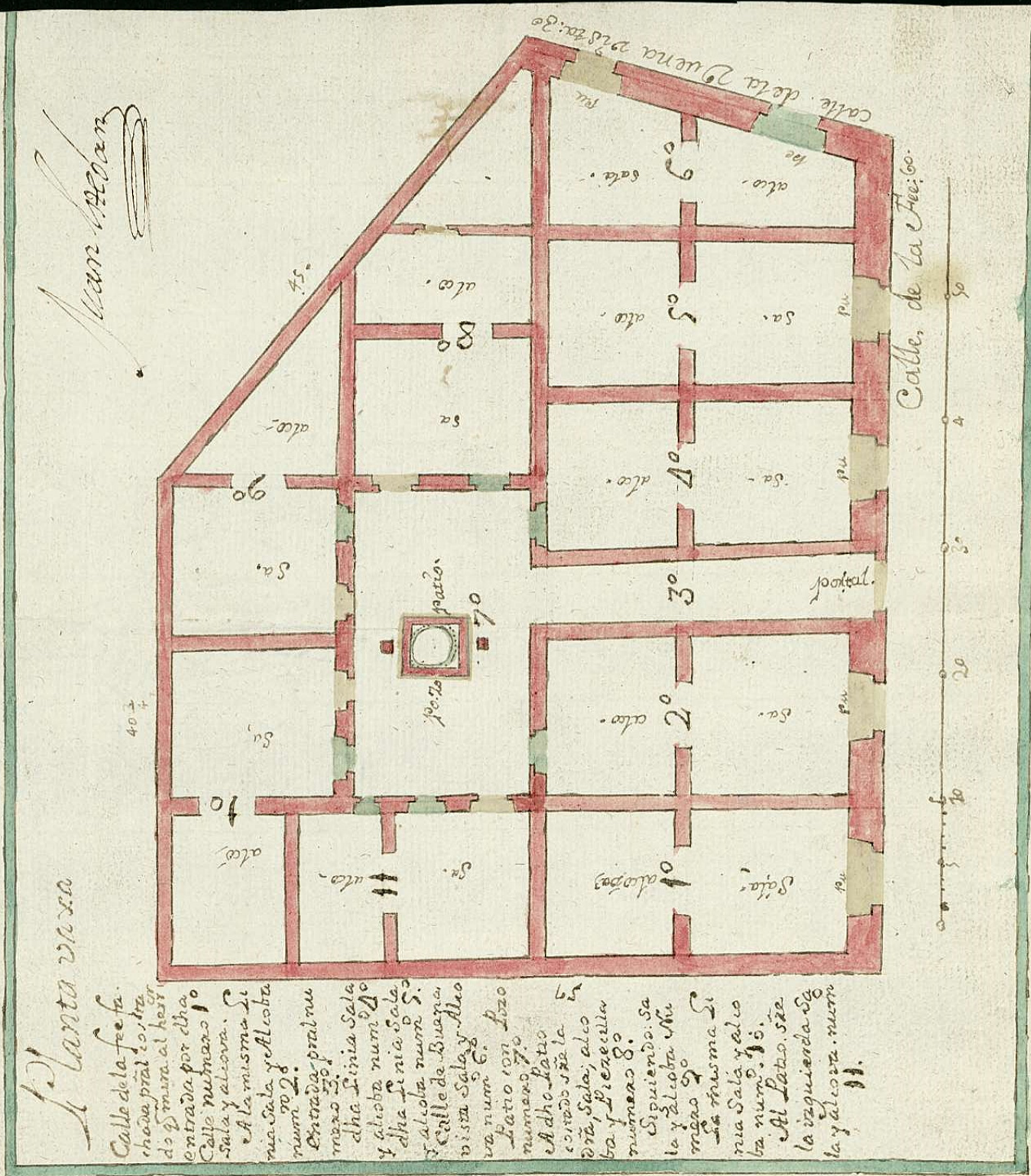
primer y segundo piso



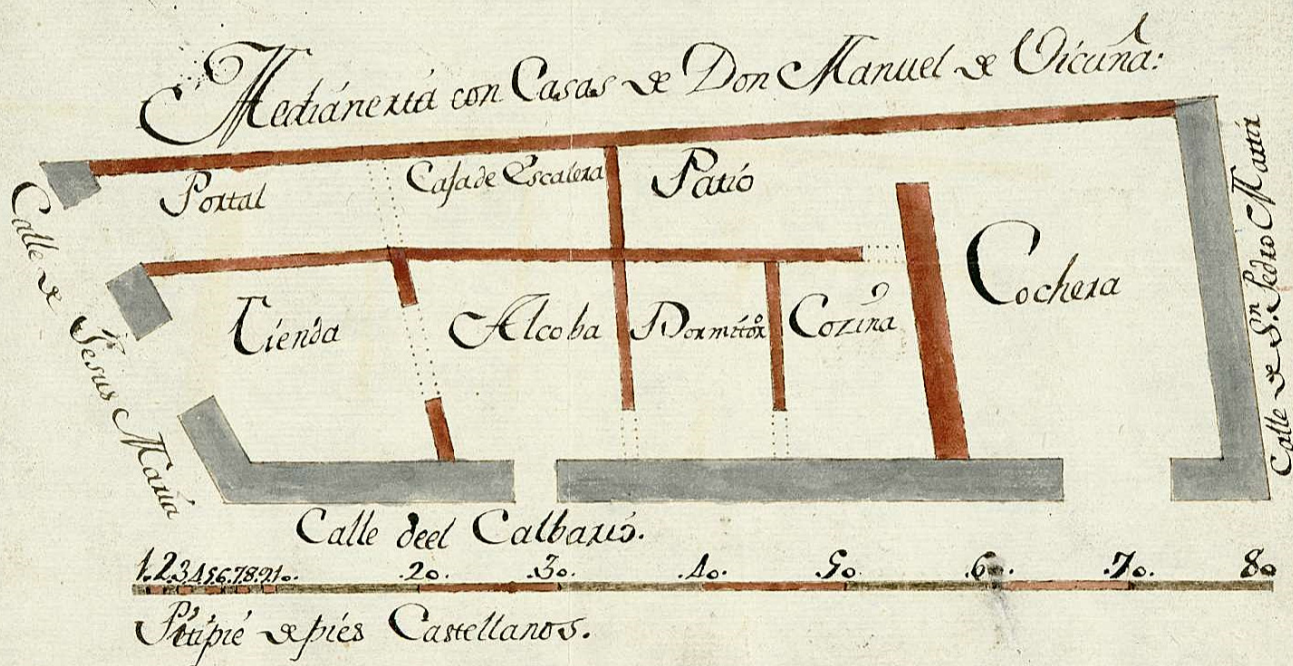
piso bajo

pies castellanos 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100  
Don M<sup>te</sup>. Camerino de Espinosa  
Santiago Curato

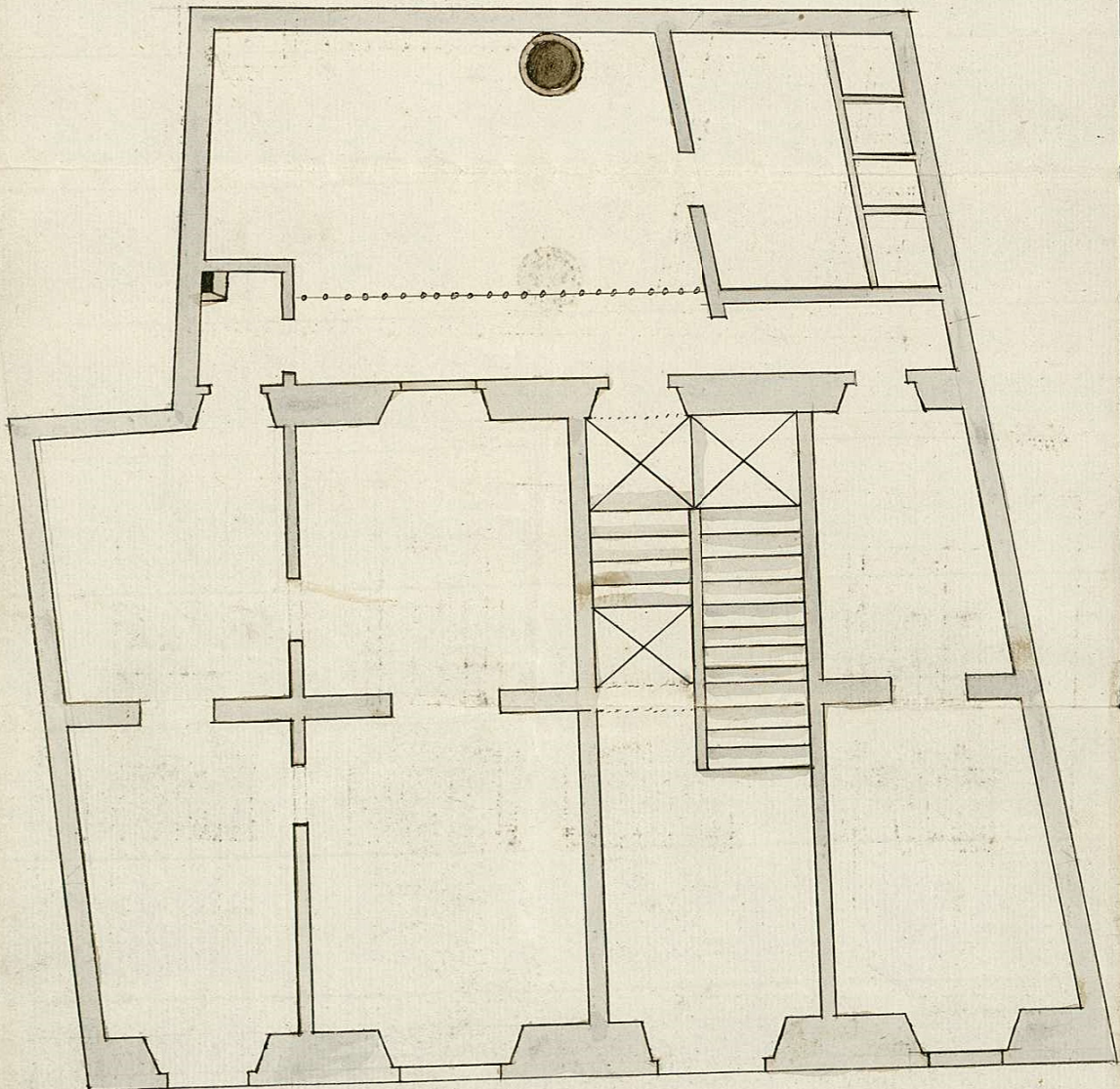






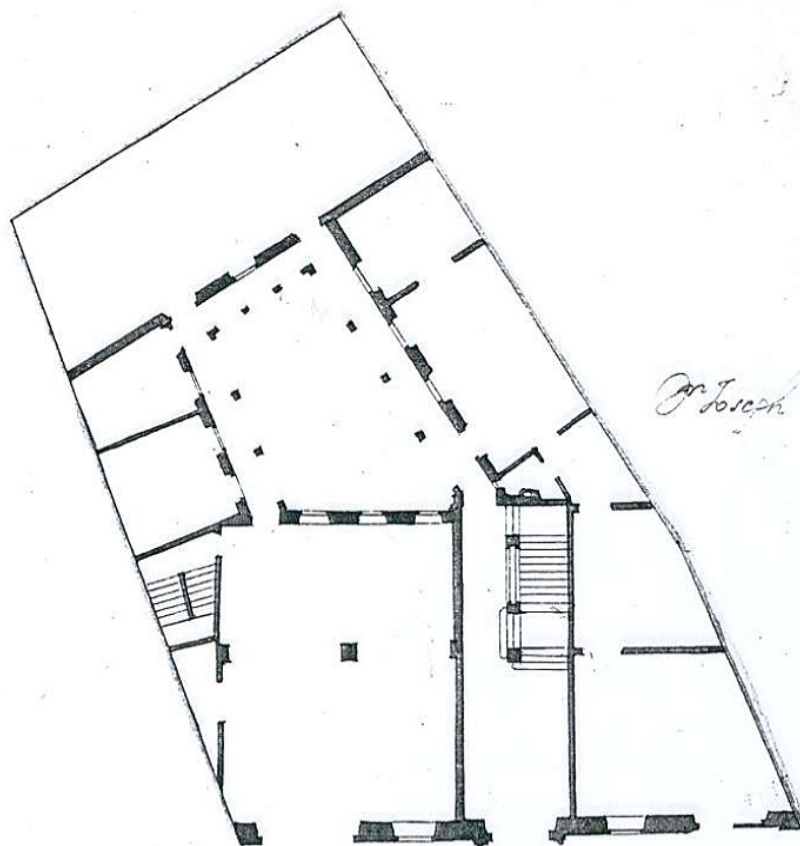
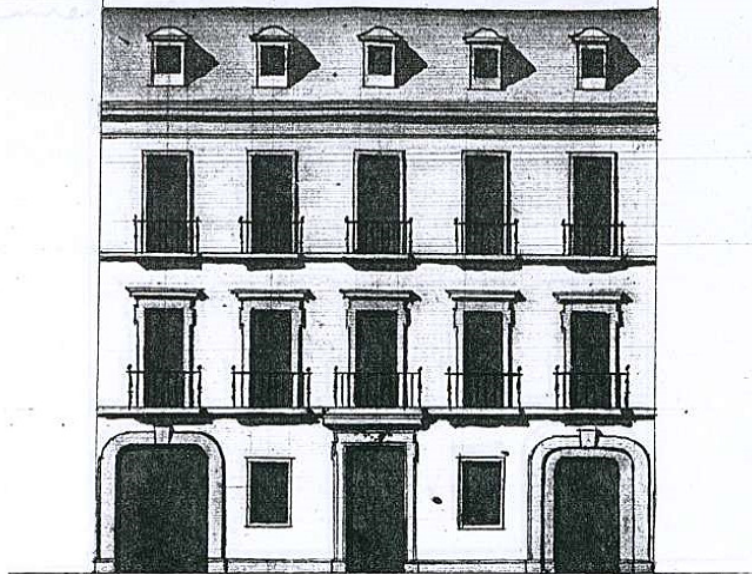




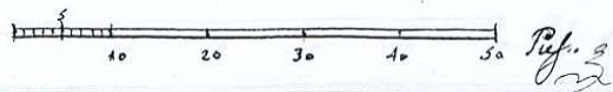




AVM. ASA.  
1-85-27



*Dr Joseph & Hermola*  
*1827*





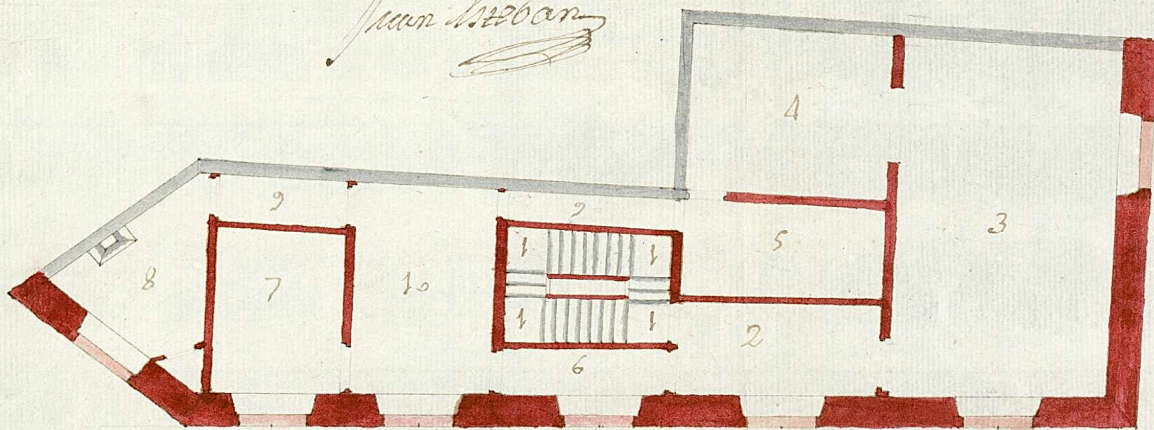
AVM. ASA.  
1-85-50



Alzado de la fachada que mira al mediodía

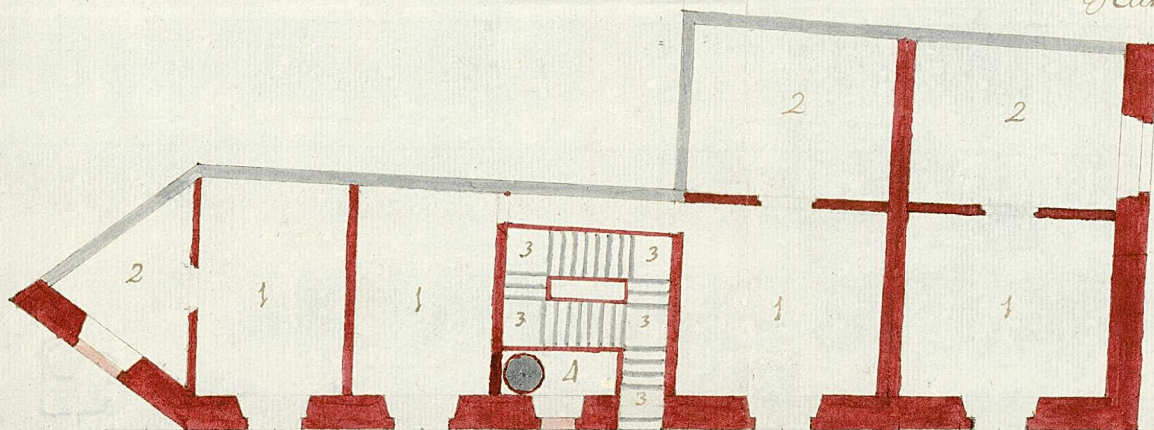
*Juan Lobón*

Planta de quarto Pral señaladas sus  
puertas por sus Numeros



- Nº. 1... Escalera
- Nº. 2... Bañimiento
- Nº. 3... Sala
- Nº. 4... Alcoba
- Nº. 5... Pieza dormitorio de niñas
- Nº. 6... Paso que va desde el Tegu  
miendo al pieza de Comer
- Nº. 7... Pieza de dormitorio
- Nº. 8... Cocina
- Nº. 9... Paso q' va ala Cocina  
Sala Alcoba por el tra  
Ala Escalera
- Nº. 10... Pieza de comer

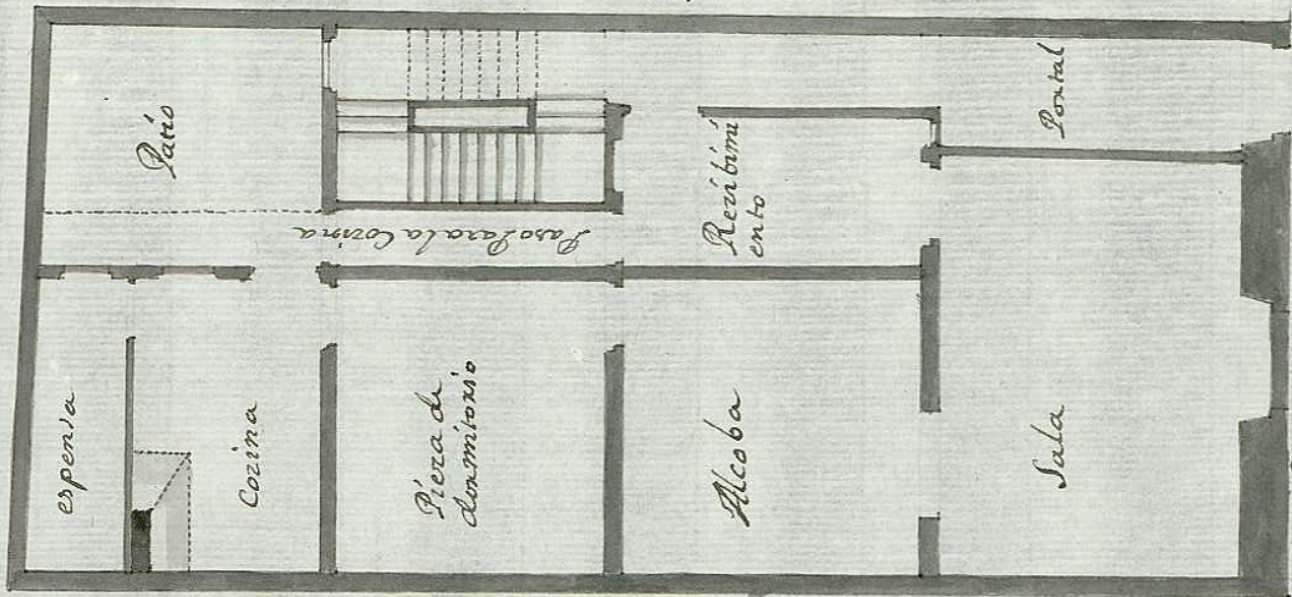
Planta de tiendas señaladas  
sus Numeros



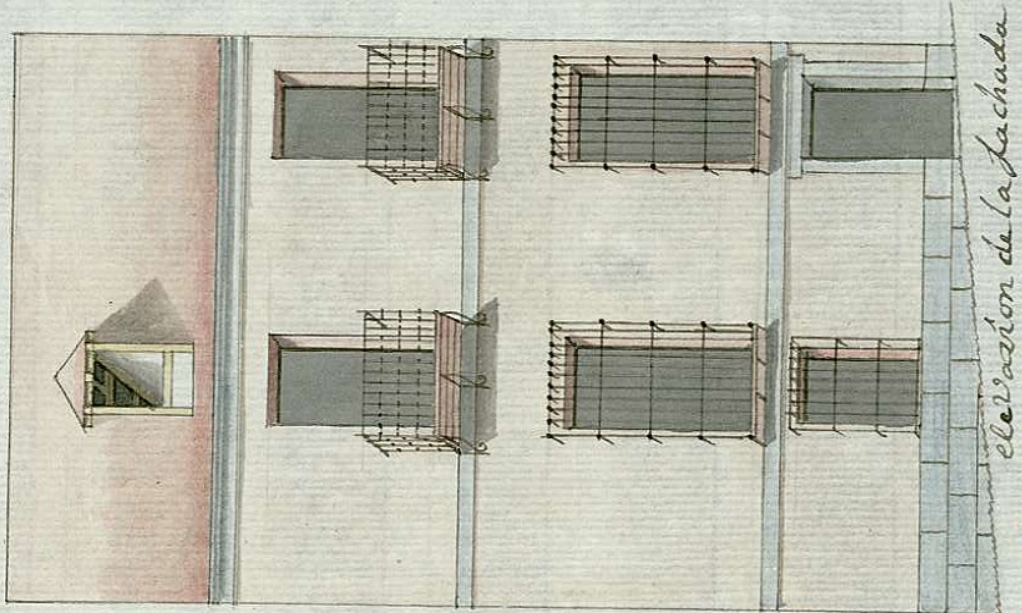
- Nº. 1... tiendas
- Nº. 2... trashedas
- Nº. 3... Entrada Alacua D
- Nº. 4... Paso



Planta. 2.ª Elevación de la fachada que se pretende construir sobre el  
sitio, literal, propio de el Sr. Don Gonzalo. Vitudo de Mendoza; Si  
to en la Calle de Atocha



Balcón



40 Pies

30

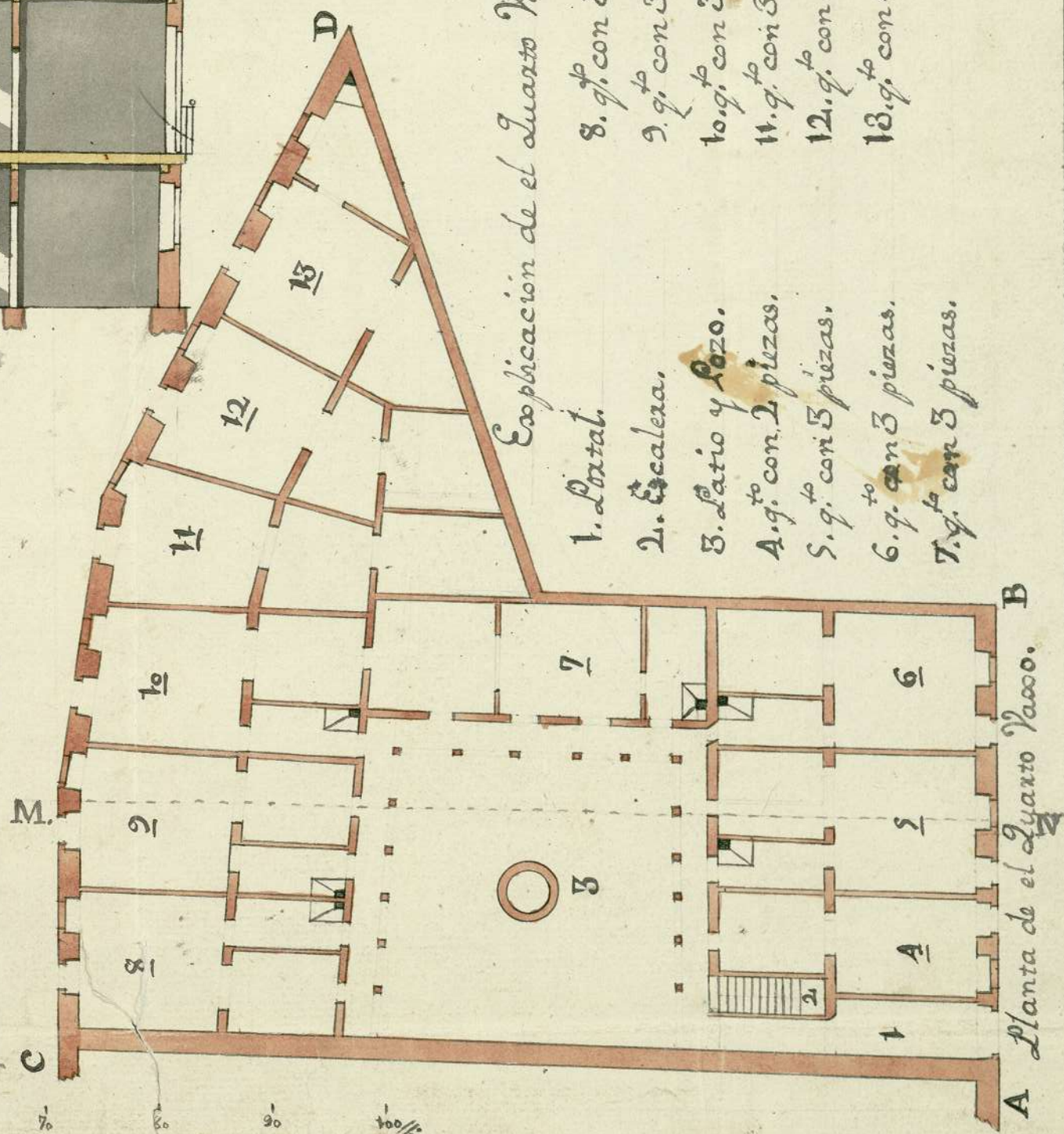
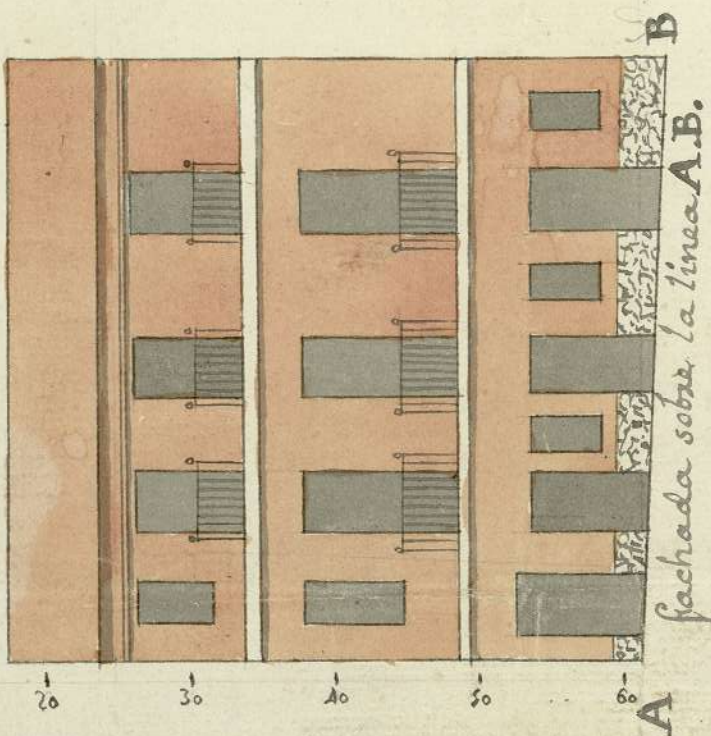
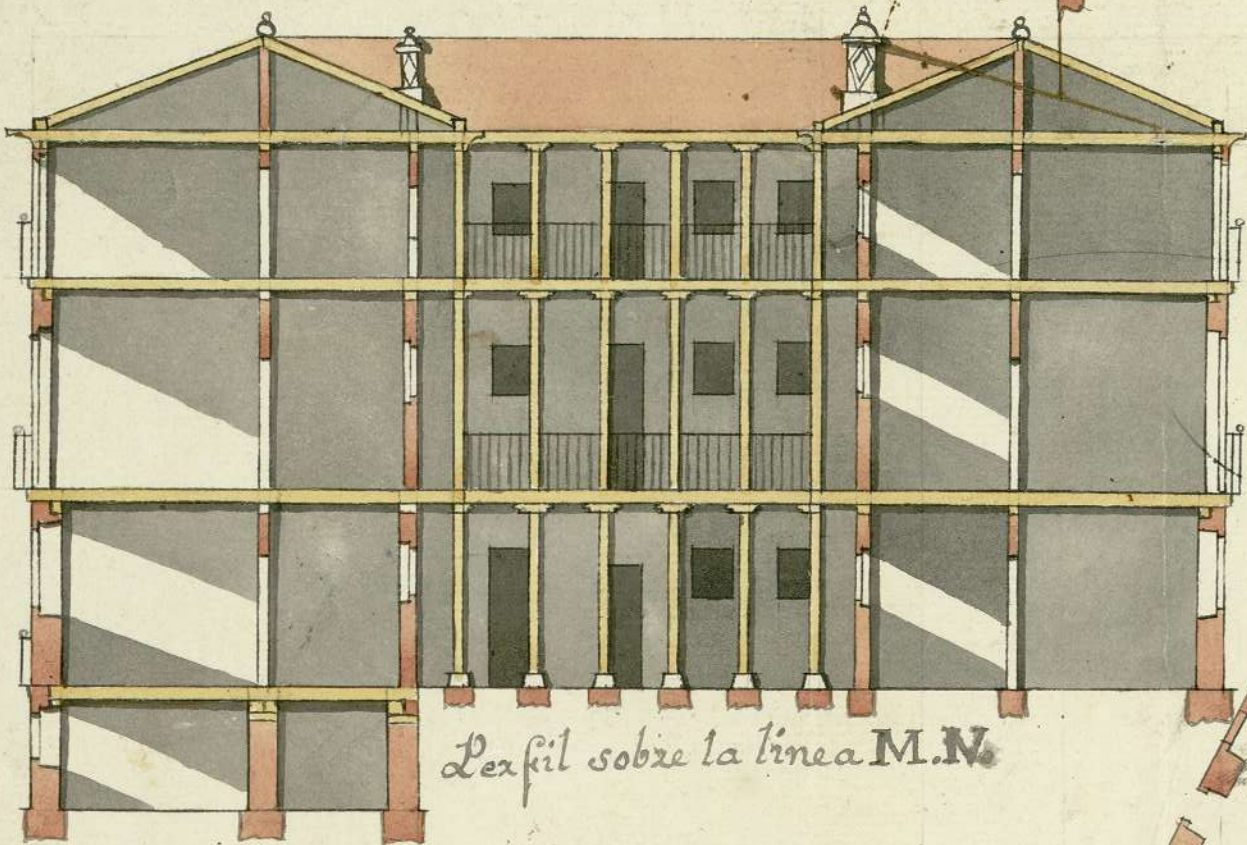
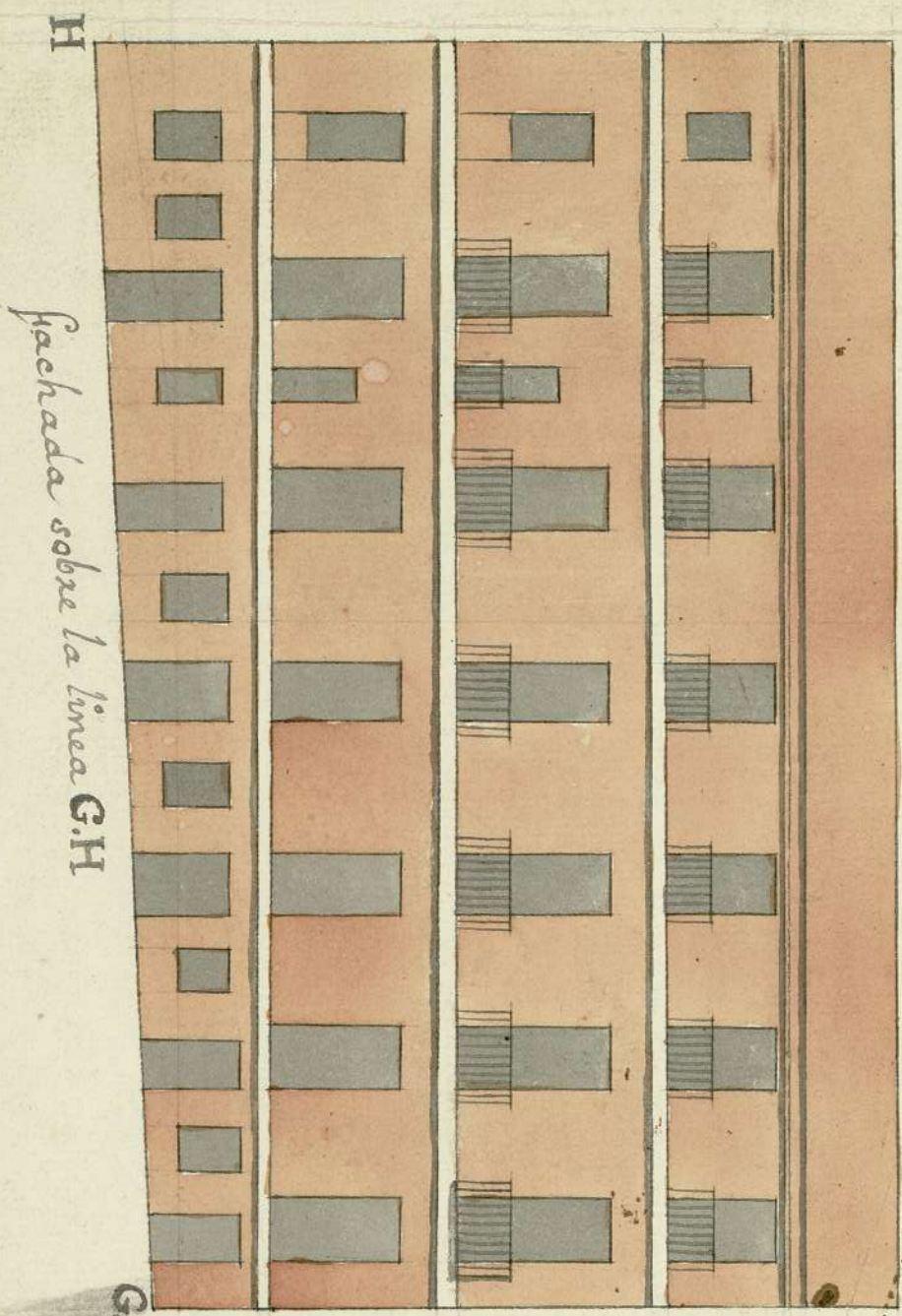
20

10

10987654321

Planta Vista





Explicacion de el Quarto Vaso.

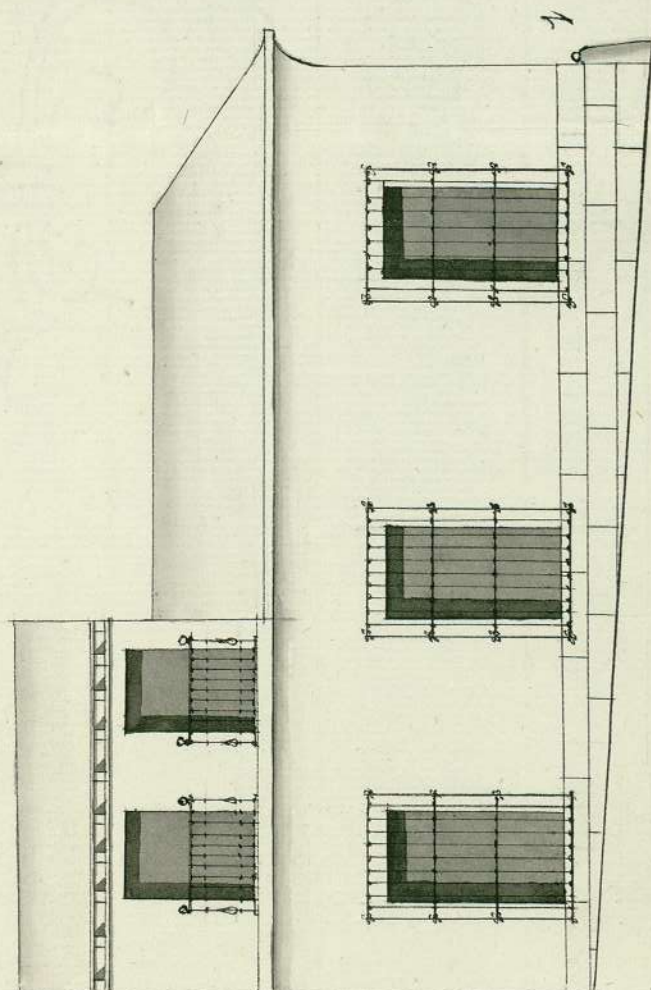
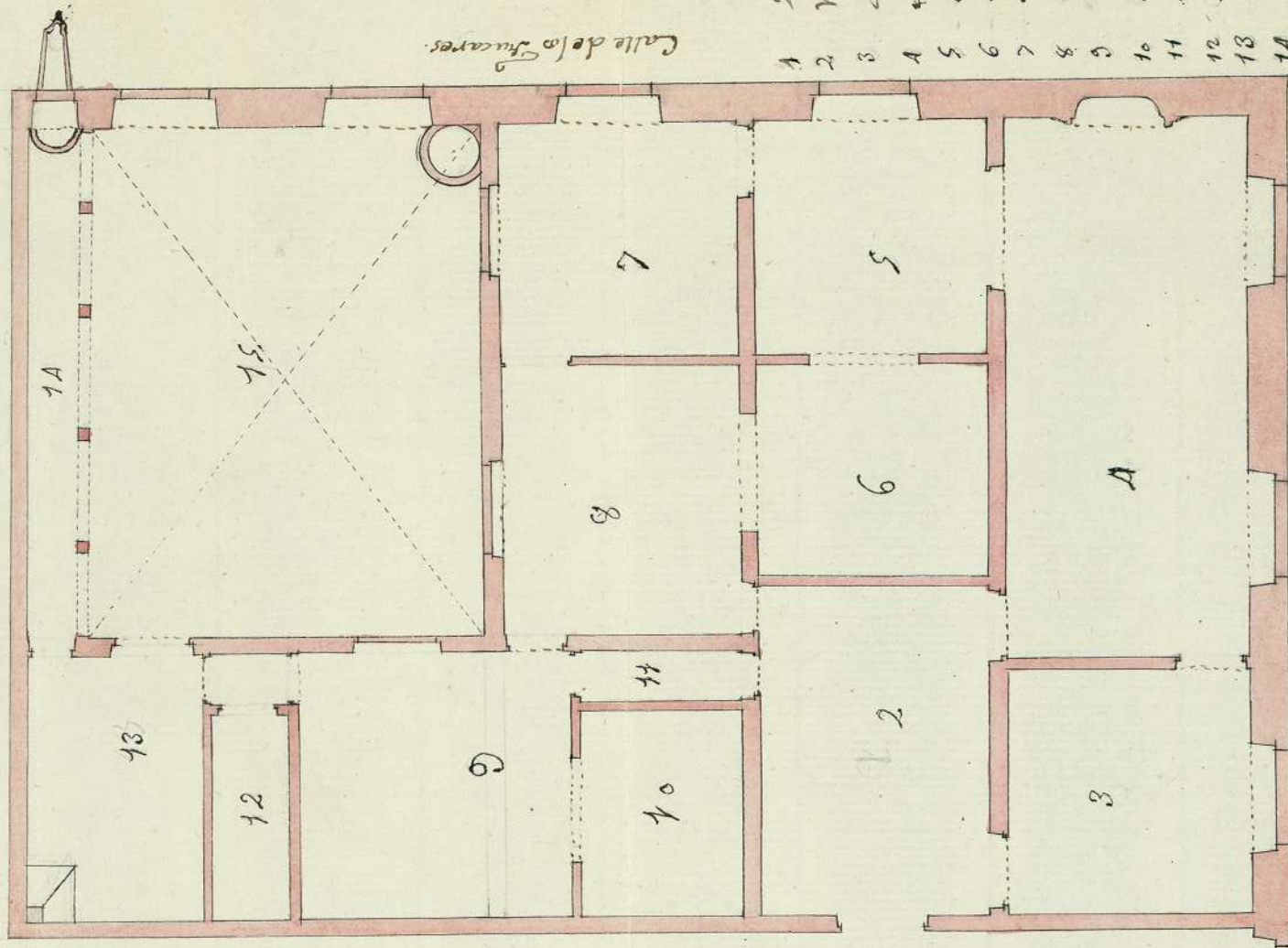
1. Portal.
2. Escalera.
3. Patio y Pozo.
4. q. con 2 piezas.
5. q. con 3 piezas.
6. q. con 3 piezas.
7. q. con 3 piezas.
8. q. con 3 piezas.
9. q. con 3 piezas.
10. q. con 3 piezas.
11. q. con 3 piezas.
12. q. con 3 piezas.
13. q. con 3 piezas.



Explicacion de el Quarto Principal.

1. Escalera.
2. Corredor.
3. baxadero.
4. q. con 3 piezas.
5. q. con 3 piezas.
6. q. con 3 piezas.
7. q. con 3 piezas.
8. q. con 3 piezas.
9. q. con 3 piezas.
10. q. con 3 piezas.
11. q. con 3 piezas.
12. q. con 3 piezas.
13. q. con 3 piezas.





C. de el Gobernador

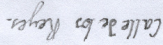
30 p. Car.

20

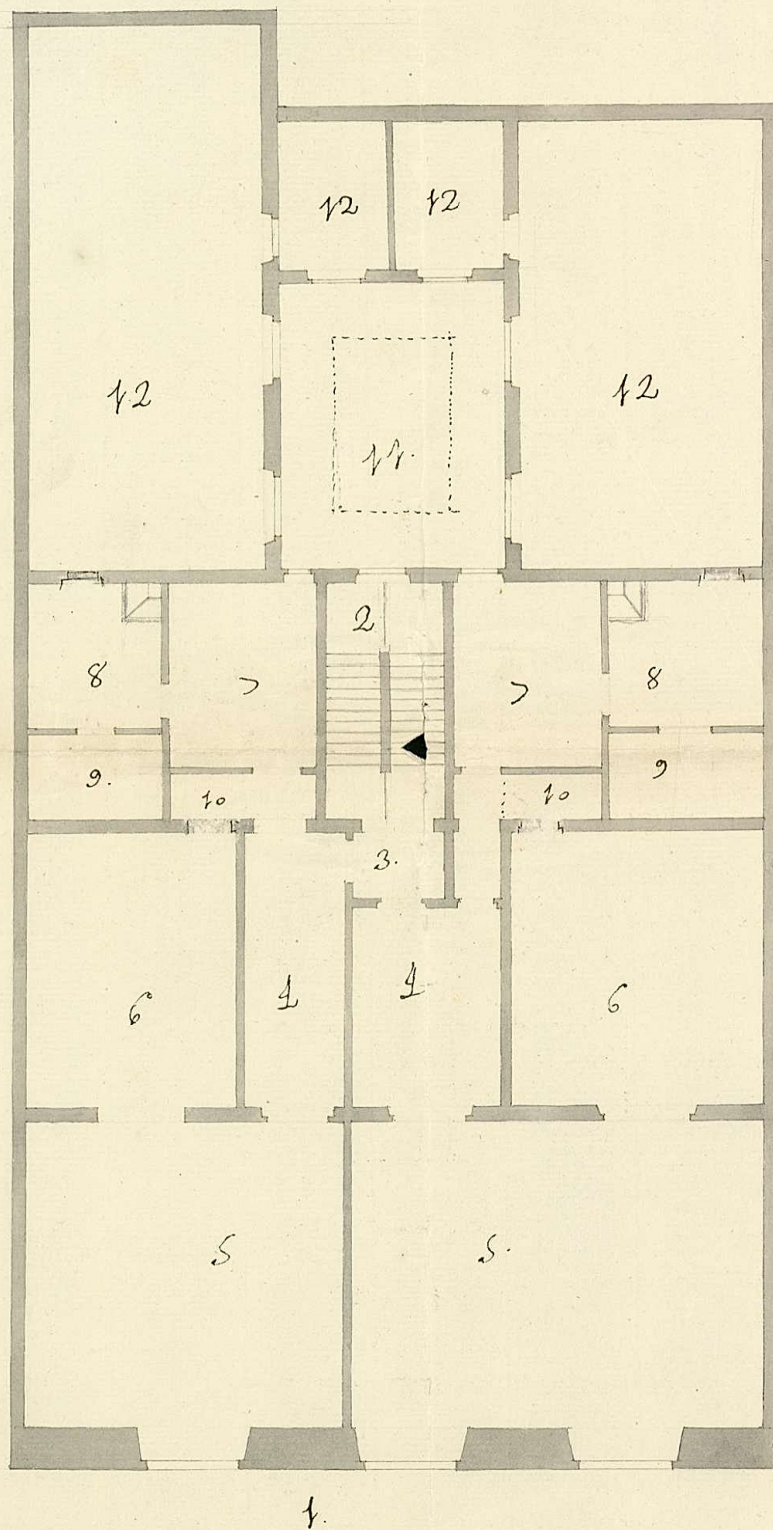
10

10



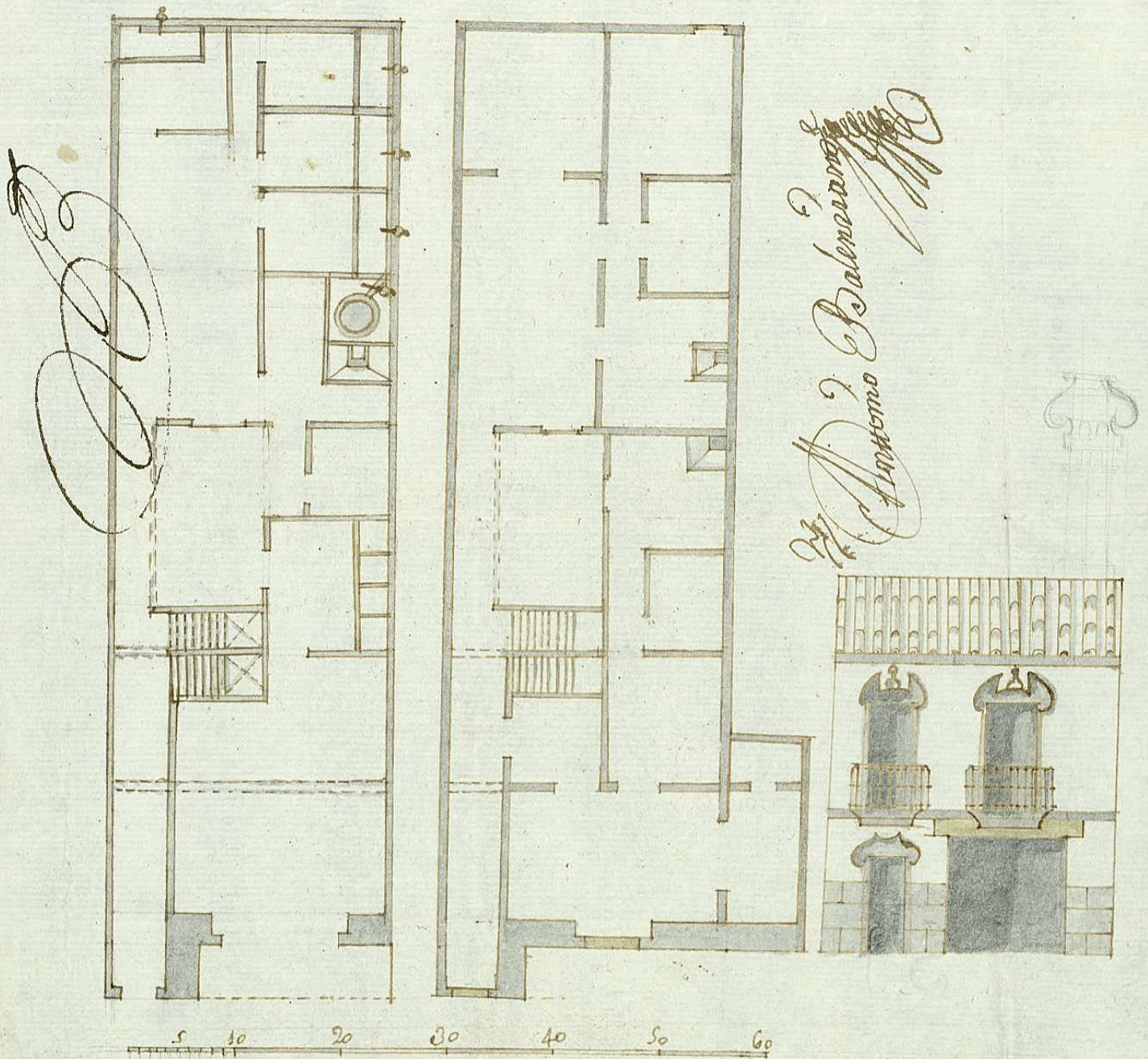




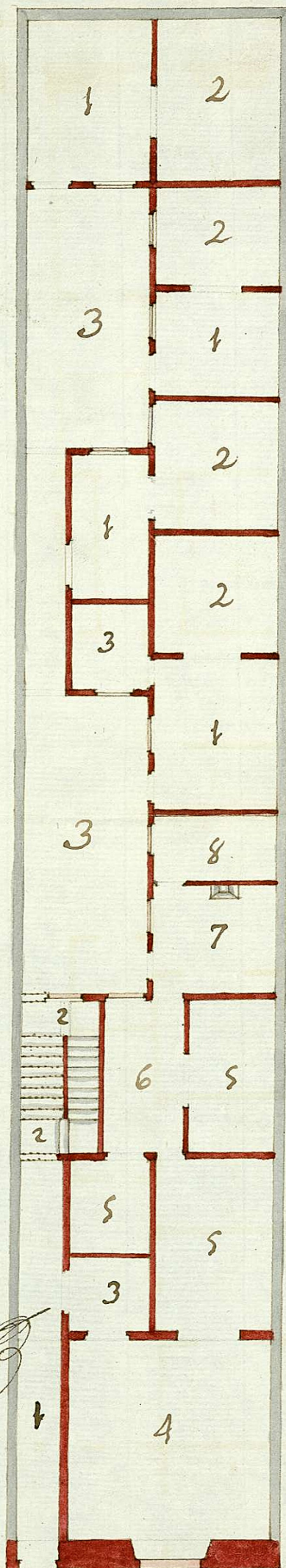


- Explicar<sup>on</sup> de este Plan del  
bajo del q? Hacia aben Co.  
cheras y Caballeru<sup>os</sup>.
- 1... Fachada C<sup>o</sup> de la Cabera
  - 2... Escalera p<sup>ri</sup>al.
  - 3... Entrada a l<sup>o</sup> q<sup>ue</sup>.
  - 4... Recibim<sup>to</sup>.
  - 5... Salas.
  - 6... Dorm<sup>itorio</sup>.
  - 7... P<sup>er</sup>ra de Comer.
  - 8... Cocina.
  - 9... Desp<sup>acho</sup>.
  - 10... Hiler.
  - 11... Platero
  - 12... Pajar.









Planta de 1<sup>o</sup> y 2<sup>o</sup> Piso y Peral Entendida  
por sus numeros

- N. 1.. Zaguán
- N. 2.. Escalera
- N. 3.. Recamar<sup>to</sup>
- N. 4.. Sala
- N. 5.. Dormitorios
- N. 6.. Píez de Comer
- N. 7.. Cocina
- N. 8.. Despensa

Los demas son g. de viviendas separadas

- N. 1.. Sala
- N. 2.. Alcobá
- N. 3.. Cocina

Otro quarto

- N. 1.. Sala
- N. 2.. Alcobá

Otro quarto

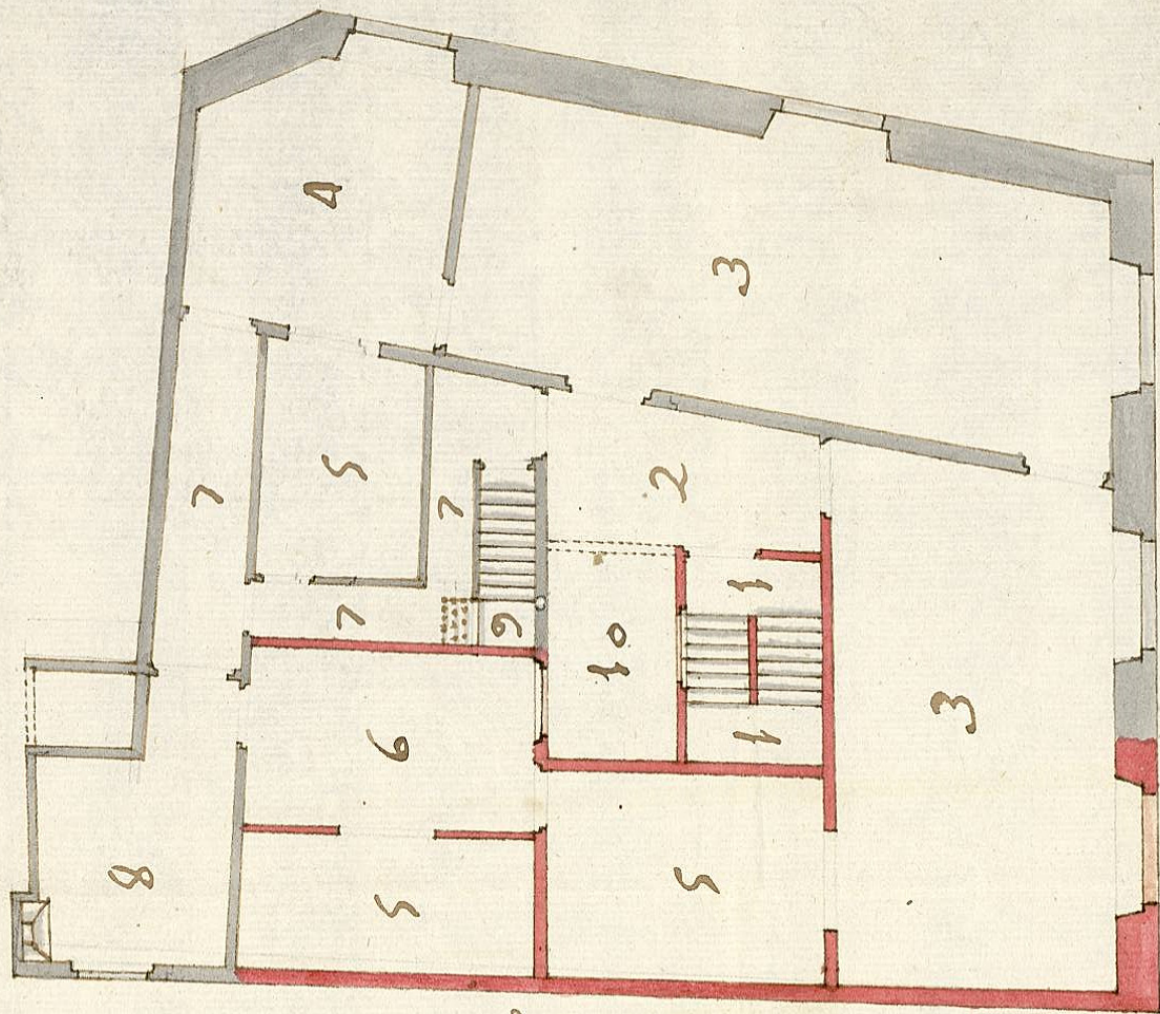
- N. 1.. Sala
- N. 2.. Alcobá

Otro quarto

- N. 1.. Sala
- N. 2.. Alcobá
- N. 3.. Patios

Juan L. L. L.





Planta de g. 1<sup>ra</sup> distribuyda

espacia p<sup>er</sup> numeros

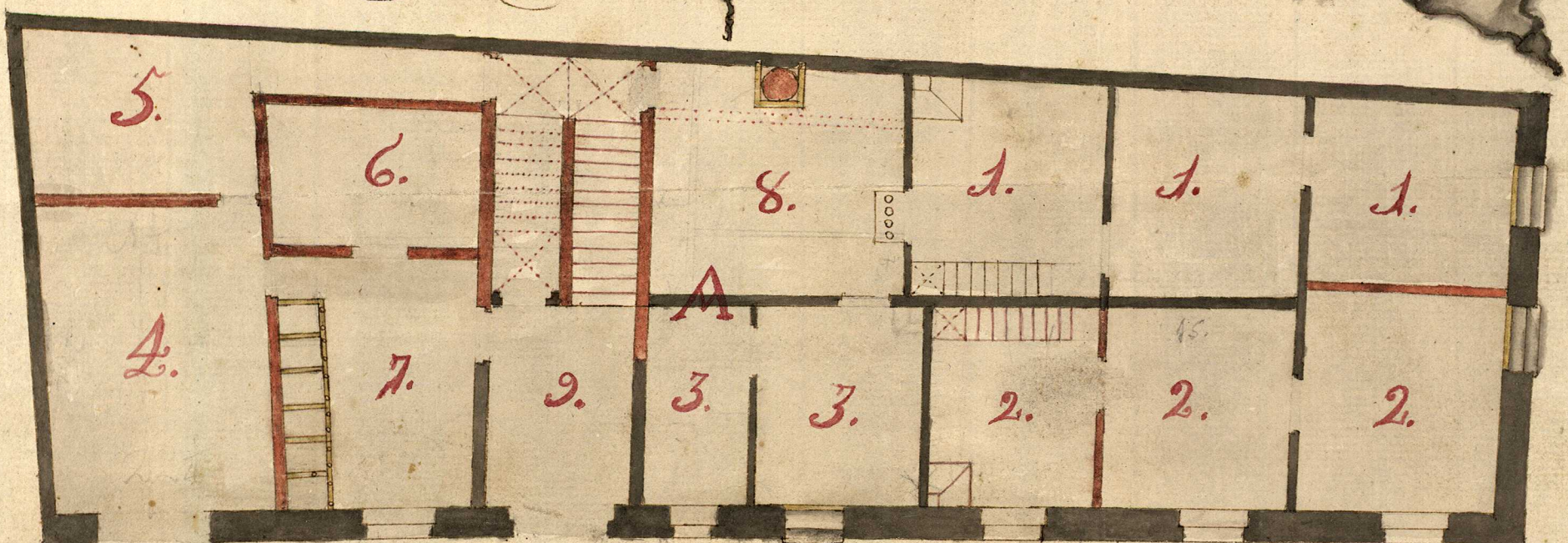
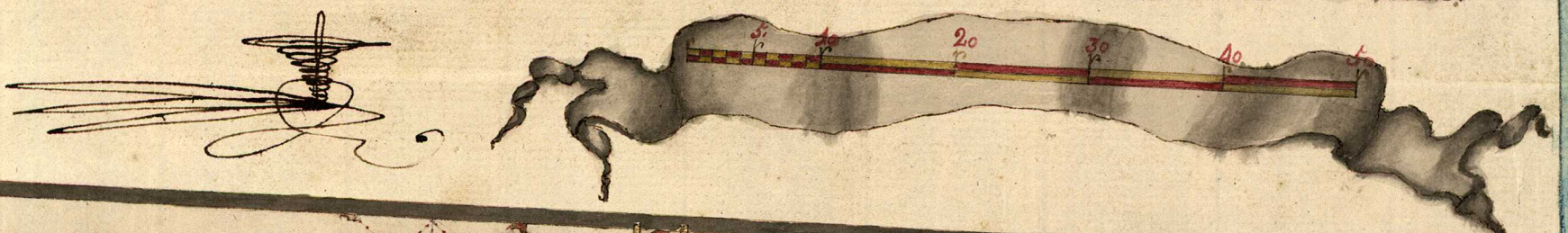
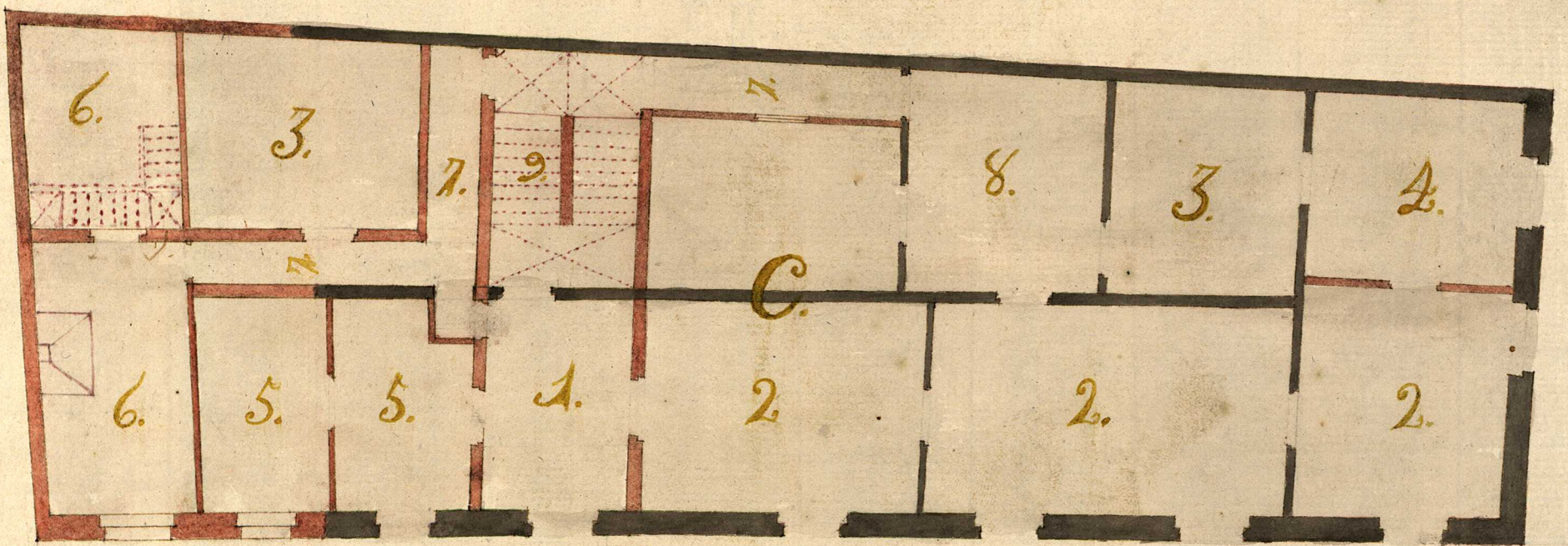
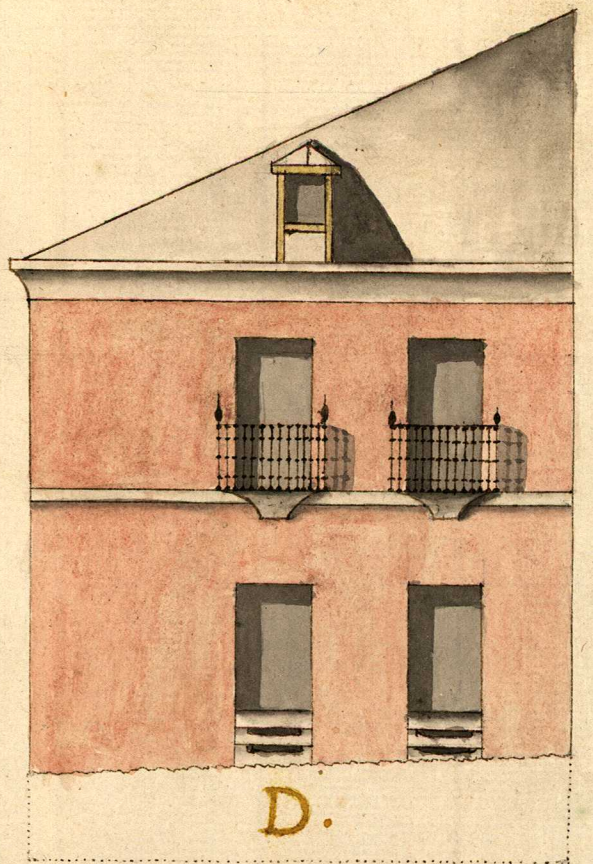
- n<sup>o</sup>. 1... Escalera
- n<sup>o</sup>. 2... Recevimiento
- n<sup>o</sup>. 3... Salas
- n<sup>o</sup>. 4... Libreria de comer
- n<sup>o</sup>. 5... Dormitorios
- n<sup>o</sup>. 6... Obra piza de comer

Inmediata a la cocina

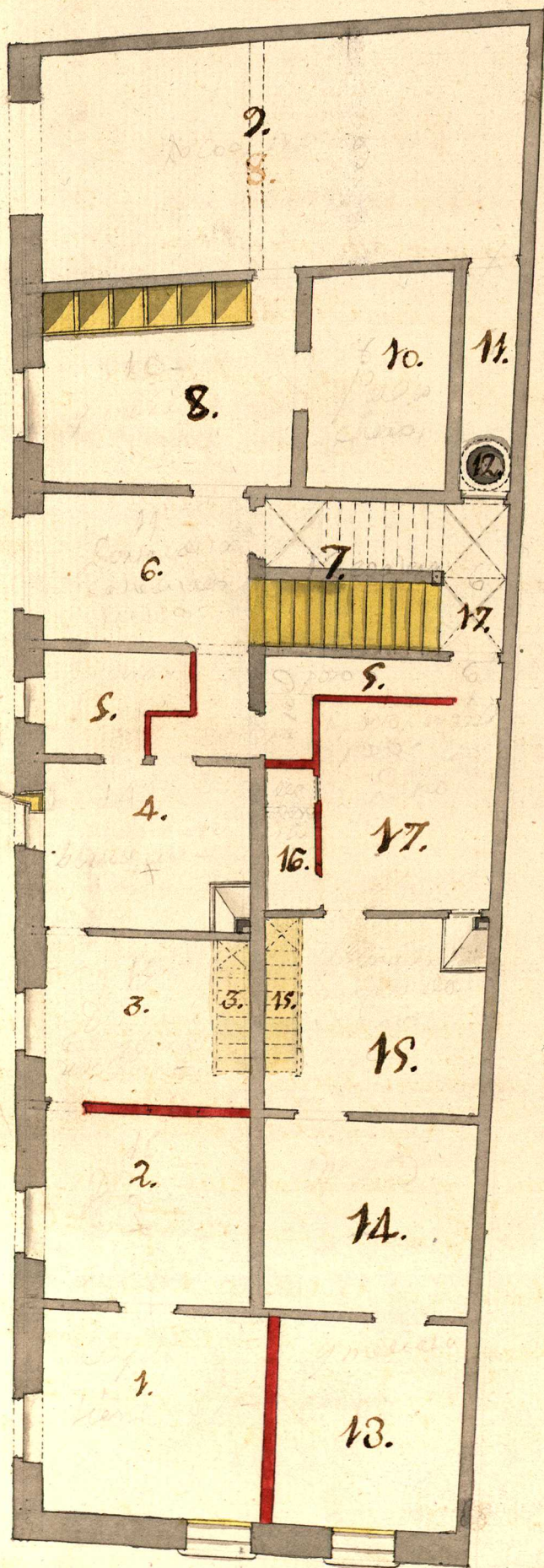
- n<sup>o</sup>. 7... Casas de del recibim<sup>to</sup>
- n<sup>o</sup>. 8... ala Cocina
- n<sup>o</sup>. 9... Escalera q<sup>ue</sup> sube a los
- n<sup>o</sup>. 10... Cuartos

Juan Llan









Explicación y Repartimiento de  
La Planta rasa, en dos. Tiendas...

Núm. 1. Tienda de la Esquina.....

Núm. 2. Alcoba.....

Núm. 3. Dormitorio con su escalera co-  
municable a los sortanos de esta tienda..

Núm. 4. Cocina con su Beateadero...

Núm. 5. Despensa y paso p. el Pozo..

Núm. 6. Taguan por la C. de la Estre..

Núm. 7. Escalera p. al.....

Núm. 8. Cuadra p. el Cuarto p. al..

Núm. 9. Cochera p. el mismo....

Núm. 10. Cuarto p. el Cochero....

Núm. 11. Paso para el Pozo....

Núm. 12. Pozo.....

Explicación de la Tienda Inmed..

Núm. 13. Tienda.....

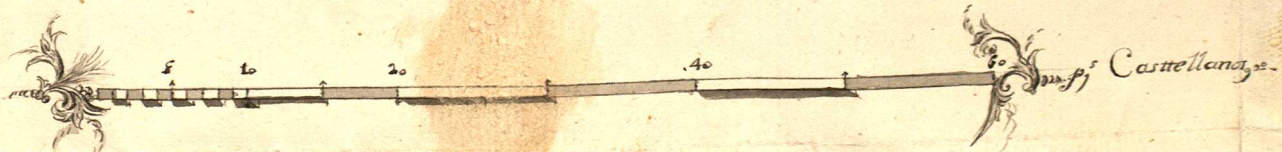
Núm. 14. Alcoba.....

Núm. 15. Cocina con Escalera pa-  
ra el Sortano.....

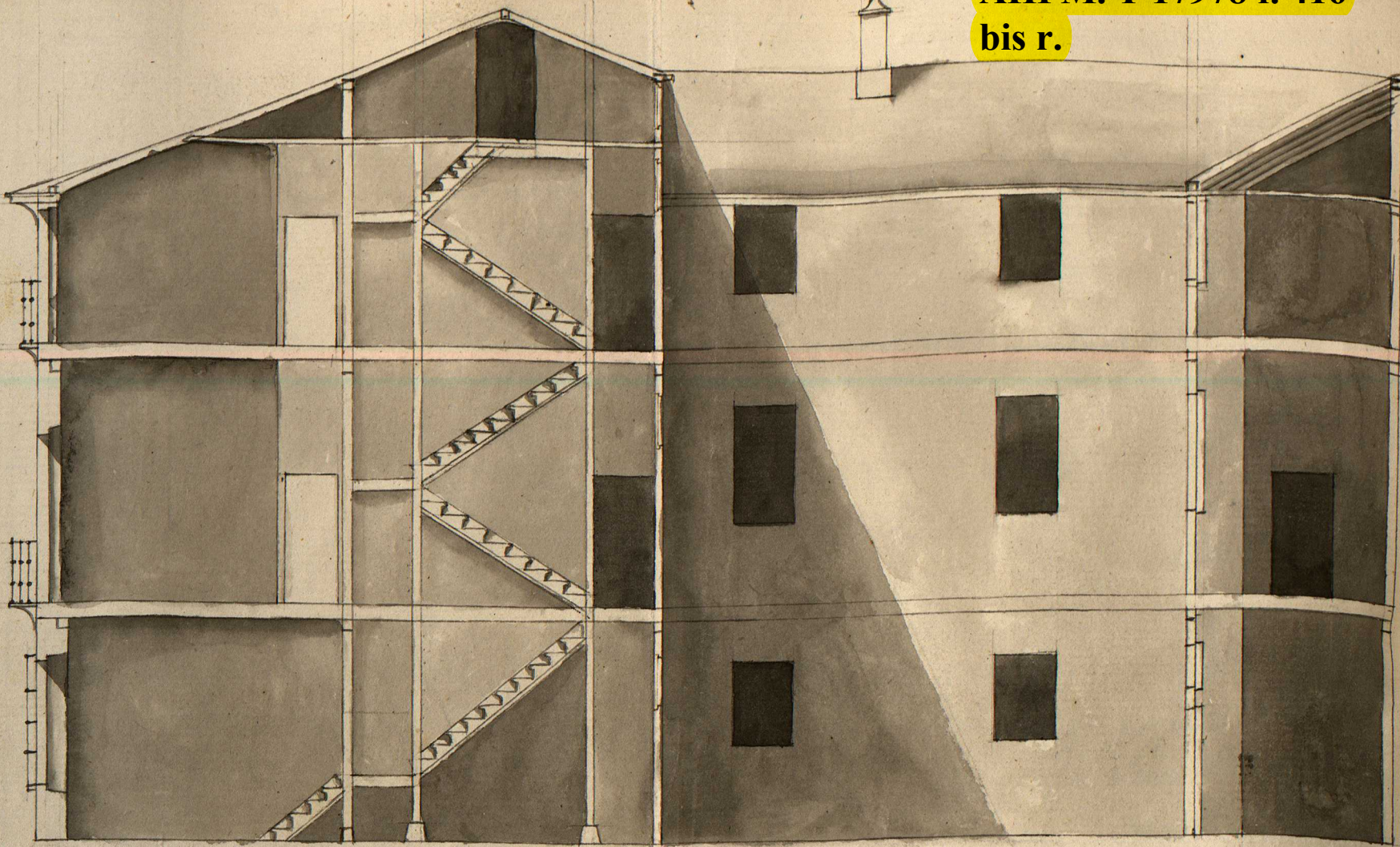
Núm. 16. Despensa.....

Núm. 17. Patio principal con  
su Entrada a dicho Pozo....

Thomas Diaz



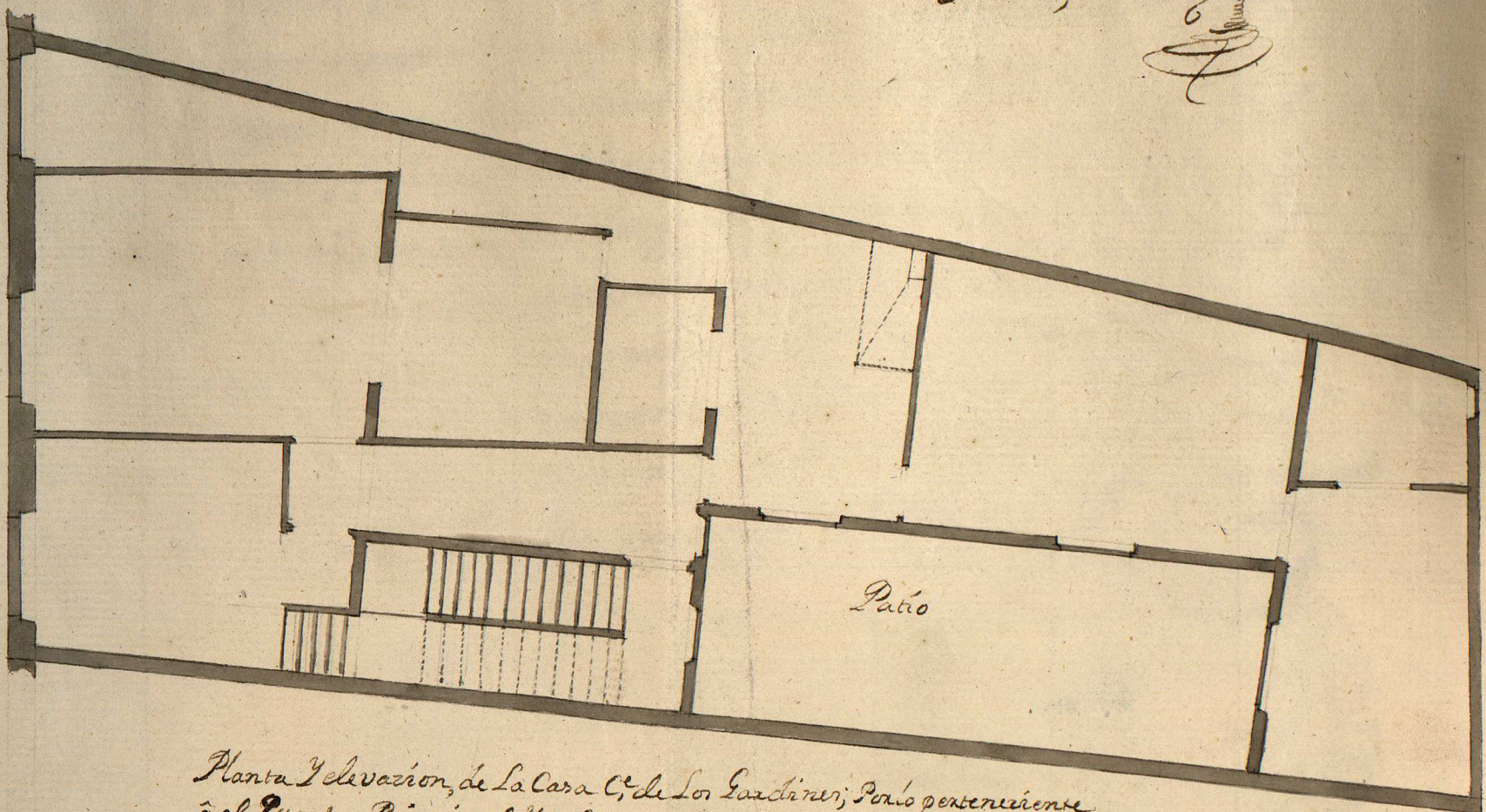




Corte Interior

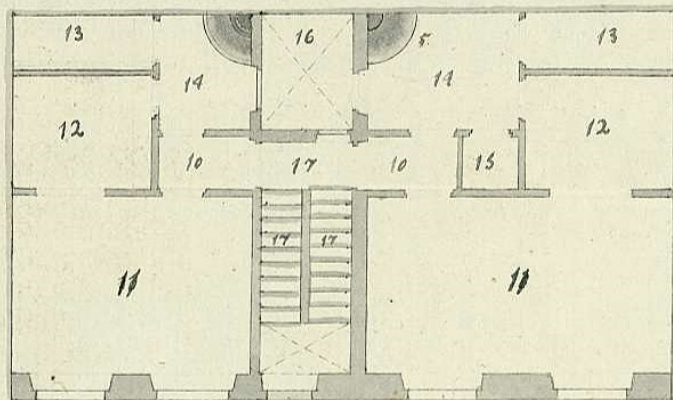
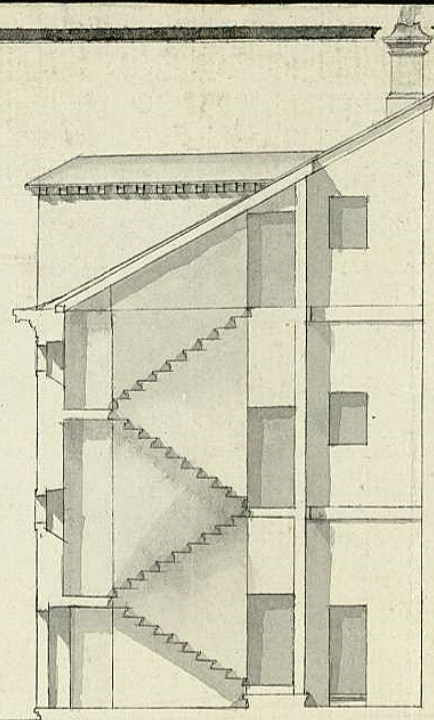
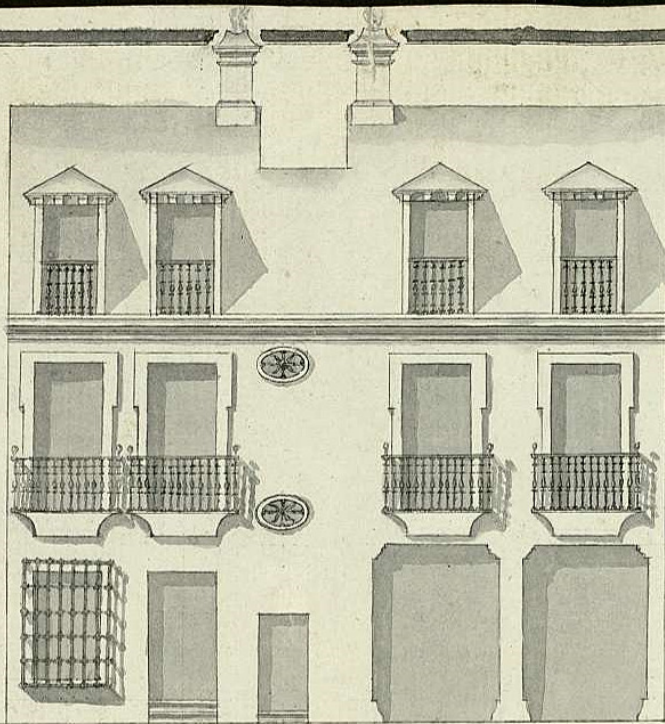
Antonio, Palcazuel

fachada; ala C. de los Jardines



Planta y Elevación, de La Casa C. de Los Jardines; Pórtico perteneciente  
al Cuarto Principal 1.º que se intenta, arca sobre el Válo que  
oy tiene



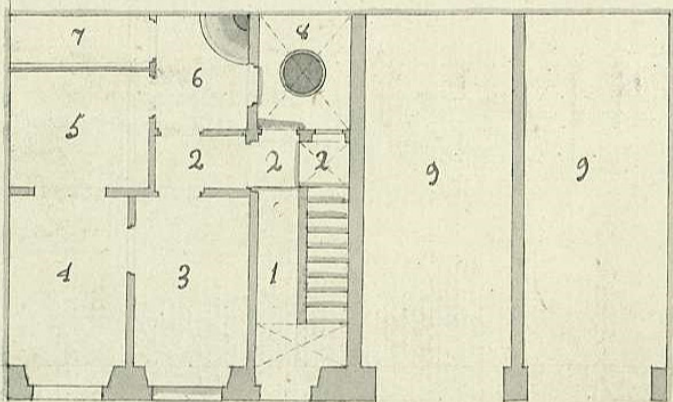


*Planta Baja*

- 1--- entrada ynterior alatienda y Escalera
- 2--- Rezibimiento y entrada ala escalera
- 3--- tienda
- 4--- Sala
- 5--- Alcobas
- 6--- Cocina
- 7--- Espensa o Cuaz de cañada
- 8--- Patio
- 9--- Cocheras

*Casa del Sr. Marques de Texan en la Calle del Baxo*

*Cuartos Principales*



- 10--- Rezibimientos
- 11--- Salas
- 12--- Alcobas
- 13--- dormitorios
- 14--- Cocinas
- 15--- Espensa
- 16--- Patio
- 17--- Escalera que sube desde el Cuarto  
ba lo al Principal y desbanes

5 10 20 30 40 50 60 70

*Pier Castellanos  
Antonio Machuca*



Explicación de la Casa de la Calle.  
de S. Brígida perteneciente al Cabildo  
de S. Curia, Beneficiada de la Iglesia  
Parroquial de S. María la Mayor &  
esta Corte =

Quartos Bajos

1. Puerta a la Calle.
2. Zaguán
3. Pátio
4. Sala del quarto Palo
5. Alcobá.
6. Otro Dormitorio
7. Cocina
8. Sala del quarto bajo del Tellerio del Pátio.
9. Alcobá.
10. Cocina.
- 11, 12. Sala y Alcobá en Quarto.
- 13, 14. Sala y Alcobá del otro Quarto.
15. Pázo.

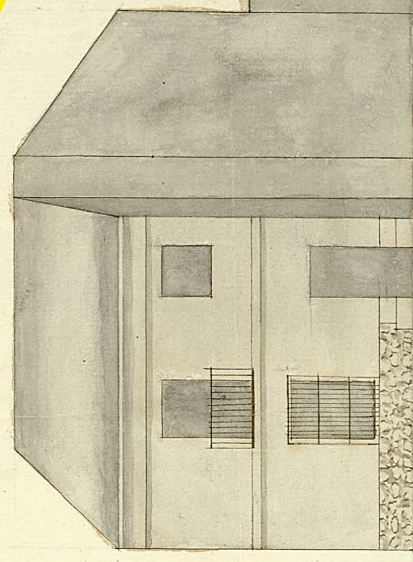
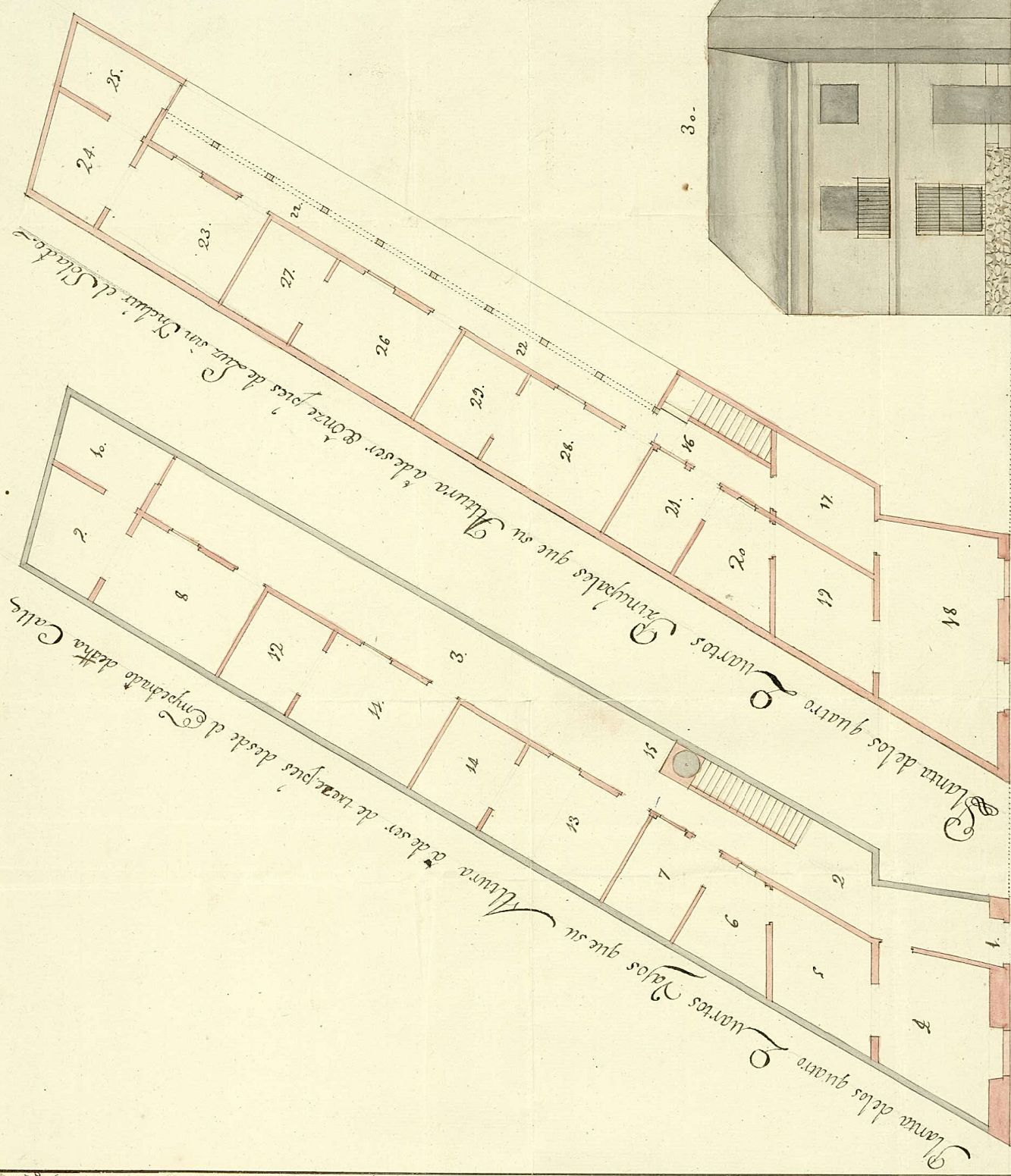
Quartos Principales.

519

16. Desembarco de la Escalera.
17. Recibimiento al quarto Pral de la Calle.
18. Sala.
19. Alcobá.
20. Dormitorio
21. Cocina
22. Corredor para la Comuni<sup>n</sup> de S. Brígida.
23. Sala del quarto del tesoro del Pátio.
24. Alcobá.
25. Cocina
- 26 y 27. Sala y Alcobá en un quarto.
- 28 y 29. Sala y Alcobá en otro.
30. Fachada principal a la Calle &  
S. Brígida.

El 21 Julio 12. 1762

Luján, Sancio

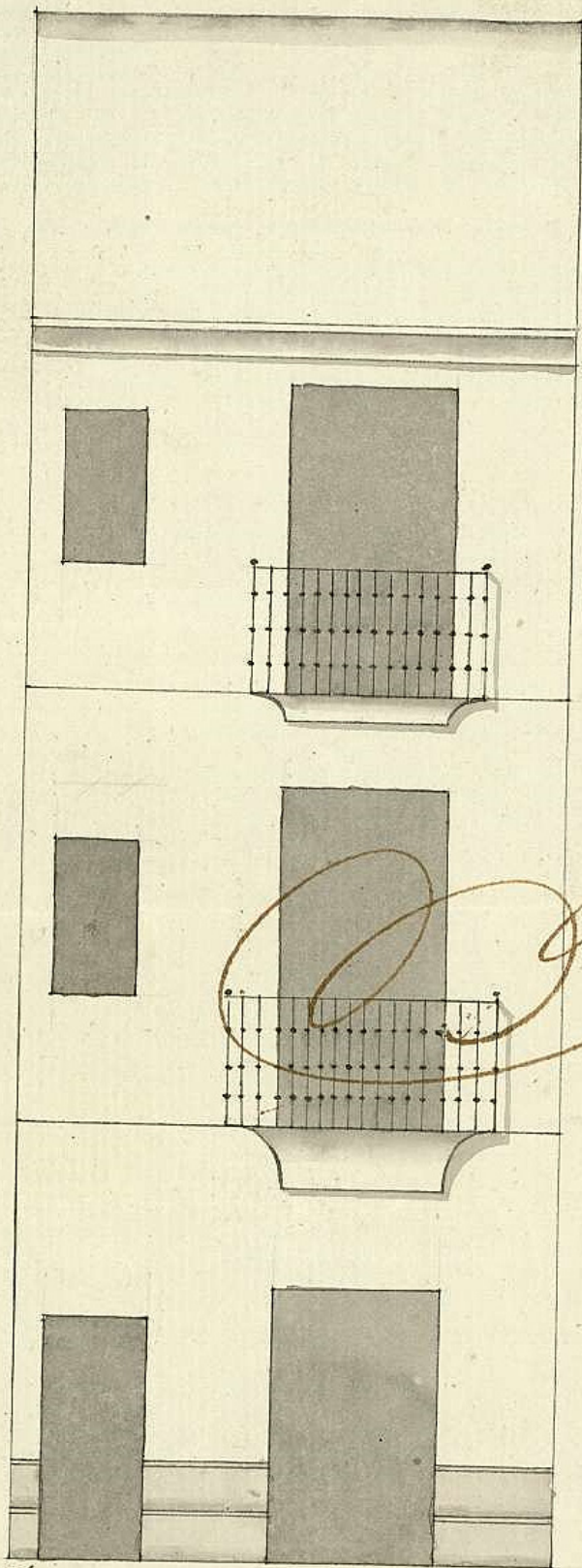


Fachada ala Calle de Santa Brígida.

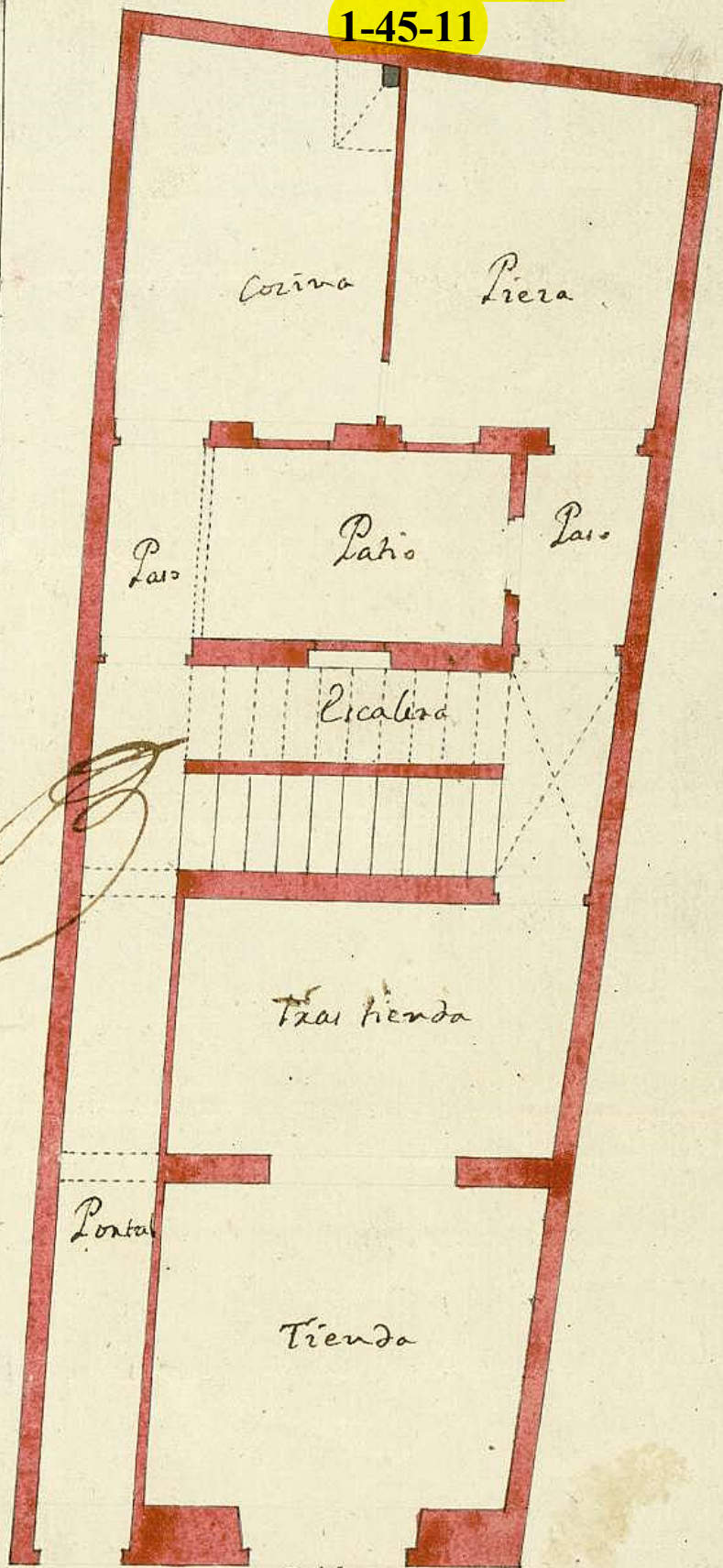
5. 10. 20. 30. 40. 50. 60. 70. 80. 90. 100. 110. 120. 130. 140. 150. 160. 170. 180. 190. 200. 210. 220. 230. 240. 250. 260. 270. 280. 290. 300.



AVM. ASA.  
1-45-11



Joseph Serrano



C. de los Peligros

5 10 20 30



AVM. ASA.  
1-45-37

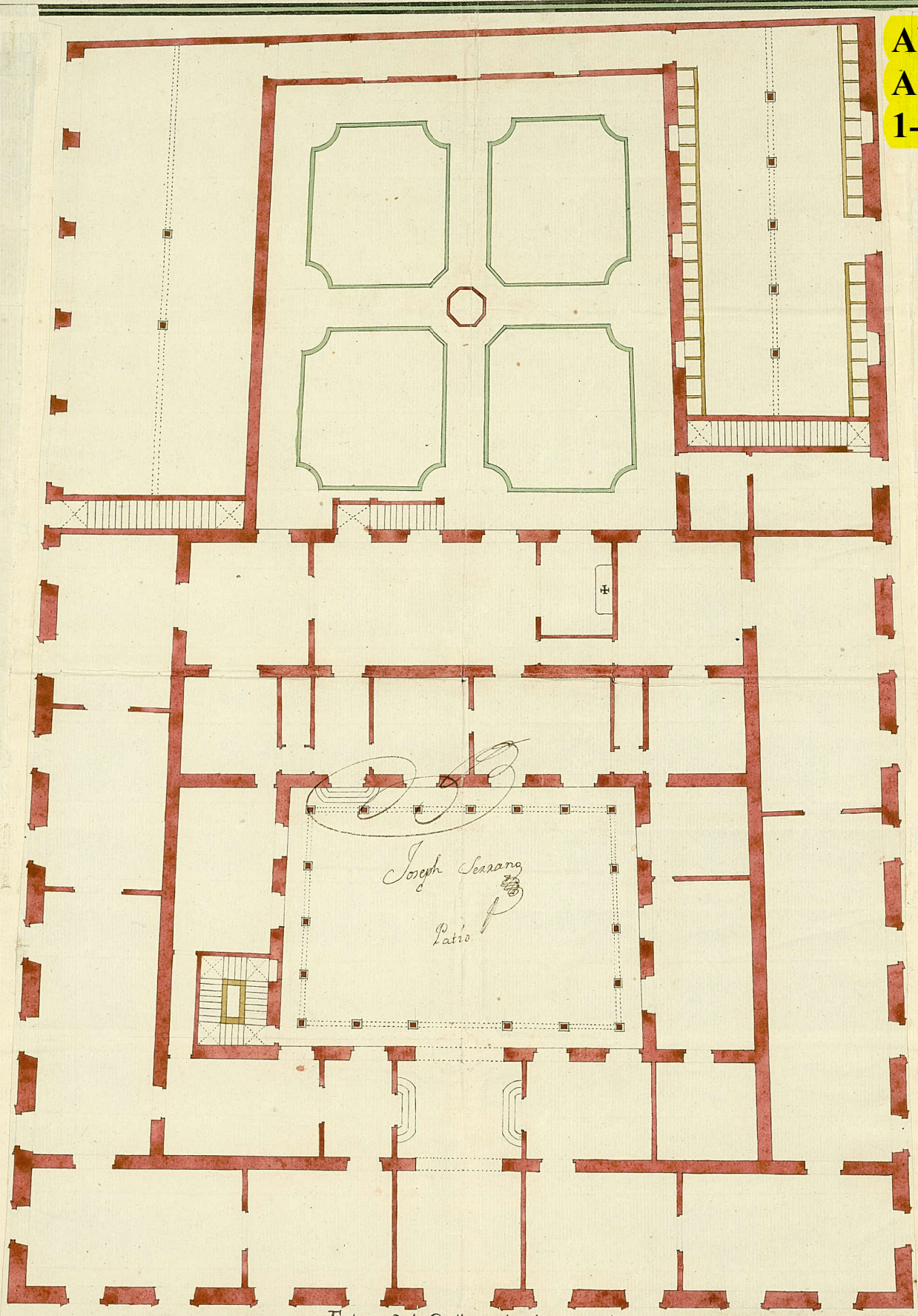
*Fachada de la Calle de la Manzana.*

*Fachada de la Calle de los Reyes.*

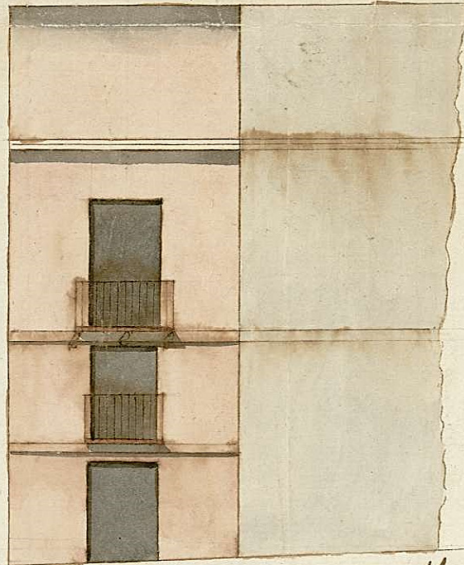
*Joseph Serrano*  
*Patio.*



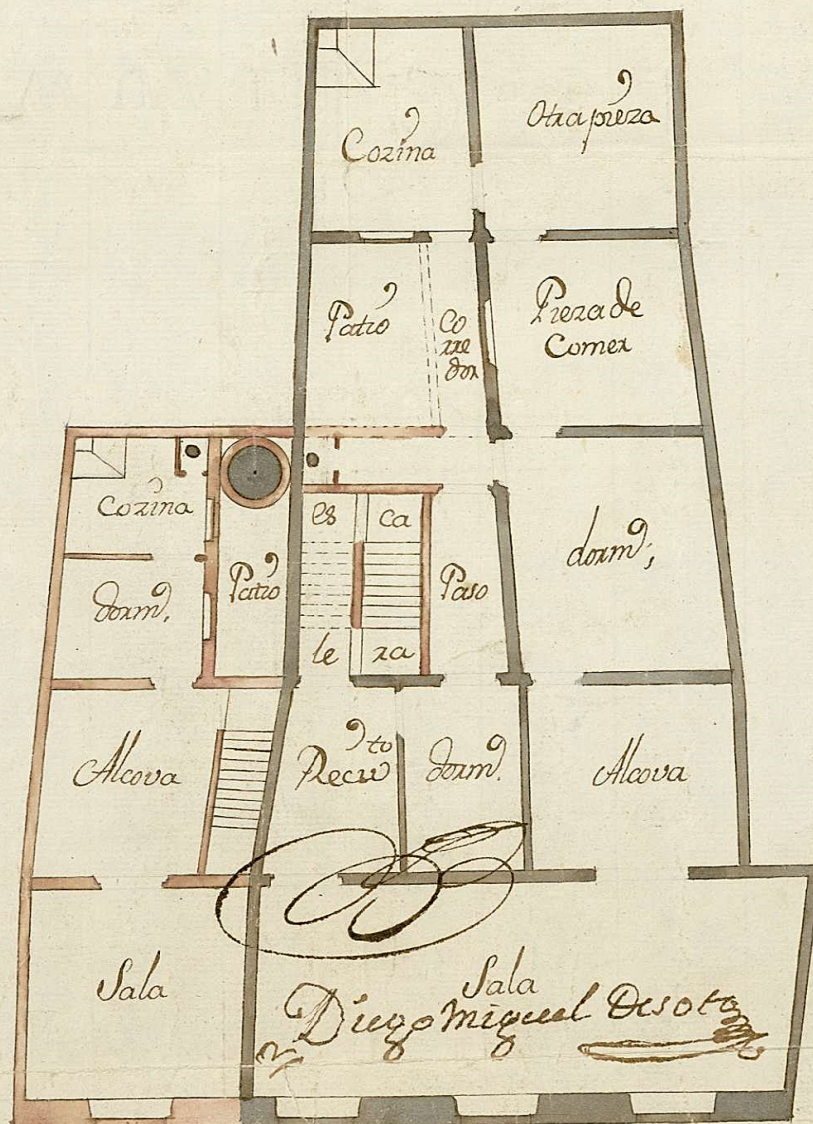
AVM.  
ASA.  
1-45-37





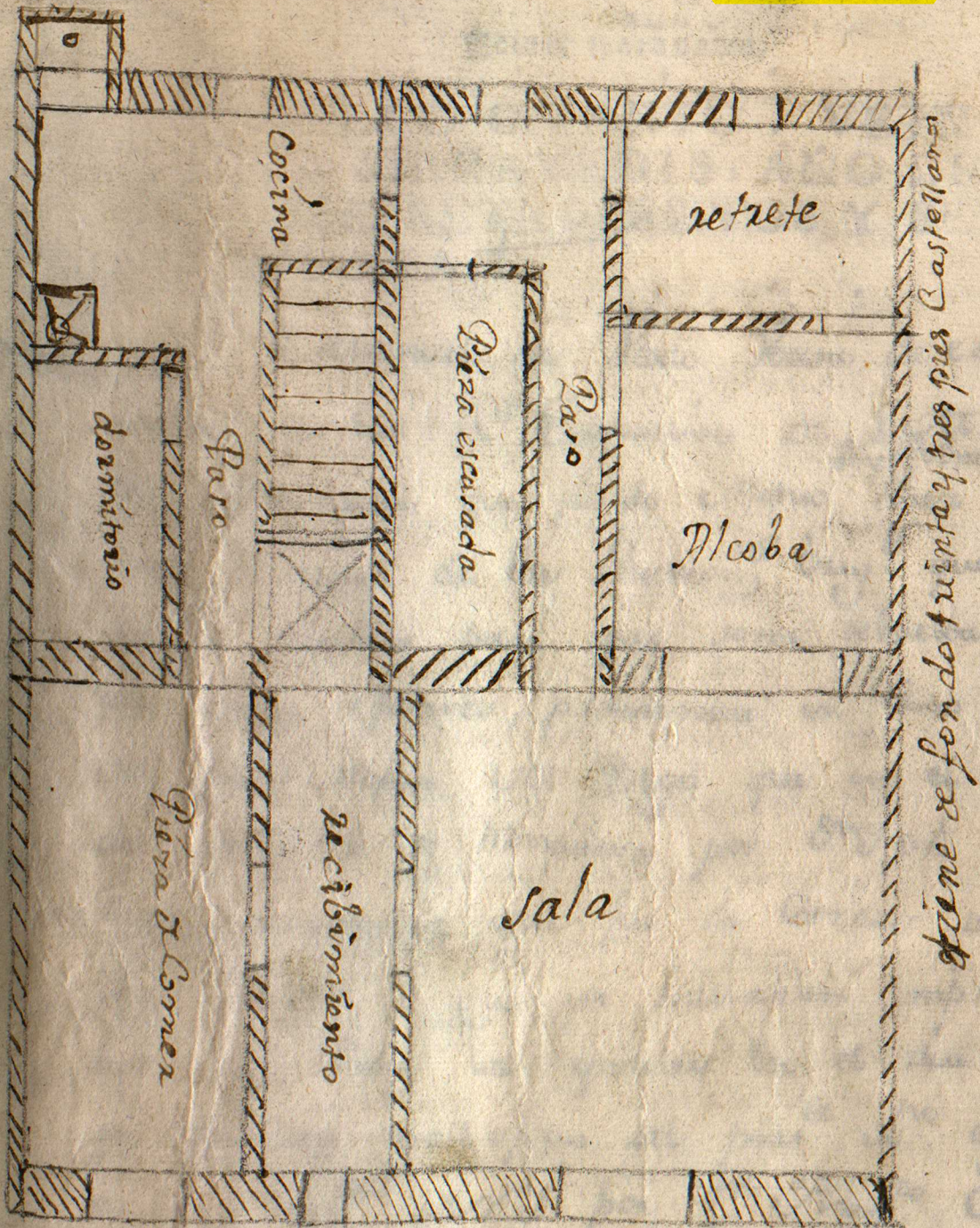


*Elevación de la fachada: Calle de Fuencaxal*



*fachada ala Calle de Fuencaxal.*

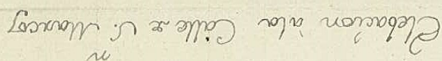




tiene de fondo treinta y tres pies Castellanos

tiene la fachada de Ancho veinte y cinco pies

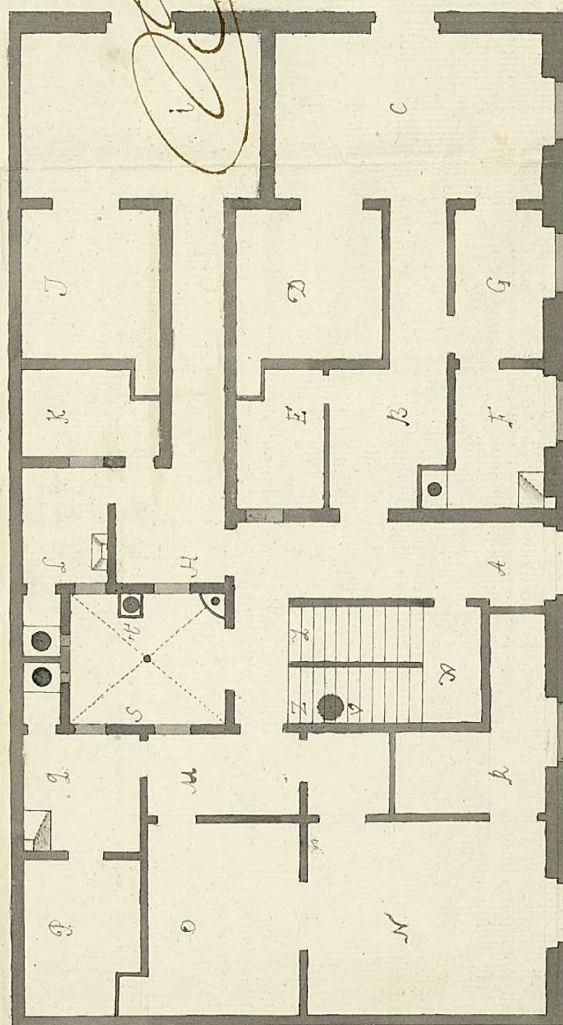




Elebation, also Calle x L<sup>n</sup> Bartholome.

Informado en el memorial q.<sup>e</sup> acompaña por José María del 1772

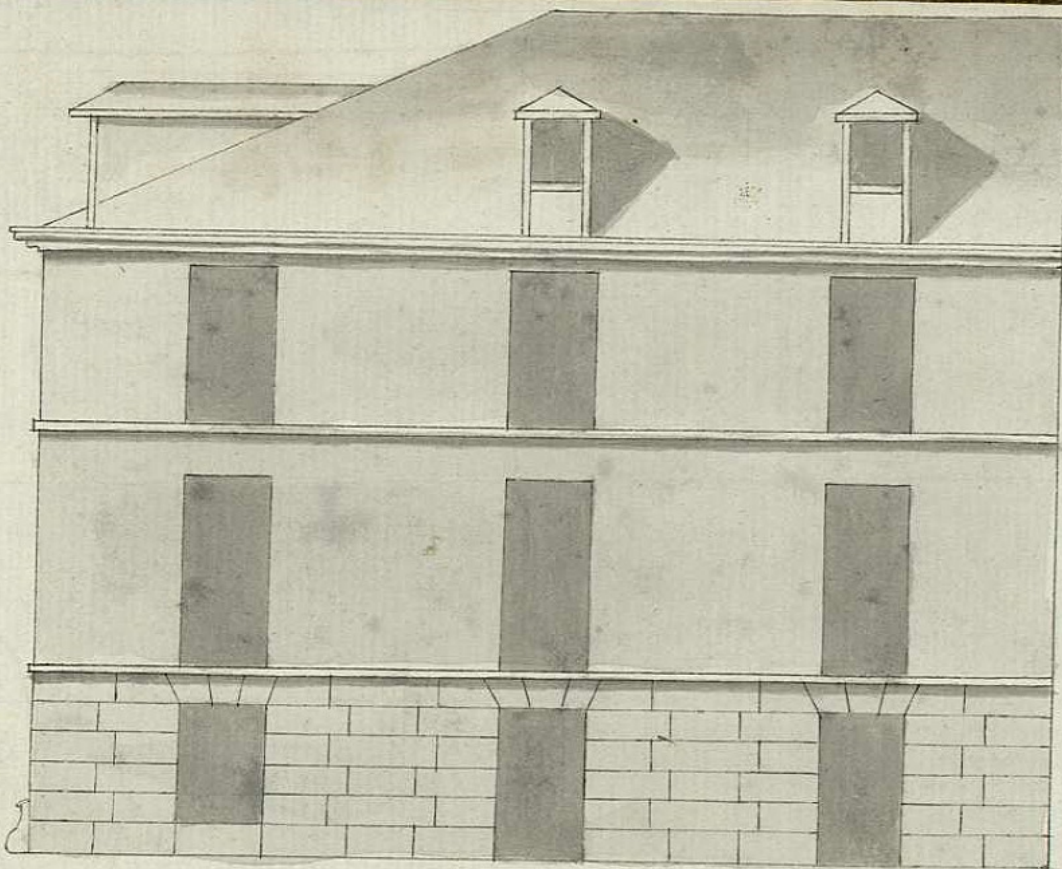
Planta del quinto Piso, puede servir tambien para el grado =  
segundo principal, y Segundo.



See p. 13.

· 8 · 17



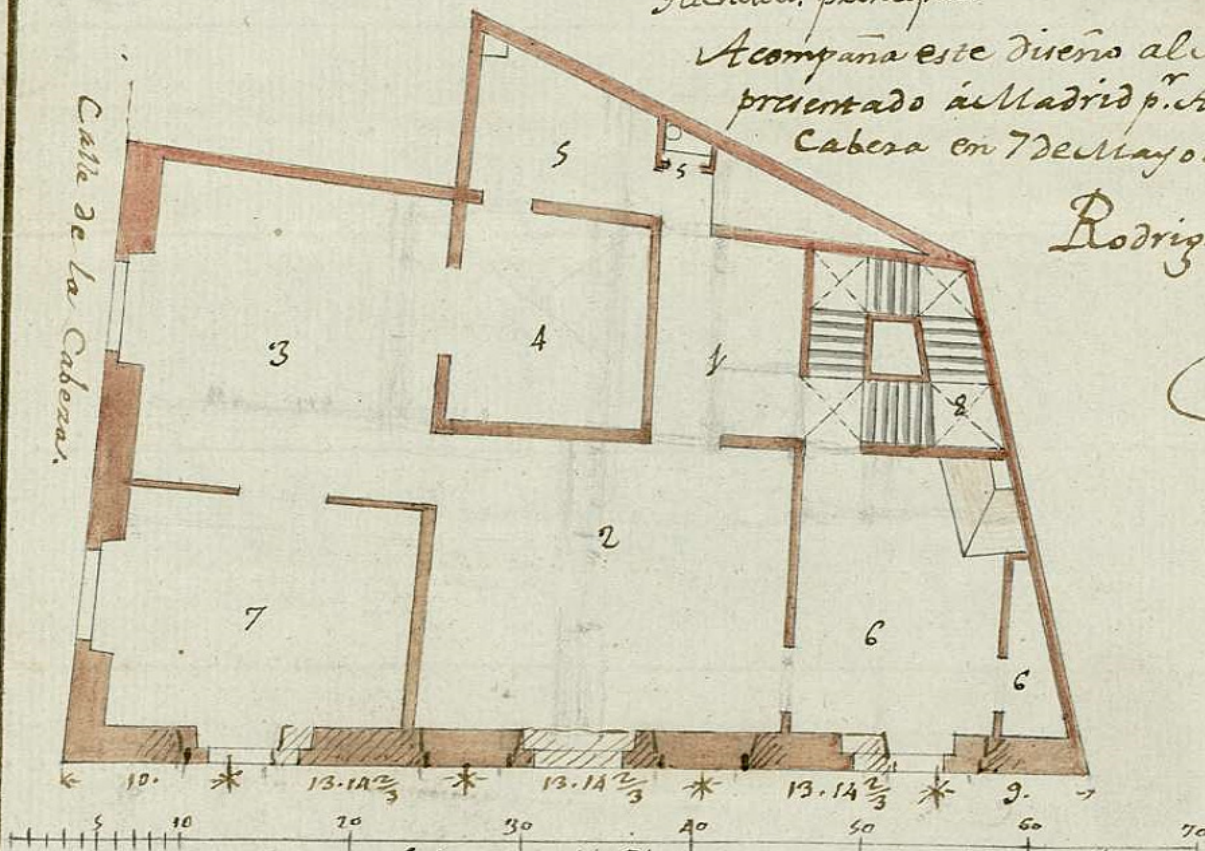


Fachada principal=

Acompaña este diseño al Memorial  
presentado á Madrid p.<sup>a</sup> Ant.<sup>o</sup> Josef  
Cabeza en 7 de Mayo del 1774.

Rodriguez

(2)

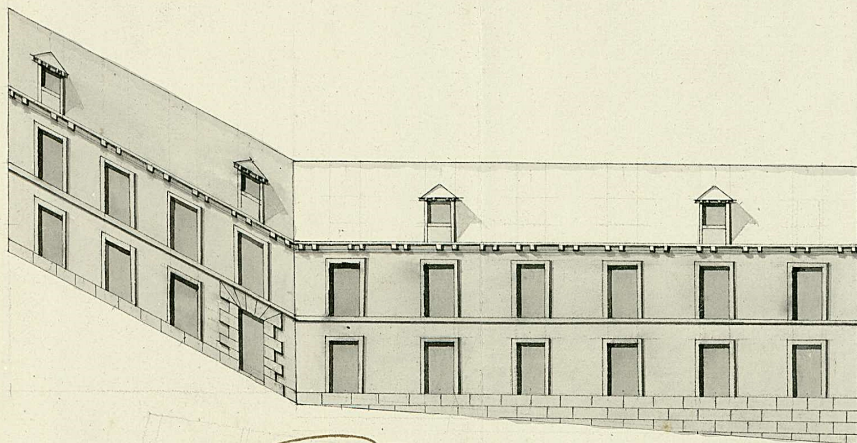


Explicacion de la Planta  
principal=

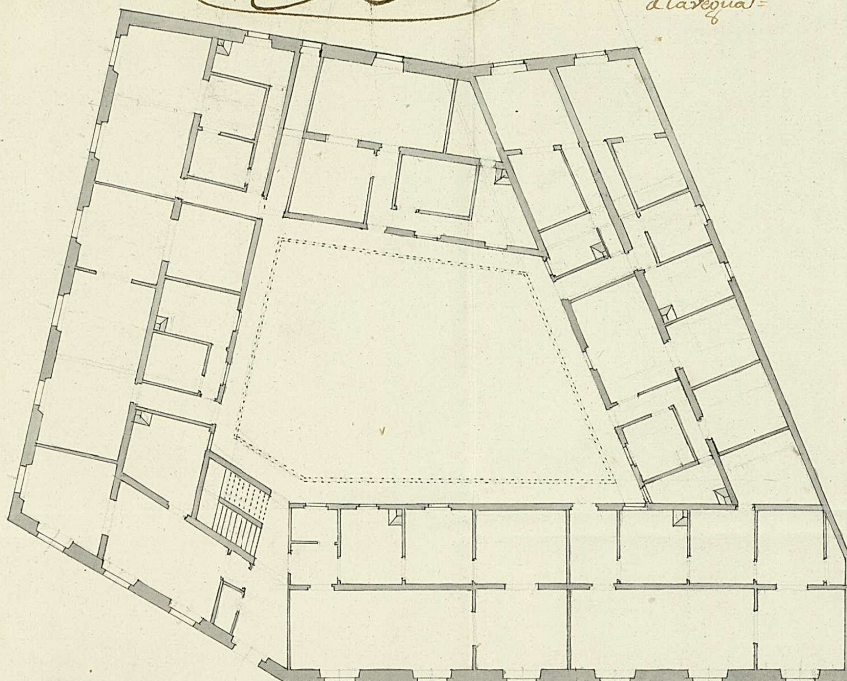
1. recibimiento.
2. Sala.
3. Sala principal.
4. Al Coba.
5. dormitorio de Criadas. y su Y Quiega
6. Cozina Consu dispensa.
7. Gabinete= 8. Escalera=

Manuel de Vera





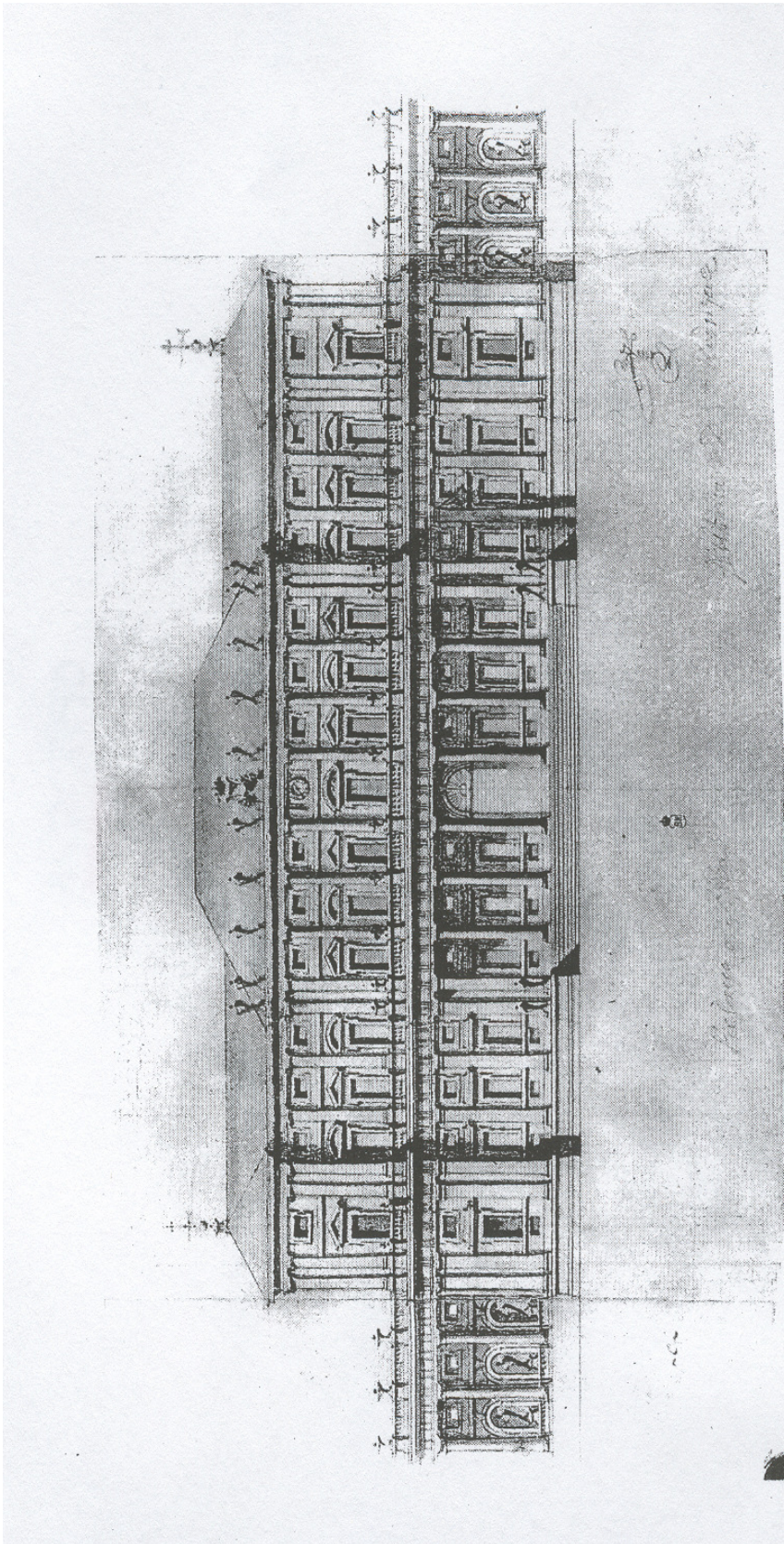
*Alzado a la Cuesta  
de la regua*



*Juan del Riego P. Cuesta de la regua*

6. 5o. 4o. 3o. 2o. 1o. 5. P. Castellanos D.

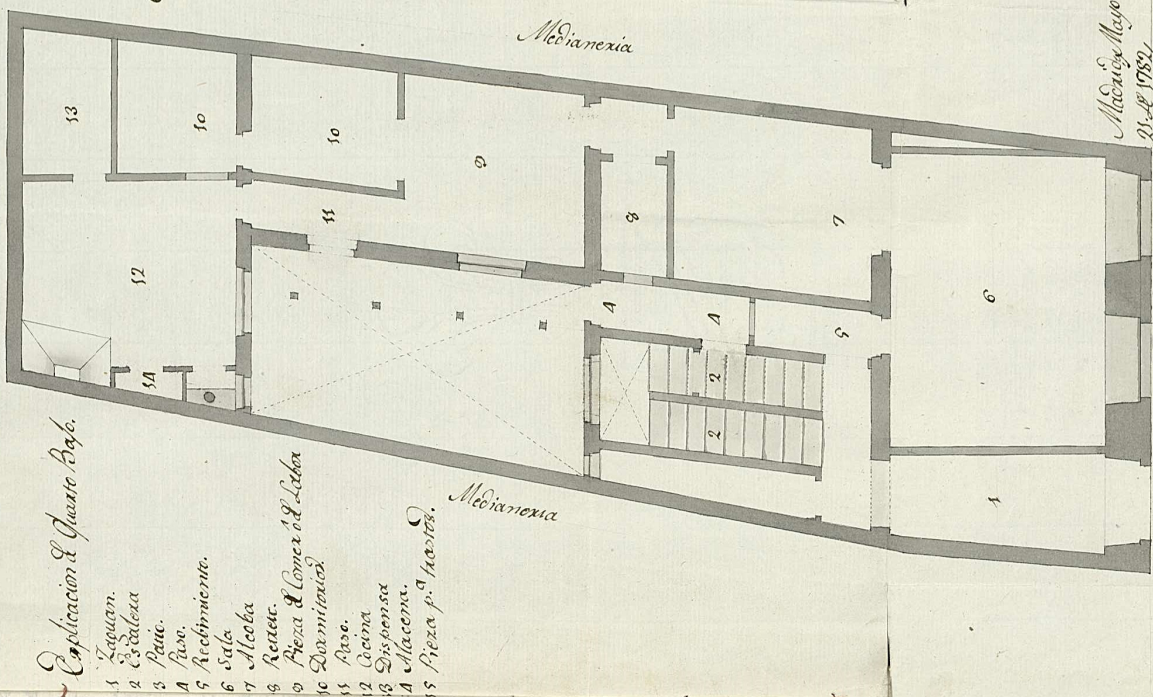






Planta al piso del Cuarto bajo.

Medianería.



Capitacion & Cuarto Bajo.

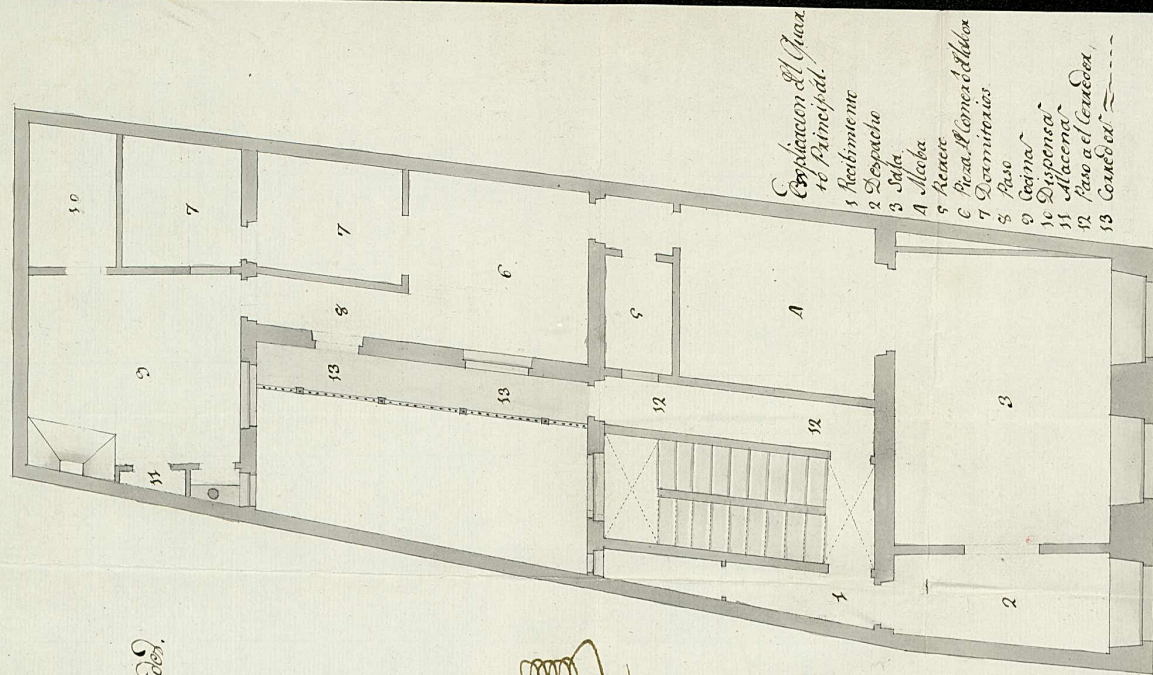
1. Taquean.
2. Escalera
3. Pano.
4. Pano.
5. Acabimiente.
6. Sala
7. Alacena
8. Retrete.
9. Peca & Cones de Laba
10. Peca & Cones de Laba
11. Peca & Cones de Laba
12. Peca & Cones de Laba
13. Peca & Cones de Laba
14. Peca & Cones de Laba
15. Peca & Cones de Laba

Medianería

Macarig Mayo  
21 de 1782

Matheo Gull  
Calle de Meson de Parados

Planta al Piso del Cuarto Principal



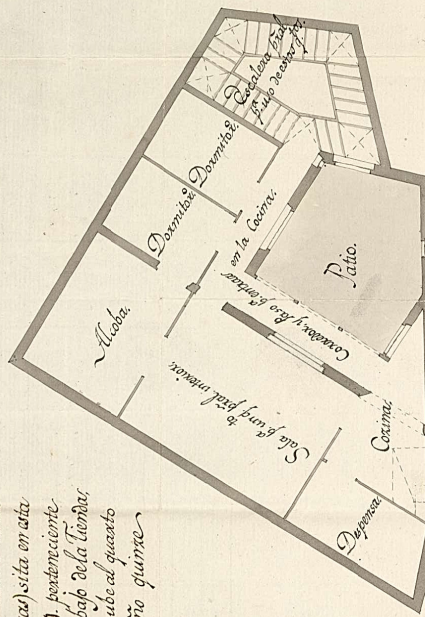
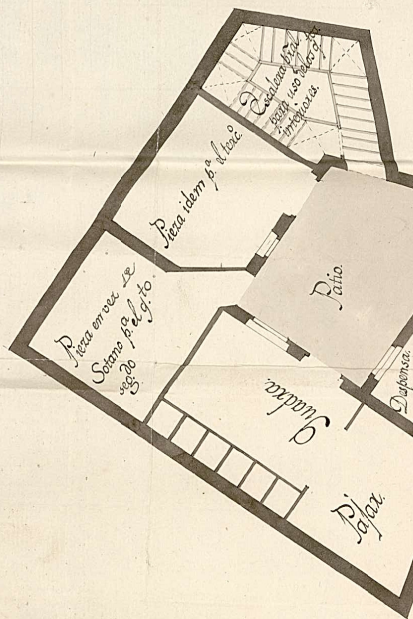
- Capitacion & Cuarto Principal.
1. Taquean.
2. Escalera
3. Pano.
4. Pano.
5. Acabimiente.
6. Sala
7. Alacena
8. Retrete.
9. Peca & Cones de Laba
10. Peca & Cones de Laba
11. Peca & Cones de Laba
12. Peca & Cones de Laba
13. Peca & Cones de Laba

60 P. Castellano.

Re. deherfian mat 1782-

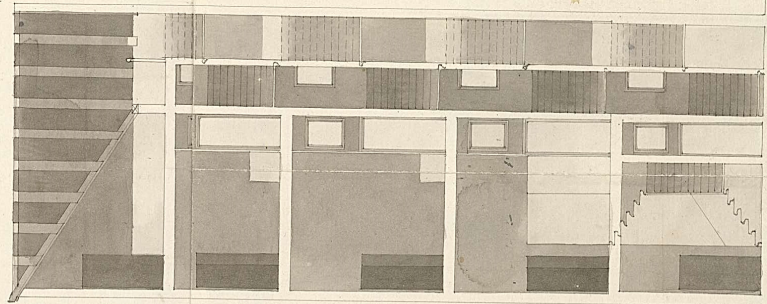
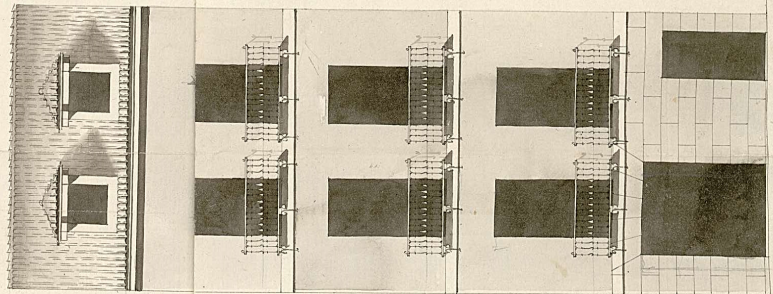


Diseños que manifestan la forma en que se puede construir una Casa de nueva Planta con su quarto bajo, dos habitaciones segundas, y buhardillas bñderas sita en esta Corte en la Calle de la Mortera en la Manana 212. Distinguida con el N.º 14. perteneciente al Hospital Real de la Ciudad de Valencia - cuya obra haciendo Sotano debajo de la Tierra, y trastienda, y dando la entrada por debajo de la Escalera interior que sube al quarto Real, donde de esta se cuenta mil 12 de 00 y podría ventarse en cada uno año quinientos de la misma moneda, uso y otro poco mas o menos.



Planta pñal de esta Casa qñica ala Calle de la Mortera.

Sección de la casa por las líneas ABCD de las Plantas.



Madrid y Diciembre 21,  
1782

Planta al piso del quarto bajo. Escala de 10, 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80, 90, 100, 110, 120, 130, 140, 150, 160, 170, 180, 190, 200, 210, 220, 230, 240, 250, 260, 270, 280, 290, 300, 310, 320, 330, 340, 350, 360, 370, 380, 390, 400, 410, 420, 430, 440, 450, 460, 470, 480, 490, 500, 510, 520, 530, 540, 550, 560, 570, 580, 590, 600, 610, 620, 630, 640, 650, 660, 670, 680, 690, 700, 710, 720, 730, 740, 750, 760, 770, 780, 790, 800, 810, 820, 830, 840, 850, 860, 870, 880, 890, 900, 910, 920, 930, 940, 950, 960, 970, 980, 990, 1000.



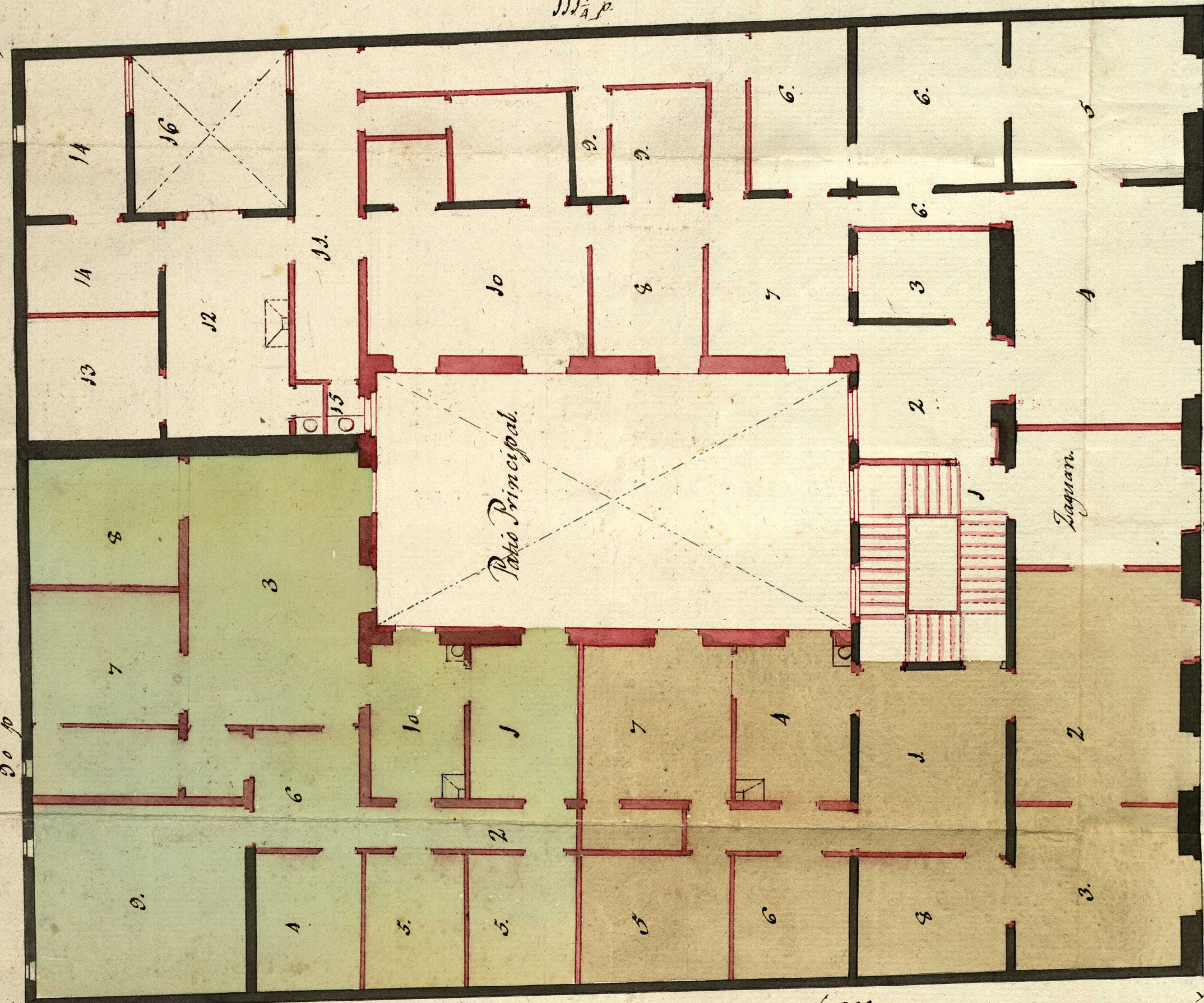
La presente Planta, que comprende el sitio de la Casa que en la Calle del Sor de esta Cor-  
re corresponde al Cor. D. Diego de Molina y Don-  
a Nicende de Huerta señalada con el n.º 4 de la Manz. 2.ª y 1.ª, se pre-  
senta con el informe correspondiente para  
sua la Compensacion y mayor aumento de  
alquileres que se verifiquen edificando  
dos quartas entresuelos, formando  
otro y dos principales, aquellas se señalan  
con las tintas azulada y de color de tierra  
con lo que se ha de construir de nuevo  
con la Encarnada, todo lo qual se mani-  
fiesta con la siguiente Explicacion.

Quarto Entresuelo interior di-  
tinguido con la tinta azulada

- 1 Recibimiento
- 2 Pabullo de Comunicacion ala Calle y Dor-  
mitorios señaladas con los n.º 3, 4 y 5.º
- 6 Entradas ala Dispensas y aseo para que  
pueda servir a Verrete a una sala  
Alcoba principal.

- 7 y 8 Dicha Alcoba principal
- 9 Dispensa
- 10 Cocina

Me di a ne ria al co rra lon de Me di na ce bi



Calle de 5 10 20 30 40 50 60 70 80 90 Pie Cart.

Quarto Entresuelo exterior di-  
tinguido con la tinta amarilla

- 1 Recibim.º
- 2 y 3 Sala y Gabin.º
- 4 Cocina para Dispens-  
sa se aprovecha el sitio & Alcoba principal  
que en este piso va de  
la puerta que va se-  
ñalada y hace al se-  
ñalado puede cerrarse  
si acomoda.

Quarto principal opuesto ala dor abita-  
cion que quedan Explicadas

- 1 Desembarco de la C.º & Despacho con Alcoba  
calera y Verrete
- 2 Recibim.º
- 3 Alcoba de Criado
- 4 Sala principal
- 5 Gabinete
- 6 Alcoba principal
- 7 Entrada ala Cocina  
con Verrete y Comuni-  
cacion ala Alcoba  
de la Ama de Cría
- 8 Pasa de de arago y  
entrada al pabullo  
de la comunicacion  
interior
- 9 Dicha Alcoba y Verrete
- 10 Pasa de Verrete con  
una dispensa ala  
mano
- 11 Entrada ala Cocina  
Carbonera, Dispensas  
señaladas con los n.º 12, 13  
y 14
- 15 Comuna independiente  
el de la Cocina de el  
de la de mas familia
- 16 Patio o Terrado

Madrid y D. 24 de Mayo

Juan Antonio

Cuerpo  
P.D.



*Plantas q. demuestran con la tinta Negra la Construccion Vieja, y con la Rosada la Nueva.*

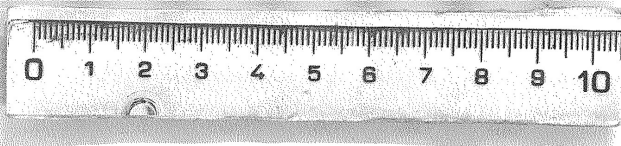
# AVM. ASA.

1-54-3



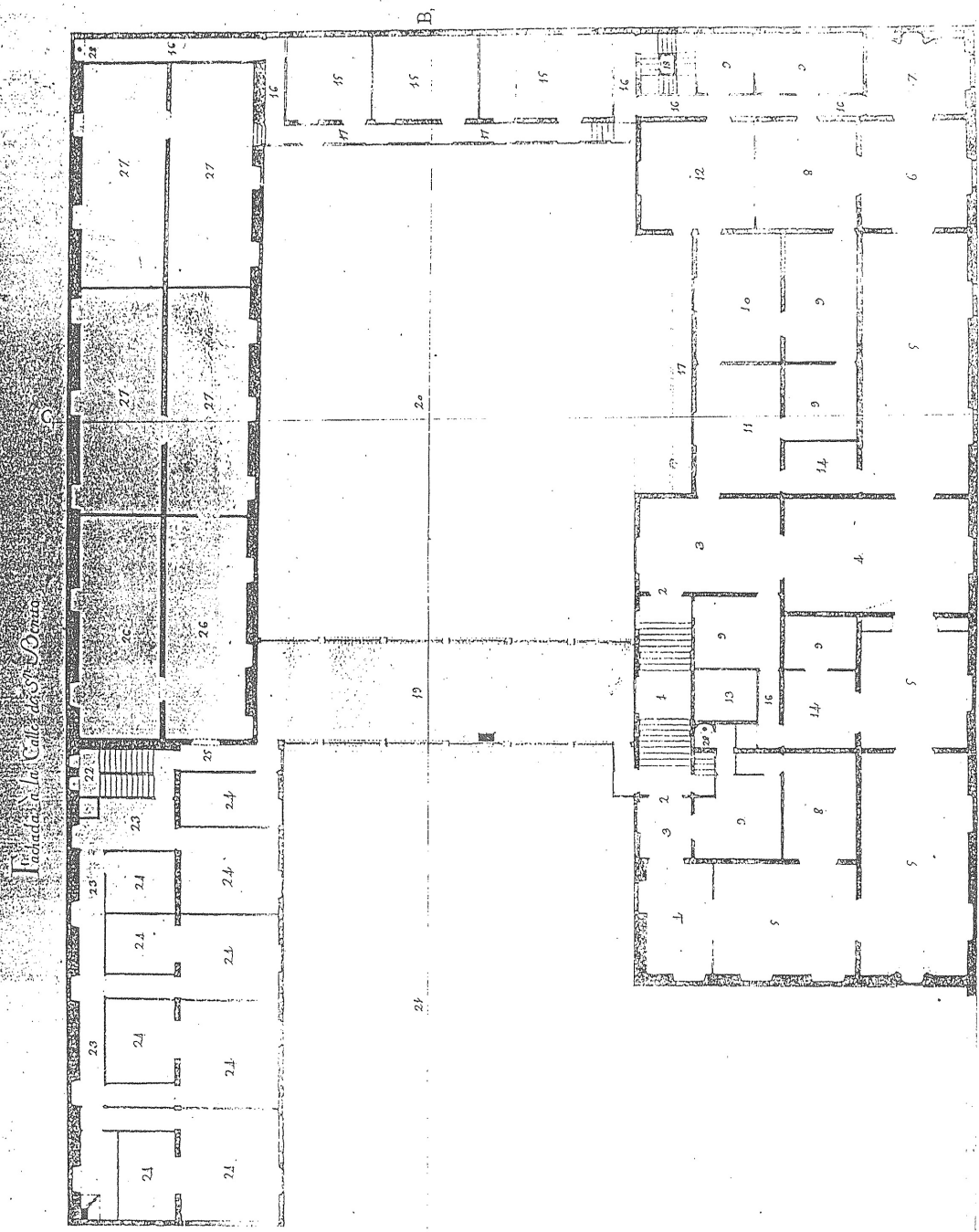


B.C. MS 400



AVM. ASA.  
1-54-99

- Plano del Cuarto principal de una Casa situada en la Calle de San Eusebio, con el N.º 6, en la Hoja 338.
1. Escalera principal.
  2. Dormitorio con chimenea y chimenea.
  3. Recibimiento.
  4. Escalera.
  5. Salas, una de ellas con chimenea.
  6. Salas.
  7. Sala con chimenea.
  8. Sala con chimenea.
  9. Dormitorio.
  10. Sala.
  11. Sala.
  12. Sala de librería.
  13. Sala de librería.
  14. Sala de librería.
  15. Dormitorio.
  16. Sala.
  17. Corredor con chimenea.
  18. Escalera.
  19. Sala con chimenea.
  20. Sala con chimenea.
  21. Sala con chimenea.
  22. Sala con chimenea.
  23. Sala con chimenea.
  24. Sala con chimenea.
  25. Sala con chimenea.
  26. Sala con chimenea.
  27. Sala con chimenea.
  28. Sala con chimenea.
  29. Sala con chimenea.
  30. Sala con chimenea.
  31. Sala con chimenea.
  32. Sala con chimenea.
  33. Sala con chimenea.
  34. Sala con chimenea.
  35. Sala con chimenea.
  36. Sala con chimenea.
  37. Sala con chimenea.
  38. Sala con chimenea.
  39. Sala con chimenea.
  40. Sala con chimenea.
  41. Sala con chimenea.
  42. Sala con chimenea.
  43. Sala con chimenea.
  44. Sala con chimenea.
  45. Sala con chimenea.
  46. Sala con chimenea.
  47. Sala con chimenea.
  48. Sala con chimenea.
  49. Sala con chimenea.
  50. Sala con chimenea.
  51. Sala con chimenea.
  52. Sala con chimenea.
  53. Sala con chimenea.
  54. Sala con chimenea.
  55. Sala con chimenea.
  56. Sala con chimenea.
  57. Sala con chimenea.
  58. Sala con chimenea.
  59. Sala con chimenea.
  60. Sala con chimenea.
  61. Sala con chimenea.
  62. Sala con chimenea.
  63. Sala con chimenea.
  64. Sala con chimenea.
  65. Sala con chimenea.
  66. Sala con chimenea.
  67. Sala con chimenea.
  68. Sala con chimenea.
  69. Sala con chimenea.
  70. Sala con chimenea.
  71. Sala con chimenea.
  72. Sala con chimenea.
  73. Sala con chimenea.
  74. Sala con chimenea.
  75. Sala con chimenea.
  76. Sala con chimenea.
  77. Sala con chimenea.
  78. Sala con chimenea.
  79. Sala con chimenea.
  80. Sala con chimenea.
  81. Sala con chimenea.
  82. Sala con chimenea.
  83. Sala con chimenea.
  84. Sala con chimenea.
  85. Sala con chimenea.
  86. Sala con chimenea.
  87. Sala con chimenea.
  88. Sala con chimenea.
  89. Sala con chimenea.
  90. Sala con chimenea.
  91. Sala con chimenea.
  92. Sala con chimenea.
  93. Sala con chimenea.
  94. Sala con chimenea.
  95. Sala con chimenea.
  96. Sala con chimenea.
  97. Sala con chimenea.
  98. Sala con chimenea.
  99. Sala con chimenea.
  100. Sala con chimenea.



Plano del Cuarto principal de una Casa situada en la Calle de San Eusebio, con el N.º 6, en la Hoja 338.



335.

|   |   |
|---|---|
| 0 | 0 |
| 0 | 0 |

18. Cochran

2. Recadamentos de vig. 19. Quadra

100

J. Solar.

2000

*Journal of*

berlin 24. Juni

in Omnia.

congen. Oxidant:

100

13. *Canina latifolia* (Woron)

15 June 1961

*Linnæus*, *ac. muric.* 87

1011.

Quia se habent in Sotone;

5

100

18

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

100

1

...and the

... ..

1

Thy

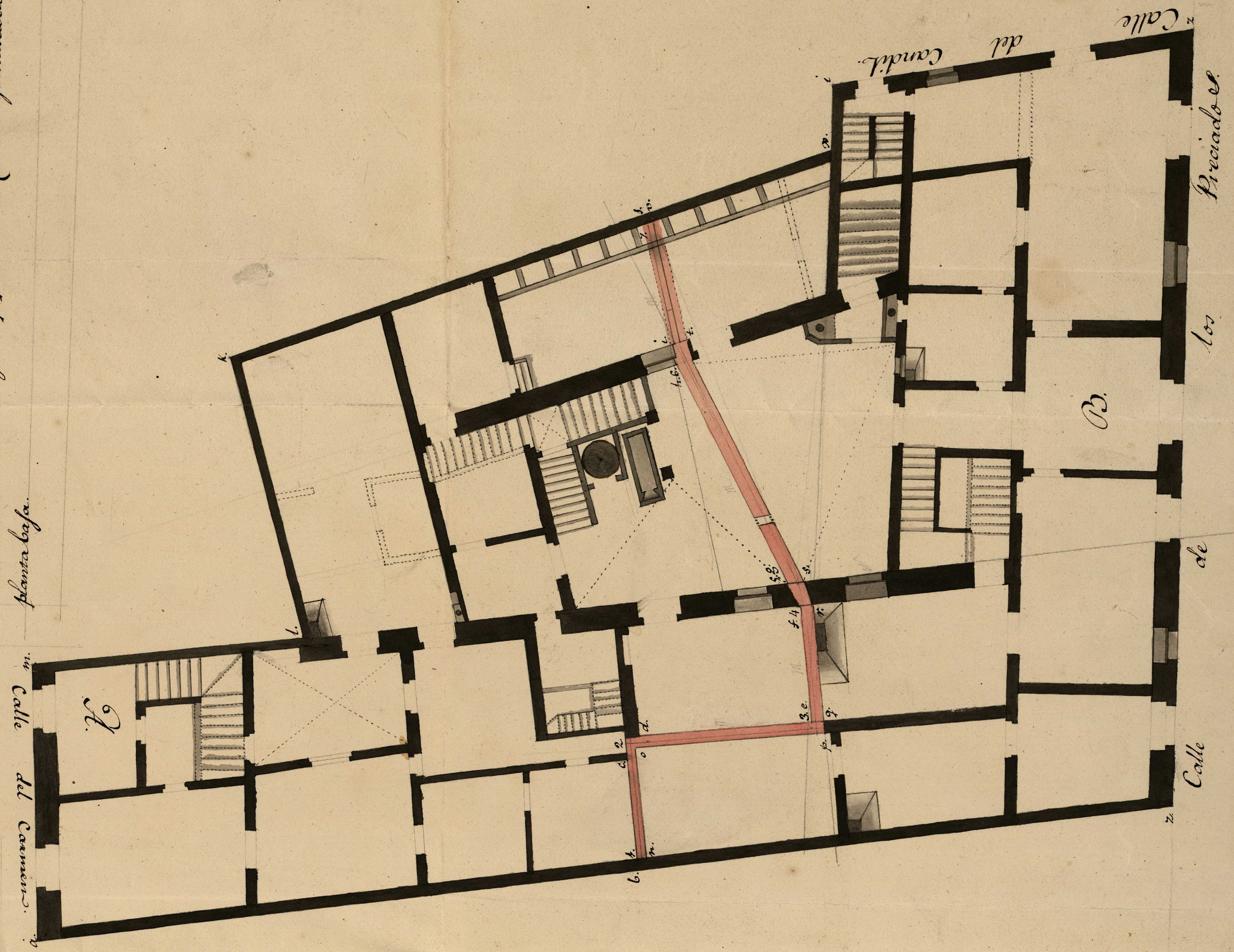
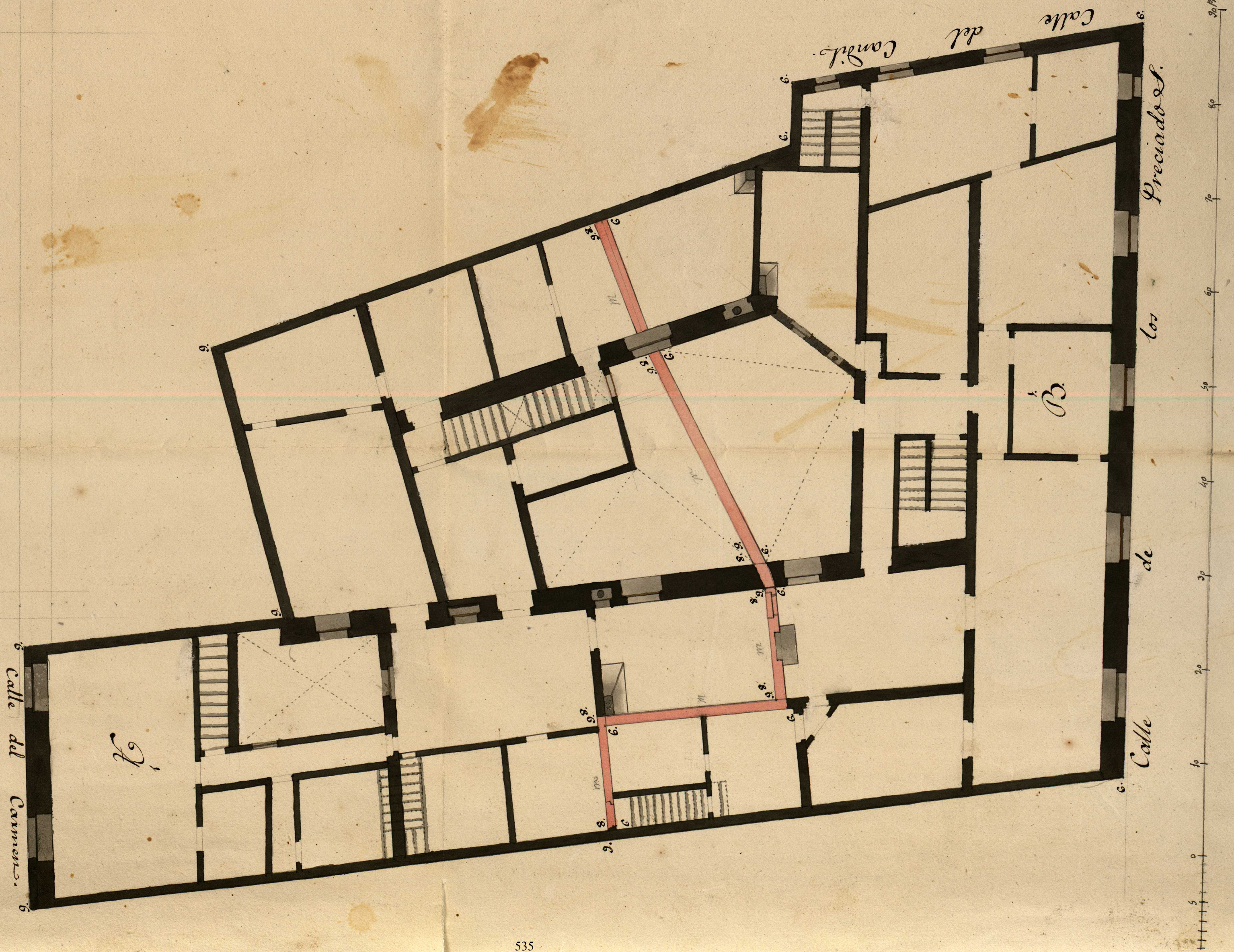
534



El Sr. de los Cabos q. se han de servir la una con fadada a la Calle del Cañon, revuelta con el num. 9. de la  
manzana 577. y la otra a la de Privados propios del sb. Dot.

A. Planta baja en la Calle del Camer. B. De la de Priados. Num. 2234867. Seramente de me-  
dianeria que dividen los dos lavas, cuyas dimensiones han marcado en la planta baja siendo comun  
para ambas las azojar y pozos de aguas inunday. a.b.c.d.e.f.g.h.i.j.k.l.m. Contorno que indica la lava  
del Sr. Dot en esta planta baja. n.o.p.q.r.s.t.u.v.i.x.z. Contorno q. indica la lava del Sr. Plaza en esta  
planta baja.

*Sr. Plaza en esta planta principal. A. B. Planta principal.*



Ingenieur. Exzellenz. Pappe





## **APÉNDICE II: Cuadro de datos relativos a los planos**





| Documento               | Año  | Propietario   | Nº de viviendas | Empleo  |
|-------------------------|------|---|-----------------|---|
| AHPM. DG 68             | 1731 | Memoria de ánimas fundada por Diego de Burgos en la iglesia de San Ginés                      | 3               |   |
| AHPM. DG 84             | 1737 | Francisco Gedeón y Hinojosa   | 1               | Mayorazgo   |
| AHPM. DG 85             | 1738 | Patronatos real de legos y memoria de misas que fundaron doña Damiana y doña Isabel Rodríguez | 4               |   |
| AHPM. T 16366 f. 797 r. | 1741 | Josefa Ángela Loyola  | 2               | Viuda de Isidro de Camargo, consejero camarista de la Cámara de Castilla                        |
| AVM. ASA. 1-84-29       | 1742 | Duque de Santisteban  | 3               | Presidente del Real Consejo de Órdenes y caballerizo mayor del rey                              |
| AVM. ASA. 1-84-20       | 1742 | Marqués de Guerra   | 1               | Consejero del Real Consejo de Hacienda, ministro en la Real Junta de Tabaco y mayordomo del Rey |
| AVM. ASA. 1-84-23       | 1742 | Marquesa de Castrillo   | 2               |   |
| AHPM. T 16366 f. 601 r. | 1742 | Manuel de Vera y Valencia   | 10              | Oficial de la Secretaría del Despacho Universal de Guerra                                       |
| AHPM. T 16968 f. 55 r.  | 1742 | José Orozco y Briceño   | 2               | -   |
| AVM. ASA. 1-84-50       | 1744 | Manuel Franco   | 1               | Coronel de los Ejércitos de su majestad   |
| AHPM. T 16968 f. 258 r. | 1745 | Francisco Marcos de Molina  | 2               | -   |
| AVM. ASA. 1-84-76       | 1746 | Manuel Reinalte   | 4               | Regidor de Madrid   |

|                       |      |  |    |   |
|-----------------------|------|--|----|---|
| AVM. ASA.<br>1-84-79  | 1746 | Pedro de<br>Astrearena   | 1  | Contador del<br>Príncipe y del<br>Infante don<br>Felipe   |
| AVM. ASA.<br>1-84-85  | 1747 | Juan Miguel<br>Fajardo   | 1  | Secretario de su<br>majestad y de<br>Decretos en la<br>Secretaría del<br>Despacho<br>Universal de<br>Guerra |
| AVM. ASA.<br>1-84-92  | 1747 | Agustín de<br>Aldecoa  | 2  | Tesorero de la<br>reina   |
| AVM. ASA.<br>1-84-105 | 1748 | Julián de<br>Cañaveras   | 2  | De los Consejos<br>de Castilla y<br>Hacienda  |
| AVM. ASA.<br>1-84-108 | 1748 | Memorias<br>fundadas por<br>Pedro de<br>Victoria y<br>Germana<br>Serrano | 3  |   |
| AHPM. DG 40           | 1748 | Agustín de<br>Aldecoa  | 8  | Tesorero de la<br>reina   |
| AVM. ASA.<br>1-84-127 | 1749 | Miguel Cosme<br>Veny de Esfortia   | 2  |   |
| AVM. ASA.<br>1-84-146 | 1751 | Andrés Veloy   | 9  |   |
| AVM. ASA.<br>1-84-149 | 1751 | Ramón de<br>Barajas  | 1  | Secretario de<br>Cámara del<br>Consejo de<br>Castilla   |
| AVM. ASA.<br>1-85-8   | 1755 | Félix Davalillo  | 1  | Consejero del<br>Consejo de<br>Hacienda,<br>director general<br>de la Renta del<br>Tabaco                   |
| AVM. ASA.<br>1-85-27  | 1755 | Marqués de<br>Regalía  | 1  | Consejero del<br>Consejo de<br>Indias   |
| AVM. ASA.<br>1-85-50  | 1756 | Convento de<br>Santa Clara de<br>Madrid                                  | 1  |   |
| AVM. ASA.<br>1-45-139 | 1757 | Gonzalo<br>Hurtado de<br>Mendoza y<br>Figuroa                            | 1  | Oficial mayor de<br>la Contaduría<br>del Consejo de<br>Indias   |
| AVM. ASA.<br>1-45-140 | 1757 | Pedro López  | 20 |   |
| AVM. ASA.<br>1-45-150 | 1757 | Antonio Matínez<br>Salazar   | 1  | Escribano de la<br>segunda<br>escribanía de<br>cámara del   |

|                                |      |   |   |  |
|--------------------------------|------|---|---|--|
|                                |      |   |   | Consejo de Castilla  |
| BNE. DIB.<br>14-45-61          | 1757 | Duquesa viuda de Arcos  | 1 |  |
| AVM. ASA.<br>1-45-131          | 1758 | Marqués de Perales  | 2 | A partir de 1765 mayordomo de semana del rey                           |
| AVM. ASA.<br>1-45-108          | 1759 | Eugenio de Mena y Benavides   | 2 | Consejero de Hacienda y administrador de la Renta del Tabaco del reino |
| AVM. ASA.<br>1-45-119          | 1759 | Francisco Fernández Villa Abrille   | 5 | Capellán mayor de la capilla del Obispo                                |
| AVM. ASA.<br>1-45-120          | 1759 | Ana García  | 1 |  |
| AHPM. T 16455<br>f. 104 r.     | 1759 | Mayorazgo fundado por María Ana Sanz de Olivares  | 1 |  |
| AHPM. T 16455<br>f. 110 r.     | 1759 | Mayorazgo fundado por María Ana Sanz de Olivares  | 2 |  |
| AHPM. T 17978<br>f. 416 bis r. | 1759 | Capellanía fundada por doña Isabel Barragán en el Monasterio de religiosas de la Purísima Concepción Bernarda | 1 |  |
| AVM. ASA.<br>1-45-87           | 1760 | Marqués de Terán  | 3 | Secretario del rey en el Consejo de la Inquisición                     |
| AVM. ASA.<br>1-45-54           | 1762 | Cabildo de señores cura y beneficiados de la iglesia parroquial Santa María la Mayor                          | 8 |  |
| AVM. ASA.<br>1-45-11           | 1763 | Marqués de la Torrecilla  | 1 | Consejero del Consejo de Hacienda                                      |
| AVM. ASA.<br>1-45-37           | 1763 | Marqués de Grimaldo   | 1 | Mariscal de Campo  |
| AVM. ASA.<br>1-44-70           | 1766 | José Brun de Urbina   | 2 | Contador de nombramiento de la Mayor de Cuentas                        |
| AHPM. T 18067                  | 1770 | Manuel Ucedo y  | 1 | Teniente coronel   |

|                         |         |   |    |   |
|-------------------------|---------|---|----|---|
| f. 320 r. 2ª fol.       |         | Velázquez   |    | del regimiento de la Guardia de Infantería Española             |
| AVM. ASA. 1-47-32       | 1772    | Nicolás Vidal Villamarín  | 3  | Oficial de la Contaduría de la Distribución de la Real Hacienda |
| AVM. ASA. 1-48-10       | 1774    | Antonio José Cabeza   | 1  | Procurador de los Reales Consejos                               |
| AVM. ASA. 1-48-132      | 1778    | Miguel López Jiménez  | 9  | Dorador del rey   |
| BNE. DIB 14-25-20       | 177?    | Duque de Berwick y Liria  |    | Teniente general de los Reales Ejércitos                        |
| AVM. ASA. 1-49-70       | 1782    | Convento de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes | 2  |   |
| AVM. ASA. 1-49-114      | 1784    | Hospital de Santiago de Madrid  | 3  |   |
| AHPM. DG 87             | 1789    | Vizconde de Huerta  | 3  | Alférez mayor de Murcia   |
| AVM. ASA. 1-54-3        | 1794    | Ángel de Aragón   | 13 |   |
| AVM. ASA. 1-54-99       | 1796-97 | Manuel Amat Junyent   | 1  | Virrey de Perú  |
| AHPM. T 23348 f. 732 r. | 1818    | Juan Dot  | 7  | Comerciante   |

**APÉNDICE III: Cuadro de datos relativos a los individuos presentes en la  
documentación notarial**





| AHPM Prot. | FECHA | ESPOSO  | ESPOSA                         | PADRE DEL ESPOSO                                  | PADRE DE LA ESPOSA                                   | TIPO DE ESCRITURA/ CUANTÍA  |
|------------|-------|---|--------------------------------|---|--|---|
| 17396      | 1780  | Antonio del Hierro Rojas  | Lorenza Villanueva y Caña      | Antonio del Hierro Arriaga. Mariscal de campo     | Domingo de Villanueva Ribera Conde de Albarreal      | Dote: 134.035 rv.   |
| 17644      | 1780  | Domingo Martínez Oficial Tesorería Mayor  | Mª Josefa de Amarita           | -   | Francisco de Amarita. Del comercio                   | Dote: 208.867 rv.<br>Capital: 50.000 rv.<br>Inventario: 292.779 rv. |
| 17644      | 1780  | Pedro Subiela. Archivero Superintendencia General de la Real Hacienda               | Mª Francisca Ximénez de Castro | Francisco Subiela                                 | Francisco Javier Ximénez. Del Consejo de S. M.,      | Dote: 21.694 rv.  |
| 17921      | 1780  | Miguel Orbaneja Ortega. Agente fiscal de la Real Junta General de comercio y moneda | Mª Benigna Arrojo Vergel       | Miguel Orbaneja Ruiz                              | José Arrojo Ortiz                                    | Dote: 161.310 rv.   |
| 18072      | 1780  | Pedro Prudencio Taranco. Consejero de Castilla                                      | Mª de las Mercedes Parada      | Domingo Antonio Taranco                           | Juan Antonio Parada. Regidor de Huete                | Dote: 110.269 rv.<br>Capital: 167.535 rv.                           |
| 18185      | 1780  | Juan de la Cruz Belbís Moncada. Conde de Villamonte Gentil-hombre de Cámara de SM.  | Mª. Encarnación Toledo Gonzaga | Pascual Benito Belbis Moncada. Marqués de Bélgida | Antonio Álvarez Toledo. Marqués Villafranca.         | Capital: 1.693.218 rv.  |
| 18351      | 1780  | Rodrigo Benítez Ribera. Escribano de SM.  | Mª Francisca Rodríguez Campal  | -   | Felipe Rodríguez Campal. Oficial contaduría Orden de | Dote: 24.549 rv.<br>Capital:  |

|                 |      |   |   |   |  |  |
|-----------------|------|---|---|---|--|--|
|                 |      |   |   |   | Carlos III   | 152.085 rv.                                |
| 18670           | 1780 | Diego Fernández Velasco. Duque de Frías. Gentil-hombre de Cámara de SM. | Francisca de Paula Benavides Fernández de Córdoba | Andrés Téllez Girón. Duque de Uceda                                 | Antonio Benavides de la Cueva. Duque Santisteban                     | Dote: 1.830.976 rv.                        |
| 18818           | 1780 | Juan Córdoba Danzo. Abogado de los Reales Consejos                      | Josefa Gálvez Gómez                               | Juan Córdoba Ibarra   | Antonio Gálvez   | Dote: 14.765 rv.                           |
| 19007<br>2ª fol | 1780 | Pedro Antonio Cuéllar. Portero de Estrados del Consejo de Inquisición   | Ana Mª. Vicente                                   | Pedro Pascual Cuéllar. Portero de Cámara del Consejo de Inquisición | Miguel Vicente. Familiar del Santo Oficio y portero de Cámara de SM. | Dote: 165.612 rv.<br>Capital: 70.607 rv.   |
| 19123           | 1780 | Juan José Polo Barca. Abogado de los Reales Consejos                    | Cecilia Carreau. Dama de la Duquesa de Uceda      | Miguel Polo   | Francisco Carreau  | Dote:<br>62.429 rv.                        |
| 19131           | 1780 | Cipriano Barriopedro. Oficial mayor de la Contaduría del Plomo          | Manuela Martínez Carranza del Cos                 | José Barriopedro  | Diego Martínez Carranza  | Dote:<br>11.582 rv. Capital:<br>66.352 rv. |
| 19324           | 1780 | Juan Salas Calderón. Abogado de los Reales Consejos                     | Sinforosa Julita Arce Rubiños                     | -   | Juan Francisco Arce Vergara  | Dote: 19.493 rv.                           |
| 19426           | 1780 | Jerónimo Francisco Núñez Nieto. Abogado de los Reales Consejos          | Josefa Garzón                                     | Miguel Núñez Nieto. Abogado de los Reales Consejos                  | José Garzón  | Dote:<br>11. 408 rv.                       |
| 19433           | 1780 | José Chavarino  | Margarita   | José Jacinto  | Juan Francisco Gutiérrez.  | Dote:                                      |

|       |      |  |  |   |   |   |
|-------|------|--|--|---|---|---|
|       |      |  | Gutiérrez Duquén   | Chavarino Alvarado  | Capitán del Regimiento de caballería de Brabante          | 61.087 rv                               |
| 19537 | 1780 | Faustino Zarza. Oficial de la Dirección General de la Real Lotería | Polonia Sanz Mendoza   | Juan Antonio Zarza  | Baltasar Sanz Mendoza                                     | Dote: 175.363 rv.                       |
| 19716 | 1780 | Vicente Lanz. Gentilhombre de Casa de SM.                          | M <sup>a</sup> . Ignacia Jáuregui  | Agustín Lanz. Contralor de la Real Casa                   | Francisco Antonio Jáuregui                                | Dote: 117.683 rv.                       |
| 19735 | 1780 | Juan Nepomuceno Bonifacio Zlotek                                   | María Rosa Serrano Soto. Viuda de Diego Merlo, aposentador mayor del Rey | Jacobo Zlotek   | Francisco Serrano   | Dote: 167.543 rv.                       |
| 19892 | 1780 | Rafael Antonio Novales Bringas. Regidor de Madrid                  | María Gracia Trelles Lemaire   | Juan Novales  | Francisco Antonio Trelles. Abogado de los Reales Consejos | Dote: 300.000 rv.                       |
| 19968 | 1780 | Antonio Toro. Teniente de caballería del Regimiento de Alcántara   | Bárbara Hinojosa Adorno  | Bernardino Toro   | José Hinojosa Adorno                                      | Dote: 19.199 rv.                        |
| 20138 | 1780 | José María Henríquez. Alguacil Mayor del Concejo de la Mesta       | Nicolasa Feliciano. Encajera del Infante Antonio                         | José Henríquez  | Sebastián Escribano                                       | Dote: 13.718 rv.<br>Capital: 25.188 rv. |
| 20169 | 1781 | Antonio Jiménez Murillo  | Josefa Úrsula Caiarga. Viuda de Francisco Javier Diego, oficial de la    | José Jiménez Murillo. Contador de la Inquisición de Corte | Manuel Caiarga. Escribano                                 | Dote: 95.127                            |

|       |      |  |  |  |   |  |
|-------|------|--|--|--|---|--|
|       |      |  | Dirección de Rentas Provinciales del Reino   |  |   |  |
| 20200 | 1780 | Ramón Espadero. Capitán de Granaderos del Regimiento de Infantería de Lisboa                     | M <sup>a</sup> . Teresa Foscada. Separada de Ramón Espadero                            | Miguel Antonio Espadero  | -   | Inventario de bienes post-mortem: Sin tasación |
| 18202 | 1788 | Ambrosio Sebastián Plazaola. Oficial entretenido en la Contaduría Mayor de Cuentas               | M <sup>a</sup> . Josefa Mateo Aguado   | Domingo de Plazaola  | José Mateo Aguado. Escribano del número de Madrid                 | Dote: 78.333 rv.                               |
| 18202 | 1788 | Joaquín Crespi Valdaura. Conde de Castrillo. Coronel del Regimiento de Infantería de la Princesa | M <sup>a</sup> . Francisca Carvajal Gonzaga  | Cristóbal Crespi Valdaura. Conde de Castrillo. Brigadier de Dragones | -   | Dote: 436.991 rv.                              |
| 19135 | 1788 | Domingo Corcel. Alcaide de las cárceles secretas de la Inquisición de Corte                      | Lorenza Sanz Herreros  | Francisco Corcel   | Juan Sanz Herreros  | Dote: 11.958 rv.                               |
| 19135 | 1788 | Ignacio Omulrian. Contador general de Caminos del Reino y ministro de su Junta de Apelaciones    | M <sup>a</sup> . Jacinta Ceballos Vera. Camarista de la Infanta M <sup>a</sup> . Luisa | José Omulrian  | Manuel Ceballos   | Dote: 119.560 rv.                              |
| 19135 | 1788 | Juan Gabriel Zazo. Capitán del Real Cuerpo de Ingenieros   | M <sup>a</sup> . Manuela Cao Benos   | Diego Zazo   | Francisco Cao Benos. Barón de Lei. Teniente General de los Reales | Dote: 142.939 rv.                              |



|        |      |   |  |   |   |  |
|--------|------|---|--|---|---|--|
|        |      |   |  |   | Ejércitos y gobernador de la Plaza de Málaga        |  |
| 19.458 | 1788 | Manuel Romero Amaya   | Joaquina M <sup>a</sup> . Escacena                                       | Nicolás Romero Amaya. Abogado de los Reales Consejos  | Juan Escacena                                       | Dote: 11.246 rv. Capital: 17.499 rv.           |
| 19.471 | 1788 | Donato Bravo. Escribiente de la Contaduría General de Distribución          | Manuela Muñiz  | Matías Bravo  | Fernando Muñiz. Ayudante de las Reales Caballerizas | Dote: 11.008 rv.                               |
| 19510  | 1788 | José Pinedo Velasco. Heredero de los títulos de su padre                    | Josefa M <sup>a</sup> de la Soledad Gutiérrez de los Ríos                | Ventura Antonio Pinedo. Conde de Villanueva de Perales de Milla y Marqués de Perales del Río. Gentil-hombre de Cámara de SM. y su Mayordomo de Semana | Fernando Gutiérrez de los Ríos                      | Dote: 61.810 rv.                               |
| 19510  | 1788 | Francisco Bovadilla Alcocer. Subteniente de milicias de la ciudad de Toledo | Manuela M <sup>a</sup> . Martínez Laguna. Individua del Gremio de lienzo | Francisco Bovadilla   | Lázaro Martínez Laguna                              | Dote: 337.228 rv. Capital: 37.058 rv.          |
| 19545  | 1788 | Onofre Francisco Ramírez de Haro. Teniente general de los                   | Antonia Francisca Rodríguez  | -   | -   | Inventario de bienes post-mortem: Sin tasación |

|                              |      |   |                                    |                        |  |                   |
|------------------------------|------|---|------------------------------------|------------------------|--|-------------------|
|                              |      | Reales Ejércitos. Conde de Bornos   |                                    |                        |  |                   |
| 19629                        | 1788 | Alfonso Yébenes Juanes. Escribano de SM.  | Ana Radí                           | Pablo de Yébenes       | Jerónimo Radí.   | Dote: 18.658 rv.  |
| 19724                        | 1788 | Andrés Cerezo Arenzana. Secretario de la Comisaría de Cruzada   | M <sup>a</sup> . Magdalena Gallo   | Manuel Cerezo          | Nicolás Gallo  | Testamento        |
| 19828                        | 1788 | Saturnino Sagues. Oficial de la Contaduría General de la Distribución de la Real Hacienda                                       | M <sup>a</sup> . Teresa Carrillo   | Juan Crisóstomo Sagues | Ventura Carrillo Ríos. Contador de la intervención de data de la Ordenación de Cuentas de la Tesorería General | Dote: 11.710 rv.  |
| 19907                        | 1788 | Andrés Suárez Párraga. Ujier de Cámara de SM.   | Juana Ignacia Tornay               | -                      |  | Testamento        |
| 19907                        | 1788 | Juan López Torre Ayllón. Archivero general de la Contaduría de Correos  | Agustina Guadalupe Palacios        | -                      | Pedro Guadalupe Palacios   | Dote: 67.788 rv.  |
| 18676<br>3 <sup>a</sup> fol. | 1795 | Francisco de Paula Gálvez Huesman. Capitán graduado y segundo teniente del regimiento de Reales Guardias de Infantería Española | María Josefa Cecilia Carrasco      | -                      | Francisco Galo Carrasco Ruiz. Oficial cuarto de la secretaría del Consejo de Guerra                            | Dote: 128.101 rv. |
| 19034                        | 1795 | Juan Madrid Dávila. Dependiente del Real Ramillete  | María Vicenta Brancacho            | Gabriel Madrid Dávila  | Francisco Javier Brancacho   | Dote: 10.439 rv.  |
| 19336<br>2 <sup>a</sup> fol  | 1795 | Manuel Sixto Espinosa. Contador general de temporalidades de Indias   | M <sup>a</sup> . Catalina Tobalina | -                      | Francisco Ignacio Tobalina. Coronel de los Reales Ejércitos  | Dote: 37.450 rv.  |

|       |      |  |   |                          |  |   |
|-------|------|--|---|--------------------------|--|---|
| 19519 | 1795 | José Anselmo Barrios   | Isidra Carranza Peñarredonda                  | Cristóbal Manuel Barrios | Pedro Carranza. Oficial mayor de la Dirección General de la Real Hacienda y de la Contaduría General de Indias | Dote: 127.426 rv.   |
| 19519 | 1795 | Antonio Marcelino Armesto. Oficial mayor de la Contaduría General de Valores                       | M <sup>a</sup> . Celestina Segovia            | -                        | Pedro Segovia Portillo. Administrador general por SM. de la Real Aduana  | Dote: 65.702 rv.<br>Capital: 13.003 rv.<br>Partición: 320.786 rv. |
| 19644 | 1795 | Francisco Revillo. Portero de la Contaduría de las Reales Caballerizas                             | M <sup>a</sup> . Antonia Martínez Angulo      | Fresme Revillo           | Andrés Martínez Angulo   | Dote: 51.264 rv.  |
| 19655 | 1795 | Juan Cruz Adanero. Tesorero del Monte Pío para viudas de Alcaldes Mayores y Corregidores del Reino | Inés M <sup>a</sup> . Mateo                   | Joaquín Adanero          | Bartolomé Mateo García. Oficial de contralor general de la Real Casa, Capilla y Cámara de SM.                  | Dote: 169.328 rv.   |
| 19912 | 1794 | Francisco Landini. Primer violín de la Real Capilla  | M <sup>a</sup> . Septimia Betarini            | -                        | -  | Inventario de bienes post-mortem: 301.438 rv.                     |
| 20078 | 1795 | Diego Ventura Mena Cortés. Conde Buenavistacerro. Mariscal de Campo                                | M <sup>a</sup> . Antonia Quintana Recacoechea | Miguel Mena              | Francisco Ambrosio Quintana. Consejero de Hacienda. Ministro de la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas      | Dote: 1.475.086 rv.   |
| 20156 | 1795 | Andrés Morón Vicente. Oficial mayor de la Tesorería de la Real                                     | M <sup>a</sup> . Francisca Sampela            | José Morón               | Andrés Sampela   | Dote: 3.260 rv.<br>Capital:                                       |

|       |      |  |  |                               |  |   |
|-------|------|--|--|-------------------------------|--|---|
|       |      | Compañía de Filipinas  |  |                               |  | 10.635 rv.                                    |
| 20156 | 1795 | Vicente Caballero. Agente de negocios de los Reales Consejos habilitados para los de Indias      | Rita Díez Navarro                              | Pedro Caballero               | José Díez  | Dote:<br>26.542                               |
| 20214 | 1795 | Francisco Martínez Galinsoga. Abogado de los Reales Consejos                                     | Josefa Isabel M <sup>a</sup> . Carrasco Gayoso | Domingo Martínez Galinsoga    | Pedro Antonio Carrasco. Consejero de Castilla                        | Dote:<br>47.766 rv.                           |
| 20214 | 1795 | José Mercurio. Oficial de la Dirección de la Real Lotería  | María Berreta                                  | Domingo Mercurio              | Francisco Berreta  | Dote:<br>12.317 rv.                           |
| 20264 | 1795 | Francisco Bañares Victores. Oficial mayor de la Contaduría General de intervención de Abastos    | Bárbara Castillo Sañudo                        | Juan Antonio Bañares Sigüenza | Manuel Castillo  | Dote:<br>12.150 rv.<br>Capital:<br>17.055 rv. |
| 20317 | 1796 | Mariano Moreno Montalvo. Oficial de la Contaduría General de la Distribución de la Real Hacienda | M <sup>a</sup> . Luisa Urtaza                  |                               | Juan Antonio Urtaza. Oficial de la secretaría del Consejo de Órdenes | Dote:<br>56.773 rv.                           |
| 20331 | 1795 | Manuel Serrano Rojo. Arquitecto de SM., ayudante de la Real Furriera                             | Trinidad Pérez González                        |                               | Manuel Pérez   | Partición de bienes:<br>401.044               |
| 20385 | 1795 | José Manuel Plaza Torrecilla. Abogado de los Reales Consejos                                     | M <sup>a</sup> . Antonia Zamora Sauca          | Matías Plaza                  | Pedro Zamora   | Dote:<br>301.467 rv.                          |
| 20385 | 1795 | Juan Nepomuceno  |  | Jerónimo Jacinto              |  | Carta de pago y recibo de                     |

|       |      |   |                                       |   |  |   |
|-------|------|---|---------------------------------------|---|--|---|
|       |      | Aranda  |                                       | Aranda. Oficial de la Contaduría de Propios y Arbitrios del Reino               |  | legítimas:<br>63.683 rv.                      |
| 20466 | 1795 | Manuel López. Oficial Contaduría de temporalidades de regulares expulsos                                    | Ramona Benavente                      | Antonio López   | Juan Ricardo Benavente                 | Dote:<br>22.199 rv.<br>Capital:<br>14.554 rv. |
| 20557 | 1795 | Buenaventura Manuel Villa. Oficial tercero de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid                      | Joaquina Nemesia Aguado               | Cipriano Villa Pérez. Oficial mayor de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid | Ramón Antonio Aguado. Del estado noble | Dote:<br>61.579 rv.                           |
| 20563 | 1795 | Santiago Nieto. Guardia alabardero  | Alfonsa Sánchez                       | Cristóbal Nieto   | Andrés Sánchez                         | Dote: 9.087 rv.                               |
| 20678 | 1795 | Miguel Ignacio Villacastín. Oficial cuarto de la Dirección General de Rentas                                | Magdalena Bretín                      | José Villacastín  | Lucas Bretín                           | Dote:<br>78.617 rv.                           |
| 20752 | 1795 | Antonio García. Barrendero de Cámara de SM.   | M <sup>a</sup> . Paula Martínez       | Bernardo García   | Juan Martínez                          | Capital:<br>20.666 rv.                        |
| 20752 | 1795 | Hermenegildo Rodríguez Rivera. Consejero de SM., electo alcalde del Crimen de la Chancillería de Valladolid | Gertrudis Gámiz Espinosa              | José Rodríguez Rivera. Veinticuatro perpetuo de Sevilla                         | Fernando Gámiz Mesía                   | Dote:<br>24.181 rv.                           |
| 20774 | 1795 | Donato Arranz Santillán. Gentil-hombre de la Casa   | M <sup>a</sup> . Martina Dávila López | Antonio Arranz Valle  | Joaquín Dávila López                   | Dote: 8.768 rv.<br>Capital:                   |



|                             |      |  |  |  |   |  |
|-----------------------------|------|--|--|--|---|--|
|                             |      | Real y secretario del Secreto de la Inquisición de Corte   |  |  |   | 31.155 rv.                                   |
| 20774                       | 1795 | Joaquín Barón Domingo. Abogado de los Reales Consejos  | M <sup>a</sup> . Coleta García Godínes de Paz                              | Pedro Barón  | José García Godines de Paz. Agente de negocios  | Dote: 16.981 rv.                             |
| 20792<br>3 <sup>a</sup> fol | 1795 | Francisco Coderch. Administrador jubilado de la Real Lotería.  | -  | -  | -   | Inventario de bienes post-mortem: 3.622 rv.  |
| 20820                       | 1795 | Antonio Pastora. Contador de título en la Contaduría Mayor de Cuentas de SM.                         | M <sup>a</sup> . Presentación Rufino Ochoa. Criada de la Marquesa de Ariza | Bernardo Pastora Castillo  | Benito Rufino Ochoa   | Dote: 37.363 rv.                             |
| 20985                       | 1795 | Antonio Viant. Plumista de SM.   | Magdalena Bruissezt  | -  | -   | Inventario de bienes post-mortem: 98.949 rv. |
| 21089                       | 1795 | Francisco Sales Dávila Ponce de León. Menor de edad  | Francisca de Paula Gómez Grijalva  | Cristóbal Dávila Ponce de León. Veinticuatro de Jerez de la Frontera | Francisco Gómez Grijalva. Marqués del Surco. Consejero de Indias  | Dote: 67. 629 rv.                            |
| 21089                       | 1795 | Jerónimo Lagrúa Talamanca. Ministro plenipotenciario enviado extraordinario a la República de Génova | Mariana Sabatini Vanviteli   | Antonio Lagrúa Talamanca. Príncipe de Carini                         | Francisco Sabatini. Consejero de Guerra, teniente general de los Reales Ejércitos, gentil-hombre de Cámara de SM. | Dote: 249.405 rv.                            |
| 21089                       | 1795 | Antonio Zayas. Marqués de Zayas. Coronel de los  | M <sup>a</sup> . Teresa Sabatini   | José Zayas Carrillo. Marqués de Zayas.                               | Francisco Sabatini. Consejero de Guerra,  | Dote: 251.131 rv.                            |

|       |      |  |   |  |  |   |
|-------|------|--|---|--|--|---|
|       |      | Reales Ejércitos   | Vanviteli   | Teniente general de los Reales Ejércitos   | teniente general de los Reales Ejércitos, gentil-hombre de Cámara de SM.   |   |
| 21428 | 1803 | Fernando Nestares Chapín   | Francisca de Paula Pérez Valiente                             | Fernando Nestares Grijalva. Marqués de la Hinojosa y San Leonardo. Consejero de Castilla, gentil-hombre de Cámara de SM. | José M <sup>a</sup> . Pérez Valiente Brost. Alcalde de Casa y Corte  | Dote: 99.000 rv.                          |
| 21428 | 1803 | Manuel Álvarez Abreu. Marqués de la Regalía  | Luisa Rodríguez Albuerne                                      | Domingo Álvarez de Abreu. Marqués de la Regalía  | Manuel Rodríguez Albuerne. Marqués de Altamira   | Dote: 986.804 rv.                         |
| 21538 | 1802 | Franciso Fernández Córdoba. Teniente general de los Reales Ejércitos   | M <sup>a</sup> . Pilar Silva Palafox. Condesa viuda de Aranda | Conde de Sastago   | Duque de Híjar   | Dote: 1.809.009 rv                        |
| 21596 | 1803 | Pedro Monfort Viergol. Abogado de los Reales Consejos. Contador general de Propios, Sisas y rentas de Madrid | M <sup>a</sup> . Concepción Martínez Viergol                  | Pedro Monfort  | Felipe Martínez Viergol. Ujier de Cámara de SM. y ministro honorario en el Tribunal de Contaduría Mayor de Cuentas | Dote: 712.247 rv.<br>Capital: 188.780 rv. |
| 21596 | 1803 | Jaime Monte. Ayudante del Cuerpo de Inválidos  | Josefa Escolano   | Lamberto Monte   | Fernando Escolano  | Dote: 5.359 rv.<br>Capital: 10.637 rv.    |
| 21596 | 1803 | Manuel Zabala  | Josefa Palacio  | Pantaleón Zabala. Escribano mayor de   | Antonio Palacio  | Dote: 35.394 rv.                          |

|                             |      |   |   |  |  |                         |
|-----------------------------|------|---|---|--|--|-------------------------|
|                             |      |   |   | cartas de pago,<br>sisas y alcabalas del<br>Archivo de la villa<br>de Madrid           |  |                         |
| 21596                       | 1803 | Vicente González Arnao.<br>Abogado de los Reales<br>Consejos                            | M <sup>a</sup> . Carmen<br>Simona Elejalde<br>Zubiaga | Antonio González   | Bartolomé Elejalde   | Capital:<br>872.098 rv. |
| 21625                       | 1803 | Antonio Madolell.<br>Abogado, alcalde mayor<br>subalterno de Agramunt                   | M <sup>a</sup> . Joaquina<br>Zini                     | Remigio Madolell.<br>Abogado de los<br>Reales Consejos y<br>corregidor de<br>Alcaudete | Carlos Zini. Coronel de<br>Artillería  | Dote:<br>12.965 rv.     |
| 21639                       | 1803 | Manuel García Herreros.<br>Procurador general del<br>Reino                              | Ana Fondevila<br>Causada                              | Francisco García<br>Herreros   | Javier Fondevila.<br>Ministro del Consejo de<br>Indias   | Dote:<br>119.842 rv.    |
| 21644<br>3 <sup>a</sup> fol | 1803 | Pascual Moineau.<br>Disecador mayor del<br>Real Gabinete Secreto de<br>Historia Natural | Felipa Dutu   | Agustín Moineau  | Guillermo Dutu   | Dote:<br>25.740 rv.     |
| 21644<br>3 <sup>a</sup> fol | 1803 | Juan Crisóstomo<br>Rodríguez. Guardia del<br>Real Cuerpo de<br>Alabarderos              | Beatriz<br>Corbacho                                   | -  | -  | Dote:<br>12.830 rv.     |
| 21644<br>3 <sup>a</sup> fol | 1803 | Francisco Ruiz Mendoza  | M <sup>a</sup> . Ignacia<br>Martínez                  | Alonso Ruiz<br>Mendoza   | Ignacio Antonio<br>Martínez. Secretario de<br>gobierno de la Sala de<br>Alcaldes de Casa y Corte | Dote:<br>55.617 rv.     |
| 21685                       | 1803 | Ventura Ortiz Guinea<br>Terán. Coronel de los   | Luisa Antonia<br>Navia Güemes                         | Marqués de Terán.  | Vizconde de la Herrería  | Dote:<br>94.483 rv.     |

|       |      |   |  |  |   |   |
|-------|------|---|--|--|---|---|
|       |      | Reales Ejércitos,<br>Mayordomo de Semana<br>de SM.  |  |  |   | Capital:<br>633.395 rv.                             |
| 21709 | 1803 | José Fernando Ruiz.<br>Oficial cuarto de la<br>Secretaría del Real<br>Patronato de Castilla de<br>la Cámara de Castilla | Tomasa Parra   | -  | -   | Inventario de bienes<br>post-mortem:<br>197.070 rv. |
| 21756 | 1803 | Tomás Estrada Lancero.<br>Guardia de corps de la<br>Compañía Flamenca   | M <sup>a</sup> . Josefa<br>Surbille Abad<br>Wautres<br>Cifuentes   | -  | Luis Surbille. Archivero<br>general de la Secretaría<br>del Despacho Universal<br>de Indias                 | Dote:<br>84.655 rv.                                 |
| 21757 | 1803 | Domingo Brilli.<br>Estuquista de SM.  | Marta M <sup>a</sup> .<br>Rusca  | -  | -   | Inventario de bienes<br>post-mortem:<br>751.792 rv. |
| 21757 | 1803 | Pedro M <sup>a</sup> . Ximénez<br>Lasarte Montero.<br>Guardia de corps de la<br>Compañía Flamenca                       | M <sup>a</sup> Angustias<br>Fernández<br>Quintana.<br>Viuda de José<br>Antonio<br>Escudero,<br>tesorero de la<br>Real Casa de la<br>Moneda | -  | Isidro Fernández<br>Quintana. Oficial mayor<br>de la secretaría de Nueva<br>España del Consejo de<br>Indias | Dote:<br>323.023 rv.                                |
| 21757 | 1803 | Ramón Queralto.<br>Comisario de Guerra de<br>los Reales Ejércitos   | María<br>Vercruysse<br>Shelly  | José Queralto.<br>Cirujano de Cámara<br>de SM. | Guillermo Vercruysse  | Dote:<br>124.690 rv.                                |
| 21805 | 1803 | Juan Antonio Balcones.<br>Oficial mayor de la<br>Contaduría General de la   | Gregoria<br>Regidor. Viuda<br>de Pedro   | José Pareja                                    | Antonio Regidor   | Dote:<br>25.040<br>Capital:                         |

|       |      |   |  |  |  |   |
|-------|------|---|--|--|--|---|
|       |      | Real Lotería  | Escolano,<br>tesorero de la<br>Real Compañía<br>de Filipinas   |  |  | 32.508                                      |
| 21897 | 1803 | Santiago Thevin   | Rosalía Armona<br>Álvarez Pazos  | Santiago Thevin  | Antonio Armona.<br>Contador General de la<br>Regalía de Aposento de<br>Corte | Dote:<br>14.607 rv.                         |
| 21920 | 1803 | Sebastián Francisco<br>López Olivares. Abogado<br>del Colegio de Madrid | M <sup>a</sup> . Pilar<br>Sevillano.<br>Viuda de<br>Antonio<br>Martínez<br>Salazar,<br>escribano de<br>Cámara y de<br>Gobierno del<br>Consejo de<br>Castilla | -  | -  | Inventario de bienes<br>post-mortem: -      |
| 21960 | 1803 | Gabriel Justo Melendro.<br>Oficial de la Renovación<br>de Vales Reales  | Josefa Ardanny   | Gabriel Pedro<br>Felipe Melendro.<br>Oficial mayor más<br>antiguo de la<br>Tesorería General y<br>ministro del<br>Tribunal de la<br>Contaduría Mayor | Nicolás Ardanny Pueyo.<br>Contralor de artillería                            | Dote:<br>26.114 rv.<br>Capital: 133.155 rv. |
| 21982 | 1803 | Fernando Gómez<br>Lozano. Regidor de<br>Madrid                          | Juliana Díaz<br>Manrique   | Bartolomé Gómez<br>Lozano. Tesorero<br>de SM.  | Francisco Bruno Diaz   | Aumento de dote:<br>439.375 rv              |



|       |      |  |   |                                     |   |                   |
|-------|------|--|---|-------------------------------------|---|-------------------|
| 22254 | 1803 | Antonio Flores. Electo escribano de Cámara de Hijosdalgo en la Real Chancillería de Valladolid | María Hoyo Marquina. Dama de la duquesa de Medinaceli y Santisteban | Francisco Flores Gallo              | Antonio Hoyo Sofre  | Dote: 55.254 rv.  |
| 22254 | 1803 | Francisco María Valle Marimón. Alcalde del Crimen de la Real Audiencia de Extremadura          | M <sup>a</sup> . Josefa Cornejo Jaureguiundo. Camarista de la Reina | José Antonio Valle Milans del Bosch | Andrés Cornejo. Consejero de Castilla                       | Dote: 176.537 rv. |
| 22307 | 1803 | Antonio Aguirre. Guardia de corps de la Compañía Americana                                     | M <sup>a</sup> Ana Echague Isunza                                   | -                                   | Pedro Pablo Echague Álvarez. Abogado de los Reales Consejos | Dote: 20.000 rv.  |